3 1761 08158666 1

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

1523

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 301.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 26
no. 301-03

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

UN NUEVO GUZMÁN EL BUENO

Ha tenido la fortuna un buen amigo mío, el catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Andrés Giménez Soler, de dar en el Archivo de la Corona de Aragón, haciendo sus estudios sobre las relaciones diplomáticas sostenidas entre los Reyes de aquel antiguo Estado de la actual Monarquía española con los alhameritas de Granada, desde la fundación de este reino hasta su conquista por los Reyes Católicos (1), los documentos hasta ahora no consultados por nadie, que nos hacen conocer la hermosa figura del héroe de Tarifa, Guzmán el Bueno, desde un aspecto en que a ninguno se le había ocurrido considerarle, dado el relieve con que la secular leyenda nos lo ha hecho esculpir de una manera imborrable en la imaginación. Lo que hasta ahora hemos sabido de todos estos románticos prohombres que forman la más bella odisea de la redención de la patria, se reducía a pintarlos solamente como soldados de suma rudeza, que no sabían más que pelear con valor indomable para vencer siempre a sus enemigos. Tenerles por hombres civilizados en medio del ambiente del tiempo en que vivieron; concederles otras facultades que las del vigoroso manejo de las armas; reconocerles que pudieran ser hombres de Estado, ni aun siquiera que supiesen escribir con mal formados garaba-

(1) Giménez Soler: *La Corona de Aragón y Granada.* Barcelona. Imp. de la Casa Provincial de Caridad, 1908.

tos en los documentos en que intervenían, todas esas eran ideas tan lejanas de nuestro juicio acerca de sus respectivas personalidades, como la esfera del sol de la de la luna.

Cuando para solemnizar la entrada del Rey D. Alfonso XIII en su mayor edad publiqué mi estudio sobre *La Firma de los Reyes Alfonsos*, en que me propuse demostrar: primero, que los signos de los diplomas que conservamos en nuestros archivos, desde el reinado de Alfonso III de Asturias hasta Alfonso VII de León, en que se conservó la escritura de los godos, no eran rasgos arbitrarios, sino que en sí encerraban o el nombre o el símbolo de los que los hacían; segundo, que los Reyes primitivos, así de Castilla como de Aragón, supieron escribir, y escribieron; y tercero, que lejos de ser una verdad lo que hasta aquí se ha sostenido, que en medio de las llamadas obscuras nieblas de la Edad Media, las altas clases palatinas y militares tenían toda la cultura compatible con aquellos tiempos, tuve el gusto de reproducir el facsímile de la firma de Garci-Pérez de Vargas, el conquistador con San Fernando, de Jerez y de Sevilla, que había encontrado afortunadamente en un diploma de su tiempo del Archivo Histórico Nacional. Persona tan instruída y tan estudiosa como el Sr. Conde de Valencia de Don Juan dudó de que fuese auténtica; y saliendo yo un día del mismo Archivo, tropecéme con el Sr. D. Guillermo de Osma, que iba a él, en nombre y por encargo de su señor padre político, a cerciorarse y ver por sí la verdad que había en lo que yo había afirmado. El Director entonces del Archivo Histórico Nacional, D. Vicente Vignau, a quien yo comunicaba cada uno de estos venturosos hallazgos que tuve el honor y la dicha de realizar, había atendido el ruego que le dirigí, y el diploma con la suscripción autógrafa de Garci-Pérez de Vargas había sido colocado en una de las vitrinas que facilitan la admiración de esta clase de peregrinos documentos; de modo que me fue gratísimo y facilísimo sacar al Sr. Osma de su curiosidad, dando el cumplimiento debido al encargo del Conde de Valencia. Y es que como hasta ahora no se han tro-

pezado firmas autógrafas del Cid, de Guzmán el Bueno y de otros personajes de esta altura en la Historia y en la leyenda, se continúa considerándolos meramente como hombres de fuerza, desprovistos de todo bagaje de cultura intelectual. En este error han caído casi todos los que han escrito de los siglos medios, y muy particularmente el italiano César Cantú.

Ni los historiadores genealógicos de la casa de Medina Sidonia, ni los historiadores y cronistas de los hechos generales del tiempo en que Guzmán el Bueno vivió, han procurado dibujar su figura en el lleno del papel político que en su época representó; y el descubrimiento de este precioso aspecto con que se levanta más y más el concepto del defensor heroico de Tarifa, puede decirse que enteramente es debido al escritor laboriosísimo que antes he mencionado y a los documentos inéditos del *Archivo de la Corona de Aragón* que nos ha hecho conocer. El teatro de la acción comienza desde que en el año 1292 el Rey D. Sancho IV de Castilla se puso delante de los muros de Tarifa, protegido por mar por las galeras de Jaime II de Aragón, al mando del Vicealmirante Berenguer de Montoliu, y aun por tierra por las armas del Rey Mohamed Aben Nazar de Granada, para oponerse todos de común acuerdo a las invasiones africanas. Con la deserción a Africa de los benixquilulas de Comares, Guadix y Málaga, cesaron para el príncipe granadino, sobre todo, las intrigas de los de esta raza, unas veces con los cristianos y otras con los musulmanes benimerines; pero el sultán de éstos, Aben Jacob, todavía era dueño de Tarifa, Ronda y Algeciras, y por lo tanto del Estrecho, podría entrar y salir libremente de España, y a todos convenía la clausura de aquella puerta, a cuya posesión aspiraban a un mismo tiempo el rey nazarita y el monarca castellano. Sancho IV se adelantó a poner sitio a Tarifa; y aunque sus dos aliados de Aragón y de Granada enviaron los contingentes convenidos para auxiliarle, el de Castilla, tras seis meses de asedio, tomó por sí la plaza, quedando los demás estrictamente en su auxilio. El de Ben-Alhamar tenía por fin el que,

tomada Tarifa, el rey de Castilla se la rendiría a cambio de otras recompensas; pero Sancho, comprendiendo su valor, y que dejarla en poder de musulmanes equivalía a tenerla siempre abierta contra los poderes cristianos, una vez posesionado de ella se resistió a cumplir lo prometido, sin devolver siquiera los seis castillos que ya tenía ocupados en el territorio que el granadino le había designado en compensación.

El rescate de Tarifa fue desde aquel momento base de una multitud de negociaciones diplomáticas, bastante complicadas, entre los soberanos de las tres Coronas peninsulares y el sultán del Al-Mogreb. Primero hubo embajadas y quejas al rey Jaime II contra Sancho el Bravo; quejas que obligaron al primero a decir al de Granada, en 25 de Abril de 1294: «Nos tenemos por tal al rey de Castella, que todavia fará á vos complidamente lo que façer vos deva nin vos haya prometido, é eso mismo tenemos Nos por tal que faredes al rey de Castella complidamente lo que façer devades nin le ayades prometido; é si entre ell é vos a alguna discordancia por alguna raçon, pesarnos a mucho de corazon, é Nos enviar le hemos nuestro mandadero, con quien le enviaremos á rogar é á aconseiar que el que se lieve bien con vos é que vos cumpla todo aquello que vos a el complir.» Sobrevino después la facción del Infante Don Juan, expulsado de los dominios de Portugal a instancias del rey de Castilla, origen de la leyenda heroica del puñal de Guzmán el Bueno desde el adarve, que aunque tan caro al corazón del padre valeroso, produjo el desastre para los que intentaron contra Tarifa un golpe de fuerza; y desde aquel momento, Alfonso Pérez de Guzmán, el Bueno, no sólo se revela el único *bueno* entre todos los de su tiempo, sino el patriota decidido y el hombre de Estado resuelto, que nos van a demostrar los hechos posteriores y los documentos.

Todos los esfuerzos de la diplomacia, así granadina como africana, con la corte de Aragón, se hacían ineficaces, no logrando sacar de su neutralidad al aragonés contra el castellano. Mohamed II reclamaba a la vez la recuperación de Tarifa,

con la de Veger, Alcalá de los Gazules, Medina Sidonia y Cazalla, que habían sido las cuatro plazas del rey sabio, a cambio de su neutralidad en las guerras entre alhamares y benixquilulas; pero a la muerte de Sancho el Bravo las relaciones entre las dos coronas cristianas se quebrantaron, por haber querido Jaime II, contra los derechos del menor Fernando IV, hijo de aquel rey y de D.ª María de Molina, que se reconociera por legítimo sucesor del Trono de Castilla a D. Alfonso de la Cerda, nieto de Alfonso X, con lo que pactó estrecha alianza con el granadino, procuró desmembrar el reino, quedándose él con Murcia, y aun dividió las provincias restantes entre el menor legítimo y el pretendiente protegido por él; y, por último, habiéndose él corrido hacia las tierras bajas en que se apoderó de Murcia, dejó al granadino en libertad de llevar sus correrías hacia los demás dominios castellanos, siendo de nuevo Tarifa única aspiración estratégica del poder musulmán en la Península, blanco otra vez de las acometidas más violentas para forzar su rendición. «Como en los tiempos de Sancho el Bravo, dice en este lugar el Sr. Giménez Soler, convergieron las armas y la diplomacia en Tarifa, combatida por los moros con tesón igual a la energía puesta en su defensa por D. Alonso Pérez de Guzmán, el cual, por su bravura en mantenerla y conservar para el rey menor D. Fernando la tierra que le dejó en guarda el rey D. Sancho, confirmó otra vez el dictado de *bueno*, con que la posteridad honra su memoria. El fue el único que mantuvo enhiesta la bandera de la Reconquista que simbolizaba la verdadera política española, y él el único de los hombres de su tiempo que no pospuso al suyo los intereses de su patria, a pesar de las grandes ofertas de los enemigos, y no obstante el abandono en que le dejaron sus compatriotas. El salvó la Andalucía de ser nuevamente musulmana, y él solo sostuvo el empuje de todo el poder granadino, reforzado por moros africanos, sin que del centro ni de las regiones extremas de España vinieran en su socorro, antes al contrario, le excitaron a claudicar y a vender su fidelidad.» Giménez

Soler transcribe una carta de Guzmán *el Bueno* al rey de Aragón D. Jaime II en 1301, que empieza así:—«*Sennor*, bien cuydo que sabedes que después que el rey D. Sancho, que Dios perdone, finó acá la muy grand guerra que avemos avido en esta tierra con los moros. Sennor, por esta raçon ove de mantener mucha gente syempre de cada dia por guardar esta tierra para el rrey don Fernando, mio sennor, que el rrey don Sancho me dexó en guarda.» El mismo autor, con este texto, hace observar que ni las historias árabes hasta aquí conocidas, ni nuestras crónicas cristianas habían hecho notar la importancia de aquellas guerras a que Guzmán se refería escribiendo a su dictado para el rey D. Jaime, y que, además de su palabra digna del mayor crédito, indiscutiblemente se deduce del hecho de que el Infante D. Enrique, «para poner fin a males mayores», hubiera osado proponer la cesión de Tarifa a los moros, y que hasta la misma reina D.ª María hubiese llegado a pensar si convendría realmente conservar aquella plaza, más que sufrir por conservarla los desastres que pesaban sobre Castilla. Aquella campaña, que había comenzado a fines del año 1295 con la toma de Quesada, tras la que vinieron las derrotas del maestre de Calatrava, junto a Iznalloz, y de las fuerzas organizadas por los prelados de Sevilla y Córdoba, y los arcedianos de Toledo, Valladolid y Burgos, junto a Sevilla, de tal modo llegó a arredrar a los consejeros de la Reina Regente, que la siempre animosa D.ª María de Molina consintió en mermar por aquella frontera la herencia de su hijo el Infante D. Enrique, y el Maestre de Santiago, en su nombre, llegasen a pactar con el granadino la entrega de Tarifa, absolviendo al heroico Guzmán del juramento de fidelidad que para conservarla tenía hecho.

Estos pactos no llegaron a cumplirse por no prestarse a ello el que en su mano tenía entregar o guardar la plaza a todo trance. Estrechado por los consejeros de la Reina y por la Reina misma, aún halagó un pensamiento para salvar a Tarifa del dominio mahometano. Entonces buscó el amparo del

rey de Aragón. Jerónimo de Zurita dice que los ofrecimientos de Alonso Pérez de Guzmán eran que, de ponerle sitio los moros, durante más de tres meses, por no querer entregarles a Tarifa, le socorrerían las naves catalanas, y que, de intentar privarles de recursos, embargándole sus rentas, le prestaría Jaime II una cantidad igual a la embargada, haciéndole desde este momento *homenaje por aquella fortaleza*, sin que se tuviera libre del mismo en tanto que por el rey D. Fernando, o quien reinase en Castilla, no se hubiese reconocido aquella deuda, o si el monarca castellano, no reconociéndola, se negase a satisfacerla. Entonces el de Guzmán entregaría al rey de Aragón la villa y el castillo. Apreció éste como cumplía la nobleza, lealtad y patriotismo del *Bueno*, dice el Sr. Jiménez Soler, el cual, antes de entregar a los musulmanes una fortaleza cristiana y española, buscaba un rey cristiano y español que la defendiese, para entregársela. El de Aragón, en su condición de aliado del de Granada, se resistió a prometer socorro alguno, mientras el granadino, cumpliendo su palabra, no hiciese paces con el castellano y viniese contra él, según decía Guzmán que trataba; pero, *veyendo las grandes guerras* en que Guzmán se hallaba empeñado, y *non queriendo parar mientes* a la que sostenían castellanos y aragoneses, mandó a todos los corsarios de su tierra que no hiciesen mal a los barcos ni a las costas andaluzas, y a su vez, el Bueno y la reina Doña María prohibieron a sus súbditos de aquella región causar daño a las tierras y vasallos aragoneses. Ante estos hechos, los moros que hostilizaban a Tarifa concedieron a Guzmán una tregua de tres meses, que Guzmán aprovechó para pasar a Sevilla a visitar a su monarca y señor natural.

Un enviado de Guzmán a la corte de Aragón, el noble caballero Pero de San Martín (6 de Enero de 1330), hizo más, tanto por disminuir los rigores de la guerra entre castellanos y aragoneses, cuanto por llegar a la concordia, que todos cuantos habían negociado cerca de los dos respectivos monarcas. La contestación del rey D. Jaime a la embajada de Guzmán

el Bueno, es un documento, de los muchos inéditos de estas negociaciones, que demuestran en qué alto grado se cernía el concepto político del siempre heroico defensor de Tarifa.

He aquí este documento:

«Don Jayme... *al noble é amado Don Alfonso Pérez de Guzmán, salut*, etc. Recibiemos vuestra cartas que agora nos embiaste con el homne vuestro portador destas letras; é entendido todo lo que en aquella era contenido, viendo el vuestro buen entendimiento que habedes en exalçamiento de la xpiandat é faser servicio a Dios, plugo nos mucho de lo que nos embiastes desir en las dichas cartas vuestras. E respondemos vos que, quanto en nos es todavia, nos plaçeria de coraçon é daríamos obra en quanto nos buenamente façer la podiéssemos, que paz é amor é concordia fuesse entre los xpianos, é todavia fué tal é es nuestro entendimiento. E assí, si vos, por esta raçon, queredes venir á nos, plaçer ha muyto con vos. E sabido el entendimiento vuestro, daremos aquel meior conseio é obra que podamos, como sea paz, amor é concordia entre los xpianos. E si vos, antes que nos seamos partidos de nuestra tierra por ir en servicio de Dios al santo Papa de Roma, no seredes venido á nos, quando seamos delante el dicho Padre Santo, nos fablaremos con él de lo que nos avedes embiado á deçir de poner en buen estado la xpiandat, é procuraremos quanto podamos en façer sobre esto todo aquello que sea á servicio de Dios é á proveyto de la xpiandat é en poner aquella en buen estado. Dada en Barcelona á VIII días andados del mes de Mayo en anyo de nuestro senyor de MCCXCVIII.»

No se verificó aquella entrevista entre el rey de Aragón y Guzmán el Bueno, a causa de la expedición que el primero tenía preparada, e hizo inmediatamente a Italia; pero hay otros dos documentos del año 1301, entre aquel ilustre repúblico y aquel soberano, que deben ser conocidos: el primero, es otra carta del rey D. Jaime al de Tarifa, del 26 de Junio; y el segundo, otra de Guzmán al rey, del 13 de Agosto de dicho año. La primera dice así:

«Don Jayme, *por la gracia de Dios, rey de Aragon*, etc. Al amado suyo, Alfonso Perez de Guzman, salud é dileccion. Reçebiemos la carta vuestra que agora nos embiastes é entendido plenament todo lo que en aquella era contenido, plogo nos muyto de lo que nos fiçieste sauer en ella é veemos é cognoscemos lo bon entendimiento que vos havedes é avedes havido fasta aquí en endreçamiento de los fechos de vuestro sennor é nuestros, é á bien é á pró de la xpiandat. E respondemos vos que fué verdad que algunos dellos se veeren con nos ya tiempo há, é faularon con nos lo que quisieron. E nos respondiemosles á aquello que nos dixeron segund que paresçió á esos que nos fiçiesse á responder: assi que despues que se fueron delos ninguna cierta respuesta non ovimos ni nos nonde oviemos grand cosa nin nos entrometiemos dal. Pero porque vos sodes homne que nos muncho amamos é fiamos de vos, assi como de bueno é legal cavallero, façemos vos saber que si vos segund que ya fué tractado queredes venir á nos que nos plascerá muncho, é desta raçon é dotra faredes faular con Vos é Nos faular end emos de grado con vos. E posedes sauer lo bueno entendimiento nuestro que nos avemos en servir á Dios é en poner en buen estado la xpiandat, catando toda vez lo que avemos de catar á nuestros amigos é á aquellos que an deuda con nos. Fecha la carta en Leyda XXVI dias andados del mes de Junyo en el anyo de nuestro senyor de M. CCC. é uno.»

Tampoco esta entrevista se verificó para la buena acogida que el rey D. Jaime daba a sus cartas; le alentó para hacerle una nueva petición a fin de remediar el estado de verdadera inopia en que, a causa de las guerras e inquietudes del tiempo, se hallaba toda España; pero principalmente Andalucía, donde el hambre hacía terribles estragos. La carta de Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno al rey decía de este modo:

«Al... Rey de Aragón, de Valencia et de Murcia... *yo Alfonso Perez de Guzman*... Sennor: Bien cuydo que sauedes que despues que el rey Sancho, que Dios perdone, finó acá la muy grand guerra que avemos avido en esta tierra con los

moros. Sennor, por esta razon ove de mantener nuestra gente siempre cada dia por guardar esta tierra para el rey Don Ferrando, mio Sennor, que el Rey Don Sancho, su padre, me dexó en guarda. Et, Sennor, como quier que esta tierra es muy bona de pan, a bien unos annos que no ovo en ella pan, sino muy poco, en guisa y en la sierra está agora mucho menguada de pan. Et, Sennor, yo, atreviendome en la vuestra mercet, para mantener la gente é la costa que yo tengo, porque esta tierra sea guardada e amparada, Pido vos mercet que me mandascedes dar en la vuestra tierra por mis dineros fasta quatro mil quarteras de trigo que agora é menester... fecha XIII dias de agosto era de Mille e CCC e XXXIX anños» (1301).

En esta situación de las cosas vino para Guzmán el Bueno el momento más crítico de su vida para su entereza y patriotismo. Todas las coronas peninsulares, desgarradas por las largas guerras, se hallaban deseosas de la paz, y la paz para los Estados cristianos, dadas sus recíprocas rivalidades y sus particulares compromisos, era la transacción con los nasaríes de Granada, cuya condición precisa se cifraba en la entrega de Tarifa. El rey de Aragón escribía hasta al Papa para que su influencia con la reina D.ª María de Molina consiguiera que Castilla transigiese de una vez en un asunto cuyo único obstáculo consistía en lo que se consideraba una loca obstinación del defensor de la plaza. Como ninguno creía que Guzmán el Bueno, por ningún respeto divino ni humano, se allanaría a entregarla, los consejeros de la reina la invitaban a que en virtud de sus soberanas prerrogativas, tomase la plaza para sí, a fin de que después pudiera fácilmente cumplir lo acordado. El resultado de todas estas negociaciones fue, como las veces anteriores, negativo; pero todavía representaba como posible una nueva solución, que apoyaba con toda su fuerza el rey Mohamed II, el aliado de Aragón. Esta solución consistía en plantear la cuestión de la devolución de Murcia, que el Aragonés había tomado para sí, a Castilla, a cambio de que Cas-

tilla diese a Tarifa en recompensa. Sin la firmeza heroica de Guzmán, acaso el rey Mohamed hubiese visto satisfechas sus ambiciones. No obstante, al ocurrir la muerte de Mohamed II, todas las cosas tomaron un nuevo giro. La paz entre Granada y Castilla fue un hecho apenas fue proclamado sucesor, lo que, al saberse en Aragón, fue penosísimo al rey Jaime II, bajo el temor de que aquella reconstitución equivaliera a un nuevo pacto de alianza entre Castilla y Granada, para hacer la guerra al monarca aragonés. La paz la negoció personalmente don Alonso Pérez de Guzmán, presentándose en Granada para plantearla, y sus condiciones fueron el mutuo reconocimiento de lo ganado respectivamente de la otra por cada una de las partes contratantes: de modo que Castilla se quedó definitivamente para sí con las plazas de Tarifa, Cazalla, Medina Sidonia y Vegeŕ de la Frontera. Así, desde Elche, lo hacía conocer del rey de Aragón su legado Bernat de Sarriá, en 10 de Setiembre de 1303.

La conservación de Tarifa trajo en pos de sí, cinco años más tarde, el sitio de Almería por el monarca aragonés y el sitio de Algeciras por las fuerzas castellanas, mientras una escuadra de Aragón delante de Ceuta bloqueaba el estrecho de Gibraltar, cerrando para siempre a los africanos las puertas que les servían para introducirse en la Península. Después de haberse revelado D. Alonso Pérez de Guzmán como tan consumado político en la corte de Aragón y en la corte de Granada, suyos, como militar experimentado, fueron los proyectos para aquellos cercos y la conquista de Gibraltar, doblemente apoyado por mar por los barcos aragoneses, mandados por don Jaspisto de Castellnou, y por tierra, con los asoldados de don Juan Núñez. Sobre esta conquista es hermosa la carta del principal caudillo dirigida al rey de Aragón. Dice así:

«*Al muy noble é mucho onrrado sennor Don Jaimes, por la gracia de Dios Rey de Aragon, de Valencia é de Córcega é de l'Serdenna é Conde de Barcelona é de la Sancta Eglesia de Roma tennalero é almirante é capitan general.*—Yo Alfonso Pé-

rez de Guçmán beso vuestras manos é me encomiendo en vuestra gracia, assí como a sennor a qui he muy grant voluntat de servir.—SENNOR, fagovos sauer que el Rey don Ferrando, que es aquí sobre Algeçira é la tierra cercada. Et, Sennor, sabet que si las vuestras galeras no llegaran aquí el dia que llegaron, que era desfecha la venida sobre Algeçira. Et la ora que el Rey supo que y eran las galeras, movió para allí et cercóla. Et, Sennor, Algeçira é otra villa que es y cerca que dicen Gibraltar son un puerto. E don Guisbert, vuestro vasallo é yo faulamos con el Rey que la fuéssemos á ver qué lugar era. E don Guisbert é yo fuemos en las nuestras galeas á ver el lugar que era. Et fallamos que era lugar muy fuerte. Pero que faulamos con el Rey que enviasse y las vuestras galeras con don Guisbert é gente de la suya et que lo combatiríamos. Et, Sennor, el Rey envió aquí don Juan Nuñez é á mí, é otrosí don Guisbert con las vuestras galeas vino y, Et, Sennor, de guisa fuí combatido una vez, que no osaron y después atender otro combatimento, en guisa que, loado sea Dios, que con el esfuerzo é la ayuda de don Guisbert con la gente de vuestras galeas y feiciron que el lugar que se dió al Rey, é es uno de los fuertes lugares del mundo, segunt don Guisbert vos dirá. Otrosí, Sennor, vos fago saber que vió el Rey las vuestras cartas en razon de la buena andanza que vos Dios dió contra el poder del Rey de Granada que venciestes. Et, Sennor, al Rey é á quanto acá son con él plogo mucha ende, cá, Sennor, la buena andanza es del Rey é nuestra, é la andanza buena del Rey es vuestra. Et, Sennor, pido vos yo mercet que en toda obra que vos cumpla el mio servicio, que me lo enviedes mandar é seet çierto que vos serviré é muy buena suerte. E, Sennor, de las nuevas vacá non vos envyo desir, porque don Guisber vos las contará todas. Fecha en Gibraltar XII dias de setiembre.»

Puede decirse que este fue el último triunfo militar y político de D. Alfonso Pérez de Guzmán, *el Bueno*. Después de la conquista de Gibraltar Guzmán el Bueno, el Arzobispo de Se-

villa, D. Ferrand Pérez Tomé, el Consejo de Sevilla y otras gentes entraron á correr las tierras de Granada, llegando hasta diez leguas de la capital, «gentes del Rey de Granada, según otra carta al Rey D. Jaime, embarazáronse con ellos é mataron y á D. Alfonso Pérez é quatro caballeros con él, é de la otra gente, como yvan en algora, comenzaron á derramar á cada parte é mataron fasta treynta de á caballo é mille omnes á pié... Dado en el Real de sobre la cerca de Algecira XXII dias de setiembre.» La muerte del de Guzmán, y la defección de otros caudillos, obligó a los reyes de Aragón y Castilla a levantar los cercos respectivos de Almería y Algeciras, tristísimo funeral a la pérdida de un hombre tan insigne.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPÍTULO X

Yo tenía mi camita en un rincón del cuarto, y cerca de la puerta se alzaba la cama de columnas, en la que dormía mi padre. Una espléndida mañana de Setiembre, muy temprano, tenía yo entonces cerca de once años, me llamó mi padre. Subí a su cama, me metí en ella y tuvimos una grave conversación. Empezó ésta inopinadamente. Me preguntó si me gustaría tener una nueva mamá. Yo no fuí nunca un sentimental; así fue que contesté prudentemente que dependía de quien fuera ella. Paró él el golpe anunciándome que de todas maneras estaba ya en camino la nueva mamá, y que seguramente sería de mi gusto. Sin embargo, en el tono de quien no quiere comprometerse, pregunté: «¿Vendrá conmigo detrás del horno de cal?» Esta pregunta dejó muy perplejo a mi padre. Tuve que explicarle que la ambición de mi vida era subir a la cumbre de la colina que se alzaba sobre Barton, detrás del horno de cal, lugar que era tierra prohibida, porque se le tenía en la localidad por extremadamente peligroso. «¡Oh! creo poder decir que irá—contestó entonces mi padre;—pero es preciso que adivines quién es.» Nombré a una o dos de las mujeres menos atractivas de la comunidad de los «Santos». Esto resultaba

molesto para mi padre. En efecto, la segunda persona que mencioné era una mujer casada que tenía una confitería en el pueblo. Así fue que se apresuró a decir: «Es Miss Brightwen.»

Muy bien hasta entonces, y yo estaba satisfechísimo. Desgraciadamente, recordé que mi deber me imponía rendir testimonio «en toda ocasión», y pregunté a mi padre con suma seriedad: «¿Es hija del Señor, papá?» El contestó con gravedad que lo era. «¿Ha tomado su cruz, haciéndose bautizar?»—añadí, porque este era mi punto fuerte como creyente. Mi padre pareció un poco desconcertado.—«A decir verdad—explicó,—todavía no ha visto hasta ahora la necesidad de ello, pero tenemos que pedir al Señor que la muestre claramente su camino. Ya ves, ella ha sido educada hasta hoy en la pretendida Iglesia de Inglaterra.»

Los papeles estaban ahora curiosamente invertidos. Yo era, a lo que parecía, el severo confesor, y mi padre el penitente que pedía perdón. Me incorporé en la cama, y agitando una mano, exclamé: «¡No me digas, papá, que ella es petobaptista!» Esta importante palabra era una adquisición reciente, y aproveché la oportuna ocasión que se me presentaba para servirme de tal vocablo. Mi padre se afectó penosamente, pero me repitió que tenía la seguridad de que si uníamos nuestras oraciones y exponíamos claramente a Miss Brightwen el plan de las Escrituras, llegaría sin duda a aceptar la doctrina del bautismo de los adultos. Añadió que no había que juzgar, por el temor de que fuésemos juzgados. Yo tuve el suficiente tacto para no recoger esto, porque había advertido muy bien que todo nuestro sistema era juzgar, sin que tuviésemos el menor deseo de ser juzgados. Es que, aun a la edad de once años, se da uno cuenta de que hay circunstancias en que no conviene estrechar demasiado la verdad.

Un poco antes de la Navidad, una noche en que helaba con fuerza, nos trajo mi padre a su esposa. El engalanamiento de la casa, el nuevo mueblaje, el traslado de lo que me pertenecía a una alcoba particular, los regalos de boda de los Santos,

todo esto, por interesante que fuese, palideció ante el hecho de que Miss Marks hizo «una escena» por la tarde. Yo estaba entretenido en bailar alrededor de la sala, repitiendo: «¡Qué contento estoy! ¡va a llegar mi nueva mamá!» cuando Miss Marks, con una voz que no le era natural, exclamó: «¡Qué niño tan cruel!» Yo me paré estupefacto y la miré sin pestañear. Entonces, prescindiendo de toda prudencia, gimió ella: «¡Y yo que pensaba que llegaría a ser tu querida mamá!» Me quedé literalmente atónito, después expresé mi horror en términos claros y enérgicos. Miss Marks cayó entonces en una furiosa crisis de nervios, mientras que yo la contemplaba sin ninguna simpatía y siempre profundamente molestado. Ella tenía razón; yo era cruel, ¡pero se necesitaba ser tonta! La consecuencia fue que, toda llorosa y sacudida por un temblor nervioso, se retiró a su gabinete, mientras que, todo sonriente y halagador, daba yo la bienvenida a los recién casados en el umbral de la casa, y con tanta cortesanía como si fuera un antiguo y estimado servidor de la familia.

Hallé inmediatamente una aliada en mi madrastra. Si ella no fue nunca para mí «una fuerte torre», fue por lo menos una «cabaña» en «mi jardín de cohombros». Persona piadosa, muy bien intencionada, pero sin ningún fanatismo, su espíritu no se regalaba naturalmente con aspiraciones espirituales. No tenía sino un defecto en sus relaciones con los demás, y era el ser un poco irritable. Afirmaba así su personalidad avasallada. Pero era afectuosa, simpática y, sobre todo, distinguida. Su distinción era extraordinariamente agradable a mis nervios, tendidos por todo lo que me rodeaba.

Hasta qué punto, pobre mujer aislada, se encontró mortificada en sus primeros contactos con el género de culto que practicábamos en la capilla, no podría decirlo, pero creo que estaba dotada de filosofía. Con sorprendente temeridad, y en oposición con todos los miembros de su familia, había elegido un pastel, y ahora reconocía que le era preciso comerle hasta la última miga. Mi padre ejercía sobre los deseos de su mujer

y sobre sus prevenciones una presión constante, jovial y tranquila. Nunca se mostraba duro ni brusco, pero sin cesar y poco a poco aumentaba la presión de tal manera que la voluntad de su esposa cedió a la carga. Hasta sobre la cuestión de la inmersión en público, por la que tenía un horror que fue largo tiempo invencible, y que era muy natural en una persona reservada y sensitiva que caminaba hacia cierta edad—hasta sobre esta cuestión del bautismo cedió, y mi padre, un domingo, cuando rompía el pan con los Santos, tuvo el consuelo de decirles: «Mi mujer, muy amada, ha llegado a percibir la voluntad del Señor, y rendirá testimonio de su fe el jueves por la noche.» No tenía nada de raro que mi madrastra fuese algunas veces irritable.

Desde el punto de vista de mi desarrollo físico, la debo una infinita gratitud. Los suyos, muy opuestos a la boda, le habían predicho, entre otras agradables profecías, que «la primera cosa que tendría que hacer sería enterrar a aquel pobre niño». Por obediencia a las rancias prescripciones de Miss Marks, dormía yo bajo un montón de mantas; no salía más que provisto de gabán y bufanda, y me defendían del aire puro como si se tratara de la peste. Con real valor, mi madrastra cambió todo esto. La ventana de mi alcoba quedaba abierta de par en par toda la noche; fueron proscritos los trajes de mucho abrigo, y me animaron a que estuviese al aire libre todo el tiempo posible.

Todos los censores que contaban los «Santos» menearon la cabeza. Mary Burmington, un poco agriada por el fracaso de su querida Marks, echó un solemne sermón a mi padre, que no sirvió para que prohibiese a mi madrastra seguir su excelente plan.

Mi estado de salud se modificó rápidamente con el cambio de régimen, pero la mejoría de la salud física no aportaba la de la salud espiritual. Mi padre, completamente ocupado en moldear la voluntad de mi madrastra e inflamar su piedad, me dejaba ahora en libertad hasta un punto nunca visto. Yo

no perdía la fe, pero otros muchos asuntos de interés tomaban en mi espíritu un puesto preponderante.

Supongo que se admitirá que no hay prueba más fuerte de una entera sinceridad religiosa que el fervor de la oración personal. Si un hombre, solo, junto a su lecho, prolonga sus rezos y no quiere dejarlos hasta haber obtenido lo que cree ser una respuesta evidente a sus súplicas, entonces, cualquiera que sea el carácter de sus protestas públicas o la debilidad de sus acciones, es absolutamente cierto que cree en lo que profesa.

Mi padre, cuando estaba solo, rezaba con un espíritu que casi podría yo llamar espíritu de violencia. Al implorar las direcciones de lo Alto, lo hacía con importunidad. Hubiera podido decirse que tomaba al asalto las ciudadelas de la gracia divina, no queriendo ser derrotado, asediando sin merced con sus ruegos a una divinidad que, a veces, me parecía inatenta a sus súplicas o fatigada por ellas. Las súplicas de mi padre, al observarle de noche, cuando me creía dormido, iban acompañadas de extensiones de brazos, de crujidos en las falanjes de sus dedos, de profundas aspiraciones, de sonidos murmurantes que parecían escaparse del silencio como, de la colmena, las abejas de Virgilio, *magnis clamoribus*. Mi padre robustecía su vida religiosa con la oración, como un atleta su vida física con la gimnástica respiratoria y vigorosas fricciones.

Turbábase mi conciencia por no poder llegar a tal fervor. La indigencia de mis oraciones había sido mucho tiempo para mí una fuente de tormentos, pero me era imposible descubrir un medio de enriquecer mi pobreza. Mi padre tenía la costumbre de ponernos en guardia, con gran solemnidad, contra el «servicio de los labios». Entendía por esto cantar los himnos y aportar su concurso a algún ministro, sin que el corazón tomase una parte viva o personal. Era la manifestación externa cuya tendencia podía yo bien percibir, pero existía un «servicio de los labios» más mortal aún, contra el que nunca se le ocurrió a mi padre prevenirme. Este servicio me asaltaba

cuando solo, junto a mi cama,con la vela apagada, en camisa de dormir, me ponía de rodillas. Entonces era cuando mi carencia de vida espiritual se manifestaba por la oración maquinal que dirigía a Dios, por la inanidad de mi lenguaje, por la ausencia de toda unción real.

Nunca pude llegar a pedir a Dios sus dones espirituales con la misma voz y el mismo espíritu con que hubiera pedido a alguien lo que sabía que le era posible darme, y con el vivo deseo de poseerlo. Este sentido de la realidad de la intercesión me fue siempre negado, y en ello había que ver, hoy lo comprendo, el estigma de mi falta de fe. Pero yo no sospechaba nada de esto en la época en que me esforzaba en estimular mi celo, zurrándome mentalmente de manera desesperada, como los niños hacen girar el peón a latigazos.

El mayor provecho que saqué de la venida de mi madrastra fue el que se me animase a hacer amistades con un cierto número de niños de mi edad, que recientemente había conocido. Mi madrastra hizo más que tolerar este trato amistoso: me ayudó en él; y gracias a lo bien que ella arregló las cosas, afirmáronse estas amistades afuera con cierta regularidad, y nuestras excursiones partieron en días fijos de una casa o de otra. No sé qué etapas tuve que recorrer para dejar de ser una criaturita solitaria, absorta en sus recuerdos de monografías y sus construcciones de barro, y para convertirme en uno de los miembros de una especie de club de ocho o diez muchachos activos. Las vacaciones del verano de 1861 fueron una delicia.

Al mirar hacia atrás, no puedo distinguir ninguna nube en mi horizonte terrestre; no percibo sino el llamear del sol, las pendientes de césped resbaladizas que descienden hasta las dunas; arenales blancos, promontorios rojos que se pierden en un mar de zafiro; en fin, nuestro feliz grupo, trepando, bañándose, barqueando, jugando y charlando todo el santo día. Una vez más he de notar un hecho, que no me parece sin interés: en el momento preciso en que mi vida cesó de ser solitaria, cesó también de aparecerme distintamente. No tengo dificul-

tad alguna en recordar, con la minucia de una fotografía, escenas de las que mi padre y yo, encerrados en las cuatro paredes de una habitación, éramos los únicos actores. Pero, en lo que concierne a la vida gloriosa que llevé con muchachos revoltosos, a orillas del mar, no hallo nada más que impresiones vagas y discontinuas, deliciosas e ilusorias.

Por un tiempo, mi padre se dejó llevar por la indulgencia. Prueba notable de esto es que no hizo ningún esfuerzo para contrarrestar la intimidad que yo había establecido con mis nuevos compañeros. El mismo se relajaba en sus severidades; se humanizaba, como lo demuestra su matrimonio y la composición, en aquella época de su vida, de la más pintoresca, la más fácil y la más graciosa de sus obras: *La novela de la historia natural*, libro clásico hasta lo presente. Todo se unía para hacerle creer que había caído sobre él la bendición del Señor, y para echar sobre el mundo y sus tinieblas un velo de color de rosa. No me acuerdo que nunca entonces, cuando salía yo por la mañana, para pasar todo el día con mis amigos en la playa, se le ocurriera recordarme que en toda ocasión debía hablarles de la sangre de Jesucristo. Y, por cobardía, yo dejaba dormir el dogma.

No todos mis compañeros eran hijos de los «Santos» de nuestra comunidad; sus padres pertenecían a esa clase liberal a la que no hacíamos más que empezar a atraer a nuestros servicios. Estaban educados en el seno de familias religiosas, pero no fanáticas, y entre ellos era yo el único «convertido». Mrs. Paget, de la que hablaré pronto, declaraba pintorescamente que le apenaba «ver un cordero entre tantos cabritos». Pero la imagen no nos parecía responder a la realidad. De hecho, pactamos un compromiso tácito, que hoy todavía lo creo excelente. Mis jóvenes cempañeros no se burlaban nunca de mí como «miembro de la comunidad de los Santos», y, por mi parte, no les hacía nunca valer la necesidad de la Expiación. En realidad, empezaba a prescindir cada vez más de mi fe personal para no sacarla sino los domingos.

Se habrá observado, espero, que, en la singularísima compañía de adultos que me rodeaba, si muchos eran débiles y algunos estaban perturbados, no había uno, por lo que yo puedo entender, que fuese hipócrita. No soy de los que creen que la hipocresía es un vicio que brote en todos los terrenos. Evidentemente, en materia religiosa más que en ninguna otra, hay entre nuestros pensamientos y nuestros actos, una contradicción perpetua, inherente a nuestro orden social, y que tiene que conducirnos a «ese engaño mutuo» de que habla Pascal. Pero me he preguntado frecuentemente con asombro, mientras que admiraba el espléndido retrato de Tartufo, si tal monstruo ha existido, o por lo menos, si ha cruzado a menudo el teatro de la vida; si Molière lo ha observado o solamente inventado.

En cuanto a adoptar un sistema de afirmaciones religiosas sin creer nada en su de verdad, sencillamente por ventajas sensibles, confesándose a sí mismo lo descarado de la maquinación, he aquí un camino que puede haberse seguido, que lo ha sido sin duda, pero mucho menos frecuentemente que los cínicos gustan de dar a entender. Ahora bien; en el punto a que me ha hecho llegar mi relato, conocí a un individuo que fue señalado a la faz del mundo entero como hipócrita criminal y condenado en este concepto por la policía de su país. Mi mismo padre no pudo hacer otra cosa que suspirar y reconocer lo bien fundado de la acusación. Y a pesar de todo, todavía dudo.

A mitad de camino aproximadamente, entre nuestro pueblo y la ciudad, alzábase una confortable *villa,* habitada por un abogado retirado, tal vez un magistrado, a quien llamaré Dormant. A menudo entrábamos en su casa, situada casi a mitad de camino; y aunque pertenecía a la congregación de la ciudad, le ocurría con bastante frecuencia venir a nuestra capilla «para romper el pan». Dormant era un hombre robusto, de tinte rosado, de costumbres agradables. Tenía hermosos cabellos blancos, una voz muy dulce, maneras atractivas y simpáticas. Daba pruebas de una grandísima facilidad y de un celo

extremado para expresarse en la piadosa fraseología de nuestra secta. Mi padre no se había sentido nunca muy atraído hacia aquel hombre, el cual, en cambio, profesaba, y creo que la sentía, una irresistible admiración por mi padre. Dormant no tenía una posición desahogada, y el año anterior había convencido a un anciano y acaudalado caballero a que fuese a vivir con él. Cuando, en el transcurso del invierno, murió, sorprendió mucho el saber que había legado a Dormant la casi totalidad de su fortuna, que no dejaba de ser considerable.

El asombro fue grande, porque el caballero fallecido tenía un hijo, al que quería mucho, y el cual estaba por entonces en el extranjero, creo que en la América del Sur, en donde ejercía una profesión perfectamente honrosa, con la completa aprobación paterna. Mi padre, en cuestiones de dinero, conservó siempre una delicadeza y un sentido del honor que no hubieran sido más notables en un hombre irreligioso, y tengo gran placer en recordar que la primera vez que habló de aquella herencia fue para lamentar que Dormant hubiese permitido al anciano caballero disponer así de su fortuna. Porque, decía mi padre, suponiendo que Dormant conociese la intención del testador, hubiera acusado un sentimiento más justo de su responsabilidad disuadiéndole de que tomase tan impropia determinación. Esto sucedía muchotiempo antes de ponerse en tela de juicio la cuestión de legalidad. Dormant había entrado entonces en posesión de su fortuna, y empezaba a prodigar liberalidades importantes a las sociedades misionarias y a la congregacion a que pertenecía. Si no me engaño, entregó a nuestro fondo de construcción, y sin que se lo hubieran pedido, cierta suma que mi padre devolvió después. Pero pronto supimos que el hijo del difunto había vuelto de los antípodas y que se dedicaba a una investigación minuciosa. Antes de que nos hubiéramos podido dar cuenta del asunto, una novedad estalló como una bomba sobre nuestras cabezas. Dormant, acusado de haber obrado delictivamente, acababa de ser detenido y llevado a la cárcel de Exeter.

Propagóse entre nosotros una gran simpatía por el prisionero. Pero disminuyó cuando nos dimos cuenta de que el anciano se había convertido durante su estancia bajo el techo de Dormant, y que el hecho de que su hijo no era un creyente le había parecido suficiente razón para desheredarle. Todas las dudas desaparecieron cuando, apremiada la enfermera que había asistido al moribundo, y la cual formaba también parte de los «Santos», reveló que Dormant había obtenido la firma puesta al pie del testamento llevando sobre el papel la mano del testador, cuando ya éste se hallaba en la agonía.

Mi padre, acallando por un esfuerzo de la voluntad la repugnancia que experimentaba, visitó al encarcelado antes de que se le juzgara. A su vuelta, refirió que Dormant manifestaba una confianza perfecta, y que había expresado la seguridad de su alegría y su paz en el Señor. Mi padre lamentó no haber logrado hacerle conocer que por lo menos había cometido un error de juicio. Pero en la Audiencia, cuando los hechos quedaron establecidos, sin que, de otra parte, los negase él, la actitud del acusado fue más extraordinaria todavía. No se pudo decidirle a expresar el menor remordimiento, y ante la cólera manifiesta del juez mismo, afirmó que no había hecho más que su deber de cristiano, impidiendo que aquella fortuna hubiera caído en manos de un hombre sin religión, que la habría derrochado al servicio de la carne y del diablo. Severamente reprendido por el juez, terminó afirmando que, en aquel mismo instante, tenía la convicción de que el Señor estaba presente en la Audiencia, a su lado, y le murmuraba al oído: «Esto va bien, bueno y fiel servidor.» En tal estado de ánimo, y con el rostro iluminado, fue condenado a trabajos forzados.

Fue éste un penosísimo incidente, y es fácil comprender cuán cruelmente comprometió a nuestra comunidad y qué ocasión de blasfemar fue para nuestros adversarios. Nadie, en ninguna de las dos congregaciones, podía ni quería tomar la palabra para defender a Dormant, y nosotros teníamos que bajar la cabeza cuando encontrábamos a nuestros

enemigos. El golpe era más duro para la congregación de la que había sido uno de los más notables comulgantes, pero nos alcanzaba también, y a mi padre le afectó vivamente el caso. Durante muchos años no quiso nunca mencionar el nombre del personaje, y rechazaba toda discusión sobre el hecho mismo.

Sin embargo, yo no estuve nunca seguro, y no lo estoy aún, de que aquel desgraciado fuese un hipócrita. Hay fanáticos vulgares en tan gran número como los hay distinguidos, y no estoy en modo alguno convencido de que Dormant, poco culto y poco inteligente, no estimara muy sinceramente que el dinero valía más que se dedicara a la propaganda religiosa que a los placeres del mundo, placeres de los que no tenía sin duda sino muy vaga idea. Medité mucho sobre este acontecimiento, y, por primera vez, despertó en mi espíritu una duda en cuanto a la completa y saludable eficacia de nuestro estrecho sistema de moral, que podía hacer que la conciencia de un creyente tolerase semejantes actos, denunciados por mi mismo padre como desleales y deshonrosos.

Mi madrastra había traído con ella una colección de libros como no los habíamos visto hasta entonces, aunque fuesen conocidos de todo el mundo, menos de nosotros. Los poemas de Walter Scott eran las especiales galas de la colección, y mi padre, que tenía una animación desacostumbrada y un espíritu dispuesto momentáneamente a las concesiones, se puso nada menos que a leer aquellas obras, en alta voz, a mi madrastra, en las tibias veladas de la primavera. Fue una especie de representación de corte de amor, un tributo poético a la esposa, algo muy sentimental y muy gracioso. Ella se sentaba muy tranquila, ante su cesto de labor, y él, enfrente, hacía brotar la oleada de los versos. Prescindíase de mí en aquella escena completamente matrimonial, pero yo estaba presente, y la lectura producía en mí una impresión más viva que sobre los protagonistas de la escena.

Mi padre leía admirablemente los versos, con un sentimiento profundo de la medida y del ritmo, hasta demasiado pro-

fundo para el gusto de algunos, no para el mío, haciendo vibrar las rimas y resonar los nombres propios. Empezó —y era elegir acertadamente—por *La dama del lago*. Era un placer particular para mí oirle con su fuerte voz hacer justicia a «Duncrannon» y a «Cambus-Kenneth», y despertar los ecos con «Roderigh Vich Alphine dhu, ¡ho! ieroe!» Yo anhelaba casi de emoción, mientras que un estremecimiento corría a lo largo de mi espina dorsal, cuando llegábamos al siguiente pasaje:

Coir-Uriskin, tu antro de fantasmas,
Produce un eco siniestro y penetrante,
Y la garganta siniestra donde los álamos se agitan
En Beala-nam-bo.

Estos versos me parecían llegar a lo ideal de lo sublime poético. Mis pensamientos estaban todo el día aguzados por las aventuras de Fitzjames y de los ciudadanos de Ellen's Isle. Esto se convirtió en una obsesión y cuando, una vez, me preguntó alguien si recordaba el nombre de la ciudad habitada por el pastor de los cristianos bíblicos, contesté como en sueños: «Sí... Beala-nam-bo.»

Al verme fascinado por la poesía épica de Sir Walter Scott, hasta el punto de experimentar a veces una especie de delirio, mi madrastra preguntó a mi padre si no podría lanzarme a la lectura de las *Waverley Novels*. Pero él no quiso consentir, por la razón de que eran relatos que daban de la vida una pintura falsa y turbadora, y que distraerían mi atención de las cosas del cielo. Yo no entendí bien la distinción que establecía entre las poesías que permitía y las novelas que prohibía. Sin embargo, supongo que consideraba una obra en verso como más artificial, y, por consiguiente, menos susceptible que una obra en prosa, de provocar una impresión realista. Y hay algo chocante en el escrúpulo de conciencia que permite *The Lord of the Isles* y excluye *Rob Roy*.

Pero más rara todavía, y casi caprichosa, fue la repentina decisión de mi padre que, privándome de las novelas de Scott,

me concedió leer las obras de Dickens. Recuerdo que mi madrastra manifestó cierta sorpresa, y que mi padre le explicó que Dickens «expone la pasión del amor bajo un aspecto ridículo». No pareció ella ser de este parecer, que, ciertamente, rayaba en lo extrasutil; pero me procuró un *Pickwick*, cuya lectura me cautivó inmediatamente. Mis carcajadas, en ciertos pasajes, eran casi escandalosas, y me valieron regaños por lo que perturbaba a mi padre cuando, en un cuarto del piso superior, se dedicaba al estudio de la palabra de Dios. Hube de tardar varios meses en la lectura de *Pickwick*, porque acostumbraba correr a través de un capítulo, volverlo a leer, esta vez atentamente, y, por último, cerrar los ojos para evocar las figuras y la acción.

Supongo que ningún niño haya gustado mejor el encanto que me producía la lectura del delicioso libro. Sentíame en compañía de un caballero de tal gracia, que me echaba a reir aun antes de que empezara a hablar. En cuanto hacía él la observación de que «el cielo estaba sombrío y huraño, que el aire era húmedo y frío», prorrumpía yo en carcajadas. Mi aislamiento en el rincón retirado en que vivíamos, al margen de la vida, hacía tal vez que me excediera algo en mi entusiasmo, y es posible que haya sido el último de la generación que acogiera al Sr. Pickwick con un sentimiento sin reservas e irresistible. Es cierto que hay pocos niños hoy que parezcan ser tan sensibles como yo lo fuí, con otros miles antes que yo, al género de fascinación ejercida por tal obra.

Es curioso que, viviendo en una casa en la que se cultivaba asiduamente cierto arte delicado de pintar, no hubiese visto todavía verdaderas pinturas. Apenas si me eran familiares las reproducciones en grabado. Mi madrastra aportó con ella el aroma de las bellas artes; una especie de perfume estético envolvía todos sus movimientos. Había encontrado en su juventud artistas auténticos, había visto pintar a Crome y había recibido lecciones de dibujo de un maestro que no era otro que Cotman. Pintaba a la acuarela paisajes, con una ciencia deli-

cada de los medios, y en el gracioso convencionalismo de Norvich. Sus álbunes estaban llenos de lindas abadías que hubieran recordado al iniciado *Liber Studiorum* de Turner; de boscajes sobre los que el fantasma de Creswick había dulcemente suspirado.No era un arte que nos asombrara; pero, con su reserva distinguida, era la realidad. Nuestras anémonas de mar, nuestros pájaros de los trópicos, nuestros fragmentos de rocas esponjosas, ornadas de encajes y aristas de coral, cualesquiera que fueran la habilidad y la conciencia que acusasen, eran irreales desde el punto de vista del arte.

Así, y sin comprender su valor, empecé a adquirir algunos conocimientos de las fases elegantes que tuvo, en sus comienzos en Inglaterra, la pintura a la aguada. Recuerdo un singular pilón de mármol, lleno de agua hasta los bordes, con un cielo gris azulado encima, y sus álamos de un verde obscuro que, semejantes a escobas mojadas, amenazaban al horizonte. El mismo Cotman había retocado aquel cuadro, que me pareció bello y curioso en su marco obscuro y liso, cuando lo colgaron en una de las paredes de la sala.

Sin embargo, y aunque a mi madrastra le gustara hablar de los goces de la Royal-Academy, yo no había visto aún cuadros con personajes. Así, pues, en un estado de bastante excitación fuí a ver con mi padre «Cristo en el Templo», un cuadro de Holman Hunt, cuya exposición pública se anunció, por aquella época, en la ciudad vecina. Pagamos nuestros *schillings*, y, con otros, subimos a una habitación del piso superior, desprovista de todo lo que hubiera podido distraer la atención. Del techo caía una fuerte luz que iluminaba el cuadro. Lo contemplamos un momento en silencio; luego mi padre me señaló los diversos detalles de los ornamentos y vestiduras que distinguían al sumo sacerdote.

Recuerdo que algunos de los visitantes expresaban su asombro y su aversión por lo que llamaban la manera «prerrafaélica» del autor. Pero no era esto lo que nos llamaba la atención. Verdaderamente, la manera precisa, minuciosa y severa de

Hunt estaba en armonía, si es que se pudiera descubrirla, con los métodos que teníamos la costumbre de seguir cuando, pintando las mariposas y las plantas marinas, colocábamos colores perfectamente puros, los unos al lado de los otros, sin ninguna falta de sentido, a propósito del claroscuro. Aquel cuadro, amplio, luminoso, inteligible, me hizo una profunda impresión, no ya absolutamente como obra de arte, sino como brillante muestra de historia natural. Yo estaba satisfechísimo de haberle visto, como lo estaba de haber visto el cometa y la ballena que trajeron a nuestra puerta en un carro. Era una adición notable al capítulo de mis conocimientos. Las menudas satisfacciones concedidas a mi curiosidad no parecían haber alarmado en lo más mínimo a mi padre. Su vista era corta. Si yo parecía contento y obediente, si contestaba con agrado cuando se dirigía a mí, no se preocupaba por descubrir la causa de mi buen humor. Lo atribuía al feliz sentimiento de mi alegría en Cristo, a un reflejo del Sol de Gracia que irradiaba mi sér sin interposición de las nubes del pecado o de la duda. Los «Santos», en general, eran muy fáciles de comprender, porque todas sus emociones eran superficiales. ¿Estaban alegres? Ninguna carga pesaba sobre su conciencia. ¿Estaban deprimidos? Podía afirmarse con certeza que su conciencia les atormentaba. ¿Estaban indiferentes o fríos? Su fe disminuía seguramente y se hacían hostiles al servicio de Dios. Eran almas sencillas, de juego casi mecánico, y yo, aunque fuese mucho más joven, era más complejo y más fino que nuestros «Santos» de la clase campesina. Mi padre, cuya psicología no tenía nada de sutil, me aplicaba las mismas fórmulas que las que le daban el mejor resultado en nuestras reuniones; pero, en mi caso, los resultados no eran tan uniformemente felices.

La excitación de la vida escolar y el ensanche de un círculo de interés se unían para que el domingo fuese, por contraste, una ocasión de mucho aburrimiento. La ausencia de todo género de recreo en el día dominical, concluyó por ser una carga difícilmente soportable. He dicho que gozaba, durante la se-

mana, de una libertad relativamente considerable. Con tal de que me encontrase puntualmente en casa a las horas de las comidas, no exigían mi presencia durante los ocios de que disponía. Pero esta libertad que, durante los días de verano, llegaba a ser mayor que la de los «peces que se embriagan en el abismo», contrastaba penosamente con la sumisión inviolable del domingo.

Mi padre era muy opuesto a la expresión «día del sabbat», comúnmente empleada por los presbiterianos y otros más. Decía, con mucha razón, que era una moderna innovación incorrecta, puesto que siendo el sabbat el sábado, es decir, el sétimo día de la semana y no el primero, resultaba ser una fiesta judía y no una conmemoración cristiana. Y, sin embargo, la exageración con que mi padre quería que se observase el primer día de la semana, y que estuviese exclusivamente consagrado a actos de adoración públicos y privados, procedía mucho más de la ley judaica que de la ley cristiana. En efecto; no recuerdo que mi padre sacara nunca del Nuevo Testamento un argumento definitivo en apoyo de la extrema pasividad que exigía el día del Señor. Seguía la antigua costumbre puritana con la restricción, sin embargo, de que su observancia no íba desde el anochecer del sábado al anochecer del domingo, como hacían, según creo, los puritanos de antaño.

Existe ya una relajación tan universal en la observancia del día del Señor, que creo que no carece de interés conservar una descripción exacta del empleo que dábamos a nuestros domingos, hace cuarenta y cinco años. Bajábamos a desayunar a la hora habitual, y mi padre rezaba una breve oración antes de empezar. Terminado el desayuno, sonaba la campana, y aun antes de que quitasen la mesa, se celebraba un largo servicio de explicaciones bíblicas y de rezos, al que asistían las criadas. Si hacía buen tiempo, paseábamos una media hora por el jardín, sin hacer nada más. Luego, separadamente, cada cual en su cuarto, permanecíamos sentados, con las Biblias abiertas ante nosotros, y, al lado, algún comentario re-

ferente al texto de la lectura. Así preparábamos nuestras almas al servicio de la mañana. Poco antes de las once, marchábamos provistos de nuestras Biblias y nuestros libros de cánticos, y sufríamos, en la sala de nuestras reuniones, un servicio que duraba dos horas, y constituía el acontecimiento principal del domingo.

En seguida, volvíamos para almorzar. Esta comida, cosa bastante singular, era siempre caliente, con un gran trozo de carne, legumbres y pudines, lo que obligaba por lo menos a la cocinera a no cesar de trabajar. Luego mi padre y mi madrastra dormían una siesta, en habitaciones separadas, mientras que yo me iba al jardín unos momentos, sin aventurarme nunca al campo. A media tarde, mi madrastra y yo íbamos al pueblo, a la escuela dominical, en la que yo estaba encargado de instruir a un grupo de pequeñuelos. Volvíamos a la hora del té; en cuanto lo tomábamos, salíamos, armados de nuevo, como por la mañana, de Biblias y libros de cánticos, y asistíamos al servicio de la tarde, en el que mi padre improvisaba un sermón. A la hora en que me acostaba los otros días de la semana, teníamos que asistir a un tercer servicio, que se llamaba la reunión de rezos de los creyentes, y que, generalmente, duraba otros cuarenta minutos. Por fin, nos retirábamos arrastrándonos a casa, y a menudo estaba yo tan cansado, que mi cansancio me parecía un dolor físico. Así es que sin otra «adoración» me permitían meterme en la cama.

Lo que hacía a estos domingos, cuya observancia era de una absoluta uniformidad, tan particularmente tediosos, es que no me autorizaban a aportar a ellos el temperamento de una interrupción profana. Yo no podía ni abrir un libro de ciencia, ni hacer un dibujo, ni proceder al examen de una de nuestras muestras. No se me permitía salir a la carretera, sino para acompañar a mis padres a la sala de reuniones; no podía ni discutir de asuntos seculares durante las comidas, ni entrar en mi cuartito en que guardaba mis tesoros. Estaba vestido de negro todo el santo día, como si me hubiera sido preciso estar

dispuesto, en todo momento, a asistir a un entierro con el decoro requerido. A veces, al anochecer, me ocurría sentir que era casi imposible soportar la monotonía y el enojo de mi situación; pero, en aquel tiempo, era yo de humor acomodaticio y me inclinaba ante un orden de cosas que suponía ser el del Universo.

CAPITULO XI

A medida que se ensanchaba mi horizonte intelectual, mi padre seguía la dirección de las miradas de mi espíritu con cierta ansiedad, sin discernir, no obstante, lo que yo contemplaba. No hubiese podido traducir en palabras, y hoy todavía no podría precisar las visiones que retenían mi vaga y tímida atención. Mientras que el niño se desarrolla, los que le contemplan con ternura o impaciencia rara vez llegan a un análisis, ni siquiera aproximadamente correcto, de los movimientos de su inteligencia, por la razón, sobre todo, de que los fenómenos que se manifiestan se sustraen a toda definición que de ellos pudiera intentar un adulto. Es preciso ahora que mencione una singular fantasía de mi inteligencia, y que ha desempeñado un papel considerable en la emancipación de mi espíritu, o más bien en la formación de los hábitos de mi pensamiento. Pero ni mi padre ni mi madrastra pudieron comprender nada de esto, y, a decir verdad, tampoco comprendí gran cosa yo mismo.

Entre los libros que había traído mi nueva mamá, había varias ediciones de poetas, y era una rara mezcla. Estaban allí Campbell y Burns, y Keats y Byron. Hubiera podido esperarse que cada uno tuviera algo que decirme; pero mi sensibilidad era demasiado novicia, y no los entendía aún. Sus voces impericsas me llamaron más adelante. Al lado de estos clásicos del romanticismo había un volumen pequeño y grueso, encuadernado en negro, y que contenía cuatro reimpresiones de obras del siglo XVIII, poemas sombríos y fúnebres, tan anticuados como los huesos en cruz y los querubines que

adornan las tumbas de un cementerio de aldea. Estas cuatro obras eran—y por este orden que no olvidaré nunca:—*El día del Juicio*, del Dr. Young; el *Sepulcro*, de Blair; *La muerte*, del obispo Beilby Porteus, y *La divinidad*, de Samuel Boyse. Estas lúgubres efusiones, todas en versos libres o en dísticos heroicos, representaban, bajo su forma más temible, la teología artística de mediados del siglo XVIII. Todo ello estaba como instruído por los sentimientos vengadores y las exhortaciones que pasaban por piedad elegante bajo el reinado de Jorge II.

El exclusivismo tiránico de nuestros domingos explica por qué se me ocurrió abrir ese volumen solemne. Por la tarde del día del Señor, como ya lo he explicado, yo no podía ni pasear, ni hablar, ni explorar nuestra biblioteca científica, ni entregarme a entusiastas empresas de pintura a la aguada. La teología de los Hermanos de Plymouth, única lectura que se me permitía, me causaba a la larga, y particularmente cuando la tarde era tibia, un ligero mareo, una especie de cefalalgia secreta. En uno de estos momentos, caí sobre esa lamentable colección de versos, y ante su carácter religioso, pregunté: «¿Puedo leer esto?» Tras una ojeada de asombro, rápidamente lanzada al contenido del libro, la respuesta fue: «¡Oh!, ciertamente, sí, si tienes valor para ello.» El césped empezaba desde el terrado sobre el que se abría la ventana de la sala. Veíanse dos olmos gigantescos que, en su origen, formaron parte del cercado de una pradera. No habían de tardar en desaparecer. Pero entonces, en medio de nuestro jardín ordenado y cultivado, alzábanse rudos, con algo de primitivo y autóctono. Hubiérase dicho dos antepasados campesinos en el seno de una familia elevada a la nobleza. Cada uno de éstos dos árboles se elevaban de un montículo escarpado, y una raíz de uno de ellos fue durante mucho tiempo mi pupitre favorecido. Allí me refugiaba con mis poetas de cementerio, y nadie explicará nunca el transporte con que seguí los desarrollos que les inspiraba su austera moralidad.

Que verdaderamente leyera seguidas las páginas de mi volumen encuadernado en negro, es cosa de la que no estoy bien seguro; pero fue para mí un compañero, cuya sociedad apreciaba, y aun en el pasaje peor, me era mil veces más simpático que el comentario de Jukes sobre el *Apocalipsis* o que una obra perfectamente atroz, y dotada de este título ambiguo: *La Javelina de Fineas*, que yacía sobre la mesa de la sala, disimulada en su insípida cubierta roja. Buceé, aquí y allí en el agua de mis poetas, y saqué cosas raras. De las profundidades del *Juicio final*, saqué un día esta oración de un alma despertada por la trompeta de la resurrección:

¡Padre de misericordia! ¿Porqué del silencio de la tierra
Te has despertado y me has maldecido hasta hacerme nacer?
¿Porqué haberme arrancado el reposo, haberme arrebatado a la [noche?
Y haberme hecho el dón ingrato de la luz?
¿Por qué haber dado al sér un reverso de tu efigie,
Y animado de miseria un puñado de barro?

Leía yo estas líneas estremecido de emoción, con un sentimiento que no entraba, me figuro, en la intención del devoto rector de Welwyn. En el mismo poema, la descripción de la manera con que

...Ahora los osarios suenan, los miembros esparcidos, y todos
Los diversos huesos, dóciles al llamamiento,
Con movimiento espontáneo avanzan la nuca, para buscar, tal vez,
La cabeza lejana, y las piernas lejanas los pies.

lo que, sin embargo, rechazaba yo, por no estar totalmente corroborado por el testimonio de las Escrituras. Tengo idea de que me gustaban la retórica de los versos de Young y su ritmo enérgico. Rechacé de primera intención a Beilby Porteus como impenetrable. En cuanto a la *Divinidad*, no conociendo bien entonces la vida extravagante e irrazonable de su autor, hallaba en ella una especie de serio placer penitencial. Pero el *Sepulcro*, de Blair, hacía realmente mis delicias, y me aterro-

rizaba buenamente á mí mismo con sus melodiosas y lúgubres imágenes.

Por aquella época, una gran corriente de hospitalidad llevó al pueblo alrededor de las mesas de té. Ahora mis amigos y los suyos eran habitualmente invitados por sus padres respectivos, y por más de alguna amable soltera, a tímidas diversiones en donde cantaban los que tenían deseos de cantar, y en donde todos, tras un magnífico té, jugaban a la aduana y a las prendas. Mi padre agitaba constantemente en su espíritu la cuestión de saber si debía o no debía yo aceptar aquellas brillantes invitaciones. Ante él flotaba el sentimiento doloroso del peligro que había en someter el alma a placeres de sabor «mundano». Estos, aunque evidentemente inocentes por sí mismos, podían despertar el apetito de distracciones más subversivas.

Un día, los Brown, una familia bautista que tenía un gran comercio de mercería en la ciudad cercana, me rogaron que les diera el gusto de ir a su casa, a «un té seguido de juegos», y llevaron la amabilidad hasta ofrecer el enviar el vehículo local, que se llamaba «la mosca», para que me llevara y me trajese. Recuerdo que en esta ocasión se angustió tan dolorosamente la conciencia de mi padre, que quiso que subiera con él al gabinete de Miss Marks, que ya no estaba en casa, para poder «plantear el asunto ante el Señor». Así lo hicimos, arrodillados juntos, de espaldas a la ventana y nuestras frentes apoyadas sobre el pelote de crin de caballo del sofá, que parecía un féretro. Mi padre rezaba en alta voz, con mucho fervor, pidiendo que se me revelase, por la voz del Señor, si era su voluntad que fuese o no casa de los Brown. La actitud de mi padre no me parecía nada leal, porque no tenía escrúpulo alguno en recordar a la Divinidad las varias objeciones que se pueden oponer a una vida de disipación, y los reptiles que se ocultan bajo la hierba de las partidas de placer vesperales. Hubiérase requerido, me parece, de una lealtad más escrupulosa, que no hiciera alusión alguna que diera a entender la clase de respuesta que deseaba y esperaba.

Se dirá, con razón, que mi vida se componía de cosas verdaderamente insignificantes, puesto que me es preciso confesar que un incidente tal como la invitación de los Brown constituye uno de los jalones de aquélla. Mientras que estaba arrodillado, sintiéndome pequeñísimo al lado de la enorme masa de mi padre, corrió a través de mis venas, como una embriaguez, la determinación de rebelarme. Nunca antes, durante los años que fueron los de mi vocación, sentí que mi resistencia tomara precisamente esa forma definida. Nos levantamos pronto del sofá, con mi frente y las manos irritadas por el contacto de la crin, y nos miramos a la luz sombría.

Mi padre, perfectamente confiado en el resultado de lo que había sido en realidad una especie de encantamiento, me preguntó con voz fuerte, en la que apuntaba una inflexión mimosa: «¿Y qué? ¿Cuál es la respuesta que se digna dar el Señor?» Yo no despegué los labios. Entonces mi padre, en tono más cortante, añadió: «Le hemos pedido que te guíe hacia el verdadero conocimiento de su voluntad, hemos deseado que te haga conocer si está o no conforme con su deseo el que aceptes la invitación de los Brown.» Posó en mí una mirada radiante, por no tener la menor duda sobre el sentido de mi respuesta. Y ya, me figuro, que proyectaba algún recreo para compensar la privación que me iba a ser impuesta, cuando salió mi respuesta con las notas agudas y silbantes de la desesperación, fué: «El Señor dice que puedo ir a casa de los Brown.» Mi padre, mudo y aterrado, me contempló. Estaba cogido en sus propias redes, y, aunque estuviera seguro de que el Señor no me había dicho semejante cosa, no tenía más remedio, para salir del lazo, que batirse en retirada. Sin embargo, cometió un error de táctica al marcharse dando un portazo.

Fue en esta partida de los Brown, a la que, a pesar de la amarga desgracia en que había caído, fuí en el día señalado, en la que mis poetas me hicieron una mala jugada. Propusieron que «nuestros amiguitos» ofreciesen a las personas mayores el regalo de lindos trozos que supieran de memoria. En

consecuencia, dos niños recitaron respectivamente *Casabianca* y *We are Seven*. A fuerza de animarles, otros niños recitaron cánticos, «algunos algo largos», como dijo Calverley, pero todos muy cándidos e inocentemente evangélicos. La hermana del señor Brown, que dirigía la fiesta, solterona impetuosa, peinada con tirabuzones, me preguntó entonces si no quería darles el gusto de «decirles algunas armoniosas estrofas». Nadie más dispuesto que yo para hacerlo. Sin un momento de vacilación me adelanté y, con voz fuerte, empecé uno de mis trozos favoritos, un pasaje del *Sepulcro*, de Blair.

Si la muerte no fuese nada, y la nada estuviese después de la muerte;
Si cuando los hombres mueren, cesaran en seguida de ser,
Volviendo a las entrañas estériles de la Nada
De la que salieron antes, entonces sería posible...

—Gracias, hijo mío; esto va muy bien—interrumpió la señorita de los bucles.

—Pero si no es más que el principio—exclamé.

—Sí, hijo mío, pero basta; perfectamente. No te pedimos que recites más.

Con esto, todo desconcertado, me retiré a un rincón. Ni los Brown, ni sus invitados, supieron nunca el resultado de las premisas de los versos empezados a recitar.

El afán creciente que manifestaba por la compañía de mis amigos predilectos y por las gratas distracciones que estaban a mi alcance, inquietaba grandemente a mi padre. La imaginación iba hacia adelante con la velocidad de una locomotora, y me veía convertido en el alma condenada de algún garito o pavoneándome arrogantemente en Mabille. No tenía ninguna confianza en la acción de las fuerzas moderadoras, y gustaba de repetir que la pendiente del abismo es cómoda. Si mostraba yo deseos de ir a la playa a tomar un baño en compañía de mis amigos, y prefería este ejercicio al estudio de la palabra de Dios, era señal de una espantosa relajación, cuya pendiente se acentuaba cada vez más hasta sumergirse en la perdición.

Mi padre era un tímido, amante de la soledad. Huía todo lo posible de las compañías, excepto en su calidad de profesor y maestro. Mi madrastra y yo, que no teníamos el recurso de enseñar ni de regentar, suspirábamos tras relaciones más agradables. En lo que me concierne, en aquellos momentos mi padre concibió un plan, del que esperaba mucho y que no resultó gran cosa. Recurrió a Jorge para que éste proveyese a la necesidad de compañerismo y simpatía juvenil que mi temperamento parecía exigir.

Si no he mencionado a Jorge hasta ahora, es porque se trata de un nuevo conocimiento. A nuestra llegada al país, nuestra simpatía se despertó por el accidente ocurrido a un niñito al que, el atropello de un caballo, le rompió una cadera. Alguien, que supongo que fue María Gracia, puesto que rara vez se decidía mi padre a hacer una visita por sí mismo, fué a ver al niño a la enfermería, y descubrió que tenía exactamente la misma edad que yo. Esta coincidencia y el hecho de que era de carácter grave y meditabundo, nos aproximó más todavía a Jorge, que se convirtió por un sermón de mi padre. Asistió a un bautismo público, y le convenció tanto la ceremonia, que deseó ardientemente ser también bautizado. Y en efecto; se bautizó a los pocos meses, lo que me contrarió algo, puesto que ya no fuí el único niño prodigio que participase de la comunión. Cuando cumplimos ambos los trece años, Jorge vino a trabajar a nuestra casa y ejecutó algunos menudos trabajos bajo la dirección del jardinero. Mi padre, al verle dócil, obediente y atento, le mimaba mucho y le enseñaba un poco de Botánica. Llamaba a Jorge mi hermano de leche espiritual, y preveía, a lo que creo, que haría como yo su carrera en el santo ministerio.

Nuestro jardín sufría entonces una invasión de limazos que echaban a perder todas las flores. Para luchar contra tal plaga, trajimos un pato y una pata, a los que pusimos los nombres de Filemón y Baucis. Todas las noches poníamos hojas de lechuga, impregnadas de hez de cerveza, alrededor de los macizos,

a manera de otros tantos lazos, y al amanecer, las hojas estaban llenas de limazos ebrios. Una de las primeras obligaciones matinales de Jorge, era sacar de su jaula a Filemón y Baucis, para dirigirlos, provisto de su palito, hacia el festín que los esperaba y guiarlos de hoja de lechuga en hoja de lechuga. Mi padre acostumbraba a asistir a este espectáculo desde una ventana del piso superior, y en sus momentos de buen humor, se complacía en parodiar así al poeta Gray:

¡Qué alegremente conduce Jorge su tiro a los campos!

He aquí todo o casi todo el recuerdo que he conservado de las ocupaciones de Jorge, el cual no merecía nunca censura alguna.

El plan de mi padre era hacer que trabase íntima amistad con Jorge, muchacho de mi edad, cuya fe era la mía y cuyo porvenir era parecido al mío. Mi madrastra, esclava aún de las conveniencias sociales, estaba profundamente turbada por semejante perspectiva, y hablaba de la diferencia de clases. Mi padre contestaba que tal intimidad me mantendría en la humildad, y que de un buen muchacho como era Jorge, no podría aprender más que buenas cosas. «Le harás que no se limpie los pies al entrar en casa», gemía mi madrastra, y mi padre suspiraba al pensar en lo estrecho que es en la mujer el horizonte del cielo espiritual.

Al ceder a este capricho, si así pudo decirlo, supongo que mi padre tenía presente el hermoso ejemplo republicano de *Sandford* y *Merton,* libro que admiraba mucho en varias de sus partes. En consecuencia, nos enviaban a Jorge y a mí a pasear juntos, y, cuando salíamos, mi padre, con expresión de gran benevolencia, nos sugería algún pasaje de la Escritura, «algún aspecto del plan misericordioso del Señor, en la creación, sobre el que sería provechoso meditar en común». Jorge y yo no proseguíamos nunca durante más de dos minutos la discusión del texto con el que mi padre nos daba la señal de marcha; luego, nos callábamos o consagrábamos nuestra atención

a las escenas que se ofrecían a nuestros ojos, y hablábamos de asuntos rústicos.

Como ocurre naturalmente en los niños pobres, Jorge era precoz en lo que yo era pueril, y poco desarrollado en lo que yo estaba adelantado. A nuestros espíritus les costaba trabajo hallar un punto de contacto. En respuesta a mis interrogaciones, Jorge me daba, sin embargo, noticias interesantes sobre las cosas del campo, y yo le quería, aunque sintiese lo insípido de su compañía. Algunas veces, al ir a mi lado, me llevaba los libros hasta la escuela más importante y más lejana, de la que ahora era yo alumno; pero me asaltaba el temor de que nos viesen mis elegantes compañeros, y creyeran que tenía necesidad de que «me llevasen» al colegio. Explicarles que la compañía de aquel campesino vigoroso y más bien obtuso entraba en el plan de mi disciplina espiritual, era cosa superior a mis fuerzas.

Poco después fue cuando mi madrastra hizo su único y vano esfuerzo para romper el marasmo de nuestra existencia. La energía de mi padre parecía declinar, hacerse menos consistente, tomar rumbos intempestivos. Sus singularidades de carácter, su mujer lo sentía instintivamente, le abrumaban más. Casi no se movía ya de su microscopio sino para ir a la capilla, y no era visible más que para un número restringido de visitantes. Mi madrastra, complacida por la posición eminente que le proporcionaran a mi padre sus trabajos literarios, dábase cuenta de que tal celebridad se desvanecería; que, sustrayéndose a las miradas con semejante persistencia, mi padre quedaría pronto olvidado. No sé cómo tuvo ella suficiente valor para aquel violento esfuerzo, pero me acuerdo de que ella me puso al corriente de sus intenciones. Teníamos que unirnos para obligar a mi padre a organizar y afrontar el mundo. ¡Ah! igualmente hubieramos podido tratar de convencer a la cumbre de Yes Tor para que se transformase en volcán. A todos los argumentos de mi madrastra, mi padre, con la desconcertante sonrisa que le era peculiar, contestaba: «Estimo que

el oprobio de Cristo es una riqueza más preciosa que los tesoros de Egipto»; y, por indirecta que fuese esta respuesta, no era menos decisiva. Mi madre hubiese querido que diera conferencias, que fuese a Londres, que mandara comunicaciones a las sesiones de la Royal Society, que entrase en discusión con sabios extranjeros, que organizara cursos de zoología práctica en las estaciones balnearias. Lleno de admiración, contenía yo el aliento, mientras que ella exponía sus proyectos tan atrevidos, tan brillantes, tan infaliblemente destinados a cubrir de gloria a nuestro gran hombre. Escuchaba él a mi madre con sonrisa ambigua, inclinaba la cabeza y reanudaba la lectura de su Biblia.

Ahora se halla tan universalmente esparcido el arte de la ilustración, que es difícil comprender la oscuridad en que estaba sumido, hace cincuenta años, un pueblecillo perdido de Inglaterra. Nosotros, los habitantes de esos lugares retirados, no teníamos medio alguno de figurarnos la apariencia exterior de las personas, de las escenas y de las cosas que nos eran conocidas. Aunque nuestro hogar fuese tal vez el más culto de la parroquia, no me fue dado hasta la edad de trece años ver la reproducción de una obra de escultura. Mi madre recibió por entonces ciertos libros que procedían de su primer hogar, y entre ellos, un libro fastuoso, algún regalo sin duda, que contenía un corto número de grabados en acero representando estatuas.

Estas me atrajeron mucho, y era que, por primera vez, posaba mis miradas en Apolo, el del soberbio gesto; en Venus, de movimiento semejante al de las ondas; en Diana y en Júpiter, el de la opulenta barba. El texto daba muy pocas noticias, y estas pocas me eran ininteligibles. Leíase allí, sin embargo, que aquellas estatuas eran las de los «antiguos dioses griegos». Pedí a mi padre que me diese algunos datos sobre aquéllos. Su respuesta fue clara y desconcertante. ¡Con qué precisión me acuerdo del lugar y la hora! Era por la mañana temprano, y me encontraba de pie al lado de la ventana de nuestro brillan-

te comedor. Mi padre declaró que los supuestos dioses de los griegos eran las sombras proyectadas por los vicios de los paganos. «Ahora bien; por razones análogas hizo Dios que lloviera azufre y fuego sobre las Ciudades del Llano, y es preferible, para un cristiano, ignorar todo lo concerniente a las leyendas de esos dioses, de esos demonios más bien.» Mientras que me hablaba así, brillaba en su rostro el furor puritano. Aún le veo, en mis recuerdos, presa de su violenta emoción. Hubiera podido creerse que, horrorizado, habíase él mismo escapado de algún hipódromo helénico.

Por esta época, el prestigio de mi padre se había considerablemente aminorado en mi espíritu, y, aunque le conservara mi amor y mi admiración, había dejado, desde hacía mucho tiempo, de tenerle por infalible. No acepté su condenación de los dioses griegos, aunque en apariencia la admitiese. Secretamente, volví a examinar los grabados que reproducían las estatuas, y me decía que eran demasiado bellas para ser tan execrables como lo quería mi padre. La peligrosa y pagana idea de la belleza que palía el mal, germinaba en mi espíritu, sin ninguna sugestión de afuera, y, por esta sola reflexión, me encontré más alejado todavía de la fe en que había sido instruído. Puse todo mi celo en reunir lo que me fuera posible recoger, aquí y allí, sobre los dioses griegos y sus estatuas. No era gran cosa, era hasta ridículamente poco y falso, pero era un germen. Y en esta tendencia estética, me vi arrastrado a lo que fue verdaderamente un círculo de incidentes bastante extraordinarios.

Entre los «Santos» de nuestro pueblo, había un zapatero y su mujer, que tenían una hija, Susana Flood, joven poco equilibrada, muy impresionable, que poco antes, al paso de unos misioneros ambulantes, se había convertido de la manera más ruidosa, con sollozos, suspiros convulsivos y gorgoteos. Cuando pasó esta crisis, acompañó a sus padres a nuestras reuniones, y fue admitida bastante apaciblemente a romper el pan. Pero, por la época a que hemos llegado, Susana Flood marchó

a Londres para visitar a un tío y a una tía no convertidos. Se susurró al principio entre nosotros, se afirmó después abiertamente, que los tíos llevaron a su sobrina al Crystal Palace, y que el pudor de Susana se ofendió tanto al atravesar la galería de escultura, que a sombrillazos empezó a romper las desnudeces de yeso, antes de que sus acompañantes, asustados, hubieran logrado contenerla. En realidad, había sufrido una verdadera crisis de locura furiosa en medio de las estatuas, y, con profundo pesar de sus tíos, personas dignísimas, fue detenida y conducida ante un magistrado, el cual la envió a sus parientes de Londres, notificándoles que lo mejor era que se volviese a su casa del Devonshire, y que se la «vigilase». No por eso fue menos triunfal la vuelta de Susana entre nosotros. No tenía ella el menor sentimiento de haber obrado insensatamente o de una manera inconveniente, y se mostraba dispuesta a contar a todo el mundo, en términos vagos y velados, cómo ella había podido rendir testimonio al Señor «en el templo mismo de Belial», porque así, con una metáfora poética, designó al Crystal Palace. Sufría, evidentemente, un histerismo violento; pero nosotros no admitíamos tales explicaciones fisiológicas, y el caso de Susana Flood despertó muchas simpatías.

Los mayores lo discutieron en una reunión que celebraron con este motivo en nuestra sala. Yo hallé medio de asistir a ella sin que me advirtieran. Mi padre reconocía la pureza del celo de Susana Flood; pero discutía lo discreto de tal celo. Hizo observar que las estatuas no eran propiedad de Susana Flood, sino del Crystal Palace. Ninguno de los otros miembros de nuestra comunidad tenía, a lo que creo, la menor idea de los objetos que Susana había hecho pedazos, y, sin reserva alguna, sostenían que, en su opinión, la conducta de la joven había sido admirable. En cuanto a mí, mediante una paciente investigación, llegué a enterarme de lo bastante para saber que los objetos a que había atentado la sacrílega sombrilla representaban los cuerpos de mis misteriosos amigos los dio-

ses griegos, y si los demás aplaudían a la iconoclasta Susana, yo, por lo menos, era apasionadamente del bando contrario.

Pero comprendía que nadie a mi alrededor hubiera simpatizado conmigo. Aquel día no pude sufrir hasta el final de la reunión de la sala, y, con mi libro de poetas fúnebres en la mano, me marché al jardín. En medio de un macizo de laureles, se había acondicionado un espacio en el que había unos helechos alrededor de un asiento rústico. Ningún verdadero sendero conducía al asilo aquél. Metíase uno bajo los laureles, a través de las ramas, flexibles como serpientes, para salir a un aislamiento absoluto.

En aquel retiro me refugié entonces para meditar sobre la huraña piedad de aquella vándala que se llamaba Susana Flood. Era yo tan ignorante, que imaginaba que las estatuas que había destruído eran los originales en mármol, y únicos. No sabía nada de las reproducciones en yeso, y creía que el daño, en realidad nulo tal vez, tenía un carácter irreparable. Me deje caer en el banco, mientras que las grandes murallas de laureles cuchicheaban en torno mío, y me eché a llorar. Había ciertamente algo raro y conmovedor en el espectáculo de aquel joven hermano de Plymouth que, en su banco, en aquel año de gracia, tantos siglos después de la Redención, lloraba amargamente los ultrajes sufridos por Hermes y Afrodita. En seguida abrí mi libro, a guisa de consuelo, y leí una buena tirada de los versos pomposos de la *Divinidad*. En medio de aquel ejercicio, influenciado por la dulzura del aire tibio y perfumado, no tardé en dormirme.

Entre los que aplaudían el celo de la sombrilla de Susana Flood, los Paget figuraban en primer término. El Sr. Paget, pastor bautista retirado, y su mujer, recientemente acabados de instalar en nuestro pueblo, procedentes de Exmouth, se habían unido a nosotros para romper el pan. El Sr. Paget era un anciano corpulento, cuya pálida cara redonda, completamente afeitada, estaba coronada por una abundante cosecha

de pelos blancos dispersos. Los gruesos labios se movían continuamente, hablase o no. Se parecía, como he pensado después, a los retratos de S. T. Coleridge en su vejez; pero a retratos de los que había desaparecido toda inteligencia. Vivía entre las angustias de una sombría desesperación religiosa. Si había abandonado la cura de almas, es porque se había forjado la convicción de haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo. Su mujer, más joven que él, era pequeñita, muy peripuesta, muy activa, con negros ojos, semejantes a puntas de alfileres, bajo una frente extremadamente alta y estrecha entre bucles relucientes. Él se mostraba muy tirante con ella, y se murmuraba que «aquella buena señora de Paget había pasado a menudo por las aguas de la aflicción». Eran muy pobres, pero de una dignidad rígida, y ella cuidaba de ocultar, cuanto podía, las manías de su pobre loco de marido.

En nuestro círculo no se admitió jamás un solo instante que el Sr. Paget pudiera estar loco. Se contaba que había pecado gravemente, y que llevaba el peso de la cólera del Señor. Hacíanse abundantes preces para que pudiese volver a encontrar el sendero de la luz, y a fin de que la Faz Riente saliera, para él, de detrás de la Providencia Amenazadora. Cuando el pobre hombre sufrió un ataque de epilepsia en la Hig Street, no se le llevó al hospital, sino que todos nos dijimos unos a otros, que Satanás, la serpiente tortuosa, se había desencadenado por un tiempo. El Sr. Paget gustaba de hablar sobre todo, tanto en particular como en público, de su terrible condición espiritual, y cuando llegaba al Imperdonable pecado de que se había hecho culpable, brotaban sus palabras con una especie de alegría palpitante, parecida a la que experimentan ciertas gentes, víctimas de una enfermedad muy poco corriente.

Podría creerse que la situación ocupada, en una comunidad cualquiera, por personas tan excéntricas como Paget, y afligidas como él, tenía que ser muy precaria. No sucedía así entre nosotros; muy por el contrario, el puesto que los Paget ocupa-

ron fue, desde el principio, eminente. El Sr. Paget, a pesar de su bancarrota espiritual, estaba muy deseoso de secundar a mi padre en su ministerio, y, a menudo, le pedía que le permitiera llevar el rezo en nuestras reuniones y dirigir algunas palabras al auditorio. En este último caso, tomaba el tono de un veterano herido que, aunque caído en el sangriento campo de batalla, podía aún alentar a jóvenes guerreros a lanzarse a la victoria. Todos tenían el mayor deseo de conocer la naturaleza exacta de aquel pecado contra el Espíritu Santo, que había arrebatado al Sr. Paget toda esperanza para el tiempo y para la eternidad. Se susurraba que mi mismo padre no estaba exactamente informado.

Gracias a esta ocultación misteriosa, el Sr. Paget se nos aparecía con la aureola de un personaje novelesco. Le mirábamos, así como en Verona las mujeres miraban a Dante murmurando:

Miradle, cómo el humo del infierno
Ha rizado sus cabellos y enrojecido sus mejillas.»

La persona del Sr. Paget carecía algo, cierto es, de la dignidad de la del Dante. Y el Sr. Paget tenía el capricho de subir y bajar la High Street en pleno día con dos de esas tiras festoneadas, una delante y otra atrás, que se designaban entonces como «adorno de chimeneas». Las confeccionaba para la venta, y había adoptado aquel singular procedimiento de pasear su mercancía a manera de publicidad.

La señora de Paget había llevado las riendas del gobierno en la parroquia de donde les había excluído el famoso pecado del Sr. Paget, y todavía mostraba tendencias a agarrarse al cetro de la autoridad. Era la única persona que no temiese el enojo de mi padre. Fijaba en él sus ojos de color viperino, y le decía con firmeza: «No creo que sea esa la verdadera interpretación, hermano G...», o bien: «Vayamos, pues, a los colosianos y veamos en qué términos se expresa en este asunto el Espíritu Santo.» Fascinaba a mi padre, que no estaba acostum-

brado a tales interrupciones, y casi se convirtió en terror suyo, cuando ella no se dejaba ablandar por una lisonja como ésta: «Verdaderamente, hermana mía, su familiaridad con los medios de gracia es prodigiosa.»

Abusaba ella de su poder tomándose grandes libertades, cuya audacia llegaba hasta llamar la atención de mi padre sobre el hecho de que mi pobre madrastra daba pruebas de «una afición pecaminosa a componerse». La acusación era completamente falsa: mi madrastra vestía siempre sencillamente, con arreglo a la moda severa de los cuáqueros. No llevaba más que una joya, y era un grueso broche de cornalina, montado en oro mate adornado de flores.

La venenosa Paget llamó la atención de mi padre sobre aquel objeto que «podía inducir en tentación a los pequeños del rebaño». Mi padre, prevenido así formalmente, creyó de su deber hablar a mi madre.—«¿No piensas, amor mío, que deberías, puesto que estás llamada a dár ejemplo, renunciar a llevar ese broche fastuoso?—Preciso es, sin embargo, sujetar el cuello con algo, me parece.—Sin duda, ¿pero cómo hace la hermana Paget para sujetar el suyo?—La hermana Paget—replicó mi madre, picada al fin,—se lo sujeta con un alfiler, y yo me moriría antes que recurrir a tal medio.»

Tampoco yo me escapé a las observaciones de aquella celosa reformadora. La señora Paget tuvo la bondad de demostrarme un vivo interés. No estaba satisfecha de la manera con que yo estaba educado; su presencia parecía estar difundida por todo el pueblo, y yo no podía entrar ni salir sin ver su austero gorro y sus labios contraídos. Le faltaba tiempo para contar a mi padre que me había visto reír y hablar «con un enjambre de muchachos no convertidos», que no eran otros que los mismos muchachos con los que tenía permiso de bañarme y pasear en bote. Ella apremiaba a mi padre para que sellara mi santa vocación con algo definitivo, cuyo efecto sería consagrarme completamente al servicio del Señor. Estimaba que continuar yendo al colegio carecía de utilidad, y no

podía sino desarrollar la soberbia de la inteligencia. El señor Paget, hacía ella observar, se había ocupado muy poco en su juventud, de la ciencia del mundo, y, sin embargo, ¡cuán bendecido fue en su actividad por la conversión de las almas, hasta el día en que incurrió en la cólera del Espíritu Santo!

No sé exactamente lo que quería que mi padre hiciese de mí; quizá ni ella misma lo sabía. Ella iba mezclándose en todo, ignorante y fanática, y gustaba de persuadirse que ejercía una influencia. Pero lo escabroso, lo inexplicable, era que mi padre que, con todas sus limitaciones, era un espíritu distinguido y noble, pudiese escucharla un solo instante, y, lo que es más prodigioso todavía, permitir que aquella antipática comadre le perturbara en sus proyectos y retrasase sus designios. Pienso que hay que buscar la explicación de este hecho en la posición, perfectamente lógica, en que la señora Paget se parapetó. Mi padre tenía, en fin, que habérselas, no ya con un discípulo, sino con una persona diestra en la misma concepción religiosa de él mismo. Sobre todos los puntos se presentaba provista de argumentos, cuyo origen sabía mi padre y cuya validez reconocía. Temblaba ante la señora Paget como un hombre en estado de sueño puede temblar ante la parodia de su yo interior, y no podía censurarla sin prestarse él mismo, por algún particular, a la crítica.

Pero los instintos de mi madrastra eran más primitivos, y sus acciones menos alambicadas que las de mi padre. O liaba a la señora Paget, en el grado que una creyente sincera puede llegar a sentir odio por una hermana en el Señor. Mi madrastra se había consagrado tranquilamente a mi educación con arreglo al método que mejor estimaba, y no tenía la intención de dejarse entorpecer por la mujer de un bautista atacado de demencia. Por aquella época era yo una mezcla de candor y de suficiencia, de ciencia singular y de crasa ignorancia. Ciertas partes de mi intelecto se habían desarrollado con rapidez enojosa, mientras que las otras se habían detenido o no habían nunca tomado impulso. Yo era semejante a una planta sobre

la que hubieran puesto un tiesto con el resultado de que el centro de la planta se hubiera ahogado y paralizado, mientras que los brotes se hubiesen esparcido por todos lados hacia la luz. Mi mismo padre lo advertía, y, de manera intermitente, tendía a ordenar mis pensamientos. Pero se contentaba con enderezar los brotes sin quitar el tiesto, que se obstinaba en aplastarlos.

Mi madrastra fue la que decidió que ya tenía yo la suficiente edad para entrar en un colegio. Enterado de que una venerable pareja de hermanos de Plymouth había fundado, en una población marítima cercana, «una academia para jóvenes»—en cuyo prospecto se decía expresamente que el conocimiento y el amor del Señor ocupaban la atención del director y de sus adjuntos más que toda otra consideración de enseñanza profana,—mi padre juzgó que podía confiarme a los cuidados de los dos esposos. Estipuló, sin embargo, la condición de que vendría siempre a casa desde el sábado hasta el lunes; no, decía él, para encontrar en ella carnales placeres, sino para que mi comunión con los Santos de nuestro pueblo no sufriese interrupción los domingos. Pronto, triste y apesadumbrado, marché a aquella academia, y la separación entre mi alma y la de mi padre se hizo algo mayor.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

XV

El año 1900.

La primavera llegó rápidamente. Empezamos a recibir cartas, y hasta, de tiempo en tiempo, un periódico. El telégrafo funcionaba mejor, y varias veces pudimos leer en un diario de Dawson una noticia de Londres del día anterior. Durante el invierno no dejé pasar nunca más de tres o cuatro días sin ir a mi mina, para ver si mis dos pirámides de barro seguían creciendo. La distancia desde Dawson no era más que treinta millas, que se franqueaba fácilmente en tres horas, sobre la pista de hielo.

Los primeros días de Abril parecieron señalar el principio de una nueva era. La temperatura era todavía baja. Hasta volvió a nevar, lo que indicaba que el termómetro debía de marcar por lo menos cinco o diez grados por bajo del punto de congelación; pero, después del invierno que acabábamos de pasar, aquello nos parecía tibio. Dejábanse las pieles a los que tenían ganas de sudar. Todos los mineros, obreros o patronos, marchaban a los ríos, fabricábanse lavadoras, construíanse presas, provocábanse torrentes. El sol permanecía vi-

sible durante diez y seis horas; nos levantábamos con él; nos acostábamos después de puesto, porque durante esos días tibios de Abril, un hombre puede hacer doble trabajo que en el tiempo frío y en la penumbra de los meses de invierno.

Dejé Dawson, la ciudad majestuosa, con sus distracciones variadas y sus mil tentaciones, y me dirigí a mi casita de la colina Chechaka el 10 de Abril, en donde permanecí sin volver a Dawson, ni siquiera por un par de horas, hasta el 1.° de Junio.

A la semana de mi llegada, el agua tan esperada empezó a correr y a filtrarse entre las grietas del hielo, bajo los árboles y los matorrales cubiertos de nieve, en lindos arroyuelos que se reunieron para formar un riachuelo que corrió bajo la capa de hielo, todavía espesa, pero cuyo espesor disminuía de día en día, del Bonanza.

Dave Jones, mi contramaestre, un minero perfecto que procedía del país de Gales, era de una actividad y de un vigor asombrosos. En todo el invierno no había estado en Dawson más que una vez, para visitar el bazar. Aunque ya no tenía nada de joven, era tan vigoroso como un atleta antiguo. Parecíame que aquel hombre no dormía nunca. A toda hora del día o de la noche, bajaba o subía la colina, cuya pendiente era, sin embargo, lo bastante rápida para que se tuvieran ganas de descansar un poco a la mitad.

De día en día, de hora en hora, el volumen de agua que corría por el lecho del Bonanza aumentaba, y nosotros le acechábamos ávidamente, con impaciente mirada. Aunque todavía hubiera nieve en las colinas y hielo en los valles, trabajábamos en mangas de camisa. Nuestra sangre estaba pura; el invierno del Clondic la había clarificado, y saltaba por nuestras venas bajo la luz reconfortante del sol. Nos sentíamos ebrios de la alegría que procura una vida sana y activa. Los pájaros empezaban a presentarse. No habíamos visto uno solo en todo el invierno, a excepción de aquellos cuervos monstruosos y fantásticos que, siempre rodeados de un velo de bruma

densa, recordaban una monodía del *For Ever*, de Edgardo Poe. Pero ahora llegaban lindos pájaros de la primavera: tordos, pitirrojos, que cantaban y gorjeaban en los árboles y saltaban atrevidamente por mis ventanas abiertas, hasta en medio de mi comedor. Las crestas de las colinas, de las que el sol había quitado el blanco encaje, estaban ahora cubiertas de helechos y de matas. Los árboles, despojados de su blanca vestidura invernal, parecían erguirse con mayor majestad que antes, y absorber en sus fibras entumecidas los tibios rayos del sol. Los mineros se repartían por el país como mosquitos. Dormían siempre en las pendientes de las colinas, bajo sus tiendas, alrededor de las cuales desaparecían rápidamente los restos de nieve, y desertaban de las cabañas insalubres, en que habían vivido todo el invierno, amontonados los unos sobre los otros, como emigrantes en el entrepuente de un barco.

Yo dejaba siempre mi puerta entornada cuando dormía, a fin de que se me pudiera llamar fácilmente, si era necesario. Temprano, muy temprano, entró Dove una mañana en mi cuarto.

—¿Qué ocurre, Dove?—exclamé.

—Levántese y mire.

Abrí la puerta y me lancé afuera, descalzo y en pyjama.

—¿Qué tal? ¿Qué le parece a usted?—repetía el buen hombre, mostrándome triunfalmente el río, cuyas aguas corrían, arrastrando hielo, nieve y masas de barro, que giraban en medio de la corriente agitada.—El agua llega en masa y de golpe. Siempre sucede lo mismo. Pero estamos preparados, y dentro de dos horas podremos empezar a lavar el barro, y le apuesto a usted una gruesa pepita a que no paramos en todo el verano.

Me vestí apresuradamente y bajé corriendo la colina. Los ochenta hombres que empleaba entonces estaban allí todos ante mí, excitándose los unos a los otros y aplaudiendo casi, lo que, sin embargo, no les impedía trabajar, y trabajar bien.

En una semana, cinco mil hombres fueron contratados en

Eldorado y el Bonanza para lavar el barro extraído durante el invierno.

Trabajábamos veintidós horas al día, no reservando más que dos horas para buscar un poco de reposo. Eran rudas jornadas de trabajo; pero la estación era corta y los hombres estaban llenos de buena voluntad. Además, yo les pagaba aparte el trabajo suplementario y los apremiaba sin cesar. Quería, antes del final del verano, haber abierto un buen agujero en la colina Cheechaka, porque pensaba ir a Europa el invierno siguiente. La estación de verano fue muy agradable. Llovía con frecuencia, lo que era para nosotros un gran bien, porque así se mantenía el agua en el país, y nunca hay demasiada agua en una explotación minera. La lluvia caía como en los trópicos, continua y apretada, durante horas; luego cesaba de pronto y lucía un sol esplendente. Nadie pensaba en cobijarse, sin embargo, y los chubascos no interrumpían el trabajo. Los mineros no parecía que prestasen atención al agua; la temperatura era deliciosa; jamás se levantaba el menor soplo de viento. Supongo que habrá paraguas en el Clondic, pero no recuerdo haber visto nunca uno; en todo caso, no se usaban en los campamentos mineros.

A principios del mes de Mayo, el hielo desapareció por completo y las aguas que corrían ante Dawson recobraron su limpidez. La inmensa capa de nieve que había detenido en una longitud de mil ochocientas millas el curso del Yukon, se había roto y se iba en trozos dispersos hacia el mar de Bering. Era el gran día del año. Apostábanse miles de dólars sobre la fecha, la hora y el momento preciso en que el hielo empezaría a desaparecer.

Es un fenómeno bastante raro: hoy no veis más que hielo; mañana no veréis más que agua. La Naturaleza, en ciertas épocas, opera sus transformaciones con la rapidez de una revolución. Entonces llegaron los barcos, los pasajeros, las cartas, los amigos y un gran número de nuevos buscadores de oro, regimientos de ellos. El Norte estaba literalmente invadido. To-

dos aquellos hombres se esparcían como una lluvia por los ríos. Solamente que en vez de marchar penosamente por el barro con cien libras de mercancías a cuestas, iban ligeramente por los buenos caminos del gobierno con buenos trajes y muy contentos.

Nosotros, los veteranos, mirábamos a los bisoños bien vestidos y bien cuidados, con cierta emoción mezclada de temor y de respeto. Nos alegrábamos de verlos, pero mucho más nos alegrábamos de haber venido antes que ellos. Habíamos tomado nuestras posiciones, mientras que ellos tendrían que buscar las suyas y conservarlas.

Durante el mes de Junio, se realizó el robo que contaré más adelante. Después de la marcha... precipitada de mi cocinero Luis, que se me llevó cuanto podía llevarse, tomé como cocinera a Mrs. Cole, la madre de Swift Water Bull, que se había casado una tras otra con dos o tres hermanas del Clondic, haciendo seguir cada ceremonia nupcial de un buen divorcio. Había adquirido una reputación de «rápido», que se extendía más allá de los límites del territorio del Noroeste. No era un mal muchacho, sin embargo; y si se comió dos o tres fortunas en el mismo número de años, a nadie le importaba más que a él. Cada cual es filósofo a su manera. Mrs. Cole no era una mala cocinera, y, cualidad tan interesante a mis ojos, apenas salía de casa y no iba nunca a las Horcas, lo que había sido la principal causa de la mala conducta de su antecesor.

En todo el verano no parecí por Dawson. Teníamos comunicaciones telefónicas y un buen camino; de suerte que nuestras provisiones y todos los objetos que se pueden necesitar en una mina, podían encargarse a Dawson y recibirlos en el mismo día. Era una verdadera satisfacción después de las terribles dificultades del año anterior. Yo estaba entonces a la intemperie todo el día y toda la noche, sin americana, sin chaleco, casi siempre sin sombrero, bajando y subiendo la colina a la carrera. Entraba en los túneles y en las galerías laterales; salía más a menudo arrastrándome sobre las rodillas y las ma-

nos que de pie; subía hasta lo alto de la colina, descargando leña y partiendo los árboles cortados que nos traían para servir de combustible a las calderas. Aprendí el oficio de herrero, y no tardé en saber afilar un pico como el mejor. Aprendí el oficio de carpintero, y más de una vez fui yo quien reparé el carro de madera. Aprendí el oficio de leñador, y serré los troncos de los árboles, cortándolos en trozos iguales, y rodándolos por una distancia de seiscientos pies hasta el interior de la colina. Allí, ayudaba a ponerlos contra las paredes de barro que se desmoronaban, sobre todo, la pared superior que se deshelaba y que varias veces rompió los puntales y llenó los subterráneos. A mi llegada, yo no sabía hacer nada de esto; lo aprendí poco a poco; tan cierto es, que todo lo que pueda hacer un hombre, lo puede otro también, a veces, hasta sin el aprendizaje necesario. Y además, el aire del Clondic contiene, a lo que creo, champaña combinado con oxígeno, que os da un vigor extraordinario.

El 14 de Agosto de 1900, lord y lady Minto vinieron a Dawson por la vía de Skagway y de White-Horse, es decir, que el gobernador general del Canadá y su esposa visitaron el Clondic. En cuanto se conoció la noticia, se formaron comisiones y se hicieron suscriciones. Habíanse limpiado las calles y levantado arcos de triunfo; por último, se concedió a todos tres días de permiso. Sus Excelencias llegaron en un buque empavesado, y, cuando desembarcaron, fueron escoltados por una entusiasta muchedumbre hasta los cuarteles, en donde el mayor Wood, oficial comandante de la plaza, había preparado para recibirlos su residencia oficial; naturalmente, la mejor morada de Dawson.

Los mineros habían construído dos arcos de triunfo en Trout-Street y los adornaron con helechos, flores y banderas inglesas y americanas enlazadas. Recuérdese que los dos tercios de los habitantes eran americanos y que éstos habían contribuído a los gastos en proporción de su número. El cortejo pasó bajo los arcos de triunfo, y no dudamos de que Sus Ex-

celencias y sus acompañantes debieron de mostrarse muy asombrados al encontrar en aquel país ártico tal abundancia de adornos de follaje.

Dos o tres días antes de su llegada, Fred Wade, el canadiense más hábil que haya estado nunca en el Clondic, se me acercó en el club para decirme:

—Se había formado una comisión, con Alex Maldonald como presidente, con objeto de reunir algunas pepitas y unas cuantas onzas de polvo de oro, para ofrecérselas a lady Minto como recuerdo de su visita al Clondic. Alex no se ha ocupado de nada, y nada ha hecho la comisión tampoco. Creo que todo va a fallar. ¿No podría usted encargarse del asunto y ver si se podía hacer algo?

—¿Pero se ha olvidado usted de que soy americano?—repliqué a Wade.

—¡Oh! no se preocupe por eso. Somos todos caballeros, y se trata de una mujer. No le digo más.

—¿Me pide usted seriamente que me encargue del asunto?—continué.

—Sí—me dijo;—nos prestaría usted un servicio a los miembros de la comisión. Estoy persuadido de que, si quiere usted intervenir, todo saldrá bien.

—¿Cuánto habrá que darle?

—Creo que unos mil dólars constituirían un bonito recuerdo.

—Pero ¿qué opinará lady Minto?—insistí.—En América, en tal caso, podría muy bien ser rechazado semejante regalo... Oiga—le dije al fin;—cuando llegue lord Minto, le veré, le hablaré; y si comprendo que la cosa puede serle agradable, me ocuparé del asunto y lo arreglaré lo mejor posible.

Wade me dió las gracias, y la cosa quedó así decidida.

Max Macdonald era uno de los primeros exploradores que llegaran al Clondic; era un verdadero gigante, ciertamente el más vigoroso de los habitantes de Nueva Escocia. Ya taciturno por natural temperamento, habíase hecho más todavía con los

años pasados solo en las soledades de los bosques primitivos de Alaska. Poseía varias minas, que todo el mundo creía buenas, y era considerado como el hombre más rico, y con mucho, de todo el Clondic. Aunque engañado por muchos, era querido por todos; pero necesitaba que lo estimulasen, porque carecía de espíritu de iniciativa, y bien comprendí que no se haría nada si se le dejaba solo.

Aquella noche hubo recepción en casa del gobernador general, al cual tuve la honra de ser presentado. Aproveché la ocasión para hablarle de la idea que teníamos y preguntarle si sería susceptible de agradar a lady Minto. Respondió en el acto que no lo dudaba. Así, pues, a la mañana siguiente me puse en busca de Alex, le conté el caso y le invité a que montara a caballo y me acompañara a los campamentos mineros, lo que hizo muy gustoso. Marchamos, pues, en seguida, y remontamos a galope el Bonanza hasta Eldorado. Allí explicamos lo que íbamos a pedir. Nadie se negó. Todos los mineros, ingleses, suecos y americanos, nos preguntaban: «¿Cuánto quieren que demos?» Más de uno vació sobre la mesa un saco de pepitas y un saco de polvo de oro, y nos dijo que nos sirviéramos nosotros mismos. Me conmovía la generosidad tan franca y tan espontánea de aquellos solitarios mineros del Norte, aquella cortesía con una mujer que había venido de tan lejos para visitarlos en las miserables cabañas que les servían de viviendas. Era un espectáculo encantador y confortante.

Cerca de mis propias minas, en Cheechaka-Hill, había una concesión explotada por dos australianos, a los que conocía bien. Subí corriendo la colina para ir a su cabaña, mientras que Alex, por su parte, iba a visitar a unos amigos que trabajaban al pie de la colina. Los australianos estaban a punto de cenar. Expliqué a Mac Leod el objeto de mi visita.

—¿Cuánto piensa usted que hay que dar?—preguntó.

—Creo que bastaría con una onza que trajeran los hombres—contesté.

Se dirigió al lío de ropa, que le servía de almohada, y sacó un saco allí escondido, que tan seguro hubiera estado sobre la mesa. Pesó una onza de oro en sus balancitas. El saco estaba bien repleto, y la onza de oro en uno de los platillos de la balanza parecía mezquina. Mac Leod hizo un gesto y se volvió hacia su compañero:

—Bramond, debe ser una onza por cada uno de nosotros, ¿no te parece?

—Naturalmente—contestó Bramond.

Y Mac Leod pesó otra onza de oro, cuidadosamente, minuciosamente, casi grano a grano, y sin un grano de más ni un grano de menos. Yo quise protestar, pero él me contestó en tono rudo:

—Vaya, tome esas dos onzas y váyase.

Pero bajo su rudeza ocultaba sentimientos de cortesía profunda y verdadera de hombre y de australiano por una dama, y una dama principal, que vivía, no obstante, separada por la mitad del mundo de las mujeres de su país.

Hubiéramos podido recoger dos o tres veces más oro del que teníamos; pero elegimos solamente las pepitas más bellas de las que nos ofrecían, y no tomamos sino el más bello polvo de oro.

Antes de salir de Dawson dibujé un modelo de caja de oro que di a un joyero. Representaba en pequeño uno de los cubos que los mineros empleaban durante los primeros tiempos del Clondic, y que servían aún en varios lugares para sacar el barro de los pozos. Este cubo era oblongo, con paredes inclinadas que se estrechaban hacia el fondo como un tronco de cono. En uno de los lados, repujado, estaba representado un minero con el pico en la mano; en otro, veíase el cubito de oro y la cabria que sirve para izarlo cuando está lleno, tal como se puede verlo en las minas; el tercer lado representaba Dawson con el Yukon de majestuosa corriente hacia los mares del Norte; en fin, en el último lado se le habían grabado algunas palabras conmemorativas de la visita de Lady Minto al Clondic.

Alex se volvió a Dawson por la tarde, pero yo me quedé en mi casa y marché a caballo al día siguiente por la mañana. Al llegar a Dawson, encontré al coronel Donald Mac Gregor. Este caballero era un sujeto de edad, que tenía el dón de hacer que los demás estuviesen siempre en falta y hasta fueran culpables a fuerza de ser bueno con ellos. Fred Wade acostumbraba a decir que el coronel había nacido para hacer desgraciada y miserable la vida de los otros. Pero Wade debía estar prevenido contra él.

El coronel estaba casi siempre en las esquinas de las calles de Dawson, distribuyendo a los transeúntes folletos contra el Gobierno, y golpeando con el bastón en las aceras. Formaba parte de una de las numerosas comisiones, y se creía en el deber de apoderarse de las pepitas y ofrecerlas él, después de habernos tomado nosotros el trabajo de recogerlas. En consecuencia, se había apostado ante los cuarteles, había visto a lord Minto y había obtenido de él que sería presentado a lady Minto, al día siguiente, a las cinco, para entregarle una soberbia colección de pepitas de oro ofrecidas por los mineros. Mientras tanto, la señora del mayor Wood me había dado instrucciones concernientes a la misma ceremonia para las tres del día siguiente. Lord Minto, pensando naturalmente que había dos regalos distintos, ofrecidos el uno por mí, el otro por el coronel, había arreglado las horas en consecuencia. Como digo antes, encontré a Mac Gregor en la calle. Me abordó al punto:

—Celebro mucho que haya usted recogido tantas pepitas de oro. He tomado disposiciones para ofrecérselas mañana a lady Minto.

—¡Ah! ¿de veras? ¿Que ha tomado usted disposiciones? ¿Pero me hace usted el favor de decir qué tiene que ver en el asunto?

—¡Cómo! Soy presidente de la comisión número 1, y nosotros nos encargamos de todo.

—Pero yo no soy de sus comisiones ni tengo que ver nada

con sus comisiones. Me he encargado del asunto, a ruegos del señor Fred Wade.

Sabía yo que este nombre no era para calmar la cólera del coronel.

—¡Pues bien!—exclamó.—Alex Macdonald es presidente de la comisión de los mineros, y ha ido con usted a los campamentos.

—Es verdad—repliqué.—Me ha acompañado, en efecto; pero no ha hecho nada, y nadie hubiera hecho nunca nada si no me hubiera yo encargado, a petición del Sr. Wade. Además, las pepitas y el polvo están en mis manos, mi querido coronel.

Con paso majestuoso se fué él en busca de Alex, mientras que yo iba a comer.

Al día siguiente llovía a cántaros. El joyero había terminado el cubito de oro. Era un lindo trabajo que hacía un efecto encantador. Fuí al Banco y llené el cubito hasta los bordes con las más bellas pepitas del Clondic; luego las espolvoreé con un polvo de oro chispeante que colmó los intersticios de brillantes hojitas, y así la caja parecía un tesoro del paraíso. La envolví en un pedazo de terciopelo blanco, y, acompañado de Alex, a quien había yo arrancado al coronel, y de otro minero, nos dirigimos al cuartel. Creía yo que, abandonando las orillas del río y dando un rodeo bajo la lluvia por las calles traseras, despistaría al coronel.

Pero mis mañas de americano indio fracasaron ante su astucia de escocés. Nos esperaba erguido, con el bastón en la mano, en la mitad del camino, exponiendo al aguacero una frente llena de dignidad. Sin embargo, sobre Alex cayeron sus miradas preñadas de censuras, y el pobre Alex tenía el aspecto de un gran culpable. Me apresuré y pasé ante él sin detenerme. Como yo llevaba el saquito, no le quedaba otro recurso que seguirme.

A los pocos instantes dieron las tres, y fuimos todos introducidos, un poco embarrados, en la sala de recepción, en don-

de ya se encontraban Sus Excelencias con todo su séquito. Pensaba que era Alex, en su calidad de minero, más antiguo, y de minero más rico del Clondic, al que correspondía el honor de presentar la preciosa caja; se la puse, pues, en las manos, después de despojada de su blanca vestidura.

El pobre Alex, aunque prevenido, estaba todo azorado. Alzando en su manaza el cubito, lo empujó, más bien que lo presentó, hacia Lady Minto, diciendo con voz confusa y de tal manera que era imposible entenderlo:

—Tómele, tómele, Mrs. Minto... No es más que una bagatela, ciertamente... No es más que una bagatela... Pero tómele, tómele.

Ella lo tomó, lo tuvo entre sus dos bellas manos, y nos miró a unos tras otros, con algo de perplejidad en sus miradas, a lo que parecía. Yo no sabía si era cosa de reír o de llorar. Sin embargo, comprendiendo que todo el asunto iba a degenerar en un asunto burlesco, dirigí yo mismo algunas palabras a lady Minto, presentándome como delegado de los mineros para darle las gracias por su visita. Le dije que habíamos dejado en nuestras tierras amigos y esposas que nos esperaban rogando por nosotros; que su venida nos recordaba el hogar ausente; que su presencia en el Clondic era la mejor prueba de que el país no era tan terrible de visitar, y que nosotros, los habitantes, no éramos tan bárbaros como parecía creerlo el resto del mundo. Le rogué que conservase como recuerdo aquella cajita de oro, homenaje de los mineros del Clondic, que había recorrido miles de millas para verlos; le conté con qué apresuramiento, con qué alegría habían sido dados para ella los granos de oro. Terminé diciendo que en otra parte, sin duda, su llegada hubiera sido festejada con más esplendor y mayores preparativos; pero que, ciertamente, en ninguna otra, lord Minto y ella, hubieran sido recibidos con alegría más sincera que la de los habitantes del Clondic; y muy especialmente, añadí, si me era permitido hablar así, de los americanos.

Cuando concluí, dió ella las gracias a la comisión en unas cuantas palabras amabilísimas.

Mientras tanto, el coronel, que había entrado con nosotros, permanecía en pie dominando y devorando con sus ojos toda aquella escena. Tenía más de seis pies de estatura; pero aquel día me pareció tener por lo menos diez y seis. Afortunadamente, el volcán no hizo erupción, y dejamos a lady Minto sin desastre ni catástrofe.

¿Qué iba a pasar en la presentación de las cinco, y en donde estaban las nuevas pepitas que ofrecer? El coronel, agobiado de tristes pensamientos, andaba a zancadas por el patio del cuartel, sin hacer más caso de la lluvia persistente que de las explicaciones que trataba de darle el bueno de Alex. Pero yo había tenido una breve explicación con el gobernador general cuando nos estrechó las manos en el terrado, y se rió de buena gana al comprender la situación.

—Entonces—preguntó con una sonrisa,—¿son esas todas las pepitas que recibirá lady Minto?

—Me lo temo—contesté.

—Espero que no sufrirá una gran decepción—replicó riendo bajo.—Voy a enviar un ordenanza al coronel para decirle que he comprendido que había un error, y que sé que la ceremonia de las cinco no ha de celebrarse.

Así se hizo. El rostro ansioso del coronel se tranquilizó, mientras que Alex parecía descargado de un gran peso. Sin embargo, el coronel no se dignó notar mi presencia cuando nos separamos en la primera esquina, y tengo el sentimiento de verme obligado a escribir aquí que temo mucho que su cólera no se haya disipado todavía.

Al día siguiente, lord Minto y todo su séquito fueron a visitar el Bonanza, en carruajes. La multitud de los habitantes de Dawson, entre los que se encontraban varios miembros de la comisión, y, entre otros, el coronel Mac Gregor, los acompañaba. Comieron en una de las minas más importantes, y visitaron los subterráneos y las galerías interiores. Los pro-

cedimientos empleados en las minas del Clondic para la extracción del oro, y especialmente nuestra manera de deshelar el suelo, eran enteramente nuevos para el gobernador general, y parecieron interesarle vivamente. Examinó, con la mayor detención, las puntas huecas por donde pasaba el vapor, cuyo uso se había hecho general, y que habían reemplazado por completo al método tosco y primitivo de las hogueras. Desde otro punto de vista, habíamos realizado también grandes progresos, y nuestros nuevos procedimientos eran infinitamente superiores a los antiguos.

La jornada del día siguiente transcurrió en recorrer en coche las calles de Dawson. El gobernador general recibió las quejas de los mineros y de los habitantes, que pedían la modificación de ciertas leyes. El gobernador no poseía ningún poder ejecutivo; pero el hecho de haber estado en Dawson daría un gran valor a las observaciones y a las ideas que emitiese en el gabinete de Ottawa, si es que quería tomarse la molestia de tener ideas y hacer observaciones. Era un hombre frío, circunspecto, que tenía mucho tacto y mucho mundo. Parecíame que había de cumplir su mandato, a menudo difícil o delicado, con mucha rectitud y buen sentido. Los mineros, unos individualmente, otros por la voz de una comisión, expusieron sus quejas contra el gobierno de Su Excelencia, que recibió a cuantos se presentaron, y tomó notas detalladas cada vez que no le presentaban una demanda escrita.

Una comunidad de individuos no está nunca completamente satisfecha del sistema de leyes por el que es gobernada, sobre todo, cuando no ha sido consultada y no ha podido tomar parte alguna en la confección de esas leyes.

El gabinete de Ottawa había promulgado cierto número de leyes para el gobierno del territorio del Yukon; pero en el momento de ser votadas, es probable que no se tuviera en Ottawa una idea muy clara de la situación de los asuntos en el Clondic. Algunas de esas leyes eran evidentemente buenas; pero las había, sobre todo, malas, y hasta odiosas. En efecto;

la ley sobre los derechos de regalía, por ejemplo, era de una injusticia ostensible. Exigíase directamente de los mineros un impuesto del 10 por 100 sobre la producción bruta de las minas. En ciertos casos, este impuesto equivalía casi a una confiscación, y los mineros se quejaban a coro de esta pesadísima carga.

Los comerciantes y los tenderos que habitaban en Dawson—los urbanos, como los llamábamos—vendían sus géneros, tratando, por supuèsto, de realizar los mayores beneficios posibles, y eran pagados en polvo de oro, sin que se les descontase nada de la suma de los ingresos; mientras que el minero que sacaba cien mil dólars de su mina, y que le costaba ya unos nueve mil dólars, tenía que pagar aún mil dólars de derechos de regalía, lo que no le dejaba nada. Había en esto una injusticia manifiesta. Siendo el oro el único producto de exportación del país, el impuesto hubiera debido ser uniforme y estar repartido entre todos los que detentaban y exportaban el oro, en vez de afectar únicamente a los productores directos. Después se ha remediado todo esto, y ahora no hay más que un impuesto moderado que pesa sobre la explotación del oro. De otra parte, el sistema de establecer alquileres y jalonar las minas era provisional, y no se había empleado más que a título de ensayo. Cierto es que el Clondic presentaba nuevos problemas, y suscitaba cuestiones hasta entonces ignoradas, a causa del carácter particular del suelo, siempre helado. El gobierno hubiera hecho muy bien en nombrar una comisión y en mandar una persona experimentada a los lugares en cuanto surgieron las primeras cuestiones delicadas, para presentar un informe sobre las mejoras que se debían intentar y sobre las modificaciones que había de aportarse.

Sin embargo, Lord Minto prometió hacerse intérprete de todas las reivindicaciones de los mineros cerca de Sir Wilfred Laurier, y al poco tiempo de su marcha se supieron oficialmente en el Clondic las modificaciones y nuevos reglamentos que habían sido votados; debíase esto, sin ninguna duda

posible, a la benévola intervención de Lord Minto, y a él atribuían todos los habitantes del distrito tan afortunado cambio.

Lord Minto y su acompañamiento marcharon por la tarde, a las siete, en la *Sybil*, y, después de aquellos tres días de gratas vacaciones, cada cual volvió a sus ocupaciones o a sus placeres habituales, el juego, la bebida o los trabajos mineros.

A mediados del mes de Setiembre, tuvimos que interrumpir el lavado del barro una semana antes que en igual mes del año anterior. Helaba ahora todas las mañanas, y yo había agotado la parte de terreno que me había impuesto como tarea para el año. Dejé todos mis asuntos en las seguras manos de mi contramaestre, y bajé a Dawson, pensando que bien me había ganado el tomarme un invierno de vacaciones. La ciudad estaba llena de una multitud de mineros que venían de los ríos y se marchaban, como yo, afuera.

El 3 de Octubre de 1900, a medio día, el vapor *Canadián* zarpó de Dawson para White-Horse, con ciento cincuenta pasajeros, entre los que me encontraba yo. Llevaba treinta y seis meses de destierro, desde mi llegada al Clondic, lejos del mundo, y había pasado dos inviernos en aquellas tierras árticas. Durante todo este período, en que pasé por tantas vicisitudes desde el punto de vista de la comodidad, del alimento, etcétera, no estuve enfermo un solo día, ni siquiera una hora. A la verdad, me sentía más activo y más vigoroso que antes, con el espíritu más despierto también. Hacíame el efecto de uno de aquellos *conquistadores* (1) que, salidos del Perú, navegaban con rumbo a España para volver a sus hogares. Las otras personas que se encontraban conmigo a bordo estaban poco más o menos en las mismas disposiciones de espíritu; así es que formábamos una alegre compañía. Vivían algunos en las soledades del Norte desde 1897, y renuncio a describir la alegría que experimentaban al sentirse bogar hacia la civili-

(1) En castellano esta palabra, en el original.

zación. La felicidad, sin embargo, no era turbulenta, y no se manifestaba de manera ruidosa. Aquellos veteranos exploradores habían contraído en el Clondic la costumbre de permanecer silenciosos ante la buena o la mala suerte. Pero podía verse en sus rostros una perpetua sonrisa; en las bronceadas caras, brillaban los ojos claros; abordábanse unos a otros, se hablaban sin conocerse, se charlaba de cualquier asunto, y se estaba muy lejos de pensar en el menor motivo de querella. No había transcurrido el día, cuando ya no formábamos más que una feliz familia; sin embargo, de una manera o de otra, siempre parábamos en hablar de los triunfos o fracasos ocurridos en el Clondic. Por paradójico que esto pueda parecer, nuestra alegría de partir no estaba exenta de cierto pesar. Nuestra estancia en el Clondic había sido un destierro; pero un destierro que nosotros solos nos habíamos impuesto, y estoy seguro de que pocos de los pasajeros lamentaban aquel episodio de su vida.

Entre las mujeres, había una de Melbourne, que había llegado al Clondic con su hermano tres años antes que yo. Habían tenido sucesivamente una fonda en Dawson, una *roadhouse* en el Sulfur, una serrería en el Clondic, un almacén de conservas en el Dominio, y por último, encontraron una buena mina. Volvía ella a su casa, donde la esperaban sus ancianos padres, con una fortuna bastante redonda. Sus sonrosadas mejillas irradiaban salud y felicidad. Alegró la comida contándonos su historia, lo que nos interesó a todos en alto grado, porque la mayoría de sus oyentes conocía también los largos ensayos y las tentativas de todo género que es preciso hacer antes de triunfar.

Por la tarde, al visitar el barco con el capitán, al entrar en la sala de juego, observé un gran número de cajas de unos tres pies de largo por un pie de alto, todas atadas con cadenas de hierro. Habíanlas amontonado allí, cubiertas con viejos sacos de harina, trapos, calzado y cajas de conservas vacías.

—¿Por qué están estas cajas aquí—pregunté al capitán,—

y por qué no las hace usted bajar a la cala con el resto de la carga?

Me miró con aire de amistosa burla:

—No va usted a hacerme creer que ignora lo que son esas cajas, usted que acaba de pasar tres años en el Clondic—dijo él en respuesta a mi pregunta.

—Pues lo ignoro—repliqué.—Ya ve usted, me he pasado todo el tiempo en las minas, y no sé nada de lo que ustedes hacen en Dawson o en el río.

—Entonces—dijo él—le diré lo que es; es muy sencillo: cada una de esas cajas está forrada de zinc, y contiene trescientas libras de polvo de oro. No tenemos ni arca ni cuarto de seguridad a bordo, y tenemos que ponerlas en ese rincón.

Las conté, había veintinueve, más cuatro toneladas de polvo de oro, y todo aquello permanecía allí, sin un guardián. Cierto es que hubiera sido difícil escaparse por el río con una caja que contenía trescientas libras de polvo de oro. Sin embargo, la sencillez e ingenuidad primitiva de todo aquello eran deliciosas. ¡Felices tiempos!

El río se ensanchaba poco a poco, el agua se hacía más clara y la corriente menos rápida, a medida que avanzábamos hacia el Sur. Las colinas nos rodeaban por ambos lados; pero evidentemente, era un terreno volcánico completamente distinto de los terrenos de aluviones del Norte de Dawsson, siempre frondosos. A trechos, en las márgenes altas, las aguas habían abierto una barranca que descendía hasta el lecho del río, y que parecía un pastel de frutas, a causa de las diferentes capas que depósitos sucesivos de asfalto, de carbón, de cantos y de arcilla habían formado con el tiempo. La Naturaleza parecía haber consignado en aquel terreno del Norte sus trabajos e investigaciones de laboratorio.

Después de haber navegado a todo vapor por el lago la Barge, en donde nacen las primeras aguas del Yukon, atravesamos el río Fifty-Mile, en White-Horse. El Fifty-Mile es ciertamente el río más claro que nunca haya visto yo. Tiene

unas cien yardas de ancho y unos diez pies de profundidad. El fondo está lleno de gruesos cantos. Las *sombras*, las rocas, las piedras y hasta los pececillos que huían en el fondo a nuestra llegada, eran visibles tan claramente como si hubiésemos mirado en un caleidóscopo. Nuestro barco, el *Canadián,* no calaba más que cuatro pies. Con gran espanto nuestro, el capitán Scammel se divertía en dirigir el barco, lo más tranquilamente del mundo, en derechura a una inmensa roca que parecía estar a flor de agua.

A los cuatro días de salir de Dawson, llegábamos a White-Horse. Este lugar ha sido así bautizado, porque se encuentra precisamente debajo de las cataratas del río corto que va de los lagos a Fifty-Mile y al lago la Barge. Los indios dieron a esas caídas el nombre pintoresco de White-Horse (caballo blanco), que en realidad se le halla bien aplicado, cuando se ven las ondas de blanca espuma saltar y lanzarse por encima de las agudas rocas entre las que estaban antes encerradas. Pero no había caballo blanco ni caballo negro capaz de impedir que los habitantes del Clondic corrieran a libertarse. Unos cuantos subieron hasta lo alto de las rocas para ver las cascadas, y cuando bajaron, el tren estaba dispuesto a salir.

¡Un tren! ¡piénsenlo! ¡un tren que iba a conducirnos al mar! ¡Nos habíamos olvidado, desde hacía tanto tiempo, de la forma de una locomotora! Delirábamos de alegría. Las curvas rápidas, los abismos majestuosos, las rocas ingentes, no bastaron para devolvernos nuestras facultades, ni el espectáculo de Danger-Pass (el paso peligroso), en que los coches iban suspendidos a millares de pies de altura sobre torrentes llenos de nieve. Por fin, mientras que el tren bajaba a toda velocidad la pendiente al salir de la garganta, divisamos la mar inmensa y tranquila, en la que la vía parecía que iba a ir a perderse y que se extendía hasta lo infinito.

Las ciento doce millas de vía férrea, que acababan de terminarse aquel año, eran recorridas en cien horas; y en verano, es uno de los viajes más bonitos que se pueden hacer. La crea-

ción de este ferrocarril ha puesto término a las terribles dificultades que los viajeros tenían que vencer para franquear la entrada del Yukon. Entre Skag-Way y White-Horse, extiéndese una cadena de montañas escarpadas, en medio de las cuales se precipitan las cataratas que hicieran dar a Chilkoot el nombre de «paso del Miedo», y que se tragaron tantas vidas humanas. Pero todo esto ha terminado hoy, y se puede ir de Vancouver a Dawson tan fácilmente y tan rápidamente, como de Vancouver a Otawa.

Después de haber pasado un día en Skagevay, puerto de pesca importante, nos embarcamos en el vapor *Guzen* para Scattle, vía Vancouver. Tardamos tres días en llegar a Scattle. Es un viaje delicioso. El barco pasa por medio de numerosas islas que recuerdan el mar interior del Japón; pero estas islas de Alaska están cubiertas de hielos y llenas de neveras de azules venas, que parecen vivir eternamente. Pasamos ante un gran número de fábricas de conservas de salmón, establecidas en las islas, y abrían y metían en cajas los pescados a miles, aunque la estación tocaba a su fin.

En Scattle tomé un tren que me llevó directamente a San Francisco. A las cuarenta y ocho horas estaba en mi casa. Hacía once días de mi salida de Dawson, y cerca de dos años y medio que marché a las lejanas soledades del Norte.

XVI

El robo.

El 4 de Julio de 1900, había ido yo a Dawson para asuntos, cosa que no ignoraba mi cocinero, Luis Jacobo. Habíale tomado dos meses antes, a razón de ciento cincuenta dólars al mes, sabiendo que era el primer cocinero del Clondic.

En la casita construída en la colina, yo vivía sólo con mi secretario. El servicio de Luis no era, pues, demasiado penoso. Era un verdadero descendiente de Vatel, y, aunque se en-

contrara a menudo con pocos recursos y careciese hasta de lo necesario, sabía hacer algo con nada y nos cocinaba frioleras muy apetitosas. Fiel, cortés, listo, permanecía, sin embargo, taciturno, se mantenía aparte. Yo le quería, a pesar de todo, y más de una vez, gracias a él, me dije que hasta en el Clondic se gustaban placeres gastronómicos que podrían no desdeñarse en otras partes. Luis nos servía salmón fresco pescado en el río; sombras de los lagos, conejos, ptarmigan, alce, oso, perdices, sin perjuicio de carnes de vaca y carnero, que nos llegaban de fuera.

En la noche del 30 de Junio, dije a Jorge, mi secretario, que bajase la colina un poco antes de media noche y permaneciese abajo hasta la una. Nuestro vigilante nocturno estaba ausente, y quería yo que las máquinas de lavar estuvieran siempre custodiadas, especialmente entre doce y una, momento en que se paraba el agua, mientras que los mineros tomaban su refacción de la noche. Mientras tanto, envuelto en mi pyjama, me tumbé en la cama. La noche estaba tibia y clara, por lo que dejé entornada la puerta del despacho que me servía de alcoba.

A las diez y media, el sol había desaparecido en el horizonte; el cielo estaba iluminado con toda la gama de los colores que resplandecían con magnificencia, como una erupción volcánica. En ninguna parte he visto puestas de sol más bellas ni crepúsculos más impresionables que en esos países árticos. El cielo permaneció iluminado con mil fuegos hasta cerca de media noche; solamente entonces, lentamente, poco a poco, la noche los invadió y los echó.

A la una y media de la mañana, estaba Jorge de vuelta. Un ligero resplandor, que teñía sutilmente la atmósfera, indicaba que el sol iba a mostrarse pronto. Jorge encontró a Luis en la cocina, completamente vestido y leyendo.

—¿Qué hace usted tan tarde?—le preguntó.

—Estoy indispuesto—contestó Luis,—y he tomado una medicina.

—Veo—continuó Jorge—qué se ha puesto usted unos zapatos amarillos completamente de moda. ¿Los ha comprado usted en Dawson? ¿Cuánto le han costado?

—Veinte dólars—contestó Luis, al que parecía molestar el tono un poco inquisitorial de Jorge.

—Bueno, voy a acostarme—dijo éste.

—No haga usted caso—manifestó Luis—si me oye usted moverme, porque no puedo dormir.

Jorge se fué a su cama, que estaba contigua a la mía. Los dos cuartos estaban separados por un delgado tabique que no llegaba hasta el techo, y en el que había una puerta cerrada por una simple cortina. Un poco más lejos, en el mismo plano, y separada del cuarto de Jorge, que nos servía de comedor, de la misma manera que éste se hallaba separado de mi cuarto, estaba la cocina. En suma: la casita, que ocupaba un espacio de diez y seis pies por treinta, estaba dividida en tres cuartos por dos tabiques provistos cada uno de un portier.

Todas las mañanas, a las ocho y media, Luis me traía una taza de café puro, y vaciaba en mi bañera dos baldes de agua fría para mi baño diario. Pero aquella mañana no entró Luis, y el reloj, que tenía junto a la cama al alcance de mi mano, me indicó que eran las nueve. Llamé, pero en vano. Me levanté, pues, y fuí a la cocina, atravesando el cuarto de Jorge. No estaba Luis y no había fuego en la estufa. Desperté a Jorge, que dormía un profundo sueño, y le dije:

—¿Qué ha sido de Luis?

—No sé—me contestó.—¡Ah! espere; sí me acuerdo ahora; no se había acostado aún cuando volví yo anoche, y me dijo entonces que se sentía mal.

—¡Ah! entonces—observé—habrá ido a las Horcas esta mañana para ver a un médico. Podía habérmelo advertido antes de marchar. Quizá no vuelva hoy. Pues bien; levántese usted, Jorge, y prepáreme el baño. Ya que no puedo tomar café, me bañaré, por lo menos.

Mientras que me vestía se me ocurrió aprovechar el mo-

mento en que Luis estaba ausente para pesar un saco de polvo de oro y darme cuenta de la diferencia que hay entre la libra *tener peso* y la libra peso de *troy*. Todo nuestro oro estaba contado en onzas, y una onza valía en el mercado diez y seis dólars. Quitábamos el polvo de oro de las máquinas de abajo cada dos o tres días, y lo metíamos en un arca de hierro, cuya única llave estaba confiada a Jorge. Era esta una operación algo larga, que a veces requería tres o cuatro horas, cuando el polvo de oro estaba mezclado con arena y piedrecillas. No me gustaba mucho abrir el arca fuera de los días en que era indispensable, porque había que poner allí el oro sacado de las lavadoras. Luis no lo ignoraba, y sabía muy bien que no tocaría a las lavadoras hasta la noche.

—Jorge—dije a mi secretario,—abra el arca y saque uno de los sacos llenos. Vamos a pesarle en la cocina, en la balanza de la carne, antes que vuelva Luis. Es una excelente ocasión, ya que no está.

El arca estaba metida al nivel del suelo en un rincón del comedor, que, como se recordará, estaba en la segunda habitación. Estaba sujeta por fuertes cadenas, cuyos eslabones tenían por lo menos una pulgada, a los sólidos maderos que sostenían el piso. Estos maderos, de un pie de espesor, estaban tendidos en el suelo.

Jorge abrió el arca mientras que me sentaba yo dándole la espalda. Oí entonces una exclamación violenta y me volví rápidamente. Jorge miraba al interior del arca.

—¿Cuántos sacos de polvo de oro llenos y sellados debe haber aquí?—preguntó.

—Dos—contesté,—más cuatro medio llenos, y las pepitas.

—¡No hay más que un solo saco lleno!—dijo él con voz alterada.—Venga usted a ver.

Acudí y me arrodillé ante el arca. Siempre arreglaba yo mismo los sacos, luego cerraba y entregaba la llave a Jorge. Después de haber mirado un momento, me volví hacia él, y le dije:

—Falta un saco sellado con cuatrocientas onzas de excelente polvo de oro.

Sacamos los otros, es decir, un peso de unas cien libras, incluso las pepitas, pero nada parecía faltar. Examiné entonces la cerradura, pero no observé señal alguna en la superficie lisa del níquel, como pudiera haber habido a consecuencia de una efracción. No sospechaba de Jorge, al que había enviado a buscar el invierno anterior a San Francisco, por saberle fiel y abnegado. Sin embargo, él tenía la única llave, y estaba claro que la cerradura no había sido forzada. Nos levantamos y nos miramos pálidos.

—Háblame más de Luis—dije al fin.

—Ya se lo he dicho todo hace un momento—contestó Jorge, en tono que daba lástima.

Nadie puede conservar por completo su sangre fría, por inocente que sea, cuando se siente así amenazado de una acusación o una sospecha.

—Es raro—dije—que se haya marchado sin decirme cuándo piensa volver. Me pregunto a qué hora dejó la mina y adónde puede haber ido.

—¡Ah! ¡ya me acuerdo!—exclamó de pronto Jorge, cuyo rostro se iluminó.—A las dos, cuando subí después de haber velado una hora, Luis tenía puestos unos fuertes zapatos.

—¿Cómo? ¿se había puesto los zapatos nuevos estando enfermo?... Me parece que le he visto a usted dejar varias veces la llave en la mesa mientras que se levanta el oro.

—Sí, pero no salgo nunca de la habitación hasta que todo haya concluído y el polvo de oro esté bien cerrado. Ayer noche, cuando me acosté, tenía la llave colgando de mi cuello por un cordón.

—Pues bien, la cosa me parece clarísima—repliqué.—Luis se apoderó de esa llave cuando estaba sobre la mesa, y ha tomado el molde de cualquier manera. La cosa no era muy difícil porque usted ha sido negligente. Yo mismo he visto la llave en la mesa al lado de las balanzas de oro, cuando debiera

usted haberla tenido en el bolsillo. Luis se ha llevado el saco más grueso, naturalmente. No podía cargar con más de un saco, porque cada uno pesa por lo menos veinticinco libras, y ha tenido que recorrer a pie muy de prisa las treinta millas que nos separan de Dawson. Esto nos prueba, sin embargo, que no tiene cómplices, lo que siempre es un consuelo. La idea de que uno de mis mineros pudiera estar en connivencia con él, me es por extremo desagradable; porque, si fuera así, ya no sabría en quién fiarme.

El pobre Jorge respiró, tranquilizado con estas palabras, pero estaba todavía todo tembloroso cuando añadí:

—Va usted a subir a las Horcas y ver al oficial de policía. Luis podría estar escondido por allí. Tendrá usted que decirle que es usted el que tenía la llave, y contestar de una manera precisa a sus preguntas. Pero nada tiene usted que temer. El culpable es Luis, y le atraparemos.

Había un teléfono en la cabaña de un minero, a cien pasos de distancia. Corrí allí después de haber cerrado cuidadosamente el arca y guardádome la llave. Al instante, estaba en comunicación con el jefe de la policía de Dawson. Le conté el robo, y le participé la convicción que tenía de que Luis había huído río abajo. Sabía yo, en efecto, que por aquel lado, a una distancia de cuarenta millas de Dawson, estaría él en territorio americano. Era, por lo demás, el refugio de todos los criminales que se escapaban y de todos los que eran expulsados del Clondic. Ofrecí correr con todos los gastos si querían enviar una canoa, tripulada por dos policías, en persecución del fugitivo. Prometieron hacer inmediatamente todas las pesquisas necesarias, y volví tranquilo a mi casa.

Apenas hube dejado el teléfono cuando se presentaba un hombre en el cuartel de Dawson, solicitando hablar con un oficial de policía. Era el barquero del Clondic. Había recorrido las dos millas que le separaban de la ciudad para dar el siguiente parte: «Dos hombres, que parecían muertos de cansancio, habían llegado al puesto del barquero, a eso de las cinco de

la mañana. Uno de ellos llevaba al hombro un saco de polvo de oro, sellado y envuelto en un saco de harina. Compró una canoa en Peterborough y provisiones en una tiendecilla que había allí. Sus compras ascendían a unos ciento cincuenta dólars. Abrió el saco sellado, y pidió al tendero que pesara él mismo la suma debida.

—¿De qué tiene usted todo ese polvo de oro?—preguntó el barquero que estaba presente.

—He trabajado como cocinero en casa del senador Lynch, durante cerca de un año, con un salario de ciento cincuenta dólars al mes—replicó el hombre;—y cuando entré a su servicio, ya tenía yo un poco de dinero ahorrado, con el que he comprado polvo de oro, porque dejo el país.

El barquero sabía muy bien en aquel momento que yo había pasado la mayor parte del invierno anterior en Dawson, y que, por consiguiente, no hubo mientras tanto ningún sirviente en mi casa; pero no dejó ver nada de sus sospechas, y preguntó:

—¿Quién es ese hombre que le acompaña?

—Le he encontrado en el camino y le he ofrecido cinco dólars para que me ayude a llevar el saco. Voy a darle una onza más y a pedirle que reme conmigo, a fin de llegar antes al río Mossen, pasado Dawson.

—¿Por qué no se detiene usted en Dawson?

—Porque tengo prisa por llegar a Moose, y no hay barco en Dawson. Tengo un compañero en Moose que me ha escrito que vaya en seguida.

Y Luis se alejó con su compañero. Toda aquella historia, de la que no creyó una palabra, pareció muy sospechosa al barquero. El saco contenía evidentemente seis o siete mil dólars, por lo menos. La suma era demasiada para que la hubiese podido ganar un cocinero trabajando a sueldo de un particular durante un año.

Los agentes de policía gozan en el Clondic de poderes especiales, y mucho más amplios que en cualquiera otra parte.

Si saben que un hombre ha tenido conocimiento de un delito o ha descubierto algún secreto importante sin informarlos, lo vigilan y le consideran inmediatamente como sospechoso, lo que puede perjudicarle mucho en el ejercicio de su profesión. Por esto el barquero acudió al cuartel aprisa, lo más pronto que pudo, para hacer su declaración.

Ahora bien; como los datos suministrados por el barquero venían detrás de mis comunicaciones telefónicas, el asunto estaba claro. En dos horas se hubieron encontrado fotografías de Luis en Dawson. Al hombre que le acompañó le encontraron a la entrada de Dawson, de vuelta de Moose Hide, y fue interrogado por la policía. Contó que Luis y él habían descendido con la canoa el Clondic, hasta su confluencia con el Yukon, y que entonces habían seguido el Yukon, de más de una milla de anchura en aquel lugar, bordeando la orilla opuesta a la ciudad y a los muelles. Llegados a Moose Hide, dos millas más abajo, Luis se había dirigido hacia el Este, y desembarcado al hombre, después de darle una onza de oro.

A la una de la tarde, dos policías canadienses descendían el río con toda velocidad. Luis llevaba seis horas de adelanto, y la corriente era rápida. Pero ellos tripulaban una canoa de carrera, perteneciente a la policía, y ambos eran buenos remeros. Durante cientos de millas no hay rápidas ni obstáculos de ninguna clase en el río, que desciende ancho y majestuoso, noble y potente, hacia los mares del Norte, a los que va a morir. Nada interrumpe la línea sombría de los abetos que bordea la orilla, si no es, a veces, la tienda de un viajero o de un leñador que corta leña para los vapores del río. Después de pasar por Eagle, el Yukon se extiende hacia el Oeste durante doscientas millas sin encontrar el menor poblado. Corre entre colinas de granito casi perpendiculares, que parecen baluartes y que dominan las aguas profundas que chocan entre espumas contra su base. Durante toda la noche, la canoa de la policía se deslizó sin moderar su marcha, y descendió el río a una velocidad de diez millas por hora. La noche estaba relativamente

clara; uno de los dos hombres dormía mientras que el otro velaba para dirigir la canoa en los lugares en que la corriente era más rápida y las aguas más profundas. Comían viajando.

Al día siguiente por la mañana, a las diez, después de haber recorrido doscientas millas, vieron una embarcación encallada en una isla de arena. Los dos policías abordaron con precaución al lado. Bastóles una segunda observación para convencerse de que el hombre que dormía profundamente en el fondo de la canoa era mi cocinero Luis. No había error posible. Además, Luis llevaba una carabina y una pistola, armas que un hombre honrado no hubiera jamás juzgado necesarias en el Clondic. Se consultaron: estaban en territorio americano, y allí expiraban sus derechos; carecían ya de poder para detenerle, por cuanto ellos eran ingleses. No podían esperar apoderarse de él sino en un lugar en que hubiera funcionarios de policía americanos; pero habían ido muy de prisa, estaban lejos, y Luis parecía exhausto.

Cuando éste se despertó de su profundo sueño, se irguió y contempló con terror a los dos hombres, que, con la mayor tranquilidad del mundo, habían puesto a asar un trozo de carne en una hoguera que habían encendido entre dos pedruscos. El miedo le puso en seguida muy nervioso, y hombres mucho menos inteligentes y expertos que los hábiles policías del Clondic hubieran observado su actitud de hombre agitado. Sin embargo, los dos policías le saludaron muy amablemente. Le dijeron que eran *prospectors* que iban a Nume, y le invitaron a compartir su comida. No le hicieron ninguna pregunta, pero Luis les contó que iba a Circle City, la ciudad más próxima, a unas cien millas río abajo. Se largó en cuanto hubo comido, porque le urgía hallarse todo lo lejos posible de Dawson. Los policías durmieron un instante y descansaron allí unas horas, tomando tiempo, puesto que ahora estaban seguros de pescar al ladrón en cuanto quisieran.

Aquel espléndido día de Julio tocaba a su fin: el sol, que todavía brillaba con fuerza en los cielos claros, se inclinaba poco

a poco hacia el horizonte. Los pájaros gorjeaban alegremente en los árboles de la ribera, y cuando los salmones que remontaban la corriente en dirección de los lagos, saltaban sobre las aguas, sus escamas chispeaban al sol. Avidos cuervos estaban de acecho en las ramas de los árboles que pendían sobre las aguas del río; porque ocurría a menudo que algunos salmones iban a varar en los bancos de arena, arrojados allí sin poderlo remediar por el empuje del ejército de peces que remontaba la corriente. Muy alto, en el cielo, cerníanse gavilanes del Norte, bastante parecidos a águilas, que giraban en círculos rápidos barriendo el horizonte con sus grandes alas. El ligero ruido de la canoa, que se deslizaba por el agua lisa, hizo ocultarse en la maleza, como un meteoro, a un zorro blanco de piel de plata que estaba en la orilla, y que desapareció en un abrir y cerrar de ojos, sin que ningún movimiento de las hojas revelase su presencia.

Durante toda la noche, Mac Intyre y Judson avanzaron. La frágil embarcación hendía el agua silenciosamente. Por la mañana observaron a proa dos embarcaciones: la una era la de Luis. Los policías desarmaron en seguida sus remos y se dejaron ir a la deriva. Mientras tánto, la canoa de Luis, que llevaba una velocidad asombrosa a pesar del peso del oro robado, había abordado a la otra, tripulada por un hombre solo.

Aquel hombre se llamaba Henry. Habíanle expulsado de Dawson las autoridades. Había alrededor de Dawson un cierto número de gentes de los dos sexos, que vivían como buitres acechando a los mineros que volvían de los ríos auríferos y se dirigían a la ciudad, para desvalijarlos. Ocurría a menudo, que se prendía a uno de ellos, y en este caso, la policía le daba a elegir entre estas dos alternativas: descender el río y marcharse, o bien trabajar en las pilas de leña; a su gusto. Naturalmente, siempre elegían lo primero. Descendían entonces el río hasta Forty Mile o Circle City, en donde todos los expulsados se encontraban, y formaban una verdadera colonia. A uno de estos individuos era al que acababa de encontrar Luis, y

en cuya compañía remaba charlando, mientras que las dos embarcaciones bogaban de conserva y bajaban juntas la corriente.

Henry conocía a todos los policías de Dawson; había hecho amplio conocimiento, por diversas ocasiones, con cada uno de ellos. Así fue que no le costó trabajo reconocer a Mac Intyre y a Judson, que todavía estaban bastante rezagados. Había observado también la mirada inquieta de Luis, del que sabía que no era un habitante de Dawson. Y el astuto pícaro pensaba que había algo anormal en todo aquello.

—Conque dígame, compadre—dijo a Luis,—¿en casa de quién era usted cocinero?

—En casa del senador Lynch. En Cheechak Hill, cerca del Bonanza. Tiene una mina muy rica en ese sitio.

—Sí, sí; he oído hablar de él. ¿Por qué le ha dejado usted?

—Estaba cansado y tenía ganas de ver Nume.

—¿Y no ha ocurrido nada entre usted y el senador?

—No. ¿Por qué me pregunta usted eso?—dijo estremeciéndose a su pesar.

—¡Oh! Por nada. Pero, sabe usted, los dos hombres que vienen ahí, detrás de nosotros, son dos perros de polizontes, y me huele que corren a la caza de alguien. ¿No sería usted por casualidad la pieza, amigo?

Luis desfallecía. Era su primer delito, y la fatiga y el miedo le habían abatido por completo.

Precisamente en aquel momento la canoa de la policía los pasó. Henry saludó a los dos policías, que, contrariados por haber sido reconocidos, contestaron secamente. Al verles seguir adelante y alejarse, Henry dijo a Luis:

—¿Sabe usted el nombre de la canoa de la policía?

—No.

—Pues bien; todo el mundo sabe que se llama *Victoria*. Mire a la popa de la canoa que nos precede, y cubierta a medias por un toldo. Mac Intyre lo puso probablemente al salir de Dawson para que tapase el nombre, pero se ha desprendido sin duda.

En efecto; la palabra *Victoria*, aunque medio tapada, era, sin embargo, visible, y esto no podía dejar ninguna duda en la conciencia culpable de Luis. Cobardemente, tembloroso, lo confesó todo a Henry.

Este tenía el ingenio vivo.

—Lo comprendo todo—murmuró cuando Luis hubo terminado de hablar.—Los canallas quieren llegar a Circle para pedir una orden de detención, y le esperarán allí para atraparle al paso. Pero yo puedo salvarle.

—¡Cómo!—exclamó Luis.

—Le costará quinientos dólars—replicó el hombre hábil de negocios.—Y démelos en seguida, o le dejo.

—Tome, sírvase usted mismo—balbució el miserable;—pero, por el amor de Dios, no me deje así.

Henry desató el saco, cortando las ligaduras que le sujetaban al saco de harina en que estaba envuelto. Lo abrió y llenó dos bolsas de tabaco con el polvo de oro, apoderándose de mil doscientos dólars, en vez de quinientos que le había pedido, como se reconoció más adelante. Escondió cuidadosamente las dos bolsas en un saco que llevaba. Después vertió el resto del polvo de oro en varios sacos de enormes dimensiones que hallaron en el fondo de una de las canoas, y los entregó a Luis. Hecho esto, cortó un saco en tiras, que ató a un pedazo de hierro, y lo arrojó todo bajo cuarenta pies de agua. El saco había sido sellado con un sello egipcio, cuya marca era indeleble. Ahora, este testimonio había desaparecido para siempre.

Luis le miraba hacer sin decir nada, mientras que las dos canoas continuaban descendiendo, tranquilamente emparejadas, el límpido río. Cuando hubo terminado esta operación, Henry dijo a Luis con tono ligero:

—Hay delante de Circle City una isla bastante grande, que ocupa una longitud de varias millas. En aquel lugar, la corriente se divide en dos: una parte va por la izquierda del lado de Circle City, y allí seguramente le esperan los policías; pero la otra parte forma una especie de canal, que pasa a la derecha

y costea el lado Norte de la isla. Muy pocas gentes conocen ese canal y la manera de dirigirse allí. Pero yo le conozco. He ido a menudo por allí el año pasado, cuando vivía en Circle City. Le llevaré, pues, hasta el extremo, mientras que los señores policías le estén esperando; y cuando hayan advertido la burla, estará usted a doscientas millas de Circle City, en camino para Nume.

Luis estaba radiante. Dió gracias a su salvador con volubilidad, y no se permitió ningún comentario sobre las dos bolsas de tabaco, aunque supiese perfectamente que una sola de ellas contenía más que la cantidad convenida. Debe existir cierta ley de compensación que hace que los ladrones no puedan quedarse con todo lo robado. Encuéntranse siempre con otros más fuertes o más listos que ellos, que se apoderan del producto de su robo.

Pero Henry, que tenía ya en su poder la recompensa de los servicios que todavía no había prestado, no tenía la menor intención de cumplir su promesa. Para nada necesitaba ir a Nume. Había salido para ir a Circle, y a Circle iría. Tenía amigos que le esperaban allí, y también le aguardaría su mujer, a la que había mandado por delante en un vapor, con los bolsillos bien provistos. En estos climas del Norte, las gentes son más o menos insensibles a los pensamientos y sufrimientos de los demás. Del hecho de sentirse uno tan solitario y tan lejos de todo, nace un egoísmo sin límites. No os lleva esto a que voluntariamente hagáis daño a los otros, pero os inclina a preocuparos enormemente de vosotros mismos, y muy poco de vuestros semejantes. Henry se dirigió, pues, a la playa de arena de Circle City, desembarcó y se fué tranquilamente hacia la casa de juego más próxima, y abandonó a Luis dormido, al que le despertaron momentos después y le prendieron legalmente los policías canadienses, provistos esta vez del auto necesario. Y después de tan linda acción, Henry no sintió en absoluto la conciencia más pesada que antes.

He dicho que la población de Circle se componía en gran

parte de ladrones. Proscritos éstos de Dawson, hubieran podido descender el río hasta Nume; pero tenían miedo de encontrar allí una población no acomodaticia a su género de trabajos. Vivían, pues, en Circle, como buitres, acechando la canoas que pasaban. La calle de Circle que bordeaba el río estaba compuesta de una fila de vendedores de wisky. Había allí hombres y mujeres que obligaban a las gentes a entrar y les hacían pagar un derecho de peaje; si se negaban, corría la sangre. El desdichado Henry fue robado tan completamente como robó él a Luis. En dos días, el vino y las cartas le aligeraron de sus mil doscientos dólars, dejándole de nuevo sin blanca. Al tercer día, se echó un pico al hombro, una pala y un saco provisto de víveres, y marchó a pie para las minas de Mastodon. Era un viaje muy duro y de más de cien millas: había que pasar por «cabezas de negros», atravesar charcos y pantanos, en donde reinaban los mosquitos, y franquear montañas.

Dueño de mi buen cocinero, cuyos servicios me faltaban, Mac Intyre se encontró en una situación muy embarazosa, aunque el funcionario de policía de los Estados Unidos le hubiese entregado el mandamiento de prisión, porque no había cárcel en Circle. Pagó a cuatro ciudadanos americanos emprendedores que consintieron en guardar al prisionero en una cabaña carcomida, relevándose, dos de noche y dos de día, por cinco dólars cada uno más las comidas, lo que hacía siete dólars en realidad. Lo que restaba del saco de polvo de oro robado por Luis, fue depositado en la caja perteneciente a una de las compañías de comercio de la ciudad. A los dos días, Luis compareció ante el Tribunal local, confesó su delito y pidió que lo llevasen a Dawson. Podría creerse que éste fue el fin de la historia: nada de eso.

Entre los expulsados de Dawson que residían en Circle, había un americano que, después de haber ensayado todas las profesiones confesables que se pueden ejercer en aquel país, había concluído por hacerse hombre de negocios, nueva profesión en la que florecía. Sin duda, le había ocurrido en su carre-

ra aventurera, hojear, por azar, algunos libros de Derecho. No tenía dinero, y Luis lo tenía—en la caja.—Esto era bastante para los dos. Fue a ver a Luis, que estaba tranquilamente sentado al sol en su prisión abierta, mientras que sus guardianes jugaban a su lado. Persuadió a mi cocinero de que había hecho una locura confesando; le hizo observar que el delito se había cometido en territorio inglés y que ahora estaba en territorio americano, bajo la protección de las estrellas y las franjas; que los policías carecían de poder para llevárselo a Dawson; que si era difícil bajar, era más difícil subir; que no pasaba más que un vapor a la semana por Circle para ir a Dawson; que el viaje requería varios días, porque había que remontar la corriente rápida; que él podía impedir que se llevasen a Luis y hacer de modo que el asunto se fallase en Circle; que todo esto retrasaría la cosa y costaría dinero al señor Lynch, lo que le irritaría y le forzaría tal vez a transigir; en fin, que por quinientos dólars se encargaba de evitar a Luis todo disgusto, a menos que el Sr. Lynch no acudiese en persona a asistir a los debates, lo que era casi imposible, porque todo el mundo sabía que tenía empleados ochenta hombres, sin contar otras empresas, y le era muy difícil permanecer alejado una quincena, en pleno verano, de sus asuntos del Clondic. El culpable era débil, perverso, y estas observaciones le hicieron mucho efecto.

Los agentes de policía canadiense estaban evidentemente muy mal mirados en Circle City. La mayor parte de los habitantes la constituían los expulsados de Dawson, y Mac Intyre y Judson habían sido las causas determinantes de la expulsión. Los antiguos candidatos a presidio que habitaban en Circle no experimentaban ninguna simpatía por las leyes en general, y en particular por las leyes del Canadá; pero las pilas de leña tenían una poderosa fuerza de persuasión, y la perspectiva de ser empleados en aquéllas, les hacía tomar el destierro con paciencia. Sin embargo, Dawson era una población alegre, confortable, agradable de habitar, llena de mineros ebrios a quie-

nes quitar la bolsa, mientras que en Circle y en las otras poblaciones pequeñas del Yukon, bastante mal provistas en este concepto, semejante placer les estaba casi vedado. Así, pues, el destierro era en suma bastante desagradable. Hacían flotar triunfalmente el pabellón americano bajo los rayos del sol ártico, y llenaban de execraciones e injurias al pabellón inglés y a todos los que vivían a la sombra de sus pliegues. Esto hacía pensar en la frase de Mme. Roland: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Al cabo de unos días, la situación de los dos policías se había hecho difícil; tenían que habérselas con un juez tibio e indiferente, si no hostil, y pagar cuarenta dólars al día por los gastos que ocasionaba la custodia del prisionero, mientras que las autoridades no se ocupaban en juzgarle. Además, podía temerse que Luis se escapara cualquier día, dada la simpatía que le demostraban sus compañeros, los ladrones de Circle, que no deseaban más que prestarle ayuda.

Además, Luis se había retractado de todas sus confesiones, por consejo de su hábil abogado.

En aquellos momentos, un vapor que venía de San Miguel e iba a Dawson, paró una hora en Circle. Los policías embarcaron, y, a los diez días del robo, el mayor Wood me llamaba por teléfono a Dawson. Me dieron entonces conocimiento del parte escrito, y me hicieron oír la relación verbal de los policías. Por aquella época del año, mis negocios me ocupaban de tal manera, que me era imposible perder quince días. Eramos casi un centenar de hombres en el trabajo. Yo era a la vez mi director, mi comprador, mi intendente y mi cajero. Vaciábanse las máquinas de lavar cada tres días, y no había allí nadie que me fuese lo bastante conocido para fiarme por completo en él. A ningún precio podía yo marcharme. El verano es corto en el Clondic, y mientras que corre la suficiente cantidad de agua, un propietario de minas inteligente, debe utilizar cada hora y cada minuto. Tenía la dicha de gozar de una salud excelente, y la ponía a contribución. Después de bien pensado,

tuve que reconocer, por la fuerza de las cosas, que me era absolutamente imposible ausentarme. Hablé largamente del asunto con el mayor Wodd, y se convino que enviaría él a Max Intyre y a Judson a Circle con un encargo mío para Luis. Le decía que, si daba a la Compañía de comercio una orden escrita para que entregase el polvo de oro depositado en su casa, dejaría yo de pagar los gastos del encarcelamiento. Al llegar a Circle, los policías le presentaron mi billete y una orden para firmar. Firmó con alegría el afortunado pillastre.

El día del robo, al almuerzo, quise beber una botella de buen vino para consolarme, pero no quedaba ni una; todo había desaparecido. Luis tenía gustos refinados que me costaban bien caros. Rogué al policía que dijese a Luis que no me preocupaba en extremo el saco de polvo de oro; pero que bien podía haberme dejado, por lo menos, una botella de champaña para consolarme. El miserable se frotó las manos sin poder contener la risa, y contestó a Mac Intyre:

—¡Ah! Con gusto hubiera dado diez onzas por ver la cara del senador al encontrarse el armario vacío...

A la hora de haber sido puesto en libertad, remaba gozosamente, descendiendo el río en su canoa. Mac Intyre le dió veinte dólars para que comprase de comer, y Luis se sentía completamente feliz por haber recobrado la libertad. Me envió sus más respetuosos saludos, sugiriéndome la idea de que, para sustituirle, tomase una cocinera, idea que ya se me había ocurrido a mí, y que la había ya puesto en práctica.

Los policías, después de haber tomado el oro y pagado los gastos, se embarcaron dos días después en el primer vapor que pasó con rumbo a Dawson. Salieron con el mayor secreto, por no estar bien seguros de llegar sanos y salvos, y de hacer el viaje sin ser ellos mismos detenidos en el camino. Los expulsados de Dawson no querían a los agentes ingleses, y tengo el sentimiento de decir que los agentes americanos eran aún muy pocos en aquella época para que se pudiese contar con ellos. Más adelante, el jefe de policía de los Estados Unidos en Cir-

cle fue llevado a los tribunales por varios delitos, entre otros, por su actitud en todo el asunto dicho. A la verdad, se había tratado de tender un lazo en Eagle a los dos policías, y formarles un proceso escandaloso, alegando una ley inventada después de marchar aquéllos de Circle. Afortunadamente, el capitán del vapor, que era un hombre sensato, les dió amparo en un barco, y al día siguiente, Mac Intyre y su compañero, con lo que restaba del polvo de oro, estaban en seguridad en Dawson. Tomé posesión de cuatro mil dólars; dos mil cuatrocientos se habían fundido en el camino en manos de los ladrones y de los piratas del Yukon. Todo el mundo me felicitó por haber podido recobrar aquellos dos tercios. Alex Macdonald me contó que una vez, uno de sus numerosos compañeros de mina se escapó, llevándose veinte mil dólars de la pertenencia de aquél. El ladrón fue apresado y detenido durante cierto tiempo en Circle; luego concluyó por recobrar la libertad, y Alex no volvió nunca a ver un dólar de la suma robada. Nadie estaba verdaderamente investido por los Estados Unidos de un poder judicial serio, en el Yukon, por aquella época, salvo en San Miguel, es decir, a una distancia de seiscientas millas de Dawson. Nadie, en territorio americano, podía juzgar a los canallas procedentes de Dawson. Además, como ya he dicho, era tal la antipatía a los funcionarios de policía de Dawson, que les tendían lazos en todas las poblaciones americanas fronterizas. Era casi imposible que un canadiense obtuviera justicia. Macdonald no pudo recobrar el dinero que le había robado su socio, porque era ciudadano inglés. Y si las gentes de Circle hicieron algo por ayudar a los dos policías, fue porque yo era ciudadano americano, porque tenía alguna influencia, y porque amenacé con bajar yo mismo a Circle y contar todo el asunto en Wáshington. Al año siguiente, cuando fuí a Europa, me detuve, en efecto, en Wáshington, y di parte de cuanto había pasado al ayudante general, que mandó abrir en el acto una información detallada y completísima. El jefe de la policía fue procesado, el abogado (!) tuvo que sa-

lir de Circle, y es hoy el juez Wickershan, un íntegro magistrado, el que mantiene el orden y hace respetar la ley soberana desde Eagle hasta Nume, y desde Shagevay a Valdez.

JEREMÍAS LYNCH

(*Concluirá.*)

EL TESORO DE LA REINA ISABEL

Parece ser que esta gran reina heredó de su padre la alta estimación por los maestros dél Norte; sabemos que durante mucho tiempo tuvo empleados en su corte pintores de origen flamenco y alemán. Su nombre ocupa un lugar en los anales de la pintura flamenca.

En el archivo de Simancas se han publicado datos hace treinta años acerca del tesoro de cuadros de la reina Isabel y de sus pintores de corte. Se conocen los nombres de éstos; por los inventarios de su sucesión hechos en vida suya 1499, y después de su muerte (1503-5), se sabe que guardaba 460 cuadros en su *recámara*, cuyos asuntos y tamaño está indicado. Pero con todas estas noticias tenemos poco, pues los nombres de los autores faltan casi siempre; mientras que en los documentos personales falta el asunto de la obra. Y como quiera que la mayor parte de aquellos 460 números, fueron dispersados en la *Almoneda*, hasta hoy no era conocida la composición de su pinacoteca.

Pintores de su corte había dos españoles: Antonio del Rincón, el maestro autor del gran retablo hoy arruinado de Robledo de Chavela en El Escorial; Francisco Chacón, de Toledo, su *pintor mayor* desde 21 de Diciemre de 1880; y tres extranjeros: un alemán, Melchor Alemán, y dos holandeses Miguel, Flamenco, o más exactamente Miguel Sithimn o Zittoz (1),

(1) Sithin es el nombre del palacio en cuyo sitio fundó San Aldroando la Abadía de San Omer.

que ya en 1481 pintó su retrato, y JUAN DE FLANDES, empleado en 8 de Marzo de 1498 con 30.000 maravedís de paga; estos dos permanecieron hasta el último momento a su servicio. Miguel es también conocido por el inventario de la gobernadora Margarita, hija del emperador Maximiliano, que le tomó a su servicio a la muerte de la reina. Poseía aquélla de su mano varios retratos; además del de la reina, el de su hija de igual nombre, esposa del rey Alfonso V, de Portugal; un díptico con Juan y Magdalena, ésta, con los rasgos de Margarita y de su primer esposo el príncipe Juan; por consiguiente, pintado en España en 1497. Además, retrato de su Contrerolleurs Charles Jurzon, saboyano, pintado en su casamiento con el príncipe muerto en 4 de Octubre. Desde entonces, parece que Miguel fue estimado principalmente como pintor de cuadros religiosos (pinturas de devoción), especialmente historias bíblicas. Sin embargo, Margarita poseía de aquél una pequeña Madonna con el niño durmiendo, que llamaba su queridita (mignonne) (1). Un cuadrito de 40 cm. alto por 31 ancho, conforme a esta descripción y correspondiente a este tiempo, vi yo en el vestíbulo de la iglesia de Santa María de la Oliva, en Lebrija, en la provincia de Sevilla, con cristal y en un rico marco barroco. La infantil Madonna tiene al niño desnudo durmiendo en los brazos; su cabecita descansa en el pecho y sus manos tocan el librito sostenido en su seno.

Pero el cuadro más interesante del inventario de la reina en una vasta serie de tablas, de las cuales aún se conserva un resto en Palacio, si bien su procedencia está completamente olvidada. Son los quince cuadros de El Escorial, representando escenas de la vida de Cristo. La historia de sus vicisitudes es bastante notable.

La parte originaria de estos cuadros, cuyo plan ideó la misma reina, está descrita en el inventario y tasación que

(1) LE GLAY: Correspondance de Maximilien et de Marguérite. Paris, 1839, II.

apareció a su muerte de los cuadros encontrados en Toro en 25 de Febrero de 1505. Entonces encontrárose en un *armario* 46 tablas de igual tamaño, *tablas de devoción*, representando la vida del Señor y su Madre, desde la Salutación hasta la Ascensión y el Juicio final.

La serie se ha disminuído en el curso del tiempo en una tercera parte; pero conocemos la serie ininterrumpida de sus poseedores.

Cuando los testamentarios de Isabel, entre ellos el primero el rey viudo, procedieron a la venta de los bienes aun antes de haber terminado el primer año de luto, la marquesa de Denia, esposa del mayordomo mayor, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, tomó para sí diez cuadros de la colección, la mayor parte pasajes de la Pasión. La Samaritana pasó al *Alcalde de los donceles*, esto es, al jefe de los pajes reales. Así encontramos, en una lista de 13 de Marzo mencionadas solo 32 tablas tasados en 61.562 maravedís y adjudicados en 51.187 =136 ½ ducados. El comprador fue Diego Flores, empleado palatino de Margarita, entonces esposa del duque Filiberto de Saboya. Cuando a su temprana muerte pasó a ella la regencia, le hizo su ministro de Hacienda (*conseiller trésorier et recepreur général de toutes nos finances*).

Fue aquel Diego de Guevara, padre de Felipe de Guevara, gentilhombre de boca del Emperador, autor de los *comentarios de la pintura* que Antonio Pérez halló y publicó en Madrid en 1786. Era un gran conocedor de cuadros; poseía, entre otros, dos retratos de su padre, de Roger y Michel; tenía en custodia la tapicería de Margarita y la regaló la obra maestra de Jan van Eyck, los Arnolfini. Por consiguiente, las 32 tablas pasaron al palacio de Margarita, en Malinas, donde primeramente fueron encerradas sin ordenar en una arca de abeto (*layette*), con excepción de las dos del maestro Michel (inventario de 17 de Julio de 1516). Cuatro asuntos de la Pasión se extraviaron entonces; pero en 17 de Abril de 1524 sólo había 22 cuadros. Entonces Margarita mandó poner veinte en un rico oratorio o

altar portátil; en esta forma pasó la colección a su sucesora María, viuda del rey Luis de Hungría, y, finalmente, a Felipe II en España.

En Malinas vió Alberto Durero, en su visita de Junio de 1521, las tablas: «40 tablitas al óleo, que nunca las vió iguales ni en pureza ni en bondad.» En el inventario de los cuadros de Felipe II se describe este oratorio. Cada ala ($^7/_8$ varas alto, 1 $^1/_4$ ancho) se componía de nueve cuadros y dos de ellos una especie de cornisa (*lenqueta*). Los marcos y la guarnición eran de plata sobredorada, en el zócalo había una cenefa de plata calada con los tres escudos de Borgoña y Margarita y tres líneas de plata. Los cuadros fueron tasados en 20.000 reales; la plata, en 500; tasación algo más subida que la de las 46 en 1505.

Desde entonces faltan noticias, hasta que en tiempo de Carlos III aparecen quince o diez y seis tablitas en el Escorial. El oratorio de Margarita había sido entretanto desarmado, y los cuadros destinados a decorar salones; así se vieron largo tiempo en el Casino de abajo, como de Durero, de Memlinc o de Altdorfer. En la Exposición de 1881, con motivo del centenario de Calderón, fueron llevados a Madrid y colocados en la sala Gasparini del Palacio Real.

La siguiente lista contiene el catálogo del inventario de 1505 (con la tasación) hasta el día de hoy.

1.	La Anunciación	3 $^1/_2$	D.
2.	La Visitación	5	G.
3.	El Nacimiento de Jesús	4	G.
4.	Los Reyes Magos	5	D.
5.	La Presentación en el Templo	5	G.
6.	La Huida a Egipto	4	G.
7.	El Niño Jesús en el Templo	5	G.
8.	El Bautismo	4	G. M. F.
9.	La Tentación	4	G. M. F. Nápoles.
10.	Las Bodas de Caná	4	G. M. F. Nápoles.
11.	La Samaritana	4	A.
12.	La tempestad en el mar	3	G. M. F. E.

13.	La Magdalena	4 ½	G. M. F.	E.
14.	La Mujer cananea	4	M. F.	E.
15.	La Multiplicación de los peces	5	G. M. F.	E.
16.	La Transfiguración	4	G. M. F.	E.
17.	La Resurrección de Lázaro	4	G. M. F.	E.
18.	La Entrada en Jerusalem	5	G. M. F.	E.
19.	La Cena	6	G. M. F.	Londres.
20.	La Oración del Huerto	4	G.	
21.	Si ergo me quaeritis (Ev. Joh. 18, 8).	3	G.	
22.	La Prisión	5	G. M. F.	
23.	El Lavatorio de Pilatos	4	G. M. F.	
24.	Jesús atado a la Columna	5	D.	
25.	La Coronación de Espinas	4	G.	
26.	(*La Pescoçada*)	3 ½	G. M. [F.]	
27.	Ecce Homo	4	D.	
28.	Jesús con la Cruz a cuestas	4	D.	
29.	Jesús es clavado	6	D.	
30.	La Crucifixión	2 ½	D.	
31.	El Descendimiento	5	D.	
32.	La quinta angustia	6	D.	
33.	El Descenso a los Infiernos	4	G. M. F.	
	[Las tres mujeres en el Sepulcro]	[4]	G. M. F.	
34.	La Aparición con el padre a María.	5	G. M. F.	
35.	La Aparición a María sólo	3	D.	
36.	Noli me tangere	4	G. M. F.	
37.	Emaus	4 ½	G. M. F.	
38.	La Aparición a Pedro	4	G.	
39.	Tomás el incrédulo	5	M.	
40.	La Ascensión de Cristo	6	G. M.	
41.	La Bajada del Espíritu Santo	5	G. M. F.	
42.	La Ascensión de María	6	G. M.	
43.	La Coronación de María	6	G.	
44.	Los Arcángeles Miguel y Gabriel	3	G. M.	
45.	Pedro, Pablo, Juan y Santiago	4	G. M.	
46.	El Juicio final	5		
	Total	203 ½	ducados.	

D., significa la marquesa de Denia; G., Diego de Guevara; M., Margarita; F., Felipe; E., Escorial. De los cuadros perdidos encontré dos en Londres: La Cena, en la Galería de Apsley

House (núm. 65), y La Aparición a los resucitados, en la National-Gallery (núm. 1.280). Otros dos reconoció el Dr. G. Gluck enla Galería del Príncipe de Fondi: núm. 9, La Tentación, y número 10, Las Bodas de Caná.

El estilo y carácter de estos cuadros delatan un flamenco que ha tomado los elementos de su obra bajo un cielo extranjero de un ambiente netamente español. Pudiera parecer que limitaba su carácter patrio a la técnica. Sin embargo, no se pueden desconocer otras reminiscencias de la escuela de Brujas, especialmente en la delicadeza del color; Pinchart encontraba en ellos trazos memlincuianos. Algunos tipos me hicieron pensar en Gerardo David y en los maestros coloneses de San Severino. Las figuras son a menudo desmayadas, de pecho estrecho, delgadas hasta revestir carácter espectral las extremidades, seca la expresión de los narigudos semblantes, malhumorada y soñolienta. En estos rasgos graves, serios y a veces melancólicos, parece habérsele pegado al pintor el *sosiego* español. La manera de tratar los paños es muy cuidadosa, y como copiada de modelos de barro. Su talento brilla sobre todo en la narración y en la composición; en la variedad de la inventiva y en la libertad de los modelos, aventajando a veces a muchos célebres contemporáneos. Es tan hábil en el manejo de las masas vivas como en la excelente composición de los grupos; sabía que hay que ser en estos casos muy parco en las figuras; el «Festín de Leví» contiene sólo tres personas. Realiza también solemnes asambleas, como reuniones tumultuosas, como, por ejemplo, la tempestad en la barca. No conseguí descubrir diversidad de manos; la noticia en el inventario de Margarita, de las dos tablas de Michel, parece también suponer la unidad de manos en las demás.

Entre las quince tablas encuéntrase un nocturno (La prisión de Jesús) y algunas escenas de intimidad con el tono claroscuro propio de Jan van Eyck; pero la mayor parte cautivan por la feliz reproducción de la luz diurna. El tono amarillo de las razas quemadas por el sol, la luz de medio día de los mon-

tes y llanuras, las rápidas gradaciones de color en el modelado, recuerdan la luz clara y aérea de las mesetas españolas. Pero este carácter local es notable también en los paisajes. La escena no tiene ninguna semejanza con las dulces y cultivadas montañas de un Dierick ni con las agradables vistas de caseríos y castillos con bosques y praderas de un Hans, o con las ruinosas formaciones calcáreas de exuberantes valles de los pintores de Dinant. Todo es grande y feroz, duro y frío. Rocas escarpadas, pendientes desnudas bajan hasta la escena, bloques de roca yacen diseminados por el valle como en las mesetas graníticas de Castilla. Dilatadas vegas, desprovistas de arbolado, a manera de mares, terminan en extensiones de varias leguas el duro oleaje de una azulada serranía. Ni siquiera se ven huellas humanas en estos campos dilatados; los hombres aquí viven en altivos castillos, cuadriláteros de piedra con arcos irregulares y pocas y estrechas ventanas; de las ciudades sólo se ve la hilera de tejados, muros con apretadas torrecillas, siempre algo en decadencia. Recuerdan al país que tomó su nombre de los castillos, y a Andalucía, donde aún vemos hoy al lado de las viejas ciudades las ruinas de los alcázares moriscos. Muchas veces, la acción se desarrolla en una árida y descampada vega, en el fondo de un arco derruído. También vemos la fachada de una iglesia románica y el dorso de un campanario gótico. El mismo purgatorio es imaginado por el artista, como uno de estos férreos alcázares; entre dos torres cuadrangulares, por cuyos estrechos huecos sale humo, la escalera de entrada de los condenados, por la cual suben los redimidos.

Detrás de los muros de feldespato asoman siluetas de árboles, cipreses y olivos, mirtos, acacias y coníferas; estamos en la zona meridional del Mediterráneo. Para dar vida a esta seria Naturaleza, hace que fuertes corrientes de aire muevan los árboles.

Cuando la acción es en un interior, no vemos ningún recinto cerrado e íntimo, sino una habitación abierta a algún

jardín, Loggia, en el convite de Levi, con techo de arcos ojivales, o el estrecho patio (*corral*) de una casa española. En el vestíbulo (*zaguán*) de uno de estos corrales tiene lugar la Pasión del Salvador. La galería del *piso principal* descansa en cuatro pilares cuadrados, y enfrente, detrás de una balaustrada con tapices, se sienta el gobernador. También aquí domina el estilo gótico; la Pentecostés se verifica en una capilla de bóveda cruzada; pero todo nos traslada a un país meridional.

Este colorido español nos hace pensar de nuevo en la princesa ante cuyos ojos nacieron probablemente los cuadros. Sin duda, quiso ver las historias del Evangelio en un paisaje conocido para ella, como a algunos de sus antecesores o sucesores. También se reconoce su manera de sentir en la severa sencillez. No hay huella de ornamentación morisca y pocas del gótico florido, entonces muy en boga; a lo sumo, alguna columna de jaspe. Tampoco se echa de ver el lujo en la indumentaria, propio del siglo; apenas aparece un bordado en oro; los hombres llevan turbantes; las mujeres, *tocas*. Finalmente, se cree reconocer su profundo sentimiento religioso en la profunda y casi temerosa seriedad que hay en el asunto, como un adagio melancólico. Esta seriedad descarta el humorismo característico en los personajes secundarios.

Y aquí puede estar el principal interés de nuestro ciclo. Son los más antiguos y artísticos cuadros del país y personajes españoles, concebidos por un pintor que poseía en estos asuntos la perspicaz observación del flamenco y los ojos del extranjero, para las particularidades del nuevo ambiente.

Procediendo los cuadros, pues, de un pintor largo tiempo establecido en España, deberemos buscarle entre aquellos tres pintores de corte. No puede ser anterior al siglo XV; PASSAVANT (*Arte cristiano en España*, pág. 133) pensó que en parte revelan ya la manera flamenca del siglo XV. Ahora bien; uno de aquellos tres tiene que ser descartado: Michel. Indudablemente, sería su colega: Juan de Flandes. Obras verosímiles de éste son las tablas del altar mayor de la catedral de Palencia;

fueron pintadas en los diez años siguientes a la muerte de Isabel.

Juan de Flandes.

Al principio del siglo estaba tan adelantada la construcción de esta catedral, que se pudo pensar en la ornamentación del coro y del altar mayor de la capilla. El obispo Fray Diego de Deza había dispuesto de una fuerte suma para el retablo mayor. Debía ser una de aquellas imponentes obras de escultura que admiramos en Toledo, Sevilla y Briviesca; aquí de escultura y pintura.

En 1.° de Agosto firmose el contrato con Felipe Vigarni, ajustándose las estatuas en 130.000 maravedises; debían ser de nogal, la cara y las manos de su propia talla y «sin pintura». Los cuadros fueron encargados a JUAN DE FLANDES, según CEAN BERMÚDEZ, en 1505, o mejor en 1506. Debían estar terminados en tres años; los honorarios ascendían a quinientos ducados.

Este DIEGO DE DEZA era una personalidad muy influyente en la corte de los Reyes Católicos. Había educado al príncipe Juan, era individuo del Consejo y gran canciller de Castilla, capellán de Palacio y confesor del rey Fernando, y fue testamentario de la reina Isabel. Siendo gran Inquisidor, sucesor de Torquemada, fomentó la empresa de Colón. Conocería en la corte a Juan de Flandes y le protegería cuando éste, a la muerte de la reina, buscara otra esfera de actividad. Sin embargo, durante la ejecución no estuvo presente; en 1505 subió a la silla de San Isidoro de Sevilla. El retablo fue terminado en veinte años, bajo Sarmiento. Alcanza noventa y cinco pies de alto, y consta, comprendido el zócalo, de seis órdenes. En los cuatro del centro hay doce cuadros, seis en el cuerpo principal, cada uno entre dos nichos con estatuas; por consiguiente, hay en cada orden o cuerpo dos cuadros entre ocho figuras de santos. En la predella hay seis tablas, entre ellas

dos muy anchas. La altura de todas es 125 cm.; la anchura, de la mayor parte, 80 cm. Son:

La Visitación.	Gethsemaní.
La Anunciación.	Cristo ante Caifás.
Ecce Homo.	Cristo con la cruz a cuestas.
Epifanía.	Santo entierro.
Nacimiento de Jesús.	Resurrección.
Noli me tangere.	Emaus.

Pero esta distribución no es la originaria. Varios cuadros se han llevado a otros recintos de la catedral. En la sala capitular hay una gran «Crucifixión»; en la capilla de San Fernando, un «Descendimiento» y «Las quejas», en marcos barrocos. Pues las medidas corresponden con las tablas del altar mayor, donde faltan estas escenas.

La conjetura de que este Juan de Flandes, de Palencia, y en otro tiempo pintor de Isabel, fuese el creador de los quince cuadros del Escorial, se debe a CAVALCASELLE, que por cierto no estuvo en Palencia, y sólo el nombre halló en PASSAVANT. Efectivamente, las notas nuestras de aquellas tablas corresponden a estos cuadros. El mismo carácter en los países y edificios, en los gestos y expresiones, en invención y ordenación. Y el mismo tono claro. En las grandes superficies del retablo parecen los cuadros como aberturas al aire libre; tal fuerza de luz tienen conservada a través de los siglos.

Juan de Flandes permaneció en Palencia; dejó un hijo del mismo nombre y oficio, y una viuda (1519); allí hizo muchas más obras.

En la parroquia de San Lázaro se encuentran los restos de un retablo, obra suya: seis tablas de construcción moderna; en la sacristía, una «Visitación», donde María se adelanta a Isabel, rodeada de una banda de angelitos.

Pero el arzobispo se acordó de que el duque de Arcos, Rodrigo Ponce de León, en la iglesia de San Juan, de su posesión de Marchena, quería construir un retablo. Se conserva,

completo aún, en su lugar de origen, ocho tablas y una predella con cinco relieves pintados. Pero las seis figuras de santos, de los lados, no pudieron ser confiadas al flamenco. Pertenecen a lo más valioso que conocemos de la escuela de Sevilla, del tiempo de Alejo Fernández.

Las ocho historias son:

Las bodas de Caná.	La Tentación.
El sermón de Juan.	El Bautismo.
La Transfiguración.	La Decapitación.
La Degollación.	La huída a Egipto.

Los cuadros de la Capilla real de Granada.

Una parte del tesoro de la reina no llegó a la Alameda. Había dispuesto que, para pago de sus deudas y cumplimiento de sus últimas voluntades, así como para la edificación de la *Capilla real*, se dispusiese de su fortuna particular: guardarropa, joyas, mobiliario, con excepción de los *ornamentos* de su capilla, que los regalaba a la catedral de Granada. Con arreglo a estas disposiciones, el rey viudo, en el año 1505 (26 de Febrero y 13 de Marzo), entregó una gran serie de cuadros al limosnero Pero García, para que éste a su vez los entregase al arzobispo Talavera, de Granada. Entre ellos, uno no firmado, de Michel.

Los dos inventarios contenían: diez trípticos (*retablo de tres tablas, de tres piezas*); cinco o seis dípticos (*dos tablas encharneladas, retablo en dos tablas*), entre ellos una serie que contenía desde la «Salutación» hasta el «Juicio final»; 23 tablas sencillas; tres imágenes bizantinas (*tablas de la Grecia*, cuadros de la Virgen); 63 imágenes en paño o seda (*paños de lienzo de devoción, de hilo de seda*); entre ellas, diez y siete Verónicas. Cinco obras plásticas; entre ellas, un «Resucitado», con diadema y cruz de plata y manto encarnado; un retablo con escenas de la pasión, y en el centro la Virgen, *de bulto plateado y do-*

rado; además, una Magdalena dorada, con toca flamenca; cuatro pequeños crucifijos, etc. Finalmente, dos tablas con las figuras orantes de los reyes, con los infantes al lado, el Santo Patrón, el Bautista y el San Juan evangelista.

Esta tabla (*pala*) la vió el embajador veneciano cerca del emperador, ANDREA NAVAGERO, en la *Capilla real*, el año 1526, en dos altares en medio del altar mayor, a cuyos lados estaban las estatuas pintadas de ambos reyes, *dal naturale é in pittura.*

Ahora bien; ¿qué fue de aquellos cuadros de la capilla doméstica de la gran reina? El visitador apresurado de la *Capilla real* nada descubrirá aquí de arte medioeval. Su interior fue casi completamente renovado en los siglos XVII y XVIII. Aun en 1838 fueron revocadas las paredes y la bóveda. Sólo dos obras del período de su edificación cautivan la mirada: la grandiosa verja del coro, del maestro Bartolomé (1518-32), y el retablo plateresco de Felipe Vigarni, bosquejado en 1527. Creemos que la capilla debió en aquel tiempo ser adornada de otro modo, especialmente los altares, transformándose los retablos y trípticos mandados construir por la reina. Y esta conjetura es confirmada por un detenido examen del recinto.

En una capilla, al lado de la Epístola, hay tres tablas de un tríptico anterior colocado como cuadro principal en el retablo aderezado al estilo churrigueresco del siglo XVIII. En estos tres pasajes de la pasión: la Crucifixión, el Descendimiento (medio) y la Resurrección, se reconoce a la primera ojeada la mano de Dierick Bout. Otras tres escenas de la Pasión: el Beso de Judas, el Entierro y la Pentecostés, proceden también de un antiguo maestro, pero de escuela española.

La capa dorada, moderna, oculta en parte los arcos del auténtico encuadramiento pintado de color de piedra morena. Sin embargo, se puede completar éste por una reproducción de la misma composición, en tamaño más pequeño, de la mano del maestro. En el colegio del Patriarca, en Valencia, en la biblioteca del bienaventurado Juan de Ribera, arzobispo de

Valencia (1569-1611), se conservaba aún de este altar de viaje un tríptico que delata al maestro en la saturación del color y los reflejos del metal y del dorado, como en la Capilla de Granada.

En los arcos de entre las tablas que descansan en pilares con cuatro estatuas de profetas, hay ocho grupos plásticos, escenas del Génesis hasta el asesinato de Abel por su hermano Caín; los ángulos están ocupados por figuras de luchadores encerradas en triángulos. Las escenas laterales están coronadas de arcos apuntados; los ángulos, adornados con cuatro medallones: parejas de caballeros que se disponen a luchar, un caído, sobre el cual su compañero extiende su escudo, una amazona y un arquero.

Después de hacer estos descubrimientos se espera más, pero sólo se encuentran ruinas y astillas. Sin embargo, me estaba reservada una sorpresa cuando visité por última vez en 1850 esta *Capilla real*, y al fin de la misa pareció el sacristán con un cerrajero para hacer una compostura en las puertas de los dos relicarios del Crucero. Estas puertas tenían en la parte exterior relieves de Alonso de Mena, con los bustos de Felipe IV e Isabel de Borbón, del año 1632. Se exhibían sólo en cuatro festividades del año. Y ahora mostraban en la parte interior treinta antiguas tablas de diferentes escuelas: once, poco importantes, de antiguos maestros castellanos; una bizantina, de fondo dorado; pero en otras ocho se reconocían los tipos, el paisaje y el colorido del Maestro del Hospital de San Juan de Brujas.

Sobre el altar del Norte había dos tablas más grandes:

1. María con el niño Jesús, y a sus lados Santa Catalina y otra santa; en el fondo un jardín, varios casas blancas con una escalera con marquesina y un estanque con los cisnes.

2. María dando el pecho al niño, delante de una sala con columnas, vestida de brocado y manto encarnado, y con facciones de especial finura y nobles líneas. (Tapices orientales.)

3. El Nacimiento nocturno. José con la antorcha. Dos ángeles adoran al Niño.

4. San Juan Bautista (muy oscurecida), pintado hasta las rodillas, sentado, con el cordero en los brazos.

Sobre el altar del Sur:

5. El Descendimiento. Fragmento de la parte superior.

6. La parte inferior: María seguida de Juan y las santas mujeres. Medias figuras: corresponde con el cuadro de la Pinacoteca de Munich, núm. 123.

7. La Dolorosa abrazando al Salvador sobre sus rodillas.

8. Las lamentaciones: en medio, María; a la izquierda, Juan; a la derecha, un viejo. De otros autores flamencos son una Anunciación y un San Jerónimo en penitencia en el campo.

Como se ve, Isabel no destinó la peor parte de sus cuadros a la *Capilla real*; y hasta se puede creer que gustaba especialmente de Memlinc, y añadir este pequeño rasgo de su carácter. Las tablas eran partes de un altar, que probablemente estuvieron en el lugar que hoy ocupa el actual relicario barroco. En el derribo de los altares, hecho a consecuencia de los infelices arreglos posteriores de la Capilla, nada se ha destruído, pero se ha sustraído a las miradas; para los fieles de entonces habría perdido todo su valor.

El Sagrario de Quinten Metsy en Valladolid.

Las aficiones de un monarca hallan siempre un eco a su alrededor, y así encontramos, desde el tiempo de los Reyes Católicos, en las iglesias españolas, continuas obras de maestros flamencos, que debían su origen a encargos de altos dignatarios de la Iglesia y del Estado. La más importante es una de Quinten Metsy, que tuve yo la fortuna de descubrir en una capilla de la iglesia de San Bartolomé, en Valladolid. Es también la única de sus obras que ha permanecido hasta el presente en el lugar a que se destinó, no tocada por el restaurador. La capilla de San Juan Bautista, al Sureste del

coro, fue lo único que se salvó de la renovación de las iglesias góticas en el año 1631.

Una inscripción retocada, bajo la línea de la bóveda, anuncia que la capilla fue edificada y adornada como capilla de familia del licenciado Gonzalo González de Illescas, individuo del Consejo de Fernando e Isabel, y de su esposa Mariana de Estrada. El edificio fue terminado en Abril de 1492, pero el altar no se inauguró hasta principios de 1504, el año en que murió la reina. En unión de estos datos se mencionan los grandes acontecimientos de aquel tiempo: la toma de Granada, 1492, y la conquista de Nápoles, 1504; como si los fundadores de la capilla y el altar quisieran que la obra fuese monumento conmemorativo de la historia patria. En la inscripción se indicaba indudablemente el lugar de la ejecución: *mandaron hazer este retablo en* —aquí está roto.— ¿Debe completarse *Amberes,* o *Flandes?*

A gloria de Dios y de nra señora y a..... sant juā bautis | ta esta capilla mādo hazer el licenciado gōzalo gōzalez de Ylleccas oydor del concejo del rey dō Fernādo e de la reina doña Ysabel nros seno res | en uno con doña marina de estrada su muger pā cy y pā sus hered° ppetuamēte la avdotaron esta capilla mas e hornamētos lo mejor c | e pudierō e mādarō hazer este rretablo en | el ql se acento aq su comiēzo del año del señor de mill e quiētos qto qudo sus altezas acabaron de ganar el rreyno de napoles e la capilla de cāteria se acabo en Abril de mccccxcii qūdo la destru de los moros destos rreinos fueron convertados a ñra sāta fe catholicapor industria e armas de sus altezas. [rrestaurado en° mdccclxxvi.] (1).

El sagrario consiste en una parte alta y otra central, con una gradería de talla y las puertas pintadas. En el arco del

(1) Parece ser que la inscripción terminaba en un principio con *perpetuamente;* las siguientes adiciones estaban destinadas a recordar la dotación de la capilla y las fechas. Algunas palabras fueron desfiguradas por el pintor o el retocador: *avdotaron* por *aun dotaron?; e hornamentos* por *con ornamentos; convertados* en vez de *convertidos.*

centro hay una gran estatua de San Juan, ésta flanqueada por tres profundos nichos laterales, y coronado de unos siete grupos en altorrelieve, con la historia de su vida, pintados y dorados. La galería contiene tres escenas de la Pasión, con las armas de los fundadores.

Las cuatro puertas, de encina, están pintadas por fuera y por dentro. Las de la predella son de mano indígena, pues los cuadros destinados por el fundador para dicho sitio debían ser hechos sobre el terreno.

Están en el lado interior, al lado de los Padres de la Iglesia Agustín y Jerónimo; en el exterior siguen los Evangelistas Juan y Lucas, al lado de los fundadores de las dos Ordenes mendicantes. Cerradas las puertas, aparecen una gran acción única: la Misa de San Gregorio, iluminada por una ventana gótica medio velada; cuatro eclesiásticos rodean al Papa, y el retrato de un joven, con los bucles que le caen sobre la frente. Cautivan especialmente las figuras, en forma de retratos, del cardenal arrodillado con la tiara, y las de los demás cardenales enfrente; insuperables tipos sacerdotales, cabezas llenas de inteligencia y de solemne dignidad.

Abiertas las puertas, ofrécense a la mirada dos escenas: la Adoración de los pastores y la de los reyes, ordenadas armónicamente. El pesebre está colocado en unas ruinas góticas; la luz cae por una gran ventana redonda de dos huecos, que abre a la mirada un claro paisaje, en donde aparecen los ángeles entre bellas siluetas de árboles. A los lados del pesebre están arrodillados ante el Niño: a un lado María, detrás de ella José con la linterna, más allá tres ángeles con capa pluvial, y otros dos que revolotean en las alturas. El rey arrodillado besa los bracitos del Niño.

Este altar, terminado el mismo año en que Eduardo el portugués entró como aprendiz de Quinten, encierra, pues, las tres grandes composiciones del maestro, ejecutadas cinco años antes del altar de Santa Ana con la Sagrada Familia en Lovaina (1509), su trabajo de fecha más antigua.

Las facciones de María son casi las mismas, el pelo suelto se derrama abundantemente por encima del verde manto. También las cabezas de San José y de Baltasar recuerdan las de Bruselas. Según reza la inscripción, adornaron esta capilla lo *mejor que pudieron,* por lo que se puede colegir que la fama del maestro de Amberes, que entonces había llegado hasta la reina de España, era la más eminente de entonces.

El altar de Juan de Holanda, en Palencia.

Otro altar tan notable como el descrito, de reducidas dimensiones, pintado por aquel tiempo en Flandes para un prelado familiar de los Reyes, encontramos aún en su primitivo punto de destino: en el trascoro de la catedral de Palencia. Este retablo, según se lee en la inscripción, fue encargado en el año 1505, en Flandes, por Juan de Fonseca, primer capellán de sus majestades y recién electo obispo de Palencia cuando fué a Flandes, como embajador del rey viudo Fernando, para visitar en Bruselas a los príncipes. Fonseca era la mano derecha del monarca en estos asuntos íntimos, y ya había estado dos veces allí: primero, para negociar el casamiento de su hijo y heredero el príncipe Juan con Margarita, y el de su única hija Juana con Felipe, hermano de Margarita; después, para ofrecer sus respetos al joven rey de España.

El altar lleva el título de *Nuestra Señora de la Compasión:* consiste en una tabla que llena las partes superior y central, con el grupo de la Virgen y del joven Juan, y siete pequeñas con los Siete Dolores. Este asunto fue elegido, sin duda, bajo la impresión de la muerte de la reina Isabel. Al lado se ve de rodillas al fundador.

El retablo estaba, pues, destinado para la pared occidental del coro, del cual una escalera conducía a la cripta de San Antonio, el Patrono de la iglesia. Esta pared del trascoro, que a la entrada de la catedral cubría el coro y el altar mayor como una cortina, la convirtió el nuevo obispo en una obra de arte

de ornamentación eclesiástica. El artista fue el mismo maestro Gil de Siloe, de Burgos, al cual, la reina encargó anteriormente el monumento de mármol de sus padres, ante el altar de la cartuja de Miraflores. Este trascoro es una maravilla de delicadeza como hecha por manos de hadas; un Gobelino en piedra, donde las más rebuscadas formas de la gótica decadente, con antiguos motivos, llegaban a una armonía sólo posible en aquel momento, armonía tan compleja como altamente personal. Parece como el engarce de una joya de la pintura, semejante a la centelleante pedrería de un manto brocado.

El *libro de acuerdos* de la catedral menciona como pintor a *Juan de Holanda*, nombre que no volvemos a encontrar allí ni ningún cuadro firmado por él. La impresión de la tabla es más bien flamenca, por lo menos en el color y el claroscuro; sin embargo, encontramos allí rasgos aislados que nos hacen ver un ambiente holandés. Los tipos difieren de los de un Roger y un Memlinc: altas figuras, anchas de espaldas, largas cabezas con fuertes piernas.

Pero la más visible cualidad de este desconocido es la pureza y la intimidad del sentimiento; las tablas de Juan de Flandes que allí vemos parecen, por el contrario, sobrias y secas. La obra es un himno a la divina piedad. La manera como el afligido apóstol coge con las manos a la Madre, que cae de rodillas, está sentida con una ternura incomparable. Este enterramiento excede a otros mucho más grandes.

¿Quién era este holandés que fue recomendado a Fonseca en la corte de Bruselas en 1505? Un pintor holandés, que al principio del siglo había pasado de su patria a Flandes, era el conocido Jan Mostart de Harlem: Margarita le hizo pintor de cámara en 1507. Este retablo nos le muestra en los principios de su carrera, en que los pintores españoles al lado de su firma solían poner *tunc discebam*.

Su vecindad de las obras de los dos holandeses en la catedral, del auténtico holandés y del flamenco avecindado en España, da ocasión a comparaciones muy instructivas. Se pueden

ir siguiendo las progresivas influencias del ambiente sobre Juan de Flandes. Ambos maestros tienen su Enterramiento. Pero en la interpretación del uno es una íntima escena de familia; los deudos y amigos se apiñan con indomable dolor en torno del Salvador del mundo, que baja a la tumba. En la tabla del otro hay más formalismo. El sarcófago está en el centro y a su alrededor la reunión está colocada en fila a igual distancia unos de otros. María, en traje de luto, acércase lenta y solemnemente seguida de Juan. Enfrente avanza la Magdalena. Dos hombres trabajan en la sepultura.

El maestro de Flemalle.

Este influjo del lugar paréceme también notable en algunas obras del maestro que por algunos puntos están en relación con Roger. Es el más espiritual alumno de Jan van Eyck en la agudez de la observación y en el sentido del color: sus dos tablas en el Museo del Prado han sido tenidas largo tiempo por originales de aquél: lucen como estrellas entre los demás cuadros de esta escuela. Quizá Jan no dejó de tener parte en su venida a España.

Una de ellas con la historia de San José, ya en el siglo XVII en poder del marqués de Leganés, como *Maestro Rugier*, muestra en su dorso las estatuas de Santiago, patrón de España, y de Santa Clara, que en la guerra contra los infieles ahuyentan a los sarracenos. Los tipos y vestidos moriscos (como también los dos hombres bajo la cruz en Francfort) no parecen obra de la fantasía; tienen la frescura de los esbozos hechos de viaje. En el uso del oro ha transigido con el gusto local. Pero aún más chocantes son rasgos locales en la historia del cayado milagroso: quien allí vió una vez un misterio de Nochebuena reconocerá aquí el humorismo ingenuo y grosero que se permiten los españoles en la representación de las escenas bíblicas. Este motivo recuerda también los grupos de judíos de la Fuente de la vida.

La segunda obra del autor, también fechada en Madrid, nos sirve para seguir las vicisitudes del maestro en la capital de España: las puertas del oratorio del maestro Enrique Werl, de Colonia, con la Santa Bárbara, están fechadas en 1438, y esta fecha indica el tiempo del Concilio de Basilea, en el cual tomó parte Werl como Provincial de la orden de Franciscanos. En esta asamblea apareció como orador del rey, Alonso de Cartagena, obispo de Burgos; trajo de este viaje al arquitecto de Colonia que ejecutó las torres de su catedral. Nada parece más verosímil sino que Magister Werl medió en este contrato; y quizá el obispo, en agradecimiento por aquella importante recomendación, pusiera a su disposición para el dicho oratorio al pintor que tal vez formaba parte de su séquito. Santa Bárbara es en España la patrona de la Artillería.

Y ahora, fijémonos en la decoración arquitectónica, tan magistral como extraña, que el pintor ha elegido como marco para su asunto. Es una portada gótica con dos puertas colocadas en ángulo recto, una con respecto a otra, como en la iglesia de Nuremberg. Pero este edificio está concebido en principio; la puerta de la derecha, con la escena de los desposorios, está casi acabada hasta la cúspide del Wimberg; la otra sólo se alza unos dos pies del suelo: para proteger la obra de fábrica se han puesto esterillas de paja reforzadas con piedra. Por consiguiente, se trata de una alusión a una iglesia en construcción, sugerida por el proyecto del obispo de Burgos. El fundador ha de verse quizá en la tabla: tal vez es el prelado que bendice la unión.

¡Naturalmente, esta idea está en armonía con el asunto del cuadro! Por detrás de la portada, a medio construir, se ve la vieja iglesia, la cual se conservará y utilizará dentro o al lado del nuevo edificio mientras sea posible; en Salamanca ha subsistido la vieja catedral al lado de la nueva hasta nuestros días. Aquí se trata de una iglesia románica, de cúpula quizá copiada de una iglesia de templarios. En Segovia se ha conservado una de esta clase. La cúpula descansa sobre columnas

y arcos, que se abren hacia delante, cerradas por ventanas de vidrio pintado. Esta antigua capilla simboliza aquí el viejo templo que está destinado a ser penetrado por la naciente iglesia evangélica.

El conjunto es de estilo neto y exacto: aquí el gótico *florido* en el estilo de la actualidad y en la bella piedra blanca de los monumentos castellanos; allí el viejo románico; tanto, que hay que pensar en un pintor versado, no sólo en la arquitectura, sino también en la arqueología; o si no, en un fundador erudito que concebía planes de rigurosa técnica histórica, y que esta vez encontró un discípulo de ilustración no común.

Gerardo David.

En el tiempo en que se preparaban los grandes días de la nueva pintura en Italia, cuando España se hallaba en el dintel de su siglo de dominación, era allá la demanda de cuadros flamencos más viva que nunca y que en ninguna parte.

Causas exteriores e interiores coadyuvaban a esto: las relaciones políticas a consecuencia de los matrimonios reales, el comercio, el oro de las Indias. Como más tarde en las cortes europeas la porcelana china, así eran entonces los oratorios y altares pintados al óleo, con sus exquisitas ornamentaciones preciosas, un artículo de lujo de las clases dominadoras. Pero la más fuerte atracción estaba en otra parte. Los españoles del tiempo de Torquemada y Jiménez apreciaban estos *cuadros de devoción* sobre todos los demás por su destino: un tono religioso más alto, más profundo; su carácter, más sagrado que el que resplandecía en el arte más grande, sí, de los italianos, sobre el cual se reflejaba entonces la fría luz del humanismo, mayor aún que el de las creaciones de su propia floreciente escuela, en las cuales rara vez faltaba una más fuerte o más débil nota de gusto realista.

Así sucedía que la grandeza española, los abades y los obispos, los gremios cuando se trataba de renovar un retablo anti-

cuado o estropeado, o de construir una capilla de familia, una iglesia o un monumento, se dirigían a los flamencos. Pero en el tiempo en que los reyes de Portugal enviaban sus pensionados al nuevo emporio del comercio, Amberes, quedaba para los españoles Brujas, la cuna de la nueva pintura del Norte, aún durante largo tiempo la fuente del más delicado arte religioso. Aún se conservaban allí grandes casas de comercio españolas; de ellas habla el veneciano Contarini en su relación de 1525. Guicciardini conoció a sus descendientes.

De la cuantía de esta exportación es testimonio la multitud de obras grandes y pequeñas diseminadas por la Península; pues aun ahora, no pasa un año sin que surja un *flamenco* más o menos notable, para que pronto se ponga en camino hacia los gabinetes y museos del extranjero.

Fue verdadera obra del acaso que en aquella época existiera allí un artista de alto prestigio, cuyo modo de sentir el arte estaba muy lejos de los estímulos del tráfico internacional. Este artista era Gerardo David, que cerraba la serie de artistas que abrió Juan van Eyck con un solemne acorde final.

Un pintor que no conocía otro contenido al arte que el sentimiento de la piedad—según Schleiermacher, la esencia de la religión—por consiguiente, en cierto modo, el polo del fundador de la escuela cuya grandeza estribaba en la fuerza de penetración de las realidades visibles, en los secretos y el encanto del color. Sin embargo, pintó menos los profundos estados de éxtasis como Murillo en sus figuras de creyentes, llenas de vida y de color, más claras y más ricas que a él mismo se le aparecían. Es la dulzura de las almas, tímida y feliz a la vez; en la luz de las iglesias góticas supraterrestre y apartada del mundo ante la divina presencia del misterio, donde cada movimiento, cada voz sale apagada (este era el Charisma de éste, el más monótono maestro de su nación, comparable en esto al Perugino, aunque éste era más frío), el cual, como sus figuras, parecía andar por la tierra en sueños. Y prestaba a sus visiones, merced al infinito amor y paciencia de su mano,

un encanto ante el cual nadie se puede defender: la nobleza de la belleza pura; pues, según antigua doctrina, la belleza es compañera de la tranquilidad del alma. Por esto hallaron sus tablas el camino, desde la contemplativa paz de su taller, no de los campos tranquilos, sino de toda la periferia del viejo mundo, del Mediterráneo, de la Riviera y de las Baleares, de Portugal y de los solitarios valles de los Pirineos y de las mesetas castellanas, pero sin que su nombre las acompañara, el cual hasta nuestros días ha caído en el olvido.

Tablitas de pequeñas dimensiones eran destinadas a oratorios privados, a altares domésticos y de viaje o portátiles, y usados como regalos por los príncipes. María con el Niño, la Dolorosa, la Reina María entre santas mujeres. Era especialmente estimada María besando tiernamente al Niño; el duque de Villahermosa trajo de Flandes uno de estos cuadros para regalarlo al monasterio de Veruela (hoy en el Museo de Zaragoza). Otros pasaron a Toro, San Gil de Burgos y El Escorial.

En algunos altares de muchos cuadros, el asunto recuerda a veces las relaciones internacionales que hacían posible estas emigraciones. En Palma de Mallorca ciudad en que los comerciantes ya edificaron en el siglo xv una casa como la que en 1446 habían construído los de Sagrera, había antes en San Nicolás un altar de diez tablas, consagrado a este patrón de los navegantes, salvador en los naufragios. Y en Santa María de Nájera, en la Rioja, se ve aún un tríptico, la misa de San Gregorio al lado de San Antonio y de Santo Domingo, llamado de la Calzada († en 1109), otro patrón del comercio, pero de otra región. Debió el olor de santidad al malecón que mandó construir en la montaña Ayuela para proteger a los peregrinos de Santiago de los peligros que él mismo había arrostrado. Pero sí fundó el hospital a que la ciudad debe su nombre y su origen.

Pero la obra más importante que allí se encargó a un maestro del antiguo Flandes, fueron las trece grandes tablas de la vida de María, antes en la catedral de Evora, en tiempo del

obispo Alfonso de Portugal (1485-1522), erudito teólogo y fecundo escritor. Encargo que arroja bastante luz sobre el prestigio del maestro.

El centro está ocupado por la gran tabla del altar mayor: la Reina de los cielos rodeada de doce ángeles músicos; las otras doce tablas llenaban el semicírculo del coro (*capella mor*), ocupando el puesto de las en otro tiempo usuales pinturas al fresco. Y como estaban destinadas para la perspectiva central de la entrada, parece cada una dominada por una de las grandes figuras de María. Obra tan vasta, sólo era realizable dado el procedimiento de la pintura flamenca por una asociación de pintores, y así se pueden reconocer en dichas tablas diferentes pinceles dirigidos por un maestro. Que entonces eran solicitados los discípulos de Gerardo David, lo demuestran las obras del lombardo Ambrosio Benson, que parece haber sido muy estimado por los españoles. Para la iglesia de Santa Isabel, de Segovia, fundada por Isabel (1192), hizo el altar con Santa Ana y escenas de la vida de María juntamente con la figura del Abad fundador, hoy en el Museo del Prado. Su obra principal es el gran Descendimiento, en San Miguel, también en Segovia, con San Antonio y San Miguel. Se le reconoce en los tonos rojizos y azules intensos y saturados, como el autor de un tríptico en la iglesia de Santa Cruz de Nájera, en la Rioja, la Piedad con Santa Ana y Pedro conduciendo al fundador.

Pedro Campaña.

En la España del final del siglo XVI, *Flamenco* es casi equivalente a francés antiguo y falto de gusto: nada más injusto. Pues uno de los más notables rasgos en la historia de la colonia artística flamenca es su parte en el tránsito del gusto medioeval al gusto moderno. La magnífica vidriería de la catedral de Sevilla, empezada en 1595 por Arnao de Flandes y su hermano Arnao de Vergara, casi las únicas pinturas, de las

cuales, la mirada puede disfrutar sin esfuerzo en aquella gótica obscuridad, son, en su totalidad, recuerdos italianos de los mejores tiempos. Y hacia mediados del siglo se concede cierta acogida a la invasión de romanistas flamencos. Era el tiempo en que los libros gremiales de Amberes inscribían 360 pintores y escultores, mientras las turbulencias religiosas hacían que decayese el gusto por los encargos de obras de devoción. Ningún terreno más favorable que la rica España, que no tenía el exceso de buenos pintores de Italia, y aún era más católica.

Una ojeada sobre el movimiento artístico de estos días nos ofrece la andaluza ciudad de Osuna. Juan Téllez Girón, padre del primer duque de este título, fundó en 1534, en un cerro sobre la ciudad, una colegiata con cripta subterránea: el Santo Sepulcro, imitación en pequeño del Santo Sepulcro de Milán. Está distribuída conforme al plano de una catedral: patio anterior con cipreses, interior de tres naves, coro con sillería tallada, sacristía y claustro, sala capitular, y, por último, el panteón de los Girón. Para este lugar fueron pintados treinta cuadros, casi todos holandeses, pero de diferentes tamaños. El conde de Ureña tenía prisa, indudablemente. Hay allí tablas al estilo de Bernhard van Orley, y de Ambrosio Benson, pero también fisonomías completamente desconocidas, entre ellas una Anunciación firmada

GERALD | WYTREL | DE VTRECHT

Y al lado una concepción con la firma

HERNĀDVS. STORMIVS. ZIRICZEĒSIS FACIEBAT. 1555

Este nombre era ya conocido por el gran altar de la Capilla de los Evangelistas en la catedral de Sevilla con la Misa de San Gregorio y la Resurrección del mismo año 1555. Aquí nos sorprende con las figuras de los cuatro Evangelistas en-

tronizados en las nubes, según el grabado de Agustino Veneciano de 1518 (o la copia de Aldegrevez).

A todos estos flamencos, ocupados allí por más o menos tiempo, supera Pedro Campaña, nacido en 1503, en Bruselas. Durante diez años largos gozó de gran prestigio, y dejó memoria duradera. Su figura cuadra perfectamente en esta galería de representantes del arte extranjero en España. Para nosotros, la suerte y la personalidad de este artista viajero es aún más interesante que sus cuadros, en los cuales hoy apenas se suele pensar, a no ser que—como del holandés Scorel—se trate de sus retratos. Pertenece, como el de Utrecht a la serie de holandeses que aprendieron de nuevo su arte más allá de los Alpes. Era la más poderosa figura entre los Heemskerk, los Marten de Vos y otros, y sobresalía entre los romanistas españoles, Vargas, Céspedes.

Los anales de su agitada vida empiezan en Bolonia, donde, en 1516, asistió a la entrada del emperador Carlos, y fue encargado de un arco de triunfo, y terminan en su ciudad natal, Bruselas, donde se le eligió jefe de las tapicerías como sucesor de Miguel Coxcyen. El duque de Alba le nombró su primer ingeniero († 1580). Se formó en Roma, admiró a Rafael y Miguel Angel y logró la persuasión de sus admiradores españoles; pero la mayor y principal parte de su carrera pertenece a la capital de Andalucía, en cuya catedral se admiran aún hoy sus dos obras maestras. Allí interpretó el espiritu de la devoción española con más carácter que los mismos naturales; un español, el maestro de Velázquez, describió su vida, y Murillo, en sus últimos momentos, solía buscar los pies de sus cuadros de pasión.

Este carácter internacional del hombre se refleja en la tradición de su nombre. Hasta nuestros días sólo era conocido en forma española; firmaba las más de las veces en forma latina: PETRUS CAMPANIENSIS, PETERUS KAMPANIA FACEBAT. En la literatura figuró como Maese Pedro Campaña; hasta 1867 no apareció su verdadero nombre, Pecter de Kempeneer, y

veinte años más tarde apareció en una colección de Praga una obra de su juventud, la única conocida, un crucifijo en miniatura con esta firma:

PETRUS KEMPENER

Campaña, en otro tiempo, dado su talento unilateral y nada vulgar, hubiera dejado creaciones más importantes. Era indiscutible su superioridad en los fundamentos científicos del arte. «Era—dice su biógrafo—*extremado* escultor, astrólogo (es decir, astrónomo), profundo matemático, arquitecto y perspectivista. Esto recuerda a Leonardo de Vinci. En su pintura se domina, en efecto, el elemento plástico, constructivo; en la inventiva, su caudal parece inagotable. Aun por largo tiempo se usó en los talleres su modelo anatómico. Asombró a los arquitectos por su corrección asombrosa en el dibujo; el arquitecto de la catedral, Fernán Ruiz, aseguraba que no había encontrado en ninguna de sus obras ni una falsa relación ni una falsa línea. A su admiración y amistad debió importantes encargos, los cartones para las estatuas reales de la Capilla Real de Sevilla, y probablemente también el altar de las dos capillas de la Catedral de Córdoba: San Nicolás y de la Asunta.

Debió su popularidad especialmente a sus retratos. De su seguridad contábanse varias anécdotas, y en ellas aparece como neerlandés de la más pura cepa.

Solía bosquejar sus retratos de memoria, y luego del natural; así lo hizo hasta con los duques de Alcalá y Medina Sidonia. Los retratos de la Predella del altar del Mariscal, especialmente el grupo de los dos hermanos, D. Diego y Alonso, juntamente con el muchacho tan semejante a ellos, pueden medirse con las mejores cosas del entonces tan celebrado en Madrid Antonio Moor. Pero su reputación como pintor religioso la debió a «El descendimiento», pintado en 1548 en la iglesia primitiva de Santa Cruz. La composición recordaba a PASSAVANT, el grabado de Marc Antón (núm. 32); pero lo que le ganó el corazón del español, no fue el frío y, sin embargo, no

bien calculado juego de sus líneas, movidas y contrastadas, sino la fuerza de su fantasía y la simpatía con que sintió el momento dramático, la mirada de la Virgen al contemplar la faz del hijo muerto. Esto le valió la reputación de primer pintor de cuadros de Pasión; comprendió el sentimiento español en este punto como ninguno otro antes que él.

Cuatro años después dotó a la catedral de otro cuadro parejo, de entonación más alegre: la Entrada en el templo de María, la tabla central del retablo del Mariscal. Este cuadro, el más simpático de los suyos, demuestra que no en balde había estado en Roma; era la más pura ofrenda de aquel tiempo al templo de la belleza. Se olvida uno del relato bíblico ante este conjunto de graciosas figuras de cabezas nobles y finas. Vargas, realmente su rival, dijo una vez: «Quien quiera ver a Rafael, observe los ángeles de Campaña, en la Anunciación del claustro de San Pablo.» Y mientras en esta obra recordaba los grupos de mujeres romanas de Rafael, parece que en las tablas de al lado se propuso demostrar que también sabía bosquejar las furias de Miguel Angel. Como muy suya es la luz solar derramada sobre aquellas gracias, mezclada con el brillo de las columnas de mármol y la claridad de las seis lámparas colgantes.

¿Dónde está aquí la sequedad flamenca que tanto disgustaba a los españoles de más tarde? Fue la siguiente generación de pintores que volvían de Italia los que condenaron esta moderna manera, la buena manera de Campaña. Su última obra, el retablo de Santa Ana, en Triana, hizo estallar esta ruptura. Profundamente afectado, resolvió volver a su patria, de lo que más tarde debió arrepentirse. El siglo siguiente le desconoció y le despreció. Por esto, muchas de sus obras desaparecieron de las iglesias de Sevilla, y sólo se descubren aquí y allá ruinas olvidadas; en las ciudades de provincia, en Córdoba, se olvidó también su nombre. Se comprende este menosprecio si se piensa en Murillo o si se contempla una figura como la Madonna, poco feliz, del Museo de Berlín.

Sin embargo, en Sevilla queda buena memoria de su personalidad y de su carácter entero. «Era un hombre osado y bravo—escribe Pacheco,—de no común destreza en el manejo de las armas. Amaba la verdad, y nunca la mentira moró en sus labios, ni siquiera en broma. Era bueno y compasivo, casto, intachable y continente, y por ello ganó la confianza de sus paisanos.» Dominaba la lengua española, y los sevillanos recordaban sobre todo su *agudeza y donaire.*

CARLOS JUSTI

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO PRIMERO

Trasgresiones del género gramatical

1. El género es el accidente gramatical más expuesto a cambios.

La Gramática, en cuanto da principios generales a todas las lenguas, es inmutable; pero, desde que actúa como arte, desde que entra a reglamentar casos concretos, mal puede cristalizarse, ha de evolucionar a la par de la lengua misma.

Muy inseguro se anduvo el género de los nombres y adjetivos en la época del romance; el uso literario fue determinándolo paulatinamente, a medida que daba a conocer el que obtenía primacía en el habla popular y especialmente en el habla culta. Aún quedan algunas voces de género ambiguo; mas se ve, en casi todas ellas, palmaria tendencia hacia la adopción de un género o el otro.

La R. Academia, que según su propio lema es la encargada de *pulir, fijar y dar esplendor* a la lengua, hubiera podido facilitar esta obra de selección; pero, la verdad es que no se ha cuidado gran cosa de dar el género preciso que corresponde a cada nombre y adjetivo. El distinguido escritor y filólogo, D. Miguel de Toro, en su obra *Enmiendas al Diccionario*,

advierte, y con sobrada razón, que anda equivocado en el *Léxico* de la Acad. (última edición) el género de *estípite, nicotina, brazaje, gorrete, obligacionista, saga, yeguarizo, zabullida* y otras palabras; y muestra a la vez algunas de las muchas divergencias existentes entre lo que establecen la *Gramática* y el *Dic.* de la Corporación: *albacea*, resulta masculino en la *Gram.* y común a los dos gén. en el *Dic.; mapa*, masc. en la *Gram.* y masc. y fem. en el Dic.; *planeta*, masc. en la *Gram.* y masc. y fem. en el Dic.; *paria*, com. en la Gram. y masc. en el Dic.; *podre,* fem. en la Gram. y amb. en el Dic., etc. Serán, si se quiere, erratas de escasa importancia; se habrán deslizado inadvertidamente; mas, como éstas hay muchas, y aun peores; es inconcebible que hayan podido escaparse tales gazapos donde son tantos los que están para detenerlos.

2. No es de extrañar que vocablos que fueron antaño de un género hayan pasado a usarse en el género opuesto. *Estratagema e hipérbole* se encuentran como masc. en las obras de Tirso de Molina; lo mismo ocurre con *crin* o *crines* en la «Canción a San Miguel» de Argensola y en la «Mosquea» de Villaviciosa; EL PIRÁMIDE se repite en las comedias de Lope de Vega, y llega hasta «La Vida es Sueño» de C. de la Barca, y raro será el clásico donde no se hallen LOS AFUERAS O EL ALARMA, nombres, todos éstos, que hoy privan como masculinos. En cambio, escribió Berceo, como bien lo recuerda Cuervo (*Notas* a la *Gram.* de Bello), LA OLOR; el Marqués de Santillana, LA DOLOR, LA CLAROR y LA FUROR; tanto en la historia de España por Mariana, como en las obras de Fr. Luis de León y de Rivadeneyra, leeráse repetidas veces LA ORIGEN; en Calderón, LA EPIGRAMA; en la «Austriada» de Rufo, LA DESORDEN; en las comedias de Rojas y en el falso Quijote de Avellaneda, LA ENIGMA; en el verdadero Quijote, LA FRAUDE y LA CAMARADA; y fue común antiguamente decir LA CLIMA y LA MANÁ, voces todas éstas que ahora se usan únicamente como masculinas. Mucho podría ampliarse esta enumeración, y no hay que sorprenderse si cambios como éstos se producen cada día, no al acaso, sino

correspondiendo a la evolución sociológica, a ciertas analogías, a razones de eufonía y a otras causas fáciles de ser determinadas.

*
* *

3. El *feminismo*, así como revoluciona costumbres sociales que parecían llamadas a perdurar, trae a la vez sus trastornos al léxico y a la gramática, especialmente en cuanto atañe al género. Y tan desatinado sería querer contrarrestar esta corriente, como dejarse llevar a impulsos del primer viento que sople; que no así como quiera se acatan improvisaciones en materia filológica.

Tenemos que, al dar las reglas del género que corresponde a los nombres, según su significación, la Gram. de la Acad. nos dice: «Los nombres que significan oficio, empleo, etc., propios de varones, son masculinos... y los de mujeres son femeninos, como azafata, portera, nodriza.

Cuando los señores académicos escribieron esta regla había oficios y empleos que estaban vedados para el que llamamos *bello* sexo o sexo *débil*; pero cada día nos sorprende el *feminismo* con verdaderas proezas; ya no hay linde que valga entre lo que es patrimonio de un sexo o el otro; en consecuencia, mucho se tendrá que innovar, tanto en la gramática como en el léxico, y habremos de conceder uso femenino a voces que antaño no lo habían menester.

4. *Cochera* sólo ha podido usarse antes como adj., v. gr., en *puerta cochera*, y como nombre por el local donde se encierran los coches o por la mujer del cochero; mas hoy, nada menos que en París, se han iniciado las mujeres en el el oficio de manejar coches. Los diarios y revistas francesas que nos comunicaron la novedad hablaban de la *femme cocher*; pero ya dejarán de lado tan discordante perífrasis y se adoptará, sencillamente, *cochère*; de igual manera nuestros léxicos habrán de conceder tan novedosa acepción a la voz *cochera*.

Ortúzar (*Dic. de locuciones viciosas y de correcciones de*

leng.) reclama al Dic. de la Acad. los femeninos *carruajera*, *carretera* y *mayorala*, que tendrán su razón para existir en Chile, aunque por el momento no hacen mayor falta en la Argentina.

5. Buen tiempo hace que usa el vulgo la voz *médica* para designar a esas curanderas que medran entre la gente ignorante, y hasta hubo en la provincia de Buenos Aires una llamada *Médica del Pabilo*, que llegó a adquirir verdadera celebridad. Dado que hoy son tantas las damas que entran, legalmente autorizadas, a ejercer la medicina, se impondrá el nombrarlas *médicas*, dando nueva significación a este vocablo que sólo tuvo uso correcto en su oficio de adjetivo, v. gr.: ciencia *médica*, clínica *médica*, etc... Hoy lo más común es nombrarlas con el fem. *doctora*; sin embargo, como bajo esta misma designación quedan comprendidas las graduadas en la Facultad de Filosofía y Letras y las que egresan de la de Derecho, resulta que el término se impone para establecer la distinción. Y ha surgido a su vez el fem. *abogada*, por más que los lexicógrafos sólo hayan tenido en cuenta esta terminación para designar á la mujer del abogado, o en el sentido figurado que equivale a «intercesora o medianera». El importante diario *La Nación* (número del 28 de Dic. de 1909 anunció el advenimiento de la primera *abogada* argentina, Srta. María Angélica Barreda, graduada en la Universidad de La Plata; y en el número de 20 Mayo 1911, un artículo titulado «La primera *abogada* de la Universidad de Buenos Aires» notició que se concedía igual diploma a la Srta. Clelia Tapias, que viene a ser la segunda *jurisconsulta* argentina. De este mismo diario (número de Octubre 18 de 1910) tomo el siguiente párrafo: «Lo que choca en la *cirujana*, lo que hiere en la mujer política, lo que hace reír en la *cochera*, lo que angustia en la operaria de fábrica, no existe en la *abogada*» (E. Gómez Carrillo. *Las mujeres abogadas*); y la eximia escritora D.ª E. Pardo Bazán confirma esta nueva acepción del vocablo en los siguientes términos: «siempre dispuesta (la gente) a horripilarse si se

habla de *médicas*, *abogadas* y *catedráticas*, no encuentra la menor objeción que oponer a que las hembras se columpien en el trapecio y se dejen caer desde alturas vertiginosas» (de *La Ilustr. Artística* de Barcelona, núm. 1.437).

Tiempo al tiempo, y nadie podrá sorprenderse en la progresista Buenos Aires o en otras ciudades de la gran Hispania, si ve avisos en los diarios o relucientes chapas ante los dinteles, que digan: «*Doctora* X. X., *Médica cirujana*.»

A propósito de estos femeninos, el distinguido filólogo colombiano, Sr. Rafael Uribe y Uribe (*Dic. abreviado de Galicismos, Provincialismos y Correcciones de Leng.*, nota 184), dice: «El Diccionario debiera autorizar la terminación femenina en el significado profesional, hoy que en los países civilizados las señoras mujeres han puesto una pica en Flandes, y se gradúan por docenas, de *médicas*, *abogadas* o *jurisconsultas* y hasta *veterinarias*.»

6. ¿A quién pudo ocurrírsele antes del auge femenil que la profesión que autoriza nada menos que para dar fe de actos y contratos había de ser ejercida por la mujer?... La provincia de San Luis cuenta el primer caso. ¿Y qué otro título, que no sea el de *escribana pública*, habrá podido concederse a esta dama, Sra. Isaura Quiroga de Ponce, como corresponderá, en la Argentina, a cuantas otras entren a ejercer la misma profesión?... En España serán *notarias*.

Aunque no se haya manifestado en los diccionarios publicados hasta hoy ni la posibilidad siquiera de que llegue a existir esta terminación femenina, es obvio que ha de usarse desde el momento que el cargo se adjudica a mujeres, pues fuera ilógico usar la expresión como común a los dos géneros; es decir, LA ESCRIBANO PÚBLICO sería concitar los celos de la concordancia.

7. Así, prosiga en triunfo el *feminismo*, y veremos desaparecer, como por encanto, el uso despectivo que hoy da el vulgo a *ciudadana*; y hasta se ha llegado al caso de tener que hablar de *diputadas*, especialmente desde 1907, con motivo de la in-

corporación a la Dieta de Finlandia de las cinco primeras mujeres que entraron a representar al pueblo. Doña Emilia Pardo Bazán consagra este femenino en el siguiente pasaje, que puede leerse en la *Ilustr. Artist.* de Barcelona, núm. 1.355: «¿No han leído ustedes que el marido de una *diputada*, creo que finlandesa (no estoy segura), armó un escándalo, porque su mujer le tenía muerto de hambre?»

8. Que dé sus frutos nuestro «Liceo de señoritas», que vayan poblándose de faldas las aulas universitarias con las flamantes *bachilleras* (1), y nadie tendrá después que asombrarse si oye ponderar a las *jurisconsultas*, a las *farmacéuticas* y *químicas*, a las *arquitectas* e *ingenieras*. ¡Entonces se tendrá la clave de la revolución estudiantil que enturbió los albores de este Liceo! ¡Se sabrá el porqué del airado rechazo sufrido por las muy adecuadas labores domésticas que se trató de incluir en las materias de estudio! Dése paso al tiempo, y hasta será necesario inventar alguna maquinaria que se encargue de amamantar los pequeñuelos de las futuras generaciones.

9. Sólo la falta de costumbre hace que pueda resultar chocante el oír decir la *jefa*, femenino muy correcto, como que consta en los léxicos, y a fe que es de extrañar tal adopción desde que no fue de épocas atrasadas el dar mando a las mujeres, salvo aquel que pudo corresponderles siempre en el manejo interno de la casa, que rara será la historia, y sea, si se quiere, de costumbres sociales, que nos hable de *jefas* de oficinas o de establecimientos, como es fácil encontrarlas en nuestra época.

10. Sea fábula o no lo sea, cuéntase que una mujer llegó al papado, y he aquí cómo surgió el femenino *papisa*. Juana de Arco, más que *tenienta*, *capitana* o *coronela*, pudo ser pro-

(1) El *Léx.* de la Acad. autoriza este fem., y con fundamento, que hace ya rato escribió Moratín (L. F. de):

«Y la dama, no menos *bachillera*,
Metáforas derrame y epítetos.»

(*Lección poética.*)

clamada *generala*, y hasta *generalísima*, con dispensa de la docta Corporación; en cuanto concierne a mujeres militares, o mujeres de militares si se desea permanecer dentro del *Léx.*, sólo nos daría que hacer el fem. de *alférez*. Y ya que tanto se van encumbrando las polleras hasta en esto de tener mando, valga la *sargenta* en la nueva acepción que concedemos a este femenino de *sargento*, cuando designa a la mujer arrogante y mandona, tanto más si es corpulenta o de alta talla; y valga también su aumentativo *sargentona*, que se profiere en són hiriente y que, aunque ausente del *Dic.*, no deja de oirse en la misma España.

11. Y desde que hoy no hay profesión ni oficio vedado para la mujer, no deberán tenerse tantos melindres cuando se trata de dar terminación femenina a voces que perfectamente la soportan.

Encuentro, por ahí, que cierta persona que se las da de literato puso los puntos de su pluma (no bien templada esta vez) en UNA APRENDIZ... *aprendiza* debió decir; que si bien la terminación *iz* es muy propia de femeninos, no reza esto con *aprendiz*, que a fuer de variable se torna en *aprendiza, aprendices* y *aprendizas*.

12. Oigo a cada paso: «Es una buena OFICIAL»...; pues agréguese norabuena a *oficial* la final *a*, tanto mejor ganada desde que la palabreja hace de nombre. Mujeres hay que se avienen a confeccionar chalecos, pantalones y tantas otras cosas que antaño no dejaban de mano los hombres. La *sastra*, aunque su apariencia disuene, existe estampada en el *Dic.*, y no encuentro mal alguno en que se hable de *oficialas chalequeras* y *pantaloneras*. Y ya que nos hemos internado en el gremio de la aguja, advertiré que encuentro atrozmente discordante decir EL MODISTA WORTH O EL MODISTA PAQUÍN. El sufijo *ista*, ya indique profesión, como en *artista, corista, flautista, dentista, electricista, oficinista, organista*, etc., o ya sistema, creencia o partido, como en *positivista, monoteista, autonomista*, etc., resulta generalmente común a los dos géneros, y como tal se usó

modista en el significado de «persona que adoptaba, seguía o inventaba las modas»; pero éntre un hombre a ejercer el mujeril «oficio de cortar y hacer vestidos y adornos para señoras, y a tener tienda de modas», acepciones en que *modista* es puramente femenino, y se impondrá, a mi ver, el trueque de *a* por *o*, ante todo para evitar confusión o ambigüedad; y valgan *los modistos,* en cambio de lo mucho que, invadiendo nuestro fuero, se toman para sí las mujeres.

***

13. Los americanos hemos dado decididamente en cambiar el género de algunas voces.

El *Dic.* (1) sólo registra como masc. los nombres *azucarero* y *tarjetero,* y así los han venido usando los escritores de la madre patria; pero en los países hispanoamericanos se dice *azucarera* y *tarjetera,* y mal podría tacharse como impropia esta terminación *era* desde que es la que corresponde comúnmente, como bien lo asevera Cuervo (*Apuntaciones.* Voces nuevas) para denotar «el objeto que contiene o en que se pone lo indicado por la raíz». Si ha de decirse *dulcera, cafetera, tetera, cigarrera, cartuchera, fresquera* (nosotros *licorera,* ausente del *Dic.*, aunque consta en «Miau» de Pérez Galdós), etc., muy lógico es que se acepten *azucarera* y *tarjetera,* que constan en la mayoría de los diccionarios de regionalismos publicados de un extremo a otro de la América española (2). Contado será

(1) Tengase presente que toda vez que menciono el *Diccionario* o el *Léxico* (*Dic.* o *Lex.*) me refiero especialmente al de la R. Academia, última edición.

(2) Anotan estas voces en su forma femenina, dándolas como admisibles, además de Cuervo, B. Rivodó (*Voces nuevas, Venezolanismos*), C. Gagini (*Dic. de Barb. y Prov. de Costa-Rica*), A. de la Peña (*Gramát. Cast., Mejicanismos*), Paz Soldán y Unanué, o Juan de Arona (*Dic. de Peruanismos*), Pbro. C. Ortúzar (*Dic. de Locuciones Vic. y de Cor. de Leng.*), Echeverría y Reyes (*Voces usadas en Chile*), D. Granada (*Vocabulario*

quien diga *el azucarero* en la Argentina; y por lo que toca a *tarjetero* o *tarjetera,* la verdad es que se usa indistintamente una forma o la otra.

Agarradera y *torpedera* son otras voces de igual terminación, que más se andan por estas tierras como fem.; el *Dic.* sólo las quiere como masc.: *agarradero*, *torpedero*.

Al recipiente empleado para tener a mano la *yerba-mate,* que generalmente lleva apareado otro igual para el azúcar, le llamamos *yerbera;* y *alhajera* o *despojador*, es una especie de copa más o menos artística, adorno de tocador que emplean tal cual vez las damas para colocar en él las alhajas mientras se cambian de vestido. Ambos argentinismos, aunque bien nacidos, no han tenido cabida en el *Léxico*.

14. Los diccionarios de Salvá, Barcia, Domínguez, el de la Sociedad Literaria y otros, y aun Bello en su Gramática, dan al nombre *afueras* como masc. La Acad. anota esta voz como ambigua (*Dic.*, ediciones XII y XIII). Vera y González (*Dic. Encicl. de la Leng. Cast.*) es de los primeros lexicógrafos que, reparando en el uso actual de esta palabra, la asienta como fem., y como tal la reconoce Cuervo en sus «*Notas* a la *Gram.* de Bello» (la 31.ª), y en las «*Apuntaciones al Len. Bogot.*» (pág. 115, edic. de 1907).

15. *Alarma* está como masc. en la Acad., Barcia, Campuzano, y en la mayoría de los demás léxicos; es yuxtaposición de «*al arma*», locución que lleva el art. masc. para evitar el hiato, lo que no impide que *arma* siga siendo fem., prueba de ello es que en plural no se dice A LOS ARMAS, sino *a las armas*; de manera que si en épocas remotas ha podido usarse *alarma* como masc., al volver hoy al fem.—y vuelve, no queda duda alguna—no hace más que recuperar el género que le corres-

Rioplatense); y también las citan, aunque considerándolas como espurias, seguramente por no estar en el *Dic.* (razón de poco peso), Uribe y Uribe (*Dic. abreviado de Barb.*, etc.), Batres Jáuregui (*Vicios de Leng. y Prov. de Guatemala*), E. Isaza (*Gram. Práct. de la Leng. Cast.*) y A. Brenes (*Ejercicios Gramaticales*).

ponde por su terminación en *a*, y viene a quedar comprendida en la regla dada por Bello (*Gram. Cast.*, cap. X), sobre el género que conviene a las palabras compuestas.

Y bien podemos dar fe de que, en América, al menos, ya no se oirá decir que haya quien ande por LOS AFUERAS, ni quien pueda espantarse por LOS ALARMAS.

16. *Bombacho, pantalón* o *calzón bombacho*, dice el Dic., y a mí me toca manifestar que esta clase de pantalones o calzones es muy usada en la Argentina por la gente del campo y gente trabajadora; pero se conoce con otro género gramatical; como que nadie dice *bombacho*, sino *bombacha*.

17. Pasaré ahora en revista algunas voces fems. o ambs., que en América se tornan masculinas.

El Dic. anota *boleta*, como fem. solamente, lo que no impide que los americanos usemos el masc. *boleto* para casi todas las acepciones que corresponden a esta voz. ¿En cuál de nuestras estaciones de ferrocarril se pedirá una *boleta* para tener acceso al tren?... *Boleto* es también el que se recibe cuando se sube a los tranvías. ¿Y qué hacendado, y cuéntese que los hay en buen número en la Argentina, no se sorprenderá si le convierten en *boleta* su *boleto* de marca?...

18. *Vocería*, consigna el *Dic.*, y así está esta voz en la mayoría de los clásicos y de los escritores contemporáneos de España: «Por el pueblo se levantó una confusa *vocería*.» (Cervantes. *Galatea*, libro II):

> «... al cielo suena
> Confusa *vocería*,
> Y la mar enriquece a porfía.»
> (*Oda* de Fr. Luis de León);

«y la loca y desacorde *vocería*.» (Pereda, *El Sabor de la Tierruca*); y se podrían multiplicar estos ejemplos. Orellana, en «Cizaña del Leng.», cita como espurio a *vocerío*, y advierte que su empleo tiende a generalizarse. En América es muy raro el fem. *vocería*; dícese comúnmente *vocerío*, y declaro que esta

forma resulta bien admisible; ha sido empleada por la misma Acad. al definir la voz «Alboroto»; y no se trata de un error de imprenta, porque se repite en las últimas ediciones del *Diccionario*; la ha puesto el ex-presidente de la Acad., D. Juan de la Pezuela y Conde de Cheste, en estos versos:

«Porque pasma tanto brío,
Alzase gran *vocerío.*»
(D. Juan de Austria en Cadiar);

se ve en este pasaje de Espronceda:

«Y en tanto alegre suena
en la cercana sala el *vocerío.*»
(Diablo Mundo),

y la trae «*La Gloria de D. Ramiro*», notable novela escrita en Madrid, por el argentino Enrique Larreta, donde dice: «*Un vocerío* en la calle, un clamor áspero y bronco, que hizo retemblar sus vidrieras, desgarró su visión.»

De igual manera usamos *griterío*, *palabrerío* y *ranchería*, que sólo admite el *Léx.* como voces femeninas: *gritería*, *palabrería* y *ranchería;* también empleamos la forma masc. *papelerío, perrerío* y *traperío*, toda vez que expresamos la primera acepción que el *Dic.* da a las voces *papelería*, *perrería* y *trapería;* y para lo que en España se llama *pobretería* tenemos el masc. *pobrerío,* ausente del *Dic.* Constan todas estas formas masc., menos *griterío*, en el *Diccionario Argentino* de D. Tobías Garzón.

19. Hasta mediados del siglo pasado, la primera tarea cotidiana de los dómines, era cortar las plumas de ave que habían de servir para la escritura. Tenían siempre a mano para esto una navajilla, que tomó el nombre de *cortaplumas* (*el cortaplumas*, y no LA CORTAPLUMA, como dicen algunos erradamente). Con la invención de las plumas de acero nació la necesidad de un astil en que colocarlas para poderlas usar, y a éste se le llamó *portaplumas;* los clásicos no necesitaron de él, porque la verdad es que a la gran mayoría de ellos tocóles escribir con plu-

mas de cisne... o de ganso, que lo mismo da en este caso, que pluma era y pluma se llamó. En cambio, el carbón o grafito que emplearon a la sazón para trazar caracteres o para dibujar, no venía acomodado dentro del mismo cabo de madera, y era necesario adaptarlo a un aparatito que se llamó *lapicero* (de *lápiz* y el sufijo *ero*). Los suramericanos hemos dado en tratar al *portaplumas* como si fuera la mujer del *lapicero;* tanto es así, que lo llamamos *lapicera* (1), y aunque ponga mala cara la Etimología, el trueque se viene imponiendo, y hoy se echa muy de menos la designación *portaplumas* que ordena la Acad. En cambio, nuestros escolares, como que poca necesidad tienen de aparato alguno en que colocar el lápiz, se olvidan del *lapicero*, y cuando se da el caso de tener que nombrarlo, lo más común es que lo llamen *portalápiz*, o, por sinécdoque, *lápiz*.

20. Tanto el *Dic.* de la Acad., como el *Etim.* de Barcia y otros léxicos publicados en España, traen *anana* o *ananas*, como voz femenina y grave. Los americanos, que hemos dado nombre a esta deliciosa fruta, estamos, creo, más autorizados que la Acad. para precisar su designación. Siempre hemos oído *ananá* o *ananás*, y siempre en masc.; así la traen Granada y Rivodó (obras citadas), y Bello tiene, en su *Alocución a la Poesía*, el verso siguiente:

«Y *el ananá* sazona su ambrosía»,

verso que habrá conceptuado muy correcto el ilustre gramático y poeta desde que lo incluye también, sin cambiar un ápice, en su *Silva a la Agricultura en la Zona tórrida.*

21. *La reseda,* y habrá que prevenir que se trata de la olorosa flor que engalana nuestros jardines, no sólo da motivo, por estas tierras, al galicismo ortológico que reprueba Cuervo (*Apunt.*, pág. 18), sino que es nombrada exclusivamente como

(1) Figura esta voz en el *Dic. de Chilenismos*, por Zorobadel Rodríguez; en *Voces usadas en Chile*, por Echeverría y Reyes; en el *Dic. de Loc. Vic. y de Corr. de Leng.*, por Ortúzar, y en el *Vocab. Rioplatense*, por Granada.

masc., tal como la trae Salvá en su *Dic.* Acaso se ande esta flor en mejores términos con la Gramática al otro lado del Istmo, pues el popular poeta de Costa Rica, Aquileo Echeverría, le concede su verdadero género y su debido acento, según muestran estos versos:

«Permite al peregrino que va de paso
Dejar *estas resedas* en tu regazo». (*A una morena*).

22. Como la planta que produce *manzanas*, se llama *manzano;* la de las *ciruelas*, *ciruelo;* la de las *cerezas, cerezo*, etc.; la de las *peras*, recibe por acá el nombre de *pero;* y no nos cuidamos de reservar esta voz como quiere el *Dic.* y ha de ser común en España, para la «variedad de manzano de fruto más largo que grueso»; también decimos *peral.*

Damasco, tanto designa al fruto como al frutal, y adoptamos el fem. *damasca*, para denominar las variedades de fruta más grande.

Siguiendo la tendencia que hace masc. el nombre de las plantas, más decimos aquí, y en Chile también según Ortúzar y Echeverría y Reyes, ACACIO que *acacia*, y más RETAMO que *retama.*

23. Ya que he invadido los terrenos de la agricultura, no saldré de ellos sin dejar escrito que «al lugar donde se siembran las semillas de las plantas para trasplantarlas después a otro sitio», le llamamos *almácigo* y no *almáciga;* y lo mismo ocurre en otros países de América, pues corrigen esta voz Batres J., Gagini, Uribe y U., Echeverría y otros lexicógrafos; a fin de cuentas, no veo por qué ha de destruirse nuestro *almácigo;* tan difundido está, que bien pueden coexistir los dos géneros en esta acepción como coexisten en la otra, la que se refiere al lentisco o su resina.

24. *Desmentida, f.* «*Acción de desmentir*»: así reza el *Dic.*; pero aquí, el dar *desmentidos* es cosa de todos los días y de todas las gentes, eruditas como ignorantes.

25. Cuántos no se sorprenderán al oír afirmar que el fem.

desgana, que presenta el *Léx.* a la par de *desgano*, es término muy apropiado, como que proviene de *des* y *gana;* aun cuando haya escritores hispanos que sigan diciéndolo así, lo común es que reine el masc. *desgano* para todo hijo de América que sienta inapetencia.

26. A *la vuelta*, «demasía que se debe volver al que compra o trueca una cosa respecto del precio concertado», la llamamos en la Argentina *el vuelto;* y otro tanto pasa en la mayor parte de la América española. Gagini (*Dic. de Barb.* y *Prov. de Costa Rica*) encuentra más adecuada esta forma que la fem.; y, por mi parte, dejaré que libremente corran las dos ya que las impone el uso.

***

27. Los vocablos terminados en *ante* y *ente*, en su mayoría derivados verbales, participios activos que hacen de nombres y adjetivos, ocasionan no pocas dudas en la formación del femenino, pues no pueden someterse a una reglamentación definida; ya se andan como comunes a los dos géneros, como cambian la *e* por *a*.

El *Dic.* da como variables en la formación fem., a los siguientes: *asistente-ta*, *comediante-ta*, *congregante-ta*, *danzante-ta*, *farsante-ta*, *figurante-ta*, *mendigante-ta*, *presidente-ta*, *pretendiente-ta*, *principiante-ta*, *recitante-ta*, *sirviente-ta*, *teniente-ta*, *elefante-ta*, *gigante-ta*, *infante-ta*, *intendente-ta*, *pariente-ta*, y *almirante*, que admite los femeninos *almiranta* y *almirantesa*.

Aun cuando los demás se registren como comunes a los dos géneros, no han faltado escritores o hablistas que se permitan concederles terminación fem. Bello, que es de los pocos gramáticos que han reparado con alguna detención en el género de estos vocablos, advierte que «*la regente* es la que ejerce por sí la regencia, y *la regenta*, la mujer del regente;» tal es, efectivamente, el uso, y para no dejar de poner siquiera algún ejemplo, vaya éste de Cervantes: «entristecióse la señora *regenta*» (se trata de la mujer del regente de la vicaría de Nápo-

les; y está este ej. en el *Quijote*, II, LX); y recordaré el nombre de la conocida novela de L. Alas: *La Regenta*. Cuervo, en una de sus *Notas* a la *Gram.* de Bello (la 16.ª), llama la atención sobre el hecho de que la Acad. no haya concedido terminación fem. a *confidente*, siendo que *confidenta* se halla usado por respetables escritores modernos (1), y extrañándose de que lo mismo acontezca con otros vocablos de igual terminación, dice que «la razón puede ser que unos no se aplican a mujeres, como *estudiante*». ¡Vaya si se aplica! El tan mentado *feminismo* debió andar aún en pañales cuando el ilustre filólogo colombiano redactaba sus notas. ¿Quién se atrevería hoy a tachar de incorrecto el nombre de la asociación «*Estudiantas Argentinas*», que acaba de constituirse en Buenos Aires?...

Desde que será raro dar, en nuestra época, con escuela, colegio o universidad que no pueda ser franqueada por la mujer, ¿por qué negarle tan legítima designación? Ya que los señores académicos admiten a la *estudiantuela* y a la *colegiala*, sepan que ahora también hay *estudiantas*. Si en una loa del eminente Solís puede leerse *oyentas*; si nada menos que a D. Juan Iriarte se le ocurrió estampar *sobresalienta*, sin que haya quien se espante de tales ripios, dése paso triunfal a la *estudianta*, que no le faltarán atractivos para merecer esta gracia.

Rivodó, que es, sin duda, el gramático que con más detenimiento ha estudiado las cuestiones concernientes al género gramatical, da como de recibo a *estudianta*.

Da pase también Rivodó a *comandanta*, *dependienta*, *gerenta*, *gobernanta*, *insurgenta*, *intriganta*, *marchanta*, *pacienta*, *protestanta* y *tunanta*. La verdad es que el único inconveniente que puedan tener estas palabras es el estar fuera del *Léx.*; si se dice que tal o cual casa de comercio tiene *gerenta* o *de-*

(1) He aquí una papeleta de mi cosecha: «Esta criada, a quien el Gobernador había encontrado descolgándose con una sábana de las ventanas de Anselmo, era, sin duda, Leonela, la *confidenta* y cómplice de Camila.» (Clemencín. *Comentarios*; *Nota* 27.ª al cap. XXXV de la 1.ª parte del *Quijote*).

pendientas, no es poca la concesión obtenida desde que para manifestar lo mismo de conformidad con la Acad., sería imprescindible el artículo o se habrá de decir *una mujer gerente* o *dependientes mujeres*. Y no es de extrañar que no se hayan consignado en el *Dic.* las terminaciones fem. de estas voces, desde que antaño no se vería mujer alguna en tales ocupaciones... y conste que este comentario sólo se refiere a *gerenta* y *dependienta*, pues me guardaré ¡y mucho! de aducir iguales razones en defensa del fem. *intriganta*, por ejemplo.

Valera escribió *acompañanta;* en el aragonés antiguo está *dolienta*, según Menéndez Pidal (*Gram. Hist.*, pág. 139), y en el *Quijote* se lee: «No te pregunto más, dijo la *preguntanta* (tomo II, cap. LXII); quedan estas tres voces tan autorizadas como pueden estarlo las que acabo de anotar, presentadas por Rivodó. Con todo, será prudente usarlas como comunes a los dos géneros, mientras otras autoridades no den en emplearlas, o hasta que el uso popular las imponga decididamente.

*
* *

28. Ya que estamos en voces finalizadas en *e*, sigamos con ellas, que, como bien lo advierte Cuervo (*Apunt.*, pág. 116), es la terminación que más se presta a vacilaciones.

Ordenan los diccionarios que sean fem. *quejumbre*, *techumbre*, *urdimbre* o *urdiembre*, *herrumbre* (no HERRUMBE, como dicen algunos; esta síncopa está lejos de ser aceptada por el buen uso), *vislumbre* y *corambre* (y menos mal que no sea EL CUERAMBRE, muy común por estos mundos), y que sea masc. *osambre*. Ateniéndome a lo que oigo por aquí, yo daría como *comunes de dos* a *herrumbre*, *vislumbre*, *corambre* y *osambre*. Salvá advierte en su *Dic.*, al definir a *vislumbre*, que la misma Acad., ha usado esta voz con género masc.

29. A *sílice*, que consta en el *Dic.* como fem., más lo usamos como *masc.*; proviene este mineral del *silicio*, que es masc. y tiene este género en el *Dic.* Salvá. Me parece que bien po-

dría aceptarse esta voz como común a los dos generos: *la sílice* o *el sílice*.

30. Si tal cual vez aparecen como masc. *paralaje*, *simiente* y *sístole* es sólo por obra y gracia de personas que no conocen bien el habla.

31. *Carie*, como todos los terminados en *ie* y acentuados en vocal anterior a esta terminación, es, según Bello (*Gram. Cast.*), fem. El *Léx.* hasta su 12.ª edición trae *caries*, y como masc. solamente; en su última edición (la 13.ª) varía de parecer, pues lo da como fem. Amunátegui Reyes *(Al través del Dic. y de la Gram.*, pág. 241) cita a Monlau y otras autoridades en defensa del dictamen de Bello; en cambio, Cuervo (*Notas a la Gram.* de Bello), apoyándose en Bretón de los Herreros, aboga por el género masc. Bien se puede conceder pase a las dos formas *carie* y *caries*, y por lo que toca al género, el masc. está en derrota; por acá al menos, y lo mismo por Chile, se dice comúnmente *la carie* o *la caries*.

32. *Esfinge* ha sido dado como masc. por el *Dic.* (12.ª edición), y también por Barcia (*Dic. Etim.*), aun cuando éste, olvidando su propio dictamen, dice, casi a renglon seguido: «*la esfinge* era mujer con cabeza, manos y voz de criatura humana; cuerpo, de perro; uñas, de león; cola, de dragón; y alas, de ave». No han faltado gramáticos que adopten a este vocablo como ambiguo. Creo que debe tenerse como fem. solamente, que tal lo trae el *Dic.* en su última edición, y así se usa; vayan como muestra estos ejemplos: «Ni penetra el enigma de *la Esfinge*» (Núñez de Arce. *Tristezas*); «acaso el enigma de *esa Esfinge* se descifra en una palabra: odio». (E. Pardo Bazán. *Ilust. Artis.*, núm. 1.141).

33. *Hojaldre*, dicen todos los grandes diccionarios, y la mayoría de las gramáticas citan este nombre en los de género anbiguo. Bello sólo lo admite como fem. En América es corriente en este género; pero, más que *la hojaldre*, se dice *la hojaldra*, dando la terminación que más conviene al género que se adopta. Algunos diccionarios de regionalismos y locu-

ciones viciosas (entre ellos los de Batres Jáuregui, F. Ramos Duarte, Uribe y U., G. Rodríguez, Ortúzar y Granada), citan esta forma como incorrecta. Cuervo, el más grande de nuestros filólogos, no la rechaza, y hasta supone, basándose en lo anotado en la obra de Meyer-Lübke *(Dic. Schicksale des lateinischen Neutrums im Romanischen*, pág. 67), que bien puede ser forma etimológica a la que se habría llegado desde *folliatula*, mediando las formas *folliadula*, *focadura*, *fojalda*, *fojaldra* (*Apuntaciones*, pág. 114).

34. *Mimbre* venía como masc. en el *Dic.* publicado en 1884. Mas, no han faltado por España escritores que digan *la mimbre*; y Valbuena (*Fe de Erratas*) la emprendió rudamente contra los académicos, afanado en que lo correcto ha de ser *la mimbre* y no *el mimbre*, y ha salido con la suya, pues la última edición del *Dic.* trae la voz como ambigua, con lo que quedamos todos de acuerdo. La verdad es que antes predominó el género fem.; vayan estas muestras:

«... una cestilla
De *blanca mimbre* olorosa.»
(Cervantes. *Pedro de Urdemalas*, Jor. 3.ª)

«Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y *flaca mimbre*.»
(P. de Oña. *Arauco domado*, Canto IV.)

Y he de agregar estas citas para corroborar que hoy priva el masc., único género adoptado en la Argentina:

«... con *los mimbres*
Del techo de aquel monstruo até callado,
De tres en tres algunos.»
(Trad. de F. Baráibar y Zumárraga. *La Odisea*, libro IX.)

«Apuntó una delgadita como *un mimbre*.» (Pereda. *Los hombres de pro*, cap. III); «*El mimbre* fue premiado en la exposición de Córdoba.» (Sarmiento. *Obras*, tomo 26, pág. 67); «Tenía la cintura como *un mimbre*.» (Carlos Guido y Spano. *Al pasar*.)

35. *Tizne* es un ambiguo, que ha tenido la ocurrencia de repartirse en forma tal, que resulta muy común allende el mar como fem., mientras que los americanos generalmente sólo le concedemos género masc.

36. Lucido estará quien se atenga a la Acad. y sólo a la Acad. para dilucidar algunas de estas cuestiones gramaticales ocasionadas a dudas. Así, *trípode* consta en la *Gram.* como ejemplo del género fem. (edición de 1888, pág. 22, y persiste en la de 1890); en cambio, el *Dic.* (ed. 12.ª y 13.ª) trae la misma palabra como ambigua, cuando expresa «mesa o banquillo de tres pies, especialmente aquel en que daba la sacerdotisa de Apolo sus respuestas en el templo de Delfos», y como masc. en «armazón compuesta de tres pies, que sirve para sostener los instrumentos que se usan en las operaciones geodésicas». No es, pues, de extrañar que Ramos Duarte, en su *Dic. de Mejicanismos*, caiga en el error de citar como locuciones incorrectas «*el trípode* y *un trípode*, que dice haber oído en gente ilustrada, ¡y bien que las habrá oído! Y causa no poca sorpresa el ver que la Corporación, que pretende fijar el idioma, ofrezca tales contradicciones. Bello presenta este vocablo como ambiguo; y la verdad es que, tanto en la Argentina, como en Méjico y como en todos los países de habla castellana, predomina hoy el uso masc., a pesar de lo prescrito en la *Gram.* académica y en algunas otras que trascriben servilmente el dislate.

*
* *

37. Seguiré con algunos ambiguos.

La verdad es, que la tendencia moderna propende, con plausible decisión, a dar un género definido a las muchas palabras que desde antaño vienen usándose indistintamente, tanto en un género como en otro.

Análisis, *anatema*, *apóstrofe*, *énfasis*, *estambre*, *fénix*, *fin* y *prez*, raramente se encontrarán como femeninos en escritores actuales; y más raro será oír o ver escrito a *cutis* en tal géne-

ro, que, aunque citado todavía en algunas gramáticas como ambiguo, hasta el mismo *Dic.* lo trae ahora como masc. exclusivamente. En cambio, *diadema* y *herpes* adoptan hoy el género fem.

38. *Calor* y *color*, como otros nombres terminados en *or*, mantuviéronse, según Cuervo (*Apunt.*, pág. 119), en los primeros tiempos de la lengua, de preferencia en el género fem., guardando cierto paralelismo con el provenzal y el francés. Tal se hallan en Berceo y en Santa Teresa; en el auto-retrato puesto por Cervantes en sus *Novelas ejemplares* léese *la color* y también anda *la calor* en obras de este potentado de las letras; en *Pepita Jiménez*, al presentar el retrato de D. Luis, dícenos Valera que tenía *la color trigueña*; Menéndez Pelayo sigue el mismo uso. Ya Tirso de Molina, Moratín y no pocos escritores del siglo de oro dieron en emplear estas voces sin distinción en uno u otro género; Quevedo escribió en *Zahurdas*: «Otro sí que tenía la media cara en las manos, en los botes de unto y en *el color*.» Hoy priva el masc.; y es tan así, que ahora todos los diccionarios las anotan con este género. Quien, dándoselas de pedante, quiera servir el fem. de estas voces, bien merecida se tendrá la lección que recibió aquel que preguntó a una dama, no muy escasa de agudeza, por cierto: —«¿Qué le parece *la color*, señora?»; obteniendo esta respuesta: —«*¡Masculina!*, caballero.»

29. *Cisma*, hállase en los clásicos generalmente como fem., y tanto el *Dic.* como la *Gram.* de la Acad. lo traen como ambiguo; Rivodó y otros gramáticos lo consideran también como ambiguo; pero lo cierto es que hoy sólo se usa en masc., y si se quiere comprobación recúrrase, en cualquiera de los libros de historia escritos en estos últimos tiempos, a la parte de la Edad Media que trata del *cisma* religioso en Inglaterra. A propósito del género de esta palabra, Roque Barcia (*Dic. Etim.*) trascribe del *Dic. Etimol.* de Monlau, lo siguiente: «Cuentan que el emperador Segismundo se propuso que el nombre *cisma* fuese femenino, y que toda su autoridad imperial se estrelló con-

tra la resistencia de los gramáticos. En castellano, *cisma* es masc. o fem.; pero se usa casi siempre como del primer género.»

40. *Mar* mantiene su ambigüedad con ciertas restricciones. Así, p. ej., en la frase *hacerse a la mar*, cambiando el género, variaría el significado; muy impropio resultaría decir: *está en* ALTO MAR; y de todo punto inaceptable, EL PLEAMAR y EL BAJAMAR, compuestos éstos que solamente toleran el fem... Por otra parte, tenemos que se exige indefectiblemente el género masc. cuando se acompaña a mar con el nombre propio que lo designa: *el mar* Caspio, *el mar* de Mármara, etc. Salvados estos puntos, la Gramát. deja correr libremente al mar con cualquiera de los dos géneros.

41. Los diccionarios y gramáticas estampan aún a *puente* como ambiguo. Con todo, creo que muy raro y contado será quien diga hoy *la puente*, si no es reuniendo artículo y nombre para formar el apellido *Lapuente*. No se puede negar que hasta el siglo XVII fue voz ambigua y preferentemente fem., que como tal se la ve en Lope de Vega, Calderón, Góngora, Rufo y otros escritores de valía.

42. Considerando, Bello, el género de los compuestos, establece que «los terminados en sustantivo sing. que conserva su forma simple, siguen el género de éste», y cita entre los ejemplos a *trasluz*. Como excepción debió presentarlo, pues aun cuando no falte quien lo haya empleado con este género, el uso más docto lo tiene por masc., y sólo como tal lo admite Cuervo. (*Notas* a la *Gram.* de Bello.)

Tragaluz, anotado también por Bello (*Gram.*)como fem., de acuerdo con el *Léx:*, que así lo registró hasta la 10.ª edición, es hoy masc.; como tal lo estima Cuervo (*Notas* a la *Gram.* de Bello), apoyándose en la autoridad de Quintana. (*Obras inéditas*, pág. 220.)

Tanto LA TRASLUZ como LA TRAGALUZ, locuciones incorrectas desde que estas voces han perdido su ambigüedad, no dejan

de oírse en boca del vulgo, que es de suyo muy dado a guardar arcaísmos.

*
* *

43. Entre los nombres de género ambiguo que da el *Dic.*, se ven algunos que al cambiar de género varían de significado; deben contarse entre las voces que los gramáticos consideran de *género distingüendo;* y la verdad es que no pocos de estos nombres tienden hoy, al menos en la Argentina, a tomar un género determinado para todas sus acepciones.

Daré algunos ejemplos:

44. *Armazón*, según define el *Dic.*, cuando está en fem. es «pieza o conjunto de piezas unidas unas con otras, en que o sobre que se arma alguna cosa»; en masc. viene a significar «esqueleto». No faltarán autoridades que puedan conceder fundamentos a esta distinción; mas, como la Acad. es la primera que infringe sus propios dictámenes, resulta, según lo revela D. Miguel de Toro (*Apuntaciones Lexic.*, pág. 160), que: «*Armazón* (en el *Dic.*) está mal usada como m. en los artículos: *ingenio*, *mesa, ejión* y *cenfefa*, y en *cabeza*, 6.ª acepción. Y como compensación, usada erradamente como f. en *calavera.*» Me toca agregar que en la Argentina prevalece el género masc. para todos los *armazones*, sean cuales fueren.

45. *Aroma*, por «perfume, olor muy agradable», es masc.:

«Donde tienen guardados *los aromas*
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.»
(G. Gutiérrez González);

«Y *el vago aroma* que la flor encierra.»
(J. Zorrilla. *Pereza*);

«Ni *el* embriagante *aroma* de la brisa.»
(O. Andrade. *La Creación*);

«¡Qué bien huelen *los aromas* de esos velos rosados con que se envuelve la Naturaleza!» (S. Estrada. *Obras*, tomo I, pág. 249.)

Por «la flor del aromo» es fem., y sólo podría tolerarse

como ambiguo cuando designa «cualquiera goma, bálsamo, leño o hierba de mucha fragancia».

46. *Cometa*, en masc., es el término astronómico; en fem., es lo que los americanos llamamos *barrilete* (1), tal se ve en el siguiente verso del distinguido poeta colombiano, G. Gutiérrez González (*Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*).

«*La cometa* enredada en el *papayo*.»

47. *Fantasma*, en masc. es «una visión quimérica», o «la imagen de un objeto que queda impresa en la fantasía», y en sentido figurado, «la persona entonada, grave y presuntuosa».

«¡Ah!, pero *ese fantasma*, esos sonidos
No se pueden dejar: los llevo aquí;
Aquí en la frente...»
(Julio Arboleda. *El caballo*);

«La imaginación tendería su vuelo, poblándose de *hermosos fantasmas*.» (Valera. *Discurso de recepción en la Acad.*)

En género fem. es «espantajo» para asustar a la gente sencilla, y entra en este significado lo que nuestro vulgo llama *el penitente*, *la viuda* y *el chancho* (2). Para mejor información

(1) Zorobadel Rodríguez (*Dic. de Chilen.*) considera a esta voz como chilenismo; he de advertir que es de uso corriente en todos los países hispanoamericanos, y en algunas partes toman también los nombres de *papelotes*, *papacotes* y *papagallos*.

(2) Esta voz (del araucano *chancho*), ausente del *Dic.*, designa al cerdo (y a fe que para los americanos huelga la explicación), que en esto de cargar nombres se parecen a algunos potentados, pues es conocido además por *puerco*, *cochino*, *marrano*, *guarro*, *verraco*, *varraco*, y también por *cochi* y *cuchi*. Se diría que se le ha ido variando de nombre por el afán de buscarle una designación más culta; mas viene a ocurrir lo acontecido con el *eructar*, que encontraba D. Quijote tan superior al *regoldar* de Sancho. ...Sucede también que su mucha domesticidad le acarrea motes, y éstos se convierten en nombres.

Muy común, al menos en la Argentina, ha sido el hacer creer en la existencia de una fantasma que adoptaba la apariencia de este humildísimo animal para asustar, en las noches, a la gente.

de las muchas personas que por mi tierra sólo usan esta voz como masc., reforzaré el dictamen académico arrimándole estas citas: «...el cual, sin conocer quién era, pensó primero que debía de ser *alguna fantasma*». (*Quijote*, parte 1.ª, capítulo XXXIV.) «El carretero, que vió la determinación de *aquella armada fantasma*» (*Quij.*, II, XVII); «en el cual traje parecía *la* más *extraordinaria fantasma* que se pudiera pensar». (*Quij.*, II, XLVIII.)

«O soy *alguna fantasma*
Que se aparece a deshora.»
(Cervantes. *Pedro de Urdemalas,* Jor. 1.ª);

«Detén, *negra fantasma,* el joven grita.»
(Valbuena. *El Bernardo*, Libro IX);

«A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, *fantasma* fiera.»
(L. F. Moratín. *Lección poética*);

«Llegó a *la fantasma* al cabo
Mi enemiga detestable.»
(Hartzenbusch. *La Ley de raza*);

«Torna al peñón que parece
Una colosal *fantasma.*»
(El Duque de Rivas. *El Sombrero.*)

Entran, como se habrá visto, algunos ejemplos donde el significado más concuerda con las primeras acepciones, las que reserva el *Dic.* para el género masc.; y es que hasta principios del siglo pasado, según lo recuerda Calcaño (*El Castell. en Venezuela*, págs. 154 a 158), todas las *fantasmas* fueron de género fem. Me parece que ahora nos vamos derechamente al masc. aunque hablistas y filólogos se empeñen en conservar la distinción que establece la Acad.

48. El *Dic.* trae como ambiguo a *margen*. Como bien lo reconoce Salvá, sólo resulta tal, cuando se usa en sing. refiriéndose

dose a los claros que quedan a los lados de una página; se podrá decir «*la margen* del libro», pero es de mejor uso el masc.: «llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en *el margen* dél estaban descritos de mano del mismo Hamete, estas mismas razones» (*Quijote*, II, XXIV). Quien hable correctamente, se guardará hoy de decir LOS MÁRGENES del río o de la página», y tampoco dirá «EL MARGEN DERECHO O IZQUIERDO del arroyo», por más que antaño, así se habló: «en *el margen* de un abundoso arroyo» (*Quijote*, II, LVIII).

*
* *

49. Si un abogado dijera en plena audiencia *la rea* o *la testiga*, ¿en cuántos de los circunstantes no habría de sorprenderse una sonrisa burlona? Es que el uso de *reo* y *testigo* como voces comunes a los dos géneros, se ha impuesto con toda decisión, contrarrestando la tendencia más corriente en la formación del fem. de los nombres terminados en *o*, que es el cambio de esta vocal en *a*.

No basta que el *Léx.* anote *rea*, aunque con la advertencia de que es forma poco usada; ni que Hartzenbusch haya estampado donosamente: «Yo soy juez y tú eres *rea*», en *La ley de raza*; ni que Tirso de Molina haya podido escribir: «—Soy testigo.—Y yo *testiga*»; ni que Rivodó (*Entretenimientos Gram.*) adelante que bien pudiera darse a estas voces la doble terminación; quien no quiera exponerse a ser tildado de ignorante, tendrá que quedarse con *la reo* y *la testigo*.

50. *Hermafrodita* (o *hermafrodito*), que el *Dic.* da como masc. solamente, es obvio que ha de estimarse como *común de dos*.

51. La Acad. considera a *tigre* como masc. y nada más, pero mal podía, tan terrible fiera, quedar relegada en la condición de un simple epiceno como la mayoría de los animales; por acá se oye nombrar *la tigra*, y hasta hay una laguna en la Prov. de Buenos Aires, aunque de escasa importancia, que

La Tigra se llama. No han faltado escritores de nota que amparen este fem., como que Cuervo (*Apunt.*) cita en su apoyo dos autoridades; y lo anota, en su *Maraña del Dic.*, el doctor Pedro de Mugica, erudito conocedor del habla castellana. Mas, como bien lo reconoce el mismo Cuervo, y lo corroboran Rivodó (*Entr. Gram.*), Uribe y U. (*Dic. abrev. de Gal. etc.*), Gagini (*Dic. de Barb. y Prov. de Costa Rica*) y el gramático mejicano de la Peña (*Gram. Cast.*), *tigre* prevalece como *común de dos* (*el tigre, la tigre*), que tal se ve en estos ejemplos: «Ha rendido a *una tigre* y fiera brava» (*Quijote*, II, XLIV);

«Sólo te ruego que procures, Silvia,
De ablandar esta *fiera tigre* hircana.»
(Cervantes. *El trato de Argel*, Jorn. 2.ª);

«Echan a su cuerpo lazos
Que rendirán a *una tigre.*»
(Id. *La Gran Sultana*, Jorn. 2.ª);

«Y trasformado en *una tigre* brava.»
(P. de Oña. *Arauco domado*, Canto VI);

«*La tigre* de Bengala
Con su piel manchada a trechos.»
(Rubén Darío. *Estival.*)

Traen también la misma forma Lope de Vega, Ercilla, Hartzenbusch, Valera, Menéndez Pelayo y otros escritores insignes.

El fem. que es de todo punto inusitado es TIGRESA; se le ocurrió a Campoamor para llenar, sin duda, las exigencias del verso.

*
* *

52. Y ya que de animales se trata, advertiré que aquí nadie ha dado en usar el fem. *potra*, que consiente el *Dic.*, si no es en sentido traslaticio, aplicándolo a alguna muchachuela alocada. Lo corriente, por acá, es llamar *potranca* al fem. de potrillo; y, después del tercer año, designar indistintamente

como *potro* a todo equino que no haya sido sometido al yugo del trabajo, sea cual fuere el sexo y sea cual fuere la edad que alcance.

53. Tampoco se oye por estas tierras el fem. de *novillo*, que autoriza el *Dic.* y que mucho se repite por España: «¡Qué gallardearse a lo mejor el becerrillo negro con humos de toro, junto a la apuesta *novilla*» (Pereda. *El sabor de la Tierruca*). Y no lo echamos menos porque tenemos en su reemplazo a *vaquillona* (1), argentinismo proveniente del diminutivo *vaquilla*, al que nuestros hombres de campo habrán aditado el sufijo *ona*, propio del aumentativo, para neutralizar la idea de pequeñez que pudiera aminorar el precio del animal. Y menos se usa el diminutivo *novilleja*, muy común en la madre patria, y que en rigor poco se necesita desde que equivale a *ternera*.

54. En *Mi primera sensación benéfica*, por José Somoza, se lee: «Y para que *la pájara* (una golondrina) no se me escapara, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle.» He aquí un fem. que, lo mismo que los diminutivos *pajarita* y *pajarilla*, poco usamos los americanos. *Zarzola*, que empleó Gabriel y Galán, no se usa aquí. En cambio, son tan comunes por acá las *loras* y *guacamayas*, como los *loros* y *guacamayos*, nombres éstos que, para estar de acuerdo con la Acad., tendríanse que considerar como epicenos.

55. «LA ESCORPIÓN HEMBRA pare once hijos», dice Fr. Luis de Granada (*Introd.*, parte 5.ª, trat. 2.º, cap. 6): basándonos en este ejemplo, podríamos hablar DEL PERDIZ MACHO, por ejemplo; mas, no veo que pueda disculparse tal licencia; lo propio será decir *la perdiz macho* y *el escorpión hembra*.

56. «¡Uf! ¡Qué sofoquina! Voy a quitarme EL BOA» (E. Pardo Bazán. *La Ilustr. Art.* de Barcelona, núm. 1.469). «Ve cada día acercarse EL BOA que ha de sofocarlo» (D. F. Sarmiento. *Facundo*, 2.ª parte, cap. IX): mal me suenan estas

(1) En Colombia, *novillona* (Dic. de Uribe y U.). Granada (*Vocab. Riopl.*) cita a *vaquillona*.

boas tan masculinas, por más que me merezcan mucho respeto quienes dieron en escribirlas; para de la Peña *(Gram. Cast.*, pág. 457), decir EL BOA es caer en imperdonable incorrección; según Calcaño (*Cast. en Venez.*, pág. 563), *boa* es fem. y «*un boa* es un hombre a quien se atribuyen las principales condiciones de la serpiente *boa*».

57. Y para despacharme en lo que a animales se refiere, consignaré que no faltan por estos mundos individuos que al proferir denuestos contra una mujer, la traten de ANIMALA; revélanse con ello doblemente bárbaros, bárbaros por su acción y bárbaros por su decir, pues entra *animal* en las voces que se consideran de género epiceno. Y también yerran los que insultan a otro diciéndole que es UNA BESTIA O UNA GALLINA; aunque las voces *bestia* y *gallina* sólo canten como fem. en diccionarios y gramáticas, diráse, según preceptúa Calcaño, *eres un bestia*, *un gallina*... o no se dirá nada, que con la supresión de tales tratamientos mayor corrección alcanzaría el lenguaje.

***

58. Daré, para terminar, algunas trasgresiones tan comunes como vulgares.

59. UNA ALFILER, LA ALFILER, que oímos a cada paso, son locuciones que revelan mucha dureza de oído en quien las pronuncia, y desconocimiento absoluto del género que corresponde. Bien que usen cuanto quieran este común utensilio las *mujeres*, pero déjese que mantenga el género de los *hombres*; se dirá, por tanto: *un alfiler*, *el alfiler*.

60. Del alfiler pasaremos a *la labor*, que intenta encauzarse indebidamente en la corriente seguida por la mayoría de as voces terminadas en *or*. Sépase que yerran lamentablemente los que dicen EL LABOR. Cervantes escribió: «Los borceguíes eran de *la labor* del tahalí» (*Quijote*, II, XVI), y se sigue empleando el mismo género.

61. Es común por acá, como por otras partes, que haya

quien se alabe de «tener EL SARTÉN por el mango», sin saber, los que tal dicen, que lo que demuestran tener es mucha ignorancia. Cáese con alguna facilidad en esta trasgresión, debido a que la generalidad de los nombres agudos terminados por *én* pertenecen al género masc. Para guardar memoria del verdadero género, téngase presente el adagio de Sancho: «Dijo *la sartén* a la caldera: quítate allá, ojinegra» (*Quijote*, II, LXVII); o este pasaje de Moreto:

«¿Yo? Pues toda la manteca
Hecha pringue en la *sarteh*
A tu blancura no llega»
(*El desdén con el desdén.*)

62. EL SEGUR, dicen muchos equivocadamente; esta voz se mantiene y se ha mantenido siempre como fem., y quizá provenga el error de que antes se dijo también *la segura*. He aquí un ejemplo del uso correcto:

«Depuso *la segur* de herir cansado.»
(A. Lista. *Marco Bruto.*)

63. Yerran también los que dicen EL SOBREPELLIZ; este nombre es fem., como conviene a la mayoría de los terminados en *iz*.

64. Suele oirse UN PORCIÓN de disparates; preferible es oír *una porción;* siquiera se tendrá un disparate menos, porque no veo de dónde podrá tomarse a *porción* como masc.

65. El que se pondere a una persona como muy SERVICIALA, podrá ser gran cosa para algunos; pero más grande es el dislate gramatical que resulta; no tiene perdón en quien se precia de saber hablar siquiera pasablemente la lengua de Cervantes. Otro tanto me toca advertir a cuantos se permiten forma el fem. RIDICULEZA.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina).

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Parábolas de Pedro Mille.—Costumbres: Supersticiones.—Historia: La madre de D. Juan de Austria.—Moral: La moral de Lafontaine.—Biografía: El P. Jacinto y Jorge Sand.—Impresiones y notas: Un discípulo de Peguy.—Los centros estratégicos del Islam.—La primera representación de *Tannhäuser* en París.—El nuevo mal de los aviadores.—Revisteros de salones.

LITERATURA

Parábolas de Pedro Mille.—Pedro Mille es un humorista del género latino, es decir, del género no latoso anglosajón, que se empeñan en hacernos tragar los que son incapaces de imitar a Rabelais o a Cervantes. Entre sus obras figuran las *Parábolas y diversiones,* de las que *La Revue,* de París, publica, para muestra, tres parábolas, cuya traducción ofrecemos gustosos a nuestros lectores.

El primer crítico.—Para el espíritu humano, al mismo tiempo que peligrosa causa de orgullo, lo es de gran inquietud el no saber por qué la Creación se ha parado en el hombre. Porque, después de todo, no había razón para que Dios, después de trabajar seis días, descansara el séptimo. Hubiera podido seguir del mismo modo toda una década, y hasta mucho más tiempo todavía. En los días siguientes hubiera podido perfeccionar a nuestros primeros padres: darles alas, por ejemplo,

o permitirles vivir en el agua con ayuda de branquias; habría podido dotarles de un aparato moral tal, que jamás hubieran sucumbido a las astucias del demonio; o hacerles mucho más inteligentes, de tal manera que, habiendo distinguido aquellas astucias, hubieran sido todavía más culpables dejándose engañar por ellas. Habría podido también inventar un superhombre, dejando al hombre en estado de simple bosquejo o ensayo; como el ornitorinco o el pterodáctilo. Pero no lo hizo. Y siendo todo razón, debía tener una razón; pero hasta hoy se ignora ésta.

Sin embargo, el Poggio había descubierto en Constanza, a menos que no fuese en Inglaterra—en eso no estamos seguros,—un manuscrito que pretendía lanzar ciertas claridades sobre este problema. Pero como apenas se cuidaba más que de las obras de la antigüedad clásica, no paró en ello la atención. Extraviado por segunda vez, no ha vuelto a encontrarse este manuscrito sino en nuestros días, en casa de un notario italiano, que le había arrancado las hojas de pergamino para convertirlas en forros de mamotretos; y confieso que existen todavía dudas sobre la fecha exacta de su composición. Según ciertos epigrafistas, sería debida al mismo Poggio, que se complacía, como se sabe, en estas supercherías literarias.

Sea de ello lo que quiera, el autor admite como punto de partida que, cuando el Señor empezó a crear el mundo, Satanás se afligió profundamente. La mayor parte de los pecados capitales, de los que es padre, pero que le hacen, sin embargo, sufrir: la envidia, la cólera, y sobre todo la pereza, le royeron con furor. Porque no solamente no le gustaba que su vencedor manifestara su poder, sino que además preveía que, una vez creado el mundo, estaría obligado a difundir el mal por él, y eso le fatigaría bastante. Su gran cuidado, pues, fue detener a Dios, detenerle lo más pronto posible. Directamente no podía nada contra él; era preciso que la decisión de no crear más viniera del mismo Creador. Y ¿qué hizo Satanás? Inventó la crítica. El género en aquella época no fue dividido en especies. La

crítica de Satanás fue, pues, literaria, artística y dramática. O más bien, tomó sucesivamente estos tres aspectos. Sin embargo, se quedó asombrado del poco efecto que produjo al principio. Es que no sabía todavía bien su oficio.

Porque cuando el Señor hubo separado la luz de las tinieblas, Satanás hizo grabar por un diablo de sus cohortes, en letras escarlatas de fuego, sobre una tablilla sulfurosa, su primer juicio: «Está muy bien eso—decía en substancia;—notamos en esta obra cierta grandeza; la probidad, sin embargo, nos obliga a notar también en ella alguna monotonía y confusión.»

El Criador no se inquietó por estas observaciones. Había hecho, como quería hacer, y la franqueza del demonio no le fue del todo desagradable. Y extendió sobre el globo la clara superficie de las aguas marinas. Brillaban suavemente grises, azules, verdes, según su profundidad y según el color del cielo puro o nublado; y viendo que aquello era bueno, flotaba por encima inmenso y satisfecho.

Satanás escribió, y todos los espíritus del mal y del bien pudieron leer: «Nada más interesante. El autor de las aguas es el mismo de la luz. Reconocemos su manera, sus grandes efectos algo vagos, su descuido, probablemente querido, del pormenor, que no deja de causar cierta impresión de aburrimiento. Obra hermosa, aunque no está hecha para agradar a un público numeroso.»

Dios, sin embargo, no se cansó de crear. Hizo la diversidad magnífica de las hierbas y de las plantas; con el viento de la noche pasó por los follajes, y acariciaba aquellas flores nacidas sin semilla en el aire inefablemente joven, en que ningún animal había respirado todavía. Satanás escribió: «Otra tentativa más y bastante curiosa. Evidentemente el autor era mucho más dueño de su primer procedimiento, y aquí se distinguen errores y debilidades. Como quiera que sea, es una renovación, aunque se pueda temer que los que gustaban de la primera manera no gusten de ésta.»

Pero se quedó desconcertado, porque el Señor no mostró ninguna tristeza. Tenía alegría por su creación tal como era, y conocía por qué lo había hecho así. Y cuando Satanás vió que se disponía a continuar, su corazón fue henchido de amarga rabia. Pero ¿qué hay que imaginar para que se desaliente?, pensó antes de la cuarta mañana.

El Señor creó el sol, la luna, el manto suntuoso de las estrellas, que por la noche gira lentamente en el cielo. Ahora había belleza en todo su infinito, y Dios sonreía pensándolo: «Satanás va a decir una tontería.» Pero Satanás sonrió a su vez, porque se le había reconocido un proyecto malicioso, y escribió únicamente: «Hay progreso.»

Y Dios se conmovió. Tuvo casi ganas de perdonar a Satanás, de hacerle mejor sitio en su universo, y estuvo a punto de olvidar que es el espíritu que dice siempre no, aunque aparente decir sí. Sin embargo, dejando ese proyecto para más tarde, por una contracción de su Sér inmaterial y sin límites, creó los grandes peces y todos los animales vivos que pueblan el negro seno de las ondas. Creó también los pájaros, echó alas entre los árboles y los montes y lo más alto de los aires, y gritaba: «¡Multiplicaos, multiplicaos!» Y pensaba también: «¿Qué va a decir el otro?»

Satanás escribió solamente: «Hay progreso.» Entonces el Señor, por primera vez, tuvo un movimiento de estupor y de embarazo. ¡Un progreso! ¿Qué progreso? Era otra expresión de su necesidad de crear que manifestaba, y la palabra de Satanás no significaba nada. Sin embargo, se repuso y creó los animales que viven en la tierra. Todos los animales. Brincaban, balaban, mugían, rugían, zumbaban, o bien, silenciosos, iban en grandes bandadas pacíficas, con la cabeza baja sobre la hierba alimenticia. Satanás hizo una mueca, y dijo todavía: «Hay progreso.»

Y Dios hizo al hombre y a la mujer con sus almas vivas y los puso en el jardín de Edén, cerca del país de Havila, donde

se encuentran el oro, el ledelion y la ónice. Pero Satanás repitió otra vez: «Hay progreso.»

Y en aquel instante Dios exclamó: «Ya estoy harto. Cada obra que he trabajado entre la aurora y la noche, la obscuridad y la luz, la he hecho para que sea lo que es, y bella en sí misma. ¿Qué quiere decir ése con su progreso? Si yo continuase, se seguiría hablando siempre de progreso, sin mirar nunca la cosa en sí misma, sin gozar de ella. ¡Estoy harto, estoy harto!»

Y así es como consiguió Satanás detener la creación en el sexto día.

Cómo fue inútil el diluvio.—Noé había soltado por última vez la paloma que había marchado para no volver. Era en el año 601 de la vida del patriarca, en el primer mes, el primer día del mes. Y Noé levantó el techo que cubría el arca y miró, y he aquí que la faz de la tierra se había secado. Y en el segundo mes, el vigésimoquinto día del mes, la tierra podía soportar los pasos.

Entonces Noé salió del arca con su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos y todos los animales, y respiraron el olor del viento que había corrido sobre la tierra húmeda. Ahora bien; la hierba había vuelto a crecer, y así el olor de aquel viento era bueno, hinchaba sus corazones en sus pechos. Las bestias, innumerables, daban brincos, lanzando gritos según su especie, y cuando el viejo Noé, con su cuchillo de piedra en la mano, pasaba en medio de ellas eligiendo una, escogiendo otra y desollándolas para los holocaustos, como le había sido mandado, las que había elegido se dejaban morir, de tal modo embriagadas con el aire libre, que ni siquiera notaban el golpe que recibían. La sangre corría sobre las piedras, y era un gran sacrificio, y Noé se decía: «Este holocausto es costoso, y sin embargo, me es grato, pues acabo de tener la promesa del Señor: nunca hará morir todo lo que vive como acaba de hacerlo. Mientras la tierra dure, los sembrados y las mieses, el frío y el calor, el invierno y el verano, el día y la noche no ce-

sarán. Tal es el pacto, y eso es legítimo, puesto que no quedan en el mundo más que sus hijos y yo, que somos justos; todos los malos han desaparecido.

Pero al pronunciar estas palabras en alta voz, observó a lo lejos sobre las aguas una embarcación que se adelantaba con singular rapidez. Su aspecto le asombró mucho: tenía un mástil, una vela, un par de remos y un timón; mientras que el arca no se movía sino al capricho de las corrientes, sin que nadie la dirigiera. No era a la manera del arca, una vasta casa flotante. Era, al contrario, muy pequeña; no contenía más que un hombre y una mujer, muy viejos en apariencia, tan viejos como Noé y que parecían muy pacíficos.

Abordaron. El hombre tiró cuidadosamente de su barco hacia la lodosa playa, tomando todas las precauciones para que pudiera servir de nuevo, mientras que el arca había quedado encallada de costado como cosa definitivamente abandonada: aquel hombre parecía un verdadero marino.

Noé, acercándose a él dijo, sin ninguna dulzura:—«¿Por qué no os habéis ahogado vos y esa mujer? Es contrario a los reglamentos. Está fuera de duda que deberíais estar ahogados.»

El hombre replicó asombrado a su vez:—Os iba a hacer la misma observación; yo creía estar solo en la tierra... Es muy fastidioso. ¿De dónde venís?

Noé indicó el Oriente con gesto vago, del lado de las llanuras de Mesopotamia.—De por ahí—dijo.—Yo me llamo Noé. ¿Y vos?

El hombre tendió el brazo, mostrando el horizonte del Oeste, y respondió:—Yo me llamo Deucalión.

La primera idea que se le ocurrió a Noé y a sus hijos fue matar a aquella pareja extraña; pero el hombre, a pesar de su edad, tenía el aire tan fuerte, tan arrogante y tan alegre, que no se atrevieron. Noé dijo a sus hijos, para ocultarse a sí mismo su debilidad y su indecisión:—Esas gentes son demasiado viejas para tener hijos. ¿Qué importa que vivan todavía algunos años?

Afectó, pues, apartarse con aire desdeñoso cantando un himno que sabía por sus antepasados. Aquel poema contaba el origen del mundo y la desgracia irremisible del hombre condenado no sólo a la muerte, sino al trabajo más horrible todavía que la muerte, porque había querido conocer el misterio de las cosas y todo el bien y todo el mal. Pero el extranjero, sin inquietud aparente, había sacado de su barca un rastrillo. Y empezando a laborar la tierra llena de gérmenes, cantó, por su parte, un himno impetuoso. Al principio dijo la alegría de vivir, el cielo claro, la belleza de las aguas, de las montañas, de las plantas, que por sí mismas son divinas. En seguida celebró la gloria de su padre Prometeo, que, castigado por Zeus, por haber robado con la llama un secreto bastante fuerte para emancipar a los hombres de su miseria, continuaba desafiando al hijo de Urano, proclamando que al fin le vencería.

Aquellos relatos ultrajantes daban horror a Noé y a sus hijos.—Morirán sin posteridad por lo menos—pensaba;—y está muy bien hecho.

Pero cuando hubo acabado de labrar el campo, el hombre lo sembraba pacientemente con guijarros; y cuando acababa de cubrir un surco, su mujer le imitaba en el surco próximo. —¡Están locos!—murmuraba la familia del patriarca.—¡Siembran piedras!

Pero he ahí que esas piedras comienzan a estremecerse las entrañas que las encerraban. El suelo se hinchaba por intermitencias ligeras: se vieron salir de él cabezas orgullosas y bellísimas, luego pechos viriles con músculos salientes, y otras maravillosamente redondas y blancas hasta arrebatar las miradas, y cuyos senos florecían en el aire. Y tal fue la cosecha de Deucalión. ¡Todo un pueblo nacido de la tierra!

Entonces Noé y sus hijos exclamaron con estupor:—¿Cómo es que también esos son favorecidos con milagros? ¡Eso no es justo, no, no es justo!

Y aquellos hombres no habían acabado de salir del seno de la tierra completamente armados, muy contentos, y ya con

buen apetito, se lanzaron sobre los rebaños de animales domésticos y de bestias salvajes. Los mataban con grandes gritos, y encendiendo amplias hogueras, hacían cocer sin aspavientos los jabalíes y las liebres inmundas, y se comían los bueyes sin haberlos sangrado en la garganta.

—¿No veis—exclamó Noé—que tomáis vuestro alimento en la impureza? ¿Cómo es que ignoráis la ley?—No sabemos lo que queréis decir—replicaron ellos.—No conocemos más leyes que las que hacemos nosotros mismos. Sin embargo, reverenciamos a Temis; pues por el consejo y por la voluntad de esta diosa nos ha hecho nacer Deucalión; así es que trataremos de vivir según sus deseos. En cuanto a esa ley de que habláis, es un sueño de haraganes salvajes.

Así es como el diluvio fue en vano; pues no sólo se encontraron para salvarse la familia de Noé, sino también la raza que Deucalión y Pirra hicieron salir de la eterna tierra por inspiración de Temis. Son dos especies de humanos, y desde aquel día al en que vivimos, no han conseguido todavía entenderse.

COSTUMBRES

Supersticiones.—*Amuleto* parece voz de origen semítico, según dice en la *Nuova Antologia* Jaime Boni, del árabe *hamâlet*. El oficio del amuleto lo determinan sus diferentes nombres: *karaca* (coraza) en sanscrito, *fylacterion* (preservativo), *apotropaios* (aleja-males), *alexifármacos* (contraveneno), *boecema* (remedio) y otros, en griego; *prœvia* (anticipos), *phaleræ* (collares), *bracteas* o laminitas metálicas con cabecitas de medusa, flores de eléboro, etc., bulas, *fascinum* y otros agrupados últimamente, en latín, en las emblemáticas *panteas*. Como se ve, los amuletos revestían múltiples formas y eran llamados de diversos modos. Todos ellos tenían la propiedad de preservar del mal y de alejar al enemigo. En cuanto a las materias, los había de todas clases: piedras, metales, huesos, marfil, pelo, pieles, figuras pintadas, palabras escritas, etc.

Contra la envidia, el temor y el influjo de los malos espíritus, servían ciertas hierbas, como los *pentadáctilos* (¿potentila?, ¿trébol de cinco hojas?), usada en los Abruzos como óptimo remedio. Otra plantita silvestre, el aliso (*alyson*), contra el sollozo, atada con un hilo, alejaba, según Dioscórides, toda enfermedad de los ganados. A la ruda se atribuía soberana virtud contra la envidia, y Aristóteles da la razón, y Plinio recordaba que la ruda era el mejor remedio contra las picaduras de abejas; y todavía hoy se cultiva la ruda, adornada con nácar o coral, dentro de un cuerno lleno de tierra. El *antirrhinum,* vulgarmente «boca de león», pasaba como preservativo de todo maleficio. El *ciclamen,* según Dioscórides, era propio de las parturientas. La *verbena* se empleaba contra los encantos en las expiaciones sacras. Suspendido del cuello con lana de color rojo, tenía la *phœnix* poder para contener las hemorragias. La raíz del *leontopodio* era el amuleto amatorio. El *sedo* preservaba de los incendios.

Las hierbas de buen augurio acabaron por ser representadas en los vasos, originando decoraciones especiales, como las de la antigua *patera* llamada *felicata* (de *felicem*). La vegetación espontánea era presagio que se estimaba con arreglo a la germinación; así Augusto, que prestaba fe a ciertos presagios, hizo trasplantar y atender cuidadosamente una palma que había nacido frente a su casa entre las comisuras de las piedras, al patio de los Penates.

Para los supersticiosos todo se convierte en amuleto. Aristóteles, Nicandro, Escario y Plinio afirman el poder de la saliva humana contra los reptiles maléficos. El acto de escupirse en el pecho se reputaba como jactanciosa alabanza de sí mismo, y el mismo acto se ejecutaba para impetrar de la Divinidad perdón de demasiado audaces esperanzas. El esputo vigorizaba todo encanto, lo mismo que meterse en el pecho tres piedrecitas envueltas en púrpura.

Las mujeres gustan de engalanarse con cuanto encuentran, y como los amuletos sirven de ornamentos, los llevan en los

dedos, en el brazo y en el cuello, y de aquí el uso de los anillos o sortijas, armillas o brazaletes y moniles y collares. Las armillas, especialmente, solían revestir formas de animales felices, como la serpiente, o la cabeza de algún cisne o de otro volátil de buen augurio. Además, las armillas, como los arcaicos *calbeos*, los tubitos, anillos, *cóndulos* y *bulas*, podían contener amuletos, especialmente las últimas, propias de los triunfadores; así, Sertorio concedió a los jóvenes españoles que se distinguían en Huesca por su instrucción, bulas áureas. Al mismo tipo simbólico corresponden los ornamentos lunados que se han hallado en varias tumbas de Rusia meridional, y a los que se refiere Stacio; la *lúmula eburnea*, que llegó a ser distintivo propio de los patricios romanos, es del mismo género.

La forma de las *bulas* se derivó, probablemente, de la costumbre de llevar al cuello conchas bivalvas como las que se han hallado en una de las tumbas del Foro. Las bulas, las armillas huecas y los tubitos encerraban substancias profilácticas, a veces, de las más repugnantes. La lana preservaba de graves enfermedades y de las mordeduras de perros. Demóstenes pidió la muerte al veneno que guardaba en un amuleto, y Cleópatra lo encerraba, según Plutarco (1) y según Sifilinoo (2). La extremidad intestinal se estimaba como amuleto amatorio, el intestino caudal tenía poder contra las cuartanas, y la lana lo tenía contra toda clase de fiebres. El concepto de mal augurio que conserva la voz *siniestra*, es procedente de los auspicios. En las siembras, especialmente, importaba no olvidar que la mano feliz era la diestra.

Entre las substancias más aptas para proteger la vida de los niños, figuraban las ramas de madreselva, el coral y las antenas de escarabajo. Entre los metales, el oro era el mejor preservativo. El amuleto indio, por excelencia, está compuesto de una perla, un rubí, un zafiro, un topacio, un diamante,

(1) ἐν βελόνῃ.
(2) ἐν κνησιλῷ κοίλῃ.

una esmeralda y tres pedazos de lapizlázuli, collar y ámbar. El ámbar gozaba y aún goza de gran reputación; en las tumbas del Piceno y de la Etruria, el ámbar figura en multitud de ornamentos, siendo de color leonado-rojizo. Para los niños han sido muy usados los moniles de ámbar. Entre los *crepundios* infantiles, menciona Rudens un *ensículo*, una *securícula*, una *silicícula* y dos *maníeulas conexas*.

A la envidia se oponían amuletos especiales de forma obscena para desviar las miradas malignas o alejarlas con la risa; tales amuletos substituían a los cantos nupciales obscenos. Algunas conchas univalvas, y singularmente la *cyprea*, eran amuletos por la forma a que alude Plauto. Pero el amuleto por excelencia, a juzgar por los muchos encontrados en los pozos del Foro, caídos probablemente del cuello de las mujeres ocupadas en sacar agua, es el *fascinum*, siendo sus combinaciones simbólicas muy frecuentes también en el cuello de los niños y en los carros de los triunfadores.

Los preservativos contra la envidia se extendieron del uso privado al público; así el manípulo, la primitiva enseña del ejército romano, recuerda un manojo de heno en el extremo de un palo; el *dluifulla*, o manípulo druídico de la leyenda irlandesa, estaba encantado, y privaba de la inteligencia al enemigo a quien se le arrojaba al rostro; así también, el arcaico *bretas* o tronco ligneo, simulando a Artemisa, que los pelenos no se atrevían a mirar, pues su vista no sólo era terrible para los hombres, sino que era capaz de esterilizar los árboles y estropear las cosechas. Las enseñas podían ser *infesta signa* si se volvían al enemigo en sentido hostil; pero el mayor efecto lo producían las águilas como *legionum numina*; hasta el lábaro de Constantino con el monograma de Cristo, y el cuadro de tela representando al emperador y sus hijos, se tenía por preservativo, y pudo llamarlo Eusebio «amuleto victorioso». Triunfante el cristianismo, se consideró como preservativo el agua bendita, y se generalizó el uso de llevar al cuello con el «Agnus Dei» alguna página del Evangelio, como llevan los indios

un *mantra* o texto védico, costumbre combatida por los primeros Padres de la Iglesia.

Muchos testimonios prueban que el amuleto se estimaba como antídoto de la debilidad humana ingénita, y remedio contra los nocivos efectos de las enfermedades. Así, Teofrasto cuenta la confianza que Pericles tenía en el amuleto que llevaba al cuello; Alejandro Magno, presa de supersticiosos temores, sacaba presagios de cosas insólitas, hasta para asuntos insignificantes. En el siglo XVII se curó por sugestión una vieja a quien el médico había mandado llevar al cuello la fórmula siguiente: *Diabolus tibi rumpat collum.* El filosófo de Abdera investigaba los orígenes de la creencia, ya muy extendida en su tiempo, en el mal de ojo, y llegaba a admitir que las imágenes que salen de los ojos de ciertos individuos con todos los caracteres de maldad y de envidia, podían producir perturbaciones funestas en el cuerpo y en la mente de los fascinados. Aristóteles no juzga inverosímil ese influjo.

Ojo es voz neutra que participa del doble significado ofrecido, según Alcmeon, por todas las cosas; así, *periculum* significa *prueba* y *peligro; contagium*, *contagio* y *contacto*; *tempestas*, *tiempo* y *tempestad*, etc. *Fortuna*, en su primitivo concepto, tiene la rueda oscilante sobre el eje inmóvil. El movimiento negativo, o para abajo, provoca compasión, y él para arriba, envidia, excitando a Némesis que castigaba a los presuntuosos. Y así como *venenum* puede ser filtro amatorio, según su origen bueno o malo, así el ojo puede ser benévolo o adverso. *Invideo* no expresa sino el guardar de mal de ojo; y los ojos pintados en las naves y en las tazas debieron ejercer acción tutelar.

El rostro de los triunfadores durante las solemnidades estaba teñido de minio, como las estatuas de los dioses, en representación de la sangre enemiga, con cuya roja máscara se apartaba la envidia. Los confites de las bodas atenúan la envidia de los rivales, y la limosna cambia los sentimientos del pobre. El escupirse en el pecho era acto de humildad, el *Do-*

mine, non sum dignus contra la envidia humana. También son actos de humildad, el descubrirse la cabeza, el saludar y las frases deferentes.

El *voto* era promesa u ofrecimiento de un dón a las divinidades, en los casos desesperados. El voto supremo era la *devoción* u ofrecimiento de sí mismo; así, los Decios, antes de sacrificarse por el ejército romano, acumulaban maldiciones sobre las enseñas y las armas enemigas. Posteriormente, este sacrificio personal se hizo por procuración, sacrificando bueyes o cabras expiatorias, o por simulacro. Los campos de la India meridional están todavía hoy llenos de vasos blancos con manchas negras, que tienen por objeto desviar de las simientes miradas envidiosas o maléficos influjos. El ostracismo fue el arma de los envidiosos contra el envidiado.

De aquí la razón de evitar cuidadosamente las palabras de mal augurio, como la de *superesse* (estar preparado para la defensa) en el caso de abogado adulto patrocinando la causa de un menor, como recuerda Aulo Gelio. El otro sentido más corriente de *superesse* (sobrevivir) no era, a su vez, más que un contraeufemismo; pues los antiguos eufemismos servían para evitar las palabras de mal augurio. Así, Cicerón, al anunciar al pueblo que se ha ejecutado la estrangulación de los cómplices de Catilina, emplea el eufemismo: *Vixerunt*! (han vivido). Por eso también los griegos interpolaban en sus decretos la fórmula: «Agathé tyjé» (con buena fortuna), que figuraba en oro en el escudo de Demóstenes. Por lo mismo, los romanos anteponían a todos sus actos buenas palabras, y hasta el alistamiento de los soldados lo empezaban con nombres de buen augurio; así también se elegían soldados con nombre de buen augurio para purificar los templos. Las leyes de Manú exigían imponer nombres de buen augurio con arreglo al rito de *nama-karana*.

El silencio de la noche y de la muerte produce miedo, y para evitarlo se apela a la luz y al ruido. Así, los que tienen miedo de noche, mantienen encendida una lucecita, y los que atraviesan lugares solitarios, se dan valor silbando. Las anti-

guas lucernas tienen por eso formas comunes a los más fuertes amuletos, rematando su asa en una media-luna, o figurando lares o gladiadores, verdadera ostentación de fuerza viva. Aun hoy, desafiando el temporal, toca la campana de Santa María Mayor, y las mujeres miedosas agitan campanillas benditas. El mismo objeto tienen las colleras llenas de sonajas o campanillas que llevan los caballos para defenderlos del miedo. Las trompetas de hojalata ensordecedoras de la noche de la Befana, y las campanillas de barro cocido de la noche de San Juan, así como la difusión por el aire de los efluvios del ajo y de la lavanda, extremos opuestos de los olores, son todavía hoy envolturas vacías de antiguas supersticiones.

HISTORIA

La madre de D. Juan de Austria.—Largo tiempo ha permanecido la opinión pública en ignorancia casi absoluta sobre los orígenes de aquel célebre hijo natural de Carlos V, que dirigió en 1571 la batalla de Lepanto, y murió en la flor de la edad, dejando tras de sí una leyenda de ambición inquieta y de fogosa voluptuosidad. Entre los contemporáneos, «sólo Pablo Tiépolo, embajador de Venecia en la corte de Felipe II, atribuía a la madre de D. Juan bajo origen, lo que demuestra que había comenzado a transpirar el secreto de su nacimiento. La historia oficial de la corte de España tendía a presentar la madre del Gran Capitán como una noble dama, y en cuanto a Brantôme, vacila entre los diversos rumores entonces corrientes, y dice que D. Juan fue hijo de «una gran señora y condesa de Flandes, y no de una panadera o lavandera de Bruselas, como la mayor parte del mundo lo ha dicho». Aun así, no cree en la maternidad auténtica de la hermosa condesa, pues añade hablando del Emperador: «Haberla querido y acariciado mucho, hay que creerlo; pero, lo de ser madre de D. Juan, es grilla.»

El jesuíta Juan de Villafranca, en un estudio biográfico

del aya de D. Juan, doña Magdalena de Ulloa, nombra, a fines del siglo XVI, a cierta Bárbara de Blombes como madre putativa del príncipe; pero parece sospechar en esta maternidad de encargo una superchería de origen político; pues orígenes tan modestos están muy lejos de satisfacer sus prejuicios aristocráticos. Saint-Simón, a mediados del siglo XVIII, supone al príncipe nacido de madre desconocida. El silesiano Hoffmannswaldau de fines del siglo XVII; y, últimamente, el conocido novelista histórico Jorge Ebers, han tomado el idilio imperial como tema misterioso de sus amplificaciones literarias. Al fin, los historiadores, revisando papeles de Estado fácilmente accesibles hoy a la curiosidad de los investigadores, han encontrado la clave del enigma: D. Modesto Lafuente, por un lado; el belga Cachard y el conde alemán Hugo de Walderdorff, habían lanzado alguna luz sobre los orígenes maternales de D. Juan, puestos en plena luz por el libro de Herre, *Bárbara Blomberg*, cuyas conclusiones recoge en el *Mercure de France*, por Ernesto Seillière.

Entre los vástagos del emperador Carlos V, se distinguieron, por su positivo valer personal, dos hijos ilegítimos: Margarita de Austria, que se casó con el duque de Parma, Alejandro Farnesio, y fue hábil gobernadora de los Países Bajos, y D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto. Este último tenía veinticinco años menos que su hermana, pues el emperador Carlos V amó sinceramente a su esposa legítima Isabel de Portugal, y parece haberla sido fiel mientras duró su unión. Pero antes de su matrimonio, y casi adolescente todavía, en 1521, había encontrado en el castillo de Oudenarde, en casa del gobernador de la ciudad, una muchacha avispada, hija de un tapicero de los alrededores, Juana Van der Gheinst, haciéndola madre de Margarita de Austria. Un cuarto de siglo después, y ya viudo, distinguió en Ratisbona a aquella Bárbara Blomberg que daría a luz a D. Juan.

Estamos en la primavera de 1546: la Dieta del Imperio tenía que resolver aquel año gravísimos problemas, pues se tra-

taba de discutir la oportunidad de una guerra contra los protestantes de Alemania. Carlos V paraba en la hospedería de «La Cruz de Oro», herencia del patricio Bernardo Crafft, monumento que todavía subsiste como preciosa reliquia del arte tudesco de los mejores días del Renacimiento. En sus paseos por Ratisbona ha llamado la atención del emperador, en la calle o en la iglesia, una muchacha de diez y siete años, hija de un pasamanero llamado Plumberger (Blomberg a la flamenca), y hallada su Gretchen, el Fausto imperial la ha llevado a su lado. Ratisbona estaba acostumbrada a aventuras de este género, y la cosa no era para sorprender demasiado; Bárbara era amiga del placer fácil y de la vida alegre, y es posible que ni siquiera fuera escrupulosamente fiel a su coronado amante durante los cuatro meses de su permanencia en la ciudad. La única vez de su vida en que se halló en presencia de su hijo, entonces en todo el esplendor de su gloria y de su poder, disputó con él groseramente, y en el calor de la disputa le echó en cara la más odiosa injuria, diciéndole que si se creía hijo de Carlos V, su verdadero padre era un lacayo, un furriel de la casa imperial.

Fuera que el emperador sospechara de esas ligerezas de su amante, que se cansara de ella por la vulgaridad de sus gustos o por otra causa, o que la política le apartara de aquella pasajera unión, lo cierto es que Carlos V pareció olvidar completamente a la alegre Bárbara; pero cuando supo que ésta había dado a luz un hijo, el 2 de Febrero de 1547, es decir, el día aniversario de su propio nacimiento, hizo recoger y cuidar al niño por su omnipotente camarero Adrián Dubois, que con el no menos influyente ujier de la cámara imperial Ogier Bodart, eran los únicos que habían conocido y servido los amores del amo.

A los tres años, D. Juan fue confiado al violinista imperial Francisco Massi, quien lo conservó hasta los siete años. Muerto Massi, el emperador se decidió a dar al niño, que anunciaba sus buenas disposiciones, una educación más conforme a su

alto nacimiento, confiándolo a D.ª Magdalena de Ulloa, esposa de D. Luis Méndez de Quijada. Esta gran señora, que creía que D. Juan era hijo de su esposo y de una alemana, se consagró a su educación, hasta que, a los trece años, al extinguirse Carlos V en el monasterio de Yuste, reconoce en su testamento a su hijo, y manda se le trate como tal, y se le eduque en compañía de D. Carlos, heredero del trono. Felipe II, respetando la voluntad paterna, lo presenta a los grandes de España como su hermano, y D. Juan entra de lleno en el desempeño de su altísima misión.

¿Qué había sido entretanto de Bárbara Plumberger? Carlos V la había casado con un oficial de su séquito, un tal Kegel, que, siguiendo la moda de la época, había latinizado su nombre, convirtiéndolo en Piramus. Bárbara debía recibir de dote 5.000 florines, y disfrutar, además, de una renta anual de 400 talers (1.200 pesetas). La renta no era grande, y la dote no fue cobrada sino veinte años más tarde. En su testamento, Carlos V dispuso que se constituyera una renta vitalicia de 200 florines a Bárbara, módica largueza que demuestra lo que Carlos V se había desinteresado de su amiga de un día. Píramo, nombrado inspector de los regimientos alemanes de Flandes, se estableció en Bruselas bastante modestamente, dándole Bárbara dos hijos y dos hijas, siendo bastante dudosa la fidelidad de su mujer. En 1569, Píramo murió por accidente: por habérsele metido la espada en el cuerpo a consecuencia de un paso en falso en la calle, modo de morir que hace presumir algún drama doméstico. Por entonces, precisamente, D. Juan recibía, a los veintidós años, el mando en jefe del ejército español, enviado contra los moriscos insurrectos de Granada, donde se cubrirá de gloria. El duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, se preocupa de las consecuencias posibles de la viudez de Bárbara, cargada de deudas y con mediana reputación. Advierte a D. Juan lo que ocurre, y el príncipe, acampado en Sierra Nevada, estudia el asunto con su jefe de estado mayor, D. Luis de Requesens, y resuelve tratar generosamente a

aquella madre poco decorativa, cuyas caricias le son desconocidas. Alba entabla entonces negociaciones con Bárbara, y sus cartas al rey Felipe muestran las dificultades que encontró.

Ante todo, se deseaba que los orígenes de D. Juan siguieran ignorados del gran público; para lo cual se invitó a Bárbara a que dejara Bruselas para establecerse en cualquier ciudad de menor importancia; ella acepta la combinación a precio de oro; pero se niega a vivir en Mons, porque habla mal el francés, prefiriendo trasladarse a Gante. Lo hace así, y, recobrando su nombre de soltera, se hace llamar Bárbara Plomberg. Exige, además, un tren de casa principesco, con diez y seis criados, dos doncellas de honor, un paje y un capellán; prodiga fiestas y banquetes; tira, literalmente, el dinero por las ventanas, y se conduce en todo como una mujer del pueblo bajo, a quien una buena fortuna hubiera inopinadamente provisto de recursos. «Gratificar a aquella criatura—escribía el duque de Alba amargamente,—era llevar subsidios al río.»

Entonces piensan trasladarla a España, donde sería más fácil tenerla sujeta; pero ella se niega rotundamente a habitar un país donde se encierra demasiado fácilmente a las mujeres en cualquier monasterio, y añade que antes la cortarían en pedazos que hacerla consentir en el viaje. Es más: a los pocos meses de su estancia en Gante, se vuelve a Bruselas, sin respeto al compromiso adquirido, y se pone en seguida a vivir del modo más desordenado. Por una parte, quiere que la traten como princesa, exigiendo que la servidumbre la dé este título, y por otra, conserva todas sus antiguas relaciones, sobre todo, las de peor fama; y aun las adquiere peores todavía, pues hace su amiga íntima de cierta Frayken, celestina conocida, sostenedora de casas de mala fama en el puerto de Amberes, matrona experta encargada de proporcionarla amantes. Y así se pasa los días en orgías estrepitosas con sus complacientes, o en escenas violentas con sus servidores, renovadas sin cesar, pues ninguno aguanta más de una semana sus algaradas.

Sus comensales los recluta entre los oficiales o funciona-

rios españoles, algunos de los cuales la son fielmente adictos, y entre los ingleses católicos fugitivos de su país. Entre ellos, pronto distingue a un aventurero de dudosa reputación, un tal Antonio Standen, que pretende haber salvado la vida de María Stuardo en aquella trágica jornada del 9 de Marzo de 1566, en la que la reina de Escocia vió asesinar en su presencia a su secretario Ricio. Establecido después en París como espía, tomando de blancos y de negros, contribuyó a preparar la Saint-Bartélemy, representando luego en España el mismo bajo papel. Diez años más joven que Bárbara, este edificante personaje vive con ella en tal intimidad, que se los supone casados en secreto. El duque de Alba, exasperado por aquel escándalo, piensa en llevarse a viva fuerza a la alegre viuda para internarla en cualquier convento castellano. Pero, por una parte, el miedo al ruído que aquel rapto haría, y por otra, el afecto filial que D. Juan, ya vencedor de Lepanto y esperanza de la cristiandad profesaba a su madre, ignorante de su mala conducta, le impedían llevar a cabo su propósito. Luis de Requesens, confidente de D. Juan, reemplaza al duque en el gobierno de los Países Bajos, y vacila también ante los mismos escrúpulos; entonces medita un plan para llevar la viuda a Nápoles, donde su hijo estaba de virrey, contando con que al llegar a Génova se la embarcaría, no para Nápoles, sino para España. El proyecto no era malo; pero Requesens no se atrevió a ejecutarlo, contentándose con poner a Antonio Standen en sitio seguro.

En 1576, el mismo D. Juan es nombrado gobernador de los Países Bajos; se halla en el zenit de su reputación europea. Pareciéndole poco el reino que ha pensado en formarse con la regencia de Túnez, negocia con la curia romana para destronar a la protestante Isabel Tudor, y reunir en su propia cabeza las coronas de Inglaterra y Escocia, casándose con María Stuardo, y reconquistando así la Gran Bretaña para la unidad católica. En tal estado de ánimo, los escándalos de su madre no podían menos de perjudicarle. La oposición protestante ex-

plota contra él la deplorable fama de Bárbara, y sangrientas sátiras y virulentos folletos pregonan su bastardo origen. Don Juan hace venir a su madre para convencerla de los motivos que tiene para alejarla del país; pero la indomable virago se niega una vez más a dejar por la árida meseta de Castilla el país de las alegres comilonas, inmortalizadas por Rubens. Para ella, la gloria y la fortuna de su hijo no pesaban nada; y exaltada por la disputa, lanza a D. Juan la tremenda invectiva de ser hijo de un lacayo. Don Juan la hace provisionalmente detener en un castillo de la vecindad. Viéndose allí menos libre de lo que estaría en España, transige, y en Marzo de 1577 la embarcan, con honores casi reales, en una flotilla de seis buques mandada por el almirante Doria, y en compañía del capitán Conde de Falkenberg, llegando con este pomposo equipaje al puertecito de Laredo, de donde pasa a Valladolid. Allí la espera el aya de D. Juan, D.ª Magdalena de Ulloa, que la instala poco después en el convento de dominicas de Santa María la Real, en San Cebrián de Mazote, lugar de que era señor el Marqués de la Mota, hermano de D.ª Magdalena.

Bárbara pasó cuatro años en aquel convento, y aunque ya frisaba en los cincuenta y estaba sujeta a la regla, hizo del mayordomo que la dieron, Juan de Mazatebe, antiguo servidor de su hijo, no sólo una víctima de su afán de lujo, sacándole sumas importantes, sino su amante, con gran escándalo de la comunidad. Hubo que alejarla, y como D. Juan había muerto prematuramente en 1478, la suerte de su madre preocupaba menos, y así se la permitió establecerse en Colindres, en la costa cantábrica, donde recibía de tiempo en tiempo la visita de sus antiguos amigos de Bruselas.

La edad, al fin, venció aquel temperamento desenfrenado. Acometida por las primeras enfermedades de la vejez, entró en relaciones amistosas con las familias hidalgas de la región, que veían en ella a «la serenísima madre del serenísimo señor D. Juan de Austria», frecuentando también a los eclesiásti-

cos de las cercanías. Al fin, se estableció en pleno campo, en una casita al Oeste de Colindres, donde murió rodeada de sus ocho criados. En su testamento dejó gran número de misas para la salvación de su alma, disponiendo que los pobres, vestidos de nuevo a su costa, acompañaran con cirios su cadáver, y mandando erigir sobre su tumba, a la derecha del altar mayor de la iglesia de los franciscanos de Laredo, un monumento, honor que juzga bien merecido, por haber sido «la madre de tan gran príncipe».

Felipe II, a quien Bárbara tuvo la suprema desvergüenza de nombrar su ejecutor testamentario, aunque sólo dejaba deudas, supo la muerte de Bárbara cuando él mismo estaba agonizando en su lecho de El Escorial. Confirmó lo dispuesto en el testamento en cuanto a la ceremonia fúnebre, pero nada ordenó en cuanto al monumento conmemorativo. Y así la señora Piramus fue enterrada sin que una inscripción siquiera señalara el lugar de su sepultura. En el inventario de sus muebles figura un retrato de D. Piramus, la imagen de D. Juan y la de María Estuardo, y una tela sin marco, representando «la batalla naval», como dice sin más precisión el documento notarial de donde Seillière saca la noticia.

MORAL

La moral de Lafontaine.—La filosofía de Lafontaine la resume en sus rasgos generales Emilio Faguet en la *Revue Hebdomadaire*, diciendo que en el fondo es un epicúreo que cree en la Providencia, en la intervención de la Divinidad en los negocios humanos y en la existencia del alma, eterna en el hombre y mortal en los animales. Sobre este fondo de filosofía reconstituye su moral.

Importa, ante todo, distinguir entre la moralidad de un hombre y la moral que predica. La moralidad de Lafontaine es nula; pero su moral vale algo. Doumic ha dicho: «¡Oh! Si encontráis un átomo de moral en las fábulas de Lafontaine,

ya podéis decir que tenéis imaginación.» Faguet opina casi lo mismo, pero afirma que hay momentos en que Lafontaine se acerca a la moral. Y como en esto de moral hay que saber lo que se dice, Faguet se contenta con definir la moral como «lo que desinteresa a un hombre de sí mismo».

Partiendo de este concepto, hay que distinguir en las fábulas de Lafontaine lo que es simple consignación de hechos, y lo que es consejo o precepto dado por el autor. Lafontaine, en la mayor parte de sus fábulas, se limita a consignar hechos; no afirma que es preciso que la razón del más fuerte sea siempre la mejor, sino que dice: «La razón del más fuerte es siempre la mejor; vamos a verlo ahora mismo.» La gran mayoría de las fábulas de Lafontaine tiene siempre ese tono; el tono de un hombre que consigna lo que ha observado. Veamos lo que consigna, y luego lo que aconseja.

Consignaciones: Las de Lafontaine son bastante tristes, habiendo visto el mundo como suelen verlo los pesimistas y los satíricos. El fuerte es el rey del mundo; prueba: *El lobo y el cordero*; *La ternera, la cabra, la oveja y el león*. Hechas las cuatro partes de la presa, el león se atribuye la primera, porque es el rey; la segunda, por su derecho, el derecho del más fuerte; la tercera, porque es el más valiente; en cuanto a la cuarta... «si alguna de vosotras toca a la cuarta, empezaré por estrangularla». Lo mismo se dice en «Los animales enfermos de la peste»: «según seais, potente o miserable, las sentencias del juez os harán blanco o negro». El más fuerte es el rey, y tras él el más astuto, el más hábil; ejemplo: *La zorra y el macho cabrío*; el macho se queda en el fondo del pozo, porque es un imbécil. Hay que ser listo y dejarse de generosidades. Lo mismo sucede en *El lobo y la zorra* y en *Las exequias de la leona*. El resumen de todos estos hechos se encuentra en *La araña y la golondrina*: Júpiter, para cada profesión, puso dos mesas en el mundo; el listo, el vigilante y el fuerte están sentados en la primera, y los pequeños comen las sobras en la segunda. He ahí la información social e histórica de Lafontaine. No es alentadora,

pero hay que convenir en que es el más poético, el más elocuente y el más seductor de los reporters.

Pasemos a Lafontaine consejero, y por lo tanto, a la moral de Lafontaine, que no deja de tener sus grados. En el grado más bajo encontramos la cobardía, el sanchopancismo: «El sabio dice, según las gentes: viva el rey, viva la liga.» Es un consejo semejante al de Voltaire: «Tratad de salir del paso lo mejor que podáis y sin reparar en los medios.» Ese es el primer grado de Lafontaine moralista.

Subiendo un poco, Lafontaine recomienda la resignación, como, por ejemplo, en *El pavo real quejándose a Juno*: el pavo está orgulloso con su plumaje, pero se queja de su voz a su patrona, y Juno le responde: «Como te quejes de no tener una linda voz, te quitaré tus plumas.» Lo mismo en *Las ranas pidiendo rey*, e igualmente en *El pastor y el mar*, *El asno y el perrito*, *La muerte y el moribundo*. El segundo de los consejos morales de Lafontaine es la resignación.

Tercer grado: el trabajo; hay que trabajar. Ejemplo: *El viejo y sus hijos*, *El carretero enfangado* y *La liebre y la tortuga*. El tesoro se halla en el campo; pero, a fuerza de revolverlo en todos sentidos. Júpiter ayuda al que trabaja; pero hay que moverse; se debe correr, pero no a tontas y a locas, sino sabiendo adonde se va y saliendo a punto.

Cuarto grado: silencio. La prudencia, la previsión es quizá lo que más recomienda Lafontaine. Casi todos los animales desgraciados lo son por su falta de previsión; así se ve en *El lobo, la cabra y el cabrito*; en *El cuervo queriendo imitar al águila*; *El pollo, el gato y el ratón*, y *El molinero, su hijo y el burro*. El cabrito se salva del lobo por su previsión; el cuervo se queda enredado en las lanas del cordero por su imprudencia; el ratoncillo perece por su imprevisión.

En el quinto grado Lafontaine recomienda la mediocridad. Horacio encontró la dicha en la *áurea mediocritas*, y Lafontaine considera la medianía como cosa excelente en *Los dos mulos*, en *El lobo y el perro*, en *El pastor y el rey*, y sobre

todo, en *Los deseos*. El mulo del molinero se ve libre de los bandidos que atacan al mulo que lleva el tesoro de la gaveta; el lobo prefiere su vida independiente a la servidumbre del perro; el pastor vive feliz, libre de las preocupaciones del gobierno; la medianía, después de la fortuna, hace felices a los noruegos.

En la cima ya de su moral, Lafontaine recomienda la solidaridad y la bondad. La solidaridad la recomienda en «El caballo y el burro.» El caballo, un corcel de guerra probablemente, no llevaba nada; el burro iba cargado y sobrecargado; suplica a su compañero que le ayude a soportar la carga, y el caballo se niega como verdadero gran señor, mal hombre; el asno sucumbe y su carga pasa a los lomos del caballo. La bondad se recomienda en *El lobo y las ovejas* y en *El aldeano y la serpiente*, aunque aquí es más bien la ingratitud la que se condena.

Y eso es todo; es decir, la moral del interés bien entendido. Y he ahí por qué ciertos espíritus, justos sin duda, pero quizá algo severos, han tratado de inmorales las fábulas de Lafontaine. Tal sucede con Jacobo Rousseau, Napoleón I y Lamartine. Rousseau decía que Lafontaine recomendaba verdaderos vicios morales; pues un niño que leyera sus fábulas querría ser el zorro y no el cuervo; Napoleón sostenía que el tono irónico de Lafontaine no está al alcance de los niños, y los expone a tomar la fábula al revés. Lamartine, verdadero superhombre, no comprendía la moral casera de Lafontaine. Quizá todos ellos tengan razón, y eso explica las discusiones entre los pedagogos sobre la conveniencia de hacer de las fábulas de Lafontaine un libro de lectura para las escuelas.

BIOGRAFIA

El P. Jacinto y Jorge Sand.—En el período en que el famoso P. Jacinto, el gran predicador de Nuestra Señora de París, sostenía consigo mismo la tremenda batalla en que iba a

naufragar su fe, atravesando una crisis interior que puede seguirse paso a paso en los documentos, memorias y cartas publicadas por Alberto Houtin en la *Grande Revue*, convirtió en 1867 a una actriz de la Comedia Francesa, la señora Arnould Plessy, que aunque bautizada en la iglesia romana, había sido criada fuera de todo culto. Le había sido presentada por la señora Roger Desgenettes. Después de su primera entrevista, la señora Plessy dijo a la señora Desgenettes que se lo refirió al sabio carmelita: «¡Qué bueno sería revelar el amor a este hombre!» La confesó el 8 de Octubre de 1867, y la preparó para su primera comunión, que hizo el día 2 de Enero de 1868, llegando a ser tan devota, que cuando el Padre se casó, en 1872, rompió con él como la señora Desgenettes había roto en cuanto salió del convento. La señora Arnould Plessy anunció poco a poco y discretamente su conversión a sus amigos, que se sorprendieron mucho, y especialmente Jorge Sand, que se puso furiosa. Tras algunas explicaciones, la novelista escribió a la actriz la carta siguiente:

«Nohant, 13 Setiembre de 1868.

»Gracias por vuestro billete, querida gran pava de muchacha. ¿No estáis mala? *Va bene.*

»Os veré representar cuando vuelva a París, dentro de una quincena. Acabo de escribir al Sr. Legouvé para darle gracias por su intención y por su carta, que es muy amable.

»No queréis que os argumente. Os exaltáis. No queréis que se rían de vuestros místicos amores con ese señor que no lleva medias, y que se hace llamar Padre porque le está prohibido serlo. Comprometeos, entonces, a no decir jamás una palabra contra las personas de vuestra antigua opinión, contra vuestros ex-hermanos, contra los librepensadores, contra los ateos mismos, que tienen el derecho de ser lo que quieren. Guardad profundo silencio cuando se hable de la libertad de que habéis renegado, del porvenir de los hombres y de sus progresos, que vuestra Iglesia os prohibe querer y esperar, de los héroes y de los mártires que han muerto por su patria; tened, en fin,

para las creencias que yo tengo el mismo respeto que exigís tenga yo para las vuestras, y así tendréis algún derecho a qué os dejen tranquila. Para eso es preciso estar tranquila de corazón y de espíritu, y no apasionarse, como los católicos, contra lo que no es católico. Os he sobreexcitado en Nohant: os juro por mi honor que no sabía que estuviérais chiflada por el fraile, ni que creyérais en el diablo. Me hubiera encolerizado contra cualquiera que me hubiera dicho que habíais venido a dar en eso. Habéis proclamado vuestra locura con mucha rabia contra los que no la compartían; aborrecéis a los republicanos, deseáis el triunfo del Imperio, queréis que la sotana nos manche a todos, y que la Iglesia reine. La idolatría, el insulto a Dios, los buenos ignorantinos que violan a los muchachitos por centenares, todo eso os parece encantador; el infierno también, el Dios que se venga, que se complace en el mal, que prescribe el embrutecimiento, el envilecimiento. Os he dicho que teníais un reblandecimiento de cerebro; está dicho, y no me desdigo de ello. No queréis que una se enfade, no queréis que se llore, no queréis que se ría. Eso puede ser; pero, pretendéis que os quieran y que os estimen. Eso es imposible. No, mi pobre hija; no mentiré. Si eso no es un capricho pasajero, una chifladura histérica, fruto de una enfermedad de mujer; si habéis de seguir así, no os sorprenda veros decaída para mí, e infinitamente menos estimable. Mi amistad no será ya sino un recuerdo compasivo, como el que se conserva de un noble espíritu presa de demencia. Ved por mi franqueza cuán sincera y vivamente sentido era mi afecto. Pero ¿qué os importa? Encontraréis la dicha en ese estado de espíritu: os jactáis de buscar, de querer la dicha, como si se tuviera el derecho de conquistarla a toda costa y sin ningún cuidado del escándalo que se da, del mal que se hace, de la vergüenza que se acepta. Es el razonamiento del más perfecto egoísmo. No os envidio esa dicha más que el ajenjo de los borrachos y la sodomía de los frailes. Andad, cuando eso os pase volveréis a nosotros y me encontraréis de nuevo.—*J. Sand.*

»Resumo a escape todo cuanto os he dicho y redicho. Quiero redeciros todavía esto: apremiada por mi horror al dogma de la condenación y a la innoble invención de Satanás, más fuerte que Dios en el universo intelectual, habéis respondido que el Sr. Jacinto no admitía quizá todo eso, y que era todo amor y todo perdón. Si es así, que lo diga, no en el secreto de las expansiones místicas, sino como todo hombre honrado debe decir su pensamiento. Que os escriba una carta que me podáis enseñar, como podéis enseñarle la mía, y que en esa carta, firmada y fechada como yo fecho y firmo la mía, diga: «No, no hay espíritu del mal en el universo, Dios no lo permitiría. No hay más que ignorancia, y Dios manda al hombre combatir la ignorancia y las supersticiones del pasado.» Que diga y escriba eso, y yo diré que no es católico, pero que es hombre honrado. Pero si lo piensa y no lo declara, es un hipócrita, un cobarde y un intrigante escéptico. Yo desprecio a todo hombre que no puede decir lo que piensa y que no echa a las ortigas la librea que le condena al silencio y al miedo; miraré como empequeñecida, aminorada y manchada a la mujer que le da su alma para guiarla y modelarla. He dicho. No diré ya nada. Eso me da asco. Trataré de olvidar cuánto os he apreciado.»

La señora Arnould Plessy contestó a las crueldades de Jorge Sand con el siguiente billete del 15 de Setiembre: «No creo haber dicho una palabra de lo que creéis haber entendido. ¿Pasión? ¿Rabia? ¿Odio? ¡Oh! Ante Dios digo que habéis tenido un mal sueño. Yo estoy muy tranquila. Amo a Dios por encima de todas las cosas, y a mi prójimo como a mí misma. Os lo digo porque es así. Me parece imposible que lo dudéis. ¿Yo querer, lo que quiera que sea, contra quienquiera que sea? No, no. Eso no es así. No podéis creer que sea así. No me amáis ya, no me estimáis ya. Acepto esa desgracia en espiación de todas mis culpas pasadas, aunque inmerecida en el estado en que hoy siento mi corazón y mi alma.»

Además, contó el incidente al P. Jacinto, que escribió a

Jorge Sand: «Señora: Hasta la vuelta de un viaje que acabo de hacer a Inglaterra, no ha podido la señora Arnould Plessy cumplir la misión que para mí la dábais. Me ha comunicado, no sin alguna pena, la carta que la habéis escrito el 13 de Setiembre, y en la que se trata de mí.

»Los términos de esa carta son tan poco mesurados, que mi primer movimiento había sido no contestarla sino con el silencio. Pero reflexionando, he creído comprender que ese género de respuesta no era bastante conforme, ni a las consideraciones que reclama una persona de vuestro valer ni al espíritu que el Evangelio inspira a sus ministros.

»Vengo, pues, a deciros, señora, puesto que me lo preguntáis, que creo en la existencia del espíritu del mal y en su acción en el mundo moral, y si me permitís añadirlo, con franqueza, y sin ninguna intención mortificante, vuestra misma carta podría servirme de prueba de la verdad de mi fe. ¿Cómo una inteligencia tan distinguida y un corazón tan noble como los vuestros, llegarían a escribir cosas semejantes si estuvieran abandonados a su inspiración natural?

»Pero si creo en la acción del espíritu del mal en la humanidad, creo todavía más en la acción del espíritu del bien. Mi fe en la caída no hace más que aumentar mi fe en el progreso. El progreso es más grandioso cuando tiene su punto de partida en el abismo y su puesto de llegada en los cielos, que cuando va de la tierra a la tierra. No es ya heroico sino realizándose por la lucha y, a pesar del obstáculo; obstáculo interior y obstáculo exterior, lucha contra nosotros mismos y contra Satanás.

»Pero, señora, pensemos menos en Satanás y más en Jesús. A causa, sobre todo, de Él, que se ha convertido en nuestro hermano siguiendo siendo nuestro Dios, debemos estar orgullosos de nuestra raza, y en Él, sobre todo, hay que esperar para la mejora moral y religiosa de los hombres. Convengo en que todos, más o menos, hijos de la Iglesia cristiana o ministros suyos, pero hombres nosotros mismos y, por consiguien-

te pecadores, proyectamos nuestra sombra sobre esta augusta y santa figura; pero afirmo que esta sombra, lejos de ocultar la luz, se transfigura en ella en misericordia. Por eso no os doy el derecho de llamarme hipócrita, cobarde ni intrigante escéptico, y sigo siendo admirador de vuestro hermoso talento, aunque lo volváis contra nosotros, y humilde y adicto servidor de vuestra alma ante Dios, por una oración que no podéis prohibirme.—Passy, 3 Octubre 1868.»

Jorge Sand respondió: «6 Octubre 1868. París.—Muy señor mío: Claro es que mis dos epítetos no se dirigen a vos. No os conozco; se dirigen al hombre que no creyera en Satanás y en el infierno, y que no se atreviera a confesarlo. Se ha dicho ante mí que rechazábais el dogma horrible de los castigos eternos; pero que no podíais decir en voz alta todo lo que pensábais. A eso he respondido, he dicho, he escrito, que un hombre en esa situación de no poder decir su pensamiento sobre el punto esencial de la creencia humana, estaba clavado con remache a la vergüenza de la esclavitud intelectual y moral. Esa es la hipocresía, esa es la cobardía; pero nuestros amigos habían comprendido mal. Creéis en un Dios que no perdona. No sois hipócrita, sois vengativo; no sois cobarde, sois cruel; no sois intrigante ni escéptico, sois fanático.

»Bien sé que sois un hombre muy indulgente y muy dulce. ¿Qué os importa, por otra parte, mi opinión sobre vos? Aquí no se trata ni de vos ni de mí; nuestras personalidades nada tienen que ver en una cuestión en que no se abordan. Se trata de otra cosa: de si el Universo está gobernado por un Dios bueno o malo. Es mucha lástima que, por una creencia monstruosa, un hombre bueno se vea reducido y condenado a creer malo a Dios, y, por consiguiente, a condenar malamente a sus semejantes a los eternos suplicios. Os compadezco y doy gracias a Dios de haberse revelado a mí clemente y justo. Le ruego que os ilumine y os vuelva a Él. Pero gritaré a los que amo, que se alejen de vos, que sois tanto más peligroso cuanto más sincero, y que buscáis cómplices, con lo cual, creyendo

servir a Dios, le ultrajáis en el más sublime de sus atributos: la bondad infinita.—*Jorge Sand.*»

IMPRESIONES Y NOTAS

Un discípulo de Peguy.—Todo lo malo se pega, hasta los galimatías de Peguy. En un artículo de polémica del *Boletín de los Profesores católicos de la Universidad*, de Coutances, tropezamos con este parrafito: «El señor Laudet parece ignorar que millares de cristianos, que millares de santos, que cristianos, que santos innumerables han ganado el cielo por la práctica oscura, practicando oscuramente las virtudes mismas imitadas, las virtudes oscuras imitadas, las virtudes no públicas imitadas:

Primeramente y yendo hacia la fuente, remontando hacia la fuente, primeramente de todas las virtudes, virtudes enteras de los santos no públicos;

Segundamente, de las virtudes no públicas de la vida no pública del período no público y también de las virtudes no públicas de la vida pública del período público de la vida de los santos públicos;

Terceramente y especialmente y eminentemente en los santos públicos, entre los santos públicos, de las virtudes no públicas de la vida no pública, del período no público de la vida de Jesús; y también de las virtudes no públicas de la vida pública del período público de la vida de Jesús.»

No crean ustedes que esto es un párrafo escogido. Todo es así.

***

Los centros estratégicos del Islam.—Son tres: la Meca, Constantinopla y el Cairo. La Meca, según el Dr. Levermez, es para los mahometanos el corazón del mundo islámico; Constantinopla, la mano; y el Cairo, la cabeza. Puede decirse que

no se pasa ningún día sin que todo musulmán practicante no piense en estas tres ciudades: el ejemplar del Korán que lee, está seguramente impreso en el Cairo; todos los días, al prosternarse para la oración, orienta su alfombra en dirección a la Meca, y cada viernes recita oraciones por la salud del sultán de Constantinopla.

La importancia de la Meca deriva del número enorme de peregrinos de todas las partes del mundo que la visitan todos los años, y que no suelen bajar de 200.000. En la Meca es donde Alah construyó un tabernáculo donde hoy se encuentra la Kaaba. La santa mezquita (*Megid-el-Haram*) en que está guardada la Kaaba, es el santuario principal del Islam, y contiene la piedra negra, la fuente de Zemzem, el gran pupitre, la escala y las mezquitas de Saab y de Abbas. Ningún cristiano puede penetrar en ella, sin grave riesgo de morir. Allí está prohibido dibujar en absoluto. La Meca, por otra parte, es centro importante del comercio de esclavos, y todos los funcionarios están corrompidos.

Constantinopla es no sólo la capital de Turquía, sino la residencia del *Iman-el-Marslimin*, el supremo pontífice del islamismo. Por eso también, las miradas de todos los mahometanos, de Marruecos a Filipinas, se vuelven a ella constantemente.

En cuanto al Cairo, el 90 por 100 de sus 70.000 habitantes está compuesto de mahometanos, no habiendo en el mundo ninguna ciudad con tan numerosa población musulmana, siendo insuficientes para el culto sus 206 mezquitas. El Cairo es además un centro editorial de gran importancia; en él se publican 80 diarios, entre ellos, dos para mujeres y tres revistas neutras.

***

La primera representación de Tannhaüser en París.— La princesa Paulina Metternich-Sandor publica en la *Neue Freie Presse* un artículo relatando su intervención en Fran-

cia en favor de Wagner, a quien había conocido por medio de Liszt. Entusiasmada por la belleza de *Tannhäuser* en Viena, se propuso darlo a conocer en París. El 20 de Noviembre contaba en la villa imperial de Compiegnes, la aristócrata austriaca, cómo había conocido a Wagner, hablando con entusiasmo de su genio. Todos se burlaron de ella, asegurándola que la monstruosa música del porvenir jamás sería bien recibida en Francia; que aquel Wagner tan ridículamente ovacionado en Alemania, no sabía una palabra de armonía, y sólo sobresalía en meter ruido con el bombo y los platillos. Discutir con personas que hablaban así seriamente, era imposible, y la princesa abandonó la idea de hacer representar *Tannhäuser*. Pero un día se le presentó una ocasión verdaderamente excepcional.

«Se daba—dice—un baile en las Tullerías; el emperador se acercó a mí; hablamos de diferentes asuntos hasta que, por casualidad, la conversación recayó sobre la representación de la Opera. Yo no podía contenerme de decir francamente al emperador que era deplorable que el repertorio contuviese un número de obras tan limitado, y que no se supiera hallar nada, fuera de *Guillermo Tell*, de *Los Hugonotes*, de *La Favorita*. ¿Por qué, observé, no habían de representar aquí, como en todos los grandes teatros de Austria y de Alemania, todas las óperas nuevas que han tenido éxito? Y, a propósito, añadí, tendría una gran súplica que hacer a V. M.—¿Una súplica concerniente a una ópera?—preguntó Napoleón III, curioso y sonriente.—Sí, a una ópera que quisiera ver representada aquí a toda costa.—Y ¿de quién es esa ópera maravillosa?—De Ricardo Wagner, uno de los mayores compositores contemporáneos; su título es *Tannhäuser*.—El *Tannhäuser* de Ricardo Wagner...—murmuró el emperador hinchando las mejillas;—nunca he oído hablar de la ópera ni del compositor. ¿Y me aseguráis que se trata de una obra verdaderamente bella?—A mi afirmación, S. M. se volvió hacia el conde Bacciochi, intendente de los teatros imperiales, y le dijo:—Escuchad, Baccio-

chi; la princesa Metternich se interesa por una ópera titulada *Tannhäuser*, de un tal Ricardo Wagner. Deseo que esa ópera se represente.—Bacciochi se inclinó y dijo:—Como V. M. mande.—Yo estaba estupefacta de la facilidad con que había sido escuchado mi deseo.

Al año siguiente, preparado todo, empezaron los ensayos dirigidos por el mismo Wagner, en 1863. Era tan exigente y tan insoportable, que si la orden no hubiera emanado del emperador, difícilmente se hubiera ejecutado; pues todo el personal, músicos, cantores, coristas, maquinistas y creo que hasta los lampistas, estaban furiosos y se negaban frecuentemente a obedecer los caprichos del maestro. La princesa, cuenta minuciosamente todos los pormenores de la primera representación; pero sabido es lo estrepitoso de su fracaso.

***

El nuevo mal de los aviadores.—Varios médicos han hecho una información entre los aviadores, y dan las conclusiones de sus estudios en la *Revue Médicale*.

Ascensión.—En la subida, la respiración se hace más corta a los 1.500 metros próximamente. El corazón late más aprisa, pero sin palpitaciones; no existen, propiamente hablando, náuseas o sensaciones de hinchazón de vientre, como en ciertas ascensiones de montaña, sino un ligero malestar, que Morane atribuye a «la angustia y la gran soledad que se siente». Hacia los 1.200 metros, el ruido del motor disminuye, y este fenómeno, muy claro en tiempo seco, aumenta en tiempo nuboso o brumoso. Los zumbidos de oídos, ligeros al principio, no aparecen sino a mayor altura; según Morane, hacia los 1.800 metros; sin embargo, Legagneux anunció chasquidos de oídos «a una altura inferior», y un pasajero que subía por primera vez en un biplano experimentó también el mismo fenómeno a unos 300 ó 400 metros. Ningún aviador ha notado vértigos.

«La vista, dice Morane, es siempre muy clara; lo que haría

creer lo contrario, es la rapidez con que los objetos y las cosas disminuyen y se alejan.» Además, en tiempo claro y de ligera bruma, el sol, reflejándose sobre la bruma como sobre un espejo, le deja a uno como ciego y perturba considerablemente, sobre todo en los remolinos, la dirección del monoplano, cuya gran dificultad está en no hacer ángulos demasiado acentuados, ni al subir ni al bajar. Otro aviador ha presentado verdaderas alucinaciones visuales en el circuito del Este: a cada instante veía erguirse a su izquierda dos flechas de catedral, cuando no las había. A partir de 1.500 metros, en los aviadores experimentados aparece una ligera cefalea en torno de las sienes; en los novatos, muy por bajo de esta altura. El frío se hace penoso desde los 2.000 metros. «En Burdeos, en Setiembre—dice Morane,—yo no tuve frío hasta los 1.500 metros; pero pasada esta altura, la temperatura bajó muy rápidamente, y a los 2.000 metros era de 15°. Cuando se pasa de 1.500 metros, se siente una gana violenta de orinar. Por encima de 1.000 metros, y sobre todo, pasados los 1.500, los movimientos voluntarios son más nerviosos y de sacudida, y los reflejos tienen más amplitud; el frío, el ligero ahogo que se produce en aquel momento, las contracciones más rápidas del corazón, la reverberación del sol y las perturbaciones del oído, a las que hay que añadir la tensión nerviosa y la fatiga, bastan para explicar estas modificaciones motrices.

Descenso.—En la bajada, el corazón late mucho más fuerte, sin acelerarse; pero las palpitaciones, que no tardan en sentirse, aumentan a medida que el descenso se precipita. Es difícil darse cuenta de lo que pasa en la respiración, a causa de la rapidez de la caída en vuelo planeado, que hace recorrer de 300 a 400 metros por minuto, y provoca una especie de angustia comparable a la sensación de vacío que se experimenta cuando se baja en un ascensor con mucha velocidad. Los zumbidos y silbidos de oídos tienden a aumentar al fin del descenso, y lo mismo ocurre con la gana de orinar, que se hace cada vez más imperiosa; pero los fenómenos más intensos que dominan y

van en aumento a medida que uno se acerca al suelo, son: 1.° La sensación de escozor en el rostro, de enrojecimiento y de fortísimo color de la cara; los ojos pican y están inyectados, y las narices están húmedas. 2.° La cefalea. 3.° Una grandísima tendencia al sueño, tan invencible, que los ojos se cierran por momentos, a pesar de la más firme voluntad de tenerlos abiertos. Recientemente se consignaba el hecho de un joven aviador que había salido en excursión, y que fue encontrado dormido en pleno campo, en su aeroplano; cuando le despertaron no se acordaba cómo había aterrizado. En esta bajada vertiginosa, el hombre más fuerte se siente angustiado, y hay momentos en que el miedo mismo le sorprende, teniendo siempre el pensamiento y la imagen de la muerte. Los movimientos voluntarios son lentos, perezosos, de una torpeza que contrasta con la vivacidad física e intelectual del sujeto.

Después del aterrizaje.—En el aterrizaje, el aviador, a pesar de toda su energía, salta de su aeroplano con evidente pesadez, marchando, sin embargo, con paso firme, aunque lento, a su hangar; pero en aquel momento, los zumbidos y los silbidos de oídos adquieren una intensidad enorme; el héroe se queda como sordo, y oye vagamente a los que le hablan o las aclamaciones de que es objeto. A veces es presa del vértigo, y la cabeza le da vueltas. La cefalea persiste, no sólo al aterrizar, sino muchas horas después, y lo mismo ocurre con la somnolencia. Un comisario del *meeting* de Burdeos, afecto a un joven aviador que ascendía por primera vez, confió a los médicos de la información, que su sujeto continuaba dormitando seis horas después de sus vuelos; no respondía a las personas que le dirigían la palabra, parecía atontado, no comía en la mesa y no pensaba más que en dormir: hechos todos confirmados por Vedrines. Los movimientos respiratorios tienden a recobrar su ritmo normal en cuanto se ha aterrizado. No sucede lo mismo con el aparato circulatorio: se observa cianosis en las extremidades; los dedos se ponen violáceos. Wyenmalen, que llegó a 2.780 metros, dijo que sentía la sangre brotar de sus

dedos a sus guantes forrados, y que sus labios estaban húmedos de sangre. Morane no ha notado nunca semejante fenómeno, que, por otra parte, puede estar en relación con la baja temperatura de las altas regiones atmosféricas, acentuada por la velocidad del aeroplano; este enfriamiento es muy penoso, y todos los aviadores se quejan de él. Casi siempre puede notarse la hiperhemia de las conjuntivas, aunque los ojos estén bien protegidos por anteojos ad hoc.

*
* *

Revisteros de salones.—Es cosa de antiguo sabida, que el tipo más cursi entre los escritores, y especialmente entre los periodistas, es el revistero de salón. Obligado por razón del oficio a prodigar el adjetivo y a llevar amplia provisión de mieles y confituras para endulzar sus crónicas, resulta el ente más meloso y acaramelado que puede encontrarse, agradable tan sólo para los lisonjeados, y sobre todo para las lisonjeadas con sus adulaciones, y aun eso mientras leen la línea, el párrafo o el epíteto que las está dedicado, pues todo lo demás les resulta enfadoso y como fuera de sazón, falso y desatinado.

Hay, sin embargo, que compadecer a esos infelices, que tienen que estrujarse el ingenio para encontrar un *gentil* con que adjetivar al esperpento aristocrático de la marquesita de la Gamella, o un *majestuoso* que aplicar al tipo obeso de la condesa de Estiricon. Todo eso está descontado y se perdona. Lo que es inaguantable es que tales cronistas se empeñen en salpicar sus engendros con términos extranjeros que no entienden, y que maldita la falta que hacen cuando en castellano pueden decirse las cosas del mismo modo. ¿Y qué decir cuando, sobre cometer esa falta de españolismo, destrozan hasta el mismo término extranjero? En el pulcro *A B C*, el periódico mejor hecho de Madrid, se descuelga uno de estos revisteros de sociedad con el siguiente parrafito, hablando de una fiesta dada por los marqueses de Valdeterrazo: «Recibía la marquesa a sus

invitados con la *charme* y la amabilidad características en ella... ¡La *charme!* Pero ¿quién te obliga, majadero, a meter ese vocablo en tu crónica? ¿sabes que significa «encanto»? Y si lo sabes, ¿por qué no decir «con el encanto y la amabilidad»? ¿No es eso mil veces más fino y elegante? Pero ya que la cursilería de esas crónicas exige esas vejaciones al idioma patrio, ¿con qué derecho se veja además el idioma extranjero, al que se pide prestada esa palabra, cambiándola de género? ¿Qué es la *charme?* ¿Quién dice la *charme?* Sobre lo cursi, lo torpe y lo ineducado. ¿Cuándo llegará el día de que todos estos malos españoles sigan el ejemplo que les da el Rey, haciendo redactar en castellano las listas de sus comidas, y el que nos dan las Compañías extranjeras que explotan nuestros ferrocarriles, y que saben decir y dicen *sur-exprés,* y no *sud-exprés,* como se empeñan en decir, con insufrible barbarismo, los redactores todos de nuestros rotativos?

FERNANDO ARAUJO

LA AMÉRICA MODERNA

Los criterios de interpretación histórica. Las instituciones y su tiempo. El caudillismo americano según Roberto Levillier. El gaucho y los caudillos argentinos desde 1810. La dictadura de Rosas. Rehabilitación histórica. La labor del «tirano». Efectos políticos útiles.

La verdad histórica de la colonización española va abriéndose paso. Ya no son los Amunátegui, los Herrera, los Zeballos, los Marvaud, quienes rectifican las ideas generales vertidas a este propósito; escritores que, como Roberto Levillier, habían mostrado algunas reservas, van entrando por el camino de la Historia sana, y adoptan un criterio de interpretación histórica que explica científicamente el desenvolvimiento de los hechos en la América española.

Roberto Levillier, en sus estudios sobre la Argentina, había juzgado la política económica y el gobierno colonial de España en América con cierta acritud, merced a que el módulo comparativo que empleaba era genuinamente liberal y moderno. Hoy, me consta que el distinguido publicista argentino se acerca más a la realidad al juzgar las instituciones coloniales lo mismo que la historia de las colonias emancipadas, sin desligarlas a aquéllas de su tiempo. En reciente conferencia, dada en el Ateneo de Madrid, y en conversaciones mantenidas conmigo, el escritor argentino manifestó tal criterio.

Lo más saliente de su conferencia en el Ateneo de Madrid

fue su crítica del caudillismo argentino. No puede darse juicio más acabado ni más real. Los americanos, que siempre veían una página negra para su Historia en el caudillismo, deben agradecer el trabajo de Levillier, que espurga su Historia de lo que hasta el día era un mácula, y en realidad queda reducida a una fase obligada de la revolución argentina.

He aquí los conceptos y descripciones capitales.

Levillier hace una atinada descripción del material humano que en la Argentina había de constituir el cuerpo de su formación histórica. Los elementos directores y los dirigidos no podían concordar de momento con el espíritu del Derecho nuevo; éste venía a ser una superestructura harto artificial, edificada sin fusión alguna de las bases con el suelo. Conviene recordar a este propósito la definición que daba Schuppe de lo que era el Estado: «Una especial manera de ser o estado de espíritu de los individuos.» En el espíritu de las colectividades hay que buscar el engarce de las instituciones; cuando tal espíritu no responde al Derecho que un pueblo se da o le dan, el fracaso es seguro; no es posible dar viabilidad alguna a lo que la imaginación creadora ha producido; la institución será entonces, como dicen los alemanes, cosas *auf dem Kopf gestellt*, es decir, puestas sobre la cabeza, postizas e irreales. El espíritu y la letra no son cosas que se suponen necesariamente; un Derecho que se implanta no trae en la letra de sus leyes la virtualidad de crear en la sociedad el espíritu colectivo que, sólo mediante lentos procesos de pedagogía social, en muy variadas formas concebido, se forma en los senos espirituales de la masa social. Inglaterra es la cuna del constitucionalismo moderno, y en vano se buscará en ella una constitución sistemática y transparente a la manera francesa, por ejemplo:

He aquí un pasaje histórico que confirma la consideración filosófico-histórica que se acaba de hacer:

«En las primeras horas de la organización —dice Levillier—en los años de 1810 a 1835, los patriotas directores, estimando que la obra principal debía ser el inspirar al pueblo

la actitud de los países civilizados, eligieron las instituciones europeas más sutiles, y las aplicaron confiando en que el tiempo las haría fructificar. Pero el afán de alcanzar ideales muy altos hizo que se alejaran de la realidad. Supeditaron el presente a la consagración futura de bellas doctrinas; quisieron edificar al punto sobre las bases de la sociedad imaginaria que ellos entreveían. Cometieron así el error de volver la espalda al pasado y al presente y despreciar lo real, lo que era carne y hueso: los sentimientos, las costumbres, las tradiciones. No ajustaron las leyes a la vida, pretendieron que la vida se ajustase a las leyes. El inevitable antagonismo de los instintos y de las nuevas ideas originaron luchas espantosas. Las instituciones se sucedían precipitadamente sin espíritu de continuidad y sin método. Teóricamente eran hermosas; pero como implicaban un estado social avanzado que no existía, fueron perjudiciales. Concedieron a un pueblo semicivilizado, derechos y libertades incompatibles con la intensidad de los instintos y el estado de cultura. ¿Cuál había de ser, pues, el resultado, sino el de abrir las puertas a la licencia y el de aniquilar al Gobierno antes de que estuviese consolidado?

Así fue, en efecto. En esa época de caos se desenfrenan los funestos caudillos. Bueno es ver quiénes eran y qué eran. Unos habían adquirido su ascendiente merced a triunfos personales logrados contra adversarios de nota en las contiendas políticas; otros debían su popularidad al apellido secular, y lo acrecentaron con el prestigio de la fortuna; otros conquistaron su influencia en el desempeño de cargos oficiales. Rudos, envidiosos y de mal carácter, combatíanse para dominar. No les contenía escrúpulo alguno, y su ferocidad se exacerbaba al defender las posiciones adquiridas. Cometieron todas las injusticias y perpetraron las mayores iniquidades, desde las exacciones arbitrarias y la supresión de las garantías individuales y sociales hasta la mutilación de los prisioneros y el degüello de los heridos. Los caudillos más sanguinarios, Quiroga, por ejemplo, acumulaban todos los elementos de un partido y los

atraían cuanto más dominantes fuesen. Su ambición no era nunca tan limitada como para no aspirar al mando de las provincias vecinas. Y tan profundamente marcaban sus huellas, que llegaban a veces a fundar verdaderas dinastías. Estos tiranuelos gozaban por vez primera del poder absoluto y lo saboreaban con deleite. Toda reforma iniciada por las efímeras autoridades nacionales parecíales atentar a sus derechos. No sentían el menor respeto hacia los patriotas ni admitían los principios aplicados por éstos en nombre del bien colectivo. Estos términos abstractos, «bien colectivo», les causaban inquietud, les volvían ceñudos. No querían colectividad ni gobierno nacional. Las palabras «gobierno» y «Poder ejecutivo» eran interpretadas por ellos como el derecho ilimitado de mando, la concentración de las fuerzas del país, el disfrute de todos los beneficios del poder. Con su malicia, y esa desconfianza instintiva que les caracterizaba—desconfianza provocada,—por su costumbre de juzgar a los demás como a ellos mismos, veían en esa modificación de las costumbres generales un embuste, una red, una manera legal de disminuir su prestigio y de destruir sus limitados y queridos privilegios. En su mentalidad estrecha no cabía sino que el Gobierno nacional era una entidad ilusa, formada en realidad por caudillos *como ellos,* provistos de las *mismas* ambiciones y de los *mismos* apetitos de mando que les movían a *ellos*. Por temor a ser engañados y a perder en el cambio, se resistieron a la asociación y a la obediencia. El presente les pertenecía; se negaban hasta la muerte a abandonarlo.

El estado político social de la Argentina no era, pues, garantía alguna para la adaptación de instituciones que los pueblos de Europa, no todos, habían adoptado como norma de su vida. Las épocas de formación política pasan en sus desenvolvimientos por fases bárbaras a las que no podía escapar la Argentina. La adaptación a los estados de derecho liberales constituye una labor secular que no puede ser sustituída por la sola virtualidad de las leyes.

Las elementos directores argentinos ofrecían el ejemplo que Levillier describe; veamos lo que eran los dirigidos:

«En todas esas guerras civiles fue el gaucho soldado y víctima a la vez. Los caudillos, como los patriotas, hallaron siempre entre aquellos hombres valerosos y batalladores, los elementos necesarios al sostén de una y otra causa. Es que el gaucho amaba infantilmente lo nuevo y lo imprevisto. La monotonía de la vida le pesaba atrozmente. Obligado con frecuencia a conducir el ganado a grandes distancias, recorría las pampas, al trote de un caballo, sin encontrar más que vacas, potros, perros cimarrones, bandadas de avestruces y perdices. Y los días se sucedían unos a otros interminablemente, pesando sobre él con la fuerza de la inmensidad tenaz y abrumadora. Sufrió la influencia del medio poderoso. Veneró las fuerzas naturales y el misterio del más allá. Atribuyó a los fenómenos que le rodeaban un sentido fatal. Su fantasía creó un mundo más espacioso, atribuyendo a las cosas, a las plantas y a los animales una influencia favorable o fatídica, impuesta por poderes ocultos. A las significaciones misteriosas y amadas agregó leyendas españolas y mitos indígenas. Creyó en bosques y lagunas encantadas, en ríos hostiles, en luces fatales, en grutas peligrosas, en brujas, en almas en pena, en fantasmas, en el demonio y en talismanes, y creyó sin reticencias, devotamente. Respetó los profetas rústicos, tatadios o mano santa, y los atribuyó el poder de obrar milagros, de conjurar la mala suerte, de invocar eficazmente a la Virgen, de ahuyentar a los espíritus malignos y de enunciar, producir o evitar los acontecimientos.

Fueron esos sus únicos temores. Ante la Naturaleza se arrodilló, ante los hombres se irguió; luchó, y con frecuencia prefirió quedar aniquilado antes de doblegarse. Así, pues, convivió su altivez de una manera paradójica con su humildad.

De estar arraigado al terruño, le hubiese sido doloroso correr aventuras; pero no poseía más riqueza que un caballo. In-

diferente a la muerte, fatalista y valiente hasta la temeridad más increible, ¿existía para él un oficio más adecuado que la guerra? Andaba por las praderas en busca de peligros. Pues en su nueva situación podría ya experimentar ampliamente las emociones amadas, batirse, en fin, y destruir, invocando una causa. Sus instintos le indujeron a sostener a los caudillos que sentía muy cerca de su propio sentir por su vida y sus gustos, y no sólo no esperaba a que se le invitase, sino que él mismo ofrecía incondicionalmente los servicios de su habilidad, de su caballo y de su daga, de su vida, en suma, sin otra compensación que la de pelear.»

El cuerpo de la incipiente nacionalidad era eso: el gaucho, el pueblo de los campos argentinos.

Cuando se leen las descripciones que hace Dicey sobre las costumbres políticas de Inglaterra, se comprende que la opinión consciente y culta puede imprimir orientaciones a la política nacional, ser el principal motor de la marcha del pueblo inglés; pero aquellos pueblos cuya formación política es embrionaria, como el argentino en la época que describe Levillier, tienen en la masa más numerosa del país una resistencia más que un estímulo, una fuerza negativa y centrífuga, más que una fuerza de cristalización nacional.

La opinión de la capitalidad suele ser la de mayor importancia, por estar en gran parte sustraída a la influencia del ruralismo, el elemento bárbaro que en todas partes, cuando no es tradicionalista, viene a ser retardatario. Pero en la Argentina, era la opinión en la capitalidad el eco de la lucha sangrienta de las facciones políticas. Véase el ejemplo:

«Todas estas luchas hervían en las provincias. Agreguemos las enconadas peleas de Buenos Aires, y fácil será medir el mal que causaba esta anarquía al progreso del país. Los caudillos de la capital eran más instruídos, aparentemente más europeizados y se combatían recurriendo a un género de armas refinado, como la Prensa, el folleto y la tribuna; pero el perjuicio que ocasionaban no era menor que aquel provocado por el des-

enfreno brutal de los caudillos del interior. Sus querellas crónicas repercutieron en todo el territorio, despojándoles de prestigios y anulando su influencia en la época precisamente en que más falta les hacía. No pudieron sustraerse al influjo de la herencia y del ambiente; eleváronse sobre el nivel mental de sus conciudadanos pensando de acuerdo con ideas nuevas, pero obraban inspirados en sentimientos atávicos. Ellos también eran gauchos—gauchos de levita,—como solía decir el gran Sarmiento. Cada cual alegaba algún titulo de gloria, sea de las invasiones inglesas o de las luchas por la independencia, o de sus amigos, o de sus partidarios, prevaliéndose de ello para invocar su derecho en manejar la cosa pública. Las ambiciones y toda clase de vanidades se entrechocaban con violencia. Cábalas hacían bajar y subir alternativamente a los ciudadanos más influyentes. No se trataba de principios, sino de rivalidades de hombre a hombre y de partido a partido, y esos hombres formaban grupos y fracciones que se exaltaban hasta el punto de sacrificar a intereses personales la paz y la seguridad social. El país fue devastado por las discordias como un maizal por el granizo.»

Sobre estas fuerzas de disociación no era dable realizar edificación alguna. Los teoristas metidos a legisladores tenían que fracasar. Cuando el ilustre publicista uruguayo Alberto de Ferrera habla del influjo de la Revolución francesa en la América latina, pone bien de manifiesto que los flamantes dogmas revolucionarios europeos no podían encarnar en las sociedades americanas; el idealismo era impotente para llevar a cabo una obra que reclamaba un perfecto realismo político. Una mentalidad tan potente como la de Rivadavia, fracasó porque su concepción de gobierno político estaba muy distante de las exigencias reales de la sociedad argentina.

Rivadavia estudió la ciencia política en Europa; concibió para la Argentina una Constitución unitaria para suplir la incapacidad regional; los caudillos le combatieron ferozmente, pues les importaba mucho mantener su poder anárquico; des-

engañado Rivadavia, dimitió la Presidencia de la República y se desterró al Brasil.

El ideal de Rivadavia era elevado, de educación para la nacionalidad argentina, pero murió desgarrado por la rebeldía constante del caudillismo. ¿Qué faltaba para poder gobernar la Argentina? ¿Leyes? No; las había buenas. ¿Legisladores? Tampoco; Rivadavia era un ejemplo.

Sólo una cosa faltaba: un fuerte poder de Estado. Como éste no podía nacer liberalmente de la acción voluntariamente concertada de las energías nacionales; como no podía hablarse de una voluntad general, el poder de Estado tuvo que salir de los mismos focos que históricamente se habían formado como núcleos de fuerza: del caudillismo, se fue, lógica e irremisiblemente, a la tiranía.

Y surgió Rosas.

«En 1835 quedó encargado del Gobierno de Buenos Aires D. Juan Manuel de Rosas, estanciero, jefe de milicias y miembro de una familia muy antigua del país. Además, le confiaron las provincias su representación exterior, pero esto no le bastó. El sabía cuán efímero fue el poder en manos de sus antecesores; lo expresaban elocuentemente los cuarenta y ocho mandatarios que bajo treinta y cinco cambios de gobierno le habían precedido en el transcurso de los últimos veinticinco años. Exigió, pues, la suma de poder público, o sea la dictadura, y ésta le fue conferida.

Halagado su orgullo por esa distinción y por la estima en que le tenían, confundió las ambiciones del país con las suyas propias. Consagró sus fuerzas a conservar el poder y pasó insensiblemente de la dictadura a la tiranía.

Numerosos autores han publicado sobre su persona importantes trabajos; su administración ha sido tema de las más apasionadas polémicas. Y, sin embargo, la opinión pública, así en la Argentina como en el extranjero, sólo ha desprendido de esa literatura la imagen insuficiente de un déspota neroniano. Se ha interesado en sus crímenes, ha considerado sus

actos inmediatos, pero no ha discernido el resultado esencial: la repercusión involuntaria, imprevista y lejana de su obra.

Rosas obró a la inversa de los patriotas; aportó las ideas de progreso y de porvenir y concentró sus facultades en la sumisión inmediata de la raza. Sus designios, siendo distintos, también lo fueron sus procedimientos. No se sintió lo bastante fuerte para afrontar la discusión y conceder de *motu proprio* armas legales a sus adversarios. Los fracasos sucesivos de los patriotas le habían enseñado que la razón era impotente para convencer, y que al valerse sólo de ella, limitaría y debilitaría sus medios de acción. Negó, pues, toda libertad que pudiese disminuir su poder; suspendió las garantías y respondió a la obstrucción con el terror. Fue absorbente, brutal y cruel. No persiguió a los caudillos, cuando éstos, reconociendo su autoridad, ponían a su disposición las tropas que exigía, y castigaban en su nombre a los recalcitrantes y a los unitarios. No dió Constitución a las provincias y se esforzó por convencerlas astutamente de que en realidad se gobernaban a sí mismas. La raza de entonces comprendía la palabra *tirano,* pero no la de *tiranía*. Para ella era Rosas menos tirano que los patriotas, pues les permitía vivir más o menos a su gusto, siempre que fuesen buenos federales. Esta fue una de las causas de su ascendiente, y explica en cierto modo cómo se avino la raza a soportar su larga dominación.

Comenzó por desterrar a sus predecesores y a los hombres conspicuos de los partidos contrarios, pero cuando vió a éstos excitar en su contra a las provincias, y buscar para combatirle a naciones extranjeras, su furor no tuvo límites. Les declaró traidores a la patria y eliminó los sospechosos; de ahí los horrendos degüellos del 42 y del 43. Para juzgar estos hechos, justo es tener en cuenta las costumbres de la época. Rosas nada improvisó. Antes de que él llegara, los caudillos de las provincias degollaron a los prisioneros, despreciaron la vida de los ciudadanos y violaron sin escrúpulo el derecho de gentes.

Mientras vivían en el extranjero, alejados de los asuntos

públicos, los patriotas emigrados se condolían de la suerte de su patria y juzgaban a Rosas el mayor obstáculo a la organización nacional. Es que no discernían la obra de unificación que se iba operando en esos años de despotismo, labor lenta y profunda que unía silenciosamente, para el bien de la patria, miembros hasta entonces dispersos e insumisos. La vida creaba vida, trabajando en la sombra. Bajo la mano de hierro del tirano, los instintos se habían suavizado y las provincias se habían soldado, gracias a la obediencia prestada en común al poder temido.

La palabra «Gobierno» y todo lo que representa, adquirió en la dictadura de Rosas un prestigio desconocido. No descansó, como el de los patriotas, en principios ilusorios de Derecho, sino en la fuerza. El primer pensamiento del dictador y su tarea principal fue la organización de un fuerte ejército, en el cual pudiera apoyarse confiadamente en toda circunstancia. El Gobierno no lo constituyó un grupo de doctrinarios que proclamaban ideas nuevas, y que combatían y pretendían combatir intereses antagónicos con palabras y decretos; hombres de generosas intenciones, pero de medios ineficaces; lo formaba ahora un hombre que respondía a las oposiciones colectivas con cuchillo y bala; un hombre, en fin, que disponía del derecho de vida y muerte, y que se mantenía en el poder a pesar de los ataques incesantes de los más encarnizados enemigos.

Por mala y exagerada que fuera esa noción del poder público, nos atrevemos a afirmar que era conveniente en aquella especialísima época. La mentalidad del pueblo era demasiado primitiva para comprender una abstracción. Fue, pues, por la fuerza y la prueba de la fuerza como se le impuso la idea de un poder central directivo. Es que la fuerza era un poder sensible, substancial y duradero, mientras que la opinión popular, inconsistente, versátil, fluida, no era, en realidad, más que una vana apariencia que ocultaba, bajo un adjetivo jactancioso, la voluntad única y arbitraria de los caudillos de provincia. Y como éstos se sostenían y se perpetuaban por la

fuerza, un Gobierno deseoso de durar no podía prescindir de ese medio de argumentación. Dada la época y las circunstancias, debía obligar a estos caudillos a secundarlo, o sino quebrarlos con la misma fuerza y someterlos.

El nombre de Rosas será execrado en la República Argentina como el del más cruel y sanguinario de sus gobernantes; pero, a pesar de lo funesto que fue para tantos buenos patriotas y tantas familias respetables, cumplió una misión social importante, cuya utilidad no puede ser negada por el crítico imparcial. Su Gobierno subsistió cerca de veinte años. En ese largo período de tiempo, las provincias vivieron con la vista fija en Buenos Aires, de donde emanaban las órdenes del primer jefe, verdaderamente reconocido por tal por todos los habitantes del país. Y esa era de gobierno brutal, pero estable, ponía definitivamente término a toda nueva experimentación en materia de régimen político. Al día siguiente de la caída del tirano, el país, sin vacilación alguna, acogía favorablemente la idea de un gobierno común, bajo el cual conservasen todas las provincias su soberanía. El alma nacional se había consolidado, y sus aspiraciones claramente definidas tendían a un mismo fin. Y esa, esa fue la gran y feliz consecuencia de la tiranía, de esa tiranía que hizo de remedio terapéutico, incendiando torpemente un campo débil, sin saber que así saneaba el suelo y lo preparaba para nuevas y fecundas siembras.»

Mejor elogio de la tiranía de Rosas ni más justificado, es difícil encontrar. Los enamorados de vagos idealismos, los sentimentalistas, los que juzgan las cosas con lo que pudiéramos llamar abstracciones de corazón, repetirán la frase de Pí y Margall: «los males de la libertad, con la libertad se curan», y repugnarán toda apelación a la fuerza, a la coacción, como elemento de acción política. Pero la Historia enseña que la coacción no constituye una aberración del poder; grandes exaltaciones del poder político, como el feudalismo y las monarquías absolutas, han tenido su plena justificación en la vida de formación de los Estados. De la misma suerte hay que juzgar

el absorbente centralismo que con la Revolución cayó sobre la administración de grandes Estados europeos. El feudalismo llevó a cabo grandes progresos técnicos, económicos y políticos, y la monarquía absoluta las magnas formaciones de Estados que hoy conocemos; el centralismo que acompañó al triunfo del liberalismo abstracto de la Revolución unificó los territorios nacionales, removiendo los obstáculos privilegiarios que conspiraban contra la formación política y económica de los Estados modernos. De la misma suerte hay que juzgar las instituciones coloniales de España, duras al parecer, y si se les aisla del ambiente de su época; pero perfectamente justificadas si se considera que el poder de los virreyes, por ejemplo, y el régimen de asimilación, eran exigencias de un estado social un tanto incoherente y dado a la rebeldía en las colonias, que, por otra parte, tenían que ser defendidas por la metrópoli de la concurrencia internacional mediante el sistema mercantilista practicado por doquier por los Estados de Europa, con más o menos violencia, pero conforme a sus principios.

He aquí los efectos políticos útiles del poder de un caudillo triunfante.

La época de organización definitiva en que penetramos ahora, confirma lo dicho, afirma Levillier. Al año de derrotado Rosas, fue elaborada por el gran Alberdi una Constitución representativa federal, que hoy rige, y que fue aceptada por todo el país, salvo Buenos Aires. Esta se había separado pacíficamente; pero volvió a reunirse a sus hermanas algunos años más tarde, y sancionó esta ley mayor.

Este primer progreso político trajo consigo el primer progreso social. Los extranjeros penetraron en el país en cantidades poco considerables, pero continuas. Cuarenta mil emigrantes llegaron entre los años 1853 y 1860; en la decena siguiente fueron ciento sesenta mil; en la siguiente, doscientos sesenta y un mil, y de 1880 a 1890, entraron ochocientos cuarenta y seis mil emigrantes. La Constitución fue una fuerza

civilizadora positiva. Además del progreso moral que representaba y de las instituciones internas sobre las cuales legislaba, garantizaba a ciudadanos nativos y extranjeros la seguridad de sus bienes y de sus personas. Todavía estallaron algunos conflictos entre Buenos Aires y la nación respecto de la capital; pero esas escaramuzas ocasionales no obstaculizaron la marcha del país como lo hicieron las guerras civiles de otros tiempos. La actividad comercial se había extendido, en tanto que la actividad política comenzaba a arriar bandera entre ella, y a perder importancia y popularidad. El trabajo fue por excelencia el agente modificador del medio. Obró poderosamente sobre los cuerpos heterogéneos de ese vasto organismo sacudido ya por la furiosa ambición de la fortuna, y los politicastros del interior no se libraron de esa influencia. La tarea más ardua de las autoridades fue la de retirar al gobernador-caudillo, por medio de sus atribuciones constitucionales, los privilegios excesivos que éste había tomado en perjuicio del Estado, en aquellos años en que las provincias vivieron separadas. Se hacía indispensable reducir la zona de acción de ese gran señor federal, jefe político, jefe justicia supremo, jefe militar, dispensador de bienes públicos, arrogante, guerreador, caprichoso y vengativo.

A medida que el Gobierno nacional ampliaba su autoridad, a medida que la civilización invadía las zonas más lejanas, comprimiendo, utilizando o eliminando los elementos anárquicos, el caudillo perdía la seguridad de conservar su prestigio y su poderío. No pudo dejar de comprobar que la moral había oscilado entre su juventud y su madurez. Parecía mal, o por lo menos se había convenido en encontrar mal lo que en otros tiempos constituía la norma común. Cuán lejos estaba aquel tiempo feliz en que ordenaba sin que nadie le replicara, en que ponía a contribución y degollaba a sus enemigos, y en que mataba por capricho, por distracción o por probar una daga, sin que de ello resultaran consecuencias enojosas. El oficio se hacía ya muy difícil. Y nada absolutamente

permitía esperar que sus días felices volvieran. Modificó, pues, sus actitudes, tanto en su conducta privada como en su conducta oficial. Pasó de la fuerza a la astucia. No se atrevía a contrarrestar abiertamente los principios constitucionales, los salvó por medio del fraude. El Gobierno disponía, además, de una sanción: la intervención, de la cual hizo con frecuencia uso para contener a estos personajes dentro del respeto debido a la soberanía nacional y a las leyes. Pero ni antes, ni entonces, podía gobernar sin aliados en las provincias. De suerte que tuvo que transigir y privarse de castigar, con objeto de conservar la paz, que era el primero y el más indispensable de los bienes. Las iniquidades particulares de un caudillo constituían, en suma, un mal menor que una guerra civil. El caudillo, por su parte, comprendió que el Gobierno era el más fuerte; pero que sería su amigo con tal de que respondiese a su voluntad en las grandes circunstancias. De manera que hacía amplias declaraciones de lealtad y de respeto con el fin de conservar su prestigio local. Y ese modus vivendi de concesiones mutuas era, en un medio semejante, quizá el único posible, aun cuando no se aproximara a los términos de la Constitución.

El gaucho, así como el caudillo, se vió cercado por la civilización. No era ya dueño de errar a la ventura; nuevos caminos se abrían como leyes imperativas; vías férreas cruzaban el territorio; cercos interrumpían senderos en otros tiempos francos; mayordomos prohibían la entrada en las estancias, y en todos los poblados policía armada de carabinas. No era ya posible carnear un cordero sin incurrir en castigo. El telégrafo se adelantaba al galope del caballo; la impunidad disminuía de día en día. El progreso imperioso, lento y seguro, avanzaba como una inundación, y en su marcha intensa se esforzaba por expulsar a todo elemento hostil; apelaba a todos lo medios sin miramientos y sin piedad. La gran ley de selección imponía su irresistible voluntad. El gaucho se sintió fuera de época, desorientado, aislado, como intruso. Ya, hasta para sí mis-

mo, dejó de ser el rey de la Pampa, personaje de leyenda, no le era posible subsistir en un medio activo, comercial y civilizado. Hubiera debido para ello comprimir sus instintos. Pero le faltó ductilidad para amoldarse a las leyes nuevas, y dejó de súbito de ser bastante poderoso para mantener la soberanía de la fuerza y de la licencia. Se encontró sin apoyo, débil y aislado, destinado por una lógica inflexible a ser reemplazado por los más aptos y utilizado parasitariamente por los más fuertes. La Sociedad lo empleó en la destrucción del indio, y mientras por una singular ironía se aniquilaban en las fronteras esos dos elementos constitutivos de la raza, resurgía en las ciudades una nueva nacionalidad por cruzamientos entre criollos y europeos.

El recuerdo del gaucho perdurará, sin embargo, en el espíritu argentino como una de las tradiciones más caras del pasado y como fuente de legítimo orgullo patriótico. Generosidad caballeresca, fuerza, audacia, belleza, poesía, nada le faltó para encarnar aquel tipo de héroe legendario que se encuentra en la historia de todos los pueblos en la hermosa época de su infancia.

Es que precisamente con el gaucho moría la infancia argentina y entraba el país en su adolescencia. Y para ser equitativo, y para rendir homenaje a los nobles e ilustrados patriotas que, en contraposición con el gaucho, impulsaban a la sociedad hacia su fabuloso ascenso, ¡cuántos nombres sería preciso citar! Pero sólo citaré a los mayores, a los ases que encarnan soberbiamente la época. Urquiza, el vencedor de Rosas, el iniciador de la organización nacional; Mitre, que la consumó y que, en toda hora, durante más de medio siglo, fue el guía y el consejero de la opinión; Alberdi, que dió al país su sabia constitución; Vélez-Sarsfield, que fue su eminente codificador; Avellaneda, que concibió y realizó con Alsina y con Roca la campaña del desierto contra los indios, y que inició la colonización agrícola; Sarmiento, en fin, el genial Sarmiento, el educacionista generoso y eficaz que sembró de escuelas el país, y

cuya obra magna de apóstol batallador sólo podría compararse en intensidad a su propia vida, múltiple y apasionada, de militar, de tribuno, de periodista, de diplomático y de escritor.

Estos fueron los dirigentes en esa época de transición que media entre el régimen de la fuerza y el régimen de la astucia, y que fue mezcla de lo uno y de lo otro. Ellos hicieron lo posible por que la Constitución fuese verdad, pero los instintos no lo permitieron. El pueblo no resistía a las doctrinas, y si había subido en adaptación hasta el punto de aceptarlas, aún no era posible que sintiese y respetase el espíritu de ellas. Y así es como vivió bajo la Constitución, pero violando los preceptos que la formaban.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5

N.º del Catál.º		Pesetas
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*.....	10
533-537-542	**Cailaux.** —Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*.....	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución...	4
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*...	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa (*tres tomos*).....	24
393	— Pasado y presente....	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte..	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*).....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles.....	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeius.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)...	6
46	— Novelas del lunes....	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos.....	6
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres...	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
326	**Emerson.**—La ley de la vida.....	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas
553	**Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
534	**Fisher.**—Economía política y geométrica.....	8
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española..... .	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentín.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología..... .	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
528	— La Clairon	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5

N.º del Catál.º		Pesetas
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.** — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.** — Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
322	**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca.....	3
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
454	**Larcher y Jullien.**--Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política.....	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
431	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	12
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*).....	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
224	**Manduca.** — Procedimiento penal.....	5
535	**Marie.**—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra...	8
410	**Martin.**— La Moral en	

N.º del Catál.º		Pesetas
	China.....	4
481	Mattirolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173	Maupassant.—Emilio Zola.....	1
375	Max-Muller.— La ciencia del lenguaje	8
228	— Origen y desarrollo de la religión.....	7
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada	7
160	Menéndez y Pelayo.— Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	Meneval. —María Estuardo.....	6
383	Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
118	Merimee.—Colomba.....	3
133	— Mis perlas	3
450	Merkel.—Derecho penal.	10
229	Mexer.—Derecho administrativo.....	4
230-231	Miraglia. — Filosofía del Derecho (*dos tomos*).....	15
296	Mommsen.--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
398	Mouton. — El deber de castigar.....	4
170	Molins. —Bretón de los Herreros.....	1
492	Morley.—Estudios sobre grandes hombres.....	5
544	— Voltaire.....	6
295	Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	Nansen.—Hacia el Polo.	6
472	Nardi-Greco.—Sociología jurídica.....	9
232	Neera.—Teresa.....	3
233	Neumann.—Derecho Internacional público moderno.	6
490	Nisard. — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas
308	Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral..	3
350	— Humano, demasiado humano...	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
497	Nourrison.—Maquiavelo	3
355	Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
541	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
157	Pardo Bazán.--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	Passarge.—Ibsen.....	1
483	Perrot.—Derecho público de Atenas,.....	4
549-550	Piepers.— La reforma del Derecho (dos tomos).....	10
161	Picón.—Ayala.....	1
417	Potapenko.— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	Prevost Paradol. — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	Quinet. — El Espíritu nuevo.....	5
235	Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	Ribbing. — La higiene sexual.....	3
237-238	Ricci. — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	—Ricci. Derecho civil (*veinte to-*	

N.º del Catál.º		Pesetas
	mos).....	140
545	**Rocco.** — La Sentencia Civil.....	4
285	**Rod.**—El silencio.....	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas.....	8
415	**Roosevelt.**—New-York.	4
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva.....	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios.....	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*).....	13
530	— Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona.....	6
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres.....	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional.....	9
518	**Sarcey.**—Crónica del Sitio de París.....	6
84	**Sardou.**—La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*).....	30
241	—Fundamentos de la moral	5
465	—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología.	4
464	— La nigromancia.....	3
458	— Estudios de Historia filosófica.....	4
448	— Eudemonología.....	5
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....	4
511	**Schuré.** — Historia del drama musical.....	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano.....	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy.....	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256	**Spencer.**— De las leyes en general.....	8
247	— La moral.....	7
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	8
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	4
246	— La justicia.....	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)....	
250	— Las instituciones sociales.....	7
343	— Las instituciones profesionales.....	12
351	— Las instituciones industriales.....	4
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*).....	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	10
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	5
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	12
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)..	9
475	**Strafforello.** — Después de la muerte.....	15
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión.....	3
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	4
264	— La guerra según el Derecho internacional.	7
266	— Las instituciones primitivas.....	4
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	7
403	**Suttner.**—High-Life...	12
106	**Taine.**—Florencia.....	3
334-468-476-482-487-529.	— Los orígenes de la Francia contemporánea (*seis tomos*).....	40

208

ÍNDICE

	Págs.
Un nuevo Guzmán el Bueno, por Juan Pérez de Guzmán.....	5
Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse.....	18
El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch.	54
El tesoro de la Reina Isabel, por Carlos Justi.....	91
Guía del buen decir, por Juan B. Selva.....	120
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	149
La América Moderna, por Vicente Gay.....	186

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26 NUM. 302.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPITULO II

Anotaciones sobre el número gramatical

66. No por ser sencillas y fáciles las reglas que corresponden a la formación del plural, dejan de dar asidero a dudas y dificultades que deben ser salvadas por quienes se precien de hablar bien.

Trataré de ampliar las reglas consabidas, y de paso tocaré puntos de filología, relacionados con el número gramatical; serán consideraciones y ejemplos que escapan al común de los textos encargados de explicar la materia.

Así como los jurisconsultos se complacen endilgando ampliaciones y comentarios a las leyes, buscando aclarar su interpretación y la mejor manera de aplicarlas a los casos concretos que puedan ocurrir; así también, a los que nos entrometemos a estudiar con algún detenimiento las cuestiones que se suscitan en el mundo de las letras, nos place considerar los dictados de la docta Corporación que legisla sobre el uso más acertado y correcto, y aun enmendarle la plana si la ocasión se presenta.

Dejando de lado digresiones que a nada conducen, iré derechamente al grano; vale decir, a las palabras que pueden ofrecer alguna dificultad en la formación de sus plurales.

***

67. La Acad., y con ella todas las gramáticas, enseñan que las palabras terminadas en vocal acentuada forman su plural agregando la sílaba *es*. Danse como excepciones a *papá*, *mamá*, *chacó* y *chapó*, que sólo añaden *s*, y a *maravedí*, que admite tres terminaciones: *maravedís*, *maravedíes* y *maravedises*.

68. No dejan de notar los gramáticos que el habla castellana, celosa de su armonía, pospone en este punto, como en otros, la regla al buen sonido; y aun cuando en catálogos de casas comerciales que no asignan precio al buen decir, en avisos y letreros veamos hoy estampado: CAFEES, TEES, CANAPEES, etcétera, y aun cuando de antiguo no ha faltado tal o cual escritor que prohijara tan disonantes plurales, el uso correcto los ha proscrito, de manera que toda voz terminada en *é* se contenta con agregar una *s*. Admítese comúnmente la terminación *es* para formar el pl. de las vocales (las *aes*, *ees*, *íes*, *oes*, *úes*) y hase dicho las *tees*, *cees*, etc. (véase Menéndez Pidal, *Gram. Hist.*, pág 132), como pl. de las letras *t*, *c*, etc.; con todo, prefiero hablar de las *e*, las *t*, las *c*, etc.

69. BAJÁS, forma verbal arcaica, sobrevive como vulgarismo en la Arg. acompañándose con *vos;* lo que no puede ser es pl. de *bajá*, y como tal lo he visto emplear erradamente; he aquí el legítimo pl. de este nombre:

> «Después de haber dos *bajaes* tenido
> Acuerdo, no sin priesa y sobresalto.»
>
> (J. Rufo. *La Austriada*, canto XIII.)

70. *Sofaes* y *sofás* se equilibran en la balanza gramatical: pesan a favor del primero la Acad., Bello y Menéndez Pidal sostienen al segundo nada menos que Salvá, Robles Dégano y Cuervo. Opto por *sofaes* que está dentro de la regla.

71. Bello y Salvá anotan, al tratar esta misma regla, que los vocablos terminados en *é*, *ó*, *ú*, suelen añadir sólo *s*: *corsé* (y vayan sabiendo nuestras damas que decir CORSET es hablar en francés, y que CORSESES y CORSEES son barbarismos intolerables), *corsés; fricandó*, *fricandós; tisú*, *tisús*; *ambigú*,

ambigús. A mi vez—aunque la mayoría de los gramáticos están con Bello y Salvá,—salvo *corsés*, los demás ejemplos tendrán mejor sabor castizo si agregan *es* (*fricandoes*, *tisúes*, *ambigúes*); esta sería la verdadera forma de castellanizar a los franceses FRICANDEAUS, TISSUS y AMBIGUS.

72. Siguiendo al insigne Bello, veremos afirmar que se usan los pl. irregulares *bisturís* y *zaquizamís* (así los quiere Salvá también), y que los poetas están en posesión de decir, cuando les viene a cuento *alelís*, *rubís*.

Cuervo, en una de sus eruditas notas a la *Gram.* de Bello, hace constar que «a otros en *í*, fuera de *alelí*, *rubí*, extienden los poetas, si bien raras veces, el pl. en *s*: Castillejo hace consonar *borceguís* con *maravedís* y *oís* (*Diálogos y discursos de la vida de corte*), e Iglesias usa *jabalís* (*Cantilena* IV).» Pudo citar también a Valbuena, que estampó en *El Bernardo*, *alelís* (L. IX) y *rubís* (L. I), y á la vez, *rubíes* (L. XIII) y al Duque de Rivas que trae *rubís* en *El Conde de Villamediana*. Con esto y con todo, no negará el sabio Cuervo, que *borceguíes* y todos los pl. en *íes* son de mejor linaje, como que convienen con la regla, y si hemos de contraponer autoridades, vayan las siguientes: «traía unos *borceguíes* datilados» (*Quijote*, I, XXXVII); «con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de *rubíes* » (*Id.* I, L.)

«Saltó la sangre, y cual collar precioso
De encendidos *rubíes* adornado.»
(Hojeda. *La Cristiada*, L. VIII.)

«De oro y *rubíes* movedizos montes.»
(J. Mármol. *Las Nubes*.)

«Tú juegas, pobre niña; tú sonríes
Cual linda mariposa entre *alelíes*.»
(M. Flores. *Orfandad*.

«Asomábase ya la primavera
por un balcón de rosas y *alelíes*,

y Flora con dorados *borceguíes*
alegraba risueña la ribera.»
(*La Gatomaquia.*)

Mi ilustrado amigo, el Dr. Pedro de Múgica, que cita estos últimos versos en *Maraña del Dic.* (Cap. VI), pregunta: «¿Quién dice hoy *allelíes*, *colibríes*, *rubíes* y *tilburíes*?»; y no puedo menos que contestarle: cuantos estudian Gramática con algún aprovechamiento, cuantos ponen algún cuidado en hablar bien (1). Y he de hacer una salvedad respecto a TILBURÍS: como aquí pronunciamos este anglicanismo como esdrújulo, nuestro pl. es *tílburis;* los que dicen *tilburí*, toman esta pronunciación de segunda mano, del francés, que también tiene esta palabra (proveniente del apellido del inglés *Mr. Tilbury*, que inventó este vehículo), y no es raro, por tanto, que formen el pl. a la francesa, diciendo TILBURÍS.

D. E. Vera y González, en su *Gramát. Cast.* (Analogía), gramática que tiene sus méritos y que es, sin duda alguna, uno de los mejores textos usados en la Arg., adjudica a las voces *maní* y *ají*, tres pl. como a *maravedí*. Ignoro de qué autoridades tomaría MANÍS y MANISES, AJÍS y AJISES; Isaza (*Gram. práctica de la Leng. Cast.*, pág 32), cita el pl. AJISES como voz espuria, e igual suerte corre en el *Dic. abrev.* de Uribe y U. y en el *Dic. de Loc. Vic.*, de Ortúzar. Cuervo, a propósito del mismo AJISES, dice: «Estos plurales en *ses* de voces agudas acabadas en vocal están inficionados de gitanismo... TRASPIESES por *traspiés*, que dijo Vargas y Ponce en la *Proclama de un Solterón*, es de la misma estofa» (*Apunt.*, pág. 91); y por lo visto puede colegirse que MANISES no queda muy bien parado. En Buenos Aires se oye, entre chicuelos e ignorantes, hablar de

(1) Y viene en mi apoyo Menéndez Pidal, a quien tomo este pasaje: «Luego se generalizó la—*e*—a los nombres en vocal acentuada, especialmente a los en *i*, que si antes eran corrientes en doble forma, *jabalís-íes; alfaquí-íes; borcegui-íes*, hoy rara vez se usan sin la—e.» (*Gram. Hist.*, página 132.)

MANÍS y MANISES, y no es raro que los verduleros y las mujeres de servicio digan AJÍS y AJISES; pero no es esta gentualla la llamada a dar norma al buen decir.

Ortúzar y Uribe y U. adoptan por el pl. *bisturís*, y ponen como incorrecto a *bisturíes*, injustamente; porque si bien se tiene en apoyo del primero la irrefragable autoridad de Bello (*Gram. Cast.*), la segunda forma está al amparo de la regla, es la única consentida por Orellana (*Cizaña del Leng.*) y no deja de tener también en su pro el uso de algunos escritores de valía.

El *colibrí*, con ser pájaro tan diminuto, da que hacer a la Gramática desde que ha tenido la ocurrencia de revolotear fuera de la regla al pluralizarse. Amunátegui Reyes, en *Al través del Dic. y de la Gram.*, acoge una frase de la *Historia Natural*, por R. A. Philippi, donde se habla de *colibrís...*, y aunque este señor Philippi creo que nada tiene de gramático ni de hablista, no puede decirse otro tanto de Amunátegui que vale, ¡y mucho!, como autoridad en materia de lenguaje; no obstante, estoy por el pl. *colibríes*, empleado por buenos escritores y muy puesto en razón dentro de la regla.

Maniquís (conste que no se dice MANEQUÍ) reclama también su lugar entre los pl. que merecen aceptación, como que ha sido dado en letras de molde nada menos que por Pérez Galdós, según advierte P. de Múgica. Habrá que admitirlo a la par del legítimo *maniquíes*, único pl. que acepta Orellana.

73. El *Dic.* dijo *kepis* hasta su XII edición, en la XIII sólo se registra *quepis*. Rivodó (*Voces Nuevas*) asevera que lo correcto es *kepi* para el sing. y *kepis* para el pl. Cuervo opta por estas mismas formas (*Apunt.*, pág. 657); mas cambia la *k* en *q*, tal como corresponde si se ha de castellanizar en forma a este inmigrante francés. En la Arg. se pronuncia vulgarmente QUEPÍ, muy a la francesa, y en pl. QUEPÍS.

74. «Fue agregando caperuzas y yo añadiendo *síes*» (*Quij.*, II, XLV); Tirso de Molina escribió: *síes* y *noes*; y en *La noche toledana*, de Lope de Vega, acto II, se lee: «Dos *túes*, dos se-

ñorías»... Estos ejemplos muestran palmariamente que hasta los monosílabos terminados en vocal acentuada piden *es* para formar su plural. Siempre convendrá exceptuar los terminados en *e*, que si bien Cervantes dejó escrito: «Algunos hay que procuran estas *fees* con buena intención» (*Quij.* I, XL), y Calderón de la Barca ha podido poner:

«Que no son buenos papeles
En el consejo de amor
Las finezas ni las *fees*»
(*La vida es sueño*, Jor. II, Esc. XI);

lo propio es que se evite la disonante duplicación de las *e*; los mejores hablistas adoptan hoy el pl. *fes*, preferido por la Acad., M. Pidal y Ortúzar.

*
* *

75. La tercera regla establece que los terminados en consonante reciben, para formar su pl., la sílaba *es*. Se exceptúan los vocablos de más de una sílaba acabados en *s* y no acentuados en su última vocal, que no admiten cambio alguno: *la dosis*, *las dosis*; *el éxtasis*, *los éxtasis*; etc. En prueba de que los monosílabos varían, vaya este ej.:

«Y nunca para enviarlo
A los dos *trises* me llego»
(F. de Quevedo. *Musa* 6, *Romance* 7.)

76. El *frac* y el *clac*, como que bien se acompañan cuando se exige etiqueta, han querido mantenerse de acuerdo al formar su pl.; para conservar su prosodia sufren el mismo accidente ortográfico, y sólo podrá hablarse de *fraques* y *claques*, pues FRACS y CLACS son formas extranjeras que no condicen con el habla correcta. De igual manera se tiene a *vivaques*, pl. de *vivac*, y a *bifteques* o *bisteques*, pl. de *biftec* o *bistec*.

77. Se dijo otrora CAPAZES, LUZES, etc., pero por razones de ortografía, que a su tiempo explicaré, la *z* se convierte hoy en *c*, toda vez que ha de preceder a las vocales *e*, *i*, por más

que Bello, obligado como todos al acatamiento de este uso, le tilde de «abuso que no puede justificarse». He aquí un ejemplo, que si así lo escribió el autor (lo tomo de los *Poemas Epicos Esp.*, coleccionados por Rosell, reed. en 1905) es de los primeros que emplean la *c* en estos pl., pues en el *Quijote*, por ej., edición primera, y aun en otras posteriores, prevalece la *z*:

«Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres *teces*, nuevas hermosuras.»
(*Valbuena. El Bernardo*, Libro I.)

78. Salvá da *alféreces* como pl. de *alférez*, y hay que advertir que este autor ha sido de los que más empeños han puesto por conservar la *z*. Calcaño (*Cast. en Ven.*, pág. 241) opta por el mismo pl., con ejemplos de Nebrija y otros autores. Cuervo (*Apunt.*, pág. 92) comprueba que también se ha empleado *alférez* como pl., con papeletas tomadas a Cervantes y Lope de Vega; de modo que tanto dará decir los *alférez* como los *alféreces*, aunque esta última forma parece merecer preferencia, que la usaron, según Cuervo, Coloma, Moretti, Fernández Guerra y Orbe, Villaviciosa y Mora, y también Rufo:

«Ni más ni menos llevan las banderas
Los *alféreces* llenos de despecho.»
(*La Austríada*, C.XVII.)

79. Los terminados en *x*, salvo los agudos, que siguen la regla general, sirven generalmente para los dos números, como *el fénix*, *los fénix*. Bello advierte que ha podido usarse *fénices*, aunque sólo en verso (Lope de Vega). Ampliando la advertencia, bien pudo anotar a *ónix*, que por tener la forma *ónice* adopta habitualmente el pl. *ónices*. Otro tanto ocurre con *opopónax*, también *opopónace*, que admite el pl. *opopónaces*. Rivodó (*Entret. Gram.*) cita como de igual condición a *sardónix*, que si es admitido a la par de *sardónice* o *sardónique*, como otro derivado del latín *sardonyx*, será ejemplo digno de ser agregado en la cuenta. Avendaño (*Gram. Cast.*, pág. 37) cita

a *sardónices* y *ónices* como únicos pl. de *sardónix* y *ónix*, respectivamente.

80. Entraré ahora a considerar algunos de los muchos vocablos que nos llegan de Inglaterra y Francia y que, como novicios, ofrecen sus dificultades para adaptarse a los usos gramaticales que son propios de nuestra lengua. Tenemos, citado por Bello, a *lord*, que hace *lores*, como *milord, milores;* y *boulevar* o *bulevard* (galicismo que anda aún fuera de nuestros léxicos), *boulevares* o *bulevares;* en la manera de formarse estos plurales vese palpable la tendencia a suprimir esa *d* que no se aviene con la índole de nuestra lengua; la verdad es que en el mismo sing. sólo puede conservarla la ortografía, siempre tenaz y resistente para evolucionar, pues lo más común es oír pronunciar *lor, milor, bulevar*.

81. RESTAURANT, y su pl. RESTAURANTS, son voces francesas que pretenden adquirir carta de ciudadanía convirtiéndose en *restorán* y *restoranes*, o *restaurante* y *restaurantes*. Doña E. Pardo Bazán, autoridad indiscutible en materia de buen decir, si bien ha hecho uso de *restaurant*, según se ve en *La Dama Joven* y en otras obras anteriores, escribiéndolo con el consiguiente subrayado o en bastardilla, adopta en sus producciones más recientes las formas castellanizadas *restorán* y *restoranes*, *restaurante* y *restaurantes*, lo que basta para dar a estas voces el sello de legitimidad que necesitaban; vaya esta muestra: «Lo que lamento es precisamente que la cocina francesa, no la exquisita, sino la detestable, haya hecho irrupción en fondas, balnearios y *restaurantes*, y hasta bodegones madrileños (*Vindicación de la cocina hispánica*. «La Nación», de Agosto 1.° de 1911). Amunátegui (*Apunt. Lex.*, II, 254) cita estos versos del Marqués de Molins en apoyo de *restoranes:*

«Los *restoranes* se sabe
que son *cafees* de España»;

y no deja de causarme extrañeza que haya dejado pasar sin reparo alguno ese CAFEES que suena tan mal.

82. El inglés PUDDING, que por España (aunque no gusten de él los señores académicos) es *pudín* o *puding (pudingo,* según Salvá), y que en América se conoce más por *budín,* no admite entre los hispanoamericanos más plurales que *pudines* o *budines.*

83. El repetidísimo MEETING, que los diarios españoles y americanos nombran ya *mitin,* tendrá que adoptar el pl. *mitines* si se resuelve a castellanizarse de veras; entretanto, circula por ahí el anglicano MEETINGS.

84. Los que dicen o escriben CLUBS, DOLLARS, REPORTERS y REVOLVERS, hablan más inglés, o francés, si se quiere, que castellano; nuestros hablistas usan, comúnmente, muy de acuerdo con la regla gramatical que corresponde, *clubes* (1), *dóllares* o *dólares, reporteres* y *revólveres;* y conste lo aseverado con perdón de Rivodó, que opta por *clubs (Entret. Gram.).*

85. SPORTSMAN, consabido anglicanismo, tan común en Francia como en España y América, que, según define un festivo pasaje de D.ª Emilia Pardo Bazán, equivale a «ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia o berruga social», tiene por pl. a SPORTSMEN; decir SPORTSMANS, es agregar a un barbarismo otro mayor (2). De igual manera GENTLEMAN, que vale tanto como el castizo *gentilhombre,* echado en olvido injustamente, tiene por pl. a GENTLEMEN; si se llegara a castellanizar, no habían de ser los GENTLEMANS, sino los *gentlemanes,* quienes alcanzaran el beneplácito de la gramática.

---

(1) A propósito de esta palabra, advierto a la Acad. que en América se usa más por *casino, centro* o *círculo* que en la acepción de «junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina», como expresa el *Dic.*

(2) Tanto *sportman* como *sportmen,* suelen abandonar por estas tierras la *s* que tienen en medio; pero esta síncopa es poca cosa; otras consonantes habrán de perder estas palabras, y agregar una vocal, si quieren dejar de andar en bastardilla o subrayadas, porque no es propio del habla castellana el casar vocales con tanta consonante a la vez.

86. El pl. COMPLOTS es francés puro; quien pretenda hablar castellano, dirá *complotes;* y más castizo será el lenguaje si se dice *confabulaciones, intrigas* o *tramas.*

87. *Zigzag* forma el pl. *zigzagues,* según se ve en *La Moda,* poesía de Bello. La Acad. registra con igual significado a *ziszás,* que ha de ser común a los dos números, ya que en *ziszases* molesta el siseo. Salvá convierte esta voz en *ziczac;* evidentemente, si alguna variación ha de convenirle al francés *zigzag,* para mejor adaptarse a nuesta ortografía, es el cambio de la *z* inicial por la *c,* conforme lo reconoce Amunátegui Reyes *(Mis pasatiempos,* pág. 30).

*
* *

88. Como en nuestra habla sólo algunas palabras compuestas, en especial verbos con pronombres enclíticos, permiten la acentuación sobreesdrújula, resulta que *régimen* se ve obligado a cambiar de acento al pluralizarse; no es para castellanos el pronunciar RÉGIMÉNES; se dirá los *regímenes,* salvo que, siguiendo la condición que es casi general en los esdrújulos, se prefiera decir los *régimen;* mas debo advertir que prevalece en el uso docto el pl. *regímenes.* En igual caso, según anota Rivodó *(Entr. Gram.),* se hallan los plurales de *espécimen* y *Júpiter, especímenes* y *jupíteres.*

89. También cambia de acento *carácter,* que aun cuando antaño formó CARÁCTERES, hoy sólo se emplea el pl. *caracteres.* Si bien hay quienes dicen CRATERES, influídos por la semejanza de sonido con *caracteres,* es más propio *cráteres,* que tiene en su apoyo el parecer del lexicógrafo chileno P. Ortúzar y el del colombiano R. Uribe y U., pareceres que reforzaré con la cita siguiente:

«Mil espantosos *cráteres* se miran
En las cimas de montes y collados.»
(Manuel Carpio. *México.*)

*
* *

90. Por lo que toca a las voces compuestas, lo común es que formen su pl. variando el último de los elementos, como se ve en las siguientes: *agridulces*, *avemarías*, *boquirrubios*, *críticoburlescos*, *líricodramáticos*, *ferrocarriles*, *grecolatinos*, *hispanoamericanos* y demás gentilicios, *jocoserios*, *montepíos* (aunque Jovellanos usó *montespíos*), *padrenuestros*, *parabienes*, *portafusiles*, *primaveras*, *puntapiés*, *quitasoles*, *salvaguardias*, *salvoconductos* (no han faltado quienes digan *salvosconductos*, como bien lo anota M. Pidal), *semovientes*, *sordomudos* (Cuervo se inclina a este pl., preferido por Bello, Monlau, M. Pidal y otros hablistas, aunque cita autoridades que escribieron *sordosmudos*), *turbamultas*, *vaivenes*, *vanaglorias*, etc.

91. Son generalmente compuestos de dos nombres o de nombre y adjetivo, que se conservan sin alteración al juntarse, los que afectan los dos elementos al formar su pl.; así tenemos de *casaquinta*, *casatienda*, *gentilhombre*, *ricohombre*, los respectivos pl. *casasquintas*, *casastiendas*, *gentileshombres* y *ricoshombres*. Rivodó incluye en esta cuenta los pl. *bocasmangas* y *bocascalles:* el primero está condenado por la Acad. (*Gram.*, última ed., pág. 28), y es rechazado también por Cuervo, Isaza, M. Pidal, Martínez y García, Ortúzar y otros autores de valía; el segundo tuvo a su favor el parecer de Cuervo (*Apunt.*, hasta la 4.ª edición) y de otros autores (Uribe entre ellos, que tacha como incorrecto a *bocacalles*); pero el gran filólogo colombiano se retracta de tal dictamen en la última edición (1907) de sus *Apunt.*, y reconoce como más propio el pl. *bocacalles*, con citas de autores fehacientes.

92. No faltan compuestos que formen su pl. alterando solamente el primer elemento; así resultan: *cualesquier* (1), *cualesquiera*, *quienesquier*, *quienesquiera* e *hijosdalgo*. A este último se le podrán admitir tres plurales desde que M. Pidal con-

(1) «Hija llama el hebreo a *cualesquier* mujeres» (F. L. de León. *La Perfecta Casada*); y pueden leerse otros ejemplos de estos pl. en *Apunt.* de Cuervo.

siente las formas *hijosdalgos* e *hijodalgos*; pero, me guardaré de certificar la corrección gramatical de estas dos voces.

93. Se mantienen invariables para los dos números los que tienen el último componente en pl., como se ve en los siguientes ejemplos: *el aguamanos* y *los aguamanos, cien-pies* o *ciempiés* (1), *cortaplumas*, *cumpleaños*, *destripaterrones*, *guardapiés*, *guardamuebles*, *limpiadientes*, *milhojas*, *mondadientes*, *paracaídas*, *paraguas*, *portamonedas*, *sacabocados*, *sacabotas*, *sacacorchos*, *sacadientes*, *sacamanchas*, *sacamuelas*, *sacatrapos* y *traspiés* (*traspieses*, como ha usado algún poeta, es licencia intolerable). Quitar la *s* final a cualquiera de estos compuestos, es caer en imperdonable trasgresión del buen decir.

***

94. Es error muy común en los que no andan al tanto con los diccionarios y gramáticas, el usar en sing. palabras que no admiten tal forma.

Anotaré a continuación las citadas por Bello que conviene reproducir, con ampliación de muchas otras que merecen ser tenidas en la misma cuenta: *absolvederas*, *afueras* (cuando designa los alrededores de una población), *afines*, *albricias*, *alicates*, *alrededores* (por contornos o cercanías de un lugar), *ambajes*, *anales*, *ancas*, *andaderas*, *andas*, *angarillas*, *antiparras*, *añicos*, *aproches*, *arras*, *asentaderas*, *bragas*, *calendas*, *carnestolendas*, *comicios*, *conexidades*, *cosquillas*, *creces*, *credenciales*, *dares* y *tomares*, *despabiladeras* o *espabiladeras*, *despavesaderas*, *dimes* y *diretes*, *dimisorias*, *dolamas* o *dolames*, *efemérides*, *entendederas*, *esponsales*, *esposas* (prisiones), *exequias*, *expensas*, *explicaderas*, *extramuros*, *foscas*, *fauces*, *fondillos*, *gafas* (anteojos), *grillos* (prisiones), *híadas* o *híades*, *honras* (exequias), *idus*, *infulas*, *lares*, *largas* (dilaciones), *lau-*

(1) *Cientopiés*, admitido por la Acad., ha sido censurado por Valbuena (*Fe de Erratas*), por considerar de rigor la apócope de ciento. Para Salvá es forma anticuada.

des, *maitines*, *manes*, *mientes* (por mente, aunque se va anticuando), *nupcias*, *pandectas*, *parias* (cierto homenaje o tributo), *penates*, *pinzas*, *pléyades* o *pléyadas* (como término astronómico), *posaderas*, *preces*, *puches*, *quipos*, *termas*, *tijeras* (el instrumento de cortar), *tinieblas*, *trébedes*, *velaciones*, *veras* (contrario de burlas), *víveres*, *zarandajas*.

Mucho mayor ampliación podría dar a esta lista si entrara a enumerar todas las voces que el *Dic.* registra como exclusivamente plurales; pero, resulta que algunas raramente llegan a ser empleadas, y no son pocas las que se usan también en sing. a pesar de la prescripción académica.

95. De los ejemplos presentados por Bello, he creído conveniente descontar en primer término *aborígenes* y *hemorroides*, que consigna el *Dic.*, precisamente, en su forma sing. (*aborigen* y *hemorroide*); *aborigen* aparece en escritos de D. F. Sarmiento, y podrá hallarse en obras de otros escritores, así americanos como españoles, y es común oír *hemorroide*.

96. *Enaguas* sólo ha de ser pl., según la Acad. (*Gram.*), Bello y otros gramáticos; esto no impide que se use y se haya usado también en sing., como lo confirma Cuervo, tanto en las notas puestas a la *Gram.* de Bello, como en las *Apunt.*, con la autoridad de renombrados escritores antiguos y modernos. En el mismo *Dic.* aparece tal cual vez *enagua*.

97. *Pertrechos* que, según la Acad. y según Rivodó (*Entreten. Gram.*), solamente se admite en pl., tiene en favor de su forma sing. autoridades como Garcilaso, Alejo de Venegas, Jáuregui y Valbuena, citados por Cuervo (*Apunt.*, pág. 96); de modo que no será disparatado decir *pertrecho*.

98. *Bienes*, siempre que signifique hacienda, riqueza, caudal o patrimonio, estará indefectiblemente en pl. Se fundó hace pocos años, en Buenos Aires, el *Banco* DEL BIEN RAÍZ, y esta denominación aparecía con letras de gran formato, ante el pueblo, repetida por todas partes, en avisos de diarios, letreros y cartelones, y lo que menos se le ocurrió al público y a los mismos banqueros, fue averiguar si el nombre de la ins-

titución estaba de acuerdo con el buen decir; de este Banco sólo queda hoy el nombre, y bien podría borrarse este triste recuerdo, ya que por ahí, por ese *bien* que debió ser *bienes*, comenzaron los errores de esta desgraciada institución bancaria. Todos los cuidados del comerciante van en pos de la ganancia; que resulte estropeado el idioma, en estos casos, es lo de menos. ¿Quién no ha visto, a no poder más, letreros disparatados, errores garrafales, en el reclamo comercial?... Y la trasgresión que acabo de mostrar importa *progreso* tal para el idioma, que cuando se dé caso de decir, por ejemplo, que uno *anhela el bien de la patria* o *el bien de la familia*, no faltará quien salga a inquirir que casa o propiedad es esa tan codiciada.

99. Monis, decimos familiarmente los americanos por moneda o dinero, y allá por España, *monises*. Pudiera creerse que *monises* es pl. de *monis;* pero no hay tal; ambas voces no admiten sino la forma pl., y nuestro monis es apócope viciosa del castizo *monises*, o corruptela del inglés *money* (moneda).

100. Como lo reconoce Bello (*Gram.*), «*tenazas* y *tijeras* en su significación primitiva carecen de sing., pero no en las secundarias y metafóricas, y así se llama *tenaza* la de los animales y *tijera* la del coche (y la de nuestros ranchos, agregaré), y se dice hacer «*tenaza, ser una buena tijera*». Esta frase última ha sido observada por Cuervo (*Notas* a la *Gram.* de Bello), de acuerdo con Merino Ballesteros y con D. Antonio Puigblanch (*Opúsculos Gram.*), sólo admiten «*ser buena tijera*» (1).

101. *Tiniebla*, aunque prohibida por algunos gramáticos que sólo quieren *tinieblas*, consta en el Dic., y está autorizada por buenos poetas:

---

(1) No falta tal o cual ejemplo de buen autor en que estas palabras, sin salir de su significación primitiva, se presentan en sing.; tal ocurre con el siguiente de Cervantes (o de sus editores): «y de corte de *tijera* con mi buen ingenio salté a cortar bolsas». (*Rinconete y Cortadillo.*) Y el mismo *Dic.* estampa *tijera* en la definición de «Esquilar».

«La *tiniebla* nocturna se acercaba.»
(J. Rufo. *La Austriada*, C. XVIII);

«En la negra *tiniebla* se destaca.»
(O. Andrade. *El nido de cóndores.*)

102. Con todo, creo que, de las palabras anotadas en el recuento de estos pl. que no admiten sing., la más ocasionada a infracciones es *trébedes;* no sólo se la usa impropiamente en sing., sino que es tan repetida como vulgarísima la apócope que convierte esta maltratada voz en TREBE.

***

103. Ya que he tratado de los nombres que carecen de sing., justo será que no pase por alto los que no admiten pl.

La Acad. y algunos de los principales gramáticos dan la reglamentación pertinente; para no caer en repeticiones de lo que ya está determinado, sólo me detendré a considerar alguna de las contradicciones que se ofrecen.

104. Bello incluye la voz *álbum* en el número de las que sólo se usan en sing. por conservar en castellano su misma forma latina; Baralt (*Dic. de Gal.*) sostiene también que esta palabreja, «como *el cólera*, *el tifus*, etc.,» no soporta pl., y agrega en seguida: «¡Misericordia de Dios, que ha hecho únicos en su clase estos azotes!»... Y no se alarmen, aunque hayan usado el término en pl., aquellas de nuestras damas que guardan como un tesoro alguno de estos... *azotes*, para presentarlo a cuanta persona de algún valimiento llegan a conocer; y no se alarmen, digo, porque estos arranques malhumorados suelen ser tan comunes como infundados en Baralt. La Acad. ha dado ya su fallo decisivo en este punto desde que acepta como muy autorizado el pl. *álbumes*, forma que he visto usada por escritores de buena ley, entre ellos la insigne D.ª Emilia Pardo Bazán y el festivo Vital Aza, quien la trae en este verso:

«¡Diez *álbumes* en un mes!»
(*Otro álbum.*)

El pl. ALBUMS, aunque empleado por el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Campoamor y algún otro poeta, me parece que no pasa de ripio, o de galicismo si se quiere; y será preferible decir *los album* antes que *los* ALBUMS.

105. Los adjetivos numerales cardinales, en general, sólo se pluralizan cuando se usan como sustantivos. Así, no se dirá, por ej.: «*tuve* MILES *tropiezos*», «*con* MILES *apuros*», etc.; pues aun cuando no hayan faltado poetas de valía, entre ellos Bono Serrano y el mismo Espronceda (*Diablo Mundo*), que hayan caído en esta infracción gramatical, están contestes, tanto los filólogos como los escritores más correctos, en que la forma pl. de *mil* solamente se admita cuando equivalga a *millar* y puedan sustituirse estos dos términos sin menoscabo de la propiedad. Ni aun en la formación de numerales compuestos soporta pl. *mil*, lo que no ocurre con *cientos* y *millones*. Vaya esta muestra del uso correcto: «Rodeados de *mil* géneros de instrumentos y de invenciones.» (*Quijote*, II, XXI.)

***

106. Mucho se ha debatido sobre si los apellidos pueden permanecer invariables al usarse en pl.

Según la Acad., sólo los apellidos patronímicos terminados en *z*, y cuyo acento carga sobre la penúltima o antepenúltima vocal, como *Sánchez*, *Pérez*, *Martínez*, *Alvarez*, etc., no consienten alteración alguna al usarse en pl.; para los demás acepta el aditamento de *s* o *es*; de conformidad con las reglas generales que corresponden a la formación del pl.

Bello (*Gram.*) exceptúa también como invariables los apellidos extranjeros que conservan su forma nativa, como *los Canning*, *los Wáshington*, etc., a menos que su terminación sea de las familiares al castellano y que las pronunciemos como palabras castellanas: *los Racines*, *los Newtones*. Hace también la salvedad de que los apellidos de familia constituídos por nombre compuestos que debieran pluralizarse en sus dos elemen-

tos, sólo aceptan la *s* al final; así se dirá *los Montenegros, los Villarreales*, etc.; nunca los MONTESNEGROS, los VILLASREALES.

Cuervo, repitiendo razones ya aducidas por otras personas que han ventilado con todo detenimiento la misma cuestión, opta por que se coloque a los apellidos en igualdad de condiciones con los demás apelativos. No deja de reconocer, con todo, el serio inconveniente que resulta de los apellidos que, como *Rey, Real, Peral, Portal, Arenal, Moral*, etc., darían lugar a confusión, puesto que al decir, por ej., los *Reyes*, quedaría uno dudando si se trata de la familia de *Rey* o de la de *Reyes*.

M. Fidel Suárez (*Estudios gram.*, pág. 314) se muestra extremoso en esta cuestión. «Los apellidos—afirma—son nombres que se acomodan a las reglas generales en la formación del pl.; es, por tanto, muy errónea y censurable la práctica de aquellos que, creyendo hablar con mucha propiedad, los usan casi siempre en sing.» Y aun no satisfecho con este severo dictamen, añade que es vicio muy común aun en escritores correctos, tanto americanos como peninsulares...» He aquí que, por el afán de cargar la mano, lo que nos presenta el distinguido gramático colombiano, resulta más bien una defensa de la tesis opuesta, ¿puedé acaso desconocerse que los vicios del lenguaje cuando se hacen *muy comunes en escritores correctos* van precisamente encaminados como para dejar de ser tales vicios?...

Y tanto es así, que el festivo y muy erudito escritor don Ricardo Palma, en una interesante carta que apareció al final de su obra *Papeletas lexicográficas* (o sea *Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Dic.*), y que se intentó también en *Mis últimas tradiciones y cachivacherías*, muy resueltamente, como lo tiene por costumbre, declara: «En lo relativo a *pluralización* del apellido, raro es el escritor hispano-americano que acate la prescripción existente en la *Gram.* de la Acad. No somos los americanos muy partidarios de *los Pizarros, los Almagros, los Girones*, etc. Y decimos y escribimos *los Pizarro, los Almagro, los Girón*, etc. El apellido lo heredamos, y no encuen-

tro derecho o razón fundada que nos autorice para alterarlo en letra ni en sílaba.»

La verdad es que aun cuando obren la mayoría de los clásicos en favor de *tal pluralización,* no puede tacharse de vicioso ni un uso ni el otro. Prueba de tal indiferencia es el hecho de que D.ª E. Pardo Bazán, autoridad respetabilísima, después de hablar, en cierto pasaje, de «*los Guevaras* y *los Merlos*», pregunta, casi a renglón seguido: «¿Podrían imaginarse, presentir esta evolución *los Manriques de Lara*, *los Céspedes, los Béjar*, *los Heredia*, *los Granada*, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII?» (*Ilustración Artística*, de Barcelona. *Vida Moderna.*)

Lo que me parece arremilgado pedantismo, y como tal intolerable, es el poner en pl. el apellido cuando se aplica en común a dos o más personas, diciendo, por ej.: *Juan* y *Pedro Blascos*, práctica que fustiga con justa razón Uribe y U. en una de las notas (la 278) puestas a su *Dic.*

*
* *

107. *Inclusive* y *exclusive* son adverbios, y como tales, invariables. No ha faltado, sin embargo, profesor de Gramática que diga: «Tienen como lección los pronombres, hasta los demostrativos INCLUSIVES.» ¡Y vaya uno a sorprenderse si cae en esta imperdonable trasgresión algún escritor ramplón que ignore hasta los más elementales preceptos gramaticales.

108. Otro tanto ocurre con *medio*, *puro, sólo*, *harto*, *tanto, cuanto* y *mucho* cuando modifican a un verbo, a otro adv. o a un adj. Es disparatadísimo decir: «*están* MEDIOS *ebrios*», «*fracasaron de* PUROS *atropellados*», «*escribirán* SÓLOS *disparates*», HARTOS *mejores resultados se obtendrán así*», «*sufrirán* TANTOS *mayores perjuicios* CUANTOS *peores manejos tengan*», «*tropezó con* MUCHOS *mayores inconvenientes*»; en todos estos ejemplos, encontrados al acaso por librejos y periódicos, se impone la corrección de las palabras puestas en caracteres mayores, que

sólo por imperdonable error han podido usarse en pl.; pues ha de verse que *medio* modifica al adj. *ebrios*; *puro,* al adj. *atropellados*; *sólo* (reemplazable por *solamente)*, al verbo *escribían*; y *harto*, *tanto, cuanto* y *mucho*, respectivamente, a los determinativos *mejores*, *mayores*, *peores* y *mayores;* lo que quiere decir que son adverbios, y por tanto, invariables. Y raro, muy raro, será que se encuentren infracciones de esta laya en los clásicos o en buenos escritores modernos; en prueba de esto, y para no molestar a mis lectores con exceso de citas, tomaré, de las que tengo acopiadas, sólo aquellas en que aparece el adv. *medio:*

«por mejor decir, *medio* dormidos.»
(*Quij.,* II,·1);

«Y unos de espanto quedan *medio* muertos,
Otros escapan de temor cubiertos.»
(Villaviciosa. *La Mosquea*, C. XI);

«Así, *medio* dormidos y despiertos,
Saltan los araucanos alterados.»
(Ercilla. *La Araucana*, C. XIV);

«Y se mostraban los unos
De hierro y sayo vestidos,
Los otros *medio* desnudos.»
(El D. de Rivas. *El Fratricidio*);

«Leves mecían sus capullos rojos
Medio dormidos en sus hojas bellas.»
(José Selgas. *La Alondra*);

«Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas.»
(E. Echeverría. *Tucumán*);

«en pos de los ahorcados, *medio* comidos de los cuervos».
(Castelar, *Discurso Académico*, leído el 25 de Abril de 1880.)

109. El *Dic.* de la Acad. y los de Salvá, Barcia, Monlau, Toro y Gómez, etc., Cuervo (*Apunt.*, págs. 98 y 99) y otros

autores imponen el modo adverbial *en cierne*, así, con la terminación sing., de acuerdo con el uso que han concedido a esta locución Cervantes, Fr. Luis de León, Lope de Vega y otros escritores, así clásicos como modernos (entre éstos, D.ª Emilia Pardo Bazán). Hoy, no sólo el vulgo, sino muchos de nuestros autores más nombrados, dicen comúnmente *en ciernes*, y me parece que no andan del todo descarriados, que, por lo menos, tienen a su favor el parecer del crítico Valbuena. (Véase *Fe de Erratas,* tomo II, pág. 129); y consta *en ciernes* en el *Dic. de la Leng. Cast.*, escrito por *una sociedad de literatos*, no muy escrupulosa, que digamos, en materia de buen decir.

*
* *

110. Habráse notado que vengo poniendo *sing.* por *singular* o *singulares*, indistintamente; y de igual manera otras abreviaciones. Preferirán algunos que se agregue una *s*, toda vez que se trata del número pl., y la verdad es que esta *s* podrá traer alguna ventaja cuando la construcción de la frase o la presencia del artículo no basta para colegir el número de la palabra abreviada, caso que rara vez llega a ocurrir. En cambio de esta ventaja, disfrázase la abreviación, ya que lo propio es que el punto sustituya a todas las letras finales que se omiten. Así como se añade esta *s* tendríase que poner la *n*, que expresa pl. en los verbos, y nadie lo hace.

La verdad es que ningún autor ha cuidado este simple detalle, minucia gramatical que no tiene mayor importancia.

Hay en la *Gram.* de la Acad. un capítulo dedicado a las *abreviaturas que más comúnmente se usan en cast.;* pero no se establece en él forma alguna respecto a la indicación del número; tan pronto se agrega la *s* (1) (v. gr., en *escs.*, abreviación de *escudos*), como se duplica la letra inicial (V. V. por *ustedes;* esta vez la inicial corresponde a la forma primitiva de este tra-

(1) Es ésta la forma más empleada en el *Dic.*

tamiento: *vuestra merced*), como se dejan las mismas letras para indicar sing. o pl. (*hect.*, por *hectárea* o *hectáreas*).

Para mostrar cómo abrevia Monlau, me bastará transcribir estos ejemplos del *Dic. Etim.*: «*Atender*. Del s. attentum salen atento y sus *d.*». «*Atestar*. Por atestiguar es el atestari de los *l.*». «*Atezar*. Se refieren algunos a la familia de teñir; y y otros le *d.* de tizón.»

Lo que importa es que haya en la abreviación el mayor ahorro de letras compatible con la claridad. No veo el beneficio que ha podido obtener la Acad. al estampar en el *Dic.* *Danz.* por *danza; Chil.* por *Chile;* sustituir una letra por un punto, es abreviar por el gusto de abreviar; y, en cambio, tropiézase con otras abreviaciones en que, por el afán de suprimir letras, se deja a obscuras al lector; no cualquiera descubrirá que dice *volatería* donde está *vol.*, palabra que bien pudo ser presentada con todas sus letras desde que poco, muy poco, se repite en el cuerpo del *Dic.*

Advertiré, para terminar, que sólo he de agregar la *s* indicativa del pl. tal cual vez, especialmente cuando su omisión pueda ocasionar dudas o dificultades.

JUAN B. SELVA

Profesor en Dolores (República Argentina).

(*Continuará.*)

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Y LA MODERNA SOCIOLOGIA OBJETIVA

Las «comodidades» intelectuales.—Literatura y sociología.—El «fenómeno social», las «leyes sociales», el «hecho social».—Conceptos y posibilidades de la sociología, de Comte, Spencer, Stuart Mill, Tarde, de Greef, de Roberty, etc.—El «hecho social» definido como «cosa»: escuela objetivista de Durkheim.—Lo ideal y real humano y social y la interpretación filosófica de la Historia.—La derivación de la práctica hacia los altos problemas filosóficos.—La parte empírica del hombre, según Kant.—La «experiencia» del idealismo trascendental y la observación positivista.

I

Desde hace unas décadas se discute por precisar los fines científicos y el objeto de la sociología, sin que hasta hoy se haya obtenido una síntesis cierta, que sirva de convergencia para todas las construcciones de la ciencia social.

Después de la reacción contra el positivismo, la finalidad sociológica quedó como descolgada del árbol de la ciencia, y sólo la perseverancia y el ahinco en la ruta de algunos espíritus tenaces ha seguido vitalizándola.

La actividad mental—si no por la profundidad de visión, por la extensión,—dedicada al problema definitivo del valor de la sociología como ciencia, es enorme. Su enumeración analítica es labor de años, más que de fugaces atisbos. Y actualmente, en nuestro momento cultural, la síntesis se ha hecho más

laboriosa, más trabajosa. La frase «un momento de síntesis supone años de análisis», tiene una actualidad que quizá fuera preciso superar con alguna añadidura. ¿Cómo pretender síntesis duraderas y definitivas en unos instantes de labor de promiscuidad? Sólo resabios de una viciosa educación pueden pretenderlo, por torpes recelos de un formalismo estéril, en el siglo en que, aun las ciencias más percatadas de su certidumbre, sienten la necesidad de interrogadoras introspecciones. Participando de estas dubitaciones, un eminente matemático de nuestros días, Enrique Poincaré, ha afirmado que, aun las ciencias más orgullosas descansan sobre «comodidades intelectuales» (1). Si esto es, pues, en las ciencias de visión más cierta, ¿cómo no hacerlo extensivo a aquellas otras que no han pasado aún del período de ensayos y tanteos, de posibilidades lejanas, de posibilidades incompletas?

En ese estado de «comodidades», de nomenclatura técnica, se halla la sociología en el momento que abandona la filosofía de la historia y pretende traspasar los linderos del positivismo, el cual es la sustancia, la raíz de origen de las principales tentativas realizadas para constituir como ciencia la sociología, que, como luego veremos, tampoco en lo objetivo tiene una denominación definitiva (2).

Pero no son lo mismo las «comodidades» intelectuales en cuanto a hipótesis, en el camino de la verdad; en cuanto a conceptos del pensar, que las nomenclaturas sin substancia, que apellidan de diversa manera—introduciendo desorden en el método de las ciencias y en lo categórico del conjunto de to-

(1) «Tel encore Agrippa; tel encore Sextus Epiricus si souvent critique de la science qui démontre, comme un peu, de nos jours M. Henry Poincaré, que toutes les sciences et même les plus orgueilleuses de leur certitude comme la mathématique et la géométrie reposent sur les des conventions et des «commodités intellectuelles.» Emilio Faguet: *Initiation philosophique*, 1912.

(2) Lo primordial de su actuación como ciencia lo incluye en el plano de sus realidades la interpretación filosófica de la Historia.

das ellas—cosas que tienen ya su lugar y clasificación en otras esferas del conocimiento. Con esta involucración se pretenden nuevas creaciones científicas, nuevos descubrimientos, que en realidad tenían ya existencia en el rango de otras ciencias, y cuyo estudio era materia de ellas. Puede ser ésta, a veces, necesidad de especializar un grupo determinado de fenómenos para hacer un estudio más intenso, por la imposibilidad material de someter su examen de detalle o de plano, en jerarquía descendente, al juicio de la ciencia que le sirve de fundamento. No advirtiendo, probablemente, sino lo que es mero adjetivo o externo en el lenguaje de Kant, a estas nomenclaturas quiso referirse, sin duda, William James, al incluir, con notoria irreflexión, entre estas nomenclaturas la terminología kantiana.

A todos los horizontes de la especulación científica se ha dirigido la ciencia social para sus construcciones y posibilidades. El material con que se ha levantado, corrientemente, toda construcción sociológica, ha sido el dato de la Historia en sus diversas especialidades: historia de las religiones, del derecho, de las costumbres; de las etapas decisivas de la humanidad; de los pueblos primitivos, prehistoria, etc., etc. El fundamento de su existencia científica, su explicación y conocimiento (1), tiene origen en la Historia, y es consubstancial a ella. La Historia, auxiliándose de la Lógica para su construir, con abscripciones de economía, estadística general y literatura, es la generadora de la documentación sociológica más utilizada y utilizable. Pero, para no interrumpir la cadena de ideas de este trabajo, aplacemos para luego la exposicióu y análisis del fenómeno social y la demostración de cómo deriva hacia los altos problemas de la razón.

La Historia se construye con el vivir colectivo e individual de la Humanidad; la literatura es la idealización interna y subjetiva de la Humanidad en lo individual y social. Conse-

(1) El problema del conocimiento en sociología lo remiten hoy con desdén la mayoría de los sociólogos a la metafísica social.

cuentemente, la Historia busca la alianza de la literatura para sus construcciones particulares, y aun la documentación dispersa para establecer y deducir hechos históricos, puede decirse, estirando un poco el concepto, que no es más que literatura. He aquí, pues, otro punto endeble de la sociología en su diferenciación de actividades dentro del espíritu humano para concretar su función, como toda ciencia, a un grupo de fenómenos.

Estudiemos el espíritu de una colectividad, de un pueblo, de una ciudad, de una sociedad homogénea y heterogénea, respecto a otras sociedades por medio de la «observación» (1), dicen algunos sociólogos. Pero, en lo actual impreciso, ¿qué es eso sino arte? Mas, para dar certidumbre a esta observación, es decir, al número de fenómenos repetidos en compás matemático, se recurre a la estadística, y la estadística, aplicada a los hechos sociales, exige una dimensión en el tiempo, y su adoctrinamiento y entendimiento exige, además, un juicio de esos fenómenos, y esto es filosofía e historia, y cuando sólo visión y observación real, es literatura con todos los grados y matices de escuela o de personalidad del artista.

Uno de los colaboradores del moderno socialismo, C. Bouglé, expresa así el nexo de su concepción científica de la ciencia social: «Soit une petite ville. Pour fixer les idées, appelons-la Saint-Pol. Supposons que je l'habite et que j'y veuille pratiquer la science à la mode: quelles perspectives Saint-Pol offre-t-elle à les yeux de sociologue?

Faisons un rapide «tour de ville», nous percevons déjà entre les habitants comme un air de famille, par exemple des façons analogues de traîner la voix en parlant. Entrons en conversation avec l'un et avec l'autre, avec Jean et avec Pierre; des parentes se trahiront non pas seulement entre leurs accents, mais entre leurs sentiments: une même admiration de

(1) Luego veremos la relación de similitud que existe entre la «observación» positivista y la «experiencia» del idealismo trascendental.

leur cathedrale, de leur bassin à flot, une même jalousie à l'égard de Saint-Martin, la ville rivale, et à l'égard du Parisien, ce même mélange singulier de mepris et de respect. Faisons nos visites d'arrivée aux vieilles familles du pays: au milieu du coq-à-l'âne des conversations, nous pourrons saisir un même culte ou une même torreur des mêmes idées, une curiosité des mêmes détails—insinuations analogues, indignations parentes, silences aux mêmes endroit.—C'est l'esprit «Saint-Polais» qui nous apparaît. En un mot, nous aurons vite fait de sentir, au contact des individus, l'unité de la ville: cete ensemble de traits communs á ses habitants, qui la distingue des autres villes, nous pourrons l'étudier à part: ce sera déjà faire oeuvre de sociologue» (1).

¿No es esta aprehensión del espíritu colectivo psicología literaria? Y la fuerza dinámica de la muchedumbre, moviendo al individuo con una suplantación de voluntad, que sustituye a la voluntad individual, ¿no es pura antimonia? Con esa fuerza misteriosa de una voluntad ajena a las conciencias que en comunidad forman la muchedumbre, se establece una irreductibilidad inconciliable entre lo social y lo ideal.

Si parafraseamos la consecuencia que para su descripción pretende el Sr. Bouglé, nos hallamos ante dos abstracciones no diferenciales: la voluntad en dos mitades: la voluntad social y la voluntad individual puestas en relación como un cuerpo químico de nuestro planeta en contraste con otro cuerpo químico no imaginado ni conocido, o de otra sensibilidad que la sensibilidad humana.

Hay otro género de dato sociológico: las crónicas e historias de viajes a países exóticos, inexplorados, y a los pueblos salvajes, cuya similitud y contraste en algunas reglas, es material para la dialéctica sociológica. Esta sociología es a veces materia novelable, muy literaria y otras historia de las costumbres de pueblos que es dudoso equiparar a la Humanidad

(1) C. Bouglé: *Qu'est-ce que la sociologie?* (1910).

civilizada por la misma distancia de tiempo que, cuando menos, nos muestra en sí misma, de manera fehaciente, una diferencia fatal de velocidad de evolución entre ellos y los pueblos civilizados. Por otra parte, las relaciones psico-fisiológicas y espirituales que permiten coordinar analogías entre su estado actual y el de la Humanidad primitiva, sólo pueden ser teóricas.

A esta opinión sobre la utilidad de la literatura como dato científico, se adscribe Augusto Comte en su interpretación histórica de la Humanidad de los tres estados: teológico, metafísico y positivo (1).

Ahora bien; la literatura, para sus actuaciones, no necesita ajustarse a las equivalencias de precisión, longitud, magnitud y cantidad de la ciencia. Le basta con no traspasar el plano de lo que no es, de cero menos cero. La literatura puede elaborar sus combinaciones en la fantasía, en la imaginación, es decir, en la sensibilidad de la intuición empírica, independientemente del entendimiento. Luego la sociología, al confundirse con la literatura, penetra en un recinto donde le es

(1) «Les opinions littéraires — dice — pauvent offrir, covenablement analysées un reflet fidèle et instructif de l'etat général de l'esprit humain à chaque époque, je crois covenable d'indiquer ici, comme une util verificatiou nouvelle de cette inconséquence caracteristique des partis actuels, la correspondance dêrectement contradictoire que l'on peut observer entre les deux camps opposés en litterature et en politique. Chacun se souvient que le romantisme s'introduisit en France, des le conmencement de ce siècle, sous les auspices de l'école catholico-féodale, qui se fit longtemps une sorte d'obligation de parti de preconiser les plus monstrueuses aberrations des novaleteurs littéraires; tandis que l'école revolutionnaire, défendant, au contraire, avec ardeur la vieille légitimité clasique, tenta même plus d'une fois de la placer sous la ridicule protection de règlements officiels.» Augusto Comte. *Cours de Philosophie positive*, página 18, tomo IV. (Edición Schleicher.) Nótese que Comte habla de la literatura, no ya como intérprete del espíritu colectivo, sino que, ampliando el concepto, concede a la opinión literaria el valor de un reflejo «fiel e instructivo».

fácil cristalizar en lucubración pseudocientífica, del cual, los espíritus veraces que aspiren a cultivarla, que se preocupen de su suerte, han de tener interés en alejarla.

Como decíamos antes, las conciencias individuales se dan en la conciencia social, y sólo con un símil material sobre combinación de substancias químicas puede fundamentarse el estudio del fenómeno social, estableciendo una separación de dos voluntades; pero ¿es lícito, es posible equiparar los hechos sociales a materias químicas? Porque el empleo de los símiles para la demostración de proposiciones es peligroso y engañoso, puesto que se reduce a poner ante nuestros ojos, no lo verdadero, sino lo que se le parece; lo cual no es idéntico, es decir, no es lo mismo; no es la valoración exacta de lo examinado, sino parcialmente.

El hecho social escueto lo registra la Historia, cuyo juicio pertenece a la Filosofía. Pero, circunscribiéndonos al orden cronológico de este trabajo, ¿qué es el hecho social?

La respuesta a esta interrogación supone definir el sér de la sociología. De ella depende su dirección científica. Aplacemos un instante el penetrar en su significación para ordenar, de pasada, las principales definiciones y categorías del hecho social, del fenómeno social (tampoco en esto hay suficiente precisión) y las clasificaciones y ordenaciones de escuela. Ya el Sr. Azcárate, haciendo notar, en 1891, ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, la abundancia de definiciones, enumeraba las siguientes: Carey, Clement, Valras, Gabba y Fouillée (Ciencia social); Carle (Filosofía social); Roberty (Filosofía sociológica); Quetelet (Física social); Cataldo y Jannelii (Ciencia de las cosas humanas); Ramagnosi (Filosofía y Fisiología política); Courcelle-Ganeuil (Patología) (1). *

(1) Y añadía: «Lo de menos sería esta divergencia, si no hubiera otra más grave respecto al objeto propio de esta ciencia, y consiguientemente, de sus límites y sus relaciones con las afines. En efecto, diez definiciones nada menos recuerda Vanni, cuidando de añadir que no son todas las

La sociología precisa responderse a sí misma, en soliloquio, a esta interrogación: ¿qué conozco yo? Es decir, ¿de dónde me viene la ciencia, y cuál es mi ciencia? La mayoría de

---

que pueden registrarse.» Gumersindo de Azcárate: *Concepto de la Sociología.*

* Como no es nuestro objeto historiar las tentativas realizadas para constituir como ciencia la sociología, sino enumerar en rápida síntesis lo esencial de sus tendencias más importantes; en la imposibilidad de analizar y exponer con la necesaria amplitud tan extenso y profuso doctrinal, incluímos, a título de información en esta nota, el curioso esquema de conexiones de la sociología con otras ciencias, trazado por el Sr. Leon Gerin en la revista *La Ciencia Social,* de París. He aquí el esquema:

«Les théries empruntées a Geographie phisique: Aristote, Montesquieu, etc.; l'anttropo-geographie de Ratzel.»

«L'analogie biologique et la sociologie evolutioniste de Spencer; l'ecole biologique: Spencer, Huxley, en Angleterre; Schafle, en Autriche; Lilienfeld et Novicow, en Russie; Worms et même Fouillée, en France; de Greef, en Belgique.»

«L'ancienne anttropologie transformiste et evolutioniste, Geoffroy Saint-Hilaire, Darwin, Huxley, Broca, Galton.»

«Le folk-lore de Tylor, l'archeologie prèhistorique de Boucher de Penthes, Laret, Mortillet; la sociologie antropologique et ethnographique, de Lètourneau.»

«L'antropologie criminelle, de Lombroso; l'«Eugeniss», de Galton; La sociologie selectioniste; en France, Gobineau, Lapouge; en Allemagne, Ammon, Woltmann; en Angleterre, Chamberlain; aux Etats-Units, Clossow; La sociologie ethnique, de Gumplowicz.»

«La conception theologico-morale, chez les anciens; chez les modernes, les Péres de l'Eglise, S. Agustin, S. Thomas d'Aquin, Bossuet, de Maistre, de Bonald; l'economie sociale dîte catholique; les polemiques religeuses.»

«La conceptiou politico-juridique, les constitutions de Sparte et d'Athenes; la *Rêpublique,* de Platon; la *Politique,* d'Aristote; la *Republique,* de Cicerón; le *droit romain.*»

«Le *Prince,* de Machiavel; la *Republique,* de Bodin; Protius et Pufendorf; Hobbes et Locke; Montesquieu, Beccaria, Bentham.»

«La sciencie politique moderne; Moeser, Hegel, Savigni, Eihhonn, Ratzenhofer, Jallinek, en Allemagne; Von Haller, Bluntrchuli, en Suisse; de Perine, Pradier-Foderé, Paul Janet, Paul Leroy-Beaulieu, en France;

los sociólogos, prescindiendo de toda crítica, practicando un positivismo intuitivo, inconsciente, eluden esta interrogación por *metafísica*, o la colocan aparte del círculo de sus especula-

---

Gumplowicz, en Autriche; Seeley et Lindgwick, en Angleterre; Woolsney, aux États-Unis.»

«La philosophie du droit, Stahl, Post Ahnous, Tonnies, Bergbohm, Stintzing et Von Jhring, en Allemagne; Emile Durkheim, en France.»

«La Philosophie de l'histoire, Vico, Herder; Histoire des civilisations, Buckle; la *Nouvelle Atlántide*, Bacon; la *Cité du Soleil*, Campanella.»

«Le mouvement historique: Sismondi, Guizot, Thierry, Tocqueville, Quinet, Michelet, Taine, Fustel, Boissier, chez les français; Gibbon, Macaulay, Green, Gardinier, Thorold-Rogers, Prescott, Boncraff, chez les anglais; Humbolt, Niebuhr, Grimm, etc., chez les allemands.»

«La Philosophie naturaliste, de Rousseau; la Philosophie positiviste, de Comte.»

«La conception économique de la vie sociale derivée du grand commerce et du grand ateliér comme la conception politico-juridique, des pouvoires publiques; les «cameralistes», en Allemagne; les «physiocrates», en France; James Stewart, Adam Smith, puis Ricardo et Malthus, en Angleterre; l'école socio-historique allemande, Stein, Roscher, Hildebrand, Knies; les debuts du pychologisme avec Stuart Mill; l'école deductive autrichienne, Menger, Wieser, Sax, Bohem-Baiwerk; Jevons, Sidgwick, Marchall, en Angleterre; Wagner, en Allemagne.»

«La conception pychologique, d'une part, se rattache à la serie des conceptions proprement scientifiques esquisées au début (mathematique, physico-mecanique, biologie, antrhopologie), et de l'autre, confine à la metaphysique. Ses commencements, avec Locke, Condillac et les philosophes sensualistes. Elle devient objetive et experimentale avec Fechner et Wundt.»

«Son côté faibee, sou caractère especulatif. La pychologie appliquée aux études sociales, ses variations. Taine, Ward, Gumplowicz, Giddings, Smal, Baldwin, etc. Gabriel Tarde, en France.»

«La réaction contre le pychologisme: Patteu aux État-Unis; Durkheim, en France.»

«Definition de l'objet de la sciencie sociale, donnée en 1885, par Henry de Tourville: et mise en œuvre depuis par l'école de la science sociale.»

«Leon Gerin: *Aperçu d'un enseignement de la Sciencie Sociale: L'objet*, en la Revista *La Science Sociale*. (París, Abril 1912.)»

A continuación relaciona el objetivismo de Le Play y Tourville, con lo

ciones. Y aquí es donde se hace necesaria una enumeración serial de los principales conceptos de escuela y tendencia sociológica, porque la sociología materialista es como aire sin espacio.

Según Comte, el verdadero fundador de la sociología fue Aristóteles, en su *Política* (1).

Después de Aristóteles, es Montesquieu, quien en sus *Esprit des Lois*, realiza uno de los más serios esfuerzos sociológicos—según Comte,—por «su tendencia a considerar los fenómenos políticos cual leyes naturales, tan necesariamente invariables como cualesquiera otros fenómenos». Por otra parte, Montesquieu es el teorizador de la influencia social y política del clima, como causa preponderante, en la determinación de los fenómenos sociales, o, si se quiere, en los caracteres políticos de las sociedades.

Posteriormente a Montesquieu Condorcet es—siempre según Comte—el continuador de la obra sociológica en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humaine*. Condorcet es influído por el sabio Turgot, cuyos bosquejos, de una teoría general de la perfectibilidad humana, preparan indudablemente el pensamiento de Condorcet para su noción científica primordial, de la progresión social de humanidad.

Con estos antecedentes se encuentra Comte en el momento que va a dar cima a su corolario de filosofía positiva, la Física social o sociología (2).

---

los sistemas de Durkheim, Simmel y la escuela psycho-sociológica norteamericana.

(1) «No debo abstenerme de mencionar primero el nombre de Aristóteles—escribe,—cuya memorable *Política* constituye, sin duda, una de las más eminentes producciones de la antigüedad, la cual, además, ha proporcionado hasta hoy el tipo general de la mayor parte de los trabajos ulteriores sobre el mismo asunto.» (*Cours de Philosophie positive*, tomo II, pág. 126.)

(2) Me creo en el deber—escribe—de *aventurar*, desde el presente, este término nuevo, exactamente equivalente a mi expresión, ya adoptada, de *física social*, a fin de poder designar con una única palabra esta parte

Ahora bien, ¿qué es para Comte el fenómeno social, la ley social? ¿Qué el conocimiento?

He aquí, sintéticamente expresado, su concepto filosófico: la Filosofía es el sistema de la concepción general, de la concepción humana y empírica, que coordina en ideas, e inmediatamente en teorías, los hechos observados (1).

Es decir, que en la ciencia social este conocer ha de producir, consecuentemente, el apriorismo inconexo de la mayoría de los sociólogos objetivistas.

A Stuart Mill se debe esta otra síntesis (2) del doctrinal de Comte: «Le doctrine fondamentale d'une philosophie veritable, d'après M. Comte, aussi bien que le caractère par lequel il definit la Philosophie positive, se peuvent résummer de la façon suivante: — Nous ne conaissons rien que des Phénomènes; et la connaîsance que nous avons des phénomènes est reduite, et non absolue. Nous ne connaissons ni l'essence ni le mode reel de production, d'aucun fait: nous ne conaissons que les rapports de succesion ou de similitud des faits les uns avec les autres. Les rapports sont constantes, c'est-a-dire toujours les mêmes dans les mêmes circonstances. Les semblances constantes qui les unissent ensemble à titre d'antecedents et de consequents, sont ce qu'on appelle leurs lois. Les lois des phénomènes sont tout ce que nous savons d'eux. Leur nature essentiele et leurs causes ultimes, soit efficientes, soit finales, nous sont inconnues et restent pour nous impénétrables» (3).

Es decir, que la «ley» constitúyenla los fenómenos, que

---

complementaria de la filosofía natural, que se relaciona con el estudio positivo del conjunto de causas fundamentales propias a los fenómenos sociales.» Ib., íd., pág. 137.

(1) Véase *Cours de Philosophie positive.*

(2) «Auguste Comte et le positivisme», por Stuart Mill, pág. 6 (traducción francesa de Clemenceau).

(3) Augusto Comte califica de infantil curiosidad el conocimiento de las causas primeras y finales, incluyendo entre ellas, en involucración de conceptos, el problema del conocimiento, lo cual no es lo mismo.

son lo único cognoscible. Por tanto, en lo social los fenómenos son los hechos, o sea la dinámica del espíritu humano en el tiempo. Pero he aquí cómo se comienza a advertir la necesidad de elevar el problema a cimas más altas, y de preguntarse entonces: ¿qué es el fenómeno y cómo le conocemos? ¿Qué cosa sea la observación y la idea?

En este punto se quiebra la lógica positivista, y sólo por una repetición de fenómenos en determinado tiempo, o sea por probabilidad de probabilidades, por cantidad mayor de probabilidades observadas en determinado espacio, fúndase la «ley» social positivista y su corolario, la sociología.

Stuart Mill ensancha su concepto filosófico y reclama para él más amplio espacio. Stuart Mill entiende por filosofía, «siguiendo a los antiguos, que daban a esta palabra el significado del conocimiento científico del Hombre, como sér intelectual, moral y social, puesto que sus facultades intelectuales comprenden su facultad de conocer en tanto que ésta se relaciona con su modo de conocer: en otros términos, toda la doctrina de las condiciones del conocimiento humano» (1).

El «modo de conocer» no rige, pues, en la valoración cognoscitiva de Comte. Comte no conoce sino los fenómenos, y sólo con los fenómenos, sin otra posibilidad más profunda, emprende la construcción de la Física social, y el sistema de una filosofía cuya exacta valoración no es más que una interpretación filosófica de la Historia (2).

Así, el hecho social es elaborado por un generador teórico, el progreso. Luego el *hecho social* es el resultante de los actos humanos, del dinamismo de la humanidad en el tiempo. Pero sin progreso no es posible, por tanto, el fenómeno comtista.

Como los fenómenos son la materia cognoscible de este

(1) Ib., íd. «Auguste Comte et le positivisme.»

(2) «*El fenómeno social,* concebido en su totalidad, en el fondo, no es más que un simple desenvolvimiento o desarrollo de la humanidad.» *Cours de Philosophie positive*, t. IV, pág. 333.

positivismo, y éstos se dan en «la realidad observada», consecuentemente, el fenómeno en lo social es el hecho, cuya regla es la ley natural (1).

En esta posición de considerar la fenomenología social como «hecho», no hay otro medio de conocimiento que «la observación». La observación, fecunda es en lo que es exclusivamente pesadez y extensión, en nuestras sensaciones; en el terreno abstracto y especulativo, es opuesta a la verdadera naturaleza del pensar. La fuerza del sociologismo de Comte y de Spencer radica en dos teorías (2): teoría de la evolución y teoría del progreso. Si suprimimos estas dos teorías en las concepciones de ambos pensadores, habremos suprimido proba-

(1) «La seule pensée d'une prévision rationnelle suppose donc, avant tout, que l'esprit humain a definitivement abandonnée, en philosophie politique, la region des idéalités metaphysiques, pour s'établir à jamais sur le terrain des réalités observées par une systématique subordination, directe et continue, de l'imagination à l'observation; elle exige, avec un autorité non moins évidente, que les conceptions politiques cessent d'être absolues pour devenir constamment relatives à l'état régulièrement variable de la civilisation humaine, afin que les théories, pouvant toujours suivre le cours naturel des faits, permettent de les prévoir reellement.» *Cours de Philosophie positive,* t. IV, pág. 165.

«Tout le principe philosophique d'un tel esprit se réduisant nécessairement, d'apreès les explications précédentes, à concevoir toujours les phénomènes sociaux comme inévitablement assujettis à inevitables lois naturelles, comportant régulièrement une prévision rationnelle.» Ib., íd., página 167.

Así, según Comte, el positivismo es una filosofía natural. ¿Y qué es una filosofía natural? La filosofía no puede ser cosa contraria a lo natural. La diversificación, natural y artificial, sólo puede ser usada en suplantación de cosas prácticas o en lo empírico. En filosofía, natural será lo verdadero; artificial, la falsedad. Luego el empleo de este término: natural, añadido a la filosofía, es opuesto al espíritu de la filosofía.

(2) «La volumineuse sociologie de M. Spencer n'a guère d'autre objet que de montrer comment la loi de l'evolution universelle s'applique aux sociétés.» *Las règles de la méthode sociologique,* G. Durkheim, pág. 2. Estas líneas muestran el desdén de la escuela objetivista por sus legítimos predecesores, a quienes es deudora del motivo suscitador y fundamental.

blemente la totalidad de su construcción de la historia de la humanidad, y entonces sí que, en verdad, sólo quedaría el hecho inerte como cosa, como pretende, en su empirismo, el espíritu positivo, hoy más objetivado por el mecanicismo de la escuela Durkheim. Y todavía es probable que el «hecho» como cosa nos faltara; porque, ¿cómo verle ascender y descender y formarse, sino por la idea, ya de progreso, ya de evolución; de simultaneidad y reciprocidad, de diferenciación—evolución, de lo homogéneo a lo heterogéneo,—y de asimilación—evolución de lo heterogéneo a lo homogéneo? (1).

A pesar de su dialéctica, la conclusión que se infiere de la teoría spenceriana de un dinamismo social a impulsos de los sentimientos, es que fenómeno y sentimiento son una misma cosa. Si lo que obtiene como primordial la experiencia del observador de los hechos sociales, son los sentimientos gobernando el mundo; por tanto, ellos constituyen el fenómeno, aunque el propio Spencer pretende, de manera incierta y mística, como *Phatos*, ampliar el concepto de sociología con la expresión «fenomenología social» (2).

(1) La diversidad de opiniones en la materia es muy varia; no todos los sociólogos llegan al empirismo absoluto. «Suivant nous, il est impossible de bannir de la Sociologie le facteur *idée*», escribe M. Palante. *Precis de Sociologie*, pág. 167.

(2) «Les idées ne gouvernent ni ne bouleverssent le monde; le monde est gouverné ou bouleversé par les sentiments, auxquels les idées servent de guides. Le mecanisme sociale ne repose pas, en fin de comte, sur les croyances, mais presque entierement sur le caractère. Ce n'est pas l'anarchie intellectuelle, c'es l'antagonisme moral qui est la cause des crises politiques. Tous les phénomènes sociaux sont produits par l'ensemble des emotions et des croyances humaines; les emotions étant principalment *prédeterminées*, et les croyances *postdeterminées*. Des idées totalement étrangéres à cet état social ne peuvent pas s'y developper, et si on les y a introduites du dehors, ne peuvent pas se faire accepter.

»Les apetits des hommes sont surtout une chose dont ils héritent, mais leurs croyances sont surtout une chose aquise, et dépendent des conditions de milieu, et les conditions de milieu les plus importantes dependent de l'état social qu'ont produit les appétits prédominants. L'état

El orden esquemático de este trabajo no me permite examinar ahora el problema de lo real e ideal, de lo inteligente y lo práctico.

Stuart Mill reviste sus construcciones de una ciencia social de otras posibilidades más armónicas, más próximas a la verdadera naturaleza del espíritu científico.

Menos rectilíneo, más susceptible de internas inquietudes por la magnitud del conocer, disiente del positivismo de Comte en lo que deriva hacia la raíz de las cosas, quizá porque halla insuficientes los datos del historicismo de Comte para desentenderse de toda esencia filosófica. Antes de postular, se formula interrogaciones de más próximo enlace con el espíritu de la ciencia.—¿Qué es la substancia? ¿qué el fenómeno? ¿Existe una realidad concreta, exterior al sér humano?—se pregunta.

Para Stuart Mill, la sensación es el fenómeno, y el mundo exterior la posibilidad de las sensaciones. Es, pues, el sensualismo de Stuart Mill una posibilidad menos imposible para la explicación de los problemas fundamentales de la posibilidad de una ciencia social, si la escuela positivista no se resistiera por anticipado, *a priori*, a un análisis y una investigación de este género, a pretexto de su no utilidad, de su no positivismo.

La naturaleza del fenómeno y los problemas primarios son,

---

social est, a quelque époque que ce soit, la resultante de toutes les ambitions, de tous les interêts personnels, de toutes les craintes, venerations, indignations, sympathies, etc., des ancêtres, aussi que des citoyens existants. Des idées qui ont cours dans cet état social doivent, de toute nessité, être conformes, en moyenne, a l'état social que ces sentiments ont produit. Des idées totalment étrangères à cet état social ne peuvent pas s'y developper, et si on les y a introduites du dehors, ne peuvent pas se faire accepter ou, si ou les a acceptées, meurent quand vient à finir la phase temporaire de sentiment qui les avant fait accueillir. Aussi, quoique les idées avancées, une fois etablies, agissent sur la société et aident à son progrès ulterieur, cependant l'etablissement de pareilles idées depend de l'aptitude de la société à les recevoir.» Spencer: *La clasification des Sciences.*

para la mayoría de los sociólogos, cuestión de metafísica social. Sin embargo, no se arriesgan a negar a esta metafísica un lugar entre las ciencias. Satisfáceles, sí, desentenderse orgullosamente de estas inoportunas cuestiones, turbadoras de la observación empírica, remitiendo las interrogaciones de este substancial entender a una metafísica que subrayan.

Durkheim, el representante del objetivismo observacionista en Francia, escribe a este propósito en *El año sociológico:* Ce n'est pas que nous songions a nier l'existence d'une sociologie générale qui serait comme la partie philosophique de nôtre science; nous reconaissons même que la sociologie, a ses debuts, ne pouvait pas avoir d'autres caractéres. Mais le moment est venue pour elle de sortir de ces généralités et de se specialiser» (1).

Estas definiciones, que tienden a diferenciarse en lo más lejano para aproximarse en otros puntos, estableciendo así una especie de alineación que su curva a cada instante en zig-zag, presentan todos los caracteres de una dispersión de conceptos en lo conexo e inconexo de la idea originaria: la vida social.

Hemos enumerado hasta el presente, como definiciones de la ciencia de las sociedades: una fenomenología de la Historia, de Comte; es decir, una filosofía natural; una sociología evolucionista, biológica, de Spencer; el sensualismo, de Stuart Mill, y entre los modernísimos glosadores de la sociología, la literatura objetivista, del Sr. Bouglé, que entronca con el mecanicismo del Sr. Durkheim, y la psicología social, un poco idea-

(1) Preceden las anteriores líneas estas otras: «Quand, comme il arrive encore trop souvent, on ne voit dans la sociologie qu'une discipline purement philosoque, une metaphisique des sciences sociales.» «L'année sociologique» (1897).

«D'abord—dice otro autor—il faut distinguir soigneusement la Sociologie de la Methaphisique social.» G. Palante. Obra citada, pág. 10.

He aquí cómo divide el Sr. Palante el estudio de la filosofía social: «1.°, comment les sociétés se forment; 2.°, comment elles se maintienent; 3.°, commen t'elles evoluent; 4.°, comment elles se désagreguent et meunent.» Ib., id., pág. 29.

lista, de M. Palante, el cual, robusteciendo y acentuando sus tendencias psicológicas, escribe: «A nos yeux, la Sociologie n'est autre chose que la Psychologie social. Et nous entendons par Psychologie sociale la science qui étudie la mentalité des unités raprochées par la vie sociale» (1).

Entre las teorías de conexión con la sociología concreta que deben ser incluídas en la metafísica social, sociología general o filosofía sociológica, merecen citarse, en somera enumeración, por su valor informativo, la teoría de M. de Roberty sobre el *psiquismo* social, y la de M. Izoulet, para el cual el fenómeno generador de las sociedades es la *pymbosis* o solidaridad orgánica. Es decir, que De Roberty puede ser incluído entre los monistas, e Izoulet entre los sociólogos que creen que la solidaridad se funda en la cooperación y en la división del trabajo social, cuyo primer ensayista teórico fue Adam Smith (2).

Lo teórico-ideal (*metafísico*) en lo social tiene más trascendencia de la que quiere otorgarle el objetivismo inconexo. De la idea primaria en la concepción de la Humanidad o de la Sociedad, dependen los fines que hayan de asignarse a la parte del todo de su ciencia. Esto resulta ser, en consecuencia, el objetivismo sociológico, sin la parte filosófica de su cientificismo. No se explica, en verdad, cómo puede colocarse en segundo término, cubriéndola cuidadosamente con un velo, la parte central de una ciencia. Precisamente, ello expone a la sociología a privarse del órgano supuesto en función generadora de

(1) G. Palante: *Obra citada*, pág. 3.

Lo concreto de este trabajo no nos permite incursionar en la Psicología de los pueblos, de Lazarus y Steinthal; Psicología colectiva, de Rossi; Psicología de las muchedumbres, de Le Bon, y otras derivaciones sociológicas, unas hacia la economía, como Simnel; a la ciencia moral, Wagner; a la Filosofía del Derecho, Ihering.

(2) Adam Smith es también el creador de la expresión. Así lo reconoce el Sr. Durkheim en su obra *De la división du travail social*.

lo racional: la cabeza (1). Es como si quisiéramos navegar en el aire, no en aerostato, sino con alguna de las estancias de un edificio con base en tierra firme.

Lo general siempre será un origen, cuyas partes necesitarán afirmarse en lo total; pero es que, además, esta parte concreta de lo sociológico, para obtener carta de naturaleza y procurar nuevas síntesis de los fenómenos sociales, demanda auxilio a elementos de otras ciencias para combinarlas.

Así, las leyes de la imitación, de Tarde, son generadoras de todo un sistema social y psicológico, que explica la evolución social por simultaneidad o psicologismo reproductivo, ingenioso sistema que enraíza por paralelismo con la teoría de la conservación de la especie.

De la imitación se obtiene al revés el múltiple corolario de «el hecho social», «la sanción o presión social», «la evolución social» (2).

Un psicólogo, William James, corrobora la teoría de Tarde sobre las leyes de la imitación: «Cada uno de nosotros es lo que es—dice,—exclusivamente por su espíritu de imitación. Conseguimos la conciencia de lo que somos imitando a los demás: lo primero es la conciencia de lo que son los otros, y el

---

(1) M. Durkheim remite a la Filosofía el estudio de los problemas críticos y fundamentales. Para ello crea su teoría sobre «el hecho social como cosa». Ello sería de inestimable buen sentido, si por anticipado no destituyera de toda eficacia a la metafísica social, y redujera la sociología objetiva a reducida expresión.

(2) El Sr. Durkheim sostiene que lo social no es la imitación por la imitación, sino que se imita porque lo imitado es social.

«Las teorías sociales que invocan factores propiamente psicológicos, son las teorías de Rousseau (el «Contrato»), de M. Giddings, de M. Tarde y de M. Mazel.» G. Palante. *Obra citada*, pág. 57.

Por no extender más esta nota, no incluímos en ella la interesante refutación de Tarde, por M. Durkheim. Véase *Les régles de la méthode sociologique*, pág. 16.

sentido del yo se desenvuelve según los modelos que encuentra» (1).

Para De Greef, la sociología es igualmente la contemplación de un grupo de fenómenos sociales. La inducción, según De Greef, es el único medio posible de hacer científico el estudio de la realidad. «Definida la filosofía positiva en general—dice,—podemos definir igualmente la ciencia de su conocimiento, la sociología, como la filosofía general de las ciencias sociales particulares.» «La comprobación de los fenómenos, de sus relaciones y de sus leyes tiene un origen único: la observación. No hay otro método científico» (2).

---

(1) William James. *Los Ideales de la vida.*

Las ideas de W. James no siempre resisten el severo análisis de la ciencia; sin embargo, hay en casi todos sus escritos un encanto literario de primer orden y una sutilísima sagacidad. A este propósito de la imitación, en otra página de la obra citada, escribe: «Bagehot, primero; después, Tarde, y entre nosotros, Royce y Baldwin, han demostrado que, en conjunto, el invento y la imitación forman la urdimbre o tejido de la vida humana en lo que ésta tiene de social. La hipertensión, la nerviosidad, la respiración corta y la abundancia de expresión de los americanos son, en primer término, fenómenos sociales y sólo secundariamente fenómenos fisiológicos. Son malas costumbres, ni más ni menos.» W. James: *Los Ideales de la vida.*

Por los motivos ya aducidos no podemos llevar nuestra investigación hasta el examen de la célebre obra de Bagehot, *Leyes científicas del desarrollo de las naciones,* lo que hacemos extensivo al doctrinal de Baldwin.

(2) G. de Greef: *Las leyes sociológicas.* Lo mismo que los naturalistas, de Greef completa su pensamiento acerca del método, parafraseando «observación» por «método experimental»: «Este procedimiento—añade—es el método experimental, el cual mostrándonos que, en efecto, las mismas condiciones producen de un modo invariable idéntico fenómeno, nos proporcionan la mejor demostración práctica de lo que conviene entender por relación, determinismo y ley. Así, el determinismo, en física y química, significa que al crear de nuevo las mismas condiciones, vuelve a crearse siempre el mismo fenómeno, según una relación necesaria, o que, eliminando algunas de esas condiciones nuevas, se obtienen igualmente, según una relación necesaria y constante, ciertas variaciones correspondientes.» Ib., íd. *Obra citada.*

La disparidad en la definición del concepto sociológico es casi unánime, y, al contrario, este desacuerdo en la definición tórnase en coincidencia en el procedimiento filosófico de método.

Sin penetrar en lo trascendental de la experiencia del idealismo, la mayoría de los pensadores del positivismo activo se obstinan en una experiencia limitada por el antropocentrismo, que es empirismo materialista, que se disuade a sí mismo de la inutilidad de todo *a priori*, que acaso haga posible «la verdadera experiencia.

Los motivos para la definición de «el fenómeno social», las leyes sociales», «el hecho social», «la formación, desarrollo y evolución de las sociedades», «nacimiento y disolución de los pueblos», «su florecimiento y decadencia» han sido explicadas, pues, según vemos, de diversas maneras. Hay en este macizo teórico opiniones para todas las discrepancias. Lo ingenioso es muy frecuente (1). Así, la obra de Gobineau sobre la desigualdad en las razas humanas, y las movedizas conclusiones de la antroposociología, han sido utilizadas frecuentemente como materia irrefutable.

Para el análisis de la sociología objetiva ha sido necesaria la rápida y somera enumeración de lo más esencial de las teorías sociológicas. Así, los elementos de juicio estarán cronológicamente más en armonía con un examen metódico. Nuestra idea central es ésta: La sociología objetiva no conoce más que «hechos» como fenómenos, y estos «hechos» quiere estudiarlos y tratarlos, según la expresión francesa, como «cosas». Nuestra antítesis es que los hechos son representaciones e ideas, y que son, además, fenómenos, y que la naturaleza del hecho social, en estrecha conexión con las facultades del espíritu, no

(1) Comte, relacionándola con su interpretación filosófica de la Historia, analiza, en *Cours de Philosophie positive*, la ingeniosa teoría de Leroy sobre el tedio, como uno de los principales móviles del desarrollo social.

permite considerarlo como cosa, sino a riesgo de cometer una involucración que desnaturalizaría su autenticidad. El hombre no puede ser estudiado como cosa, como objeto sin sujeto. Tampoco puede serlo la Humanidad en su espiritualidad, como anestesiada y cloroformizada y horra de sensibilidad. Consecuentemente, sólo la Filosofía de la Historia puede dar un juicio sobre la marcha del espíritu humano en el tiempo, y sólo la experimentación monográfica y de detalle puede suscitar y hacer posible una ciencia sobre lo que haya de empírico en las restas del dinamismo humano, cuyo estudio lo completan elementos de distintas ciencias, como economía, historia, historia de las costumbres, de las religiones, antropología, fisiología, biología, prehistoria, etc., etc.

Esto no quiere decir que, en el transcurso del tiempo, el descubrimiento de otras leyes, cuya relación sea idéntica, muestre horizontes por donde quizá sea posible emprender más seguro camino.

Por otra parte, no sería difícil, al medir ciertas afinidades—sin que ello sea incurrir en eclecticismo,—hallar una similitud y una semejanza entre la experiencia trascendental y la *observación* positivista: únicamente que la primera no se encuentra como desprendida de lo central del conocimiento, y llega a sus conclusiones de una experiencia posible de manera segura y lógica, haciendo posible la continuidad de la experiencia científica, en tanto que la otra, más orgullosa, pero más frágil, pretende que nada conoce ni le es posible conocer fuera de lo empírico, y desnaturaliza así la base científica del entendimiento y de la razón—que es como su punto de apoyo,—y hace imposible una continuidad futura en los problemas del conocimiento.

No es necesario para el análisis del fenómeno social escueto y su derivación ideal hacia los altos problemas del conocimiento, formular ahora una nueva teoría del «hecho social» en sí, y refutar, por tanto, los errores en que hubieren incurrido los autores de otras fórmulas del mismo problema.

Lo real es dado en la práctica y en la costumbre. Explicar, por ejemplo, el hecho social por la imitación, no es más que una equivalencia de la dimensión de una cosa en la conciencia individual, servida por la sensibilidad de lo instintivo, equivalente al sér humano, o sea, lo que se le parece. Explicar, igualmente, el hecho social por la «presión», es también una equivalencia. El sér humano no rebasa lo normal, sino en las cosas singulares, es decir, anormales. Por tanto, la presión y la imitación como teorías del hecho social no son ciertas sino en grado y relatividad. Como leyes absolutas e invariables del dinamismo social y generadoras del hecho, no pueden admitirse, por insuficiencia de demostración. Con idéntico procedimiento se puede formular otras teorías del hecho social sobre lo instintivo y físico en la Humanidad, como es uso en la tópica literaria respecto al instinto sexual, el amor, al hambre, la muerte, etc., etc.

Así, los tipos de conducta—el arquetipo ideal—con potencia imperativa y coercitiva de la teoría del Sr. Durkheim, no aparecen a pesar de la pretendida rehabilitación de la sociología, por medio de una especialización, ajena a los problemas filosóficos;—no aparecen, pues, sino como un determinismo ingenioso. En efecto (1); el individuo, su colectividad, según está potencia imperativa (coercitiva), es lanzado a actos que él mismo reprueba en el instante que se halla a solas con su conciencia individual. En ese momento el individuo encuentra su

(1) «Nou seulement ces tippes de conduite ou de pensée sont exterieures à l'individue, mais ils sont doués d'une puissance impérative et coercitive en vertu de laquelle ils s'imposent à lui, qu'il le veuille ou non.» E. Durkheim: «Les régles de la methode sociologique», pág. 6.

«Aussi, une fois que l'assemblée c'est séparée, que ces influences sociales ont cessé d'agir sur nous et que nous nous retrouvous seul avec nous mêmes, les sentiments par lesquels nous avons passé nous font l'effet de quelque chose de'étranger où nous ne nous reconnaissons plus. Nous nous apercevons alors que nous les avions subi beaucoup plus que nous ne les avions faits.» Ib. id., pág. 10.

«yo» interno, y este «yo» interno interroga al «yo» externo sobre los actos realizados en colectividad, y su subjetivismo céntrico reconoce la extraña ausencia del «yo» interno en la colaboración de los hechos colectivos. ¿No es esto psicología? Y, prosiguiendo el razonamiento, ¿no nos conduce éste al determinismo e irresponsabilidad, sobre los cuales tanto ha teorizado Hammon? Pero, ello no es nuevo. Es relativo y no es absoluto, y no constituye regla invariable. Al contrario: al lado del individuo de voluntad inferior o de mecanismos volitivos endebles—y ello nos conduciría a una sencilla equivalencia de fuerzas físicas, si quisiéramos objetivar y materializar este género de hechos hasta su grado máximo,—hallamos al individuo de voluntad superior, de idealidad elevada, que, por el contrario, no sólo no es arrastrado por la colectividad, sino que, con propósito prefijado y anticipado, consciente en sus actos, conduce a la muchedumbre. No es preciso repetir, pues, que la cuestión, en estos términos, se reduce a un simple juego de fuerzas, a un mecanismo dinámico del espíritu colectivo, cuya explicación puede hallarse, no en absoluto en la sugestión, como pretende Le Bon, sino en ciertas leyes psicológicas y otras muy lógicas acerca de la fuerza de las pasiones, de las creencias, de las ideas, de la herencia, del lugar y tiempo, etc., sobre el sér humano y la influencia recíproca que ejercen los hombres unos sobre otros, merced a los factores físicos y espirituales, como carácter, cultura, capacidad, competencia; aparte, naturalmente, la potenciabilidad psico-fisiológica, que estimula o enturbia la claridad del espíritu, el equilibrio de la conciencia, la fuerza de las pasiones, etc.

Para diferenciar estos dos campos de conciencia: conciencia colectiva y conciencia individual, y separar el individuo de sí mismo y sumarlo a la colectividad como sér sin conexión con ella, se establece a menudo una caprichosa separación de voluntades: la voluntad social y la voluntad individual. No pretendemos negar la existencia y tangibilidad de la voluntad social y colectiva. La voluntad social existe, lo mismo que la

individual; pero existe como suma de la voluntad individual, y no como extraña a ésta. Que en algunos casos exista en la voluntad colectiva algo no conforme con cada una de las voluntades individuales o con parte de ellas, no autoriza a coger la voluntad colectiva como entidad sin conexión con el género humano, sino incurriendo en artificio y error. Para analizar una cosa, es excelente procedimiento científico examinarla por diversos lados; pero no es veraz trasladar la cosa a otra latitud, porque entonces precisamente por un auténtico empirismo de que no puede prescindirse, la cosa ya no es la misma.

La escuela del Sr. Durkheim considera que: «Es hecho social toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una presión exterior; o, aún más, que es general en la extensión de una sociedad dada, siempre que tenga existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales» (1).

De la teoría de la presión y coerción social, como generadora del hecho o característica de éste, pasa Durkheim a promulgar su método. Por tautología se infiere que en su sistema es fenómeno el hecho social, y que el hecho social, para ser estudiado objetivamente, debe ser considerado como cosa. «Los fenómenos sociales son cosas y deben ser tratados como cosas»—dice (2).

Pero esta definición objetiva del fenómeno social destrúye-

---

(1) E. Durkheim: «Les régles de la methode sociologique.»

En otra página dice: «Nous arrivons donc à nous représenter, d'une manière precise, de domaine de la sociologie. Il ne comprend qu'un groupe déterminé de phenomênes. Un fait social se reconnait au pouvoir de coercition externe qu'il exerce ou est susceptible d'exercer sur les individus; et la présence de ce pouvoir se reconnait à son tour soit à l'existence de quelque sanction determinée, soit à la resistance que le fait oppose à toute entreprise individuelle qui tend à lui faire violence.» Ib., íd., pág. 15.

(2) Y añade: «La première règle et la plus fondamentale est de *considerer les fait sociaux comme des choses*». Ib., íd. Obra citada, pág. 20.

la el propio autor, afirmando en retrospectiva visión del ascender humano, que «L'homme ne peut pas vivre au milieu des choses sans s'en faire des idées d'aprés lesquelles il regle sa conducte.» He aquí, pues, una inconciliable irreductibilidad entre el hecho social como cosa y fenómeno, es decir, como objeto e idea. El hecho se produce en la unidad de la combinación de la idea para la práctica, según una representación de las cosas. Luego, ¿por qué un estudio al revés de esos fenómenos? ¿Por qué esa inversión? Es probable que sin ella, circunscribiendo las ambiciones de escuela a un grupo de fenómenos, a un plano de fenómenos, agrupándolos según su categoría y relaciones, pero estudiándolos según su legítima naturaleza, es probable que entonces la ciencia social contara con otras posibilidades.

El inerte objetivismo suscita inmediatamente una interrogación: ¿cómo es cosa la idea? (1).

Es decir, que la ascensión a que apuntábamos en otro lugar como necesaria en los problemas de la dinámica social, de sus causas y relaciones, se hace más evidente ahora, y nos traslada a magnos problemas de filosofía. El sér humano, ¿existe por su potencia espiritual? ¿*Es* por su facultad de espiritualizar las cosas, de tener ideas sobre las cosas? En este caso, el positivismo detiene la progresión inteligente de la Humanidad, porque disminuye su potenciabilidad de ser.

El considerar los fenómenos sociales como cosa, tiene el inconveniente de que los fenómenos no son cosa, sino fenómenos. Lo contrario equivaldría a decir: lo único que conocemos son las cosas. Es decir, que esta tautología es esto otro: el fenómeno es por sí algo más que inerte objetividad de cosa; es representación, y la representación debe ser considerada, por identidad de su sér, de su naturaleza, para su acabada

(1) Los hechos sociales relacionados, por ejemplo, con la política, tienen un matiz que acusa fuertemente influencias religiosas, económicas, pedagógicas. ¿Cómo negarlo?

observación, de manera ideal y real (1). Este realismo ideológico, por tanto, como interpretación de juicio, pertenece a la Filosofía de la Historia, y sólo ésta puede recabar para sí el estudio de una fenomenología de las ideas en las acciones humanas, en la velocidad del espacio, en la Historia.

La diferenciación materialista de lo real e ideal se funda en una ilusión. Tan real es una idea como una cosa pesada y extensa. El hecho social no es cosa material sino en acción, en velocidad, en dinamismo, en energía; pero estas velocidades son cosa en tiempo, en espacios de tiempo, pasados los cuales, sólo subsisten en la memoria, en el espíritu. He aquí el «hecho», la «cosa».

Luego, el asignarles una realidad *sólo* práctica, material, ¿no es, para estudiarlos, incompleto? ¿No es, acaso, desnaturalizarlos?

Lo social es la práctica. La idea pasa a ser práctica, después de elaborada y suscitada por la espontaneidad práctica—la realidad—y por la teoría—la ciencia.—Esto aclara el falso problema planteado por la interrogación común sobre si precede la práctica a la teoría o la teoría a la práctica, o sea el ¿qué nos es dado primero, la teoría o la práctica? El propio Spencer se plantea un problema semejante en su obra *La clasificación de las ciencias*, sobre si los sentimientos guían a las ideas o las ideas a los sentimientos. Las dos cosas pueden darse, puesto que el hombre empírico llega a la razón por la facultad de elaborar lo ideal, que impulsa e influye el dinanismo humano, el cual, una vez cristalizado en sentimiento, puede, a su vez, por su fuerza subconcientemente idealógica (intuitiva), suscitar nuevas ideas, y, por tanto, nuevos mecanismos potenciales en la velocidad de las acciones humanas.

Pero esta teoría del fenómeno social, que aparece como un realismo idealista, no corresponde a este lugar el examinarla. Su exposición y demostración puede suscitar una extensa ca-

(1) Según parece, Lotze profesó un realismo idealista.

dena de razonamientos, que, por su diversidad concreta, exigen nuevas actividades sobre el hecho social o sobre una teoría del fenómeno social. Es suficiente ahora el demostrar su correlatividad material e inmaterial como cosa e idea.

La sociología, según pretende especializarla la moderna escuela objetiva, no debe adherirse a ninguna hipótesis filosófica, «ni afirmar la libertad ni el determinismo». Pretende, en su especialización, reunir y descubrir nuevos datos para el conocimiento de los hechos sociales, independientemente de toda espiritualidad, para ilustrar con ellos otras ciencias, y aun la misma Filosofía. Es decir, que esta nueva teoría no es más que física social, cuyo concepto tan usado es en todo tiempo de definiciones sociológicas. Física, química, o sea mecánica y materia. Este es el error fundamental del objetivismo empírico. Nadie que posea sincero amor a la verdad, se afilia a ésta o la otra tendencia científica por afinidad de temperamento, de prejuicio, de «comodidad intelectual».

El objetivismo empírico-sociológico se inhibe de los problemas de la razón para estudiar lo real como material. Esta inhibición no es posible. No es posible, porque la realidad social no existe sino en cuanto al sujeto que piensa, cuyos círculos y potenciabilidades espirituales constituyen la realidad empírica, que pretende descuajar la observación objetiva. Por esto, la producción de un hecho social colectivo, es decir, una evolución o transformación cualquiera en comunidad, ¿cómo explicarla si no según las relaciones que la determinen en la política, en la pedagogía, en la religión, en la costumbre, en el tiempo y lugar, ambiente y medio, etc.?

Esta explicación, cuando el hecho es colectivo, exige no un mero juicio de «yo opino», sino una demostración cierta, lógica, de las condiciones de la marcha del espíritu colectivo y de sus actos en la Historia. Esto es, la experiencia de la Historia, lo cual equivaldría a decir la «observación» de la Historia, si la palabra no hubiera adquirido, con el uso positivista, una significación limitada, que supone esto otro: «observación que

solo es visión», mientras que experiencia es, además, saber, o sea razón, añadimos nosotros.

¿No se advierte, pues, la derivación de la práctica hacia los problemas de la filosofía; es decir, aclarando aún más la idea, su solución de continuidad con ella?

Y esta ciencia posible de la experiencia de la Historia tiene un carácter concreto y definido, como continuidad entre la filosofía y la Historia.

«Todo hombre—dice Kant (1)—posee un carácter empírico de su voluntad, que no es otra cosa que cierta causalidad de su razón; en tanto que ésta muestra en sus efectos, en el fenómeno, una regla, según la cual se pueden concluir los motivos racionales y las acciones en cuanto a su modo y en cuanto a sus grados, y juzgar los principios subjetivos de la voluntad. Puesto que este carácter empírico debe ser el mismo, como efecto, obtenido de los fenómenos y de sus reglas, que nos proporciona la experiencia, todas las acciones del hombre en el fenómeno son determinadas, según el orden de la naturaleza, por su carácter empírico y por las otras causas concomitantes; y si nosotros pudiéramos escrutar hasta el fondo de todos los fenómenos de su voluntad, no habría una sola acción humana que no pudiéramos medir con certitud, y reconocerla como necesaria, según sus condiciones exteriores. Desde el punto de vista de este carácter empírico, no hay libertad, y, sin embargo, sólo desde ese punto de vista podemos considerar al hombre cuando queremos únicamente OBSERVAR, y, como se hace en la antropología, escrutar fisiológicamente las causas determinantes de sus actos.»

Pero hay una causalidad de la razón, como advierte luego Kant, es decir, las acciones del hombre como fenómenos que suceden porque son determinados, no por causas empíricas, sino por principios de la razón (2).»

---

(1) «Crítica de la Razón pura.»

(2) «Si la razón—añade Kant—puede tener una causalidad por relación

Corresponde a este lugar sólo una referencia concreta al punto central del tema sobre la posición científica de la Filosofía de la historia respecto a la sociología objetiva. Los temas que el examen del problema suscita, como la causalidad de la razón y lo empírico humano—la libertad;—la voluntad social y la individual, son para más dilatados trabajos.

Las derivaciones ideológicas de los problemas sociales hacia la raíz de la Filosofía, no sólo en el de la libertad, sino en el del conocer, se evidencia por un como riguroso determinismo en el método científico.

La esencia de los fenómenos que, según Comte, no nos es dado conocer, ¿qué es sino la «cosa en sí» de Kant?

Lo mismo podría decirse de la «observación» positivista en relación a la «experiencia» trascendental, si la observación positivista no fuera una experiencia incompleta.

La «experiencia» trascendental hace posibles las condiciones de una teoría de la ciencia (1). La «observación» es sólo la

---

a los fenómenos, es porque es un poder por el cual comienza primero la condición sensible de una serie empírica de efectos.»

(1) On conviendra qu'il est impossible de trouver ailleurs que dans la *Critique de la Raison pure*, une formule plus nette des conditions que rendent seules possible une experience, au sens le plus riche et en même temps le plus moderne du mot, et qui servent de base à toute science *positive*. Et tandis que le positivisme de Comte fait sortir des contingences de l'histoire les mêmes constations, sans justifier l'emploi universel de l'aulyse mathèmatique ou la valeur des lois physiques autrement que comme des faits et nullement comme des necessites logiques, on avouera qu'il serait souverainement injuste de faire un crime à Kant d'avoir tênté de justifier ces faits en les rattacheut à des lois primitives et constitutives de l'esprit, à notre manière humaine à la fois et râtionelle de penser, ou, pour employer le langage dont il se sert, à *l'unité de l'aparception transcendentale.*» A. Hannequin. Prefacio a la *Crítica de la Razón pura*, traducción francesa de Tremesaygues y Pacaud.

«A ce point de vue nous avons le droit de soutenir—añade—que le positivisme de Comte reste une contingence de l'histoire, tandis que le positivisme, ou plutôt *l'Erfahrunhslehre de l'Analytique transcendentale*, tout en laissant à la science, dans l'histoire, la souplesse de ses transformations

extensión de visualidad del ojo de una persona bastante recelosa y huraña, para desconfiar de los aparatos de larga vista, que, como el telescopio, puedan ofrecerse a colaborar en la nativa potenciabilidad visiva del órgano de visualidad.

La observación será armónica con la naturaleza del sér de una ciencia en la medida de su relación con el empirismo posible en dicha ciencia. En el instante que esa ciencia deje de ser cosa material para ser ideal, o sólo categoría de substancia no en absoluto material, la observación es ya método incompleto y una imperfecta representación de la posibilidad del conocimiento de nuevos fenómenos o de nuevos efectos en una ciencia no absolutamente empírica.

La experiencia es, al contrario, la posibilidad de obtener nuevos conocimientos en un completo conjunto *a priori* y *a posteriori*, tanto en uno de los tres casos aisladamente, como en relación con el todo.

El campo de la experiencia es de esta manera más anchuroso, y las perspectivas no son limitadas por el linde de lo que sólo ve el ojo, sino pòr lo que puede ver, según una determinación lógica de todos los elementos de la razón. En este caso, los elementos de la razón no son otra cosa que lo que el telescopio al ojo humano.

Desprenderse de los datos de la Filosofía para fundar una ciencia social, no es posible por la propia naturaleza de sus problemas.

De lo contrario, una ciencia así abscribiría a su actuación funciones que cumplen a otras ciencias. Como los hechos sociales tienen su equivalencia en el espíritu de la Humanidad a través de la Historia, y la forma más elevada del humano es-

---

et de son évolution, trouve du moins la *justification de son droit* dans la constitution de l'esprit, dans des *formes* qui à *vrai* dire sont bien plutôt des conditions universelles de connaissance que des connaissances déterminées, bref dans l'absolu d'une pensée qui ne nous impose aucune «objet» ni aucune «verité». Ib., íd.

píritu es la Filosofía, sus problemas centrales derivan hacia ella, y es dudoso puedan obtenerse por otros procedimientos síntesis ciertas, si no es acaso con una pérdida de tiempo difícil de compensar, cuya causa no es probablemente más que un defecto de visión.

JUAN GUIXÉ

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

XVII

Los asesinos.

El día de Navidad, por la mañana, temprano, tres hombres que se dirigían al Sur, salieron de Minto, una *road-house* situada a mitad de camino de Dawson y de White-Horse. Aquellos tres hombres se llamaban Clayson, Relfe y Olson. Los dos primeros eran unos comerciantes de Dawson que se marchaban del país por la pista de hielo, y Olson era un guía del distrito.

Se habían encontrado la noche anterior en Minto, y, después de haber pasado juntos una alegre Nochebuena, habían salido temprano, esperando llegar por la tarde a Selkirk, el lugar más próximo en donde podrían descansar un poco.

Clayson montaba una bicicleta, en la que vino desde Dawson, y alcanzó en Minto a Relfe, que había salido dos horas antes. Iban bien provistos de dinero, y los tres cantaban alegremente una antigua canción de Navidad, siguiendo la pista que se dirigía hacia el Sur. Hacía un buen tiempo sereno, y el eco repetía la canción mientras que bajaban las pendientes nivosas.

El sendero de hielo azulado era tan fácil como un sendero

del Sahara, y Olson, que lo recorría dos veces a la semana, lo conocía bien. Sin embargo, los tres hombres no llegaron a Selkirk aquella tarde, ni a la siguiente, ni a la otra. Transcurrieron una semana, una quincena. Por fin, un día se recibió en Dawson un telegrama de Skagway pidiendo noticias de Jorge Clayson.

La pista que va de Dawson a White-Horse tiene seiscientas millas de largo. Los viajeros que la recorren son poco numerosos, y rara vez cuentan sus asuntos de familia y las relaciones que tienen en el mundo a los conocimientos que puedan hacer en aquellas soledades árticas; de suerte, que la desaparición de tres hombres hubiera podido muy bien pasar inadvertida, si una joven de Skagway no hubiese inquirido noticias de su hermano Jorge Clayson, del que estaba ella segura que había salido de Dawson tres semanas antes.

Inmediatamente se hicieron averiguaciones por telégrafo, y al día siguiente toda la policía montada del Noroeste fue advertida de que Clayson y su compañero habían salido de Minto, con dirección a Selkirk, por la mañana del día de Navidad, y que no habían llegado nunca a Selkirk.

El oficial de policía Pennycuick salió de Dawson al día siguiente, en un trineo ligero tirado por perros vigorosos, y, a las sesenta horas, los animales llegaban jadeantes a la *road-house* de Minto, después de haber recorrido cuatrocientas millas.

Pennycuick era un agente hábil y enérgico. Pasó una hora en Minto y se dirigió a Selkirk, a treinta millas de allí. Antes de que el día terminase, sabía que los tres hombres habían desaparecido entre aquellos dos lugares, sin dejar la menor huella. Nadie los había visto desde que salieron de Minto. Selkirk, que está al lado de un antiguo fuerte de la compañía de la bahía de Hudson, comprende un reducido número de cabañas, y hay allí un agente que transmite los despachos entre Skagway y Dawson.

Pennycuick telegrafió inmediatamente estas noticias al

Norte y al Sur, pidiendo que se examinase, con la mayor atención, a todos los viajeros desconocidos.

Al día siguiente, un hombre que conducía un caballo, un trineo y un perro, y acompañado de una mujer india, se detuvo en Bennett, lugar situado a unas trescientas millas sobre Selkirk. El puesto de policía estaba muy cerca de la *road-house* en que entró el extranjero.

Era cosa poco corriente que un hombre viajase con un caballo, un perro y una mujer india. Los blancos que se trataban con los indios eran, por lo general, demasiado miserables para poseer un caballo, ni siquiera un perro. Así fue que un oficial entró en la cabaña detrás del hombre, y le preguntó bruscamente:

—¿Cómo se llama usted?

El recién llegado, de baja estatura, delgado, con una barba negra y ojos grises y brillantes, llevaba una gorra de piel completamente nueva, un abrigo de piel, nuevo también, y unos brodequines viejos. Miró con calma al representante de la ley, y contestó:

—Ross.

—¿De dónde viene usted?

—De Dawson.

—¿Cuándo salió usted?

—Hace tres semanas.

—¿Dónde se ha procurado usted ese caballo?

—Lo he comprado en Tagish.

—¿Y el perro?

—En Dawson.

—¿Y dónde ha encontrado usted a esa mujer?

—En Tagish también.

—¿Adónde la lleva usted?

—A Skagway nada más.

—¿Ha venido usted de Dawson a Tagish con el perro?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué ha comprado usted un caballo? Ese perro no está enfermo.

—Para venderlos en Skagway. He sabido que allí valen caro. Además, es más cómodo para esta mujer—añadió Ross con un gesto.

Las empresas indias acostumbran a ir con una carga enorme en los trineos, sin subirse nunca a ellos, como lo hacen las mujeres del Sur.

—¿Dónde ha estado usted durante las tres semanas transcurridas desde su salida de Dawson? Con un perro como el de usted no se necesitan más de quince días para hacer el viaje.

Ross vaciló un momento.

—Pues bien, mire usted—dijo lentamente,—me he detenido en casa de los padres de esta mujer, en Tagish, ocho días. Pero, ¿por qué me hace todas estas preguntas?

—¡Oh! Por nada. ¿Cuándo sigue usted su camino?

—En seguida; en cuanto haya tomado algo de bueno. Hace frío hoy. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, gracias.

El oficial reflexionó mientras que Ross vaciaba su vaso. Era muy fácil telegrafiar a Tagish para saber si Ross había estado allí verdaderamente una semana; pero las prendas de piel nuevas contrastaban con lo viejo del calzado. Y además, pensaba en el mensaje telegráfico del agente Pennycuick. Se volvió hacia Ross.

—Creo, Ross—dijo,—que haría usted mejor en venir conmigo hasta el puesto. Me alegraría hablar un poco más con usted.

Los poderes de la policía en aquel lugar son despóticos. Mientras tanto habían entrado en la *road-house* otros agentes, porque aquel caballo, el perro y la mujer india formaban un trío chocante.

—Con mucho gusto—contestó,—aunque no veo muy bien la razón. Pero, ¿dónde dejo mis cosas?

—Ya cuidaremos de ellas—le contestaron.

El caballo y el perro fueron llevados al patio del cuartel. Condujeron a la mujer a la cabaña de Skookum Jim, y Ross entró en el puesto de policía, del que no había de volver a salir nunca.

Un telegrama, enviado a Tagish, en Selkirk y Bennett, recibió esta respuesta: «Un hombre llamado Ross vino aquí, la semana última, con un trineo y un perro. Permaneció dos días. Compró una gorra y un abrigo de piel nuevos, en la tienda de Hunker; pagó por dos caballos cuatrocientos dólars, y compró una muchacha india a su padre por ciento cincuenta dólars. Dijo que había venido solo a Dawson y que iba a Atlin por los lagos. Parecía tener mucha prisa por marcharse.»

Este despacho dió más que reflexionar al agente Scarth. ¿En dónde estaba el otro caballo? ¿Y por qué había dicho Ross que iba a Atlin? El camino de Atlin era largo y penoso, y dejaba Bennett a varias millas de distancia en el Oeste. Scarth telegrafió de nuevo a Selkirk y a Minto; la respuesta de este último lugar fue muy interesante. El que contestó, y que debía de ser Pennycuick, contó que dos hombres, morenos ambos, pero el uno alto y el otro bajo, habían acampado durante cierto tiempo, cerca de la pista, pero que no se les había vuelto a ver, a pesar de haberse hecho serias averiguaciones. El más bajo se llamaba O'Brien y el más alto Graves. Preveníase a Scarth que, si los encontraba, procediera a detenerlos. La fisonomía de Ross concordaba bastante con la descripción que se le hacía de la de O'Brien; pero, admitiendo que los dos hombres no fuesen más que uno, ¿dónde estaba Graves? Y, además, ¿cómo un *prospector* o un leñador «que había acampado en la pista»—decía el telegrama,—hubiera podido reunir bastante dinero para comprar dos caballos y una muchacha india?

Varias horas transcurrieron mientras que se enviaban y se recibían telegramas. Entretanto, Ross, que estaba sentado junto a la estufa, no decía nada y parecía dormitar. Scarth entró en el puesto; se fué derecho al extranjero, y le dijo:

—O'Brien, ¿dónde está Graves?

El interpelado dió un salto como un gato montés, y miró al oficial de policía con ojos terribles. Por fin, se dominó:

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó con la misma flema que antes.

—Pues exactamente lo que he dicho. ¿Dónde está Graves?

Scarth no se atrevió a decir otras palabras, a lo menos por el momento. Ross miró el rostro de su interlocutor, echó una rápida ojeada hacia la única puerta, que estaba abierta, pero en la que estaban apostados cuatro cánadienses de los que uno solo le hubiese acogotado en un instante. Miró la ventanuca con sus dobles vidrios, por los que se filtraba la luz suave de un día de Enero, y los árboles, cuyas ramas rotas caían sobre la nieve a través de la pista; luego murmuró: «¡Váyanse todos al diablo!», y se sentó de nuevo en el banco de madera. No volvió a decir palabra, ni cuando, registrando su trineo, descubriéronse dos carabinas y una pistola con numerosas municiones, que le presentaron para pedirle explicaciones. Le quitaron sus zapatones de fieltro de dobles suelas (en Alaska no se lleva nunca, durante el invierno, calzado de cuero, porque no abriga bastante), y al levantar la parte inferior se encontraron mil doscientos dólars en billetes de Banco de los Estados Unidos, allí escondidos.

Al día siguiente, se interrogó a la muchacha india. Refirió ésta que, después de salir de Tagish, con dos caballos, trataron de pasar los lagos en Atlin, pero que perdieron la pista y que, como se encontraron entonces sobre una capa de hielo de poco espesor, cedió ésta bajo el peso del trineo y de los animales.

Aunque el agua no era muy profunda, se perdió uno de los caballos y se mojaron todos los efectos. Había un campamento indio cerca de Bennett, pero la pista llevaba a la *road-house*. No se podían abandonar las pistas trazadas en invierno. Perderíase uno y moriría infaliblemente. Así, pues, el viajero, quieras que no, tuvo que llegar al sitio en que lo detuvieron. Esto era todo lo que ella sabía, pero tenía importancia, porque probaba a los agentes que el hombre mentía y los engaña-

ba, tanto sobre el número de caballos que había comprado, como acerca de los días pasados en Tagish. Sin duda tenía sus motivos para hacerlo; sobre todo, el hecho de haber tratado de evitar el paso por Bennett era significativo. Bennett era el puesto más próximo de las fronteras de los Estados Unidos, y todo el mundo sabía que estaba guarnecido por policías escogidos y particularmente hábiles.

Pusieron al prisionero en seguridad, y se telegrafió a Dawson para obtener informaciones y datos completos, porque Dawson es el cuartel general de toda la policía del distrito del Clondic. El prisionero era, indudablemente, O'Brien. Todo lo indicaba. Pero, ¿dónde estaban los tres hombres desaparecidos y Graves?

Un tal Maguire, que formó parte de la policía del Clondic y había dimitido, habitaba en Vancouver. Estaba reputado por su maravilloso instinto y la habilidad con que descubría los crímenes, habilidad de la que dió pruebas en varias circunstancias. Le telegrafiaron para que se sirviese acudir en ayuda de sus antiguos colegas en un caso difícil, y aceptó gustoso. Detúvose en Bennett, en donde tuvo una entrevista con O'Brien, el cual se había puesto feroz y peligroso, hasta el punto de que fue preciso encadenarle. Cuando Maguire marchó a Minto, estaba convencido de que la solución del misterio que envolvía la repentina desaparición del mundo de los cuatro hombres, no se hallaba lejos. Supo pronto que dos hombres, llamados Graves y O'Brien, habían acampado durante algún tiempo cerca de Minto, pero nadie podía decirle exactamente dónde estaban. Sabíase que se tenían por leñadores que proveían a los vapores del río durante el verano, y que no tenían dinero. De tiempo en tiempo, iban a Minto y cambiaban cajas de conservas por tabaco. Sacaban estas cajas de una barcaza que, en el mes de Noviembre anterior, se había dejado coger por los hielos, en mitad del Yukon, algo más abajo de Minto. Pero los negocios de unos no interesaban a los otros, por lo que nadie había tratado de saber más. Graves había ido a Min-

to precisamente la misma noche en que llegó Clayson de Dawson. Desde entonces, no se había vuelto a saber de él ni de O'Brien.

A Maguire no le costó trabajo encontrar el sitio en que estaba la tienda de los dos hombres. La pista era perpendicular al río, que cruzaba a unas tres millas más abajo de Minto, y la tienda, una tienda doble, estaba plantada no lejos del río, a un cuarto de milla al Este del camino. Entre la tienda y la pista había un gran macizo de árboles, de álamos sobre todo, y el suelo, cubierto de una capa de nieve de seis pies, no presentaba una arruga sobre su lisa superficie. No era raro ver hombres que, al marcharse, abandonaran su tienda y su estufa, porque estos objetos no tenían gran valor en Skagway, y no merecían el trabajo de transportarlos. Además, en el camino no faltaban las *road-houses*. Así, pues, el hecho de que los hombres hubieran dejado allí su tienda, no tenía en sí nada de sorprendente.

Maguire pensaba que debía de haber un sendero que condujese a la tienda. Pero, ¿en qué lugar abandonaba el camino aquel sendero? En la tienda no quedaba más que un camastro roto para dos personas, una caja vacía, unas cuantas astillas y una estufa llena de cenizas. Era muy poca cosa para un asunto en el que se trataba de la vida o muerte de cuatro hombres.

Se estaba en Febrero, y la tragedia, de haber habido una, hubo de ocurrir en Navidad, hacía seis semanas. Durante este tiempo, habíase acumulado bastante cantidad de nieve y de hielo, y debían de haberse borrado todas las huellas. Maguire buscó un sendero que partiese de la tienda; pero el único que pudo descubrir se dirigía hacia el río, del lado opuesto de la pista. Sin embargo, estaba seguro de que hubo de existir un sendero que partiese de la pista y condujese a la tienda o a las proximidades. Empezó, por lo tanto, a apartar la nieve con una pala, en una distancia de diez pies, a lo largo del camino, del lado que miraba a la tienda. Cierto era que el sendero podía haber desaparecido por completo y no haber dejado nin-

guna huella; pero no tenía nada mejor que intentar. Durante cinco días trabajó solo, yendo por las noches a Minto.

Llevaba siempre con él dos fieles compañeros de la raza canina, un danés y un husky o malamut. A veces, los perros escarbaban con sus patas en la nieve para imitar a su amo. Al quinto día, el husky, que estaba haciendo un agujero en la nieve, en cuyo fondo hubiera podido tumbarse, dió de repente un salto hacia atrás, se lanzó a la pista y, dando aullidos quejumbrosos y lúgubres, huyó en dirección de Minto. Maguire, sorprendido, le llamó; pero el perro ni siquiera volvió la cabeza y continuó corriendo a escape sin dejar de aullar, hasta que por fin se perdió de vista. El agente se arrodilló en el lugar en que vió al malamut dar el salto, y empezó a quitar nieve con sus manos, tamizando cada partícula, haciéndola pasar por sus dedos. Al llegar a una profundidad de algunas pulgadas, observó que la nieve estaba dura como el hielo, lo que probaba que había sido apisonada y comprimida. Siguió ahondando y observó una coloración de la nieve endurecida, sobre una extensión de un pie cuadrado. Quitó aquella masa, dejándola un espesor de un pie, y se la llevó a Minto. Allí hizo fundir la nieve, y la envió a Vancouver para que hiciesen el análisis químico; esperó. A los pocos días, le enviaron un informe diciendo que la muestra enviada contenía sangre humana. Maguire adquirió entonces la certidumbre de que estaba en el buen camino, y hubo de reconocer que el malamut, sin que lo sospechase, era un buen policía. Corrió en busca de Pennycuick, y juntos comenzaron unas investigaciones que creo fueron pocas veces igualadas en lo ingeniosas y celosas.

Después de haber descubierto el sendero en una longitud de una docena de pies, pudieron reconstituir su dirección probable hacia la tienda. Observaron que a varios árboles que se encontraban bien en línea les habían amputado algunas ramas; siguieron la fila así mutilada, y al llegar al final observaron que desde allí podrían divisar claramente, y sin que ninguna rama estorbase la vista, el sendero y la pista principal, milla

abajo y milla arriba del punto de conjunción de la pista y del sendero. Observaron también que las ramas habían sido golpeadas con un hacha o talladas más bien que cortadas, y que habían debido de servirse de un hacha mellada en la mitad.

El resto de la tragedia se halla relatado en la declaración prestada por Maguire en el tribunal, durante el proceso de O'Brien, en Dawson, en Junio de 1901. El implacable agente de la justicia humana presentó todas las pruebas de la culpabilidad del criminal.

«Durante tres semanas, decía esta declaración, Pennycuick y yo trabajamos de rodillas, desmenuzando cada copo de nieve entre nuestros dedos sin guantes, a pesar de que el termómetro señalara a veces cuarenta grados bajo cero. Así no nos arriesgamos a perder el más mínimo objeto. Encontramos una bala de carabina en el primer charco de sangre, que había cubierto una superficie de seis pies de nieve. Descubrimos la antigua pista de O'Brien y de Graves; reuníase con otra que conducía al río pasando por detrás de la senda; evidentemente ellos pasaban por allí. Hicimos también otros descubrimientos, y si Vuestra Señoría se sirve permitirme continuar, creo que no omitiré un detalle.

»O'Brien y Graves se habían establecido allí, con el fin de matar y de robar. Después de plantar su tienda, hicieron un claro en medio de las ramas de los árboles, a fin de poder vigilar la pista, que se encontraba frente a ellos, en una longitud de dos millas. Hasta hubieron de cortar con este objeto árboles enteros. Trazaron un sendero, e hicieron de manera que la tienda fuera siempre invisible desde el camino. Sabían que los tres hombres vendrían por allí, porque Graves, que había ido a Minto en Nochebuena, los había encontrado. Los invitó a que fueran a beber con él, y O'Brien a su tienda para festejar Navidad, y al día siguiente los esperó en el camino de Minto.

»Cuando los tres hombres llegaron frente al sendero transversal, Clayson entró el primero en su bicicleta, seguíale Relfe, luego venía Olson y Graves cerraba la marcha. El sendero

era muy estrecho y no permitía pasar más que de uno en uno. Al llegar Clayson a un lugar en que el sendero, por encontrar árboles, daba rodeos, O'Brien, que le esperaba de frente, le disparó un tiro de carabina, escondido detrás de un árbol. Sabemos que fue O'Brien, porque una hendidura hecha en el árbol para apoyar el cañón, está precisamente a la altura del hombro de O'Brien. Graves era mucho más alto. Además, una bala que se recogió en la nieve procedía de la carabina que se encontró en el equipaje de O'Brien cuando fue detenido en Bennett. Sabemos que fue Clayson sobre quién tiró primeramente, porque observamos las huellas de una rueda de bicicleta que se detenían precisamente en aquel lugar, cerca del charco de sangre. Relfe trató de huir de lado, sabiendo que Graves venía detrás. O'Brien, sin moverse de su posición, tiró sobre él. Relfe cayó, pero no estaba muerto. Era el único de los tres hombres que estuviese armado; tenía un revólver. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de servirse de él—tal vez estaba demasiado débil,—O'Brien acudió y le disparó su arma en la cabeza. Hallamos en este lugar una bala aplastada en el barro helado, y a la que estaban adheridos fragmentos de huesos. Encontramos también una muela, empastada en oro, que un dentista de Dawson le había arreglado a Relfe poco antes de su marcha, y que fue arrebatada por la última bala de O'Brien. Encontramos al lado un cartucho vacío, 40,82, que O'Brien sacó de su carabina, después de haber tirado sobre Relfe por segunda vez.

»Mientras tanto, Olson se había vuelto para huír, pero Graves luchó con él. Graves no tenía más que un revólver, y se entabló un combate desesperado. Sabemos esto, porque, cuando apartamos la nieve fresca, encontramos que bajo la pista era muy dura en una amplia extensión; era evidente que la nieve había sido hollada con los pies. Entonces O'Brien volvió a cargar y disparó tres tiros sobre Olson. Por lo menos encontramos allí los tres cartuchos procedentes de su carabina. Allí el olfato del perro nos había abierto el camino, al descu-

brir, seis semanas después del asesinato, la sangre helada de Olson.

»No sé, añadió Maguire, volviéndose hacia O'Brien, al que miró a la cara, si tiró o no sobre Graves. Aunque hayamos hecho investigaciones en el mundo entero, no hemos podido encontrar la menor huella, el menor indicio de su paso por ninguna parte; no hemos podido obtener una sola palabra que le concierna desde aquel día de Navidad, es decir, desde hace año y medio.

»Una vez asesinados los tres hombres, fueron desnudados los cadáveres y arrastrados por el hielo hasta el río. Allí se abrió un agujero hasta que llegase al agua que corría bajo la capa de hielo, y fueron arrojados los tres cuerpos. Los asesinos creían sin duda que la corriente del Yukon se llevaría directamente los cadáveres al mar de Bering, o se perderían y se los comerían los peces. No sabían que los salientes de la pared inferior de la capa de hielo detienen a los cuerpos pesados. Así sucedió: el cuerpo de Olson fue encontrado en Mayo en Forty Mite; el de Clayson en Junio en Circle City, y el de Relfe una semana después cerca de los Jeats, a quinientas millas del lugar en que fue asesinado. Los cuerpos fueron llevados a Dawson, en donde fueron reconocidos, y no costó trabajo determinar el género de muerte que sufrieron.

»Cuando hicieron desaparecer los cuerpos, los asesinos formaron un montón con los trajes y prendieron fuego, quemando también los cinturones y el calzado de cuero en la estufa. Lo sabemos, porque hemos encontrado las cenizas de los ojales y diversos artículos, tales como una liga que llevaba Clayson, un botón negro, un alfiler sujetador y trozos de prendas de vestir carbonizadas. Encontramos también, tirado cerca de la tienda, un recibo de seis dólars, dado aquella mañana por Fussell a Olson, por el gasto hecho en Minto. O'Brien se olvidó de quemarlo.

»Cuando nos hallábamos tan adelantados en el asunto, se suscitó una cuestión: ¿estábamos bien seguros de que aquella

tienda era efectivamente la de Graves y O'Brien? Podía creerse, en efecto, que aquellos dos hombres no habían vivido nunca allí y que la tienda perteneció a otros.

»Enviamos a buscar en Bennett el perro Bruce que fue cogido con O'Brien. Lo llevaron a Minto y le condujimos cerca del punto de intersección de las dos pistas. Allí, Pennycuick le gritó bruscamente: «¡Bruce, anda a casa!» El perro le miró con ojos interrogadores. Pennycuick repitió la orden golpeando un pie: «¡Bruce, anda a casa, anda a casa!» Bruce miró en rededor, dejó la pista principal en que nos encontrábamos todos, tomó el sendero transversal y marchó corriendo. Cuando llegamos a la tienda, le encontramos tumbado en el interior, como si estuviera en su casa, y cuando volvimos a Minto, nos siguió de mala gana. Por segunda vez, los animales mudos afirmaban la culpabilidad de ese hombre. Poco después, encontramos cerca del río, hundida en el hielo, un hacha de dos filos embotados y con una mella en medio. Correspondía perfectamente a los cortes hechos en los árboles. La hemos traído, y podremos mostrar al tribunal la sección del tronco de árbol en que O'Brien apoyó para disparar el cañón de su carabina. La hendidura corresponde exactamente a la altura de su hombro, y se ha probado que el hacha le pertenecía. Se compró en Forty Dile, y trató de hacer que la afilasen en Dawson al marchar. Al pie del árbol se encontraron dos cartuchos de la carabina de O'Brien. Hace tiempo que éste hubiera podido ser juzgado, pero esperábamos siempre encontrar huellas de Graves. Con ayuda de las autoridades de Ottawa, hemos hecho, durante un año, investigaciones en el mundo entero. No sabemos de dónde procedía y no conocemos sus antecedentes; pero desde aquella noche de Navidad, parece que ha desaparecido para siempre. Unicamente Dios y O'Brien lo saben»— dijo Maguire al terminar.

En su celda, el prisionero lo negaba todo; pero ante el Tribunal, no se atrevió a resistir ni a afirmar nada, aunque sintiese que su vida estaba en juego. Fue rápidamente condenado y

ahorcado. Durante el intervalo, es decir, entre la condena y la ejecución, trató de asesinar al sacerdote que le ofrecía los consuelos de la religión; intentó también, en la última semana, ahogar con sus manos al guardián, y escaparse.

Este es el crimen más odioso que se haya cometido durante los años que he pasado en el Noroeste. El Gobierno canadiense puede, con justicia, enorgullecerse de tanto dinero gastado, y del tacto y de la energía admirables desplegados por sus agentes.

XVIII

Alrededor del lago la Barga.

En el mes de Octubre de 1900 salí de Dawson, fuí a pasar el invierno en Europa y volví al Clondic al año siguiente. Tomé el camino de Skagway, y llegué a White-Horse a fines de Mayo de 1901. Cuando me apeé del tren en White-Horse, me dijeron que había varios cientos de viajeros, de los cuales, una buena tercera parte mujeres, que esperaban el deshielo del lago la Barga para ir hacia el Norte. Este lago, de treinta millas de largo y dos leguas de ancho, se extiende por el Norte de White-Horse y es el último de la serie de lagos que constituyen las verdaderas fuentes del Yukon. De él nace al Norte un río caudaloso, de aguas claras y transparentes, que forma el comienzo del Yukon. De allí hasta su desembocadura en el mar de Bering, con sus numerosos meandros, recorre una distancia de mil ochocientas millas; no atraviesa ya ningún lago y no tiene rápidas lo bastante poderosas para impedir que el vapor de menor fuerza le remonte en todo su curso.

Estábamos ya a fines de Mayo, y el sol, a las diez, brillaba radiante sobre White-Horse; sin embargo, me dijeron que el lago, cuyos límites al Sur están a treinta millas de White-Horse, estaba enteramente helado, y que los vapores no podían empezar la navegación entre los hielos rotos hasta pasa-

dos unos diez días. Permanecer en White-Horse durante aquel tiempo, no constituía una perspectiva muy agradable. La población, cuyas calles tienen un suelo polvoriento, estaban llenas de polvo. Estas calles de White-Horse, que son tres, no contenían más que casas de juego, uno o dos restaurants, tiendas y una estación pequeña de ferrocarril. Así, pues, me puse a buscar los medios de ejecutar un proyecto que tomaba decididamente cuerpo en mi pensamiento. Encontré a Judge Wood, el antiguo mayor general de Seattla, y a su amigo Arnold, a los que había conocido en Dawson, y hablamos de la cosa. Por fin interrogamos al Sr. Hawkins, el director de la compañía de ferrocarriles, que estaba también al frente de la compañía de vapores que hacen el servicio entre Dawson y White-Horse.

—¿No se halla actualmente uno de sus barcos al otro lado del lago la Barga?—le preguntó Judge Wood.

—Así es—replicó Hawkins.—Pero ¿cómo irán ustedes a buscarlo?

—¿No podemos dar a pie la vuelta al lago?

—No lo sé, pero no lo creo. En el tiempo que vivo aquí, nunca he oído decir que lo haya hecho nadie en esta estación del año. Es terrible, ya lo saben ustedes, atravesar esos bosques árticos.

—Es que no tenemos ganas de pasar diez días en esta terrible población—insistí.

—Nada le obliga a ello—contestó Hawkins.—Tome el tren para Skagway, vaya a Seattla y vuelva por el vapor. Apuesto lo que usted quiera a que encontrará a todo el mundo aquí a su vuelta, y a que el lago estará todavía helado, porque aun entonces será pronto con relación al año último: el primer vapor para Dawson no salió de White-Horse hasta el 15 de Junio de 1900.

No era esto nada halagüeño para quienes tienen prisa.

—¿Cuánto—dije—nos llevaría usted por retrasar la salida del *Bailay,* que se halla actualmente al otro lado del lago, dos o tres días? Si nos decidimos a ponernos en camino, tendremos

así el tiempo de llegar; si no llegamos, entonces le haremos conocer nuestro fracaso.

Hawkins tuvo la amabilidad de prometernos que, si estábamos decididos a marchar, telegrafiaría para que se retrasara la salida del vapor hasta saber de nosotros, «muertos o vivos», añadió riendo.

Y nos decidimos a intentar la empresa.

Por su parte, el mayor Snyder, perteneciente a la policía montada del Noroeste, que mandaba un puesto de policía en White-Horse, nos prometió enviar en su canoa *Petersborough* a dos de sus agentes del puesto situado arriba del lago la Barga, para buscarnos y ayudarnos; establecido el telégrafo, las comunicaciones eran fáciles.

Aquella misma tarde salimos los tres de White-Horse en una pesada barca, y nos dirigimos a buena marcha, llevados por la rápida corriente, hacia la entrada Sur del lago la Barga, del que nos separaban unas treinta millas. La sensación de sentirse deslizar por el río rápido y claro en aquel crepúsculo de verano era muy agradable, y las horas pasaron rápidamente, hasta que llegamos por fin a la entrada del lago, el cual estaba completamente dormido bajo la capa de hielo que lo cubría por entero. Sin embargo, en sus orillas del Sur y del Oeste distinguimos una estrecha margen de agua. Desde la entrada del río hasta el lado Oeste había una distancia de cincuenta millas de bajos fondos fangosos. Hacía frío, excesivamente frío. Una ligera brisa, que soplaba sobre la superficie de hielo del lago, nos helaba hasta la medula. Cuando encallaba la barca, lo que ocurría más de una vez, teníamos que desembarcar y empujarla por el fango y el limo. Por fin llegamos a una especie de canal de agua clara, de uno o dos pies de profundidad y de una media docena de yardas de ancho, que bordeaba la costa rocosa, y nos permitió remar durante dos horas. Cierto es que necesitamos varias veces hacer que pasara nuestra embarcación por encima de algunos bancos de hielo que se extendían transversalmente y nos cerraban el paso. Por fin en-

contramos uno tan alto, tan grueso y tan formidable, que tratar de franquearlo con nuestra lancha pesada y llena de agua hubiera sido una verdadera locura y una pérdida de tiempo. Hicimos tres paquetes de nuestros efectos, nos los echamos al hombro y seguimos, abandonando la embarcación. Un poco más adelante, vimos una canoa encallada en la costa y cargada de sacos de correspondencia de los Estados Unidos, y a través de unos árboles descubrimos una cabaña. Al lado había tres perros hambrientos, y en el interior dos hombres, que parecían cansados, dormían con profundo sueño. Eran los portadores del correo, que, como nosotros, se habían encontrado en la imposibilidad de continuar su camino, ni por agua ni por tierra. Esperaban que los encargados de llevar el correo de Dawson a White-Horse en caballos pasarían cerca de la cabaña; tenían la intención, en este caso, de pedirles prestados dos caballos, cargarlos con los sacos del correo y ponerse en camino para Dawson, dejando allí su canoa rota.

A las tres y media de la mañana, después de haber hecho una buena comida con judías, tocino y pan duro, continuamos nuestro viaje. El sol, cuyos rayos se reflejaban sobre el lago completamente blanco, hacían fundir rápidamente la delgada capa de hielo que se había formado a lo largo de las orillas fangosas, en las que nos hundíamos al andar.

Nuestros fardos, sobre todo nuestros abrigos, nos pesaban cada vez más, mientras que el sol esparcía cierto calor a nuestro alrededor. Avanzamos así durante dos horas, hundiéndonos a veces hasta las rodillas en el lodo, en el limo y en el hielo derretido. Por fin nos detuvimos para descansar, reflexionar y hacer un reconocimiento. Advertimos entonces que, durante aquellas dos horas de fatiga, mientras que recorrimos por lo menos cuatro millas siguiendo las orillas, no habíamos en realidad arrancado más de una milla hacia el Norte, a partir de la cabaña, que seguía viéndose a nuestra espalda. La cosa no iba bien. Resolvimos entonces alejarnos inmediatamente del lago y meternos en el bosque hasta que encontráse-

mos el hilo telegráfico, que entonces podríamos seguir en dirección al Norte. De esa manera saldríamos a alguna parte.

Después de milla y media de marcha por el interior de las tierras, llegamos a la línea telegráfica. Eran entonces más de las seis, y la atmósfera estaba pesada. Nos paramos.

—Judge—dije,—yo no tengo ni frío, ni sed, ni hambre. Voy, pues, a colgar de lo alto del poste telegráfico este soberbio abrigo de castor, como todo lo que contiene, y dejar al pie estas camisas y este paquete de ropa. Si queremos llegar al extremo del lago la Barga, no basta con que aligeremos nuestro equipaje, es preciso que no llevemos equipaje alguno.

Trepé a lo alto y colgué mi abrigo. Judge y Arnold lo tiraron todo, no quedándose más que con lo que llevaban puesto, y con dos o tres cajas de *corned beef* y conservas de cordero y un poco de pan. Hacía mucho más calor del que me había figurado, y aquella marcha a lo largo de la línea telegráfica prometía ser en extremo fatigosa. Así fue.

Los que construyeron la línea cortaron una fila de árboles de ciento cincuenta pies de largo a través del bosque, dejando caer aquellos árboles de tal manera, que se hallaban amontonados en el suelo. Los árboles y la maleza eran tan densos y compactos en aquel bosque del Norte, que costaba trabajo abrirse camino, aun yendo a pie. Con un caballo hubiera sido completamente imposible.

La línea telegráfica no estaba muy alta, y aunque nos hubiésemos alejado solamente cien yardas de los troncos de árboles cortados, no hubiéramos podido decir en qué dirección se hallaban los postes. Así, pues, tuvimos que seguir el hilo, sorteando árboles o saltando por encima, y eran tan numerosos como los mosquitos en el Yukon. La línea parecía dirigirse bien hacia el Norte; subía, bajaba, franqueaba barrancos, se remontaba de pronto por los flancos abruptos de una colina, para hundirse luego en los valles sombríos, en donde espumaban las aguas heladas que bajaban de las montañas al lago. Preciso era seguir, y seguimos. Atravesamos arroyuelos hela-

dos y nos metimos hasta las caderas en charcas fangosas al remontar las pendientes. En un punto, percibimos el lago a mil pies bajo nosotros. Allí, el hilo telegráfico saltaba por encima de una ligera depresión y ganaba la cumbre de la montaña. Cuando alcanzamos aquella cumbre, después de una ascensión muy cansada, encontramos una planicie, y, en el extremo Este de la depresión del suelo descubrimos de nuevo el lago que se extendía allá abajo.

Cuando se está muy fatigado, parece que se endurece uno y se llega a ser indiferente a las consecuencias. Ni por un instante pensamos en volver sobre nuestros pasos y bajar la pendiente. Sin consultarnos siquiera, continuamos nuestro camino, uno tras otro, a gatas.

Cuando franqueamos aquel paso difícil, me puse a temblar y pedí descansar un poco. Nos tumbamos jadeantes al sol, mientras que abajo, el lago la Barga reposaba también envuelto en un sudario de nieve. Frente a nosotros, a una distancia de diez millas, alzábase una inmensa nevera, sombreada de verde oscuro y azul, infranqueable, y que resistía a los cálidos y brillantes rayos del sol de Junio.

El lago tenía una forma oval. Desde nuestra elevada posición abarcábamos, en un radio de unas cien millas, toda la extensión de su periferia. Su superficie lisa estaba manchada por algunas islillas, y cortada por una línea azul y sinuosa, parecida a una monstruosa serpiente que se hundía en la capa de nieve, poniendo al descubierto la capa de hielo. Era el camino de Dawson. Nos apresuramos, subiendo y bajando las pendientes de los valles, cubiertas de ricos helechos, que doraban los rayos del sol. Las hierbas que se pudrían en el suelo con las hojas caídas de los álamos, de los cedros y de los abetos formaban una alfombra de dos pies de espesor, suave como la seda.

Descansábamos diez minutos cada hora. A las seis, llegábamos al pie de una cascada de veinte pies. Nos detuvimos para descansar y comer el resto de nuestras provisiones. Echa-

mos un tronco a través del precipicio, y con ayuda de una pértica que nos servía de balancín, pudimos pasar con bastante facilidad.

Dos días después, el hilo telegráfico nos llevaba de nuevo a orillas del lago. La orilla aquella estaba sembrada de piedras de tamaños desiguales. Yo llevaba un calzado fino, y no tenía otro. Mis pies me hacían sufrir cruelmente, y me moría de hambre. Cierto es que en aquel país se tiene siempre hambre. Pero al poco rato, tras un recodo del terreno, nos encontramos con una embarcación que habían traído a seco, y dos hombres que preparaban una buena comida en un alegre fuego. Eran dos *prospectors* que se dirigían a Dawson; nos dieron judías, tocino y frutas de sartén hechas con harina.

Les pedimos que echaran su embarcación al agua, ofreciéndoles pagarlos para que nos llevaran con ellos y remasen lo más de prisa posible, porque había allí un canal de quince pies de anchura. Pero había que tirar de la barca muy cargada, ya sobre las rocas, ya sobre el hielo, o empujarla en el agua poco profunda. A la hora de este ejercicio, dejamos la barca y sus acompañantes, para continuar la marcha a pie. Las pobres gentes habían construído ellos mismos aquella pesada embarcación, y de una forma indescriptible, tres semanas antes, en White-Horse, sin más herramientas que una sierra y un martillo.

Habían tardado diez días en llegar hasta allí, mientras que nosotros habíamos hecho el mismo recorrido en poco más de veinticuatro horas.

Continuamos avanzando por la orilla del lago. Al cabo de unas cuantas millas, encontramos dos canoas Peterborough. En aquel lugar, el hielo llegaba a la misma orilla, y siete hombres estaban ocupados en hacerlas deslizar por encima. El jefe, fuerte y robusto, avanzaba a grandes pasos, delante unos diez pies de la primera canoa, con una cuerda que le pasaba por el cuello y por los hombros. Nunca miraba hacia atrás; cuando se paraba la canoa, se inclinaba hacia adelante,

y hacía un esfuerzo mayor. Le saludamos al pasar, pero no se paró. El ejemplo de tales ánimos y tal resistencia excitó nuestra emulación y renovó nuestras fuerzas. Nos volvimos del lado del bosque, y empezamos una ascensión casi a pico.

A media noche se había puesto el sol, y el crepúsculo había cubierto de sombra el suelo por el que caminábamos vacilando y tropezando a cada paso, por las costas rocosas del lago. Subíamos hacia un lugar en el que esperábamos encontrar un campamento, y en aquel campamento fuego, que sería bien acogido. ¡Cuál no fue nuestra sorpresa cuando descubrimos, al llegar arriba, que aquel campamento era el del taciturno capitán y de sus compañeros, que se había detenido allí para descansar! Nos hicieron una excelente acogida, y nos ofrecieron una amable hospitalidad. Supimos que era una expedición enviada por la Comisión geológica de los Estados Unidos para descender el Yukon, remontar y cruzar el Koyuluk y salir, dos millas más lejos, a las orillas del Océano Artico. El Sr. Mendenhall, jefe de la expedición, trataba de llegar como nosotros al vapor, que sabía que estaba algo más abajo, y para esto había salido de White-Horse tres días antes. Les prometimos retrasar la salida del barco si éramos los primeros en llegar a la extremidad del lago la Barga, y nos quedamos con ellos descansando hasta las tres de la mañana. Aquellas horas fueron muy agradables.

Los compañeros de Mendenhall no tenían camas sino para ellos, y carecían de mantas. Nuestros trajes eran ligeros, y alternativamente nos helábamos o nos asábamos, según que presentáramos al fuego la espalda o el pecho. El aire era muy frío, y un vientecillo del Norte que barría el helado lago atravesaba nuestros trajes, y parecía penetrar hasta nuestros huesos como una flecha. Yo sentía que debía de tener el talón derecho cruelmente destrozado, porque me dolía horriblemente. Pero no tenía calzado ni medias de repuesto, y me arriesgaba, al descalzarme, a no poder volverme a calzar, a causa de la hinchazón de mis pies. Naturalmente, en tales condiciones,

no pudimos dormir, y nos felicitamos bastante de volver a ponernos en camino.

La línea que brillaba sobre nosotros a los rayos del sol, como una larga serpiente irónica, alejabáse ahora del lago, y se metía profundamente en el bosque de abetos y de cedros, pasando a veces por medio de matorrales muy densos de cinco pies de altura. Seguimos en silencio sus sinuosidades, decididos a seguir por todas partes el hilo conductor. No nos parábamos nunca, y seguíamos avanzando, sin decir palabra. A veces, uno de nosotros se adelantaba a los otros, retrasados por un tronco caído o por un arroyo de agua fría.

Nuestras fuerzas se agotaban pronto en aquella ascensión continua. Teníamos que saltar por encima de los árboles cortados, que se presentaban a veces como una empalizada con sus ramas enmarañadas como las astas de un ciervo. Pero no nos atrevíamos a detenernos. Cuando nos tumbábamos en el suelo para descansar un poco, nos era después extremadamente penoso levantarnos y reanudar la marcha. De otra parte, aunque sabiendo que el señor Hawkins habría cumplido su promesa de retrasar la marcha del vapor, teníamos siempre presente el temor de que el parte no hubiese llegado y el vapor hubiera zarpado para Dawson.

La naturaleza del suelo cambió mucho cuando bordeamos la orilla Noroeste. Las montañas y las gargantas profundas habíanse trocado en colinas y valles; pero había más agua, y el terreno más blando era pantanoso. A cada instante teníamos que chapotear, no en arroyuelos, sino en lagos pequeños, y, conforme nos acercábamos a la salida del lago, el suelo que pisábamos se hacía gradualmente más húmedo y cedía bajo nuestros pies. Creo que el lago debía de extenderse en otro tiempo muy lejos al Norte de su situación actual, y que en realidad los lagos Kinderman, Bennett y la Barga no formaban en su origen sino una misma extensión de agua que ocupaba una superficie mucho mayor, tanto al Norte como al Sur, que la que todos estos lagos ocupan hoy.

Puede decirse que el Yukon empieza a treinta millas al Norte del lago la Barga, porque el río Twenty Mile, en el que se vierten las aguas del lago, no es más que un riachuelo poco profundo, y no debe tomar el nombre de Yukon (río grande) sino a partir del momento en que se reúne con el Hootalinqua, porque entonces solamente aumenta su volumen, y su corriente se hace más rápida.

A las nueve, nuestro camino nos llevó una vez más a orillas del lago, y una hora después, poco más o menos, percibíamos, por encima de los altos árboles, espirales de humo que se elevaban en el picante aire. Las rocas de lava sobre las que marchábamos, herían nuestros pies, ya destrozados y cansados; pero nada era capaz de detener nuestra marcha. Bajamos la playa hasta el vapor *Bailey*, «lentamente, como dijo el capitán Ballantyne, y un poco débiles de las piernas, sin duda, pero erguidos y con la cabeza alta, como tambores mayores».

Habíamos recorrido, en poco más de treinta y seis horas, más de sesenta millas, a través de un bosque que tal vez no tiene igual en el mundo, por las dificultades que hay que vencer para atravesarlo, sino en las selvas de las islas Menores de Filipinas.

Telegrafiamos en seguida a White-Horse para notificar nuestra llegada a Hawkins, que, a juzgar por su respuesta, la noticia le regocijó tanto como le sorprendió. A petición nuestra el capitán Bellantyne se sirvió retrasar otro poco la salida de su barco para esperar a Mendenhall y a sus compañeros, que llegaron en el día. Habían encontrado aguas más profundas al acercarse a la salida del lago, en Thirty Mile, lo que les permitió hacer uso de su embarcación y avanzar rápidamente. Por orden del mayor Sayder, dos policías habían marchado a nuestro encuentro, y remontando la costa del lago en una canoa Peterborough. Pero, mientras que aquellas bravas gentes, obligadas a sacar su canoa del hielo y hacer que avanzase con ayuda de pértigas en los lugares que había poca agua, nos buscaban por todas partes, nos encontrábamos nosotros a va-

rias millas de distancia, en el corazón del bosque, y seguíamos pacientemente la línea telegráfica. Los polícias volvieron solos por la tarde, cuando el vapor iba a zarpar para Dawson. Su sólida canoa Perterborough se había roto durante el viaje, hasta el punto que habían tenido que abandonarla y volverse a pie. Contaban con encontrarla después del deshielo, y pensaban que podrían componerla.

Cuando estuve a bordo del *Bailey*, no quise, cosa bastante rara, ni acostarme ni comer, como hubiera podido esperar. Cuando el hambre y el cansancio han llegado a un punto extremo, hay que aportar remedios graduales más bien que inmediatos.

Durante la tarde, el vapor comenzó a descender el río, cuya corriente era rápida y las aguas claras. Tomé dos huevos y un sorbo de champaña, y me fuí a acostar. A medio día me desperté y llamé al camarero, que me trajo una comida más substanciosa qne la precedente. Dormí entonces hasta las doce del día siguiente, habiendo dado exactamente la vuelta del cuadrante. Me levanté entonces completamente descansado y habiendo de repente recobrado posesión de mí mismo. Solamente me dolía de un modo atroz el talón derecho. Tuve que llevar una zapatilla durante varios días, aun después de haber llegado a Dawson, el 2 de Junio.

Los periódicos de Dawson habían publicado el relato de nuestras aventuras, que les telegrafiaron, y encontramos en el muelle a muchas personas que aclamaron nuestra llegada.

Hasta pasados diez días, y no antes del 15 de Junio, llegaron a Dawson los viajeros que dejamos en Skagway y White-Horse.

Las provisiones y las prendas de vestir que abandonamos en el bosque, se encontraron al poco tiempo. Nos lo enviaron todo a Dawson. Nada se había perdido, y hasta nada, por decirlo así, se había estropeado. Los exploradores y los *prospectors* son rara vez ladrones.

Fuimos los primeros en haber dado la vuelta al lago en

aquella época del año; pero me figuro que hoy es una excursión corriente. Deben de haber hecho un camino, porque nunca cuesta sino el primer paso. En esto, como en muchas otras circunstancias del mismo género, la iniciativa fue lo que más costó, respecto a valor y voluntad. No siempre es tan difícil hacer una cosa como resolverse a hacerla.

XIX

El verano de 1901.

Ocho meses habían transcurrido desde que dejé el país. No observé, sin embargo, grandes cambios en Dawson. Por excepción, no hubo ningún incendio aquel año, y nadie había construído. Había que esperar aún unas cuantas semanas antes de que el río estuviese completamente libre de hielos entre San Miguel y Dawson, y nosotros éramos las únicas personas llegadas a Dawson en el año, porque el lago la Barga estaba todavía helado.

El número de habitantes era aproximadamente el mismo. Mueren pocos en aquel clima. Encontré a muchas gentes con caras alegres, ojos brillantes y miembros vigorosos, que me hacían reconocer a los veteranos, de los que me despedí hasta la vuelta, en el mes de Octubre anterior.

Al día siguiente de mi llegada, marché a las minas en la diligencia diaria, ¡gran innovación! Había mucha nieve en las colinas, a espaldas del Bonanza, pero el río tenía agua y corría. Aquello era para mí un espectáculo delicioso. El valle estaba cubierto de una capa de lodo y fango.

Cuando la diligencia se paró, al pie de la colina, Billy Mac Leod se presentó a recibirme. Era contramaestre en sustitución de Dave Jones, que se había marchado del país de Gales en el otoño anterior. Me recibió muy afectuosamente, y me contó al detalle lo que había hecho durante el invierno.

Habíame enviado de vez en cuando informes a Europa;

pero no hay informes que valgan lo que dos buenos ojos. Yo estaba muy contento de hallarme de vuelta, e impaciente por ponerme a la obra.

Mientras que charlábamos, de pie, en el mismo lugar en que me apeé de la diligencia, oímos un estrépito cerca de nosotros. Alzamos la cabeza y, al mirar a la vía férrea, que se encontraba precisamente frente a nosotros, vimos que una vagoneta llena de grava corría a toda velocidad por la inclinada pendiente.

—¡Se ha roto el cable!—exclamó Mac, cuya voz repercutió en la atmósfera, tranquila y azulada.

Un instante después, la vagoneta chocaba rudamente contra la barrera, en el extremo inferior de la vía, pasaba a través del maderamen, como si fuera de papel, y caía en las aguas burbujeantes y rumorosas de las lavadoras, que se hallaban a veinte pies debajo. La otra vagoneta, vacía ésta, que estaba unida por el mismo cable a la primera, no tardó en seguirla, y arrancó al paso los restos de la barrera.

—¡El hombre de las lavadoras!—exclamó de repente Mac; y ambos nos precipitamos adelante, mientras que los mineros acudían por todas partes.

Pero el hombre que se encontraba en las lavadoras, ocupado en tamizar la grava, era Jim Ketter, un antiguo minero de Australia, que había ya pasado dos inviernos en el Clondic, y, por consiguiente, sabía salvarse de un peligro y conservar toda su presencia de espíritu en circunstancias críticas.

Ketter no podía ver lo que pasaba, porque la barrera interceptaba su vista y le ocultaba la vía férrea; pero oyó el ruido y la exclamación de Mac Leod. De un salto abandonó su tarea y se subió a un montón de grava. En el momento mismo de quitarse, la vagoneta caía precisamente en el sitio que acababa de ocupar, aplastando las cajas, derramando el oro, que rodó a lo largo de la colina abrupta. Por un segundo, no murió de un modo infalible, tan repentinamente como por una

bala de cañón. Pero estaba sano y salvo, sonriente y un poco pálido; y me dijo, en respuesta a mis preguntas:

—¡Oh! No haga usted caso. No ha pasado nada. Sin embargo, a no ser por el grito de Mac, no sé lo que me hubiese ocurrido. Pero no ha sido mal estropicio—añadió señalándome los destrozos.

A través de la masa de maderas y hierros rotos, el agua de las dos lavadoras arrastraba todo, llevándose el oro que salía de las cajas abiertas para esparcirlo a lo largo de la pendiente. Vi varias pepitas de oro, de un valor de veinticinco a cincuenta dólars cada una, que yacían en el suelo, y que, gracias a su peso, resistían vigorosamente el impulso del agua, que no podía, a pesar de la violencia de su corriente, arrastrarlas. Volviéndome a Mac, me esforcé en sonreír, y le dije:

—Me parece, Mac, que le he traído la mala suerte. Hubiera hecho mejor en quedarme en Europa.

Mac movió tristemente la cabeza.

—Espero—dijo—que no perderemos mucho oro, aunque haya, a lo que creo, trescientas o cuatrocientas onzas en las cajas. No hemos retirado el oro desde hace cuarenta y ocho horas. Pero el polvo se ha corrido allí, en el suelo, y podremos recogerle con vasijas. Se necesitará tiempo, sin embargo.

—¿Cuántos hombres tiene usted a sueldo?—pregunté.

—Ochenta y siete—contestó.

—¿Tiene usted un cable de repuesto?

—No, y no lo hay en Dawson. El río está todavía helado, como usted sabe, y los almacenes de la ciudad han vendido todas sus existencias. En vano quise procurarme uno la semana última, por haber observado que éste se gastaba y que las mallas de acero empezaban a ceder. Tendremos que componerlo nosotros mismos. ¡Pero qué lástima de barrera y de vagonetas!

El pobre Mac bajó hasta el lugar del accidente en busca de las piezas intactas que pudieran servir, como un padre busca a sus hijos después de un ciclón. Yo hacía una hora que había

llegado, y aunque estaba muy satisfecho de verme allí, me pareció que mi situación no tenía nada de agradable. Dejé mi maleta en el lugar que la puse al sacarla de la diligencia, y, quitándome el traje de viaje, me vestí con una blusa y unos pantalones de faena.

Tomé la dirección de los trabajos en la mina para que no se interrumpieran, porque, como la primavera era muy húmeda, pudieran producirse derrumbamientos en los subterráneos. Amontonóse el barro que se sacaba de las galerías en la planicie de la colina, cerca de mi casita. Los hombres, unos doce, que trabajaban afuera, empezaron a limpiar y desembarazar el terreno. Mac Leod subió a la colina para vigilar el trabajo de las galerías, y yo me quedé abajo. Cuando se hubieron quitado los restos de maderas y de hierros, oímos el ruido de las nuevas lavadoras, en medio de la corriente de agua, y, ayudado por dos de mis más fieles mineros, eché adentro con una pala el oro derramado a nuestro alrededor.

Estabamos en el mes de Junio, y podíamos trabajar toda la noche. La atmósfera estaba lo bastante clara para que se viese suficientemente, incluso a la una, momento de la mayor obscuridad. A las veinticuatro horas del accidente todo había recobrado su curso habitual, como si nada hubiese ocurrido, y creo que no perdimos una docena de onzas de polvo de oro. Pero nos costó mucho trabajo, y ni yo ni nadie se fué a descansar mientras que las ruedas de las vagonetas, rechinando sobre los rieles, no hubieron empezado otra vez a hacer que resonase en la mina su rumor alegre.

Mis mineros eran hombres abnegados y leales, y lamento mucho que cada uno de ellos no haya llegado a ganar una fortuna que merecían todos.

A los quince días, el número de hombres ocupados en mi mina había ascendido a ciento, y hacíamos jornadas de once horas. Las lavadoras funcionaban veintidós horas al día. Las dos horas restantes se empleaban en reparaciones o en quitar el polvo de oro de las cajas. No perdimos mucho tiempo.

El agua era abundante, llovía casi diariamente. Como nuestros vecinos estaban tan ocupados como nosotros, nos hacíamos pocas visitas, y no íbamos nada a Dawson. Me vi obligado a ir, por primera vez, a las seis semanas de mi llegada, para arreglar unos asuntos que no admitían demora; pero a las treinta y seis horas estaba de vuelta.

El Yukon estaba libre desde su nacimiento hasta su desembocadura, en todo el curso majestuoso de sus dos mil millas. Llegaban y salían buques llenos de centenares de pasajeros, y la ciudad tenía la animación de una colmena. La diferencia, desde el punto de vista de la actividad, entre el verano y el invierno, era asombrosa. Observé de nuevo un cambio en las costumbres y la manera de ser de las gentes, que cada año parecían abandonar un poco más las costumbres de los antiguos para tomar los usos de los países civilizados. Si uno de los buscadores de oro del año 1897, que todavía se encontraban río abajo, en los alrededores de Tanana, hubiera vuelto a Dawson, no hubiese podido reconocer el Clondic, y se habría creído en alguna afortunada población de la costa del Pacífico. Nada puede detener el progreso del hombre en su desenvolvimiento y en su busca de la comodidad. Podemos tener por cierto que si se llega alguna vez al Polo Norte y se descubre allí oro, no pasarán cinco años sin que se pueda ir a la ciudad polar en buenos trineos, con buenos perros, por una buena pista, para encontrar dicha ciudad alumbrada con luz eléctrica y provista de tranvías y casas de juego. En la lista de los restaurants se leerá, entre los platos principales, carnes de foca y de almizclero, y los habitantes, cuya mayoría se compondrá de escoceses, tendrán que soportar, entre otras aflicciones, un periódico diario.

No hay nada como el oro, o la esperanza de encontrarlo, para poner en marcha, a los corredores de aventuras, hacia cualquier extremo del mundo.

Sin embargo, Dawson no me pareció tan agradable. Los nuevos habitantes, corteses, sonrientes y de buen aspecto, no

eran tan sencillos, ni tan honrados, ni tan buenos trabajadores como los bravos antiguos. Representaban el presente, y nada en ellos recordaba el pasado. Tenían aires extraños e irreales en aquella atmósfera del Clondic, impropia para ellos. Sobreponíanse a los antiguos habitantes porque tenían dinero y podían comprar minas y propiedades. Gastaban sus energías sin resultados, recorriendo el país todo lo de prisa posible, pero con la adquisición de pocos conocimientos útiles.

Volví a mis minas, feliz de encontrarme en mi casa y de trabajar en mi provecho. Por aquella época, durante este último año de mi estancia en el Clondic, era una verdadera Arcadia el terreno bañado por el Bonanza. Llovía casi todos los días; pero las gotas nos parecían ligeras, y nosotros, mineros, nos felicitábamos de la bienhechora humedad que penetraba en el suelo y engrosaba el río. Las flores brotaban en las colinas, bajo los árboles, transformando los caminos en jardines, haciendo de toda elevación de terreno un verjel perfumado. Cuando se marchitaban y morían, nacían otras. Durante todo el verano y todo el otoño, el país parece un inmenso jardín, parecido a los que recuerdo haber visto rodeando el Taj-Mahal, en Agra. También abundaban las frutas: frambuesas, grosellas, maduraban en las alturas. Era un espectáculo encantador ver a los mineros que, después de un trabajo de once horas, en vez de bajar corriendo la colina para ir a comer, la remontaban con grandes sacos que, a las tres horas, traían desbordantes de jugosas bayas. ¡Qué comida hacían entonces con estas frutas, leche condensada, azúcar, café y pan blanco como la nieve, que se les proporcionaba abundantemente! La harina del Canadá es, en efecto, la mejor y más hermosa del mundo. Aquellos días, economizaba yo, porque, mientras que hubo frutas, mis hombres no comieron otra cosa. Pero había dos platos de los que no se cansaron nunca: los huevos pasados por agua y las conservas de tomates. En el refectorio, cada vez que se servían estos platos tan gustados, la mesa quedaba prontamente limpia. Nunca hacían demasiado los coci-

neros. Cuando por casualidad faltaba durante un día o dos algún otro artículo, poníanse ante mis mineros montones de huevos duros y se cargaba la mesa con platos de tomates asados al horno, y jamás se oyó una observación ni una queja.

Reinaban entre mis hombres y yo los sentimientos más cordiales. Estaban seguros de cobrar sus salarios, no había huelgas, y todos sabían que yo no despedía nunca a nadie sin razón y sin una buena razón jamás influenciaba a mi contramaestre en la elección; dejábale en absoluta libertad de contratar a los hombres que quisiera, y aunque todos los habitantes de Dawson me lo hubieran pedido, no hubieran logrado que le recomendase a nadie. Yo pedía a Mac Leod buenos resultados, y, con los conocimientos y la experiencia adquiridos, me creía perfectamente apto para juzgar si los resultados eran realmente buenos.

Cuando la lluvia era copiosa y el suelo húmedo amenazaba hundirse en el fondo de la mina, contratábamos algunos hombres para trabajar horas suplementarias, y siempre se nos presentaban más de los que se requerían. La grava se deshelaba hasta la altura de cien pies sobre las galerías, bajo la constante influencia del vapor ardiente, y se desmoronaba en los vacíos que encontrábamos cuando abandonábamos un instante las galerías.

No era una lucha, sino una carrera entre la Naturaleza y nosotros. Trataba ella de hacer que se derrumbasen las galerías, y teníamos que apuntalarlas a escape para impedirlo. Andamiajes de madera, de seis pulgadas de espesor, se rompían a las dos horas de puestos; otros se hundían en el suelo bajo el enorme peso de la colina que sostenían, y desaparecían casi por completo. Formáronse huecos que produjeron derrumbamientos y hubieran podido causar accidentes. Felizmente no murió nadie.

Trabajábase duro, pero eran días felices. Estaba yo, como se comprenderá, ansioso de noticias de fuera; me preguntaba si el mundo seguía existiendo y qué es lo que hacía sin mí;

sin embargo, pasé días y noches sin un periódico o un libro. Cuando se está así acampado y de manera provechosa, por no decir agradable, asombra ver con qué facilidad se puede prescindir de los demás y vivir durante cierto tiempo en sí mismo.

La vida del Clondic se deslizaba, por decirlo así a mis pies, porque el camino del Bonanza se había convertido en la vía principal entre Dawson y las minas de todos los otros ríos. No estábamos, pues, en modo alguno aislados, y aunque lo hubiésemos estado, no habríamos tenido tiempo de advertirlo. Pero no pasaban cinco minutos en las veinticuatro horas del día sin que viéramos perros, caballos, vehículos y hombres que pasaban rápidamente en uno o en otro sentido.

Estaba bien resuelto a agotar mi mina durante la estación. No fuí a Dawson más que cuatro veces en todo el verano, y el último día del mes de Setiembre miraba por última vez, desde la ventana de mi casita, la radiante puesta del sol, que iluminaba el horizonte con colores transparentes y fuegos silenciosos, mientras que el astro se hundía poco a poco tras de la Cúpula.

Al día siguiente, después de haber estado en las Horcas, para despedirme de todos, hombres, mujeres, niños, perros, caballos, porque a todos conocía en el lugar; después de haberme despedido también de mis mineros, cuya mayor parte marchó en seguida a Dawson, tomé, al atardecer, el camino de la ciudad. Había preferido ir a pie que a caballo, porque me parecía más agradable y más natural saludar así a las gentes conocidas que encontraba al paso, y a las que dejaba con emoción.

Las aguas del Clondic no me parecieron nunca tan claras y tan transparentes como el día en que crucé el puentecillo recientemente construído. Los bloques de hielo azulado que descendían flotando la corriente y se dirigían al mar de Bering, parecíanme amigos que abandonaba.

Habíase abierto un nuevo camino que partía del puente

nuevo, haciendo saltar enormes bloques de granito en la montaña, desde el puente hasta la ciudad. A los dos lados, no veía sino casas nuevas; no cabañas, sino verdaderas casas de dos pisos. El Palacio de Justicia era soberbio con sus tres pisos y su fachada de columnas dóricas. A la mañana siguiente, pude leer en uno de los diarios de Dawson noticias de Londres, fechadas la víspera. Había teléfono en casi todas las tiendas y en casi todas las casas. Cubas de riego derramaban una fina lluvia por las calles polvorientas provistas de aceras. Vendíanse al aire libre peras, albaricoques, uvas y melocotones, no a un dólar cada uno, como en Agosto de 1898, sino a un dólar la caja. Podíase comprar por un precio razonable heno recogido en el país. Las tiendas y los restaurants tenían en escaparates legumbres de todas clases, que se daban ahora en los alrededores de Dawson, y en cantidad suficiente, según me aseguraron, para atender todas las demandas.

Las orillas del Yukon estaban provistas de muelles, y llegaban tan a menudo los barcos procedentes de White-Horse con mercancías y pasajeros, que había casi un correo diario. Los alimentos y el hospedaje estaban a precios relativamente bajos, y eran poco superiores a los de las ciudades de la costa del Pacífico. Leíanse en las paredes de las casas diversos anuncios teatrales. Las gentes viajaban en coche, y a veces se veía un sombrero de copa, mientras que desaparecían las camisas rojas. Lo viejo huía ante lo nuevo. No me sorprendió saber que había en la ciudad dos buenos círculos y que se daban todos los días banquetes con traje de etiqueta.

Los pocos días que precedieron a mi marcha los ocupé en arreglar mis asuntos y poner todo en orden antes de mi partida definitiva.

El 10 de Octubre bogábamos por última vez por las aguas del Yukon, y seis días después salíamos de Skagway. El servicio de vapores y de trenes era mucho mejor que el año anterior. Podía irse a Dawson y hasta hacer el viaje circular de Seattle ode Vancouvert a San Miguel, pasando por Skagway y Daw-

son, y volver al punto de partida, muy rápida y cómodamente.

Podía hacerse el viaje en seis semanas, lo que permitía detenerse en Dawson o en otros puntos. Nada falta en los vapores del río; encuéntrase una excelente comida y todas las comodidades apetecibles. En Junio y Julio el viaje es admirable. Las noches son claras sobre el río, y el país merece ser cantado por su encanto y su belleza.

El territorio de Alaska, regado por el Yukon, contiene mucho oro. Se hallarán ciertamente otros Clondics en esas vastas extensiones fértiles en minerales, en minerales de cobre especialmente. En los valles de los afluentes del Yukon, muy anchos en el lugar en que sus aguas se mezclan con las del río grande, se cultivarán, bajo el ardiente sol ártico, bastantes legumbres para nutrir a todos los habitantes, y también piensos para los caballos. Se ha descubierto carbón; cierto es que su calidad no es todavía muy buena. Un hombre puede hoy muy bien llevar consigo a su familia a los alrededores de Dawson, establecerse en uno de los valles y cultivar el suelo para vender sus productos, en muy buenas condiciones, en Dawson, en Tanana y en otras poblaciones del Yukon, que existen ya o que existirán pronto. Las innovaciones modernas han permitido hacer frente a los rigores del invierno, y los que han podido soportar los fríos de Montana y las poblaciones del Norte de Rusia, se encontrarán muy bien en las márgenes del Yukon. No hay nunca vendavales; ni siquiera sentí nunca una ligera brisa. Salvo cuando llueve, la atmósfera está siempre serena y límpida.

El Gobierno de los Estados Unidos ha establecido el telégrafo entre Dawson y San Miguel, y, sin duda alguna, llegará un día en que el ferrocarril de White-Horse seguirá la línea telegráfica y descendera al Yukon. Este es el último rincón del globo todavía inhabitado que pueda subvenir a las necesidades de una numerosa población. Es una buena suerte que esos inmensos espacios estén regidos por las dos naciones anglo-

sajonas. Esperamos que, cuando ese vasto país se haya dividido en Estados y provincias, los legisladores del Porvenir no olvidarán, en su orgullo del Presente, a los exploradores del Pasado.

JEREMÍAS LYNCH

FIN

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPITULO XII

En aquellos días, a su llegada al colegio, los muchachos educados en piadosas y apacibles familias encontraban, en su mayoría, un abismo abierto a sus pies inexperimentados. Pero el hecho de pasar bajo el techo paterno las noches del sábado y del domingo, me puso, supongo, al abrigo de muchas sorpresas. Hubo una crisis, pero que fue para mí indecisa y lenta. En cambio, me inclino a creer que fue para mi padre clara y aguda. Permitirme abandonar el hogar paterno, aunque fuera solamente por cinco días en ciertas semanas, era, en su espíritu, que había que abandonar en su primitiva grandeza el gran proyecto durante tanto tiempo acariciado y tan apasionadamente fomentado.

El Gran Proyecto, y no puedo menos de concederle aquí el honor mortuorio de las letras mayúsculas, había sido, como lo saben mis lectores, consagrarme exclusivamente y consecutivamente, de un extremo a otro de mi vida entera a un servicio manifiesto, ininterrumpido y sin compromiso, al «servicio del Señor». Este ardiente deseo fue el de mi madre, que, a su muerte, lo legó a mi padre como un sueño de la Tierra Prometida. En su éxtasis, mis padres me cogieron de la mano, como, en remotos tiempos, Elkanah y Hannah cogieron a Samuel

para hacerle bajar de sus montañas de Ramathain-Zofim hasta Silo, a fin de hacer allí sacrificios al Señor de los Ejércitos. Habíanme vestido de lino, y tenían la esperanza de dejarme junto al altar, «porque, dijeron, todo el tiempo que viva pertenecerá al Eterno.»

Sin duda, en el transcurso de aquellos catorce años, a la luz de los relámpagos que cruzaban su espíritu, cuando sorprendía algunos de mis dichos, o descubría alguna de mis idiosincrasias, mi padre había a veces entrevisto que yo no era de aquellos a quienes el temperamento destina, en definitiva, a vivir según la regla austera de la religión. Sin embargo, tenía la esperanza de que cuando las menudas asperezas de la infancia hubiesen desaparecido con el roce, envolvería mi alma una profunda y suntuosa madurez. Tenía una manera conmovedora de concederme el perdón de mis faltas de conducta, después de haberlas dulcemente censurado, y expresaba su pena por mi fragilidad, diciendo con acento de una ternura turbadora: «¿No eres tú el hijo de mis oraciones?» Seguía creyendo que la oración, una oración tan ardorosa y tan tenaz como la suya, tenía que triunfar. La fe podía mover las montañas; ¿no podría, pues, modelar el corazón moldeable de un niño, puèsto que su padre tenía la certeza de que su fe era inquebrantable? Había vehementemente deseado, había esperado un hijo que careciese de las audacias humanas, que fuese humilde y sin tacha, que no se viera turbado por las agitaciones del mundo; un hijo cuya vida fuera purificada y mantenida en la rectitud por el poder del Supremo, *in custodiendas sermones Dei;* un hijo en que debiera sacrificarse todo, a excepción de la sola cosa necesaria para la salvación.

De qué manera podría ganarse la vida semejante prodigio de humilde piedad, es cosa, me figuro, que no le ocurrió preguntarse nunca. Mi padre manifestaba por el dinero una singular indiferencia. Tal vez pensaba que, totalmente desprovisto de ambición como yo debía serlo, llegaría tranquilamente a la edad adulta, para continuar su ministerio cerca de los

pobres del rebaño de Cristo. Veía, supongo, como a través de un sueño confuso, que había justamente lo bastante para nosotros todos sin que tuviese yo que emprender una carrera o un oficio. Creo que fue al cumplirse mi primer año de colegio cuando fui testigo silencioso, pero indignado, de una conversación que tuvieron mi padre y el señor Tomás Brightwen, el hermano de mi madrastra, banquero de uno de los condados del Este.

«¿Qué va a ser?» Tal era la cuestión discutida, tomada en el sentido que se entiende en el mundo. Estoy seguro que era por primera vez, cuando menos, en mi presencia. El señor Brightwen, me imagino, estaba hablando por mi madrastra, cuyo cariño hacia mí era cada vez mayor, para que propusiera, o más bien diese aire a una proposición de coloquio sobre mi porvenir. Tampoco él tenía hijos, y creo que una benévola inspiración les había impulsado a «tantear el terreno», como se dice. Exponía que los negocios de banca discreta y honradamente llevados, conducían a veces, y bien sabemos que lo pueden, a la abundancia de bienes. Con horror mío, mi padre, con creciente energía, contestó que «si le ofreciesen a su querido hijo una carrera que le permitiese ganar diez mil libras esterlinas al año, pero que desviara sus pensamientos y su interés de la obra del Señor, rechazaría semejante oferta en nombre de su hijo». El señor Brightwen, caballero escrupuloso y cortés, que, evidentemente, no hizo jamás en su vida una declaración interesada, debió de escandalizarse; no tardó en dejarnos, y no recuerdo que nos volviera a visitar.

En el papel mudo, que era el mío, experimentaba sentimientos muy parecidos a los de Gehazi, y si me hubiese atrevido, hubiera gustosamente seguido al banquero. Hubiera hecho que excusara la viveza de mi Elíseo, y le hubiese recordado los hijos de los profetas. «Dame, te ruego, le habría dicho, un talento de oro y dos vestidos para muda.» Me parecía muy penoso que mi padre pudiera, de manera tan sumaria, disponer de mis perspectivas de fortuna; pero el hecho de ser yo

sensible a ella y de suspirar por lo que creía ser mi «suerte», muestra la distancia que ya nos separaba. Tengo la convicción de que mi padre creía expresar mis intenciones íntimas, cuando rechazaba la discreción y benevolencia de su cuñado Pero ciertamente no era así. Me apenaba rudamente el pensamiento, así me lo imaginaba yo, de que había tenido la fortuna casi al alcance de la mano, y que había sido arrojada toda ella por la borda, al mar de los escrúpulos paternos.

Ninguno de mis compañeros del pueblo era alumno del colegio que ahora frecuentaba, y llegué a él sin conocer a nadie. Pronto, sin embargo, me habría relacionado, si mi padre no hubiera estipulado, por desgracia, que yo no durmiese en el dormitorio de los muchachos de mi edad, sino en el cuarto ocupado por los dos hijos mayores de un eminente hermano de Plymouth, a quien conocía. Desde el punto de vista social, era un arreglo enojoso, puesto que aquellos jóvenes, que me llevaban algunos años, estaban también más adelantados. En efecto, el mayor de los dos hermanos saldría pronto del colegio. Estaban muy satisfechos de su independencia y les contrariaba mucho mi compañía. Habíase supuesto que protegerían y fomentarían mis prácticas religiosas, que me invitarían, como mi padre lo había precisado, a acercarme con ellos al Trono de Gracia, al culto de la mañana y de la noche. Ahora bien, ellos no pretendían, en modo alguno, ser considerados como devotos; me consideraban como un intruso, y, al cabo de cierto tiempo, el menor de los hermanos, el más turbulento, me hizo saber que sospechaban que me habían puesto en su cuarto para «expiarles»; que así era, seguramente, convenidos su padre y el mío. Al mismo tiempo, me daba a entender que «si sabía la menor cosa» me iría mal. Pero yo no tenía el menor deseo de molestarles y no tomaba el menor interés en sus cosas. No tardé en descubrir que estaban entretenidos en una especie de tonta correspondencia amorosa con las muchachas de un colegio vecino; pero ¿qué eran para mí semejantes bagatelas?

Aquellos mocetones, que ya hacía tiempo que debían haber dejado el colegio, usaban manifiestamente conmigo de malos procederes, me condenaban al silencio. No me dirigían la palabra sino para darme una orden. Mi juventud requería que me acostara y me durmiese antes que mis compañeros, y por la mañana me despertaban y me mandaban al trabajo, mientras que ellos seguían aún bostezando. Pero, lo mismo que me separaban de mis compañeros de la misma edad por la noche, permanecía también separado de ellos durante el día; de suerte que yo no era nada a sus ojos, ni interno, ni externo, ni carne, ni pescado. La soledad de mi vida me parecía extremada, y el hecho de ir a casa el sábado por la noche para volver el lunes por la mañana, impedía aún más todo compañerismo escolar. Durante mucho tiempo, sobre los confines de aquella juventud que se abría a la vida, «vagué solitario como una nube», y a veces me sentía más desgraciado que antes. Y sin embargo, nadie me tiranizaba, y, aunque oscura y vagamente fuese testigo de actos de impureza y de crueldad, nunca fuí víctima de ellos, y nunca tampoco fui confidente de peligrosos secretos. Supongo que mi rara reputación de santidad, medio temible, medio ridícula, me envolvía en una atmósfera aisladora.

Nos engañan los proverbios consagrados, y uno de los más clásicos nos dice que «el niño es el padre del hombre». Pero, en mi caso, no puedo creer que esto sea verdad. En mis años de madurez siempre he sido un enamorado de la especie a que pertenezco, dependiente de la compañía de mis amigos, por la pulsación misma de mi vida moral. Ser abandonado, como un marino desembarcado en una isla desierta, estar encerrado en una celda solitaria, habitar un faro o acampar solo en medio de un bosque, he aquí las que siempre me han parecido aflicciones demasiado abrumadoras para ser soportadas, ni aun con la imaginación. Una existencia en la que la conversación no existe, es como un aire demasiado pobre en oxígeno para que mis pulmones lo respiren.

Sin embargo, cuando al mirar hacia atrás, me detengo en los días de mi internado, no me veo atraído por ninguno de los seres humanos que entonces me rodeaban. Las caras de mis amigos arrojan luz en la memoria de esos años, pero apenas si recuerdo más que los nombres de dos o tres de mis compañeros de colegio. No hay uno solo cuyo espíritu o carácter haya hecho sobre mí una impresión duradera. Más adelante, he soportado con impaciencia la soledad y me ha asustado; pero, en el colegio, lo único que deseaba es huír de aquel bullicio y permanecer solo con mis reflexiones y pensamientos. De esta atracción magnética de la humanidad, que ha sido la angustia de mis años de madurez, no tengo el menor vestigio mientras que fui muchacho. No supe nada de esos amores frágiles hacia los que la mayor parte de los hombres echan después miradas tiernas y apasionadas, de esas emociones que no pueden explicarse sino con la explicación que de ellas da Montaigne: «porque era él, porque era yo». Yo, para quien la amistad ha sido después como el sol y el sueño, dejé el colegio sin que me iluminase y refrescara la afección de un amigo.

Si hubiera sido un alumno brillante, me hubiera sin duda atraído los celos de mis compañeros. Pero esto me fue ahorrado por lo mediano de los resultados que obtenía en clase. Quiero mencionar aquí un incidente que permitirá comprender los progresos realizados desde hace cuarenta años en los métodos de observación pedagógica. Yo era muy corto de vista, y, por consiguiente, los otros tenían sobre mí una grandísima ventaja, puesto que era incapaz de distinguir el encerado o la pizarra sobre los que se explicaban nuestros trabajos. Aunque parezca increíble, cuando se piense en ello, jamás, durante todo el curso de mi vida escolar, se me tuvo en cuenta semejante hecho, hasta que, cuando tenía yo diez y seis años, la dama polaca que nos enseñaba los elementos del alemán y del francés, llamó la atención de alguien sobre tal anomalía. No tenía yo gran prontitud de imaginación, y pasaba por más obtuso de inteligencia de lo que era, a causa de la bruma con

que me envolviera mi miopía. Pero esto no es una autobiografía, y no quiero fatigar al lector con los detalles fríos y como sepultados de una vida escolar sin interés.

No me resignaba, sin embargo, a parecer constantemente la nulidad que tenía conciencia de ser, y, al año de mi entrada en el colegio, afirmé bruscamente mi existencia en el brillo de un acto popular, y creo que con mucha sorpresa mía. Había incurrido en nuestras antipatías un joven auxiliar. Aquel pobre muchacho, tísico, medio muerto de hambre, era, me figuro, el más miserable de todos nosotros, y su carácter irritable, antipático y violento no le cuadraba para la tarea que se había impuesto. En el colegio, viejo edificio lleno de rincones, una larga habitación, semejante a una cueva, abríase sobre nuestro corredor principal, y recibía la luz por unas profundas ventanas con fuertes rejas que daban a un jardín interior. Aquella cueva era para nosotros, y allí teníamos nuestras cajas de juegos. Por tácito convenio, ningún profesor entraba allí. Una vez, al anochecer, estábamos allí muchos cuando sonó la campana para el estudio de la noche. Varios tardaron en acudir al llamamiento; M. B., perdiendo toda medida en su cólera, entró en la habitación, y, riñéndonos con voz silbante, la emprendió a echarnos afuera. Yo fui el último en salir, y, como él se volviera para ver si por acaso se quedaba escondido algún perezoso, me determiné a la acción. Con rápido movimiento cerré la puerta detrás de mí y eché el cerrojo, justamente a tiempo de oír al prisionero lanzar un grito de rabia. Me junté con los otros que subían a escape la escalera, y, rasgo característico de mi aislamiento, no tuve un «compadre» a quien confiar mi proeza.

Sin embargo, la noticia de que M. B. estaba encerrado fue conocida casi instantáneamente, y el respetuoso temor inspirado por este suceso, hizo que la clase de la noche, tan turbulenta de ordinario, guardase un orden ejemplar. Sin profesor cerca de nosotros, en medio de un silencio raramente interrumpido por una risa ahogada o un siseo de llamada, permanecíamos en

nuestros bancos trabajando o haciendo que trabajábamos con celo. Mientras que me inclinaba sobre mi libro, comenzaban a entrechocarse en mi espíritu mil nuevos pensamientos. Yo era el libertador, el tiranicida; había emancipado a todos mis compañeros de la opresión odiosa. Seguramente, cuando supieron quién había dado el golpe, se unirían a mi alrededor, sería alguien en la vida de la escuela, y no ya sencillamente una sombra que trotaba o una invisible presencia. Por fin M. B. fue puesto en libertad por un criado, y subió a la sala de estudio, donde nos encontró en gran expectación.

Al pronto no dijo nada. Se dejó caer en la silla en la actitud de una persona medio desvanecida, mientras que con la mano se apretaba un costado. Su desfallecimiento, su silencio redoblaban la sorpresa de mis compañeros y me producían algo como remordimiento. Por primera vez pensé que era un hombre y podía sufrir. Se levantó pronto y cogió una pizarra, en la que escribió dos preguntas: «¿Lo ha hecho usted?— ¿Sabe usted quién lo ha hecho?» Después hizo que circulase de mano en mano. Los «no» precipitados y redoblados que iba obteniendo parecían poner el colmo a su desesperación.

Uno de los últimos a quien correspondía la pizarra circulante era el culpable. Cuando vi acercarse este momento, me invadió una indecible timidez. Supuse que nadie me había visto, que nadie podía acusarme. Nada era más fácil o más seguro que negar, nada más embarazoso para el enemigo, nada menos peligroso para el culpable. Un diluvio de razones plausibles hizo irrupción en mi espíritu; parecíame percibir que este era un caso en que decir la verdad hubiera sido no solamente una locura, sino una falta. Sin embargo, cuando el profesor estuvo ante mí, tendiéndome la pizarra con su mano pálida y temblona, cogí el pizarrín; e ignorando la primera pregunta, escribí primeramente «sí» frente a la segunda. Supongo que, por su ambigüedad, esta actitud embarazó singularmente al señor B. Me apremió a que respondiera a «¿lo ha hecho usted?» Pero aquí, permanecí mudo obstinadamente; y me vi llevado a esca-

pe a un cuarto vacío, en donde me tuvieron encerrado toda la noche y todo el día siguiente, con intervalos de las visitas del director y de las otras personalidades inquisitoriales, hasta que, poco a poco, tuve que hacer una confesión plena y presentar excusas.

Este absurdo menudo incidente tuvo por efecto revelarme a mis compañeros como un sér viviente. En adelante, cesé de estar señalado con el estigma de la invisibilidad; habíame manifestado bajo una forma material, y por un momento había proyectado mi sombra en la leyenda. Pero no hubo cambio alguno en otros conceptos. Curiosamente refractarios a mi alrededor, no lograba a mi vez ejercer ninguna influencia, y en la práctica, mi aislamiento no era menor que antes. Por esto, los recuerdos relativos a la vida social de mis años de cclegio son monótonos y vagos. Fue un período durante el cual, como ásí se me presenta cuando miro hacia atrás, el arroyo de mi naturaleza espiritual se extendió en un estanque sin profundidad, casi sin movimiento. Esforzábame en adquirir los elementos de ese conocimiento convencional que, en varias ocasiones, me había singularmente faltado hasta entonces. Pero mi cerebro estaba entumecido y mi visión intelectual velada. Las personas de edad a las que les ha ocurrido hablarme ulteriormente con franqueza de mi tiempo de escuela, me han asegurado que si les había frecuentemente llamado la atención como un niño inteligente, poco vulgar, hasta interesante, pareció que todas estas promesas se desvanecieron cuando fui un colegial; de suerte que los que estuvieron más inclinados a la indulgencia renunciaron a la esperanza de verme llegar a ser un hombre notable. Este fue particularmente el caso para el más indulgente de mis protectores: mi distinguida y bondadosa madrastra.

Sin embargo, como lo que relato aquí no puede tener valor sino mientras no me aparte en nada de la verdad, forzoso me es decir que la sequedad y esterilidad de mi vida escolar fueron más aparentes que reales. Mi desarrollo moral y mental proseguíase todo este tiempo en ciertas direcciones, y pues-

to que mis compañeros y mis profesores estaban de acuerdo para creerme tan estúpido, quiero dar pruebas tardíamente de «cierto espíritu de oportunidad», y preguntar si aquella creencia no obedeció hasta cierto punto a lo vulgares que eran ellos mismos. Creo que si algunas gotas de simpatía, que si ese rocío mágico del Paraíso hubiera caído en un desierto, hubiese podido florecer como la rosa, o en todo caso, como esa flor quimérica que es la rosa de Jericó. Tal como ocurrió entonces, el ambiente convencional, la aridez intelectual de mis profesores y de mis compañeros no me daban ninguna ocasión para desarrollarme fuera de mí. La vida interior que, como he dicho, proseguía inadvertida, no la destruían; pero la aprisionaban, la languidecían y la quitaban todo valor. Afirmábase bajo la forma de sueños y especulaciones, en el curso de los cuales, pasaba por muchas operaciones tortuosas del espíritu. Los objetos de estas últimas eran fútiles; pero la actividad de que eran causa tenía su utilidad. Si me fuese posible definir con mayor precisión lo que entiendo por esto, diría que si, durante mis días de colegio, no tenía pensamientos propios, preparaba, sin embargo, mi espíritu a pensar, y le enseñaba a especular.

Por esta época, el gran asunto de mi curiosidad consistía en las palabras como instrumentos de expresión. No cesaba de aumentar mi vocabulario, y de descubrir para las cosas términos adecuados y particulares. Aquí también el estudio se adelantaba a la práctica, puesto que estaba ocupado en proveerme de palabras antes que tener ideas que expresar con ellas. Cuando leí a Shakespeare, y llegué al pasaje en que a Calibán le dice Próspero que no tenía pensamientos hasta que su maestro le hubo enseñado las palabras, recuerdo cuál fue mi estremecimiento de sorpresa ante la intuición del poeta, porque yo mismo había sido un Calibán:

Tengo piedad de ti,
Me tomé el trabajo de hacerte hablar, te enseñé a cada momento
Una cosa u otra, cuando, bárbaro,

Ni siquiera sabías lo que querías decir, y proferías sones inarticu-
[lados,
Como una criatura estúpida: revestí tus dichos
Con palabras que los hiciesen conocer.

Vagamente, de los libros que estaban a mi alcance, trataba de hacerme mis Prósperos, y tenía conciencia de que, cuando la palabra inevitable se había apoderado de mí, la imagen y la idea salían con ella de la obscuridad para mostrarse a plena luz.

Mi padre poseía un ejemplar del *Diccionario Etimológico*, de Bailey, obra publicada a principios del siglo XVIII. Yo me estaba horas hojeándole, jugando con las palabras en un arreglo que no sabría encontrar hoy, deleitándome en el sabor de los provincialismos truculentos y anticuados. Sucedió que mi padre, al encontrarme ocupado de tal manera, tuvo la curiosidad de saber cuál era la naturaleza de mi trabajo, y yo no pude explicársela muy inteligiblemente. Me dijo que renunciara a semejante ociosidad, y me sirviera prácticamente del lenguaje. A este efecto, imaginó un ejercicio que me obligó a adoptar, aunque me era odioso. Me mandaba afuera, prescribiéndome, por ejemplo, que subiera por el sendero hasta Warbury-Hill, y volviera a casa a través del monte, o bien que bajase al mar por una de las sendas, siguiera la playa hasta la primera rendija del acantilado, y regresara pasando por el pueblo. Después me pedía que le contase, en el vocabulario más rico posible, todo lo que había visto en el curso de la excursión. Ya he dicho que esta disciplina me parecía detestable y abrumadora; pero, cuando miro hacia atrás, me hallo dispuesto a creer que no hubo nunca nada más provechoso y más práctico en el ejercicio a que me sometió mi padre. Este ejercicio me obligó a hacer observaciones visuales, a retenerlas en mi espíritu, y a vestirlas con un lenguaje minucioso y exacto.

Fue en el transcurso de mi décimoquinto año cuando trabé de nuevo conocimiento, inteligentemente esta vez, con Shakespeare. Me había caído en las manos una sola de sus obras

La Tempestad, en una edición escolar adaptada, supongo, a uno de los exámenes universitarios que se instituían entonces en la provincia.

Leí esta obra varias veces de cabo a rabo, sin desdeñar el apoyo de las notas, y haciendo del glosario mi regalo. Me apliqué al estudio de *La Tempestad* como no me había aplicado hasta entonces al estudio de ninguna obra clásica, y esta obra llenó todo mi sér de armonía y novelería. Este libro era mi tesoro secreto; el resto de las obras de Shakespeare quedaba fuera de mi esperanza. Sin embargo, llegué gradualmente a que me prestaran un volumen por aquí y otro por allí. Terminé *El mercader de Venecia*, leí *Cimbelina*, *Julio César* y alguna otra. Los demás dramas, en su mayoría, fueron para mí letra muerta durante mucho tiempo aún. Pero lo dicho fue bastante para bañar mi horizonte con todos los colores del sol levante. A causa, sin duda, de la manera como fui educado, las obras de Shakespeare no me parecían nunca como coaccionadas por las exigencias de la escena o destinadas a ser representadas por actores. Las imágenes que hacían surgir en mi espíritu eran las de gentes reales que se movían en pleno aire y expresaban, en el juego natural de la vida, sentimientos engalanados con el lenguaje más seductor, y también, porque tal me parecía, el más evidente y más necesario.

Mientras que me encontraba así bajo el encanto absoluto de la magia shakespirina, produjose un acontecimiento significativo. Mi padre me llevó a Londres por primera vez desde mi infancia. Aquella visita, que no debía durar más que unos días, tenía por objeto permitirnos tomar parte en una enorme conferencia evangélica. Paramos, no lejos del Strand, en una fonda sombría, en la que me molestaba mucho el ruido, día y noche. Cuando no estábamos en la conferencia, pasaba muchas horas en un comedor de la fonda, entre los mendrugos de pan y las moscas azules, mientras que mi padre estaba ocupado en el British Museum y en la Royal Society. La conferencia se celebraba en una inmensa sala en un lugar del Nor-

te de Londres. Recuerdo que mi miopía contribuyó a darme una impresión algo asustadiza de aquella muchedumbre con sus círculos superpuestos de caras pálidas, confusas, que se desvanecían en la bruma. Mi padre, en calidad de invitado privilegiado, tenía asientos reservados en el estrado, y nos encontramos en el corazón de la primera asamblea verdaderamente considerable que hubiera yo visto nunca.

El interminable ritual de rezos, himnos y alocuciones no hizo impresión alguna en mi memoria, pero mi atención fue repentinamente despertada a la vida por una observación que se hizo entonces. Un hombre gordo, ya de edad, dotado de una voz de bajo y de un aplomo imperturbable, denunciaba el desarrollo de la incredulidad y la tibieza de los que hacían profesión de ser cristianos y se abstenían de dar la batalla a la invasora impiedad; comparaba tales cristianos con los Laodiceos, que el ángel del *Apocalipsis* vomitó de su boca. Por ejemplo, preguntaba el orador: ¿quién se alza hoy para impedir la explosión de la idolatría entre nosotros? «En este mismo instante—continuó—se procede, sin suscitar la reprobación, a una celebración blasfematoria del nacimiento de Shakespeare, un alma perdida que está hoy en los infiernos a causa de sus pecados.» La sensación que experimenté al oír estas palabras fue la de un golpe bruscamente asestado en la cabeza; estrellas y chispas voltejeaban a mi alrededor. Si alguien a quien quisiera hubiera sido groseramente insultado en mi presencia, no me habría sentido más angustiado en mi impotencia. Nadie, en aquel vasto auditorio, arriesgó una palabra de protesta, y caí en un profundo abatimiento. Era, hay que observarlo, la primera noticia que tenía yo del tercer centenario del nacimiento de Shakespeare en Stratford, y no tenía la menor idea de lo que podía haber provocado la explosión de aquella piadosa indignación.

Pero Shakespeare estaba ciertamente en la atmósfera. Cuando volvimos a la fonda al medio día, me abordó el asunto espontáneamente. Contuve la respiración, dispuesto a sufrir

un nuevo tormento. Sin embargo, lo que oí me sorprendió y me alivió. «Ese hermano—observó él—no estaba autorizado, en mi entender, a hablar como lo ha hecho. Las gracias no estipuladas por Dios en su alianza no se nos han revelado. Antes de hablar tan temerariamente de Shakespeare como de «un alma condenada en el infierno», hubiera debido recordar lo poco que sabemos de la historia del poeta. La luz de la salvación estaba ampliamente diseminada a través del país, durante el reinado de Isabel, y no podemos saber si Shakespeare, antes de morir, aceptó la expiación de Cristo en la simplicidez de la fe.» La concesión parecerá pobre hoy a los espíritus ilustrados y mejor informados de las cosas del mundo, pero yo no sabía explicar con palabras el consuelo que me produjo. Por encima de los postres, dirigí a mi padre miradas afectuosas, y, a no haber estado presente el mozo, le hubiera estrechado entre mis brazos.

Esta anécdota puede servir para indicar la actitud que, por aquella época, guardaba mi conciencia respecto a la Teología. No tenía el sentimiento de hallarme en estado de rebelión contra la fe severa en que había sido educado; pero no podía menos de observar que la literatura me invitaba a tomar por innumerables senderos, cuyos meandros conducían a lo opuesto del camino recto y seguro que conduce a la salvación. Me imaginaba, si se me permite continuar esta metáfora, que por caminos tan seductores iba seguro mientras que no me aventurase tan lejos que perdiera de vista el camino principal. Si, por ejemplo, hubiera sido completamente seguro que Shakespeare era irremediablemente un condenado, ¿cómo hubiera podido justificarme a mis propios ojos el continuar leyéndole? Un sér que rompía el pan con los Santos todos los domingos por la mañana, que «había tenido un grupo» en la escuela dominical; que pronunciaba, como mi padre gustaba recordarlo, una confesión pública semanal de su complacencia en llevar la cruz de Cristo, ese tal sér no podía en modo alguno, por desconcertante y penosa que fuese esta conclusión, continuar ad-

mirando un alma perdida. ¡Pero cuánto consuelo me aportaba la dichosa posibilidad de un arrepentimiento final! Siempre podía consolarme la convicción de que cuando Shakespeare componía algún pasaje de embriagadora belleza, era en el momento preciso en que empezaba a exhalar el encanto que la fe de Cristo aporta a un alma santificada. Y, con casuística semejante, me perdonaba mis otros placeres intelectuales y personales.

Mi padre conservaba la seguridad de que mi colegio, que no volvió a visitar desde el día en que me llevó, estaba dirigido con arreglo a los mismos principios que los de su propia casa. Tuve a menudo la tentación de informarle; pero siempre me faltó valor para empezar. La piedad de aquel establecimiento que reunía a los hijos de muchos padres de convicciones evangélicas, se manifestaba principalmente en los prospectos. Los ejercicios piadosos se limitaban a una lectura de la Biblia en alta voz, por la mañana temprano, antes del desayuno; cada muchacho leía por turno un versículo, sin elección ni explicación.

Al llegar al último alumno, terminaba la lectura del día, aunque fuese en medio de una frase, y allí empezaba la lectura de la mañana siguiente.

A la lectura del «capítulo» seguía una oración larga y seca. No sé si este servicio matinal les parecía a los otros muchachos más superficial, más por cumplir que los que tenían costumbre, pero a mí me llenaba de asombro y repugnancia, habituado como estaba a los cultos domésticos en que mi padre leía «la palabra de Dios» con voz fuerte y apasionada, con énfasis dramático, interrumpiéndose para comentar y parafrasear el texto, y poniendo de relieve cada frase, como si cada una formase parte de un mensaje personal o de una conmovedora historia de família. En el colegio, «la oración de la mañana» era un ejercicio lúgubre e ininteligible, y con él terminaban los actos religiosos hasta el día siguiente. La discreción de los muchachos es extraordinaria. Estoy absolutamente convencido de

que ninguno de nosotros reveló nunca en casa estos detalles a nuestros piadosos padres.

De hacerlo alguno, hubiera debido ser yo, puesto que hubiese «dado testimonio» el primero de todos. Pero me había hecho reservado en materia de confidencias. Nunca se sabía en qué enojoso sentido podían desarrollarse, ni a qué inquietantes excesos de celo podían precipitadamente conducir. Yo estaba en guardia contra mi padre, porque harto manifiestamente deseaba que me acercase a él para pedirle ayuda, ánimos y consejos espirituales. Todavía «delicado», sin perjuicio de ir adquiriendo una solidez de constitución cada vez mayor, estaba sujeto a serios resfriados y a dolores neurálgicos pasajeros. Mi padre deseaba casi furiosamente que estas molestias pudieran servir para mi santificación, y cuando guardaba yo cama, a menudo deprimido por la enfermedad, era cuando acostumbraba a obtener sobre mí sus más implacables triunfos. Había conservado la singular superstición, estupenda en un hombre de ciencia y de larga experiencia humana, de que todos los sufrimientos y todos los males eran enviados directamente por el Señor en castigo de alguna falta precisa, y no como el simple efecto de una causa física. Las consecuencias de esta manera de ver eran a veces sorprendentes, y recuerdo especialmente que mi madrastra y yo cambiábamos nuestras impresiones, asombrados con motivo del proceder de mi padre con la señora Goodyer, mujer de un joven zapatero y miembro de la comunidad de los «Santos», cuando se rompió ella una pierna. Mi padre, embarazado un instante para descubrir la significación de este accidente, por cuanto la lesionada era el sér más dulce e inofensivo de los miembros de nuestra iglesia, decidió que debía de ser porque se había hecho un ídolo de su marido, e hizo llorar a la pobre criatura poniéndose a su cabecera e implorando al Espíritu Santo para que pusiera de manifiesto este pecado a los ojos de la doliente.

Así, cuando me encontraba en casa, sufriendo una de mis ligeras indisposiciones, la cuestión de mi estado espiritual pre-

ocupaba violentamente a mi padre, y resultaba para mí un verdadero malestar intelectual. Se presentaba junto a mi lecho, con solemne solicitud, y, cayendo de rodillas, rezaba con fervor, en alta voz, a fin de que pudiera serme graciosamente manifestada la intención con la que el Señor me había enviado aquella dolencia. Después se ponía en pie y me hacía sufrir un penetrante interrogatorio espiritual, encaminado a descubrir la falta tan divinamente denunciada y reprobada que se me advertía desde lo alto.

No era sobre detalles de conducta moral sobre lo que hacía este examen contradictorio; creo que faltas tan abyectas le inspiraban un desprecio demasiado grande para que pensara en buscarlas. Pero, incertidumbres de doctrina, algún desfallecimiento de mi fe respecto a la pureza de tal o cual dogma, una tibieza en mi celo para «llevar la cruz de Cristo», un desarrollo de mi orgullo intelectual, tales eran las ofensas insidiosas, por las que suponía que el constipado de cabeza o el dolor de muelas me habían sido enviados como mensajeros celestes, para llamar a la senda del deber a mi conciencia extraviada.

En ocasiones, experimentaba un verdadero tormento al confesarme que estar en cama no era una penalidad. Ganaba con ello no ir al reino del tedio, que era el colegio, estarme en un cuarto iluminado por un buen fuego, con mi bondadosa y sonriente madrastra, que me prodigaba cuidados exquisitos, y gozar largos días ininterrumpidos de lectura. Tenía desagradablemente conciencia de que no osaba el descaro de «acercarme al Trono de Gracia», con la demanda de saber por qué pecado estaba condenado a un tan agradable empleo del tiempo.

El curso de mi vida corría pleno y muy alegremente durante las vacaciones, cuando reanudaba mis ejercicios al aire libre, en compañía de mis amigos del pueblo. Creo que eran más refinados y de mejor educación que cualquiera de mis compañeros de colegio. En todo caso, solamente entre aquellos compañeros familiares continué anudando relaciones simpáti-

cas. En uno de estos muchachos, del que no he vuelto a tener noticias dssde hará pronto una generación, hallaba gustos singularmente parecidos a los míos, y juntos andábamos a caza de obras en prosa y en verso, pero particularmente en verso.

Mis músculos habían tomado fuerza, la cual aumenta considerablemente con el ejercicio. Me daban el dinero necesario para tomar el tren que me conducía adonde estaba el colegio y para volver. Pero prefería recorrer a pie diez o doce kilómetros a lo largo de la costa, lo que representaba más de la mitad de distancia por ferrocarril entre el colegio y casa; por lo tanto, podía disponer como dinero de bolsillo lo que economizaba del precio del billete. Si acumulaba sumas tan considerables, era para comprar libros de poesía. Por aquella época no estaba, como hoy, al alcance de todas las bolsas, y la adquisición de cada obrita maestra era un triunfo particular. Y, especialmente, no olvidaré nunca la emoción que sentimos cuando llegamos a la cantidad exorbitante que pedía el librero por la edición, imperfecta por añadidura, de los poemas de S. T. Coleridge. Cuando por fin estuve en condiciones de satisfacerla, mi amigo y yo fuimos a la ciudad a continuar nuestra solemne adquisición. Una vez en posesión de nuestro tesoro, leíamos alternativamente, en alta voz, las estrofas del volumen de color de naranja, mientras que paseábamos. Después tomamos una vereda apartada y nos sentamos en la raíz protuberante de un olmo. Permanecimos allí en una especie de nirvana poético, leyendo, olvidados del tiempo que transcurría, hasta que hubo pasado con mucho la hora del desdeñado almuerzo, y tuvimos que llegar a escape a casa para encontrar allí pan, queso y una reprimenda.

Mis lecturas me originaban de vez en cuando algunos contratiempos que, hasta entonces, no fueron graves ni frecuentes. Tenía bastante cuidado en no poner muy de manifiesto lo que, perteneciente a la literatura, hubiera podido ser un percance. Pero, al ir a cumplir los diez y seis años, hice una adquisición que me procuró serios disgustos, y fue motivo de una

herida duradera a mi dignidad. Había mucho tiempo deseado un volumen, visto en el escaparate de un librero, en el que se decía que estaban reunidas las obras de poética de Ben Jonson y de Cristóbal Marlowe. Lo compré por fin, y me lo llevé para devorarle, mientras que marchara por el camino desolado que, los sábados por la tarde, me llevaba a lo largo del acantilado. No pude sacar nada de Ben Jonson, pero cuando llegué a *Hero y Leandro*, me vi transportado a un cielo de pasión y de armonía. Era para mí una maravillosa revelación de belleza romántica, y mientras que iba a paso lento por el camino solitario y silencioso—con su perspectiva inmensa sobre el mar, y, de vez en cuando, sus rompimientos sobre la playa que se veía abajo,—alzaba la voz y cantaba los versos, sin dejar de avanzar perezosamente. Pensaba no haber visto nunca nada tan encantador como:

El enamorado Leandro, joven y hermoso,
cuya trágica suerte cantó el divino Musaeus.

Todo esto se presentaba a mi imaginación más seductor que lo que hasta entonces había soñado, porque aún no había conocido a los románticos modernos.

Cuando llegué a casa, agotado de fatiga y entusiasmo, me fue absolutamente necesario, en cuanto me repuse, ir en busca de mi madrastra para que se asociara a mi contento. Lo que me parece chocante hoy, y una prueba desconcertante de mi inocencia casi infantil todavía, es que, al hallarla ocupada en sus labores, empecé a leer sin vacilación, en alta voz, el voluptuoso poema de Marlowe a aquella noble mujer, a aquella cristiana sin tacha. Fuimos muy bien al principio, pero al llegar al episodio de la languidez de Cupido, las agujas de mi madrastra empezaron a entrechocarse nerviosamente; y cuando, nos embarcamos en la descripción de la persona de Leandro, mi madrastra me interrumpió diciéndome, a la verdad, bruscamente: «Dame ese libro, si gustas; desearía leer el resto para mí.» Muy sorprendido, dejé la lectura, y me quedé estupefac-

to al verla tomar el libro, cerrarlo con un ruido seco y taparlo con su labor. No logré que me dijese una palabra sobre el asunto.

Pronto se me olvidó el incidente; así fue que me alarmé en extremo cuando aquella noche, después de estar ya acostado, entró mi padre en mi cuarto, pálido, con los ojos inyectados, presa de una turbación violenta. Dejó la vela, permaneció en pie junto a mi cama y, durante algún tiempo, pareció irresoluto sobre el discurso. Luego me acusó, en términos vehementes, de traer a casa, de poseer y leer un libro tan abominable. Explicó que mi madrastra se lo había enseñado, que lo había ojeado y lo había quemado.

La frase que más me afectó del discurso fue la siguiente: «Nos dejarás pronto, dijo, para ir a vivir en Londres. Ahora bien; si tu patrona entra en tu cuarto y ve un libro semejante, te echará inmediatamente como a un libertino.» He aquí lo que no comprendía del todo, y se me antoja hoy, que el hecho de habérseme ocurrido, con tanta sencillez y tan infantil candor, leer aquellos versos a mi madrastra hubiera debido probar a mi padre que no me animaba idea alguna de índole inmoral.

Yo estaba herido y ofendido profundamente, pero mi indignación se atenuó por la sorpresa y la emoción de la noticia de que iba a marchar a Londres a vivir en un cuarto amueblado, y solo evidentemente. Hasta entonces no había llegado hasta mí ninguna alusion, ninguna palabra encubierta referente a tal proyecto. Reflexionando, no pude admitir sino que mi padre, poco familiarizado con la literatura del siglo XVII, debía de haber dado con algún espantoso y escandaloso pasaje de Ben Jonson, y que no había leido *Hero y Leandro*. El efecto artístico de tal poesía sobre un espíritu eminentemente pagano no entraba en el campo de su experiencia. Y no había duda de que juzgaba a los libres poetas del reinado de Isabel con el mismo espíritu que la hipotética patrona de huéspedes.

Tenía yo mucho miedo del mundo exterior, del misterioso y furioso torbellino de Londres, pero estaba dispuesto a dejar gustoso el reducido círculo de Devonshire, a ver por última vez el barro rojo, la sombría calle del pueblo, los antiguos pletóricos, y a oír, por última vez también, las voces gangosas de los «Santos». Sin embargo, me costaba mucho trabajo persuadirme de que podía ser feliz lejos de casa, y de nuevo comparaba mi suerte con la de una de aquellas tortugas que erraban por el acuario de mi padre con la concha a cuestas. Si, por casualidad, sucedía que las sacaran del lugar en que habían elegido domicilio, arrastraban su cuerpo pálido y blando, en busca de otra casa, visiblemente desesperadas, y víctimas de toda suerte de accidentes ignominiosos.

Mi alma se hallaba lastimosamente dividida entre el deseo de permanecer como un niño bajo la custodia de los suyos, y el de ir a través del mundo, como un hombre que se ensancha; en mi absoluta ignorancia, me esforzaba en vano evocar lo que sería mi porvenir inmediato. Mi padre no proyectaba sobre este enigma ninguna luz, porque no se había formado ninguna idea precisa de lo que yo podría hacer para ganarme una existencia digna. Pero todavía iba a permanecer un año en el colegio y en casa.

Este último año de mi vida de muchacho pasó rápida y agradablemente. Mi perezoso cerebro se despertaba al fin, y era capaz de estudiar con aplicación. Salí bastante bien de los exámenes públicos, y pudo pensarse que daba cierta honra a mi escuela. Sin embargo, no me asocié íntimamente a la vida escolar, y hasta, cosa que tuve ocasión de lamentar más adelante, me arreglé para evitar las lecciones que me eran desagradables y, por lo tanto, particularmente preciosas. Pero leía con desenfrenada voracidad, aventurándome en diversas direcciones bastante inesperadas. Todo Shakespeare había pasado ya a mi poder bajo la forma de una reimpresión más odiosa y más desagradable a la vista de lo que pudiera imaginarse en estos días. Conocí a Keast, que me cautivó por completo; a

Shelley, cuya *Queen Mab* me rechazó desde luego; a Wordsworth, cuya magia era aún demasiado joven para poder apreciar. Mi padre me regaló la masa entera de los versos pedregosos de Southey, que me fue imposible comprender, mientras que mi madrastra me prestaba *The Golden Treasury*, en el que casi todo me pareció exquisito.

Sin embargo, esta extensión de mis conocimientos intelectuales no entrañaba un espíritu de duda o de hostilidad respecto de la fe. Al contrario, mi fervor pareció al pronto considerablemente vivificador. Mis oraciones se hicieron menos frías y menos mecánicas; ya no evitaba, en cuanto me era posible, la meditación sobre las ideas religiosas; me habitué a escrutar las Escrituras por mí mismo, con interés y con simpatía, si no con ardor. Empecé a percibir sin animosidad la rara estrechez del sistema de mi padre, que parecía no tomar en consideración sino un círculo de personas escogidas, un grupo de discípulos iluminados de manera particular, y no tener relación alguna de ningún género con lo restante de la comunidad cristiana.

Tuve a este propósito algunas conversaciones instructivas con mi padre, al que no encontré opuesto a que sus convicciones fuesen llevadas hasta su último término teológico. No quería formular juicio, protestaba él, pero no podía admitir que un solo unitario, un sociniano, como prefería decir, pudiera por azar salvarse, y no tenía ninguna esperanza de salvación eterna respecto a los habitantes de los países católicos. Recuerdo lo que decía de Austria. Dudaba de que ni un solo súbdito austriaco pudiera esperar recibir la vida eterna, excepto, convenía él, tal vez alguna piadosa individualidad, por extremo ignorante, que, sin darse cuenta de los errores del pontificado, hubiese humildemente estudiado la Biblia. Pensaba que el chino sencillo o el feroz aborigen de Fidji, tenía mayores probabilidades de salvación que cualquier cardenal del Vaticano. Y hasta estimaba que si en el clero de la Iglesia anglicana eran muchos los llamados, pocos, seguramente, serían los elegidos.

Yo no podía simpatizar, ni aun en mi estado de ignorancia, con una concepción tan rígida de la gracia divina. Por poco inclinado que fuese al escepticismo, no pensaba que fuera posible que un secreto de tan capital importancia hubiera sido confiado a un corto número de hermanos de Plymouth, y ocultado a millones de teólogos piadosos y desinteresados. Mi padre no trataba de poner en tela de juicio la sinceridad de los jefes de la cristiandad europea. Pero todos estaban equivocados, todos estaban en el error, y cualesquiera que fuesen la santidad de sus vidas, la abnegación de sus sacrificios, tendrían que sufrir, por su error, eternidades de tormentos sin límites. Hablaba con solemne complacencia, de la religiosa cargada de años, que, tras una larga vida de renunciamiento y abnegación, moría al fin «solamente para descubrir su error».

Mi padre, que era tan tierno de corazón que no podía soportar la vista del sufrimiento o de la miseria de un hombre, por desagradable, por indigno que fuese, admitía perfectamente la creencia de que Dios castigaba a los seres humanos por millones y para siempre, por un error de comprensión puramente intelectual. Esta falta de consistencia en las ideas de mi padre, parece haber sido el resultado de un empleo curiosamente irregular de los dones de su espíritu. Considerando indiscutible, como así lo hacía, la absoluta veracidad de las Escrituras, y aplicando a su interpretación una inteligencia habituada a los métodos de la ciencia, había llegado a ahogar a la vez la actividad de la imaginación, el sentido de la justicia moral, y su ternura de corazón, que era profunda e instintiva.

Ahora bien; en aquellos momentos me vino un vivo deseo de conocer cuáles eran las doctrinas que enseñaban las otras iglesias. Expresé el deseo de instruirme en las prácticas de Roma, o, por lo menos, en las de Canterbury, y tenía la mayor curiosidad por asistir a los servicios anglicanos y romanos, pero me era imposible hacerlo. No era, ciertamente, que

mi padre me prohibiese entrar en la linda iglesia parroquial de nuestro pueblo o en la magnífica catedral puginesca (del arquitecto Pugin), que Roma había erigido al lado; pero sabía que en cuanto se me viese en uno o en otro servicio, se enteraría mi padre y le molestaria mucho. Aunque tenía yo diez y seis años, y me trataban con indulgencia y cariño, yo no era más todavía que un pájaro que revoloteaba en la red de la voluntad de mi padre e incapaz de la menor acción independiente. Abandoné todo pensamiento de asistir a otros oficios que no fueran los de nuestra «sala», pero no consideraba ya este veto como definitivo. Me resignaba, pero estaba en la casa de Rimmon, de la que sabía ahora que había de escapar inevitablemente. No obstante, toda la emancipación que deseaba o con que soñaba, debía limitarse en mi pensamiento a hacer entrar en relaciones con el mundo exterior de la cristiandad, sin despojarme de los principios puros y simples de la fe.

Y ciertamente, había llegado a desear ardientemente tal emancipación, y al contemplarla, me elevaba a un grado de fervor religioso más considerable que el que nunca había alcanzado antes o el que me fue dado conocer después. Nuestros pensamientos estaban muy ocupados entonces por la espera de la venida del Señor, quien, como creían mi padre y los que compartían sus ideas, había de aparecer de pronto, sin la menor advertencia, para volverse a elevar a la gloria eterna con todos los que, habiendo aceptado la Redención, hubieran recibido el sello de la inmortalidad. Estos, en suma, no eran numerosos, y los «Santos» tenían la convicción de que el mundo, después de haber permanecido estupefacto unos días, volvería a sus hábitos de vida, hundiéndose con mayor rapidez en la corrupción moral producida por la marcha de las almas que eran la sal de la tierra. Un examen atento de las profecías, había conducido a mi padre a considerar tal acontecimiento como de inminencia absoluta, y, a veces, cuando nos separábamos por la noche, le ocurría decirme, con un transporte que hacía brillar su mirada: «¡Quién sabe! Puede que nos encon-

tremos la próxima vez en los aires, con todas las cohortes de los Santos de Dios.»

Yo compartía esta convicción sin duda alguna, y hasta, con perfecta inocencia, quiero creerlo; pero tal vez también, no sin una punta de malicia, hice al final de las vacaciones de verano la proposición de quedarme en casa: «¿Para qué he de ir al colegio?—pregunté.—Quédeme a vuestro lado para el momento en que nos elevemos por los aires al encuentro del Señor.» A esto, mi padre replicó vivamente y con firmeza, que nuestro deber era proseguir nuestras ocupaciones hasta el último instante, puesto que no sabíamos el momento de la venida del Señor, y que nos reuniríamos, en un momento, aquel día, cualquiera que pudiese ser la distancia que nos separase sobre la tierra. Quedé confuso; pero su argumento era lógico y juicioso, como se probó con el tiempo. Mi padre vivió todavía un cuarto de siglo sin abandonar la esperanza «de no probar la muerte», y cuando se acercaron sus últimos momentos, sufrió una amarga decepción ante lo que tenía por una mezquina recompensa a su probada fe y su probada paciencia. Pero si, como yo propuse entonces, se hubiera prescindido del trabajo necesario para mi existencia ante el inminente Advenimiento del Señor, me hubiera cerrado el terreno hasta hoy.

Volví al colegio con el cerebro lleno de raras discordancias, con una mescolanza de *Eudimión* y el *Libro del Apocalipsis*, los *himnos* de John Wesley y el *Midssumer Night's Dream*. Pocos muchachos de mi edad, me figuro, llevaban en sí una cantidad tan confusa de impresiones prematuras y esperanzas contradictorias. Por un momento, era piadoso con devoción; al instante después, me veía acosado por visiones de belleza material, y suspiraba ardientemente por impresiones que afectasen mis sentidos. En mi cerebro, caldeado y enfermizo, Jesús y Pan llevaban el cetro ambos, así como en una capilla, al borde de un camino, consagrada de una manera discordante e impía a los ritos paganos y cristianos. Pero, por el momento, lo mismo que en el gran coro que traduce tan maravillosamente

nuestra doble naturaleza, la «estrella de los pastores de Belén» dominaba todavía. Me hice cada vez más pietista. Y como empezaba entonces a hacer versos, escribí una tragedia, pálida imitación de Shakespeare, pero sobre un asunto bíblico de espíritu evangélico; luego odas, parodias del *Prometeo Desencadenado*; pero que se referían al próximo advenimiento de nuestro Señor y a la ascensión de los Santos. Mi excitación malsana, que fermentaba de esta manera violenta, alcanzó su grado más alto y se desbordó hirviente.

Era una tarde de verano, y, gozando ahora de una grandísima libertad de movimientos, me había sustraído a la obligación de acompañar a mis condiscípulos en el ceremonioso paseo que daban bajo la vigilancia de un pasante. Había leído gran cantidad de poesías, pero mi corazón había traducido a Apolo y a Baco en términos de una exaltada fe cristiana. Estaba solo, tumbado en un sofá, junto a un ventanal abierto, en una habitación que servía de cuarto de estudio para los alumnos que «se preparaban a un examen». Paseaba mis miradas por un laberinto de jardines que descendían en pendiente hasta el mar, que brillaba suavemente más allá de las torres del poblado. Cada uno de aquellos jardines encerraba una *villa*, pero todo el paisaje próximo, bajo mi vista, estaba ahogado en el follaje. La maravillosa y tibia luz que precede al ocaso modelaba las sombras y proyectaba sobre las anchas copas de los árboles un suntuoso resplandor. Debajo, y a mi alrededor, reinaba un absoluto silencio; un poder mágico parecía tener en suspenso hasta las más menudas semillas.

Por mi alma pasó entonces una inmensa oleada de emoción. Ahora, seguramente, se aproximaba el gran cambio final. Sumí mis miradas en el cielo suavemente matizado, y me ensanché irresistiblemente en palabras: «Ven ahora, Señor Jesús—exclamé,—ven ahora y llévame para siempre contigo a tu Paraíso. Estoy pronto a ir. Mi corazón está libre del pecado, no hay nada que me tenga arraigado en este mundo perverso. ¡Oh! Ven ahora, ahora, y tómame antes que haya co-

nocido las tentaciones de la vida, antes de que tenga que ir a Londres hacia todas las cosas terribles que allí ocurren.» Y me incorporé en el sofá, y me incliné en el ventanal, y esperé la aparición gloriosa.

Este fue el punto culminante de mi vida religiosa, la cumbre a la que me hizo llegar mi esfuerzo hacia la santidad. Esperé un instante, atento, y entonces, aunque estaba solo, me avergoncé un poco de la actitud teatral que había adoptado. Todavía miraba y todavía esperaba. Luego se alzó una ligera brisa, y las ramas se agitaron. Rumores del camino llegaron hasta mí. Pronto los tintes se obscurecieron; cayó la noche. Creció un lejano murmurio, el de mis compañeros que volvían. La campana sonó para el té, última palabra de prosa para destruir mi poesía mística. «El Señor no ha venido, el Señor no vendrá nunca», murmuré, y, en mi corazón, el edificio artificial de mi extravagante fe comenzó a vacilar y a derrumbarse. En adelante, mi padre y yo, aunque el hecho permaneció afortunadamente largo tiempo oculto a sus ojos, y hasta a los míos, marchamos por los hemisferios opuestos del alma, con «el espesor del mundo entre nosotros».

EPÍLOGO

No sería admisible, sin embargo, que esta relación terminase con el hijo en primer término. Si este relato tiene un valor, no podría consistir sino en la luz que contribuyera a arrojar sobre la única y noble figura del padre. A medida que avanzaron los años, los rasgos característicos de esta figura acusaron un contorno más severo, y se encerraron más rigurosamente dentro de los límites fijados. En sus relaciones con el hijo que marchó pronto para afrontar a una edad precoz la nueva vida de Londres, el padre continuó demostrando una solicitud extrema que obscurecieron gradualmente la decepción y el desencanto. No disminuyó en nada las exigencias

que imponía a la fragilidad humana. Tenía la cuerda espiritual estrechamente tendida, las riendas bíblicas estaban constantemente en acción, trayendo a posición, con vivas sacudidas la cabeza del neófito descorazonado.

Aquella alma joven, arrebatada a la vigilancia personal del padre, comenzó a desarrollarse bastante confusa e irregularmente en el seno de nuevas provincias de pensamientos, y a través de nuevas capas de experimentos. El mentor laborioso, que se había quedado en la casa del Oeste, mantenía la misma ansiedad capital concerniente al corazón dulce y dócil, consagrado al servicio del Señor, al que era preciso, contra toda eventualidad y con menoscabo de las leyes de la vida, conservar sin tacha en medio del mundo.

El suplicio de una inquisición epistolar empezó desde que estuve instalado en Londres, en un cuarto, de huésped. Para mi padre, cuyos ocios eran numerosos, la aprensión palpitante y la pluma pronta, la expansión de la correspondencia no comportaba ningún inconveniente; constituía una ocupación seria, pero agradable. En cuanto a mí, la misiva de exhortación casi diaria, con su rosario de preguntas sobre mi conducta y su serie de advertencias, llegó a ser una carga casi insoportable, particularmente porque entrañaba una respuesta tan exacta, y en lo posible tan completa. A la edad de diez y siete años, la metafísica del alma está llena de sombras, y es una cosa terrible verse obligado a precisar con exactitud las grandes líneas de lo que es tan ondulante y tan informe. Para mi padre, parecía que no existía ninguna razón que pudiera hacerme vacilar en dar, a sus preguntas implacables y a menudo repetidas, respuestas cuyo sonido tuviera una claridad metálica; pero la tal correspondencia era una tortura para mí. Cuando dejaba percibir una ligera queja; cuando suplicaba que me dejasen un poco a mí mismo, mis demandas avivaban, como automáticamente, las ardorosas alarmas paternales, cuyo fuego arrojaba entonces furiosas llamaradas.

La carta, aquella carta que no esperaba sino con harta cer-

teza, se encontraba infaliblemente sobre la mesa cuando bajaba a almorzar; era de ordinario mi única carta, a menos que no se añadiesen unas líneas agradables y discretas de mi querida y consoladora madrastra, en las que se trataba de asuntos perfectamente apacibles, tales como la recogida de las rosas en el jardín o el estado de salud de los diversos vecinos. Pero la otra carta, la carta solitaria, en su blancura amenazadora, con el sobre de magnífica letra, estaba allí, esperándome, quitándome el gusto de los manjares y haciéndome insípido el perfume del té. Podía yo cometer la impertinencia de diferir su lectura: podía afectar no fijarme en ella: allí estaba, no obstante. Antes de que empezara el trabajo de la mañana, sabía que sería preciso leerla, y peor aún, que sería preciso contestarla. En vano me esforzaba en disimularme a mí mismo lo que contenía. Como todas las anteriores, como todas las siguientes, insistiría, variando de todas maneras sus demandas, para obtener la declaración reiterada de que continuaba plenamente dispuesto, como en los días de mi infancia, «a estar en todo al lado del Señor».

Unas veces contestaba precisamente como se deseaba que contestara, otras eludía la cuestión y hablaba de otra cosa, algunas me volvía hacia mi verdugo y pedía encarecidamente que dejasen a sí misma mi tierna juventud. Poco importaba la forma bajo la que manifestaba mi debilidad, con la esperanza de desconcertar el vigor que mi padre afirmaba francamente, firmemente, resueltamente. Si apelaba de la esclavitud que era una correspondencia tan inflexiblemente solemne, recibía, y con prontitud paralizante, una contestación como ésta:

«Déjame decirte que la «solemnidad», de que te quejas, ha sido sencillamente la expresión de la tierna ansiedad de un corazón de padre, que quiere que su hijo único, lanzado al mundo fuera del alcance de la vista y del oído paternos, marche por el camino de Dios. Recuerda que no es ahora como en los días que estabas en el colegio, cuando permanecíamos en comunión personal con intervalos de cinco días. Ahora, no sa-

bemos absolutamente nada de ti sino por tus cartas; y si ellas no nos informan sobre el estado próspero de tu alma, la más profunda solicitud de nuestros corazones no tiene nada que pueda satisfacerla. Pero quiero probar en adelante tener confianza en ti y prescindir de mis temores. Eres digno, en efecto, de mi confianza, «y tu Dios, que es el Dios de tu padre, te tendrá de su mano».

No me avergüenzo en confesar que cartas como ésta me hacían llorar a veces; el envejecido papel del que acabo de extraer las anteriores líneas revela señales de lágrimas derramadas hace más de cuarenta años, lágrimas en que se confundían mi desesperación frente a mi propia debilidad, mi turbación ante mi falta de voluntad, mi compasión por la desolación manifiesta y patética de mi padre. Quería «tratar en adelante de tener confianza en mí», decía. ¡Ay! el esfuerzo debía ser vano. Uno o dos días más adelante, después de una estéril tentativa para escribir sobre otros asuntos, reaparecía el mismo importuno tema; luego, de nuevo, volvían las eternas cuestiones relativas a la Expiación y a los Medios de Gracia, al mismo tiempo que los angustiosos temores de antes ante la idea de que «yo entregase» mi intimidad a agradables compañeros que no estaban «unidos conmigo en Cristo»; en suma, volvían nuevas apremiantes instancias para obtener la seguridad, en cada una de mis respuestas, de que avanzaba en la clara luz del Pensamiento divino.

Paréceme hoy profundamente raro, aunque entonces conociese demasiado poco el mundo para notarlo, que aquellas incesantes exhortaciones se refiriesen, no a la conducta, sino a la fe. He hecho observar anteriormente, en el curso de este relato, con qué desdén, con qué altivez, negábase a abordar mi padre el asunto de mis faltas de conducta. No porque no hubiese cierto número de ellas que señalar, ¡Dios lo sabe!, sino porque era de espíritu demasiado noble para insistir sobre ellas, y, aunque por naturaleza fuese profundamente inclinado a sospechar la posibilidad de frecuentes caídas morales, incluso en-

tre los elegidos, se negaba a rebajarse a nada que se pareciese a espionaje.

Le conservo una deuda de gratitud profunda por la admirable fe que tuvo en mí en ese concepto. En los momentos de estar yo solo en Londres, en aquella delicada época de la vida, «expuesto», como se dice, a toda suerte de peligros, tan desarmado como un pajarillo lanzado fuera de su nido, aun entonces, mi padre, en su altivo quijotismo, no se permitía imaginar que pudiera yo ser culpable de mala conducta moral, sino que entendía que mi fe fuese el solo objeto de sus temores.

«Háblame más sobre tu luz interior. ¿Es que la antorcha del Señor brilla en tu alma?» He aquí lo que preguntaba sin tregua. O también: «¿Te has creado la compañía espiritual de algunos jóvenes? Has pasado sobre el domingo último sin decir una palabra, y, sin embargo, es el día que más me interesa de toda la semana. ¿Encuentras el ministerio de la Palabra agradable y, sobre todo, provechoso? ¿Conduce tu alma a ejercitarse en la presencia de Dios? La venida de Cristo se acerca. Por esto, vela y ora sin cesar, a fin de que puedas ser juzgado digno de subsistir ante el Hijo del Hombre.»

Si tomo de las cartas que escribía mi padre pasajes como éstos, no es porque trate de sacar algo divertido del contraste entre su fervor, de una parte, y de otra, la indiferencia casuista y la distracción molesta que manifestaba un joven a quien el mundo real ofrecía entonces sus escenas irritantes y estimulantes de vida animal y de vida intelectual, sino para hacer simpático y tal vez digno de admiración el espectáculo de una firmeza romana tan ciega como la que demostraba la actitud espiritual de mi padre.

Sus aspiraciones eran individuales y metafísicas. A la hora actual, la revolución que ha derribado el puritanismo, del que mi padre fue tal vez el último tipo superviviente, es tan completa, que las personas pertenecientes a todas las clases religiosas concuerdan en poner en primer término la actividad filantrópica, la actitud objetiva. El cambio ha tenido un alcance

tal, que hoy en día, una religión que no una a su fe subjetiva un ardoroso esfuerzo por el bien ajeno, pasa difícilmente por hallarse en posesión de algún principio religioso digno de este nombre.

La propaganda de la beneficencia, la constante atención dada al perfeccionamiento moral y físico de las personas que fueron víctimas de algún desfallecimiento, es completamente reciente, como rasgo característico de la religión, aunque, a decir verdad, ese rasgo parezca haber sido uno de los elementos del designio original del Señor. Fue ignorado por los grandes predicadores del siglo XVII, fuesen católicos o protestantes, y mi padre, el último de sus discípulos, no hallaba en el principio dicho sino un escaso atractivo. Cuando Bosuet deseaba que sus lectores prestasen oído «al grito de miseria de nuestro alrededor, que debería partirnos el corazón», instauraba un nuevo elemento en el dominio de la Teología. Podemos escrutar el famoso tratado de las *Reglas y ejercicios de la vida santa*, de tapa a tapa, y no veremos que Jeremy Taylor pensara que la actividad del visitador de los pobres o la de la hija del Ejército de Salvación se elevara a la categoría de santidad.

Mi padre, pues, como un antiguo teólogo, concentraba sus pensamientos sobre el elemento intelectual de la fe. En la obsesión, cuya causa era yo para él, creía que si mi espíritu podía preservarse de los errores seductores del siglo, y mi corazón se ocupaba únicamente en la adoración apasionada de Dios, todo iría bien para mí perpetuamente. Estaba, además, convencido de que, consagrándose a dirigir mis pensamientos, los obligaría a correr por determinado canal, porque no había empezado a aprender la lección, tan desoladora para los santos de su temperamento, según la cual «la virtud no sería la virtud si no pudiera darse por una criatura a su semejante». Había reconocido, a su pesar, que la santidad no era hereditaria, pero continuaba esperando que podía ser coercitiva. Yo era todavía «el hijo de muchas oraciones», y era inadmisible que estas oraciones se pudieran quedar sin respuesta.

La suprema panacea era entonces, como siempre, el estudio de la Biblia, y mi padre no cesó jamás de exhortarme a él. Me regaló un ejemplar de la edición del Nuevo Testamento griego del Decano Alford, en cuatro tomos, y los había encuadernado tan lujosamente, que la obra, en el pobre estante en que ponía mis poetas de a seis peniques, brillaba como una duquesa entre campesinas. Me arrancó la promesa escrita de que traduciría y meditaría algunos versículos del texto griego todas las mañanas, antes de empezar mis tareas. Falté muy pronto a esta promesa, minadas mis buenas intenciones por un invencible fastidio.

Le oculté esta traición, y el sentimiento de que engañaba a mi padre emponzoñaba mi conciencia. Pero el dilema planteado entonces ante mí no tenía, en casos semejantes, sino una solución posible: o engañar a mi padre o paralizar mi individualidad.

Mi alejamiento creciente de las Santas Escrituras comenzaba a ocupar mis pensamientos, y a sorprenderme tanto como me escandalizaba. Deseaba sinceramente que continuasen haciendo mis delicias aquellas páginas sagradas por las que conservaba aún una veneración instintiva. Sin embargo, no podía menos de observar cuán diferentes eran, de una parte, el ardor con que me apoderaba de un volumen de Carlyle o de Ruskin—esos magos que hasta entonces no se me habían revelado,—y de otra parte, la creciente languidez con que tomaba un volumen de la edición Alford para mi «pasaje» diario. Evidentemente, a mi pesar, y aunque creyese criminal mi avaricia, la razón verdadera por la que encontraba ahora la Biblia tan difícil de leer, no era otra que mi familiaridad con su contenido. Tenía éste la vulgaridad incolora de una historia cien veces repetida. Suspiraba por algo nuevo, algo que satisficiera mi curiosidad y me produjese sorpresa. Que las doctrinas y los hechos contenidos en la Biblia fuesen verdaderos o falsos, la cuestión no me preocupaba. Pero se me habían presentado tan a menudo, se habían arraigado tan profundamente en mí,

que, como han dicho, «yacían inertes en el dormitorio del alma», y no me hacían ya ninguna impresión.

Me he asombrado a menudo, y todavía soy incapaz de comprender que mi padre, durante el curso de su larga vida o casi hasta el final, no cesara de sentir un vivo placer en la lectura de la Biblia. Como ya creo haberlo dicho, desde antes de la edad madura había prácticamente confiado a su memoria el contenido entero de los Santos Libros, hasta el punto de que, partiendo de donde se quiera, aunque fuese en medio de uno de los poetas menores, podía continuar sin interrupción todo el tiempo que gustara prolongar este ejercicio. En ningún momento le pudo, pues, abrumar la saciedad de que he hablado. El que yo la experimentase tan pronto, es sencillamente indicio de una diferencia de temperamento. No era posible, ni aun a través del cristal ahumado de la correspondencia, engañar en esto la mirada de águila de mi padre, y, en consecuencia, sus sospechas tomaron otro giro. Se imaginó que yo había sido o estaba siendo una víctima de la «infidelidad del siglo».

Ante esta nueva dificultad, recurrió a producciones de la literatura de entonces, a cuyo lado las páginas menos atractivas del Levítico o del Deuteronomio me parecían verdaderamente palpitantes. En particular, me recomendó leer una obra que acababa de aparecer, titulada: *La Continuidad de las Escrituras*, y cuyo autor, William Page Wood, fue, más adelante, Lord Chancellier Hatharley. No sé por qué suponía mi padre que las lucubraciones de un jurisconsulto eminente, formuladas en un estilo que recordaba la caída del serrín al serrar madera, me pudieran producir emociones que la brillante retórica del Oriente no había logrado despertar. Es que Page Wood había sido durante treinta años director de una escuela dominical, y a mi padre le impresionó siempre con exceso la penetración de espíritu de los piadosos hombres de ley.

A medida que pasaba el tiempo, que yo crecía, y se hacía mi espíritu más independiente, la ansiedad de mi padre, res-

pecto a lo que llamaba «los lazos y las emboscadas que rodean por todas partes a la descuidada y atrevida juventud de Londres», llegó a serle extremadamente penosa. Reflexionando en su fuero interno sobre estos «lazos»—que evocaban en mi imaginación una viñeta en madera, groseramente grabada, de una antigua edición de Bunyan, en la que se veía un demonio haciendo cabriolás encima de una especie de caja delicadamente metida en el suelo,—mi padre concluyó por colocarse en una disposición de espíritu que no dejaba de ser muy irritante para su infortunado corresponsal, ahora ciertamente cogido en el lazo, enganchado por su pluma como un pájaro por las patas y sin ningún medio de escapar. A cada picotazo, a cada batimiento de alas, el implacable pajarero contestaba:

«Me acusas de ser receloso, y temo no poder rechazar la acusación. Pero puedo presentar a tu espíritu sensible y reflexivo estas excusas, dignas de consideración: el profundo y tierno amor que te tengo, tu juventud y tu inexperiencia, los ejemplos de los otros jóvenes, su alejamiento de los consejeros que son los padres, nuestra absoluta y penosa ignorancia de todos los detalles de tu vida cotidiana, excepto los que nos das tu mismo... Trata de ponerte en la situación de tu padre, y juzga si mis sospechas son irrazonables. Reconozco con alegría que, por lo que veo, prosigues la carrera virtuosa firme y dignamente. Mis sospechas tienen un lado bueno, hacen que me envíes, de vez en cuando, seguridades, que son para mí de un gran consuelo. Además, me conducen a acercarme en tu favor al divino Trono de Gracia. El santo Job sospechaba que sus hijos habían cometido algún pecado, y maldecido a Dios en sus corazones. ¿No era su sospecha semejante a la mía, fundada en los mismos motivos y fecunda en análogos resultados? Porque te condujo a interceder cerca de Dios. He citado anteriormente el ejemplo de este patriarca, y permitirá que nos miremos todavía en él.»

En efecto, el santo Job continuaba siendo mirado, y llegué a tener a este patriarca un odio tan feroz como inmerecido.

¿Pero quién es el joven de diez y ocho años que aceptara gustoso que se le comparase con los hijos de Job? Y ciertamente, por mi parte, me hallaba mucho más parecido con aquel otro personaje justamente exasperado que era Elihu el Bucida, de la familia de Ram.

A medida que transcurría el tiempo, la inquisición singular de que era objeto aflojó su esfuerzo, y sufrí cada vez menos los tormentos de la correspondencia religiosa. Nada soporta una tensión violenta continua, y mi padre, por animoso que fuese, tenía otras preocupaciones. Sus orquídeas, su microscopio, sus investigaciones fisiológicas, sus interpretaciones de las profecías, llenaban las horas de su vida activa y enérgica, y lejos de sus miradas, sino ciertamente lejos de su espíritu, había yo cesado de estar con una preeminencia enojosa. Sin embargo, aunque la reiteración de su ansiedad hubiera podido cansarle un poco, como me había cansado a mí hasta hacerme lanzar gemidos de desesperación, no hubo la más ligera modificación en su manera real de ver las cosas, ni en su actitud conmigo.

Ya he tenido ocasión de decir que mi padre no tenía nada de rústico o de visionario. En ciertos momentos y en ciertos casos, deseaba ardientemente que pudiesen todavía ser dispensados a los fieles signos y prodigios como los que asombraron y alentaron la infancia de la Iglesia cristiana. Pero no tenía la pretensión de ver él mismo semejantes milagros, y no daba menor crédito a los que afirmaban haberlos visto. Felicitábase a menudo de que su cerebro, aunque constantemente absorto en las cosas espirituales, no se hubiese visto nunca arrastrado a suspender de una manera cualquiera sus funciones racionales.

Sus interrogatorios por cartas fueron menos apremiantes, pero durante los pocos días de verano que acostumbraba a pasar en Devonshire, tuve que sufrir de manera aguda dialécticas de mi padre. Estaba rodeado de campesinos que eran incapaces de argumentar con él. En el seno de aquella asamblea,

hasta un adolescente sin ningún deseo y recién llegado de Londres, le ofrecía ocasión de agradables debates. Declarábase presto a discutir; más aún, anhelaba hacerlo. Con sus mangas intelectuales remangadas, tomaba una actitud de combate, y me provocaba a un asalto sobre una parte cualquiera del Plan de la Gracia. Su ardimiento me asustaba. Sus golpes, bien dirigidos, daban en una vejiga o un almohadón, más bien que en un bravo antagonista.

Y ciertamente, yo al descubierto, él acorazado por completo con su cota de mallas, se prevalía de las más injustas ventajas, porque había adoptado un método que yo estimaba, y tengo que estimar todavía, desleal en extremo. Pretendía tener un conocimiento personal de la voluntad divina, y, a mis argumentos contemporizadores contestaba con declaraciones solemnes: «¡Tan ciertamente como que Dios está vivo!», o con llamamientos a una autoridad superior: «¿Pero qué me dice *mi* Señor en la Epístola de Pablo a los Filipenses?» El privilegio de su fe era saber, y el de su carácter, aplastar las objeciones; entre estas dos fuerzas, quedaba yo rápidamente reducido a polvo.

Estas discusiones, según el irónico término con que se las designaba, terminaban invariablemente con un desastre para mí. Era expulsado de mi fortaleza de papel, mis murallas de tela vacilaban al primer són del clarín paternal, y el adversario me perseguía a través de la llanura de Jericó hasta caer ignominiosamente al suelo, cubriéndome la faz. Parecíame que me perseguían cuernos de hierro semejantes a los que preparó Sedecías, el hijo de Kenaana, para animar a Achab.

Cuando me daba por vencido y pedía cuartel, mi padre se ponía radiante, y creo oír todavía su voz llena, tan penetrante, tan cálida, tan penosa a mis nervios demasiado tirantes, hacer explosión en una especie de bendición al final de estas disputas que no interesaban más que a mí solo: «Me arrodillo ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, para que se digne concederte según las riquezas de su gloria el ser poderosamen-

te fortificado en el hombre interior; pueda Cristo habitar en tu corazón por la fe; puedas tú, arraigado en el amor y fundado en El, ser capaz de comprender, con todos los santos, lo que es la largueza, la longanimidad, la profundidad y la elevación del amor de Cristo superior a toda inteligencia, a fin de poder estar lleno de la plenitud de Dios.»

Mi padre solía ponerse así, solemne y ceremonioso, sin la menor advertencia, y en circunstancias sencillas y familiares desbordaba repentinamente de emoción, como una piscina invadida y llena con exceso por una invisible entrada de agua.

Deseo vehementemente que ninguna huella de esa absurda conmiseración hacia sí mismo, que podría fácilmente empañar recuerdos de esta naturaleza, venga a dar a los míos un color falso. Mi padre, que se me deje declararlo una vez más, no solamente se interesaba en cuestiones religiosas. Por aquella época, en particular, se dedicó a la acuarela al aire libre, y se puso a un estudio asiduo de la botánica. No era un monómano fanático. Sin embargo, en todo lo que hacía y decía se encontrába su preocupación capital. El lo reconocía francamente: «Para mí, confesaba él, toda cuestión requiere ser considerada desde un punto de vista divino, y la resolución no puede ser satisfactoria sino cuando no pierda de vista el trono de lo Alto desde el que Cristo formula sus fallos.»

Mi padre sosteuía esta manera de ver, tratárase de poesía, de la sociedad, de la guerra de Prusia con Austria o del estambre de una flor silvestre. Una vez por lo menos, tuvo conciencia del efecto de cansancio que producía esta insistencia sobre mi temperamento, porque, alzando sus grandes ojos oscuros, por los que pasó el relámpago de una sonrisa, cerró de pronto la Biblia que acababa de comentar muy largamente, e hizo esta cita estupenda de Virgilio:

Claudite jam rivos, pueri: sal prata biberunt (1).

Estas eternas conversaciones sobre asuntos religiosos no

(1) Niños, cerrad los arroyos; los prados han bebido bastante.

eran probablemente el aspecto menos incomprensible del carácter paternal, gracias a la educación evangélica a que fuí sistemáticamente sometido. El efecto era, no obstante, menos intolerablemente fastidioso, y creo que hubiera exasperado aun a aquel que estuviese dotado de una real y robusta piedad. Para mí, en quien agonizaba una débil fe imitativa, tal insistencia me era profundamente vejatoria. Llevóme, ¡ay! a prosternarme a menudo en la casa de Rimmon, a dar pruebas de una hipócrita ingeniosidad para desviar, en lo posible, la atención de mi padre cuando advertía yo la inminencia y la proximidad del tema que me esperaba. En esto, mi madrastra me favorecía con su ayuda; aludía a otro asunto capaz de interesar a mi padre, y lo hacía con una habilidad de prestidigitador mundano que la valía mi gratitud maravillada. Aunque dispuesta ella a acudir de aquella manera en socorro de mi debilidad, no había, sin embargo, inteligencia entre nosotros. Siempre, cuando estaba a solas conmigo, decía de mi padre, que era aquel «cuya trompeta daba un sonido puro y claro». No había la menor huella de infidelidad en la superficie de su alma cándida; pero creo que a veces languidecía de tedio.

Mi padre carecía por completo de esa prudencia que os lleva a desviar la mirada y a pasar lo más rápidamente posible a la dirección opuesta. El drama particular que acoge toda suerte de desgracias sociales antes que admitir la posibilidad de la dicha para los hombres capaces de «vivir una mentira», no había sido imaginado entonces, y no se podría concebir un hombre más diferente de mi padre que Ibsen. Y sin embargo, cuando, mucho más adelante, me ocurrió leer el *Pato salvaje,* los recuerdos del interior familiar desconcertante que fue el de mi infancia, me ayudaron a comprender el personaje de Gregers Werle y su determinación de arrancar el velo de ilusión de todos los compromisos que hacen soportable la vida.

Yo era dócil, usaba de argumentos plausibles, no era nada quisquilloso; si mi padre se hubiera decidido a dejarme a mí mismo; si hubiera podido sencillamente dejar voluntariamen-

te sin analizar mis subterfugios y explicaciones, todo hubiese ido bien. Pero se negaba a ver ninguna diferencia entre un muchacho de veinte años y un hombre de sesenta. No tenía profundas simpatías por la juventud que, en sí misma, carecía de todo encanto para él. No tenía ninguna compasión por la debilidad de lo que todavía no ha llegado a la madurez, y su sola y única ansiedad era encontrarse, al final de su viaje espiritual, en seguridad conmigo en la casa, «donde hay varias moradas». Los incidentes de la vida humana, el trayecto del camino que llevaba a la gloria, no eran nada para él.

Mi padre gustaba, muy especialmente por aquella época, de precisar su actitud respecto de Dios, y no se cansaba nunca de estimular en mí la misma ambición. Considerábase como el fiel intendente de un Amo que podía llegar de un momento a otro y que pediría cuentas de todo. Este amo era Dios, con el que mi padre creía seriamente estar en relaciones mucho más confidenciales que las de las otras personas piadosas. Aguardaba, con una esperanza «ansiosa la venida del Señor», acontecimiento que, diferentes veces, creyó inminente. Calculaba la fecha exacta, ateniéndose a las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento; pasaba la fecha sin el Advenimiento esperado, y mi padre se mostraba más que decepcionado; estaba exasperado. Luego se daba cuenta de que había habido en su cálculo un ligero error, y los placeres de la anticipación volvían a empezar.

En todo esto, trataba conmigo como con una especie de coadjutor inferior, algo a la manera con que un alto servidor responsable trataría a un ayuda de cámara. También yo debía velar. Nada importaba que me absorbiesen seriamente asuntos personales. Debía estar preparado para la venida del Amo, y el incesante interrogatorio de mi padre lo llevaba con el espíritu de un mayordomo que le atormenta el temor de que esté descuidada alguna parte esencial del trabajo de la casa.

Mis vacaciones y todas mis relaciones personales con mi

padre estaban envenenadas por esa insistencia. Nunca me sentía a gusto en su compañía. Continuamente esperaba una serie de preguntas apremiantes, que no podría eludir. Al mismo tiempo, adquiría yo confianza en mí y respeto por la opinión ajena, lo que ocurre naturalmente a un joven de costumbres serias que, con su trabajo, subviene a sus necesidades y lleva una vida independiente. Hacía esta independencia particular, aunque la reconociese gustoso desde los otros puntos de vista; mi padre no sentía respeto ni consideración alguna en cuanto se abordaba la cuestión religiosa. Y entonces, por primera vez, se me ocurrió una reflexión que había de hacer varias veces después y con acento cada vez más triste: ¡qué compañero tan encantador, qué pariente tan delicioso, qué amigo tan afable y simpático hubiera sido mi padre, a no ser por aquella austera piedad que debía arruinar todo!

Que se me permita expresarme con toda franqueza. Después de mi larga prueba, después de mi paciencia y longanimidad, tengo seguramente el derecho de protestar contra la mentira, y quisiera poder emplear otra palabra, de que la religión evangélica o cualquiera otra religión que se afirma por la coacción que impone, sea, para la vida humana, un ayudante saludable, estimable o apetecible. Una religión así divide los corazones. Instituye un ideal vano y quimérico, a cuya estéril persecución todos los afectos indulgentes y tiernos, todo el fuego vivificante de la vida, todos los exquisitos placeres y las dulces resignaciones corporales, todo lo que endulza y ensancha el alma, se sacrifican a cambio de lo que es duro, vacío y negativo. Alienta un espíritu de condenación severo e ignorante; desarregla por completo el saludable mecanismo de la conciencia, inventa virtudes estériles y crueles, como inventa pecados que nada tienen de tales, pero que ensombrecen con inútiles nubes de remordimientos el cielo de la inocente alegría. Si nos esforzamos en mirarle de frente, convendremos que hay algo horrible en ese fanatismo, que se limita a considerar esta existencia patética y fugitiva que es la nues-

tra como la antesala incómoda que se abre sobre un palacio que nadie ha explorado, y cuyo plano nos es enteramente desconocido. Mi padre, cierto es, pretendía de buena fe que estaba íntimamente familiarizado con la disposición y el mueblaje de aquella morada, y que deseaba verme suspirar exclusivamente por la dicha de residir en ella eternamente.

Entonces llegó un momento en que mi orgullo se rebeló contra la vigilancia policíaca de que eran constantemente objeto mis «maneras de ver». Hubo una mañana, en el invernadero de la casa—entre las magníficas orquídeas que recordaban a mi padre su juventud en los trópicos,—en que mi longanimidad, tal vez mi timidez, me abandonaron. Quizá pudo influir algo en ello la atmósfera pesada, penetrada por los embriagadores perfumes de aquellas flores. Mi padre, una vez más, me hacía sufrir el habitual interrogatorio: «¿Marchaba yo estrechamente unido con Dios? ¿Era claro y vigoroso mi sentimiento de la eficacia de la Expiación? ¿Tenían todavía a mis ojos su plena autoridad las Santas Escrituras?» Mis respuestas, esta vez, fueron violentas y nerviosas. No me acuerdo con claridad de lo que dije entonces, y no deseo traer a mi memoria las frases entrecortadas de sollozos en que suplicaba que me dejasen a mí mismo, en que reivindicaba el derecho de pensar por mí mismo, en que rechazaba la idea de que mi padre fuese, ante Dios, responsable de mis secretos pensamientos y de mis convicciones más íntimas.

No replicó nada. Salí del horno embalsamado del invernadero, y metí mi cara en la fresca hierba del césped. Mi estancia en Devonshire, ya cerca de su fin, fue precipitadamente abreviada. Apenas llegué a Londres cuando la carta que sigue, furiosamente lanzada sobre las huellas del fugitivo, venía a clavarse como una flecha en mi corazón:

«Cuando tu santa madre murió, no solamente te confió tiernamente a Dios, sino que te dejó a mí como una carga solemne para educarte con arreglo a la disciplina y el consejo del Señor. Constantemente he tratado de tener presente esta

responsabilidad; puedo afirmar que siempre lo ha estado, y en mi elección de un ama de gobierno, y en mi elección de un colegio, y en la organización de tus vacaciones, y en mi elección de una segunda esposa, y en mi elección de una ocupación para ti, en mi elección de un albergue para ti, y, en fin, en una porción de cosas sin importancia, siempre he tratado de obrar para ti, no a la luz de este mundo presente, sino en vista de la Eternidad.

»Antes de que tu infancia hubiese transcurrido la bendición manifiesta de Dios pareció acompañar nuestros cuidados, porque verdaderamente pareciste haberte convertido a Él; confesaste, en tu bautismo solemne, que habías muerto y resucitado con Cristo, y fuiste recibido con alegría en el seno de la Iglesia de Dios como un vivo resucitado de entre los muertos.

»Todo esto llenaba mi corazón de alegría y de gratitud, siempre que pensaba en ti. ¿Cómo pudiera haber sido de otra manera? Y cuando te dejé en Londres, una triste tarde de invierno, mi corazón, lleno de un amor desolado, halló un refugio, y su recurso en el pensamiento de que tú eras uno de los corderos del rebaño de Cristo, sellado como Sien por el Espíritu Santo, renovado en tu corazón por la santidad, a imagen de Dios.

»Durante un tiempo, todo pareció ir muy bien. Ciertamente, deseábamos vivamente descubrir más de tu corazón en tus alusiones a las cosas religiosas; pero tu manera de expresarte era filial y afectuosa; tu conducta, por lo que podíamos darnos cuenta, era moral y buena; te mezclabas con el pueblo de Dios; hablabas de la delicia y del provecho que hallabas en sus mandamientos, y empleabas tu talento en su servicio.

»Pero recientemente, y con especialidad en el transcurso del último año, se ha manifestado un rápido progreso hacia el mal. Y aquí te ruego que te interrumpas para mirar de nuevo a Dios, a fin de obtener la gracia de pesar lo que voy a decirte; de otro modo, estallará la cólera.

»Cuando viniste a casa este verano, el golpe abrumador

cayó de pleno sobre mí; descubrí lo muy alejado que estabas de Dios. No es que hubieses cedido al curso impetuoso de la sangre de la juventud, y que hubieras caído víctima de los apetitos carnales; en este caso, por triste que fuese, tu conciencia iluminada hubiera hablado altamente, y hubieras encontrado el camino que te habría llevado a la sangre que nos purifica de todo pecado; a la humilde confesión, al mismo tiempo que al rebajamiento voluntario, al perdón y a una comunión nueva con Dios. No era esto, era peor. Era esa espantosa, esa insidiosa infidelidad, que había realizado ya su obra con terrible energía en tu espíritu y en tu corazón. Y era peor aún, ciertamente, sí, porque esa infidelidad destruye los cimientos mismos de la fe sobre los que debe descansar toda verdadera piedad, toda religión real.

»No parecía que quedase nada a lo que yo pudiera apelar. Veía que no teníamos ya ningún terreno común. Las Santas Escrituras no tenían ya ninguna autoridad; habías aprendido a eludir su inspiración. ¿Te apremiaba un oráculo particular de Dios? Te lo explicabas de manera que te desembarazases de él. Y hasta pesabas el carácter de Dios en la balanza de una razón mezquina, y la arreglabas en consecuencia. Descendías así la rápida corriente del tiempo hacia la eternidad, sin un solo guía autorizado, arrojado el mapa por la borda, no teniendo, para dirigirte, sino lo que tú mismo podías forjar en tu propio yunque, es decir, lo que tú podías *conjeturar*.

»No creas que me expreso así en un movimiento de cólera, y que empleo palabras que no podrían justificarse. Si la Palabra escrita no es una autoridad absoluta, ¿qué sabemos de Dios? ¿Qué podemos hacer sino inferir de los fenómenos oscuros y mudos que nos rodean, es decir, conjeturar como conjeturaban los paganos: Platón, Sócrates, Cicerón? ¿Qué sabemos nosotros de la Eternidad? ¿De nuestras relaciones con Dios? ¿Y especialmente de las relaciones de un pecador con Dios? ¿Y de la reconciliación? ¿Qué sabemos nosotros de esta cuestión capital: cómo un Dios, de una rectitud perfecta e inma-

culada, puede habérselas con un pecador corrompido, que ha hollado hasta las leyes que estaban escritas en su conciencia?...

»Luego de haber orado mucho, había tomado la resolución de pasar enteramente en silencio tu espantosa conducta; pero las preguntas, aparentemente sinceras, sobre la causa de mi pena, me han hecho llegar hasta los orígenes, y no podía evitar el desarrollo que tiene esta carta. Con dolor, pero sin ira, te la envío, esperando que podrás examinar de nuevo, bajo la mirada de Dios, el curso entero de los acontecimientos de los que esto no es más que una fase. Si se te concede esta gracia, ¡oh!, con qué alegría sepultaré todo lo pasado, para tener de nuevo, como antiguamente, una dulce y tierna intimidad con mi queridísimo hijo.»

El lector que me haya hecho la merced de seguir este relato del choque de dos temperamentos, no dejará de advertir la importancia suprema de la carta que acabo de citar largamente. Reúne, con la mayor lógica, la historia entera de lo ocurrido, y puedo dejarla como epígrafe de este libro.

No necesito añadir nada, si no es para hacer observar que cuando se lanza un desafío semejante a la inteligencia de un joven digno y reflexivo, sometido a los impulsos normales de los veintiún años, no hay más que dos alternativas posibles: o bien tendrá que dejar de pensar por sí mismo, o bien se confirmará en todo su individualismo, al mismo tiempo que se acentuará formalmente la necesidad de la independencia en materia religiosa.

Ningún compromiso se me ofrecía, como se ha visto; ninguna proposición de tregua hubiese sido aceptable. Este era un caso de «Todo o Nada»; y así, provocado hasta la desesperación, el joven emancipó de una vez por todas su conciencia del yugo de la «consagración», y, tan respetuosamente como le fue posible, sin jactancias ni recriminaciones, usó del privilegio que todo hombre tiene de moldear su vida interior.

EDMUNDO GOSSE

FIN

LA AMÉRICA MODERNA

Roosevelt en la Argentina. Sus conferencias. Ataques a las instituciones de los Estados Unidos. La condenación de los socialistas. El Dr. Zeballos y la doctrina de Monroe ante Roosevelt. Declaraciones trascendentales. La oratoria norteamericana y la argentina.—Los progresos cívicos en la Argentina. La ley Electoral vigente y sus orígenes, según Levillier. El voto secreto.—El castellano en América. Los editores de París. Los monjes franceses en Buenos Aires. Españolismo de los dominicos.—El castellano en las escuelas de los Estados Unidos. Comercio americano.—La tagua ó marfil vegetal. Obtención y empleo industrial.

Míster Roosevelt ha dado tres conferencias importantes en Buenos Aires. Visitó esta ciudad después de haber pasado por otros lugares de la América española. De todos los actos del famoso ex-presidente de los Estados Unidos, ninguno ha sido tan significativo como el que ha realizado en la Argentina. Se ha mostrado como diplomático y como político norteamericano.

En el Brasil tuvo frases y conceptos que, de haberlos repetido en la Argentina, hubiesen provocado muestras bien claras de desagrado; pero el ex-presidente calló, y ya no se acordó de que había pasado por el Brasil.

El indudable alcance político de las conferencias de Roosevelt ha contribuído enormemente a rodear de importancia su visita y despertar algo más que la curiosidad en los argentinos.

Bueno será transcribir una observación hecha a propósito del viaje que nos ocupa, y que constituye una alusión para algunos emigrantes intelectuales y temporales de la vieja Europa.

Dice así:

«Al fin y al cabo, Roosevelt es un personaje de celebridad universal indiscutible; un genuino representante de su pueblo y de su raza; un hombre cuya acción, en bien o en mal, se ha dejado sentir muchas veces sobre todas las naciones civilizadas, y que no ha llegado a este país en busca del vellocino de oro, ni para sonsacar dinero a nadie, mientras que los Ferri, Murri, Clemenceau, Jaurés (aquí endilga el escritor algunos nombres españoles bien conocidos) han venido a estas tierras con todos los arreos de emigrantes intelectuales y con el deliberado intento de embolsarse unos centenares de pesos explotando la ciencia, el arte, la palabra y la pluma, si no otras cosas que conviene más no decir. Y es claro que se ha de acoger de muy distinto modo al individuo que visita nuestra casa a título de leal amigo y cumplido caballero, que al farsante que golpea la puerta vendiendo quincalla científica o mendigando una limosna con altanería.»

Las primeras declaraciones de Mr. Roosevelt contribuyeron igualmente a aumentar la expectación, dado que él mismo recomendaba su discurso.

«No diré que el discurso que tengo preparado sea un gran discurso; pero sí aseguro que es lo mejor que yo puedo hacer. No me he creído dispensado de dirigirme a vosotros con menos cuidado que el que puse al hacer uso de la palabra ante las Universidades de la Sorbona y Oxford, y cuando hablé en Berlín, por invitación del Kaiser.»

El ex presidente habló en inglés, y ante un público que hablaba el español. Para un propagandista no es conveniente el expresarse en idioma distinto del que habla y entiende el auditorio; esto hace pensar que Roosevelt, si no habló en español o en francés, fue porque no entraba en su cultura el conocimiento de tales lenguas, cosa que no abona gran cosa a un

hombre de Estado. Si un argentino hubiese hablado, Sáenz Peña, por ejemplo, en español en los Estados Unidos, y en ocasión análoga, habría sido tildado de inculto e incapaz.

Una de las conferencias versó sobre la democracia y las reformas más urgentes que se habían de realizar en la Constitución americana, tema que escogió Roosevelt para que su afortunado contrincante, el presidente Wilson, se enterase, aunque no interesara gran cosa a los argentinos las querellas de los políticos norteamericanos. Bien examinados los conceptos expuestos por Roosevelt, resultan vulgares y de escasa consistencia científica, representaciones generales que se encuentran en la superficie de un cerebro cualquiera, aunque sean dichas con la petulancia de un gallo, por más que la intención del orador haya sido el resultar elocuente.

En la conferencia política expuso el ex-presidente norteamericano un programa político para su país, más bien que un tema de cultura científica. Además, hizo su biografía al exponer y recomendar las cualidades que había de poseer un estadista. Recuerda tal proceder lo que hizo Mirabeau cuando ante la representación nacional hacia su retrato al describir las cualidades exigibles en el político cuya exaltación iba a votarse. Al escuchar tales palabras, que envolvían pretensiones muy claras, dijo el célebre abate de aquella Asamblea francesa, completando un párrafo de las descripciones de Mirabeau «... y picado de viruelas». El picado de viruelas era Mirabeau. El hombre que Roosevelt pedía para los Estados Unidos, era Roosevelt.

Por considerarla de importancia la opinión en contra de la existencia de la Corte Suprema expuesta por un político norteamericano, conviene señalar que Roosevelt calificó la Corte Suprema como antidemocrática y conservadora. Los comentaristas la han juzgado así:

«Al establecer una autoridad judicial central, se han tenido presentes dos fines igualmente importantes y fundamentales en un gobierno libre. El primero consiste en el ejercicio re-

gular de todos los poderes del gobierno; el segundo, en la uniformidad de interpretación y de acción de estos poderes. El poder de interpretar las leyes comprende necesariamente el de decidir si son o no conformes a la Constitución, y en este último caso declararlas nulas sin ningún valor. Como la Constitución es la ley suprema del país, si un conflicto surge entre ella y las leyes del Congreso, o de los Estados, la autoridad debe seguir solamente aquella que es de obligación principal, es decir, la Constitución. Este último punto resulta de la teoría de una Constitución republicana, porque de otra manera los actos de las autoridades legislativas y ejecutivas, serían inatacables y fuera de toda fiscalización; a pesar de las prohibiciones y de las restricciones contenidas en la Constitución, las usurpaciones menos equívocas y las más peligrosas tendrían lugar, sin reparación posible. De esta manera el pueblo estaría a la merced de los gobernantes en el gobierno nacional como en el gobierno de estados; resultaría de hecho una omnipotencia semejante a la del Parlamento inglés. La opinión general en América ha decidido que el poder judicial debe pronunciar el último fallo sobre la constitucionalidad de los actos y de las leyes del gobierno federal y de los Estados, a lo menos, en tanto cuanto den ellos margen a un debate judicial (o sea un pleito). De aquí se sigue que, cuando estas leyes y estos actos están sometidos a la apreciación del poder judicial de la unión, el juicio debe ser definitivo; si de otra manera fuere, las decisiones judiciales caerían en el desprecio, y lo poderes legislativos y ejecutivos dominarían exclusivamente.(1).»

La segunda conferencia de Roosevelt versó sobre unas divagaciones filosófico-histórico-político-económico-religiosas. El método no aparece por ninguna parte, pero insistimos en lo dicho: tienen importancia las opiniones de Roosevelt, no por su fundamento científico, sino porque representan el pensar de un

(1) J. Story: *Comentario sobre la Constitución federal de los Estados Unidos.*

hombre que refleja la opinión de gran parte de sus compatriotas, a más de dar un claro espécimen de la formación de los estadistas norteamericanos.

En esta conferencia lo más culminante fue la condenación de las pretensiones socialistas. Había que luchar contra los socialistas, decía Roosevelt, «que sostienen una política no sólo impracticable, sino también odiosamente repulsiva por su sólida inmoralidad; que predican la abolición de todo lo bueno que la humanidad ha conseguido lenta y dolorosamente en su distinta, vacilante y esforzada carrera hacia la altura, a través de las edades; y que propagan la peor forma de injusticia, cual sería la que hiciera que el hombre cosechara donde no ha sembrado, repartiendo los resultados por partes iguales sin consideración a la desigualdad del servicio que cada uno hubiera prestado para asegurarlos; y, «contra quienes se proponen detener todo esfuerzo hacia la altura y rebajar el nivel hasta el lote común de la humanidad; soportando para siempre una vida encadenada y sin esperanzas, vida que sería intolerable para cualquier espíritu libre e intrépido, capaz de abrigar altas aspiraciones».

Debemos disculpar al ex-presidente norteamericano del rigor con que trata a los socialistas, sin rozar el avance moral que representa la concepción pura del socialismo. Se trata de un norteamericano, y los norteamericanos no pueden comprender el socialismo como los europeos. Un socialista de tanto valer científico como el alemán Werner Sombart, examina las causas por las cuales no existe el socialismo en los Estados Unidos, y demuestra por qué el espíritu del socialismo alemán no arraiga en América del Norte. El hecho es que resulta algo extraño para la mentalidad del yanqui la concepción socialista.

Parece ser que los elogios recibidos por Roosevelt con ocasión del discurso o, mejor, diatriba contra los socialistas, se explican por circunstancias puramente locales. Los socialistas han obtenido un triunfo en las últimas elecciones, y la opinión

del estadista norteamericano resulta una arma más para los adversarios.

Un acto de gran significación tuvo lugar cuando Roosevelt recibió la investidura de doctor en Filosofía y Letras, *honoris causa*, en Buenos Aires.

Hasta tal momento no se había dicho nada respecto de la magna cuestión panamericana. El Dr. Zeballos, uno de los más ilustres publicistas argentinos, abordó el tema en plena solemnidad, dirigiéndose al flamante doctor *honoris causa*. Elogió la doctrina de Monroe, pero negó el valor práctico considerándola inaplicable a la Argentina. «Porque—decía el Dr. Zeballos—la República Argentina ha concluído su evolución civilizadora, y es un país respetado y que sabe hacerse respetar, digno del respeto del mundo.»

. . . . . .

«¡Somos una nación orgánica, somos una nación responsable ante la civilización! No tememos agresiones a nuestro territorio, ni de Europa ni de América, y no hay el menor peligro de que nuestra integridad soberana pueda ser amenazada por nación alguna. ¡La actitud de Monroe no es aplicable, pues, a nuestro país! Y hago esta declaración invocando mi autoridad de decano de los profesores de Derecho Internacional privado de las Universidades argentinas, usando mi autoridad de miembro, electo dos veces, del Instituto de Derecho Internacional de Europa y de miembro de la segunda Comisión de dicho Instituto recientemente nombrada para dictaminar sobre los protectorados, las ocupaciones territoriales y las zonas de influencia de las potencias del mundo; y con estos títulos declaro que la República Argentina agradece el amparo de la actitud de Monroe, que en pasados tiempos nos fue necesaria y que ha dejado de serlo hoy, cuando culmina nuestra civilización.»

El público primero y la opinión después, se mostró entusiasmado ante declaraciones tan enérgicas, que ya era hora fuesen hechas solemnemente ante los grandes gobernantes de

los Estados Unidos. El Dr. Zeballos vino a decir lo que en buen romance puede llamarse una advertencia en toda regla contra la política de tutela y rapiña de los Estados Unidos con los demás Estados de América.

Después, la Prensa ha recogido lo que a título de contestación dijo Roosevelt.

«No sois solamente una de las grandes naciones del porvenir; ya sois una gran nación libre del presente. Estáis en pie de entera igualdad con las grandes naciones de la humanidad en cuanto a la extensión territorial, la estabilidad política, la viril energía, el desarrollo ordenado, el respeto patriótico de sí mismo y el derecho al respeto de otros. En cuanto a vosotros, tengo la convicción de que no es aplicable la doctrina de Monroe en el sentido de que los Estados Unidos del Norte sean sus únicos guardianes. No necesitáis protección. Sois capaces de ser los campeones de vuestra propia doctrina de Monroe. En otras palabras, amigos, habéis alcanzado tal grado de desarrollo, que en todas las relaciones internacionales entre la Argentina y los Estados Unidos, el tratamiento mutuo debe ser igual, fundado en la mutualidad exacta de respeto y de obligaciones.»

Menos mal si los demás hombres públicos de la gran República Norteamericana piensan lo mismo, y lo que dicen es lo que piensan; pero, ¡está tan claro el ejemplo que ofrece Méjico constantemente amagado por los yanquis!

Por todas estas razones, bien merecía una consideración especial el caso de Mr. Roosevelt en la Argentina.

El carácter latino-ibero estuvo representado ante Roosevelt por el Dr. Zeballos. Aquél, era el tipo psicológico de la mentalidad que más se compadece con el pragmatismo: carácter practico, calculador, frío, desprovisto de genio estético y de calor sentimental. Este, idealista, sentimental, intelectualista, artístico, elocuente. El mismo Roosevelt llamó a Zeballos «orador del día». Hablando como lo hizo el doctor argentino en representación de un claustro, echó, según algunos escriben, las

bases de un intercambio académico entre la Argentina y los Estados Unidos.

Tal vez se repetirá ante estas apreciaciones, sobre las cualidades oratorias del Dr. Zeballos, la infundada y vulgar objeción de que la oratoria es manifestación de una mentalidad inferior. No me explico que sea signo de inferioridad mental la cualidad de poder decir en voz alta y con ritmo musical, si se puede, lo que los pensadores que escriben confían al papel. El orador da siempre un hálito de vida, una palpitación a los conceptos que no consigue nunca el escritor. La dificultad está en que para ser orador se requiere una ideación rápida, cualidad poco común. No es aventurado el afirmar que los pueblos de vieja civilización, de larga evolución mental, son pródigos en oradores; los pueblos jóvenes suelen carecer de ellos.

Se reprocha a los españoles su afición a la oratoria y la constante práctica de la misma. Esto es un error. En ningún centro docente he visto mayor cantidad de oradores que en Alemania. Y la oratoria académica no es todo verbalismo literario. Recuérdese lo que a este propósito ha escrito el profesor Paulsen en su libro sobre las Universidades alemanas.

El Dr. Zeballos no sólo realizó ante Roosevelt un acto político de trascendencia mundial al arrancarle declaraciones sobre la aplicación de la doctrina de Monroe, sino que provocó un espléndido contraste entre la mentalidad anglo-sajona y la hispano-latina.

Es un anuncio de las creaciones futuras del genio de la raza trasplantado en América.

***

El progreso no debe medirse tan sólo por los avances materiales. Cuando se estudia el adelanto de algunos países americanos, se hace casi siempre una estimación económica de los mismos, que hay que completar con las consideraciones de carácter moral.

Por lo que a la Argentina se refiere, junto a las estadísti-

cas económicas habría que añadir la consideración de los avances culturales y cívicos. Esto es lo que un publicista argentino distinguido como Roberto Levillier ha realizado en algunas publicaciones suyas, de las cuales tomamos el siguiente estudio político, expuesto en el Ateneo de Madrid.

Levillier describe el estado caótico de la vida política antes de la gran reforma electoral vigente, que tantos bienes ha producido en aquella gran República.

La palabra partido—dice el publicista argentino—en aquella época no significaba necesariamente doctrinas, sino «particulares». No existía partido proteccionista, ni librecambista, ni conservador, ni republicano, ni demócrata, ni nacionalista; sólo personalidades, por lo general de gran talento, rodeadas de adherentes incondicionales. Y esos grupos perseguían todos el mismo objeto, o a lo menos aseguraban al público que lo perseguían: el de regenerar el medio político, de acordar la pureza de sufragio y de realizar la Constitución. Esos eran por entonces sus propósitos. Veamos, pues, ahora que conocemos los manejos corrientes en las altas esferas políticas, cuál era esa impureza de sufragio que los partidos opositores ambicionan suprimir.

Existía un especie de círculo, abierto día y noche. El Jefe responsable, sombra del Presidente de la República, era lo que se llamaba un as de partido; poseía una actuación que le indicaba como el más apto para ejercer el mando; gozaba de una situación personal prestigiosa que derivaba generalmente de sus cualidades oratorias, y de su capital político, representado por el atesoramiento de varios millares de libretas de electores, pacientemente acumuladas. Debía por definición poseer una experiencia profunda del mecanismo. Al ejercer la jefatura, perseguía por cierto un interés personal, como ser un Ministerio o una banca en el Senado, pero no exclusivamente; era un verdadero sport; halagaban a su espíritu las satisfacciones del mando, los preparativos de intrigas y las peripecias de la lucha. Su cargo no era obstáculo a que fuese Diputado, al

contrario; ese rango elevado le daba cierta impunidad, y le facilitaba el servir a esos intermediarios que después de haber tratado con el pueblo, que era en fin de cuenta la presa apetecida, traía a su amo contra un do-ut-des formal, el resultado de su propia cosecha.

Las reuniones políticas de los partidos opositores eran exactamente iguales. Y los métodos y los elementos no diferían. Pero mientras los oficialistas trabajaban todo el año, y conservaban sus partidarios por medio de concesiones y de amabilidades, éstos no abrían la guerra sino algunos meses antes de la elección, y no disponiendo de influencia alguna en las zonas administrativas, agotaban sus finanzas en vano. La carrera estaba ganada antes de corrida. El jefe del partido oficial podía sumar las libretas de cada comité y pronosticar de antemano la cifra de electores y el resultado.

El acto era una simple fórmula, la última escena de la larga parodia. Era una ceremonia de carácter grave, pero irresistiblemente cómica, por la ironía del contraste entre las apariencias y la realidad.

La Mesa electoral, compuesta de ciudadanos *supuestamente* porteados por el Poder ejecutivo, tenía ante sí un *supuesto* padrón de la circunscripción. Los comités proveían sus elementos de libretas de electores, que no conteniendo ni fotografía, ni filiación detallada, ni firma del dueño, podían distribuirse indistintamente al verdadero propietario o a un individuo cualquiera dispuesto a prestar ese servicio. El *quid* no era obtener los electores que correspondían a las libretas, sino ciudadanos que llevasen las libretas compradas por el partido a la Mesa escrutadora. Estratagemas audaces multiplicaban los esfuerzos; José González, después de haber votado bajo su nombre en una parroquia, llevaba la libreta de Juan Fernández a otra, y si se atrevía, se presentaba dos o tres veces disfrazado en la misma Mesa bajo nombres distintos. El padrón era muy viejo, de manera que se hacían votar a enfermos, a ciudadanos ausentes y a los mismos muertos.

Cuando la mayoría no parecía segura, el partido oficialista recurría a un sistema infalible. El presidente de la Mesa era casi siempre, gracias a una serie de intrigas preliminares, miembro de ese partido. Tenía, de acuerdo con la ley Electoral, la policía a sus órdenes. Las únicas personas que podían turbarle en la aplicación de dicho recurso eran los representantes de los partidos opositores y los fiscales. Cuando sentía que los elementos comprados por los adversarios podían llegar a ser superiores a los suyos, ponía en duda la idoneidad de todo elector y lo hacía prender por la policía y despedir, juntamente con el fiscal, que, por supuesto, no dejaba de protestar indignado. Habiendo así hecho tabla rasa de lo que podía incomodarle, y, de acuerdo con los otros miembros de la Mesa, volcaba el padrón, es decir, llenaba las inscripciones de votos con los nombres de todos los electores contenidos en el censo. Era rápido, categórico y definitivo. Los opositores tenían luego derecho de reclamar, pero era muy difícil, por no decir imposible, descubrir los autores de tantos fraudes desfachatados, ni había para ello, como es de suponer, muy buena voluntad en las esferas oficiales.

En las provincias, las costumbres políticas eran aún de un carácter más imperativo. El Gobierno encontraba al subir al Poder todo un mecanismo sabiamente organizado por sus predecesores, para aplastar las oposiciones y garantizar la obediencia. La mayoría del Congreso provinciano le respondía como respondía al jefe anterior; era la única forma para los diputados y los senadores de asegurarse la reelección y de conservar su capital político. Ese término no significa aquí libretas, sino situación, es decir, una influencia positiva sobre ciertos distritos de la provincia en que eran propietarios o amigos de estancieros. Si el diputado respondía al gobernador, el gobernador respondía al diputado; el primero le votaba sus leyes y le aseguraba la mayoría: el segundo le aseguraba, del mismo modo y con la misma mayoría, la realización de sus proyectos. Pero, en caso de discordia, el gobernador suprimía

las situaciones adquiridas con un revés de mano. Comenzaba por vaciar la municipalidad, pretestando irregularidades, y luego enviaba un comisionado, así como el ejecutivo nacional envía intervenciones a las provincias en caso de desórdenes. El representante del gobernador presidía las nuevas elecciones municipales, y, como es de suponer, los nuevos concejales eran todos, así como el intendente, fieles amigos del Gobierno, dispuestos a secundarlo, cuerpo y alma, en las siguientes elecciones de diputados al Congreso provincial. La conciencia de los electores se formaba por medio de insinuaciones amables del comisario de la región, las cuales se hacían insistentes cuando se tardaba en aceptarlas, y que se traducían en represalias disimuladas y en vejámenes, cuando se pretendía desatenderlas. Desprovisto, pues, del sostén de las autoridades en su propio distrito, no podía el diputado recuperar su antiguo prestigio, y debía, o renunciar a él o transigir con la voluntad del gobernador.

No se distinguía en la vida política general más que un abismo entre la doctrina y la realidad, una gran inarmonía entre las leyes y las costumbres, y el peso ya excesivo de las impertinentes arbitraridades oficiales.

Ascendió al poder Sáenz Peña en 1910, en condiciones favorables; la opinión estaba deseando una reacción en materia política; tenía por el candidato electo la mayor estima, y confiaba en las promesas hechas por él en su propaganda presidencial.

Sin embargo, no podía el Presidente—aun cuando llevara ya un programa definido—deshacer de entrada la red de costumbres ilegales tejida en tantos años de régimen anticonstitucional. Era necesario preparar el ambiente y no lanzar la reforma decisiva sino después de haber asegurado las estacas que habían de sostener el edificio.

Comprendió que debía no sólo modificar leyes y crear nuevas, sino, ante todo, corregir enérgicamente con el propio ejemplo las desviaciones producidas por prácticas anteriores.

Para demostrar su imparcialidad absoluta en materia política, rompió, al subir al Poder, todo lazo con el partido que había defendido y sostenido su candidatura. «Partido» significó hasta entonces en la Argentina «hombres», no «ideas». Sáenz Peña no renegó, pues, de sus ideas anteriores, sino que se limitó a no favorecer a los partidarios cuyo concurso había aceptado. Esa medida era de una importancia capital en un país donde, según la antigua tradición y un falso concepto de la lealtad, todo Presidente debía encumbrar con él los miembros de su partido a los más altos cargos del Estado. El quiso concluir de una vez con los compromisos que rebajaban al Poder ejecutivo y deformaban todos los rodajes de la organización. Al divorciarse con sus amigos, al despojarse espontáneamente de todos los apoyos que de hecho se ofrecían al Presidente, se lanzaba en el vacío, a riesgo de debilitar su acción personal. Pero pensaba para el Estado, y no en su presidencia, y al obrar en ese sentido fortalecía el Ejecutivo. Adoptó, además, un conjunto de costumbres saneadoras, desde largo tiempo reclamadas por la opinión: lejos de intimar con diputados, senadores y gobernadores, se aisló de ellos ostensiblemente, para evitar que le pidieran favores, para evitar familiaridades peligrosas y dejar a cada cuerpo de Estado su soberanía absoluta. Dedicó su acción inicial a demostrar que el Ejecutivo debía y podía gobernar sin el apoyo de grupos políticos, sin la amistad de las demás ramas del Estado, pero contando, sí, con el sostén de la opinión. Esto no sólo significaba la reprobación de un pasado vicioso; era algo más fundamental: *era conservar cada poder dentro del límite de las atribuciones señaladas por la Constitución;* era dar al pueblo la soberanía.

Sáenz Peña no engañaba al país al anunciarle que la Constitución sería su ley. Le hizo sentir que la reforma en vías de realización era el advenimiento de la legalidad; y al acercarse a la opinión pública para gobernar, al darle esa prueba de confianza y de estima, la elevaba por vez primera al rango supremo que debe ocupar en una democracia. Ese indicio de pensa-

mientos políticos superiores anunciaba a las claras que Sáenz Peña no se limitaría a reformar el espíritu del medio, sino que también reformaría las costumbres políticas de todo el país.

A raíz de una ley de censo militar, que fue enviada por el Ejecutivo al Parlamento, y sancionada, remitió luego la ley electoral tan esperada. Esta fue recibida en la rama legislativa con grandes resistencias, y esas se explican, pues un buen número de diputados y senadores electos en el régimen anterior entreveían el riesgo de perder su banca en futuras elecciones, si éstas habían de ser auténticas. Pero les era muy difícil fundar y exteriorizar públicamente su resistencia; por otra parte, la opinión se mostraba favorable a la nueva ley, aunque muy escéptica. En efecto, hasta la última hora duró la creencia de que todo sería inútil, que los antiguos políticos eran demasiado astutos y sabrían burlar la ley, que triunfaría la venalidad, que el pueblo no votaría y que resultaría, en suma, la reforma una vana tentativa.

La ley, que fue finalmente sancionada en ambas Cámaras, después de la brillante defensa que de ella hizo el ministro del Interior, Dr. D. Indalecio Gómez, estableció el voto obligatorio y secreto, con lista incompleta, escrutinio individual y representación de la minoría.

Las listas de Censo, utilizadas en el acto electoral, fueron hechas por oficiales del Ministerio de la Guerra, sujetos en caso de delito a las graves penas del Código Militar. Esta operación ofreció, pues, garantías de probidad, y suprimió del antiguo padrón, hecho caprichosamente por políticos oficialistas, los muertos que antes figuraban para el mayor provecho de los acaparadores de libretas.

Una multa de diez pesos o dos días de prisión castiga a los ciudadanos que, sin razón legal, dejan de votar. Los empleados públicos no pueden tomar parte en el manejo de las elecciones, ni aceptar una candidatura sin haber antes dimitido.

En el acto de la votación, el ciudadano debe presentar a la Mesa electoral de la parroquia en que vive su libreta, que ya

no es cívica, sino militar, y que lleva hoy su fotografía, sus señas particulares y sus impresiones digitales. El presidente, después de reconocer su identidad, le entrega un sobre vacío y le hace pasar a una sala aislada, en la que encuentra boletas de voto de todos los partidos. Ahí, sin testigo alguno, el elector hace su elección, coloca una boleta en el sobre, y a la salida echa en presencia de la Mesa el sobre cerrado en la urna.

El escrutinio es público, y lo hace una Junta electoral, compuesta del Presidente de la Cámara de Apelaciones, del Presidente del Concejo municipal y de un Juez federal. El Congreso es supremo juez de la validez de los diplomas.

El 7 de Abril de 1912, la elección de 60 diputados, es decir, la renovación de la mitad de la Cámara joven, vino a dar ocasión al pueblo de experimentar las virtudes de la nueva ley, y verificar las promesas de imparcialidad hechas por el primer magistrado. Los acontecimientos dieron razón a la ley, confirmaron la fe del Presidente en la opinión pública, y confundieron adversarios tradicionalmente victoriosos. Fue un despertar feliz. De 934.000 electores, 841.000 votaron en 4.650 Mesas, cuando antes apenas figuraba un 25 por 100 como votantes, en tanto que la gran masa de la nación permanecía en la abstención. El acto concluyó en el día sin presión oficial. El Presidente cumplió con su palabra: el sufragio fue libre. Ya dirían los resultados si era el sistema capaz o no de aniquilar los fraudes.

Fueron conocidos algunas semanas más tarde. Indicaban claramente las verdaderas simpatías populares, y señalaban hasta qué punto debió ejercerse la presión oficial en las elecciones anteriores, para llegar a paralizar los efectos de tan evidente unanimidad. Así es como en Buenos Aires, los radicales que no habían logrado entrar a la Cámara, en los últimos veinte años se llevaron ocho bancas de diputados y una de senador; los socialistas, dos bancas; la unión cívica, una, y la unión nacional, que antes las absorbía todas, por ser el partido oficialis-

ta, se llevó una sola, y esto gracias a los méritos y al prestigio personal del candidato que presentó.

Este resultado produjo una sensación de estupor y de íntimo júbilo; algo como si el pueblo hubiese recibido independencia moral, el sentimiento de que algo sucio acababa de morir, de que algo muy grande, limpio y luminoso acababa de nacer en la democracia. Es difícil con palabras expresar la impresión de orgullo que provocó en todos los medios la rehabilitación cívica tan ansiada. Y no es una exageración pretender que la fecha del 7 de Abril quedará en los anales de la evolución política argentina como una cima inolvidable.

Así describe una fase del progreso cívico de su patria el publicista argentino. La ley liberal es una realidad, y no una ficción. Los argentinos aman la ley porque es buena, y la respetan porque se hace amar y despierta una confianza absoluta.

Países hay en Europa que están muy lejos de alcanzar el nivel de pureza cívica que supone la sinceridad electoral.

*
* *

El castellano se ve combatido en la América española por las naciones de lengua extraña, concurrentes con España en el continente colombino.

Los franceses, sobre todo, se dan buena maña para esto. En París atraen a los escritores hispanoamericanos para que publiquen sus obras en francés, so pretexto de dar así a las obras un público más numeroso. Esto es discutible; pero aun con todo esto, es más la vanidad de los escritores de ver publicadas sus obras en París, que no otra cosa, lo que les impulsa a acceder a las demandas de los editores franceses.

Acaba de publicarse una revista en París, dedicada a la América ibérica. La titulan los franceses *Revue Sud-Americaine*. Califican geográficamente la publicación como si se tra-

tase de alguna revista de geología o cosa parecida; la cuestión es evitar los adjetivos *hispano* o *ibero.*

Lo mismo ocurre en la enseñanza, aun en la confesionalista. He aquí un ejemplo:

Por falta de personal en la «Tercera Orden (francesa) para la Enseñanza», fundada por Lacordaire, falta de personal producida por las leyes antirreligiosas francesas, el Colegio Lacordaire de la capital federal argentina ha sido cerrado por el General de los Dominicos. En vista de la reclamación del Arzobispo de Buenos Aires y de los padres de familia interesados, el General ha anulado el decreto que cerraba el Colegio y ha transferido la propiedad del Colegio a la Orden Mayor Dominicana. El Colegio pertenece, en adelante, en virtud de esta resolución, a la Provincia Dominicana Argentina; lo cual significa una disminución de la influencia francesa, de la cual dicho Colegio era un gran instrumento, y un beneficio paulatino y cierto para el estudio esmerado de la lengua española, descuidada (¿adrede?) (1) por los monjes franceses, y para el conocimiento de la literatura española y de la Historia de España.

La contribución al estudio de la cultura española que pueden llevar a cabo los Dominicos de la Provincia bonaerense, no deben olvidarla los españoles de América y Europa. El estudio del castellano —aparte todo espíritu nacionalista por nuestra parte— es una necesidad para todos los que en alguna relación están con la que bien puede llamarse, como se ha llamado ya, la inmensa Hispania. Descuidarlo so pretexto de nacionalismo extraño, como han hecho los monjes franceses de la «Asociación Lacordaire», es no solamente un grave error, sino también un perjuicio evidente para los que buscan instrucción.

---

(1) Véase *La République Argentine*, par le Père H. D. Sisson (Directeur du Collège Lacordaire), chapitre 11, page 210, I tome. París, Plon, 1910.

En los Estados Unidos, donde no se desconoce la importancia del castellano, se trabaja para conseguir la implantación del estudio del castellano en las escuelas. Así lo describe el *Boletín de la Unión Panamericana:*

«En relación con los continuos esfuerzos que la Unión Panamericana ha venido haciendo durante varios años para conseguir que en las escuelas públicas de los Estados Uidos se enseñe el español, es grato anotar los esfuerzos que en este sentido está haciendo la Sección de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado. Dicha Sección lleva una correspondencia con los funcionarios de escuelas públicas en varios Estados, y ha recibido muchas cartas que expresan el interés que dicha proposición ha despertado, o anunciando que se comenzará a estudiar el español. La Unión Panamericana espera que la Sección Latinoamericana continúe su buena obra. Como una prueba de lo que se viene haciendo sobre este particular, a continuación citamos un párrafo de una carta dirigida al Honorable Calvín M. Hitch, Subdirector de la Sección de Asuntos Latinoamericanos, por el Sr. William M. Slaton, Superintendente de las escuelas de la ciudad de Atlanta, Estado de Georgia:

«Me es grato manifestarle que ya he recomendado la ense»ñanza del idioma español en el Departamento de Negocios de »nuestra Escuela Superior de muchachos. Las clases comenza»rán en el mes de Setiembre, en conformidad con la autori»zación de la Junta de Instrucción Pública, la cual autoriza»ción ha sido concedida por recomendación mía.»

»También se anuncia que al abrirse nuevamente las escuelas, en este otoño, se enseñará el castellano en las escuelas públicas de los Estados de Mississipí y Virginia.»

Aparte de las relaciones culturales que sostienen los Estados Unidos con la América española, las relaciones comerciales son motivo bastante para hacer pensar en la necesidad del estudio de la lengua castellana en Norte-América.

El valor del canje de productos efectuado entre los Estados

Unidos y los diez países suramericanos el año 1912, ascendió a cerca de 313 millones de pesos, o sea un aumento de unos 10 millones. Esta cantidad total representa exportaciones de los Estados Unidos por valor de 126 millones de pesos, e importaciones de la América latina valuadas en 187 millones. Por más que el valor de las importaciones que hicieron los Estados Unidos es mayor que el de sus exportaciones, este hecho de ninguna manera debe considerarse como un síntoma desfavorable, porque el excedente que se echa de ver en las exportaciones respecto de las importaciones lo representa principalmente la materia prima que es necesario importar para las fábricas de los Estados Unidos.

Por ninguna parte aparece, pues, la conveniencia del afrancesamiento en América.

***

Hace unos cincuenta años que algunos recogedores de goma en los bosques de la parte septentrional del Ecuador hablaron, por vez primera, de una palma especial que encontraron en gran abundancia, cuya nuez o almendra se asemeja, en la forma y color, a la cabeza, en miniatura, de un negro. A estas almendras las llamaron «negritos», y al hacer nuevas investigaciones se encontró que cuando la almendra se secaba por completo, se parecía al marfil dentino, y tenía la contextura de éste. Se embarcaron muestras de estas almendras para Europa con el fin de hacer experimentos, y por más que al principio se creyó que eran inútiles, no tardó en descubrirse que proporcionaban un material excelente para fabricar botones y otros artículos de adorno, para cuya fabricación hasta ahora se había usado un marfil más costoso. Una vez que el cuesco se seca por completo, puede aserrarse, tallarse, ponerse en tornos y hacerse botones de todos tamaños y formas, en tanto que la contextura del material es tal, que absorbe fácilmente los cuños o matrices, y adquiere un alto grado de puli-

mento permanente. Desde entonces el marfil vegetal o tagua se convirtió en un producto importante, y muy pronto contribuyó al aumento del comercio de exportación del Ecuador. Anualmente se embarcan de dicha República más de 20.000 toneladas, cuyo valor asciende a unos 3.000.000 de pesos, al paso que tanto Colombia como Panamá están aumentando su producción.

El nombre botánico del árbol que produce dicha almendra es *Phytelephas macrocarpa*, que los indios conocen comúnmente por la palma de tagua.

La tagua crece cerca de la costa occidental de Sur-América, es decir, desde el Sur de Panamá, a través de Colombia, el Ecuador y la parte septentrional del Perú. Abunda mucho en las laderas orientales de los Andes, y hay arboledas de tagua en los valles de los ríos, a diferentes alturas, siendo así que se han hallado algunas a una elevación que varía desde 2.500 hasta 2.600 pies sobre el nivel del mar. El árbol, que en realidad es una especie de helecho, tiene un tronco corto y grueso, que crece lentamente hasta una altura que varía desde 10 hasta 20 pies, y de cuando en cuando algunos árboles muy viejos han llegado a una altura de 30 pies. Las hojas, que semejan grandes y vistosas plumas verdes, muy parecidas a las de la palma de coco, se extienden alrededor de la espiga central que, después de crecer y esparcir sus ramos durante cinco o seis años, constituyen el tronco, que a aquella edad no tiene más de 3 ó 4 pies de altura, coronado por este dosel de frondas que semejan plumas. Luego aparecen los fragantes botones en la base de las hojas más bajas, que fructifican mediante la acción del polen que se les transmite por el aire o suaves brisas, o que le llevan los millares de insectos procedentes de las flores del árbol macho situado cerca de allí.

La fructificación se verifica en todos los períodos o etapas, siendo así que los botones o flores aparecen constantemente, y sus pétalos caen y se visten de su áspera corteza, en la cual se ocultan intercalados o encajados en la pulpa y en muchas

cubiertas, las semillas o almendras, que al principio tienen la forma de bolsas de un líquido dulce y refrescante que se trueca en una blanda y deliciosa pulpa, y finalmente se convierte en la dura almendra que se conoce en el comercio. Una colección de sesenta hasta noventa almendras, en grupos de cinco o seis, se encaja en la cáscara áspera, grande, nudosa y de un color moreno, que, semejante a la cáscara o corteza de una nuez, se abre por el fondo cuando las almendras están en sazón, y las deja caer en el suelo.

Las almendras se maduran con mucha lentitud, siendo así que desde el período de floración hasta que se maduren por completo y estén en condiciones para introducirlas en el mercado, transcurre un año. Por lo general, las recogen después de haber caído enteramente maduras. Cuando están en sazón, tienen el tamaño de una papa pequeña, aproximadamente, y su composición es muy dura, blanca, de grano muy fino, y se asemeja mucho al marfil dentino en todos sus rasgos característicos. Como quiera que el clima influye en el desarrollo del árbol, se encontrará una diferencia considerable en la forma y composición de las almendras que crecen en donde ha llovido con exceso respecto de las que se recogen en un clima seco. Como los árboles crecen silvestres y sin ningún cultivo, no se sabe con certeza la estación en que fructifican ni el tiempo que dura la tagua; pero los que están mejor informados sobre la materia dicen que comienzan a fructificar al sexto año, y que el árbol vive desde cincuenta hasta cien años.

Con excepción de los que están interesados en la compra y venta de botones en grandes cantidades, es probable que sea muy exiguo el número de personas que se den cuenta cabal de la importancia de su fabricación o del ensanche de dicha industria en estos últimos años. Los Estados Unidos compran anualmente unas 10.000 toneladas de almendras de tagua, cuyo valor asciende aproximadamente a 1.500.000 pesos. En este país hay 23 fábricas de marfil vegetal, y en dicha industria hay invertidos por lo menos 4 millones de pesos, y más

de 10.000 personas están directa o indirectamente empleadas en ella.

Cuando las nueces de tagua llegan a la fábrica se asemejan mucho a las patatas o papas pequeñas; pero por lo regular tienen uno o dos lados planos y están enclavadas en cascos o cubiertas sumamente duros. Cuando estos cascos están enteramente secos, son tan duros que no se pueden cortar con un instrumento de acero común, pero se abren o rajan dándoles un golpe violento. Para sacar la pepita, las almendras se esparcen y secan a una temperatura de unos 100 grados F., hasta que la parte interior se desprende de la cubierta. Entonces se colocan en un barril de hierro de volteo o descascarador, cuya parte interior está provista de golpeadores, y de esta manera se separan mecánicamente de la cáscara o cubierta. Después de examinarse con cuidado y de quitar todo vestigio o huella de casco que todavía pueda haber quedado adherido, se llevan a las sierras para cortarlos en tajadas. Estas pequeñas sierras circulares funcionan a una velocidad de 6.000 revoluciones por minuto. Las almendras no se cortan con sierra, pieza tras otra, sino que se corta una pieza de cada lado, dejando el corazón o centro, que, por lo general, es hueco y más o menos rajado, el cual se bota o se vende como desperdicio. Entonces estas piezas se llevan a un cuarto seco, se tienden sobre cribas y se someten a una temperatura más alta que antes, hasta que se extrae de ellas toda partícula de humedad, cambian su tinte azulado blancuzco original, y adquieren un color blanco o crema puro de marfil. Para esto se requieren, por lo regular, de ocho a diez días. Luego cada una de estas piezas de marfil queda tan dura y seca como un hueso, y por más que se remoje o infle en los procedimientos de fabricación posteriores, siempre vuelve a su estado de dureza original. Estas piezas de marfil son de diferentes tamaños, pero todas pueden utilizarse en la fabricación de botones.

Una vez que dichas piezas se han secado y endurecido, se llevan a un cilindro giratorio muy largo, casi horizontal, que

tiene muchos agujeros. Después se echan en una tolva que a su vez los derrama en el extremo más alto del cilindro, estando las perforaciones de tal manera dispuestas en grupos de diferentes tamaños—empezando por la más pequeña,—que cuando las piezas pasan por ellas se separan automáticamente en los tamaños principales por el hecho de caer en sacos que están colgados debajo. Luego vuelven a escogerse y se separan con mayor exactitud a mano, desechándose todas las que están rajadas y que son defectuosas, y entonces se llevan a los obreros que están situados en los tornos giratorios. Cada elemento que hace girar el botón está resguardado del que queda contiguo en un compartimiento separado, para impedir que las piezas de diferentes tamaños se mezclen. Al terminarse la operación, el contenido de la caja se echa en una máquina separadora, desde la cual los botones van a las máquinas de taladrar agujeros.

Las máquinas más exactas y complicadas en las fábricas de botones son las que taladran los agujeros en estos últimos. No sólo hacen los agujeros, sino que también agrandan los bordes de los agujeros, a fin de que no corten el hilo, y si se trata de un botón abovedado, cortan las pequeñas ranuras en su superficie entre los agujeros. Todo esto se hace en una sola operación, siendo así que en algunas máquinas el material se suministra a mano, en tanto que en otras los botones se echan por la parte superior, y la máquina hace girar automáticamente cada botón, de modo que su superficie quede en la debida dirección, y lo mantiene en su debido lugar, mientras dos o tres taladros abren y ensanchan los agujeros. Entonces el botón, en el cual se ha hecho el agujero, cae debajo y desocupa el lugar para otro. Una de estas máquinas automáticas taladra un promedio de 200 gruesas de botones diarias, en tanto que otra, a la cual se llevan los botones a mano, y que se usa para los mejores botones, taladra unas 100 gruesas. Hay otras máquinas que sirven para taladrar agujeros en los botones que tienen espigas que proyectan desde la parte posterior.

Después, el botón de marfil blanco se somete al procedimiento de coloración, mediante el cual se le dan los tintes y diseños que igualen y armonicen con los últimos tintes o colores de las lanas que pronto aparecerán en el mercado. El fabricante de botones se ocupa en descubrir los colores que se introducirán en el mercado, y entonces prepara sus muestras en conformidad con ellos.

Los colores que se les dan a los botones de marfil se dividen en dos clases, a saber: los colores sólidos y los jaspeados o abigarrados. Los primeros se tiñen simplemente, y el requisito principal es saber con exactitud la manera de mezclar debidamente los tintes, el tratamiento del material y el tiempo que los botones deben permanecer en el baño colorante. El procedimiento de dar a los botones un color jaspeado o abigarrado es mucho más complicado. Los botones a los cuales se les ha de dar color se esparcen en planchas o tablas que tienen un pie cuadrado, más o menos, colocándose por lo regular diez hileras de botones en una tabla. Sobre ésta se coloca una lámina de metal, en la cual se tallan los patrones o modelos del diseño, dispuestos de tal modo, que quedan precisamente sobre cada botón. La tintura, que se convierte en vapor mediante la acción de un atomizador mecánico, se sopla sobre el patrón, y es evidente que sólo afecta la parte del botón que queda expuesto. Otro procedimiento consiste en soplar goma laca sobre el patrón calado, de manera que posteriormente, cuando el botón se sumerje por completo en el baño colorante, la parte que se cubre con goma laca permanece blanca.

El último procedimiento importante en la fabricación de botones es su acabamiento o retoque, que puede consistir en pulirlo, deslustrarlo o satinarlo.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Higiene social: La Eugénica.=Moral social: La Casuística y los deberes para con el Estado.=Costumbres: Los médicos.=Literatura: El teatro de Menandro.=Ocultismo: Un médico clarividente.=Impresiones y notas: Un francés en Sevilla.—D. Juan Ruiz de Alarcón.—El cañón antiaviador.—La muerte de Pascal.—Músicos alemanes.—El filodoromántico Frick.

HIGIENE SOCIAL

La Eugénica.—¿Qué es la Eugénica? Francisco Galton, que ha forjado la palabra, la definía como «El estudio de las causas que pueden someterse a la intervención social y son susceptibles de mejorar las cualidades de raza de las generaciones futuras». La *Sociedad francesa de Eugénica* la define de un modo análogo: «El estudio de las condiciones más susceptibles de favorecer el nacimiento de sujetos sanos y vigorosos.» Según Adolfo Landry, en la *Revue Bleue,* el objeto de la Eugénica es investigar las causas de degeneración o perfeccionamiento de la raza, y determinar las reglas para que los individuos que nazcan estén lo mejor dotados posible física, intelectual y moralmente.

Como se ve, la Eugénica es una cosa antigua con un nombre nuevo; pues tratándose de plantas y de animales domésticos, la nueva ciencia está hace tiempo muy desarrollada. La

verdadera novedad está en la aplicación al hombre de los principios y reglas que vienen aplicándose a los demás seres. Mírese la cosa como puramente individual, como nacional o como humana, no hay duda que los problemas de la Eugénica merecen fijar nuestra atención.

En ciertas sociedades primitivas, principalmente guerreras, se han dictado leyes de carácter eugénico, como la ley espartana, que condenaba a los reciennacidos mal conformados a ser muertos; aun en ese caso, la ley no se preocupaba de la descendencia posible de esos reciennacidos, y sólo pretendía eliminar de la sociedad sujetos destinados a ser para ella una carga; sólo en nuestra época es cuando nos hemos empezado a preocupar de la mejora de la raza, y de la Eugénica propiamente dicha. Galton ha bautizado la nueva ciencia, y su iniciativa no ha sido estéril, sobre todo, en los países anglosajones.

En los Estados Unidos, la *American Breeders Society* se ha anexionado una sección de Eugénica, con cuyo concurso el *Instituto Carnegie* ha organizado un laboratorio cerca de Nueva York: expertos investigadores anotan los informes recogidos sobre los pensionistas de hospicios, asilos, prisiones y colegios; en el laboratorio se centralizan todas las noticias relativas a la herencia humana, se vulgarizan los resultados obtenidos y hasta se dan consultas, especialmente a propósito de matrimonio. Inglaterra cuenta con el *Eugenic Education Society,* que tiene por órgano la *Eugenic Review* con un laboratorio anejo, el *Francis Galton,* que ha publicado una serie de memorias notables, relativas a las cuestiones de descendencia, evolución y estadística biométrica. En Francia se ha fundado recientemente la *Société française d'Eugénique*, formada por naturalistas, fisiólogos, médicos, estadistas y políticos, que publica un boletín, *Eugénique*, con las actas de las sesiones, trabajos originales, análisis y bibliografía.

¿Por qué despierta la Eugénica tanto interés? En primer ugar, la resonancia de las teorías de Darwin tenía que provo-

car el nacimiento de la Eugénica; pues el problema de la herencia se ha convertido en uno de los más grandes problemas de la vida. Por otra parte, en nuestra sociedad, todo contribuye a fijar la atención en cuanto afecta a las mejoras de la raza. En las grandes aglomeraciones urbanas, las condiciones higiénicas son relativamente malas: los alojamientos son exiguos, el aire puro falta, la propagación de los gérmenes contagiosos se facilita, la existencia es más trepidante, gastando más el sistema nervioso y el organismo entero que la vida del campo; esto sin hablar de los desórdenes y vicios a que se está más expuesto en las grandes urbes. Las transformaciones de la técnica productiva y de la organización social obligan, además, a un número cada vez más crecido de hombres, a consagrarse a ocupaciones sedentarias, lo que aumenta en proporción las perturbaciones psíquicas y nerviosas.

Las tendencias humanitarias de nuestro tiempo y nuestra legislación social contrarían la selección natural. Hoy la competencia, dígase lo que se quiera, es menos temible que antes para los débiles. El que hoy se halla en estado de inferioridad por una enfermedad o una desgracia, hubiera sido antes aplastado sin misericordia en la gran lucha por la vida, mientras hoy encuentra asilos y socorros que le permiten perpetuar sus deficiencias. Los mismos progresos de la medicina y de la higiene, auxiliando a los débiles, van también contra los intereses de la raza. Por último, el decrecimiento continuo y rápido de la natalidad tiende a debilitar y a deteriorar la especie, pues ese decrecimiento se nota, principalmente, en las clases acomodadas, y sólo las clases pobres, condenadas a vivir en malas condiciones, son las que sostienen la población, degradándola.

Ese cambio continuo de proporción en provecho de elementos inferiores, explica la preocupación de los pensadores y el nacimiento consiguiente de la Eugénica. El hombre es dueño soberano de los animales y de las plantas; puede reglamentar a su gusto la reproducción de los unos y la multiplicación de las otras. Pero tratándose de los hombres mismos, la cosa es

distinta. En algunos Estados de la gran Confederación americana se han dictado leyes para la esterilización de ciertas categorías de condenados o dementes; pero es difícil que esas leyes puedan aplicarse en Europa. Se ha pedido que se prohiba el matrimonio a personas que presenten ciertas tachas transmisibles a la descendencia; pero esas proposiciones apenas han encontrado eco; repugnan a nuestra necesidad de libertad, y la prohibición legal del matrimonio, por otra parte, no impediría uniones funestas.

No hay necesidad de la intervención legislativa; la persuasión puede ser suficiente. El día en que se haya podido determinar exactamente la medida en que tal enfermedad o tara sea transmisible; el día en que cada cual pueda pesar las consecuencias para su descendencia de la unión que proyecta contraer, hay que esperar que se eviten la mayor parte, si no todas esas uniones. Por otra parte, no se trata sólo de impedir procrear a los viciados; pues, después de todo, lo corriente es que su descendencia se detenga pronto. Lo que se propone principalmente la Eugénica es mejorar los sujetos y las familias viciadas, de tal modo que, al perpetuarse, los vicios que las corroen vayan atenuándose, impidiendo, además, que se formen o se desarrollen nuevos vicios. Bueno sería hacer desaparecer del cuerpo social los elementos malsanos; pero curar esos mismos elementos y preservar del mal los sanos es todavía mejor.

MORAL SOCIAL

La casuística y los deberes para con el Estado.—Se ha creído que Pascal mató la Casuística con las *Provinciales*; pero lejos de ser así, la ciencia de Molina y Escobar, según dice Alberto Bayet en la *Grande Revue*, viene rehaciéndose desde hace un siglo de los golpes que Pascal la asestara, asegurando el triunfo de la Casuística y del laxismo. Alfonso de Ligori vengó, sin gran trabajo, la moral relajada, del desprecio janse-

nista en Italia. Aquella labor tropezó en Francia con la resistencia de obispos y seminarios, que proscribieron y condenaron los libros del gran casuista italiano. La canonización de San Alfonso y la derrota del galicanismo, dieron fin de aquellas resistencias, y las tres obras más importantes que hoy dominan en los seminarios en materia de Teología moral, la *Teología dogmática y moral,* del abate Vincent, o *Teología de Clermont*, cuya 8.ª edición es la de 1893 (París); la *Teología moral universal,* del P. Timoteo, capuchino (París, 1902), y los *Principios de Teología moral*, del P. Michel (París, 1904), son libros todos cimentados en la doctrina de San Alfonso, y con toda clase de aprobaciones. Sólo la *Teología de Clermont* figura de texto en 67 seminarios franceses, constituyendo el fondo de la educación moral del clero.

¿Qué enseña la Casuística en materia de deberes del individuo para con la sociedad, del ciudadano para con la patria? Según la *Teología* del P. Michel, hay que rechazar lo que se llama libertad de conciencia: *Rejicienda est libertas cogitationis.* La libertad de cultos es algo impío y absurdo que la autoridad pública no tiene el derecho de consagrar. La libertad de hablar, de escribir y la libertad de enseñanza son, asimismo, inadmisibles, pues el error no tiene derechos. Hay, pues, que librarse con cuidado del liberalismo, ni aun mitigado, como igualmente opuesto a la razón y a la fe. Hay que desconfiar de la neutralidad escolar, y no poner los pies en las escuelas neutras. En la práctica podrá, a veces, tolerarse la herejía o el error; pero esa tolerancia, lejos de ser un bien, será una nota de imperfección social.

En todas estas decisiones se reconoce la política definida varias veces por la Santa Sede. Los casuistas aplican con rigor los principios católicos, defendiendo la sociedad actual contra los que sueñan en transformarla. Su celo les lleva a veces demasiado lejos, pues en la *Teología de Clermont*, de 1899, y en la del P. Michel, de 1902, se halla una teoría bastante imprevista de la esclavitud lícita. Ambos autores condenan desde

luego la esclavitud pagana, que reducía al esclavo al estado de cosa; pero si la esclavitud se reduce a una domesticidad perpetua, «sin más salario que lo indispensable a la vida», no repugna al derecho natural. Esa servidumbre, según el P. Michel, rebaja y envilece el alma del esclavo, y no es conforme con la caridad y la fraternidad cristiana; pero es lícita, con tal de que tenga una justa causa, y habrá justa causa si un hombre queda reducido a esclavitud en expiación de un grave delito; pues si se trata de un condenado a muerte, como la esclavitud es más suave, puede ser legítima; y si se posee legítimamente un esclavo, se le puede vender, siempre que sólo se trate de una domesticidad perpetua. La esclavitud de los deudores insolventes puede también ser lícita, y la esclavitud de los hijos de un esclavo, admitida antiguamente, cuenta en su favor varios textos de la Biblia, y hay muchos teólogos que la tienen por legítima.

Todo esto, como dice Bayet, no pasa de juegos de casuistas, de los que sólo importa hacer constar la tendencia, pues prácticamente hoy no tienen importancia. Pasando a doctrinas de mayor aplicación, veamos lo que enseña la Casuística en cuanto a los deberes para con la patria. No hay casuista que haya enseñado *en principio* el antipatriotismo, y todos concuerdan en que, teóricamente, debemos a nuestro país el servicio militar y el impuesto. Pero ¿en qué medida debemos pagar y servir? San Alfonso se pregunta si los defraudadores del fisco pecan mortalmente, y si están obligados a restituir; unos dicen que sí, otros dicen que no. San Alfonso recoge los argumentos de unos y otros, y se queda sin resolver, remitiéndose «a más sabios». Pero, cuando es probable que un impuesto sea injusto, ¿se debe pagar? Aquí la negativa es general, y San Alfonso la sigue; pero hay que advertir que esta cuestión no se planteaba en el antiguo régimen en los términos que hoy. Gury pregunta: «¿Es un pecado grave, después de una compra, hacer figurar en el contrato un precio inferior al que se ha pagado, para entregar menos dinero al fisco?» La cuestión es controvertida:

unos sostienen que no, pues habría fraude y mentira; otros quieren que se declare el valor intrínseco del objeto; otros, que basta declarar más de la mitad del valor real; la opinión más probable es la que desliga a los contratantes de toda obligación de declarar el verdadero precio.» En cuanto al notario que presumiendo el fraude levanta acta sonriendo, «no peca contra la justicia».

Gury, aunque más cercano a nosotros que San Alfonso, no es un contemporáneo; pero la *Teología de Clermont,* en su tomo VI de la edición de 1899, distingue los impuestos indirectos: consumos, aduanas, timbre, estancos y registro. En conciencia, hay que pagar los impuestos directos *si son justos.* En cuanto a los indirectos, la mayor parte de los casuistas sostienen que las leyes concernientes a estos impuestos tienen un carácter puramente penal y estamos absolutamente libres de eludirlos, a condición, si se descubre el fraude, de pagar las multas legales.

Y ahora, ¿qué es un impuesto justo? Para que merezca este título, se necesitan dos condiciones: un motivo legítimo, y una proporción conveniente entre los sujetos a pagarlo. «Cuando un impuesto es ciertamente injusto, no hay ninguna obligación de pagarlo, pues hay que considerarlo más bien como una calamidad pública, de la que cada cual se libra como puede.» Difícil es que los particulares sepan decidir con certeza si un impuesto es o no justo; pero si hay duda, los sujetos a él no están obligados a nada, *quia in dubio melior est conditio possidentis.* Si un contribuyente ha robado al Estado no pagando el impuesto, ¿tiene que devolver lo que se ha guardado? «En la práctica, *antes del hecho,* hay que exhortar a las gentes a pagar el impuesto; *después del hecho,* si un penitente tiene por cierto o probable que es injusto pagar tantos impuestos, o que por otros caminos ha atendido a las necesidades públicas, no se le debe obligar a devolver el precio de su fraude: *non est cogendus ad restitutionem tributi defraudati.*

La *Teología* del P. Timoteo extiende la facultad de no pa-

gar hasta a los impuestos directos: «Hay tantos, los han aumentado tanto, sirven para tantos usos ilícitos, hay a veces entre quienes los imponen tal falta de conciencia y aun de probidad, que sería injusto obligar en conciencia a los ciudadanos a pagarlos.»

Para librarse del impuesto, no debe uno corromper a los funcionarios encargados de cobrarlo; pero, ¿se debe decir en la Aduana que no se tiene nada que declarar cuando se lleva algo sujeto a derechos? El mandamiento «no mentirás», parece cortar la cuestión; pero el P. Timoteo está por la decisión de Gury. Teofrido—decía Gury,—interrogado por un empleado de Consumos que le pregunta si lleva algo sujeto a derechos, responde que no. «No debe ser considerado como habiendo cometido un pecado; pues decir *no tengo nada*, significa: no tengo nada que deba declarar espontáneamente. Busque usted, pero no me pregunte.» Así, Timoteo declara que no hay medio injusto cuando, para evitar pagar derechos, «se oculta una mercancía, se hace un rodeo, se sirve uno de las fórmulas usuales (no llevo nada, etc.), o se disminuye el valor de una sucesión». Conclusión práctica: fuera de los casos de corrupción, «no hay que obligar a reembolsar al Estado, a los ciudadanos que se han sustraído al impuesto por industria y hasta por mentira».

Pasemos al servicio militar, sin hablar de las opiniones de San Alfonso, que se referían a un estado de cosas que hoy no existe. Hoy no se trata de aquellos soldados del antiguo régimen ligados al Estado por algún contrato; hoy estamos en la época del servicio militar obligatorio. La *Teología de Clermont* sostiene que en una guerra «evidentemente injusta», los soldados no pueden servir con tranquilidad de conciencia, pues «la muerte del inocente, el ataque dirigido contra él, tiene una malicia intrínseca, y están, por esa razón, absolutamente prohibidos; si no pueden fugarse, no tienen ni siquiera el derecho de matar para defenderse, pues son agresores injustos».

Esta teoría es peligrosa en la práctica; pues desde el momento en que un soldado católico crea que una guerra es injus-

ta, no tiene más recurso que fugarse o dejarse matar. Pero es más chocante todavía lo que los casuístas sostienen en materia de deserción; para ellos la deserción en tiempo de guerra es un pecado grave, y, por consiguiente, todo desertor debe volver a sus filas; pero esta obligación cesa «si teme, al volver, un peligro muy próximo o un castigo muy grave». En tiempo de paz, la cuestión se complica. ¿Puede uno sustraerse al servicio militar? Si otro tiene que cubrir su puesto, peca contra la justicia conmutativa, y está obligado a reparación para con quien le ha reemplazado; si no perjudica a otro (caso del servicio obligatorio), no peca más que contra la justicia legal, «y, por consiguiente, no está obligado a ninguna reparación. En la práctica—concluye la *Teología de Clermont*—no hay que inquietarse por los que se sustraen al servicio militar, ya con mentiras, ya mutilándose».

El P. Timoteo, por su parte, dice que la ley militar es puramente penal, y, por lo tanto, el que rehuye cumplirla no peca, ni tampoco el que deserta. «Los exentos de derecho, como los clérigos y sostenes de familia, pueden cometer el pecado de mentira o recurrir a la astucia, tratando de hacerse exceptuar; jamás pecan contra la justicia conmutativa, sea cualquiera el medio de que se sirvan para ese fin».

La *Teología* del P. Michel es más precisa todavía. Sostiene que las leyes militares no obligan en conciencia, y, por consiguiente, no cometen pecado los que se libran del servicio militar, ya antes de la incorporación, ya después, desertando, no estando alistados sino en virtud de la ley militar, y, por consiguiente, no está obligado a nada para con el Estado el que se sustrae al servicio militar, aunque haya cometido el pecado de mentira o se haya mutilado o se haya debilitado la vista.

Es verdaderamente sorprendente el descubrimiento de estas doctrinas por quienes parecen más obligados al respeto a las leyes y al amor a la patria, y eso explica que, empujados de un lado por las corrientes del socialismo, del internacionalismo y el anarquismo, y de otro, por estas teorías laxistas, adquiera

tantos vuelos el antipatriotismo o, por lo menos, el indiferentismo.

COSTUMBRES

Los MÉDICOS.—Entre las diversas informaciones sobre la juventud, abiertas por la *Revue Hebdomadaire*, figura la relativa a los médicos, hecha por el Dr. Grunberg.

Dice Grunberg que su carrera se distingue muy claramente de todas las demás, tanto por la responsabilidad en que el médico incurre, por la gravedad de los intereses que está llamado a defender, como por la dificultad del diagnóstico que exige un espíritu de observación especial. ¿Por qué se hace uno médico? Grunberg cita un ejemplo: su padre ejercía la Medicina, y, naturalmente, cuando llegó el caso de elegir una carrera, le empujó por el mismo camino, lo mismo que a su hermano mayor; un tercer hermano, que está estudiando segundo de Facultad, y el cuarto seguirán probablemente las huellas de los anteriores hermanos. ¿Es un mal? Los hijos aprovechan la experiencia del padre, y los hermanos menores, una y otra. Esta vocación familiar vale por lo menos tanto como la resultante de una decisión paternal basada en probabilidades sobre los gustos del joven; pues son rarísimos los que se entregan a la Medicina por gusto personal, teniendo conciencia de la profesión a que quieren dedicarse. Lo que importa, ante todo, no son argumentos de sensibilidad por el sufrimiento humano, ni de temor a la vista de la sangre; lo que importa es que el joven experimente si posee los dones de abnegación benévola para ejercer con nobleza el sacerdocio a que tiene intención de dedicarse. Lo que debe guiar la elección de los padres, no es la preferencia del hijo por tal o cual rama de los estudios secundarios, debida muchas veces a razones independientes de la vocación; sino más bien el estudio previo, lo más profundo posible, del temperamento del hijo.

Prescindiendo de cuestiones de organización de estudios,

y suponiendo ya al joven con su diploma de Licenciado, una de sus primeras preocupaciones es la de su instalación. Tres imágenes se presentan ante sus inquietos ojos: la de París relampaguea en primer término en sueños de éxito rápido, buena clientela y placeres a todo pasto; pero en las malas horas, esta imagen se empaña con los temores de la instalación costosa, y de la larga espera de los primeros clientes, y el cuadro es sombrío. Entonces viene la imagen de la ciudad de provincia, en que el éxito será más rápido, pero menor; y en último término, aparece la villa coquetona y soleada, con sus bosques, donde serpentea el río, donde la vida se deslizará pacíficamente, donde todos se aprovecharán de su educación intelectual y política, donde el ejercicio de su profesión será verdaderamente un sacerdocio. Pero París está lejos, los placeres serán monótonos, y pasa por la imaginación el retrato del viejo médico de la aldea natal. ¡Cómo! ¿Envejecer así? ¡Aniquilarse voluntariamente! Sin embargo, es un bonito papel, y el anciano médico, dejando a su viejo caballo tirar a su arbitrio del viejo cabriolet, no puede inspirar más que esta exclamación: «¡Buen hombre!»... Y la conquista de Plassans vale por la de París.

Hecha la elección, el joven médico renueva y aumenta sus relaciones. Entonces comienza la espera, y llega el primer cliente. ¡Cuánta abnegación! ¡Cuántos cuidados! El principiante quiere ser no sólo el *cuidador,* sino también el *consolador*, y desempeña concienzudamente su papel. Le hace falta, sin embargo, adquirir la habilidad, la destreza de la profesión. Grunberg la ha aprendido de su padre, y los profesores que la poseen deben comunicarla a los alumnos. Deberían, sobre todo, fijarse en hacerles comprender que los que andan alrededor son todavía más de considerar que el enfermo mismo. Ellos son los que espían cada gesto, comentan cada palabra, son testigos de su vacilación, de sus apuros, y los que dirán después de la consulta: «es dulce, es afable»; o bien: «presume demasiado, no parecía estar seguro, ha vacilado».

La primera tarea del médico es, pues, inspirar confianza,

y ahí está la mayor dificultad. Con unos hay que mostrarse discreto, hay que *presumir*, con una levita muy bien ajustada, para que se diga: «Muy bien ese médico, muy correcto e inteligente.» Con otros hay que dejarse llevar, y conservando su prestigio, mostrar cierta familiaridad para que se diga: «¡Qué buen médico! ¡No es orgulloso, vaya! ¡Y en seguida ha conocido el mal!» Eso no quiere decir que el médico deba ser un cómico; pero debe saber adaptarse al medio, y ese es el secreto de su éxito. En casa del obrero, un golpecito en la mejilla de un chiquillo hará mejor efecto que unas botinas charoladas; mientras que sentaría mal en casa de un burgués empingorotado.

Con la clientela surgen las dificultades, y el joven médico conoce las angustias de la incertidumbre; en aquel momento comprende que su educación es incompleta, y los tropezones se suceden por culpa de la imprevisora Facultad. La primera dificultad suele ser la de los honorarios. ¡Qué fastidio el no poderse hacer *honorar* cuando se ha dedicado uno día y noche a la curación de un enfermo ingrato! En su ignorancia, lo lleva a los tribunales, y pasa por la vergüenza de ver discutir su nota de honorarios, de regatear y de aceptar un precio baladí por no perderlo todo. ¡Loco! ¡Ese dinero había que perderlo! ¡Hubiera ganado más con la satisfacción de haber hecho una buena cura, y haber ejecutado una buena obra, y la viene a estropear con un gesto! Si no se abstiene de buena gana, que lo haga siquiera por diplomacia.

Si las relaciones del médico con su clientela son delicadas, no lo son menos con la sociedad. En el campo, sobre todo, no tarda en verse obligado a mezclarse en las cuestiones políticas y sociales. Algunos lo rehuyen; pero eso es propio de perezosos y de cobardes. El médico debe guiar al aldeano en la gestión de sus intereses.

Hablando de otras cosas, Grunberg se muestra contrario a que la Medicina, como quieren algunos, se convierta en un monopolio de Estado, y le parece conveniente la generalización del sistema de los médicos por iguala.

En la misma información de la *Revue Hebdomadaire* toma parte Luciano Girard, interno de los hospitales de París. Los cuatro años de internado, son, según él, los más agradables de la vida del médico. El libre estudio de las enfermedades, no en los libros, sino a la cabecera del enfermo, el laboratorio y la experimentación, son recursos que permiten aprovechar el tiempo lo mejor posible. Y no es que la vida de un interno sea vida de placer, ni la sala de guardia un lugar de delicias; es, ante todo, una escuela de solidaridad, de iniciativa y de sangre fría; es un comedor en que los internos se reúnen en las horas de las comidas; una biblioteca donde se consultan los periódicos médicos, y un alojamiento para el que está solo en París; allí reina el más franco compañerismo y una cordialidad que se refleja en el tuteo.

Cuando van a terminar los cuatro años de esta existencia, se tropieza con la realidad de las cosas, y es cuando hay que pensar en el porvenir. Algunos, médicos, cirujanos o parteros, pasan a los exámenes de agregación de los hospitales; la mayoría se instala en París o en provincias, y algunos se especializan en la oftalmología, laringología, dermatología o neurología, únicas especialidades que deben admitirse; pues dividir la Medicina en tantas especialidades como enfermedades, según la tendencia actual, es cosa contraria a la verdadera Medicina; pues si las enfermedades hieren a un órgano con preferencia a otro, interesan al cuerpo humano entero. No ver más que la localización de una enfermedad general, es una falta profesional. Querer especializar a los médicos a toda costa, es querer vender la Medicina al por menor, es querer rebajar la profesión, es suprimir esos médicos de familia, cada vez más raros, confidentes de los malos días y de los días venturosos, consejeros preciosos a veces, psicólogos y médicos del espíritu, tanto como médicos del cuerpo.

LITERATURA

El teatro de Menandro.—El auto de fe hecho por los em-

peradores bizantinos con gran número de obras de los antiguos poetas griegos que les parecieron pecaminosas, nos han privado de las creaciones cómicas de Menandro, Filemón y Alexis, y de los líricos Safo, Corina, Anacreonte, Mimnermo, Bion, Aloman y Alcec. De unos y otros se han salvado, afortunadamente, algunos restos, bastantes para hacernos lamentar la pérdida de lo que falta.

De Menandro nos han quedado numerosos fragmentos de sus comedias, fragmentos, en general cortos y sentenciosos, salvados por los compiladores, Ateneo sobre todo, y por los Padres de la Iglesia, que nos permiten ratificar el juicio de los antiguos sobre la nobleza de pensamiento de Menandro, su voluptuosa melancolía y su filosofía escéptica y epicúrea. Lo que más lamentamos con Nicolás Ségur, en *La Revue*, es el no poder apreciar a Menandro artista y dramaturgo, a Menandro psicólogo, a Menandro creador del teatro moderno, inventor de la acción escénica y de la intriga. Si su moral y su filosofía nos son familiares, por sus lindas máximas, no nos bastan para juzgar de su arte. Por fortuna, un joven sabio, Lefèbvre, haciendo excavaciones en Afroditópolis, la pequeña, tuvo la suerte de encontrar treinta y cuatro hojas de un manuscrito de Menandro con algunas escenas enteras de cuatro comedias. Ahora podemos comprender la estima en que lo tenía César, elogiando a Terencio llamándole semi-Menandro.

Menandro floreció en el momento en que Atenas degeneraba durante las guerras contra Filipo, resignándose a la dominación extranjera para vivir en la esclavitud del placer. Sofistas y cortesanas se disputaban la educación de la juventud, llenando el ágora con vanas discusiones y culpables licencias. Según Droysen, «la ligereza más coqueta y abandonada y esa cultura delicada, amable y espiritual, que se ha designado después con el nombre de aticismo, son los rasgos característicos de la vida de Atenas bajo la dominación de Demetrio de Falerio. Es de buen tono visitar las escuelas de los filósofos. Cuando Stirpon iba a Atenas, los artesanos dejaban sus talle-

res por verlo, y todo el que podía acudía para oírle; las hetairas afluían a sus lecciones para ver y ser vistas, para ejercitar en su escuela aquel ingenio picante con el que encantaban tanto como por sus tocados seductores y el arte de reservar sus favores últimos. Aquellas cortesanas gozaban de la sociedad habitual de los artistas de la ciudad, pintores y escultores, músicos y poetas; los dos más célebres autores cómicos del tiempo, Filemón y Menandro, alababan públicamente en sus comedias los encantos de Gliceria, y se disputaban públicamente sus favores. De la vida de familia, de la castidad, del pudor, no se trata en Atenas, ni casi se habla todavía; toda la vida se pasa en frases y rasgos de espíritu, en ostentación, en actividad atareada.»

La comedia media y la comedia nueva nos ofrecen el cuadro de esa sociedad de mercenarios y parásitos, jóvenes corrompidos y cortesanas que sólo buscan el placer. «¡Viva la francachela!—dice un personaje de Alexis.—¡Bebamos, bebamos, hasta hartarnos mientras podamos! ¡Anda, Manes, mete ruido; nada más interesante que el vientre! ¡El vientre es tu padre, el vientre es tu madre!» Huír de todo esfuerzo como inútil, detenerse ante todo obstáculo, dejar de lado los disgustos que turban la existencia: he ahí las únicas reglas de aquel mundo agonizante. «La muerte te convertirá en un pedazo de hielo, y todo se perderá; la virtud, los honores, el mando, todo es vanidad; la única realidad es lo que hayas comido y bebido durante la vida.» Para comer, beber y amar con toda tranquilidad, hay que emanciparse de los deberes; la virtud no tiene valor, y la familia no tiene ningún atractivo. «¿No es una querida—dice Anfis—compañera más encantadora que una esposa? La duda no es posible en este punto: la esposa, fuerte con la protección de la ley, toma aires altivos y permanece inmóvil en su casa; la querida sabe que hay que ganar y enlazar con sus maneras amables al hombre que ha elegido si no quiere buscar otro.»

Los dardos más acerados de los poetas cómicos se dirigen

contra el matrimonio o contra las mujeres. «¿No es justicia—como dice Menandro—pintar a Prometeo clavado en una roca? Ha cometido un crimen, por el que merece el odio del cielo entero; ¡él es quien ha creado las mujeres! ¡Oh, qué maldita especie, soberanos dioses! ¿Se casa un hombre con una mujer, se casa con una? Hele ahí sintiendo deslizarse con ella, junto a él y para el resto de su vida, las malas pasiones, el adulterio, los filtros envenenados, y la más cruel de todas las enfermedades, la envidia, que no abandona ni un día a las mujeres.»

El sentimiento religioso que antes había sostenido a la ciudad no existe ya, y los autores cómicos se burlan en la escena de todos los dioses, mostrándolos en las posturas más cómicas y más vergonzosas. Y la filosofía que se apodera de las almas superiores es el epicureísmo, doctrina ascética, pero elegante, que enseña el escepticismo para con los dioses, la cortesía indiferente para con el mundo, el desprecio de todo dolor, el alejamiento mismo de todo placer que puede implicar males, y el hundimiento progresivo en la dulce nada. Encadenados por el placer, y viviendo en la incredulidad y en la indiferencia, los atenienses se degradan. Cuando algunos años más tarde entra Demetrio Poliorcetes en Atenas como libertador, los atenienses le adoran como a un dios, y le ofrecen para casa el Partenón, y en el santuario de la virgen aquel general disoluto pasa noches de orgía con la cortesana Lamia, obligando a los atenienses a pagar los gastos locos de su querida.

Menandro vivía en aquella atmósfera, y aunque poeta delicado de elevados sentimientos, siente la mortal laxitud y la sed de goce que minan la sociedad de su tiempo, y es discípulo del elegante Teofrasto y amigo de Epicuro, y amante de Gliceria la cortesana; y sus obras, sembradas de nobles pensamientos, encubren el acre pesimismo, la desconsoladora ironía que reflejan el estado crepuscular de un alma incierta que de todo duda y de todo se cansa.

Puede decirse que Menandro es el padre de la comedia mo-

derna; él es quien entronizó el amor en la escena y dió a la comedia un asunto sentimental y una intriga propia para cautivar la atención del espectador. Aristófanes había llevado al teatro la sátira política, y lo que hoy llamamos *revista*. Sus sucesores, los autores de la comedia media, no podían ocuparse de política, no tenían libertad para hablar de las cosas de la ciudad, y se contentaron con ridiculizar las costumbres; sus personajes no son los hombres políticos, sino los parásitos y cortesanos, los cocineros y pescaderos, los glotones y los advenedizos. Menandro, jefe de la comedia nueva, sigue llevando a la escena las costumbres de su época; pero hace psicología y encuentra en el amor el tema apasionante e inacabable de sus comedias. Menandro escribió 108 comedias, y según Ovidio, no hay ni una sola sin amor.

Reconociendo en el amor un sentimiento digno de interesar a una sociedad declinante y entregada a la voluptuosidad, arregla y complica sus comedias de modo que susciten continua emoción; su ciencia del corazón humano se ejercita en producir sorpresas escénicas, conflictos patéticos, golpes de teatro capaces de cautivar la atención hastiada del espectador. Menandro es, sobre todo, el inventor de la intriga, el primero que empleó las verdaderas cuerdas escénicas que sirven todavía hoy para hacer reír o emocionar, para sorprender y divertir. Claro es que cuando Ségur afirma que Menandro es el inventor de la intriga dramática, no olvida que Eurípides, y el mismo Sófocles, en *Edipo rey,* habían desarrollado tramas fuertemente anudadas, y que Aristófanes empleó, quizá el primero, en una de sus piezas perdidas, el dato sentimental que debía hacer el gasto de la comedia nueva. Quiere decir que Menandro dirigió exclusivamente su atención al interés dramático y a la acción escénica, y sus medios, siempre los mismos, para anudar sus intrigas y provocar perpetua emoción, fueron «la seducción y el reconocimiento» (φτόρα καί αναγόρισμος). Un niño nacido de un amor clandestino, que se encuentra mezclado, sin saberlo, en la vida de sus padres, y que al fin es re-

conocido por ellos, tal es la materia habitual que Menandro varía hasta lo infinito.

Para dar una idea del arte de Menandro, Ségur cuenta el argumento de *El Arbitraje,* una de las piezas descubiertas por Lefèbvre. En una de las fiestas orgiásticas nocturnas que, so pretexto de religión, eran motivo de grandes desórdenes, la bella Panfilia, hija de Smikrinés, fue seducida por un joven desconocido, que la dejó su anillo en prenda. De la vergonzosa sorpresa nació un niño, que su madre abandonó en el bosque de Parnés, casándose después con un ateniense de buena familia, Xarisios. El pastor Daos encuentra al niño en el bosque y lo cede a un carbonero, Syriskos, pero guardándose el anillo y demás prendas que podían servir para su reconocimiento; el carbonero las reclama, y estando disputando con el pastor, pasa por allí Smikrinés, y es invitado a servir de árbitro.

Syriskos (mostrando a Daos a Smikrinés).—Mira, ese hombre: ¿lo quieres por árbitro?

Daos.—Sea, a la buena ventura.

Syriskos (yendo a Smikrinés).—En nombre de los dioses, amigo, ¿podías concedernos unos instantes?

Smikrinés (rudamente).—¿A vosotros? ¿A propósito de qué?

Syriskos.—Estamos en desacuerdo sobre cierto negocio.

Smikrinés (con el mismo tono).—¿Eh? ¿Qué me importa a mí vuestro negocio?

Syriskos.—Buscamos un árbitro imparcial para resolverlo. Si no tienes impedimento, juzga nuestra disputa.

Smikrinés.—¡Cómo, haraganes! ¿Es para pleitear, para lo que os paseáis aquí con vuestras zamarras?

Syriskos.—Bueno, bueno; el negocio es corto y fácil de comprender. Haznos ese favor, padre; no nos desprecies, en nombre de los dioses. Bien ves que en todas las cosas conviene que la justicia triunfe. Aquel a quien el azar pone en el caso de contribuir a ello, debe aceptar su papel. Es interés común de todos los hombres.

Daos (aparte).—No habla mal mi adversario. ¿Por qué le he dado una parte de mi hallazgo?

Smikrinés (dulcificándose).—Por lo menos, dime: ¿prometéis aceptar mi sentencia?

Syriskos.—Absolutamente.

Smikrinés.—Pues bien, os escucho; después de todo, ¿por qué no? (A Daos.)—Tú que no dices nada, habla primero.

Las dos partes exponen sus argumentos, y Smikrinés falla en favor del carbonero, que recibe las alhajas. Pero ocurre que un esclavo de Xarisios, el marido de Panfilia, reconoce el anillo, revela al marido la deshonra de su mujer y precipita la intriga. Xarisios se enfría en su afecto a Panfilia, frecuenta el trato de la citareda Habrótonon, y acaba por instalarla en su propia casa. Habrótonon es una cortesana de buenos sentimientos, y compadeciendo a Panfilia, quiere salvarla y se declara madre del niño, mostrando a Xarisios el anillo. Xarisios lo reconoce, y recuerda que en su juventud había seducido a una joven durante la embriaguez en una fiesta religiosa. Y cuando la buena Habrótonon confiesa que el anillo pertenece a Panfilia, Xarisios reconoce que su mujer fue su propia víctima, y que el fruto de aquella falta era su propio hijo. Pide perdón y aumenta su amor a Panfilia.

Los pensamientos y sentimientos de Menandro no son menos modernos e interesantes que la materia y la intriga de sus comedias: el amor al prójimo, la igualdad de los hombres, los sentimientos de humildad y de piedad fraternal, la idea de un Dios único y universal; todo eso viene a proclamar Menandro en plena antigüedad, y no es extraño que los padres de la Iglesia le citen con frecuencia. A pesar de todo, es un poeta de la decadencia helénica y un epicúreo cansado y desengañado de todo, y gozando sabiamente de la vida con un solo deseo: salir joven de ella. Lo logró sin buscarlo: bañándose un día en el Pireo, fue arrastrado por las olas y murió antes de envejecer, a la edad de cincuenta y siete años.

OCULTISMO

Un médico clarividente.—Uno de los más distinguidos médicos de Munich, Enrique Bock, sostiene, en el *Sud-Deutsche Monatshefte,* la realidad de los fenómenos de adivinación y clarividencia, declarando que desde niño posee él mismo dotes infalibles de adivinación. Se trata de una persona de perfecta honorabilidad, y sus afirmaciones merecen ser tenidas en cuenta.

Cuando tenía ocho años, y vivía, juntamente con su hermano, en casa de un pariente, párroco de las cercanías de Mergentheim, hace cuarenta y cinco años, fue un día con su hermano y la criada a la ciudad vecina. Entraron en una iglesia antigua, y a la salida bebieron en una fuente que había en el patio. «Apenas bebidos unos sorbos de agua—dice,—dejé el vaso y empecé a llorar. Preguntándome mi hermano qué tenía, le respondí entre lágrimas que debería haber bebido aquel agua cuatro años. En realidad, mientras bebía, una voz me decía con insistencia: «Deberás beber este agua cuatro años», e impresionado, prorrumpí en lágrimas.» Vuelto a casa, su tío se rió de la aparición, y le dijo que no tuviera cuidado, porque sólo le ocurriría aquello si se hiciera pastor, como había pensado; pero, habiendo desistido de aquella idea, no tenía por qué beber cuatro años de aquel agua. Tres años después, el patio fue adquirido por un profesor, y convertido en un colegio, siendo Bock uno de los primeros escolares, y bebiendo realmente aquel agua de 1872 a 1876: los cuatro años de su vida colegial.

En otra ocasión fué a verle un señor enfermo, a quien jamás había visto. Antes de que hablase, Bock tuvo una visión: yacía en un féretro, y Bock le daba un clavel rojo. Visitó quince días al paciente y lo curó. Mucho tiempo después, fue llamado de nuevo a visitarle: estaba grave; pero, siguiendo la enfermedad su curso normal, el enfermo se repuso hasta el

punto de suspender las visitas. Al despedirse el enfermo, le rogó que le fuera a ver a los quince días, advirtiéndole que estaba siempre en casa por la mañana. Ocho o diez días después, recordó Bock su visión, y se dijo: «Quiero llevar un clavel a mi cliente, ahora que veo que está vivo.» Compró un clavel rojo y, al llegar a casa del paciente, tiró de la campanilla y se fué derecho a la habitación para darle la flor; pero, cuál fue su espanto cuando lo vió en el obscuro féretro de la visión; en la noche precedente una parálisis le había cortado la vida.

Una persona, para Bock querida, debía ser operada por un amigo suyo. De acuerdo con él, eligió un gabinete de la clínica y se dispuso todo con orden. El día de la operación, mientras escribía, muy temprano, algunas cosas importantes, sin pensar ni remotamente en la operación, vió a la paciente en otro gabinete con un pañuelo rojo; preguntó por teléfono a la clínica si el gabinete escogido estaba libre, y le respondieron que el que le había ocupado hasta aquel momento había ya pagado y estaba para irse. Esta respuesta le calmó, y creyó que la visión fuera sólo un producto de su excitación; pero, cuando por la noche fué a la clínica con la enferma, la superiora, turbadísima, le comunicó que el paciente en cuestión no había dejado todavía el hospital, y que la recomendada de Bock tenía que pasar a otro gabinete, hasta que aquél quedase libre. Fenómeno extraño: el gabinete libre era precisamente el de la visión de la mañana. Preguntó a la enferma si llevaba un pañuelo rojo, y ella le contó que por la tarde, antes de dejar la casa, había entrado en la habitación de su hermana, había cogido aquel pañuelo como recuerdo, y se lo había llevado al hospital. Entonces estuvo Bock bien seguro de que la operación salía bien, y así sucedió, en efecto.

La madre de Bock estaba enferma hacía diez años; vivía en otra ciudad, y Bock recibía con regularidad noticias sobre su salud. En cierta ocasión fué un hermano a verle a Munich, y un día, en que habían tenido buenas noticias del estado de su madre, se fueron al teatro. Estaban contentos, y desde las

primeras escenas empezaron a reír. En un intermedio, Bock oyó de pronto un gran estrépito, y vió por un instante a su pobre madre extendida en el lecho, muerta y con una cruz en las manos. Bock dijo a su hermano: «Paguemos y salgamos; en este momento ha expirado nuestra madre.» El hermano se resistió alegando las noticias que habían tenido; pero como Bock insistiera, se puso muy serio y le siguió. Al salir miró el reloj, y le dijo: «Si es verdad lo que dices, nuestra madre debería estar muerta a tal hora y tantos minutos.» Aquella misma noche escribió a casa y encargó un traje negro. A la mañana siguiente recibió un telegrama, en el que se participaba la muerte de su madre, fallecida en el mismo minuto en que él la había visto.

Un pariente de Bock era morfinómano; le dió algunos consejos para evitar las recaídas, y el pariente los siguió con provecho suyo. Una semana después, al pasar Bock por delante del Correo, vió de un rasgo al enfermo en el acto de dispararse en las sienes y caer exánime. Entró en el Correo, pidió comunicación telefónica, pero no la obtuvo. Llegado a casa, contó lo que había visto, y mientras estaba hablando, fue llamado al teléfono, y un conocido le comunicó la catástrofe. El enfermo se había disparado un tiro de revólver en la sien izquierda.

Durante un viaje, pernoctó Bock con su mujer en una fonda magnífica, en las cercanías de Lindau. El viaje había sido largo y el sueño fue profundo. De madrugada se despertó bruscamente y descubrió en la cama una cruz negra; se volvió hacia la ventana para ver si era un reflejo; pero la ventana estaba completamente cubierta por una cortina amarilla y la habitación daba al Occidente; eran las tres y tres cuartos. Se levantó, tiró de la cortina, abrió la ventana y miró al patio para asegurarse de que no soñaba; pero la cruz negra continuaba sobre el lecho. Se acostó de nuevo; pero la cruz estaba siempre allí. Suspiró, pareciéndole ser víctima de un íncubo. Hasta su mujer se despertó y le preguntó por qué suspiraba; y la contestó que tenía un triste presentimiento, y luego aña-

dió casi mecánicamente: «Ahora podemos viajar tranquilos: lo que temía ha ocurrido ya, y lo sabremos antes de llegar a Partenkirchen.» Preocupado con la visión, no pudo conciliar el sueño, y cuando al día siguiente llegaron a las cercanías de Partenkirchen, Bock vió a su hija, que les esperaba en el puente con un telegrama. Era la noticia de la muerte repentina, a las tres y tres cuartos, de un colaborador de Bock en un negocio importante.

Tales son los hechos. ¿Cuál es su explicación? *Ai posteri l'ardua sentenza.*

IMPRESIONES Y NOTAS

Un francés en Sevilla.—Octavio Aubry ha estado en Sevilla y ha salido mal impresionado: la feria le ha parecido vulgar; las procesiones de Semana Santa, sin color; los toros, repugnantes; el Alcázar, una desilusión; la Catedral, un pastel. No le han chocado más que el baile de los Seises y los recuerdos de D. Pedro el Cruel. Entre éstos, se complace en recoger algunos curiosos, en su artículo «El espejismo de Sevilla», en la *Grande Revue.*

En los jardines del Alcázar le enseñaron los guardas un subterráneo de arcos moriscos que va a dar a una piscina llena de agua transparente. Allí dicen que la Padilla se bañaba ante los cortesanos de D. Pedro; al rey le gustaba excitar los deseos de los cortesanos, seguro de que no podrían satisfacerlos. Cuando la favorita salía del baño, D. Pedro invitaba a los presentes a que bebieran aquel agua en que se había empapado su querida; sólo uno se negó a mojar sus labios en aquel agua de *jouvence.* «Después de haber gustado la salsa—dijo a guisa de disculpa,—hubiera querido probar el pescado.»

Queriendo elegir un ministro, cogió una naranja con su ramo, la partió por el medio, y echó la mitad, unida a la rama, en un estanque, de modo que al sobrenadar pareciera que estaba entera. Entonces hizo acercar a los aspirantes, y señalán-

doles lo que flotaba en el agua, les fue preguntando uno tras otro: «¿Qué veis ahí?» «Tres de ellos contestaron en seguida: «Una naranja.» Pero el cuarto, se inclinó en el pilón, cogió la rama, y para responder se cercioró primero de lo que veía. Ese fue el elegido.

Una noche, saliendo de uno de esos lugares que tantos hombres frecuentan sin reconocerse, fue visto por un transeúnte. D. Pedro tira de daga y lo mata, sin testigos visibles. Por la mañana, para dar un susto al alcalde de Sevilla, reputado por su rigor, el rey lo llama, y le dice:—Tú pretendes saber todo lo que pasa en Sevilla; ¿sabes que esta noche han matado a un hombre?—Sí, Alteza.—¿Y conoces al asesino?—Sí, Alteza.—¡Zorro viejo!—dijo D. Pedro palideciendo de cólera,—tú no me la das. Escucha bien: ese asesino, a quien tú dices conocer, castígalo. Si mañana no está hecho, tu cabeza caerá por la suya. ¿Has comprendido?—Aquella misma noche, D. Pedro vuelve a la orgía; y lo primero que ve encima de la puerta, en un nicho que acaban de abrir, es su propia cabeza moldeada en cera; una línea púrpura separaba el cuello del tronco, figurando la degollación que había merecido su crimen. Al verse decapitado en efigie, D. Pedro soltó la carcajada.—Vamos, no está mal, se dijo;—la burla es buena y el alcalde sabe hacer sus averiguaciones. Le haré Comendador de Calatrava.

*
* *

Don Juan Ruiz de Alarcón.—El interesante *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* ha dedicado uno de sus números a los estudios universitarios hechos por el autor de *La verdad sospechosa,* en la Real y Pontificia Universidad de Méjico. Don Luis Fernández Guerra y Orbe, en su laureada monografía *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, afirma que su biografiado salió de Méjico para España, «gramático y medio-canonista», embarcando el 8 de Enero de 1600 en la flota del Perú y Tierrafirme, y que recibió el grado de Bachiller en Cánones

en Salamanca, a las nueve de la mañana del miércoles 25 de Octubre del año 1600. Vigil, Sosa, los Diccionarios de Historia y Geografía y todos los que se han ocupado del ilustre dramaturgo, reproducen los datos de Fernández Guerra. El hallazgo de los documentos encontrados en la Universidad de Méjico, y reproducidos en facsímile por el *Boletín*, demuestran cumplidamente que Alarcón hizo en Méjico los estudios completos para el Bachillerato de Cánones, y emprendió el viaje a España, no en Enero, sino en Abril o Mayo de 1600, recibiendo el grado de Bachiller en Salamanca a fines de Octubre.

Hay, pues, que rectificar en las biografías de nuestras Historias y Literaturas, en lo tocante a Alarcón, este dato de su viaje y de sus estudios, y afirmar además, que D. Juan Ruiz de Alarcón no nació en Taxco, sino en Méjico, según resulta de las investigaciones de D. Nicolás Rangel, director del *Boletín*.

***

El cañón antiaviador.—Aplicados los aeróscafos a la guerra, la ingeniería y la artillería han tenido que preocuparse de la lucha con los nuevos aparatos. En Alemania se han hecho pruebas con un cañón de 7,5 que puede lanzar en todas direcciones, a una altura de 6.000 metros, proyectiles de 4 kilos de peso, por un sistema especial de percusión; la velocidad es grande, y el cañón puede disparar 30 tiros por minuto; la pieza va montada en una plataforma que puede fijarse en un automóvil blindado, y el peso total del cañón con su plataforma, 60 cargas y 6 sirvientes, es el de 4 toneladas y media.

En Francia se han construído, también sobre automóvil, cañones parecidos, pero con proyectiles de menor peso. En Inglaterra y en los Estados Unidos se han inventado también máquinas semejantes, y los ensayos hechos en este último país permiten sacar la conclusión de que esos cañones pueden prestar verdaderos servicios contra los dirigibles; pero son impo-

tentes contra los aeroplanos por su rapidez, que ofrece al tiro blancos demasiado inestables.

*
* *

La muerte de Pascal.—La enfermedad de que murió Pascal es uno de los enigmas de la Historia. El Sr. Jovy ha estudiado documentalmente el asunto, y según él, Pascal ha muerto envenenado por su médico Vallant, no porque Vallant le quisiera matar, sino porque la ignorancia terapéutica de la época y la especial de Vallant, hizo que recetaran a Pascal tales medicinas que le mataron. Pascal sucumbió víctima de los medicamentos, y especialmente del emético, que Vallant le administró.

Véase, a título de curiosidad, como dice *La Revue,* una consulta de Guénault, otro médico amigo de Vallant y de su misma altura: «El Sr. Pascal sufre un embarazo de las entrañas que proviene de un humor melancólico; este humor, mientras fermenta, emite vapores que producen síntomas diferentes, según la diversidad de las partes a que alcanza; fermentan porque hierven, y esta ebullición proviene del calor. De modo que hay que sangrar al enfermo en los dos brazos, y luego purgarle así: poner dos onzas de hojas de sené con una media onza de crema de tártaro, hasta que se extraiga la tintura; en seguida, cuélese y dése por la mañana durante seis días; o échense dos onzas de hojas de sené en una libra de agua: hecha la infusión, agréguensela ciruelas ácidas, una media libra próximamente, cuézanse completamente, y que tome el enfermo de ella hasta diez cucharadas durante seis días por la mañana; hecho esto, sángresele del pie, y en seguida púrguesele como antes, tres o cuatro veces; y use, por último, aguas minerales vitrioladas, entre las cuales, con preferencia, el agua de Saint-Myon.»

*
* *

Músicos alemanes.—A propósito de la supremacía de la música alemana, un periodista italiano, cuyas conclusiones recoge Carlos Banville, ha hecho una estadística curiosa, de la que resulta que, exceptuando a Bach y a Haendel, casi todos los demás músicos que figuran como alemanes no lo son: Beethoven es de origen flamenco, de Lovaina; Schubert, vienés; Mozart, austriaco; Haydn, croata; Gluck, checo; Bruckner, austriaco; Wagner y Schumann, sajones medio-austriacos; y Manuel Moor, húngaro. En cuanto a los directores de orquesta, Richter es húngaro; Nikish, húngaro; Mahler, checo; Mottle, vienés; y Weingartner, dálmata. Por lo que hace a los *virtuosi*, Joachim es húngaro; Kreisler, vienés; Sauer, vienés; Leschetitzki, galiziano; Kubelik, Flesch y Pauer, húngaros y vieneses, etc. Por fortuna, Bach y Haendel se bastan a sí mismos.

***

El filodoromántico Frick.—La Prensa confunde a menudo la popularidad de que es dispensadora con la verdadera notoriedad literaria, y hasta con la gloria, y los redactores de los grandes periódicos profesionales, tratan con cierto desprecio a los escritores que, sin ser eruditos ni sabios, se mantienen alejados del periodismo. Así lo dice Guillermo Apollinaris en el *Mercure de France*, a propósito de haberse puesto en duda los títulos literarios de Luis de Gonzaga Frick, en las elecciones para uno de los principados literarios en que fue designado Hans Ryner. Con tal motivo, Frick reivindicó sus derechos en la siguiente carta, fechada en Enghien, el 26 de Agosto de 1912:

«Señor redactor en jefe: Es usted, sin duda, demasiado joven para haber oído hablar de mis trabajos. Impórteos, sin embargo, saber que he publicado en el siglo de Erasmo (era entonces «la alegría inmensa de vivir entre los días»), el *Enchiridion de Fadalbaoth*, *gentilhombre australasio*, y poemas concebidos en el euforismo que triunfaba en aquel tiempo.

»Este equipaje literario, asaz flaco para poner rubores en mi frente, no me había hecho menos célebre. Fui festejado a la par del profesor Nostradamus, hermosa cabeza de sabio también; pero que debe toda su ciencia—esto es un misterio que descubro—a Max Jacob, astrólogo montmartrés sin igual, literato sin segundo y fundador del druidismo—nueva escuela estética metafísica, en la que me he alistado, aunque prefiera la petafísica del difunto Alfredo Farry.—¡Oh Calisaya!

»En cuanto a mí, he fundado la filodoromancia, o arte de vaticinar por perlustración de las hojas de rosas. Las hojas de naranja—¡Oh Mignon!—hubieran valido más; pero no quiero discípulos como Federico Nietzsche y los rechazo «con un imperativo categórico».

»Sentados estos fundamentos, aguantad que os diga el vivo placer que tendré en saborear en vuestra compañía—de la que auguro maravillas—ciruelas de la Selva Negra, cogidas por la mano de Lilí, que antepongo a la señora Eva, como resulta de uno de mis poemas consagrado al admirable Satanás.

»En esta expectativa me es dulce, muy dulce, permanecer bajo el encanto del espíritu y del talento que presiento en vos, y decirme lo más cortésmente del mundo, vuestro más puro servidor.—*Luis de Gonzaga Frick.*»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Trattato di Medicina legale, di E. von Hofmann.—Terza edizione italiana, in gran parte rifatta dal Prof. C. Ferrai, ordinario di Medicina legale nella R. Università di Parma.—Milano, Società Editrice Libraria, 1913.—Cuadernos 1.° al 3.°, 3 liras.

La gran empresa editorial milanesa que se designa con la razón social de *Società Editrice Libraria*, y la cual, en pocos años—relativamente—que lleva de vida, ha acometido ya y realizado la publicación de multitud de importantes obras, varias de ellas monumentales, así de Italia como de otros países, principalmente alemanas, acaba de iniciar también, entre otras, la de una nueva edición del clásico y celebrado *Tratado de Medicina legal,* de Hofmann.

Sólo que, como tal libro fue escrito hace ya bastantes años, ha habido precisión de modernizarlo, suprimiendo varias cosas superfluas, modificando y completando otras, añadiendo algunas nuevas—incluso capítulos enteros—y, en suma, rehaciéndolo de tal manera, para responder a las exigencias de las doctrinas y de la práctica de nuestros días, que «más aún que una tercera edición, es una obra nueva que solamente conserva de la de Hofmann el espíritu informador y la proporcionada distribución de la materia». Semejante trabajo de renovación lo ha llevado a cabo el Dr. Carlos Ferrai, profesor de Medicina legal en la Universidad de Parma.

La publicación total del libro se realizará sin tardar mucho.

Al presente sólo han aparecido las tres primeras entregas, que forman el comienzo de la parte especial, o sea la sección primera (*Aptitud para la procreación*) y algo de la segunda (*Delitos sexuales*). Quedan para los cuadernos sucesivos—además de la parte general, no comenzada aún—la terminación de la sección segunda y la exposición de la tercera (*Preñez y parto*), la cuarta (*Lesiones y muertes violentas*), la quinta (*Identidad y examen de manchas y huellas*) y la sexta (*Psicopatología forense*).

Lo publicado lleva en el texto muchísimos grabados ilustrativos de la doctrina, la cual se refiere a las cuestiones, tan graves y difíciles, de la impotencia sexual, así instrumental como funcional, en el hombre y en la mujer; del hemafroditismo (estudio añadido *ex novo* por Ferrai), y de los delitos sexuales con relación a los adultos y con relación a los niños.

N. B.—Después de escrita esta nota se han publicado otros cuatro cuadernos (págs. 121-272), donde se comprende la conclusión de la materia relativa a los delitos sexuales y casi todo lo concerniente a la sección tercera mencionada, o sea todas las cuestiones médico-legales concernientes al embarazo, al parto y al aborto, tratadas magistralmente.

*
* *

Diritto internazionale e Diritto interno, pel Dott. Enrico Triepel. Traduzione italiana con note, a cura del Prof. Giulio Cesare Buzzati.—Torino, Unione Tipografico-editrice, 1913.—Volumen de XII-454 páginas, 12 liras.

La *Biblioteca di Scienze Politiche ed Amministrative*, publicada en Italia bajo la dirección del profesor Attilio Brunialti y conocida por no pocos lectores españoles, ha entrado en una nueva fase. A las dos series de publicaciones ya dadas a luz, va a añadirse ahora otra, con las favorables novedades siguientes: 1.ª Que a las antiguas secciones de *Derecho constitucional* y de *Derecho administrativo* se añade, en esta tercera serie, otra

sección de *Derecho internacional público y privado*. 2.ª Que el profesor Brunialti, reservándose la dirección de la sección primera, o de Derecho constitucional, se ha asociado con otros dos profesores, ambos de la Universidad de Pavía, Orestes Ranelletti y Julio César Buzzati, encargando a aquél de dirigir la sección de Derecho administrativo y ciencia de la administración, y a éste de la sección de Derecho internacional público y privado, materias cuya enseñanza tienen, respectivamente, a su cargo como profesores.

En curso de publicación otros volúmenes.—*La República americana*, de Bryce, perteneciente a la sección de Derecho constitucional, y el *Derecho público inglés*, de Hatschek, perteneciente a la sección de Derecho administrativo y ciencia de la administración,—el primero que ha quedado completo es el de Triepel, profesor en la Universidad de Kiel, *Derecho interno y Derecho internacional*, el cual encabeza la tercera sección, de Derecho internacional, por lo mismo que, dada la materia que trata, puede servir de enlace (y así lo dicen los editores) entre el Derecho interno, de que se ocupan las secciones primera y segunda, y los tratados generales de Derecho internacional propiamente dicho.

Pues, en efecto, el libro de Triepel no puede ser calificado ni entre los de Derecho interno ni entre los de Derecho internacional, sino que ocupa una situación intermedia, ya que el problema que trata es precisamente el de las relaciones que recíprocamente mantienen ambos.

Por cierto que lo hace «con admirable profundidad», según dicen también, con razón, los mismos editores, y de una manera que, para la época en que por primera vez apareció la obra (en 1899), puede calificarse de nueva. El propio Triepel lo muestra así en la Introducción de aquélla, dando cuenta de la literatura relativa al asunto y de la índole de esa literatura. (El traductor añade en una nota que «gracias principalmente al estudio fundamental de Triepel, el problema que éste examina lo ha sido también después por otros autores que cita

Ullmann en su obra *Völkerrech*, Tubinga, 1908, § 9, nota 2.)

Pues no se limita el autor a las acostumbradas generalidades, más o menos superficiales e incoloras, que figuran a menudo, por ejemplo, en los tratados didácticos, acerca de las relaciones del Derecho internacional con las demás ramas del Derecho, sino que penetra en el fondo mismo del asunto, desentrañándolo y poniendo al descubierto sus más ocultos rincones.

La obra entera se compone de sólo tres capítulos, que se desenvuelven en diez y siete secciones o párrafos, con uno más de apéndice, consagrado a estudiar *La aplicación del Derecho internacional en los Tribunales nacionales*. El primer capítulo estudia *La antítesis entre el Derecho internacional y el Derecho interno*, mostrando la oposición entre ambos por parte de su contenido, manifestada en la diversidad de relaciones pertenecientes a uno y otro (los objetos de la legislación del Estado no pueden ser regulados por el Derecho internacional), en la fuente de donde proceden y la manera de originarse aquéllas y éstas (declaraciones de voluntad, convenciones, tratados, Derecho consuetudinario, coacción...), en el campo de la eficacia de ambas, etc. El capítulo segundo analiza los problemas tocantes a *Las relaciones entre las dos especies de normas jurídicas*, para ver hasta qué punto las reglas del Derecho internacional valen y son obligatorias en el Derecho interno, y al contrario. Y en el capítulo tercero, el más largo de todos, se trata de *Las relaciones entre las dos fuentes* del Derecho, a fin de saber si hay posibles conflictos entre ellas, si son suplementarias y subsidiarias, si hay coordinación e independencia recíprocas o si alguna es superior a la otra y la subordina...

Es, este último, un capítulo del mayor interés, y en él, lo mismo que también en los anteriores, el autor, con gran dominio de la literatura jurídica respectiva, así doctrinal como de Derecho legislado, examina multitud de cuestiones desde un punto de vista que bien podemos llamar filosófico. Es decir que, en buena parte, el libro de Triepel es un tratado de filo-

sofía jurídica, y en él pueden aprender mucho, además de los juristas en general, incluso los «prácticos», los cultivadores de esta última.

He aquí, para concluir, algunas observaciones del autor: «El jurista contemporáneo, y sobre todo el práctico, están animados de una verdadera y propia desconfianza hacia cuanto reviste la apariencia de «Derecho internacional». El Derecho es un organismo cuyas partes mantienen íntimas conexiones, y ninguna de ellas tolera un aislamiento absoluto... Apenas es necesario recordar que existen vastas ramas del Derecho interno cuyas relaciones con el Derecho internacional saltan a la vista sin más: el Derecho marítimo, el diplomático y consular, el militar, el denominado Derecho internacional privado y penal; y estos no son sino algunos ejemplos. La extensión de este Derecho interno que llamaré «importante desde el punto de vista internacional» crece de año en año, pues a medida que se hacen más numerosas y estrechas las relaciones del Estado moderno con los demás Estados, más copioso se hace también el material de las normas de Derecho internacional que interesan a estas relaciones. De todas maneras, creo poder partir del principio seguro, según el cual, en el ámbito del Derecho interno existen casos, extraordinariamente numerosos, en los cuales quien quiera llegar a la completa inteligencia del Derecho interno, como tal, no puede eximirse de la necesidad de estudiar sus nexos con el Derecho internacional».

P. Dorado

***

El otro amor, novela original de Luciano de Taxonera.

Con este título acaba de publicar una novela muy viva y muy honda Luciano de Taxonera. Lo mismo en su idea que en su forma, es muestra, y bien afortunada, del concepto moderno que debe de presidir esta clase de producciones. Porque la novela en España, como casi todas las manifestaciones artísticas,

ha ido evolucionando. Ya no es exclusivamente imaginativa, fantástica. Antes, con un atisbo de observación o un adarme de examen del medio que se trataba de describir, bastaba y sobraba para llenar, debido a esa manera de hacer, pomposa, florida, amplificadora, trescientas o cuatrocientas páginas de prosa sin medula, y, en muchos períodos, sin retórica. En los años por que atravesamos no es permitido que el escritor se pase a estudiar lo accesorio, sino que tiene que ir a lo fundamental, y lo fundamental, hoy día son las luchas sociales y los exámenes psicológicos que la novela moderna debe tener para que ostente asomos de verdad y aires de vida.

Este es, en síntesis, el credo estético de Taxonera. En alguno de los artículos por él publicados en esta Revista, estudiando la literatura en su aspecto general, señala esta modalidad.

No queremos seguir hablando de Luciano de Taxonera por cuenta propia, no fuera a parecer interesado el elogio por ser nuestro colaborador. Dejemos la palabra a D. Andrés Mellado, de grata memoria. El, en un informe que la Real Academia Española le mandó hacer, días antes de que le sorprendiera la muerte, acerca de un libro de crítica del autor de *El otro amor*, da la medida clara, justa, precisa de las cualidades literarias de Taxonera.

Dice así:

«El estilo en general es correcto y la dicción atildada. La erudición, vasta, copiosa y, sobre ciertas materias, intensa. Abusa algún tanto del neologismo, pero hay armonía y elegancia en muchos de sus períodos. Profesa culto a lo clásico, sin cerrar los horizontes de su mentalidad a los progresos artísticos de nuestros días. Lo atractivo e interesante de este libro consiste en haber trazado un cuadro del movimiento literario de los últimos años, y esto sea dicho en abono de su utilidad.

»Toda la producción de Taxonera alcanza muy decorosa altura ante la *turbamulta* de doctorcillos romancistas que, en lenguaje adúltero y bastardo, formando sociedad y compadrazgo de mutuas apoteosis, exaltan toda pasión torpe e inmunda li-

viandad. La crítica de D. Luciano de Taxonera fustiga despiadada a los mercaderes de obscenidad en las letras, a los enemigos de la sintáxis y de la limpieza del idioma y a los innovadores y secuaces de la decadencia como escuela y de la pedantería modernista más disparatada por sistema. La literatura de Taxonera, con su austera severidad y su limpieza hidalga, merece favorable calificación y benévolo aplauso.»

ÍNDICE

Págs.

Guía del buen decir, por Juan B. Selva..... 5

La filosofía de la Historia y la moderna sociología objetiva, por Juan Guixé..... 26

El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch. 57

Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse..... 92

La América Moderna, por Vicente Gay..... 137

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 161

Notas bibliográficas, por P. Dorado 189

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID.

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones).....	5

N.º del Catál.º		Pesetas
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
558	— Los partidos políticos en los Estados Unidos..	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*.....	10
533-537-542	**Caillaux.** —Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*.....	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución...	4
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..,	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.....	24
393	— Pasado y presente....	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte..	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeins.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
46	— Novelas del lunes....	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos.....	6
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres...	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50

N.º del Catál.º		Pesetas
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
553	**Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
534	**Fisher.** – Economía política y geométrica.....	8
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	— Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustíu.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas
528	— La Clairon.....	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5
206	González.-Derecho usual	5
282-283	Goodnow.—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*)..	14
207	Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	Grave.—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	Green.—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	Gross.—Manual del juez.	12
502	Guizot.—Abelardo y Eloísa.....	7
210	Gumplowicz.—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	Hailman.—Historia de la Pedadogía.....	2
290	Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
213	Haussonville.—La juventud de Lord Byron.	5
324	Heiberg.—Novelas Danesas.....	3
41	Heine.—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	Höffding.—Psicología experimental.....	9
426	Hume.—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
316	Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6
43	Ibsen.—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
217	Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7
219	Koch y otros.—Estudios de higiene general.	3
295 bis.	Korolenko.—El desertor de Sajalín.....	2,50
322	Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.....	6
299	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	Lagerlof.—El esclavo de su fiuca.....	3
220	Lange.—Luis Vives....	2,50
454	Larcher y Jullien.--Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	Laveleye.—Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	Lemcke.—Estética.....	8
288	Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3
321	Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8
474	Lester Ward.—Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434	Lewis-Pattée.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
382	Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
222	Lombroso.—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	12
223	Lubbock.—El empleo de la vida.	3
438	Macaulay.—Estudios jurídicos.....	6
460	Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3
224	Manduca.—Procedimiento penal.....	5
535	Marie.—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	Marshall.—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	Martens.—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra...	8
410	Martín.—La Moral en	

N.º del Catál.º		Pesetas
	China.....	4
481	**Mattirolo.** — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**— Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.** —María Estuardo.....	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses..	2
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merkel.**—Derecho penal.	10
229	**Meyer.**—Derecho administrativo.....	4
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*).....	15
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
492	**Morley.**—Estudios sobre grandes hombres.....	5
544	— Voltaire.....	6
398	**Mouton.** — El deber de castigar.....	4
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano...	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6
490	**Nisard.** — Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
497	**Nourrison.**—Maquiavelo	3
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
478	— La guerra y sus pretendidos beneficios....	1,50
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
541	— El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
483	**Perrot.**—Derecho público de Atenas,.....	4
161	**Picón.**—Ayala	1
549-550	**Piepers.**— La reforma del Derecho (dos tomos).....	10
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	**Prevost Paradol.** — La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renan.** — Estudios de historia religiosa.....	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496, 499 y 519.	**Ricci.** Derecho civil (*veinte to-*	

N.º del Catál.º		Pesetas
	mos).....	140
545	**Rocco.** — La Sentencia Civil.....	4
285	**Rod.**—El silencio.....	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas.....	8
415	**Roosevelt.**—New-York.	4
523	**Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva.....	6
453	**Rozan.**—Locuciones, proverbios.....	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*).....	13
530	— Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona.....	6
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
441	— Estudios sobre Virgilio	5
49	— Tres mujeres.....	3
512	**Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos.....	7
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional.....	9
518	**Sarcey.**— Crónica del Sitio de París.....	6
84	**Sardou.**- La Perla Negra	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*).....	30
241	—Fundamentos de la moral	5
465	—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología.	4
464	— La nigromancia.....	3
458	— Estudios de Historia filosófica.....	4
448	— Eudemonología.....	5
508	**Scheel y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio.....	4
511	**Schuré.** — Historia del drama musical.....	5
524	— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas.....	6
401	**Sienkiewicz.** —Orso. En vano.....	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy.....	2
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX....	3
256	**Spencer.**— De las leyes en general.....	8
247	— La moral.....	7
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	8
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	4
246	— La justicia.....	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)....	
250	— Las instituciones sociales.....	7
343	— Las instituciones profesionales.....	12
351	— Las instituciones industriales.....	4
488-489	**Squillace.**—Las doctrinas sociológicas (*dos tomos*).....	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	10
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho..	5
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	12
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)..	9
475	**Strafforello.** — Después de la muerte.....	15
449	**Stuart-Mill.** — Estudio sobre la religión.....	3
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	4
264	— La guerra según el Derecho internacional.	7
266	— Las instituciones primitivas.....	4
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	7
403	**Suttner.**—High-Life...	12
106	**Taine.**—Florencia.....	3
334-468-476-482-487-529.	-- Los orígenes de la Francia contemporánea (*seis tomos*).....	40
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura in-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	glesa (*cinco tomos*).....	34
96	— El arte en Grecia....	3
174	— La pintura en los Países Bajos.....	3
310	— Notas sobre París....	6
107	— Venecia.....	3
359	— Los filósofos del siglo XIX.....	6
521	— Tito Livio..... ..	4
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
273	— La criminalidad comparada.....	3
500-506	— Filosofía penal (*dos tomos*).....	14
339-360	**Todd.**—El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*).....	15
400	**Tchekhof.**—Un Duelo..	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia.....	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones.....	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
1	— La sonata de Kreutzer	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión.....	3
113	— Mi infancia.....	3
75	— Placeres viciosos.....	3
94	— ¿Qué hacer?.....	3
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales.....	3
97	— Demetrio Rudín.....	3
25	— El judío..... ...	3
123	— El reloj.....	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3
8	— Humo.....	3
139	— La Guillotina.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
80	— Primer amor..... .	3
60	— Un desesperado.....	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
477	**Vaccaro.**—Bases sociológicas del Derecho y del Estado.....	9
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.....	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.....	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporaneos..	12
277	— Novelas y caprichos..	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos....	3
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.	7
338	**Virgilii.**—Manual de Estadística.....	4
278	**Vivante.**—Derecho mercantil.....	10
419-420	**Vocke.** — Principios fundamentales de Hacienda (*dos tomos*).....	10
551	**Wadleigh Chandler.**—La Novela Picaresca..	4
498	**Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos...	5
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.....	3
325	**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa..	9
408	**Wallace.**— Rusia.....	4
501	**Wentworth.**— Historia de los Estados Unidos.	6
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana.....	12
494	**White.**—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología.....	8
389	**Whitman.**— La Alemania imperial.....	5
356	**Wilson.** — El Gobierno congresional; Régimen político de los E. U...	5
443	**Willaughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos.....	3
364	**Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos....	7
374	**Wundt.**— Compendio de Psicología.....	9

N.º del Catál.º		Pesetas.
503	— Principios de Filosofía	9
429	— Hipnotismo y sugestión	2
532	Zahm.—Biblia, Ciencia y Fe	6
143	Zola.—Balzac	1
148	— Chateaubriand	1
144	— Daudet	1
146	— Dumas (hijo)	1
86-87	— El Doctor Pascual (*dos tomos*)	6
50-51	—El naturalismo en el teatro (*dos tomos*)	6
35	— Estudios críticos	3
17	— Estudios literarios	3
47	— Flaubert	1
154	— Gautier	1
141	— Jorge Sand	1
23	— La novela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán	3
149	— Los Goncourt	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (*dos tomos*)	6
30	— Mis odios	3
150	— Musset	1
32	—Nuevos estuds. literarios	3
165	— Sainte Beuve	1
145	— Sardou	1
159	— Stendhal	1
142	— Víctor Hugo	1

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6.—Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ellen Key.—El amor y el matrimonio, 6 pesetas.
Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.
Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas,
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Ruskin.—Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona, 6 pesetas.—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.
Schuré. — Historia del drama musical, 5 pesetas.— Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pesetas.
Taine. — La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

BIOGRAFÍA

Asensio. — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.
Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.
Berzeviczy.—Beatriz de Aragón, 7 pesetas.
Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.
Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.
Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.
Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.—La Clairon, 6 pesetas.
Gladstonne.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo. — Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Morley. — Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.
Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
Nourrison.—Maquiavelo, 3 pesetas.
Pardo Bazán. — El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Memorias íntimas, 2 tomos 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas. Retratos de mujeres, 3 pesetas.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.
Taine.—Tito Livio, 4 pesetas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Arnold.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.

Giuriati.—El Plagio, 8 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Champcommunale.—La sucesión abintestato en derecho internacional, 12 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.—Justicia y Civilización, 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

Gonzàlez.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Jitta.—Derecho internacional, 9 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.—Medicina legal, 2 tomos, 12 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.

Manduca.—Procedimiento penal, 5 pesetas.

Martens.—Derecho internacional (público y privado), 4 ts., 30 ptas.

Mattirolo.—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.

Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.

Meyer.—Derecho administrativo. La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, 4 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho. 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pesetas.

Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.

Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.

Perrot.—El Derecho público de Atenas, 4 pesetas.

Piepers.—La reforma del Derecho, 2 tomos, 10 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 20 tomos, 140 pesetas.

Rocco.—La Sentencia Civil, 4 pesetas.
Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
Sansonetti.—Derecho Constitucional, 9 pesetas.
Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.
Spencer.—La justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Summer-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
Varios autores.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwhacter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 2 tomos, 10 pesetas.
Caillaux.—Los impuestos en Francia, tres tomos, 18 pesetas.
Fisher.—Economía política y geométrica, 8 pesetas.
George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.
Marshall.—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Scheel y Mombert.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.
Stourm.—Los Presupuestos, 15 pesetas.
Virgilli.—Manual de Estadística, 4 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
Bagehot.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia, 4 pesetas.
Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 pesetas.
Brook Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.
Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Collins.—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos. 12 pesetas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos, 12 pesetas.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos, 12 pesetas.
Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Höffding.—Psicología experimental, 9 pesetas.
Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Marie.—Misticismo y locura, 5 ptas.
Martín.—La moral en China, 4 pesetas.
Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas; Psicología, dos tomos, 12 pesetas; Ontología. 10 pesetas; Criteriología, 9 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la Moral, 3 pesetas.—El viajero y su sombra, 6 pesetas.—La gaya ciencia, 6 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.—Aurora, 7 pesetas.—Ultimos opúsculos, 5 pesetas.

Papini.—El crepúsculo de los filósofos, 3 pesetas.

Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.

Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación (3 tomos), 30 pesetas.—Estudios de historia filosófica, 4 pesetas.—Eudemonología, 5 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9, pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 pesetas.

Taine.—Los filósofos del siglo xix, 6 pesetas.

Tarde.—Filosofía penal, 2 tomos, 14 pesetas.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas.—Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

Ribbing.—La higiene sexual y sus consecuencias morales, 3 pesetas.

HISTORIA

Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.

Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.—La oposición bajo los Césares, 7 pesetas.

Bouchot.—Historia de la literatura antigua, 6 pesetas.

Bryce.—La República Norte-Americana, 2 tomos, 13 pesetas.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pesetas. Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6 pesetas.

Burnouf.—Religiones, Literatura y constitución social de la India, 7 pesetas.

Campe.—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.

Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.

Dolorme.—César y sus contemporáneos, 6 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Eltzbacher.—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.

Emerson.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.

Gonblanc.—Historia general de la Literatura, 6 pesetas.

Guizot.—Abelardo y Eloísa (Estudio histórico), 7 pesetas.

Green.—Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 25 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Hume.—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España contemporánea, 8 pesetas.

Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Prevost-Paradol.—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.

Roosevelt.—Nueva York, 4 pesetas.

Sarcey.—Crónica del Sitio de París, 6 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 303.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO III

Formación y uso de los diminutivos.

111. Tratándose de bien decir, no hay asunto, así sea el más nimio, que no tenga alguna importancia. Hasta la formación y el uso de los diminutivos reclaman un momento de atención a quien quiera hablar y escribir con la corrección debida.

Hablar de diminutivos será, si se quiere, hablar de pequeñeces, y a ello voy; mas, pasen por alto estas hojas los partidarios de la licencia, los que no admiten sujeción alguna a los preceptos gramaticales, a las formas más correctas, a los moldes propios de la lengua culta y literaria; los que tienen por único credo y norma el darse a entender, inventando palabras o nuevos giros para salir del paso o tomando al azar cuanto barbarismo o cuanta híbrida construcción rueda por ahí, como si tuviera tanto valimiento el lenguaje correcto, que es verdadero exponente de cultura, como cualquier germanía que muestra muy a las claras la baja condición social de quien da en emplearla.

Los diminutivos, por lo mismo que son tan usados en el len-

guaje familiar, resultan con frecuencia caprichosamente constituídos y mucho se descuidan. La verdad es que de este abuso no resulta mayor mal, si no es el inconveniente de que ese mismo descuido y el consiguiente desaliño vaya trascendiendo al lenguaje culto y literario, el verdadero idioma nacional, que no debe apartarse de las buenas formas, las más propias y correctas.

Los diccionarios de uso más común como guía y medio de consulta para conocer el vocabulario, traen los vocablos propios del idioma, salvedad hecha de los muchos neologismos que andan en circulación como moneda corriente y de buen cuño, sin llegar a ser admitidos por la intransigente Acad.; pero los traen sin detallar todas las variaciones de que son susceptibles para indicar los distintos accidentes y los cambios de significado; y la razón de ser de tal omisión está en que la gramática se encarga de salvarla, dando, si no todos los ejemplos, por lo menos las explicaciones que son del caso. Así, en la formación de los diminutivos, desde que la gramática da todas las reglas pertinentes, con sus excepciones y casos especiales, claro está que holgaría en el léxico la ejemplificación circunstanciada, y de aquí que sólo se anoten los ejemplos que ofrecen alguna singularidad saliéndose de las reglas que son de aplicación general.

Débese reconocer que, en cuanto atañe a los diminutivos, las reglas dadas por la Gram. de la Acad. (últimas ediciones) son bastante acertadas: han sido debidamente inducidas de las formas usadas por los clásicos, las que privan a la vez en todos los buenos escritores modernos o contemporáneos. Las trasgresiones más comunes nacen del vulgo, y cunden y prosperan por mera ignorancia o descuido de las formas más correctas.

Y no se arguya que lo mismo se da a entender quien usa una forma correctamente castiza, como quien adopta las muy libres que se emplean a cada paso, y sin recato ni consideración alguna por la lengua misma, ya en el hogar o en cual-

quier parte, modificadas al solo impulso de la afectividad o de las pasiones. Como lo reconoce la misma Acad., «los aumentativos y diminutivos, tanto como los despectivos, son de suyo en nuestra lengua castellana voces afectivas, y ya expresan amor, cariño, inclinación, admiración, atención o respeto hacia las personas o cosas, ya la confianza con que las tratamos, ya la estimación en que las tenemos, ya la indiferencia, el desdén o el desprecio que nos inspiran». Y desde que fácil, muy fácil, nos será encontrar en nuestro idioma, sin tener que recurrir a perífrasis, inflexiones para expresar con seguridad y acierto todos estos matices de la afectividad y cuantos se quieran, ¿a qué caer en infracción o ir en busca de nuevas formas, que para muchos resultarán hasta oscuras?...

112. No hay lengua alguna, cuya flexibilidad permita tantas y tan útiles variaciones para expresar los distintos grados de significación como la nuestra; contamos 32 desinencias, en el masc. singular solamente, para formar los diminutivos, y ni el mismo italiano aventaja tan exuberante riqueza desinencial, patrimonio de que mucho puede gloriarse el castellano, porque importa un adelantado proceso evolutivo. Es, por tanto, de todo punto imperdonable que haya quienes echen en olvido esta excelencia de nuestra habla incomparable y adopten la pobreza desinencial del francés al decir «PEQUEÑO NIÑO», «PEQUEÑA ALDEA», «PEQUEÑA ESTATUA», «PEQUEÑO RATO», etc., donde corresponde decir *niñito*, *aldehuela* o *aldeilla*, *estatuita*, *ratito*, etc.

113. Los nombres de personas que, dada su condición de nombres propios, podrían parecer refractarios a los accidentes gramaticales, a los cambios desinenciales, tratándose de los diminutivos, resultan de una volubilidad pasmosa. Haya varias *Dolores* en una casa, y se oirá nombrar a *Dolorcitas*, *Lola*, *Lolita*, y ya son muchas Dolores para caber en la misma familia; pero así las hubiera y apareciese otra más pequeña, y nada costaría crear un nuevo diminutivo, aunque resultara un empalagoso archidiminutivo, ya fuera éste: LOLITICA, que por ser lar-

go acabaría por quedar en Loli o en Tica; o ya cualquier otro. De igual manera, pasando al otro sexo, tendremos que en casa donde haya muchos *Franciscos,* se oirá nombrar a *Francisquito, Francisquillo, Frasquito, Farruco, Frascuelo, Pancho, Paco, Panchito, Paquito,* y allá por España todavía resultaría corta esta enumeración, porque anda también en boga el llamar *Curro, Currito* y *Quico* a los Franciscos, ya para achicarlos, ya por mero mote afectivo. La verdad es que los nombres propios poco se cuidan de las formaciones gramaticales; pero lo que de veras choca es oír llamar *Panchito* o *Paquito,* diminutivos de diminutivos, a un grandillón que mejor estaría para ser llamado *Franciscote.* En este punto me limitaré a indicar a los que dicen Juancito, que más propio y correcto es decir *Juanito,* y prueba de ello es que nadie tendrá la mala ocurrencia de decir Juancita por *Juanita;* las terminaciones que rechazo, tratándose de Juan o Juana, son las que corresponden para formar los diminutivos de Ramón o Ramona: *Ramoncito* o *Ramoncita.*

114. Los participios no escapan a la desinencia diminutiva, tanto más si están usados como nombres sustantivos; se encontrará en el *Quijote,* entre otros ejemplos del mismo tenor, el siguiente, del capítulo X (2.ª parte): «Haciéndose algún tanto atrás, tomó una *corridica,* y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda.»

En las cartas de algunos enamorados platónicos es donde superabundan los participios diminutivos y donde se colma la medida de los nombres y calificativos endulzados hasta hacerlos empalagosos; aun antes de entrar al cuerpo de la misiva, en el tratamiento inicial, se leerán los *queridita, queridito, pichoncita, ricurita, vidita, negrita, rubita...* y tantos *itas,* que de seguir contando resultaría algo así como una mermelada gramatical o lexicológica.

Quien pueda abrigar dudas sobre la aplicación del incremento diminutivo a los gerundios, recuerde que muchos, *ca-*

llandico o *callandito*, pueden hacer grandes cosas... o pequeñas. Vaya un ejemplo: «¿No ven aquel moro que *callandico* y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra?» (*Quijote*, 2.ª parte, cap. XXVI.)

115. Hasta a los adverbios y otras partes invariables de la oración se les conceden los cambios desinenciales o de terminación propios de los diminutivos; y a esta tendencia la vemos muy palpable en nuestros hombres de campo, más por razón de afectividad que por dar idea de diminución: quien, una vez salido de los centros urbanos, pregunte por un paraje cualquiera y su dirección, verá a su guía o interlocutor extender el brazo, apuntar con el índice y decir «ALLICITO es»; y el tal ALLICITO, que a cualquiera poco versado en achaques de campaña haría pensar en un *allí* muy reducido, en una distancia pequeña, insignificante... resulta de dos o tres leguas, si no es de diez o veinte. Menos mal que esto quede como rezagos de nuestras pampas, donde no hay distancia que sea larga para el hombre que vive a caballo; pero, es el caso que otros, si no tan anómalos, no por eso menos originales ni menos inútiles, a las veces se enseñorean en plena ciudad y en gente cultísima. Y no es sólo de argentinos tanta afición a los *itos* e *itas* hasta en adverbios; así lo muestra este ejemplo de L. Alas, citado por Amunátegui Reyes en *Mis pasatiempos*: «Adiosito, *ahorita* vuelvo.» (*La Regenta*, tomo I, cap. V.) *Apenitas*, *arribita*, *bastantito*, *cerquita*, *despacito*, *juntito*, *lejitos*, *lejillos*, *lejuelos*, *ligerito*, *poquito*, *poquillo*, *poquitito*, *poquitillo*, *poquitico*, *prontito*, *quedito* y *tempranito*, son los adverbios en grado diminutivo de uso más corriente.

116. Hay diminutivos que sólo tienen de tales la desinencia, es decir, diminutivos que no indican *diminución* (sea esto dicho con perdón de Valbuena (D. Miguel de Escalada), que reclama a la Academia, en su *Fe de Erratas*, la *s* suprimida en la primera sílaba), como lo anota y estudia concienzudamente Benot en su obra *Errores en materia de educación* y como lo corrobora el mismo ilustrado autor en la *Arquitec-*

tura de las Lenguas, donde agrega algunos párrafos tomados a los *Tiquismiquis gramaticales* de A. Sánchez Pérez, párrafos que terminan con lo siguiente: «Carreras que duran sólo un par de *añitos* (cada uno de doce meses, por supuesto); trabajos que están concluídos dentro de un *mesecito*; dolencias para las cuales será preciso tomar dos *docenitas* de píldoras; personas que quieren ser en todo las *primeritas;* funciones en que se reúne lo más *principalito* del pueblo; empleados que solicitan licencia para descansar una *semanita;* vacaciones que duran solamente tres *mesecillos;* familias que viven con escaso sueldo y no salen de su *arreglito*, que suele ser arreglo muy grande, y tantos otros ejemplos que podría aducir y aduciría si no temiera hacerme *empalagosito*, que es mucho más molesto que ser solamente *empalagoso*... prueban que los diminutivos no disminuyen.»

Es indudable que la significación dada a las palabras por el incremento diminutivo, casi nunca es exclusivamente de pequeñez; va generalmente asociada, en los llamados diminutivos *de perfección*, a ideas de cariño, suavidad, delicadeza, dulzura, fineza, intimidad, confianza, amabilidad, regocijo, ironía, etc. Los diminutivos denominados *de imperfección*, conocidos comúnmente por despectivos o despreciativos, tienen a veces las mismas terminaciones *uelo* y *ete* propias de los verdaderos diminutivos, y además *uza*, *ucho*, *ucha*, *uco*, *aco*, etc., viniendo en su significación a añadir a la idea de pequeñez las de imperfección, debilidad, pobreza, miseria, fealdad, extravagancia, ridiculez, bajeza, etc.

117. Es curioso y digno de observarse el predominio de la *i* en las desinencias diminutivas, predominio que nos viene del griego y aun más del latín; ya Platón tuvo oportunidad de hacer notar que la *i* se prestaba para expresar las cosas diminutas, delicadas o débiles. Como acertadamente lo dice Monlau en los *Rudimentos de Etimología* que preceden a su *Dic. Etimológico*, «la *i* y la *e*, sonidos intermedios entre la *a* y la *o*, son las vocales que más sirven para la connotación diminu-

tiva, así como la *o* y la *a* son las más adecuadas para la connotación aumentativa».

La mayoría de las desinencias diminutivas hanse elaborado en la época del romance, que se reveló admirablemente predispuesto para la adopción de estas inflexiones, tomándose en gran parte del latín, algunas del griego, del provenzal y y del italiano; otras han llegado al castellano proviniendo directamente de provincialismos españoles, como sucede con el incremento *in* (de *calabacín*, *cebollín*, *baldosín*, *calcetín*, *espolín*, *chiquitín*, etc.), netamente asturiano.

A propósito de este *chiquitín*, que acabo de citar, se me ocurre hacer presente que es miembro de numerosa familia, tan numerosa que bastaría ella sola para dar idea de la exuberante floración diminutiva que enriquece al castellano: *chico*, que de suyo es un diminutivo, tiene para acrecentamiento de esta condición, contando en el masc. solamente, a *chiquito, chiquillo*, *chicuelo*, *chicuelito* (no consta en los diccionarios, pero es de uso muy común en la Argentina , *chiquitín, chiquilín, chiquilincito* (olvidado también por los diccionarios, pero muy usado en la Argentina), *chiquitito*, *chiquitico, chiquitillo, chicorrotico*, *chicorrotito, chicorrotillo*, *chicorrotín, rechiquito, rechiquillo, rechiquitito, rechiquitico, rechiquitillo, chiquirritico*, *chiquirritillo, chiquirritito, chiquirritín*... y todavía no faltan quienes pongan en circulación a CHIRRIQUITÍN, CHIRRIQUITITO, CHIRRIQUITILLO y CHIRRIQUITICO; después de tanto diminutivo, la verdad es que no resultan necesarias estas metátesis; pero, aparece *chiquirritico* puesto en letras de molde por F. Caballero (*Dicha y suerte*, cap. IV), según anota Cuervo en sus *Apuntaciones*, y aunque no haya descollado como hablista la escritora que usó este seudónimo, la figura queda ya autorizada. Los argentinos derivamos de estos diminutivos *chiquilinada* (igual a chiquillada) y *chiquitura*.

118. Agréguense en buena hora nuevas derivaciones si han de expresar novedosos matices, nuevas graduaciones en la significación de las palabras, si han de ser ellas útiles, necesarias

y de uso culto, y no habrá motivos para rechazarlas como deficientes o espurias; mas han de desecharse las formas incorrectas que medran en el vulgo amparadas por el descuido y la ignorancia, con detrimento de las muy castizas que tienen la autoridad que concede el buen uso y la sanción que otorgan las reglas gramaticales.

Tenemos superabundancia de desinencias, múltiples variaciones para expresar los diminutivos. ¿Para qué estropearlos, entonces? ¿Para qué ir en busca de otras formas que nada agregarían si no es incorrección?

119. Como no es mi intento profundizar la naturaleza íntima de los diminutivos, su significación, su alcance, ni sus etimologías, sino estudiar la manera de constituirlos y tender a corregir las muchas formas, ya deficientes, ya erróneas, que corren por ahí enturbiando el caudal puro de la lengua, entraré derechamente a considerar las trasgresiones de esta índole que son más comunes.

120. En ocasiones, el error resulta simple cuestión de ortografía; así, en los *Trozos selectos* de Cosson, que, quién más, quién menos, casi todas cuantas personas han cursado entre nosotros los grados superiores de la escuela primaria o los cursos de escuelas normales y colegios nacionales, habrán tenido ocasión de hojear y releer, vemos estampado en las nociones de literatura preceptiva por Pelissier, que preceden a los trozos escogidos del primer tomo el diminutivo TROZITO; y no puede tratarse de un simple error de imprenta, porque persiste la misma falta en todas las ediciones (que llegan hoy a la 13.ª) corregidas por un distinguido hombre de letras; para admitir semejante ortografía, tendríamos que escribir también MOZITO, POZITO, LUZECITA, VOZECITA, etc.; pero bien sabido está que el castellano ha conmutado la *z* en *c*, toda vez que sigue *e* o *i*, en la formación de voces derivadas, plurales, etc.; y hasta vemos igual sustitución en palabras primitivas donde es letra inicial; así, ZÉFIRO, ZELO, ZENIT, ZEQUÍ, ZEDILLA, ZINC, etc., se convierten hoy en *céfiro*, *celo*, *cenit*, *cequí*, *cedilla*, *cinc*, etc. La

Gram. de la Lengua sólo ha tenido oportunidad de informar sobre esta mutación al reglamentar la formación de los plurales en el caso de las palabras terminadas en *z*. Sépase, pues, que *trozo* tiene los diminutivos *trocito*, *trocillo*, *trocico*, y, conservando la *z*, resulta admisible solamente *trozuelo*.

121. Caen en imperdonable yerro ortográfico los que suprimen la *h* del aditamiento *huelo*, *huela*, que corresponde especialmente a nombres y adjetivos terminados en *ea*, *ia*, o *io*, con la penúltima vocal acentuada. Se escribirá *aldehuela*, *correhuela*, *fehuela*, *judihuela*, *lamprehuela*, *picardihuela*, *Andrehuela*, *Lucihuela*, *Marihuela*, *Matihuelas*, etc., diminutivos de *aldea*, *correa*, *fea*, *judía*, *lamprea*, *picardía*, *Andrea*, *Lucía*, *María*, *Matías*, etc. Ahora bien; contarse debe que estas voces, como lo advierte Clemencín en sus comentarios sobre el *Quijote* (Nota al Cap. XLVI, 1.ª parte), pueden formar sus diminutivos con otras desinencias; son, por tanto, de recibo *aldeíta*, *aldeílla*, *lampreíta*, *feíta*, etc. Y ya que de advertir se trata, pondré aquí que FRIHUELO, con *h* y sin ella queda mal, pues a las palabras bisílabas terminadas en *ío* convienen, de acuerdo con la reglamentación académica, los aditamentos *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*, *ichuelo* o *achuelo;* de modo que los diminutivos correctos de *frío* serán *friecito*, *friecillo*, *friecico*, *friezuelo*; y aten estos cabos los que dicen FRIÍTO, FRIÍLLO.

122. Monlau (*Dic. Etim.*) y otros autores citan como únicos diminutivos de *arroyo* las formas *arroyuelo*, *arroico*, *arroíto*; estas dos últimas voces parecen formadas en nuestras provincias cuyanas, donde la *y* (y también la *ll*) adquiere siempre el sonido de *i*, y claro está que se impone su omisión, desde que tan disonante resultaría el decir ARROÍICO, ARROÍITO; pero los que no son cuyanos, cuantos dan a la *y* consonante su sonido de palabra fricativa, encontrarán en *arroyito* un diminutivo irreprochable, que tiene recibida la sanción del buen uso literario, como lo indican estos ejemplos: «y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcita y el *arroyito*». (L. Moratín. *La Comedia nueva*, Acto I, escena III.)

«Un *arroyito* que corre puro,
Acariciando con sus cristales
La madreselva que escala el muro.»
(V. Riva Palacio. *Idilio.*)

123. El diminutivo de *cabra* es *cabrito, a*:

«Si en tu honor un *cabrito*
Inmolo cada año.»
(J. de Burgos. *A Fauno,* traduc. de las Odas de Horacio);

y *cabrito* o *cabrita* forma a su vez el diminutivo de diminutivo *cabritillo* o *cabritilla*:

«Un tierno *cabritillo*
Te inmolaré mañana.»
(J. de Burgos. *A la fuente de Blandusia,* trad. de H.)

Toma valor específico este diminutivo de diminutivo al designar el cuero que tanto se usa y se menta, que es *cabritilla* y no CABRETILLA, como dicen muchos, cayendo en imperdonable barbarismo; ocurre en esta voz un caso de desimilación (cambio de *i-i* en *e-i*) que es común en el habla popular de los americanos y aun en muchos españoles; mas tiene que chocar en personas cultas este CABRETILLA, como chocan DESIMULAR, MELITAR, POLECÍA, etc. (Véase Cuervo. *Apunt.*, pág 551.)

124. Establece la Academia (*Gram.*, Cap. III) que «*prado, llano y mano* hacen *pradecillo* y *pradillo, llanecito* y *llanito, manecita* y *manita*». No faltarán autoridades para robustecer este dictamen de la docta Corporación. Los dos diminutivos que se asignan a *prado* están en el *Quijote: pradecillo,* en los capítulos XX y XXIV de la 1.ª parte, y *pradillo,* en el capítulo LVIII de la 2.ª parte, y los diccionarios de Salvá, Barcia y Monlau anotan *pradecillo, pradico, pradillo* y *pradito.* Estos mismos diccionarios sólo traen *llanito, llanillo* y *llanico;* en la Argentina se usa casi exclusivamente el primero de estos diminutivos, como que siempre da preferencia nuestra ha-

bla popular a las terminaciones *ito, ita.* Por lo que respecta a los diminutivos de *mano,* cúmpleme reconocer que las formas presentadas por la Academia, *manecita* y *manita*, prevalecieron en los clásicos, y hasta hoy siguen prevaleciendo en los mejores escritores de la madre patria; y vayan estas muestras de D.ª Emilia Pardo Bazán: «Sus *manecitas* flacas alcanzaban para cumplir la tarea.» «Se enguantaba Cipriana las *manitas,* pero no hacía caso» (*El Pañuelo, Lec. de Literatura*); pero contar debo que para los argentinos parece que no existiera otra *manita* que el azucarado purgante que se expende en las boticas (del francés *mannite,* para algunos etimólogos; diminutivo de *mana,* que se dice por *maná*, a mi ver); el diminutivo de *mano,* más popular por estas tierras y por otras (Colombia entre ellas), es MANITO, mal que pese a diccionarios y gramáticas; y métase uno a enmendar esta voz después de la nombradía que llegó a obtener entre nuestros escolares, a pesar de su efímera existencia, el «Club de la MANITO», creado bajo los auspicios del importante diario *La Nación*; en *Stella*, novela de la distinguida escritora D.ª Emma de la B. de Llanos (César Duayen), se lee: «... y unas MANITOS flacas y largas» (pág. 14). No se anda por acá con mejor suerte el diminutivo *manilla*, que hemos sustituído, en sus dos acepciones más comunes, por «pulsera» y por «esposa».

125. Reclamo para *campo* las mismas prerrogativas que concede la Acad. a los tres nombres que acabo de considerar. El diminutivo CAMPITO es muy común en la Argentina; podrá resultar inusitado en España, ya que todos los léxicos y gramáticas sólo traen *campecito,-co,-llo*, pero no disiente con las reglas más generales en la formación de diminutivos y la misma Acad., en las primeras ediciones de su Léxico trajo al diminutivo *campillo;* tiene, por otra parte, tantos puntos de semejanza *campo* con *prado* y *llano*, que bien puede ponérseles a la par aunque rabien los señores académicos. Mayor libertad que la que yo me tomo es la que se permitió Cervantes, cuando escribió: «Tomó un TROTILLO algo picadillo» (*Quijote,*

1.ª parte, cap. XV), ejemplo de donde habrá tomado pie Salvá, y mucho antes que Salvá la Acad. misma (véase la 3.ª edición del Léx.), para dar a *trote* este diminutivo, siendo que más propios y preferibles en todo sentido son *trotecito,-co,-llo,* pues a todas las voces bisílabas terminadas en *e* se adapta perfectamente el incremento *cito, cico, cillo, zuelo*; y pongan mientes en esto los que dicen BROTITO, cuando corresponde decir *brotecillo,* como puso Pérez Galdós en el cap. XIX de *Marianela*, o *brotecito, brotecico, brotezuelo*; BROTITO podría ser diminutivo de *broto,* voz arcaica, reemplazada hoy por *brote.*

126. Y habríase de admitir, en la voz *obra*, derecho a formar también de dos maneras sus diminutivos, sea cambiando la *a* por el aditamento *ecilla, ecita, ecica, ezuelo*, o por *ita, illa,* desde que el muy erudito académico D. M. M. Pelayo sienta, en su introducción a los *Poetas líricos* (primer tomo, página 297), la casticidad de *obrecilla* y *obrilla,* dando en tachar como anticuado sólo a OBRESILLA; rara ortografía que se deberá seguramente a la indiferencia que antaño reinó en el uso de algunas letras de sonido semejante (*b* y *v*, *s* y *c*), como que la misma causa habrá originado a CAMPESITO, único diminutivo de *campo* que tuvo cabida en las primeras ediciones del léxico académico; Monlau trae como corrientes los diminutivos *obrecilla,-ca,-ta, obrilla* y *obrita;* pero Barcia y Salvá, en sus diccionarios, dan como anticuadas las tres primeras. Por acá sólo recuerdo haber visto *obrecilla* en *Notas al Castellano*, de Monner Sans, y en alguna otra producción; *obrita* es la forma diminutiva que más se ve y oye por estos mundos.

127. Prosiguiendo con el estudio de otras voces que admiten dos formaciones distintas para expresar sus diminutivos, llego a *jardín*, que puede tomar la terminación *cito, cico, cillo,* según muestran estos versos de J. de Dios Peza:

«Han crecido en los bordes de la fuente
Que tiene el *jardincillo* de la hacienda.»

(*Las Bodas*);

y este pasaje de D.ª E. Pardo Bazán: «Cada casa de obreros es independiente, alegre, higiénica, y posee un *jardincito*.» (Crónica de España, *La Nación* de Marzo 31 de 1911); o puede agregar simplemente *ico*, *ito*, *illo*, que *jardinico*, *jardinito*, *jardinillo* están autorizados por la Acad., Salvá y otros autores. En la misma cuenta pueden ser colocados *altar* (*altarcito*, *altarito*, etc.); *pilar* (*pilarcito*, *pilarito*, etc.); *jazmín* (*jazmincito*, *jazminito*, etc.); *sartén* (*sartencito*, *sartenito*, etc.); y también pueden entrar en esta lista *almacén* y *alfiler*; pues aunque la Acad. sólo autoriza las formas *almacenillo* y *alfilerito*, ALMACENCITO y ALFILERCITO, andan muy puestos en razón por estos pueblos, y no dejan de tener derecho para ello, desde que se ajustan a la regla general que corresponde a las voces agudas bisílabas terminadas en *n* o *r*; *alfilerillo*, único diminutivo de alfiler que cita Barcia (*Dic. Etim.*), sólo se oye aquí en la designación de algunas variedades del género *erodium* (familia de las geraniáceas), abundantes en la Argentina y en otros países de América.

128. Gramáticas y léxicos asignan a *papá* y *mamá*, como únicos diminutivos, *papaíto* y *mamaíta*, respectivamente; tócame dejar constancia de que más comunes son en nuestra habla familiar los diminutivos PAPACITO y PAPITO, MAMACITA y MAMITA. Así habla, p. ej., el nieto de Moreira cuando ya había alcanzado alguna instrucción: «Era un alma amante la de *mamita*» (Roberto J. Payró. *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, cap. X.)

129. Aunque la Acad. reclama para todos los bisílabos cuya segunda sílaba es el diptongo *ua* el incremento *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*, dando como ejemplo la voz *lengua* (*lengüecita*, *lengüecilla*, *lengüecica*, *lengüezuela*) y, como excepciones, *agua* (*agüita*) y *pascua* (*pascuita*), pienso que bien podría invertirse la regla, puesto que, si a contar nos ponemos, más serán las excepciones que los ejemplos; hasta el último ejemplo aducido mejor se acomoda, por la Argentina al menos, a la excepción que a la regla; y tanto es así, que raro será oír lla-

mar *lengüecitas*, v. gr., a las tan conocidas como apetitosas «*lengüitas* de carnero» que se expenden conservadas en latas; prestando oído atento, y sin prevenciones, forzoso será reconocer que más eufónica resulta nuestra *lengüita* que la *lengüezuela* de la Acad. *Yegua*, otro ejemplo que podría presentarse, hace *yegüecita,-ca,-lla*, *yegüezuela* y, según Barcia (Dic. Etim.), *yegüita*, que es el diminutivo preponderante en este país. En los diminutivos de *fragua* mal *podrá* disonar FRAGÜITA, desde que *agua* admite *agüita;* y por lo que toca a *legua*, *mengua*, *recua*, *tregua*, y algún otro ejemplo que acude a mi mente, nada argüiré, ya que raramente tomarán grado diminutivo.

130. En DIOSITO, FLORCITA, PANCITO, REICITO O REYCITO, SOLCITO, TULCITO, TRENCITO, diminutivos de uso tan común en la Argentina, hay una síncopa que no está autorizada por los mejores hablistas y escritores, verdaderas autoridades en materia de bien decir; lo propio y correcto es que, conforme lo sienta la Acad., los monosílabos acabados en consonante, incluso la *y*, agreguen los incrementos *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo;* quien no quiera caer en infracción gramatical, deberá decir y escribir: *diosecito,-co,-llo*, *diosezuelo* (dim. de *dios*); *florecita,-ca,-lla*, *florezuela*, (dim. de *flor*); *panecito,-co,-llo*, *panezuelo* (dim. de *pan*); *reyecito,-co,-llo*, *reyezuelo*, *régulo* (dim. de *rey*); *solecito,-co,-llo*, *solezuelo* (dim. de *sol*); *tulecito,-co,-llo* (dim. de *tul*); *trencito,-co,-llo* (dim. de *tren*); etc. Siguiendo la norma establecida por los que dicen FLORCITA, PANCITO, etc., habríase de formar el diminutivo de *son* diciendo SONCITO, y si se oye esta voz es como diminutivo de *zonzo* (la ortografía correcta pide *zoncito*, pero sabido es que los americanos poco nos cuidamos de distinguir la pronunciación de las dentales *s*, *c* y *z*); *sal* daría SALCITA, que se confunde con *salsita*, diminutivo de *salsa*. Tampoco se acomodan a la síncopa que impone nuestro vulgo los monosílabos acabados en *d*, *s* (con excepción de dios) y *z*, pues lo corriente aquí, como en todos los pueblos de habla castellana, es que se diga *redecita,-ca,-lla* (dims. de *red*); *mesecito,-co,-llo* (dims. de *mes*); *tosecita,-ca,-lla* (dims. de *tos*); *cru-*

cecita,-ca,-lla (dims. de *cruz*); *lucecita,-ca,-lla* (dims. de *luz*); *hacecito,-co,-llo* (dims. de *haz*); *pececito,-co,-llo* (dims. de *pez*); *vocecita,-ca,-lla* (dims. de *voz*); etc. Bien quisiera librar a nuestros populares diminutivos (los que suprimen la *e* del incremento) de la tacha de incorrección que obligado me veo a ponerles; mas la verdad es que resulta difícil, si no imposible, aportar en su defensa citas de correctos escritores y hablistas capaces de darles la autorización que ha concedido la Acad. a *ruincillo*, p. ej., y a los nombres propios *Blasillo*, *Gilito*, *Juanito*, *Luisito*, que también hacen excepción a la regla; es cierto que escribió el ilustre Sarmiento, en sus *Recuerdos de Provincia:* «Fui relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, D. Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el SOLCITO, sentado en el patio de la casa de gobierno» (cap. IV, La vida pública); y están en el *Fausto*, poema gauchesco de Estanislao del Campo, estos versos:

«A veces con viento en LA ANCA
Y con la vela al SOLSITO»;

pero notorio es que el mérito de la obra literaria de Sarmiento no está en la pureza de su dicción, y es de suponer que ninguno tendrá la peregrina ocurrencia de presentar el lenguaje del *Fausto* como modelo de buen decir, que ahí no más, a la par de SOLCITO, léese LA ANCA, locución viciosa, que choca por el hiato y por el número gramatical en que está puesta; y aun cuando por acaso se hallare algún SOLCITO o alguna FLORCITA en nuestros más atildados escritores, será caso de argüir que una golondrina no hace verano. Es, en cambio, fácil, muy fácil, dar con ejemplos que confirmen la regla académica; he aquí algunos que pueden contraponerse a FLORCITA, diminutivo que han desechado Bello (*Gram.*), Amunátegui Reyes (*Mis pasatiempos*) y otros gramáticos y filólogos: «las *florecillas* de los campos se descollaban y erguían» (*Quijote*, II, XXXV);

«Al primer airecico de persecución se pierden estas *florecicas*» (Santa Teresa, *Camino de la perfección*, parte 1.ª, cap. 28):

«Y su dorado pelo
Orne de *florecillas*»
(J. M. Valdés. *Egloga)*;

«Quedaban *florecillas* y yerbezuelas
Sus cuellos adornados de arandelas»
(Oña. *Arauco domado*, Canto IX);

«Vió una mansa *florecilla*
Entre la yerba menuda»
(José Selgas. *La modestia*);

«El suelo requebrado, seco, yerto,
De *florecillas* frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto»
(J. J. Pesado. *Visión del juicio final*).

Pérez Galdós escribió *florecilla* en *Marianela* (Cap. VIII). Para mostrar que está fuera de quicio nuestro vulgar *reicito*, bastarán estos ejemplos:

«Y la soberbia que injuriaba al cielo
Se postraba al maldito *reyezuelo*»
(Rufo. *La Austríada*, C. III);

«Y alzó el *reyecillo* la blanca bandera»
(Marqués de la Pezuela. *Don Juan de Austria en Cadiar*).

131. Los monosílabos terminados en vocal toman, según la Academia, el incremento *cecito*, *cecillo*, *cecico*, *cezuelo*. Pongan mientes en esta regla los que dicen, por acá y por otras partes de la vasta Hispania, PIECITO. Defiende este popular diminutivo mi estimado colega, el estudioso profesor Ramón C. Carriegos (*Minucias gramaticales*, pág. 197), citando como ejemplo fehaciente el que se lee en estos versos del académico argentino Rafael Obligado:

«Cuando aquellos PIECITOS voladores
No podían llegar hasta las flores»

(Las quintas de mis tiempos.)

Este mismo PIECITOS puede leerse en *Stella*, bellísima novela de D.ª Emma de la Barra de Llanos (César Duayen) y en otras obras de autores argentinos, lo que no quita su mayor corrección a las formas *piececito, llo,-co, piecezuelo*, que traen los léxicos y gramáticas, y que impera en los mejores literatos del habla castellana. Y no se crea que este PIECITO es novedad de los argentinos: merodea en Chile (véase *Mis pasatiempos* de M. L. Amunátegui Reyes), anda por Colombia (*Apuntaciones* de Cuervo, pág. 591), y se habrá ido también al otro lado del Istmo de Panamá, desde que figura entre los barbarismos del *Diccionario* de Gagini; presumo que ha venido de España y que no ha de ser muy nuevecito. *Piecillo*, de igual formación, está anotado como arcaísmo en el viejo *Diccionario* de Salvá, y la clave de tal anotación la tenemos en la *Gramática* de este autor, cap. de los diminutivos, donde se cita la misma voz por el solo hecho de constar en la introducción del *Símbolo de la fe* (1.ª parte, cap. 20) del P. Granada; y es el caso que el pasaje donde figura este diminutivo: «No tienen necesidad (las abejas) de regla ni de plomada, ni de otros instrumentos, más que su boquilla y sus *piececillos* tan delicados», aparece trascrito por Garcés en su obra *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, tal cual lo inserto; esto dice claramente que bien puede ser simple error de imprenta aquel *piecillo*, y, por tanto, ficticio, completamente infundado, el valor literario que ha podido gozar. Error de imprenta ha de ser también, sin duda alguna, un PIESECILLOS que se lee en una edición de *Azorín*, novela de Pérez Galdós, pues dado que no se agrega el incremento a los plurales, lo correcto será *pie-cecillos* y no PIES-ECILLOS.

Y a fe que esta regla de los monosílabos terminados en vocal resulta algo frágil, porque *té*, otro de los pocos ejemplos

que pueden contarse, circula mucho por estos mundos sin la sílaba *ce* reglamentaria; tantos han de ser los que dicen *tececito,-llo,-co, tecezuelo*, como exigen la Acad., y el decir más correcto, como los que abrevian el vocablo diciendo o estampando TECITO.

132. La abundancia de *chinas* y *chinitas* habrá dado nombre a una estación de F. C. O. de la provincia de Buenos Aires, la estación «PIEDRITAS»; y no se largue allá en busca de niñeras o mucamas quien ande falto de servicio doméstico, porque se va a dar un chasco soberano. Esas *chinas* que miento son *piedrecitas*, y no «criadas o muchachas de servicio», acepción ésta que hemos tomado al quichua *china* y que hacemos extensiva a toda mujer de color algo cobrizo, mayormente si es de plebeya condición. No estará demás advertir que las frases figuradas, corrientes en España, «*tocarle* a uno *la china*» y «*tropezar con una china*», que equivalen a decir, respectivamente y sin malicia alguna, «tocarle a uno la suerte» y «detenerse en cosas de poca importancia», resultan aquí escabrosas, sólo podrían usarse con picaresco sentido. Conste, por tanto, que unas son las *chinas* de la madre patria, y otras, muy distintas, las de América; para designar toda «piedra pequeña», *china* o guijarro, sólo emplea nuestro vulgo la voz PIEDRITA, que disiente, como disienten VIEJITO, CIEGUITO, TIERNITO, FIESTITA, REINITA, NUEVITO, CUENTITA, FUEGUITO, PUESTITO y otros diminutivos que iré nombrando con la regla académica que exige la terminación *ecito, ecillo, ecico, ezuelo* en todos los bisílabos cuya primer sílaba contiene el diptongo *ei, ie* o *ue*. El decir de los más correctos hablistas y escritores del habla castellana autoriza las formas que impone la regla enunciada. La única excepción que he podido hallar en las gramáticas es *sierrita;* está colocada, quizá inadvertidamente, entre los *ejemplos cuernecito* y *sierpecita*, en el notable tratado del gramático mejicano D. Angel de la Peña (pág. 275). Cuervo y otros filólogos americanos mientan estos diminutivos (CIEGUITO, TIERNITO, PUEBLITO, etc.) como propios del habla vulgar.

En corroboración de que *piedrecita,-lla,-ca*, *pedrezuela* y *piedrezuela*, ofrecen mejores títulos de validez literaria que nuestro popular PIEDRITA; vayan estos ejemplos: «Aquí se descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas *pedrezuelas*, que oro cernido y puras perlas semejan.» (*Quijote*, I, L.); «Procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas *piedrecillas* que luego se nos caían.» (Santa Teresa, *Vida*, parte 1.ª, cap. 1.º);

«Saltando entre los mosaicos
De pintadas *piedrecillas*»
(Duque de Rivas. *El Alcázar de Sevilla*);

«El agua lleva en pos las *piedrecillas*
que encuentra al paso, y siempre va adelante»
(Hermosilla. Trad. de *La Ilíada*, tomo II, C. XXI.)

«En su victoria, la más pequeña *piedrecilla*, haría volcar su vasta máquina» (Toro y Gómez. Trad. de *El Dinero*, de Zola, pág. 275); «Tragan también (los avestruces) piezas de metal, monedas y aun *piedrezuelas* que encuentran» (A. Bello, *El Avestruz Americano*); «No son más que *piedrecitas* talladas» (R. Palma, *Papeletas Léx.*, pág. 9); Figura *piedrecillas* en *Azorín*, de Pérez Galdós (pág. 94), en la *Gram. Hist.* de Menéndez Pidal (pág. 148), etc.

Pedrecita, *ca,-lla*, que antaño tuvieron algún uso, son ahora arcaísmos; contrariando las leyes de derivación más comunes, privan hoy, tanto en éstos como en otros diminutivos, las formas que mantienen el diptongo; sólo en aquellos que toman la terminación *ezuelo* prevalece generalmente el radical latino, pues tienen mejor aceptación *pedrezuela*, *netezuelo*, *dentezuelo*, *portezuela*, etc., que PIEDREZUELA, NIETEZUELO, DIENTEZUELO, PUERTEZUELA, etc.

Si no basta la regla académica para mostrar que los diminutivos *viejecito,-llo,-co* y *vejezuelo* gozan y han gozado siempre de más legítimo uso que nuestro vulgar VIEJITO, permíta-

seme traer a colación estas citas: «Y llega la *vejezuela* al oído...» (Fray Luis de León. *La perfecta casada*, cap. X);

«De una *vejezuela* cana
Una fácil experiencia»
(Cervantes. *La Entretenida*, jor. 1.ª);

«Era ya *viejecita*» (Moratín. *El sí de las niñas*, acto I, escena II); «Miróle la *viejecilla*» (Quevedo. *Jácara*); «Es un *viejecito* muy atildado y muy pulcro» (V. de la Vega. *La familia improvisada*, escena IX); «Qué feo y qué *viejecito!*» (Campoamor. *Los grandes hombres*); «Como sencilla *viejezuela* castellana» (E. Pardo Bazán. *Cuatro españoles*, Lec. de Literat., pág. 100); «el recuerdo de aquel *viejecito* amable» (R. Darío. *Fotograbado*: *R. Palma*, «Tradiciones Per.», tomo I); «Facundo hace traer a un *viejecito* cojo, a quien se acusa, o no se acusa, de haber servido de baquiano» (D. F. Sarmiento. *Facundo*, cap. VI).

Es innegable que nuestros populares diminutivos CIEGUITO, FIESTITA, NIETITO, PIERNITA, TIERNITO, HIERBITA, no podrían reemplazar a los que aparecen en las citas que a continuación inserto, sin desmerecer su sabor castizo, sin quitarles su corrección gramatical: «El niño *ceguezuelo* a quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles» (*Quijote*, II, LVI); «Acariciarlos y merecer sus *fiestecillas* inocentes» (Moratín. *El sí de las niñas*, acto I, escena IV); «Yo, sinceramente, no estuve presente, ni tuve el gusto de oír hablar a Adán, ni siquiera a sus *nietecitos*» (Cejador, *Los gérmenes del lenguaje*, pág. 503); «Él se había puesto de pie y se empinaba sobre sus *piernecillas*» (Toro y Gómez. *El Dinero*, pág. 340); «En este particular, los motes son todavía más importantes, por ser, digámoslo así, los nombres en su primera edad, cuando aun están frescos, *tiernecitos* y flamantes» (Cejador. *Motes y apodos*, art. de «La Lectura»);

«O cual pasa rompiendo el duro arado
Entre las *hierbecillas* que camina»
(Rufo. *La Austríada*, Canto X).

Y demás estará el recargo de citas para mostrar que el uso literario más correcto está de acuerdo con la regla académica, toda vez que concurre hacia la penúltima sílaba del diptongo *ie;* por tanto, para no pecar de incorrectos o vulgares, bien nos estará el substituir a *dientito*, p. ej., por *dientecito,-co,-llo*, o *dentecito,-co,-llo, dentezuelo*, que constan en el Diccionario; a FIERITA, por *fierecita,-ca,-lla;* a HIERRITO, por *hierrecito,-co,-llo;* a NIEBLITA, por *nieblecita,-ca,-lla*; a PIECITA, por *piececita,-ca,-lla;* a QUIETITO, por *quietecito,-co,-llo;* a TIEMPITO, por *tiempecito,-co,-llo;* a TIERRITA, por *tierrecita,-ca,-lla;* a VIENTITO, por *vientecito,-co,-llo;* a VIENTRITO (que choca ¡y mucho! al oído, las pocas veces que se oye), por *vientrecito,-co,-llo.* CIELITO, aunque disiente con la regla, se impone por su valor específico, desde que designa un baile o tonada popular muy conocido en nuestros campos; y SIERRITA, aunque figure, como he dicho, en la *Gramática* por de la Peña, no quita su mayor corrección a *sierrecita,-ca,-lla,* y menos a *serrezuela*, voz que ha servido para bautizar una sierra de la provincia de Córdoba, Serrezuela.

133. Llevado por esta investigación, aunque temo ¡y no poco! resultar cargante con tanta minuciosidad, entraré a considerar las voces que contiene el diptongo *ue.*

PUEBLITO, dice y repite nuestro vulgo y el de otros países de América; pero sépase en buena hora que ha de decirse *pueblecito,-co,-llo,* que así lo pide la regla enunciada y así lo escriben muy buenos escritores; he aquí algunas pruebas: «Fernán Caballero nació en un *pueblecillo* de Suiza» (E. Pardo Bazán. *Cuatro españoles*, Lec. de Lit., pág. 104); «Apenas se movían las hojas de los álamos que rodean el *pueblecito*» (S. Estrada. *Obras*, tomo I, pág. 145); «Las familias un tanto acomodadas abandonan las ciudades para inundar los *pueblecillos* de campo» (E. Quesada. *Reseñas y Críticas*, pág. 304). Preferibles a PUERTITA serán, sin duda alguna, *puertecita,-ca,-lla;* «Me había escapado por la *puertecita* secreta» estampó V. de la Vega (*Llueven bofetones*, acto II, escena V), y mucho ganaremos si

damos en imitar a este fecundo escritor, tan hijo del Plata como nosotros los argentinos; y si hay quien se cree autorizado para decir PUERTITA, ¿por qué no usa de mayor consecuencia y adapta también el diminutivo PORTUELA, en vez de *portezuela*, que todos emplean sin discrepancia alguna?... No ha de salir de su vulgar condición nuestro CUERPITO, ni ha de ponerse a la par de *cuerpecito,-co,-llo*, y de los no menos castizos *corpecito,-co,-llo*, *corpezuelo*, anotados en el *Dic*,, hasta que pueda aparecer escrito por péñolas como la de Cervantes, que puso: «y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro *corpezuelo*» (*Quijote*, II, LIII); como la de F. Luis de Granada, que estampó: «¿Quién no dará gracias al Criador, viendo en su tan pequeño *corpecito* una tal industria?» (*Símbolos*, parte 1.ª, cap. XIV); como la de Juan Montalvo, que así se expresó: «perdida (la hormiga) bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble *cuerpecillo*» (Prólogo de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes)*; como la del mismísimo D. F. Sarmiento, que empleó la voz *cuerpecito* en su magistral descripción de la *zambacueca (Cuadros de Cocalán)*; y como la de Pérez Galdós, que emplea *cuerpecillo* en *Marianela* (cap. VI), y *cuerpecico* en *Azorín* (pág. 192); cuando esto ocurra, ¡bien venida sea la reforma de la regla académica, que hoy tanto se descuida!

Dejándome de citas, para abreviar, daré ligera nota de otras voces que cojean del mismo pie que PUEBLITO, PUERTITA y CUERPITO, con expresión de los diminutivos que han de sustituirlas; hela aquí: CUELLITO por *cuellecito,-co* (*cuellillo* disuena, no se usa); CUENTITA, por *cuentecita,-ca,-lla;* CUENTITO por *cuentecito,-co,-llo*; CUERDITA, por *cuerdecita,-ca,-lla;* CUERITO, *cuerecito,-co, llo;* CUESTITA, por *cuestecita,-ca, lla*; CUEVITA, por *cuevecita,-ca,-lla*; FUEGUITO, por *fueguecito,-co, llo*; HUEQUITO, *huequecito. co* (poco usado),*-llo;* HUERTITO,-A, por *huertecito,-a,-co,-ca,-llo, lla*; HUESITO, por *huesecito,-co,-llo*; HUEVITO, por *huevecito,-co,-llo;* JUEGUITO, por *jueguecito,-co,-llo*; MUESTRITA,

por *muestrecita,-ca,-lla*; NUEVITO, por *nuevecito,-co,-llo*; PUERTITO, por *puertecito, co,-llo*; PUESTITO, por *puestecito,-co,-llo*; SUEGRITA, por *suegrecita,-ca,-lla*; TUERTITO,-A, por *tuertecito,-a,-co,-ca,-llo,-lla*; VUELTITA, por *vueltecita,-ca,-lla*, etc.

134. No se andan más acordes con la regla las voces que contienen el diptongo *ei*, y he de contar que son tan comunes como vulgares el diminutivo PLEITITO, que usurpa el uso que corresponde a *pleitecito,-co,-llo*, y REINITA, que se dice por *reinecita,-ca,-lla*.

135. Sólo los vocablos terminados en *e* se ajustan estrictamente aquí, como en todos los pueblos de habla castellana, a la regla; si bien emplea nuestro vulgo DIENTITO a la par de *dientecito*, de *vientre*, ya tengo dicho que no se oyen comúnmente otros diminutivos que *vientrecito,-co,-llo*; *fuelle*, *fuente*, *mueble*, *muelle*, etc., siguen fielmente la misma formación (*fuellecito*, *fuentecita*, *mueblecito*, *muellecito*, etc.); si se oye decir MUERTITO,-A, es como diminutivo de *muerto,-a*, y siempre se oirá *muertecita* cuando se trate de la voz *muerte*; FUERCITA se usa vulgarmente por *fuercecita,-ca,-lla*; pero se tomará el incremento que corresponde toda vez que se forme el diminutivo de *fuerte* (*fuertecito* o *fuertecita*). De *peine* no he oído jamás otros diminutivos que *peinecito,-co,-llo* y *peinezuelo*.

136. Tanto en los bisílabos que traen el diptongo *ie*, según dejo dicho, como en los que traen *ue*, el uso más moderno tiende a conservar el diptongo, pues van cayendo en desuso los diminutivos que cambian estos diptongos en *e* y *o*, toda vez que se aparte de ellos el acento, salvo los terminados en *uelo*. Si bien alcanza tal tendencia a las voces que no son bisílabas, no faltan ejemplos que la contrarrestan, *caliente* y *merienda*, por ejemplo; aunque haya quienes digan CALIENTITO,-A, y MERIENDITA, lo correcto es que se diga y escriba *calentito,-a*, y *merendita*, *merendilla*, conforme anotan Monlau (*Dic. Etim.*) y otros autores fehacientes.

*
* *

137. De los ejemplos que he venido tratando en los últimos párrafos, fluye que el uso vulgar tiende a la simplificación de los incrementos suprimiendo algunas letras, si no todas, del aditamento colocado entre la voz positiva y la desinencia rítmica esencial del grado diminutivo, SOL-CITO, por *sol-e-cito*, TE-CITO, por *te-ce-cito*, VIEJ-ITO, por *viej-ec-ito*, NUEV-ITO, por *nuev-ec-ito*, PLEIT-ITO, por *pleit-ec-ito*, etc.; se abrevia y no es de todo punto reprobable tal tendencia, desde que la brevedad como la eufonía constituyen, según lo sostengo en *El castellano en América*; *su evolución*, muy importantes causas selectivas en la evolución de los vocablos. La rotundidad de nuestra habla incomparable y a la vez el uso de los hablistas y escritores de mayor renombre se oponen hasta el momento presente al triunfo de tal síncopa; de aquí que haya hablado de trasgresiones al mentar nuestras formas diminutivas más vulgares. Cúmpleme declarar que ni las condeno en absoluto ni las acepto; pertenecen, es cierto, al lenguaje más popular, pero no al más culto y erudito, al lenguaje literario, que es el verdadero idioma patrio o nacional; el objeto de este estudio es advertir a los que se precian de hablar y de escribir bien cuáles son las formas preferibles, más correctas, más castizas; cuáles las que tienen a su favor la sanción del uso literario más autorizado.

No faltarán defensores decididos a muchas formas diminutivas que miro como trasgresiones del buen decir; pero prefiero que me toque esta vez algo de la tacha de intransigencia que he puesto en tantas ocasiones a la Acad., antes que reclamar libre tránsito para vocablos que no lo merecen. Hay que cuidar la pureza de la lengua, y debemos andar con mucho tiento para conceder pase a lo que sólo puede ser patrimonio del vulgo. Sea nuestra habla corriente cristalina y aumente en buena hora su puro caudal; mas no se pretenda hacer de ella turbión desenfrenado que baje atropellándose y recoja en su seno cuanta impureza halle al paso.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina).

(*Continuará.*)

UNA NUEVA MODALIDAD LITERARIA

En cuantos estudios se han hecho acerca de las evoluciones—tanto en el orden social como en el artístico, aunque uno y otro, en lo que tienen de manifestación de vida, se compenetran en una cierta índole y siempre se influyen recíprocamente,—no se ha atendido, ni en lo mínimo, a lo que ya no es periférico, pues se escapa de toda perceptibilidad. La historia de la transformación de un pueblo carece casi en absoluto del apuntamiento de las causas esenciales, pues ya es sabido, porque ejemplos hay muchos, que sólo determina lo elemental de los efectos, que es algo así como hacer mención de los movimientos de una péndola, sin atender a los engranajes de la máquina que lo determina.

Excusado es decir que en este orden de evolución está la literatura, y excusado es decir, también, que la actual en nada se parece con aquella del cantor védico que vió la luz en las selvas vírgenes en los días del alborear del mundo. La literatura, fruto de los escritores de las generaciones actuales, pasa del examen de la primera realidad a una segunda realidad, superior, puesto que en sí lleva la esencia, que dista tanto de la primera como nuestra vista y nuestra comprensión distan del infinito; es decir, que la literatura actual, hija de una edad más vieja y más consciente por lo tanto, no se contenta con estudiar a los seres en su exterior y a las cosas en su superficie, sino que ansía a más,

ansía, con una paciencia y una pertinacia digna de toda clase de consideraciones, llegar al análisis detenido, minucioso, del contenido ideal de los seres y del ambiente espiritual de las cosas. Toda la obra moderna que merece tomarse en serio, en cualquiera de los órdenes que integran el arte, lleva en su entraña, no como materia accesoria, sino como elemento fundamental, el deseo de atravesar la región de lo ostensible. De ello existen datos muy elocuentes en estos años que corremos. En literatura y en pintura, el caso aislado de ayer se ha convertido en la regla general de hoy. Un literato de nuestra edad, como un pintor de acuerdo con el espíritu que la informa, no se ha de contentar con lo que sólo nuestra mirada descubre y nuestra inteligencia explica, porque no es posible, en modo alguno puede serlo, que la cultura de que en este instante es poseedora la humanidad, con ello se contente. En arte y en cualquiera de sus órdenes, hay el deseo de aprehender el espíritu de aquello que de la realidad se va a sacar para elevarlo, y en esa elevación hacerlo perdurable por los siglos de los siglos. ¿Bastan meras generalidades históricas o sociales para explicar la oposición de este hecho que en literatura más claramente se está formulando? No. Detrás de estos hechos históricos o sociales, o más bien, en el fondo de esos hechos, existen, a perfección, definidas unas veces y otras muy envueltas en sombras, modalidades que forman ideas éticas y estéticas, de las que el artista que las emplea no se da exacta cuenta, ni mucho menos las valoriza en lo que pueden representar, pero que imperan y rigen en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Y conste que no es debido a ignorancia, sino al ambiente espiritual que respira, a la ideología, de cuya savia vive, y, más que a nada, al influjo de las ideas filosóficas de su tiempo. La crítica—y saco a colación este género literario por ser uno de los que puedo hablar con más justeza, dentro, claro es, del límite reducido de mis conocimientos,—en estos días por que atravesamos, se ha separado en absoluto de lo que era en años, ya muertos, por fortuna. Al llegar los que la cultivan a un grado superior de cultu-

ra—grado superior de cultura que muchas veces no es más que la resultante obligada de una evolución que, a buen seguro, comenzó en las selvas vírgenes, en el alborear del mundo,—se han dado cuenta de que ya no podía ser retórica, como lo fue con los clásicos, con los devotos de Aristóteles y de Plutarco y de Horacio, con los Johnson, los Boileau, los Luzán, los Harpe. La crítica moderna había de hacer un bello mohín y una graciosa pirueta para escapar de aquél absurdo círculo en que pretendieron encerrarla hombres de mentalidad tan precaria como Brandes o como Posnet, que a toda costa querían darle un carácter político-liberal el primero y sociológico el segundo, en servicio, excuso casi decirlo, de su credo personal, personalísimo. Y como esto no podía ser, se escabulló presto de los morbos que la amenazaban. Además, que sistematizar la crítica, como cualquier otro género o sub-género literario en un determinado sentido, es inutilizar al que la cultiva, que no debe ser más que el artista que trata de fijar en letra de molde aquellas impresiones que la lectura causen a su sensibilidad. Así es, que de haber admitido los deseos de Brandes o los de Posnet, se hubieran debido tomar en consideración también los de Gayau, que tenía un parentesco espiritual bastante íntimo con el último de los citados, o los de Max-Nordau, el cantor de la teratología, o los de Hennequin, o los de Lemaitre, o los de Barres. Pero no. La crítica moderna, la crítica personificada en Rodríguez Marín, en Menéndez Pidal, en Pardo Bazán, va induciendo al caminar de deducción en deducción, es decir, que estudia minuciosamente, despaciosamente, y luego infiere con exacto conocimiento, con absoluto dominio de lo que se ha puesto a su examen. El arte de las letras en la actualidad no es más que arrancar al material que se emplea el espíritu, para que sea el que informe las palabras que lo arrancado traduzcan, que tendrán vida y medula, pues su vida y su medula han de ser las mismas que en la realidad tuvieran, si se tiene la suficiente capacidad mental para saberlo hacer.

La crítica deductiva es una modalidad rudimentaria para

llegar al examen de la esencia de lo que se estudia. Esto es evidente, y esto, claro está, es lo primero que se ha hecho. ¿Con qué caudal de cultura se ha intentado? La recia mentalidad de los escritores antes señalados, es la más indiscutible y la más sólida garantía. Pero estos cultivadores afortunados del arte de las letras no han cruzado el límite que separa la crítica deductiva y la crítica psicológica, aunque, dicho sea en honor de verdad, la Condesa de Pardo Bazán, en sus estudios acerca del romanticismo en Francia—que dicho sea de pasada, es de lo más serio que se ha hecho en España desde que las letras patrias perdieron la gloriosa fama de Menéndez y Pelayo,—con un espíritu moderno y con una orientación bien marcada a lo que la crítica será en lo porvenir, es la que menos distante se encuentra del nuevo modo literario que ahora quiere reinar, aunque hace mucho tiempo ya que nació.

Sócrates, en sus diálogos, habla de la expresión moral en el arte. ¿Y qué es esta expresión moral? Es, puede asegurarse, el alma de los seres y de las cosas que, una vez que ya no anima los seres ni hace vivas las cosas, flota y vaga como algo que muy cerca se siente, pero que no llega a verse nunca, a causa de su inmaterialidad, sobre las páginas en que se les da una nueva existencia a esos seres y a esas cosas. Los griegos, en su literatura, gloria de un pueblo y asombro de cuantas generaciones han sucedido a la de Platón, a la de Teofrasto, a la de Estraton de Lampsaco, y de las que aún a ellas sucederán, tenían un personaje que, horro de toda forma, por no ser material, reinaba en espíritu. ¿Qué es sino la fatalidad, elemento que imprime carácter a la mayor y más selecta parte de sus tragedias? La fatalidad actúa, y muy directamente, sobre cuantos intervienen en el desarrollo de la acción de las obras de Esquilo o de Eurípides o de Sófocles. A veces, hasta la ven. Pero no. Ella estrujará los corazones, y la mano que los estruje será, para su desgracia, invisible. El enemigo no sólo no está enfrente, sino que, tras ocultarse, nos rodea. Y esto lo menciono no con el exclusivo objeto de robustecer lo

dicho por Sócrates, que hablando, en verdad, no necesita para nada de la ayuda que le puedan prestar mis palabras, sino para que se vea también que la modalidad, que ahora parece querer entronizarse, tiene raíces muy viejas y muy hondas, raíces que extiéndense a los días de los orígenes de nuestra civilización... La expresión moral en arte es tan antigua como el mismo arte. Cuando un literato, un pintor o un escultor ha querido que la obra suya perdurase, la ha dotado de alma, porque el alma no muere, es eterna. Y a reflejar esa alma es a lo que se ha tratado de ir desde hace siglos, y a lo que directamente, sin rodeo alguno, se va hoy. La literatura, pues, ha dejado de ser fría, para convertirse en emocional como la pintura—la pintura obra de genios;—no ha sido nunca, como ha creído el vulgo, la representación de cosas visibles por medio de colores, sino la representación de cosas sensibles por medio de lo que fuese actuación de la belleza, conseguida debido al efecto de nuestra vista a causa de los colores empleados. Esto, a quien leyere, parecerá extraño. No debe olvidarse que hay una pintura de almas, en la que los colores, por el artista utilizados, por la fuerza también que tienen cuando de la paleta los arranca una divina mano, poseen una enorme riqueza expresiva. ¿Acaso el Greco no es uno de estos pintores de almas, como más tarde lo fue Goya? Domenicos Theotocopulis, si en vez de pintar escribe, si en vez de manejar el pincel esgrime la péñola, a buen seguro adelanta algunos lustros este movimiento que ahora se está comenzando a iniciar, aunque el movimiento, desde hace siglos, vivía latente. Y hoy, por la forma en que se está mostrando, no debe dudarse, como antes he dicho, que hay determinadas ideas, detrás de cada hecho o, más bien, en el fondo del hecho mismo, de las cuales el artista que las emplea no se da exacta cuenta de su valor ni de lo que, para él, pueden representar, pero que imperan y rigen en su concepción y, por consecuencia, en su desarrollo, de un modo intenso, intensísimo. Claro es, que si el literato que esto haga no se da cuenta de por qué lo hace, no lo razonará. Y declarará

que hará bien. Para razonar y justificar está el crítico, que buscará, además, la serie, corta o larga, de causas y concausas que el efecto determinaron, estudiando asimismo la savia que lo nutrió y el ambiente que lo hizo vivir...

Los primeros escritores en que se notó ya reciamente el deseo de no contentarse con la descripción de la apariencia de los seres, y con el retrato de la superficie de las cosas, fueron los del alborear del cristianismo, que hicieron que se operara aquella durísima reacción contra el mundo antiguo y contra la ciencia carnal, que, como dice uno de los más peregrinos ingenios actuales, con gran justeza, hincha, pero no edifica. Tertuliano, Arnobio y Lactancio, y, antes de ellos, el asirio Taciano, dan señales no sólo por sus duras invectivas contra la filosofía humana, hasta declararla falsa y vana, y necias todas sus especulaciones, sino también porque la idea-madre de sus teorías y de sus doctrinas es, precisamente, negar en absoluto la belleza de lo corpóreo para poder cantar la suprema belleza de lo incorpóreo; es decir, que sobre los seres y más arriba de las cosas está el contenido, el contenido ideal y espiritual de esos seres y de esas cosas. Escribe Orígenes que nada real es bello, porque sólo tiene una parte de belleza que le puede prestar lo que está fuera por completo de los límites de lo humano. En los mismos términos que Orígenes, aunque dicho de manera más rotunda, se muestra Clemente Alejandrino al hablar de Jesús de Nazaret: «No era hermoso con la fantástica hermosura de la carne, sino con la verdadera belleza del alma, que es la caridad, y con la verdadera belleza del cuerpo, que es la inmortalidad.» Lo inserto sírveme para declarar que ya en aquellos lejanos días en que comenzaba a alumbrar el sol de nuestra religión entre las negras sombras del paganismo, se tenía de las cosas de la tierra, que en la tierra habían nacido y que sobre la tierra morirían, sin nada que fuese como un soplo divino de gracia celestial la elevase, un concepto, para ellas, nada halagüeño. ¿A qué era debido? Aquel que lea los mencionados extremos nacidos, como se habrá visto, de una aprehensión vehementísi-

ma del valor de la belleza suprasensible en cotejo, con la cual parecen sombras y vanidades las bellezas que nuestras manos tocan o nuestros ojos descubren, encontrará, a buen seguro, contestación a la pregunta... Leyendo con atención las obras de los doctores eclesiásticos, saltan a cada paso ideas y nociones de materia filosófica, ya sobre lo ideal, ya sobre lo espiritual. Con ellas puede formarse un conjunto razonado y armónico que sirva como plinto sobre el que se levante la nueva modalidad que, con violencia, acusa la literatura del día. A decir verdad, ésta es hoy víctima, en parte, de determinadas influencias. Pero, en modo alguno, conviene desechar esas determinadas influencias, aunque no sólo vengan del campo contrario, sino que también sean morbosas, porque en su aprovechamiento se encontrará, con seguridad, fuerza bastante para ponerla a un mejor servicio. Y digo esto, porque aquí, los llamados intelectuales, es decir, una parte de los llamados intelectuales, por fortuna muy escasa, que tiene parentesco íntimo con las extremas derechas, le satisface dirigir recias invectivas, acerbas diatribas a Platón y a cuantos, deslumbrados por el saber del más grande filósofo que han conocido los siglos, siguieron su escuela, sin pensar que todo el idealismo de nuestros místicos, como el idealismo, luego que entraña con poderoso influjo todo el movimiento filosófico alemán, movimiento que llega al más superior grado de desarrollo con los nombres de Hegel y de Kant, está en Platón, y los elementos conectores, impulsadores de los sistemas que se bautizan con el nombre de los que les dieron estado real al salir de sus mentes, en Platón también, pese a sus sistemáticos detractores.

Como, por lo inserto, se descubrirá el nuevo modo que en literatura se está en estos días entronizando, tiene una estirpe ilustre, pues se remonta a los dorados tiempos en que las artes, en el mundo virgen, alboreaban. Pero entonces la idea no tuvo pujanza para mostrarse, y se hizo esclava. ¿De qué? ¿De la forma? De la forma, no. Porque la forma, o sea el estilo de los escritores en los días en que la literatura comenzaba a caminar

por sobre la tierra, era tan ingenua, tan amablemente ingenua, como los pueriles sentimientos que contenía. ¿Debido a qué, entonces, hubo de vivir oculta? Podría aventurarse, sin miedo a caer en error, que la expresión moral del arte, de que habla Sócrates, era aún tan débil, que no tenía ni aun fuerzas suficientes por sí propia para definirse de manera que se hiciera notoria... He visto algunos de los libros, entre ellos, el ya mencionado de Clemente Alejandrino, con el objeto exclusivo de descubrir, a ser ello posible, si en sus páginas había, aunque no fuera más que en sedimento, esa tan decantada expresión moral. No pude en modo alguno hallarlo... Había, sí, en aquella prosa sin elegancia y sin belleza, muy semejante por su espontaneidad a la del cantor védico; pero llena de médula y, en lógica consecuencia, de energía, un deseo, que se descubría imperioso, de buscar, en lo que se describía, el alma que lo informaba. Y aunque este deseo era de tal naturaleza que por bajo de las palabras percibíase, carecía, sin embargo, de ella... Es casi seguro que el que leyere dirá que aquí hay manifiesta contradicción. Aquél que tal crea, padece una equivocación rotunda. En los libros de que trato descubríase, muy reciamente acusada, el ansia de que cuantas palabras los componían tuvieran vida; pero no una vida arrancada de la vida, sino una vida que fuera alimentada por el cerebro. Y esto no podía ser, porque al pasar por el tamiz del cerebro perdían parte de su savia, y en lógica consecuencia, de su alma.

Al llegar a este punto, voy a poner un ejemplo con dos nombres de literatos actuales, con dos nombres hoy en plenitud de facultades creadoras. Me refiero a Pío Baroja y a Ricardo León. ¿Qué libros dan la sensación de estar dotados de alma, los de Pío Baroja o los de Ricardo León? Los de Pío Baroja, a buen seguro, se me contestará. Claro es, digo yo, que los de Pío Baroja, porque en ellos hay esa espontaneidad de estilo, que es la *mica salis* de la expresión moral de que en sus diálogos habla Sócrates. Ricardo León, en cambio, es más correcto, más atildado; su prosa no tiene brusquedades que

crispan, ni nerviosismos que denotan, pero no es humano. El léxico por él empleado es seco; seco, porque vivió más en el cerebro que en los labios, que es adonde directamente suele asomar el corazón. Quisiera que el lector, para yo no enumerarlos, pensara conmigo los nombres de los escritores actuales que marchan a la zaga de la modalidad, hoy en triunfo. De los jóvenes todos, de los viejos muchos que no han querido que su obra quedase anquilosada en una época, ni su espíritu inerte en determinada edad. Y no es, en verdad, porque la nueva idea—nueva porque en estos instantes se hace conocida, no porque ya no existiera—viva, como antaño, sin que el artista que la emplee no se dé exacta cuenta, ni mucho menos la valorice en lo que puede representar, sino que impera y rige en su concepción de modo eficaz, realísimo, como imperan y rigen aquellas ideas que son recia armadura que sostiene todo cuanto nace a su calor... Conviene aquí decir que no es ésta que comento una de esas ideas que vienen al arte importadas, y cuya vida, por esa causa, suele ser muy corta, pues no son recogidas del ambiente. No. Desde ha luenga edad yacía muy a hurto de la humana observación en los recovecos más escondidos de nuestras mortales mentes. Esperaba sólo para mostrarse aprehender un momento adecuado.

Extrañará a muchos que dé a las ideas una valorización real. ¿Acaso no la tienen? Todo cuanto en la vida posee una fuerza sujeta a medida es susceptible de que se le dote del valor que esa medida señala. La moderna ciencia, que, como señalado queda, quiere ascender del mundo de los efectos al de las causas, y desde él escalar el de los principios, así lo hace. Y la literatura, mejor dicho, aquellos que se dedican a cultivar el arte de las letras, en este preciso momento, van sobre las huellas que ésta va dejando en el camino triunfal que recorre. La ciencia, la moderna ciencia, repito, quiere, pues señales de ello está dando continuamente, allí, en el mundo de los principios, estudiar lo atómico y aun lo supra-atómico, por si en lo supra-atómico hay algún germen que sea conector de lo ató-

mico. Y en la literatura, hoy, pasa igual. Se examina con cuidado, con minuciosidad, el detalle, y del examen del detalle se deduce, y, como fruto de esas deducciones, se induce, llegando a su fondo, a su alma, para arrancársela y llevarla a que anime la letra de molde.

Deseo que cuanto llevo dicho como accesorio a la idea eje que informa los párrafos anteriores, se entienda en el sentido de querer con ello robustecerla. Porque sería atrevimiento, que allá en el fuero interno no me perdonaría nunca, el tratar de definir, en tono doctoral, acerca de artes que no tienen con la literatura ninguna apretada relación, y de ciencias que aparecen rotundamente separadas de cuanto con ella se relaciona. Pero no es posible negar, en modo alguno, que esas artes y, aun mucho más, esas ciencias, actúen sobre la literatura muy directamente. ¿Es que estas últimas influyen en su concepción y en su desarrollo? En cierto sentido, sí. Podríase, con suma facilidad, hacer historia, en detalle, de cuanto, desde su nacimiento, ha influído en el arte de las letras debido, no a la intrusión en ella de un determinado ambiente espiritual ni a la ideología ambiente a causa de las escuelas filosóficas más en boga en un instante dado, sino a aquello que fue reservado a otras artes o patrimonio exclusivo de las ciencias. ¿Por qué—y señalo este detalle por ser el que acude más prestamente a mi memoria,—por qué, repito, toda nuestra prosa anterior al Arcipreste de Talavera, sean cuales fueren los orígenes y fuentes de cada libro, es prosa erudita? La contestación es sencilla, sencillísima. Cuanto era arte, y arte de las letras, en particular, no había sido escrito, hasta entonces, más que en un tono doctoral propio para iniciados. La lengua popular, la lengua tal como hablábase, no se había utilizado más que en versos de gesta y en la epopeya cómica del Arcipreste de Hita. Era necesario, pues, transfundir esta sangre fresca y juvenil en las venas de la prosa, para que ésta adquiriese, definitivamente, carácter nacional y reflejase el tumulto de la vida. Los escritores posteriores al de Talavera, de esta manera lo entendieron. Y los años

todos de su existir estuvieron atentos a hacer libros casi paremiológicos, pues los dotaban no sólo de un continente llano y vulgar, sino también de un contenido que tuviera muchas raíces imantadas con las raíces del pueblo, con la manera de pensar del pueblo; en fin, con esa filosofía espontánea y honda a la vez que va formando poco a poco el contexto íntimo del pueblo... En esto que digo se verá cómo una modalidad extraña, en su principio a la literatura, influyó sobre ella de modo eficaz y realísimo. Porque este deseo de que las letras perdiesen lo que tenían de obscuro y de nebuloso, no fue un deseo nacido en los escritores de aquellos tiempos, en escritores de la reciedumbre mental de Alfonso Martínez de Toledo, sino un deseo que cristalizó en la literatura, como antes había cristalizado entre otros géneros y subgéneros del arte y hasta en las ciencias.

Con lo preinserto creo que bastará para que encuentre disculpa, suficientemente amplia, mi atrevimiento de traer a colación parte de lo mucho, de lo muchísimo que se halla fuera del estrecho límite de mis conocimientos, porque ello no ha sido debido más que a la causa de querer establecer las íntimas relaciones que hoy tiene cuanto es producto del cerebro humano. ¿No hay en el momento actual una literatura científica? La literatura a base de la psicología experimental, no otra cosa es. Además, desde que el arte de las letras encontró elementos para sus producciones en la patología y en la psicopatología, cosa que acaece desde los días lejanos en que vivió Gaspar Barth, se hizo éste científico. Luego, claro, la vida moderna, la tumultuosa y compleja vida moderna lo ha sutilizado todo. Al «caso» en bruto ha sucedido el «caso» que pudiera denominarse de ponderación. Me explicaré mejor. En el instante actual el escritor busca lo que puede considerar como representativo de la deformidad moral o social que va a describir. Y la explicación de este hecho está en lo ya tantas veces dicho: en que la literatura del día no es más que el resultado de una lenta, lentísima evolución, de la que nadie, en absoluto, se había dado exacta cuenta, aunque a su éxito en todas las edades

coadyuvaran, hasta el momento de su definitivo triunfo, y que por ese motivo busca hacer concreciones, síntesis de lo que antes sólo muy torpemente abocetaba.

A poder seguir desde su nacimiento el desarrollo de la idea hoy dominante, a buen seguro encontraríanse épocas de su vida accidentadas y curiosas. Y esto, en verdad, pasa con todas. Las ideas, meras ideas, tienen siempre que atravesar un penoso tránsito antes que convertirse en hábitos sociales. Porque las ideas—vuelvo a repetirlo—no son nada ni nada representan si el sentimiento no las hace suyas. Es decir, que para que logren un valor, necesitan descender de la cabeza al corazón. Nadie cometerá el error de oponer un rotundo mentis a lo que antecede, pues la vida continuamente se encarga de evidenciarlo.

Ahora, y como corolario a estas razones que voy aduciendo, he de añadir que a ese deseo de pasar de la primera realidad visible, ostensible, a una segunda realidad superior, se suma el deseo imperioso de descubrir si efectivamente existe algún jalón puesto por la vida de lo que está más allá de la tierra. Yo creo que toda nuestra inquietud espiritual, que nos lleva a hacer continuos sondeos en el misterio que rodea a los seres y que inunda a las cosas, es sólo motivada por el deseo, a cada momento sentido más vivamente, de aprehender mucha parte de lo que nuestro conocimiento no puede llegar, en forma clara, a percibir. En el día, la preocupación ambiente, es la preocupación ultraterrena. Y como consecuencia lógica de esta preocupación, que a veces toma caracteres de verdadera obsesión, está el querer descubrir, para darle todo su exacto valor, el contenido ideal que puede haber en los seres y el germen espiritual—hay gérmenes espirituales, según explica Branthay—que pueden tener las cosas, que si en los unos es firme, por razones de índole temperamental, es en los otros, por causas de de su cotexto íntimo, flotante y movedizo... Y he llegado, veo que he llegado, a demostrar que nuestra literatura, que no es otra cosa que el fruto de aquellas impresiones recibidas por lo

que de intensa manera ha actuado sobre nuestra sensibilidad, va derecha a una radical transformación, pues cuanto sobre ella influye, que es cuanto integra la vida, ha sufrido el cambio anunciado. Parecerá, a muchos gratuita esta rotunda afirmación. Los que tal crean, deben considerar, antes de oponer a ella calificativo alguno, la forma en que ha sido hecha, pues he tendido para su sostenimiento, antes de expresarla, una recia armazón de verdades, que no acertará a llevarse los huracanes desoladores de ninguna propaganda contraria. Así es que al decir que cuanto integra la vida ha sufrido un brusco, un radical cambio, no hago más que sentar un axioma. ¿Es que la vida no cambia continuamente, y a unos seres suceden otros seres, y a unas cosas suplantan otras cosas? Sí. La vida no cesa, ni un instante, de renovarse. Sobre las cenizas de una hora, de un minuto, se alza, triunfal, otra hora, otro minuto, que aunque sean sucesores de aquellos muertos, no se parecen en nada...

La literatura del día—feliz resultante de toda una lenta evolución que comenzó a sentirse y a no expresarse, porque se desconocía allá en lejano tiempo, en el lejano tiempo en que alboreaba el arte de las letras—va derecha, porque este es el fin que, claramente se le descubre, a estudiar con minuciosidad, despaciosamente, lo que está después de la apariencia de los seres y de la superficie de las cosas. Y ella fue a esos estudios—debe decirse—empujada por una necesidad ambiente. Cuanto luego la ha nutrido y la nutre, ha sido, y es, obra también de la misma necesidad ambiente: la necesidad de creer que a la carne la tiene que animar un alma.

Luciano de Taxonera

LOS ENCANTOS DE LA NOVIA

La viudez del Rey Carlos III imprimió un aspecto de indefinible tristeza a su regia morada, ora mantuviera su corte en Madrid, ora fijara su residencia en el Real Sitio de San Ildefonso. En la Granja pesaba sobre su ánimo la ancianidad de su madre, la Reina Isabel de Farnesio, más agobiada que por los años por la pérdida casi total de la vista, que acabó de robarla toda la animación de aquel espíritu, en otro tiempo tan vivo, tan abierto, tan tenaz y tan batallador. Algo la distraían sus dos nietas Luisa María y María Josefa, y más que todos, aquel Príncipe de Asturias, que se había hecho un zagalón verdaderamente hermoso. Pero el Príncipe no amaba más que los caballos, los perros y la escopeta de caza, y el augusto padre, que se encantaba cuando le acompañaba, siempre ágil y extremadamente andarín, por riscos, bosques y vericuetos, tentábale en los descansos a examinar sus dotes sobre materias políticas, y siempre a sus opiniones tenía que echarlas algún tachón. Se repetía el caso de Felipe III, siendo Príncipe, con Felipe II, en los últimos años de su reinado; no conocían ni Felipe II ni Carlos III en los que habían de heredarle inmediamente la corona, la fibra de que los dos estuviesen dotados, y que era precisa para las necesidades de sus tronos y para los destinos de España. El Príncipe Carlos IV, como fue el Príncipe Felipe III, era muy bueno, muy esclavo de su palabra, muy serio y formal, pero también muy cándido, extraordina-

riamente cándido de espíritu, demasiado cándido para empuñar con éxito las asperezas del cetro.

Cuando se trataron las nupcias de la Infanta Luisa María con el Archiduque Leopoldo, segundogénito del Emperador Francisco y de la excelsa Emperatriz María Teresa y heredera del Gran Ducado de Toscana, pareció a Carlos III que el Príncipe de Asturias no se alegraba como debiera; y sondeándole más, conoció que él también aspiraba a tener mujer. Era razón; el heredero de la Corona de España tenía ya diez y siete años. Tal vez el Rey tenía proyectado casarle un poco más tarde, cuando su espíritu estuviese un poco más hecho en las cosas concernientes a la excelsa magistratura que algún día tenía que desempeñar; pero el deseo del Príncipe no le pareció desatendible, y cuando lo consultó con su madre, la anciana Isabel, la de Farnesio le contestó:—*Le tengo buscada novia, la hija de tu hermano Felipe.—¿María Luisa?*—preguntó el rey.—*María Luisa tiene ya cumplidos los trece, y las cartas que me escribe revelan su talento en su temprana discreción.*—El presunto novio enloqueció de júbilo al saberlo, y cuando en Parma se hicieron los avances familiares, acompañados del retrato del Príncipe, que hizo Mengs en miniatura, la tierna María Luisa no pudo menos de exclamar:—*¡Es muy guapo, muy guapo, y yo con él seré muy feliz.*

El matrimonio quedó concertado entre los dos padres, y entonces Carlos III escribió a la novia y permitió que el Príncipe le escribiera también. La carta del Rey decía:

Querida sobrina mía: No puedo disimular el gozo de considerarte ya en el número de mis hijos. Ha muchos días que lo deseaba con ansia. Las prendas de que te ha dotado el cielo y la educación que debes a tus padres, no me dejan dudar que has de ser en dulce y santa compañía las delicias del Príncipe, mi muy amado hijo, y ambos a dos el mayor consuelo y el primer objeto de los cariños de tu tío

CARLOS

San Ildefonso, 21 de Octubre de 1764.

El Príncipe no se expresó con menos ternura y respeto. Decía:

Señora y muy estimada prima: Sé que V. A. ha dado su consentimiento para mis dichas. Sin él no podría esperarlas. Juzgue, pues, V. A. cuál estará mi corazón de agradecido. Sé también, de antemano, que el obedecer a sus padres en lo que el mismo corazón pide, es el gusto de los gustos. Quiera Dios que V. A. le haya experimentado, y que nos sea principio de otros muchos que vengan a V. A. con poseer sin límites el afecto y albedrío de su primo, que tiernamente la respeta y ama,

CARLOS

San Ildefonso, 21 de Octubre de 1764.

Esta carta se incluyó en otra del Príncipe para su tío el Infante D. Felipe, Duque de Parma, padre de la Princesa María Luisa, «para que la pusiese en sus manos, si V. A. lo tiene a bien»; y en ella, después de pedirle «le constituyese en hijo por eleccion», dándole en prenda «el cúmulo de las con que Dios ha enriquecido a su hija y mi prima la Princesa María Luisa», resalta esta frase, tan sentida como elegante:—«Sea yo tan dichoso en merecerla, como lo soy en conseguirla.»

La serie de cartas que, desde este momento hasta su llegada a Madrid, mediaron entre la Princesa María Luisa y el Rey Carlos III, son documentos perennemente vivos, así de la discreción que en aquella niña augusta, tan tempranamente había descubierto su egregia abuela, Isabel de Farnesio, como de la convicción profunda en que el Rey Carlos III se confirmó en ella. El juicio formado por este Monarca acerca de las prendas morales de la que fue, durante cincuenta y cinco años, compañera, colaboradora y copartícipe de los accidentados destinos del Rey Carlos IV, será siempre de mucho peso en la balanza de los sucesos dramáticos de una vida tan prolongada, así pública como doméstica; y estos conceptos se adquieren en aquella primera correspondencia, que tiene todos los atractivos de la inocencia y de la espontaneidad.

A la carta primera del Rey Carlos III, la joven Princesa le contestó:

SEÑOR:

Mi señor y amado tío: Fáltanme las voces para manifestar a V. M. mi respetuoso reconocimiento por el honor que se sirve dispensarme, añadiendo al título glorioso de sobrina el de hija de V. M., para hacerme feliz y dichosa. Bien puedo asegurar a V. M. el deseo eficaz que me asiste de poner los medios posibles para merecer la continuación de sus paternos y cariñosos afectos, y contribuir a la satisfacción de mi estimado primo. Doy a Dios por todo infinitas gracias, y ruego a V. M. me conceda su bendición para afianzar más y más el amor que profesa a V. M. una sobrina que tanto le respeta, y ruego al Altísimo que la C. R. persona de V. M. guarde los muchos años que deseo y he menester.

B. L. R. P. de V. M.
su amantísima sobrina,
LUISA

Parma y Noviembre 4 de 1764.

La contestación de Carlos III «*A la Princesa de Parma, mi sobrina*», se debe conocer:

Querida sobrina mía: tu linda carta del 4 del corriente ha sazonado el gusto con que contemplo tu ajustado casamiento con mi hijo Carlos. Quien tiene la discreción que manifiestas y la virtud que no ignoro, es preciso sea a un tiempo las delicias del Príncipe y el consuelo de su padre. Con esta agradable imaginación pasaré contento los días que he de tardar en verte, y, como los cuento, sé muy bien que el 9 del mes próximo es el de tu cumpleaños. Lógrale muy feliz y alegre: que así te lo anuncia y desea el tierno amor de tu tío

CARLOS

San Lorenzo, 28 de Noviembre de 1764.

Con la concesión de la dispensa de Clemente XIII, que ne-

gоció en Roma D. Manuel de Roda, y que fue expedida por el Papa el 16 de Diciembre, con la remisión de los regalos y con las norabuenas de días, cumpleaños y otras efemérides de familia, la correspondencia entre Carlos III y María Luisa continuó activa, entretanto que en Madrid se disponían los preparativos del doble viaje de nuestra Infanta Luisa María para Toscana y de la Princesa María Luisa de Parma para la Península, nombrando en Madrid, Florencia y Parma las comitivas respectivas, y reuniendo en Cartagena la escuadra de ida y retorno, así como en Génova el alojamiento y las etiquetas con la Señoría.

El Marqués de Montealegre, Mayordomo mayor de Carlos III, acompañado del Marqués de Moura, de los Duques de Villahermosa y del Infantado y del Conde de Valhermoso, fueron los conductores de nuestra Infanta-Archiduquesa a Italia, encargados a la vez de recibir en Génova y acompañar hasta Madrid a la nueva Princesa de Asturias, la que lo era de Parma. Aunque aquí el Marqués de Squilache dirigía todos los preparativos, siguiendo las órdenes de Carlos III, y aunque a nuestro Ministro en Génova, D. Juan Cornejo, se le acreditasen 500 doblones de a 60 reales vellón, cada uno sólo para los gastos que hubiese que hacer en aquella República, teniendo allí el Marqués de Grimaldo a su hermano el Marqués D. Xavier, en los superiores destinos también de la Señoría, éste solicitó cuidar así del alojamiento de las Princesas, como de las fiestas que habían de hacerse para obsequiarlas y de las etiquetas con que habían de ser recibidas. A la Infanta Archiduquesa se la dispuso el alojamiento en la calle Nueva, en el Palacio de los Duques de Tursis, y no teniendo capacidad suficiente para hospedar la numerosa comitiva, se habilitó para este fin el Palacio de San Pedro en Santa Catalina. Para hospedar a la Princesa-Princesa María Luisa de Parma se le amuebló lujosamente el Palacio de los Príncipes Doria, en cuya plaza se situó una compañía de granaderos para hacerle la guardia. Del mismo modo, para el servicio de la Princesa se

nombraron los nobles patricios Andrés Imperial y Cayetano Zoagli.

Como para la expedición de Cartagena a Génova se había alistado una escuadra de diez navíos de 74 cañones y tres puentes, y tres fragatas con algunos jabeques y otras embarcaciones menores al mando del Marqués de la Victoria, en Génova el Senado discutió así el número de los buques que habían de entrar en el puerto, como los honores que se les habían de hacer. Respecto a lo primero, la Señoría hasta entonces no había consentido que en el puerto fondease ninguna escuadra mayor de cinco navíos, y cuando en 1714 llegó á Génova la escuadra española, de diez navíos de línea y cuatro fragatas, para transportar a la Península a la Reina Doña Isabel de Farnesio, el Senado no permitió que entrase en el puerto más que el navío comandante y los tres que mandaban jefes de escuadra, quedando los demás en la rada; pero Grimaldi alcanzó que esta vez entrase y fondease todo el convoy.

Las mismas excepciones se alcanzaron acerca de los saludos. Al entrar en el puerto el buque almirante, se convino que enarbolara el pabellón Real, sustituyendo la bandera neutra, que izaba al palo mayor, correspondiente a la insignia de Capitán general; y como cuando una escuadra lleva alguna persona real, cesa todo saludo a la escuadra y sólo se saluda al Príncipe que conduce, también se concertó que la plaza saludaría con toda la artillería de sus fuertes, así a la entrada de la escuadra, como al poner pie en tierra nuestras Princesas o al levar anclas para el retorno. En Génova, para divertir a la Princesa-Princesa María Luisa, la prometida de Carlos IV, se la dispusieron además una gran recepción de corte el día de su llegada de Parma, gran función de gala en el teatro al día siguiente, y al tercero un gran baile.

En cuanto a la comitiva que acompañara de Parma a Génova a la Princesa hasta entregarse de ella la de los grandes de España y su Aya la Sra. D.ª María Catalina de Bassecourt y Grigny en el momento del embarque, estaba formada

por el Conde de San Vitali, mayordomo mayor del Infante-Duque D. Felipe, del Marqués Leonardo de Malespina, su primer caballerizo, de los gentiles hombres Marqués Palavicini, Príncipe de Mont-Soragna y Conde de San Secondo, del mayordomo de semana Conde Peroli, del caballerizo de Campo Conde Morandi y de las damas de honor Madama González, aya, Condesa Lunati, Marquesa Brígida Scottí, Marquesa Malespina della Bastia y Condesa de San Vitali.

El 16 de Junio de 1765, la Princesa María Luisa volvió a escribir al Rey Carlos III y le decía:

Señor:

Mi señor y muy venerado tío: Con el motivo de llegarse el tiempo de ponerme a los Reales pies de V. M., espero tenga a bien le manifieste los vivos deseos que me asisten de lograr pronto esta dicha. La separación de mi amado padre y señor, que amo tiernamente, me será muy dolorosa; pero la hace menos sensible el consuelo que tengo de encontrar en V. M. otro padre benigno que se dignará disimular mis faltas. Dios me dé acierto, como se lo ruego muy de corazón, para merecer por mi conducta la aprobación y el cariño de V. M., en que afianzo todas mis dichas, y guarde a V. M. los muchos años que deseo y necesito.

Señor

A L. RR. PP. de V. M.

su más obediente y respetuosa sobrina,

Luisa

Parma, 16 de Junio de 1765.

Encantaban al Rey estas cartas, que le rejuvenecían, como si él fuera el novio, y contestaba:

Querida sobrina mía: Te consuelas en la separación de tu tierno padre, con la esperanza de encontrar en mí otro no menos amoroso. Estamos iguales, querida mía. Después que me he desprendido de una hija a quien amo tiernamente, mi único consuelo es el adquirir en ti otra no menos preciosa y dig-

na de mi cariño. Ya recibirás ésta de camino. Dios te traiga con bien a mis brazos, que en ellos se verificará la dulce transformación de pasar a ser tu padre el tío que más de corazón te ama,

CARLOS

Madrid, 28 de Junio de 1765.

A la llegada de la comisión a Génova, donde tantas fiestas había preparadas, hirió de súbito el corazón de la joven Princesa la presión viva de dolor que vino a nublar el cielo de las dichas que por todas partes la sonreían. Entonces, anegada en lágrimas, así volvió a escribir a Carlos III:

SEÑOR:

Mi señor y muy querido tío: El dolor que me aflige me aturde y desconcierta, señor. Mi amado padre está gravemente enfermo, y esto me pone fuera de mí, que no hallo otro consuelo que el de recurrir al piadoso corazón de V. M. Conmigo va a quedar huérfano mi hermano, y ni él ni yo tenemos ya más padres que V. M. ¡Tome V. M. bajo su amor y protección a mi pobre hermano! ¡Ah señor! ¡qué bien se verifica que no hay gusto cumplido en el mundo! El mío era sin igual de volar a los pies de V. M. y de gozar el consuelo de la buena compañía de mi amado primo. Ahora, confusa entre el temor que recelo, no ceso ni cesaré de rogar a Dios guarde a V. M. como importa y necesita mi afligido corazón.

SEÑOR

B. L. R. P. de V. M.

su más respetuosa y afligida sobrina,

LUISA

Génova, 19 de Julio de 1765.

Esta carta llevaba una lúgubre postdata de la siguiente fecha. El triste pronóstico y temor se había cumplido, y la Princesa decía:

«El corazón, penetrado del más vivo dolor por la noticia que me acaban de dar de la pérdida de mi muy amado y venerable padre: sólo me deja fuerzas para implorar el cariño de V. M. para mi y para mi hermano, suplicándole se digne ser piadoso padre de los dos.»

En Génova, las fiestas se suspendieron y cambiaron por ofrendas de sentimiento. La Princesa se encerró en el Palacio de los Príncipes Doria a llorar a solas, hasta que a los cuatro días, visitada por los Grandes que la asistían y consolaban, invitáronla a no demorar su embarque. Constituída a bordo, allí escribió otra vez al Rey, participándole su resolución, y el 25, la escuadra española, a vela tendida y entre los cañonazos de la plaza y de los buques, se hizo a la mar con rumbo a España.

Las últimas cartas de la Princesa hirieron profundamente el alma del Rey Carlos, más que por la pérdida de un hermano a quien amaba como a un hijo, por la ternura de sentimientos que descubría en la que iba a ser pronto su hija.—«¡Qué noticia tan cruel—escribía—y en qué circunstancias! Me ha consternado y afligido a lo sumo por él, mi buen hermano, por el suyo, mi querido sobrino, y por ti, hija mía! Tú vas a entrar en el número de mis hijos, y de él me considero en adelante por padre. De ambos cuidará, mientras viva, mi amor paternal. Consuélate en esta firme confianza, como procuro yo consolarme en la dulce consideración de que has de leer ésta dentro de mi casa, y en vísperas del último arranque para mis brazos. Dios te me traiga con bien, repito una y mil veces, y conserva el precioso corazón que veo retratado en tus cartas, para hacer felices los días del Príncipe, mi amado hijo, y alargar los de tu amoroso tío—CARLOS.»

Los lutos de la Princesa, aunque tan recientes y vivos, no acallaron en Cartagena los entusiasmos populares. Solamente la Princesa los huía, escondiéndose de todas las miradas. Apenas fondeó el navío que la conducía, les fueron entregadas cartas del Rey, enviadas a mano por el Monarca desde Madrid.

Su contenido no puede rebosar mayores afectos de ternura: «No me deja mi cariño—le dice en una de ellas—tener cuatro días una carta tuya sin responderla, ni me puede detener la duda de si habrás o no puesto pie en tierra cuando ésta llegue a Cartagena. Me llenas de satisfacción y gozo con las expresiones que leo en la carta del 24, de que ibas a embarcarte animosa por caminar hacia el consuelo que en mí te espera. Tu respetable abuela, mi muy amada madre, también impaciente te aguarda con los brazos abiertos. No te escribe de su puño, por su casi absoluta falta de la vista; pero quiere que te lo diga yo. Ven, hija mía, a resucitar nuestros gustos amancillados y a probar cuán de corazón te ama tu tío—Carlos.

En otra carta que en Cartagena esperaba también, decía el Rey bueno, el Rey honrado: «Me complace ver que tienes el mejor corazón del mundo. No pueden tener otro origen tantas gracias como me das por haberte ofrecido para tu hermano lo que le debe mi cariño.» Cuando recibió el Rey las cartas de la llegada, impaciente volvió a escribirla: «Ya se van cumpliendo mis anhelos. Ya te poseo en mis reinos. ¡Bendito Dios que te ha traído con bien! Ven a completar una de las mayores satisfacciones que ha tenido y tendrá en su vida tu tío, que con el corazón te quiere y ama.» El 10 de Agosto aún seguía escribiéndola, a pesar de que la Princesa María Luisa ya se aproximaba al término de su viaje. «Anoche—le decía—me llegó tu cartita de Hellín. Cada paso tuyo es un gusto mío. Aquí contamos todos los días que faltan para abrazarte. Tu abuela dice que ella lo hace cada momento con el corazón, y el mío me dice lo mismo.» El 26 de Agosto, Carlos III escribió a la novia de su hijo todavía una vez más. La Princesa había sufrido un ligero enfriamiento; había tenido fiebre y había guardado un día cama; pero se levantó para escribir al Rey, y éste le decía contestando a la suya: «Tienes la gracia de darme gusto hasta en lo que no te debo aprobar. ¿Por qué me has escrito hasta no estar mejorada y a riesgo de agravarte? Tú lo hiciste por tranquilizarme y dulcificarme el retardo de mis satisfac-

ciones. Así lo creo y esto... ¡me encanta! Con todo, no te vuelvas a exponer por responderme. Guarda ya todas tus naturales gracias, que hacen ya y harán siempre mi mayor consuelo, para comunicármelas de palabra. Verte es lo que más deseo.»

¡Qué fiestas las del arribo a Madrid! Las describieron en verso el abate Lampillas, por mano del Marqués de la Mina, y Benegasí y Luján, por la del Conde de Oñate. Don Ramón de la Cruz y Cano dirigió las fiestas populares al aire libre; el Coronel Sabatini, los arcos triunfales; las cuadrillas de la Grandeza, el Marqués de Tábara, el Conde de Altamira y D. Luis Curiel, Conde de San Rafael y Señor de Zorita de los Canes. No sólo sobre Madrid, sino sobre la vida casi acabada de la Reina Madre, Doña Isabel de Farnesio, y sobre la vida casi solitaria y misantrópica del Rey Carlos III, la venida de aquella joven Princesa, toda luz por dentro y por fuera de su alma, proyectó el resplandor más amable. De las virtudes que el Rey descubrió en ella, nunca se apagó la viva llama, ni en la ancianidad, ni en la proscripción, ni en las amarguras de una gran parte de su agitada existencia. Si su talento, cuando Carlos III faltó, fue el alma del Gobierno paternal y progresivo del calumniado Carlos IV, la Reina María Luisa, desde que vino a España, desde que ocupó el trono, desde que fue a la proscripción a conquistar las palmas de un lento martirio, hasta que le sorprendió la muerte, conservó aquel corazón, que Carlos III calificó *el mejor que hubo en el mundo.*

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

LA "IDEA„ DE ESPAÑA

Entre las fórmulas negativas, críticas, de hispanología (1), hay algunas muy expresivas sobre la falta de sentimiento de patria en el español. La falta no es porque tenga el español un concepto más amplio de los destinos colectivos, sino por una omisión que le aproxima más al bosquinomano, al individuo centro-africano, que al europeo. El español, con frecuencia, quiere dar el salto de la tribu al anarquismo. Por eso, el socia-

(1) Debemos la palabra a José Ortega y Gasset. Hace tiempo buscábamos la expresión adecuada, el justo valor de este género, sin acertar en el propósito. Hispanología viene a ser lo que ha denominado el Sr. Dorado Montero, en el prólogo a la obra de Santiago Valentín y Cams, *Males y vicisitudes del pueblo español,* literatura del desastre. El género se diversifica según la materia a que, dentro de lo español se aplique. Por ejemplo, los trabajos de *Azorín* y Baroja son literarios; otros, de filosofía, de historia. Hay también crítica social, psicología social, política, sociología; pero, si existe dentro de las diversas especies la idea de lo español, con el punto de vista de revisión nacional e investigación novísima, de nuevo plano, la materia tendrá un lazo de unión interior inconfundible. Es la hispanología.

Ahora bien; España se halla en circunstancias de anormalidad. Lo necesario condiciona las cosas. El estudio total de España; el pensamiento—causas, realidad, posibilidad—de España, exige especialización, cuyo conjunto se caracteriza con trazos inconfundibles: ¿cómo llamar a la literatura y a la filosofía de este conjunto? ¿Puede llamarse hispanología?

lismo consciente—en general, casi lo consciente—es planta rara en España.

De extremo a extremo, se aproxima al pretexto para justificar su inmovilidad. ¿Anarquismo? Sí, anarquismo; pero lo malo y negativo del anarquismo. Lo humano y constructivo de él: interés de comunidad, sentimiento de justicia, no.

El individualismo nativo del español lucha con todas las disciplinas, con todas las presiones sociales, y con frecuencia las vence, las destruye. Creerse individualista de nacimiento es para la vida organizada, para la civilización, una cualidad, un rasgo de carácter, distintivo propio, original.

Pero el individualismo tiene, por lo menos, cuatro aspectos. O hay, entre los diversos géneros de individualismo, cuatro más corrientes, más frecuentes: uno, en cuanto a la forma de interpretar el derecho de propiedad: otro, en cuanto a la manera de entender nuestra posición frente a los demás; otro, que armoniza — que es característico del inglés — el interés individual con el colectivo, que da a la sociedad y al individuo el máximum de libertad, limitándolos recíprocamente por la dimensión de un doble interés; y que permite que individuo y sociedad se presten el máximo apoyo y auxilio, con un máximo de respeto al propio tiempo; y otro, puramente instructivo, sin orden, exento de toda disciplina (1).

El individualismo español supone un hiperyo, obscuro, que arrolla con su egoísmo el interés de colectividad y de humanidad, y un sentimiento de agresión contra lo que existe, por el delito de existir, y ser, por tanto, algo común con el hiperyo del sujeto español. El esbozo de este sentimiento implica, claro es, debilidad, falta de fuerza para ser. Es un kaleidoscopio de cosas agresivas e insultantes. En otro lugar se puntualizarán estas ideas.

Ahora bien; el individualismo céntrico-individual, el sentimiento de agresión a lo extenso humano, por amor a lo pró-

(1) El que distingue la teoría anarquista toma un poco de todos ellos.

ximo, reducido, personal, engaña y ofusca al español; le impide ver claramente el interés productivo. Lo que es falta de desarrollo, involución,—«detención evolutiva», diría Macías Picavea,—se convierte en él en falaces y engañadores pretextos para disculpar deficiencias.

Al potente sentimiento de sí mismo, hay que yuxtaponer y conexionar en el español el sentimiento, extenso, de patria, de humanidad. Patria será en este caso más humanidad, y no menos humanidad. Es el sino de lo concreto y el peligro de las generalizaciones. Si hay que enseñar al español a amar de manera extensa lo común, ¿cómo enseñarle el amor a lo universal sin pasar por el amor a lo mediato—gradual en esta evolución,—de su propia nacionalídad? ¿Es posible ensayar este extenso amor a lo humano, haciendo como que se pierde de vista este otro amor, tan real, más real, de una porción de humanidad, que componen millones de españoles?

Hay que crear, para ello, en el espíritu del español el círculo de una idea: España. Esto es, sentimiento de ciudadanía, interés civilizador, sensibilidad para la cultura, capacidad espiritual al nivel del siglo; ¡inteligencia! La impresión que produce el sér que limita su existencia a reducidísimas áreas de un «yo» limitado por lo oscuro de su sentir, es la del hermano invertebrado que vive arrastrándose en la tierra.

Platón, según Kant, se servía de la palabra idea para designar una cosa que no derivaba de los sentidos, y que aun sobrepasa y rebasa los conceptos del entendimiento. Un positivismo muy difundido aplica a la concepción de las cosas—a la sustancia de las cosas,—por el hombre, las materialidades de su existencia, como vínculos que se forman, le impulsan y le oprimen. La esencia de estas cosas es para el hombre, en el fondo, la idea de su mundo interior, de las cosas exteriores que le rodean, y que en larga convivencia tejieron su vida práctica. La tonalidad del sol, su intensidad; la topografía, la orografía, la torre o la cúpula de tal edificio; tal rasgo y tal color y tal aroma de campo, de hogar; tal silueta y evoca-

ción de la persona allegada o vecina; una porción de ideas que yacen en lo subconsciente y que se adueñan en un momento dado de nuestra sensibilidad; he ahí lo poético de la patria.

Lo demás, o sea la extensión de esos vínculos, los forma y preforma la educación; los yergue y los suscita la afinidad simpática, en sentimientos, ideas, civismo y solidaridad moral, que en el ámbito de nación hallemos y sintamos. La educación fortifica y esparce en nuestro espíritu las ideas universales. La justicia, la cultura (1), la humanidad, el bien, la belleza. La práctica va corroborando en experiencias estas ideas, y el espíritu adquiere el sentido de las cosas y las crea; las modifica, las extiende o las limita, según su poder creador y sus determinaciones.

Formar en el español la idea precisa e inmovilizarla en su espíritu con caracteres científicos, será dotarle, para la función de hombre de su siglo, de un órgano imposeso que no posee.

España ha de ser para el español, además de él, de su «yo», una extensa porción de humanidad, que precisa un punto, en en el cual se apoyen, en convergencia, la certidumbre de una misma necesidad y de un mismo interés. El idioma, la geografía y la historia, no pueden destruirse en el relativamente breve lapso de tiempo que la realización de la obra constructiva de España requiere.

Ni la historia, ni la geografía, ni el idioma, podemos nosotros hacerlos desaparecer o distribuir su configuración a un tipo ideal que nos agrade o convenga. La proyección de un plan ideológico como éste, indica ya, sin los distingos que apuntamos, una cierta falta de equilibrio razonador. Se trata de una imposibilidad física, de una imposibilidad de tiempo; no de cosas problemáticas. Proponerse imposibilidades absolutas, no es discreto ni razonable. Es probable que haya entrado en los cálculos de nuestra fantasía el hacerlos, y que alguna vez se hayan perpetrado. Habrán servido en ese caso

(1) Con ortografía española.

para dar pábulo a nuestras pretendidas cualidades nacionales de enemigos de lo material y prosaico. Es que se trataba, en todo caso, de una confusión más que añadir al número profuso de ellas que nos asigna la Historia. La fantasía desenfrenada y turbulenta es contraria a la serena contemplación del intelecto. Fantasear, es romper las reglas de lo preciso y cierto para imaginar y divagar. Forzar la fantasía, y romper estos moldes de lo preciso y natural, es ya riesgo de inminente oscuridad y anulación razonadora.

La idea de España es el sentimiento de España; es patriotismo, ¿qué patriotismo? La colaboración subjetiva, entrañable, en el amor a España. España, como nación, por su historia, reclama introspecciones, asimilaciones, dolor de conciencia. Se trata de un nuevo patriotismo, de una nacionalidad que corresponda a un tipo de español nuevo. Lo nuevo de este patriotismo será su comprensión más clara del interés de comunidad. Su espíritu será más afín a lo humano; más sensible a lo universal, porque el «mínimum» de sensibilidad será Europa. Lo que rebase este «mínimum», lo original, lo nuevo español. Exigir, en nombre de la tradición, fidelidad a los usos y reglas antiguas, es quimérico. El progreso no se realizaría, no sería realizable, si por tradición se perseverase, monorítmicamente, en los mismos usos y en los mismos preceptos; si el progreso no hubiera rebasado, con ayuda de los conocimientos adquiridos, estos mismos conocimientos. La ciencia es un más rebasar, un más hacer; concluir, perfeccionar lo adquirido. ¿No es esto también la civilización? ¿No se ve, pues, la oposición que aquí se manifiesta entre tradicionalismo y amor a España; progreso español y progreso universal; progresividad, en una palabra? En este punto, mucho nos interesa que se advierta la diferencia entre lo que aquí se expresa, y otros escritores, notabilísimos, preocupados del problema de España, y al cual dedicaron vehemencias y entusiasmos. Sin querer, estos escritores de un tradicionalismo *liberal*—por esto, no absolutista—eran ya muy liberales, o contribuían, al menos, a fo-

mentar la conciencia liberal española. Es probable que en otro orden de ideas, ocurra lo propio con la generación nuestra.

Como se trata de hacer a España más moderna, más armónica en el tiempo, para estas posibilidades España ha de colocarse en el plano en que están las cosas de este siglo. No se trata de limitarnos, sino al contrario. Precisamente, esta amplitud para las ideas es cuestión de vida o muerte. Es preciso no olvidar que el nexo de esta palingenesia o postulado, consiste en una crítica poderosa y fuerte de nuestra quietud espiritual de siglos. Es éste el mayor mal, quizá el originario, único, de la incultura española, de la involución española. Lo contrario sería prédica de programa político, hacer política, dar un sentido conservador o tradicionalista, al problema de España.

Puede caerse también en el contrario: se halla, fuertemente aliado el progreso de los pueblos modernos al avance de las ideas liberales; pero, en sustancia, en el problema de España hay que buscar la causa dinámica con una absoluta ecuanimidad política, como se busca la clave de un intrincado mecanismo. La consecuencia política que indudablemente existe, aparece después. Es cosa demostrada que un régimen de cultura en su máximum de garantía colectiva e individual (1), va aliado el liberalismo formal y efectivamente practicado.

Las primeras interrogaciones íntimas que a sí propio se hace, al comenzar a hacer uso analítico de la razón todo sér humano, son de este tenor: «¿Qué soy yo?» «¿Qué he de ser?» «¿Por qué?» «¿Para qué?» «¿Con qué fin?» Estas interrogaciones son balbucientes y de indígena poquedad en los seres retrasados o poco aptos para la vida moderna, de civilización. El sér humano capacitado por educación para vibrar y comprender al compás del ritmo universal, extiende estas interrogaciones a las cosas cívicas, de comunidad. El español, por ejemplo, siente débilmente, con color y energías de opacidad,

(1) Dícese esto para que no se nos arguya con el ejemplo de Grecia y Roma, cuya incompleta armonía social es evidente.

el vínculo que le une al «todo» humano; y las interrogaciones íntimas de su mundo interior, de por sí flébiles, responden escasamente a las interrogaciones de la razón de las cosas. Los puntos de interrogación sobre lo colectivo podría decirse que responden a la abulia espiritual de suyo, si los impulsos oscuros, materiales, no desarrollaran en él, en mayor proporción, el egoísmo. Los impulsos materiales, cuando falta la presión externa de una sanción ética, social, conducen a mixtificar e involucrar risueñamente, es decir, con banalidad, la función social más adecuada, cuyo punto céntrico es una idea de razón práctica. La perversión de la Justicia, con frecuencia, no responde más que a la insensibilidad ideal de los encargados de administrarla.

¿Qué es España? ¿Qué soy «yo» en relación a España? ¿Qué debe ser España? ¿Qué debe ser este «yo»? España y el hombre forman entonces dos ideas en incipiencia, que para alcanzar una potenciabilidad, un valor humano a la altura del valor hombre en la civilización del día, habrían de completarse, ya que no es posible truncar esta asociación de una idea: España y el español. Proyéctese la visión en figura: España es un lienzo. España la perspectiva, el ambiente, el marco; el español el sér, el individuo, el motivo. Es decir, que sin español no hay España. La idea de España será, pues, voluntad de que la cosa sea, un retornar a las cosas profundamente nativas y vitales, y un amor creciente por la verdad, no sólo en abstracto, sino en concreto, verdad en las menudencias de la diversión de cosas que componen el conjunto del existir y del sér; la eficiencia en las cosas.

El ámbito espiritual del individuo español tendrá entonces efusiones cordialísimas de su sér con la madre tierra. Su tierra nativa no será, como hoy, incompatible con el amor profundo a las cosas de un solo contorno sentimental y amistoso. La hostilidad en que hoy vive el español con su persona y su persona con la tierra que, como afín a ella, le corresponde, se convertirá en una armonía fecunda para realizar y realizarse.

España será ya una idea. El sér de la idea, por su eficiencia, no producirá en su sensibilidad la dolorosa y placentera impresión, a un tiempo, de las cosas aprehendidas después de larga convivencia con nuestras más rebeldes voliciones.

La posesión de esta idea será summum de enérgicos motivos de ser y de existir. El juicio sobre el pasado, y la perentoria necesidad del presente, se hallarán en el círculo de la «idea» España. Como la expresa voluntad de lo veraz y noble habrá sido hermana de la inquietud, el círculo difuminará en lo oscuro del no ser la confusa imagen de la España pasada sin vigorosos trazos de armonía duradera.

No se nos oculta que la idea de España corresponde, tal y como se enuncia en estas líneas, a un nuevo postulado, a nueva visión, más precisa y más en armonia con la realidad, La «idea» de nuestros confines nativos era, hasta hoy, grande por sus fantásticos vuelos, limitada y enteca por su pobrísima realidad. Lo que hemos descubierto en la balumba caótica del dolor, del pesimismo, es la «idea» de España tal cual debe ser. Es la que queremos transmitir a nuestros sucesores; la que queremos difundir en el recinto de España, de la España de gentes sencillas, pobres y resignadas, por antítesis de la España que vive en la falsedad, de asimilaciones y afectaciones en la historia y el presente.

¿Qué es España? ¿Qué debe ser España? Nuestro dolor y nuestra area sentimental nativa; la prima materia de nuestra entraña espiritual; nuestro corazón. La cultura universal va formando en los hombres ávidos de saturarse en el común de la ciencia estados psicológicos, sentimientos por las cosas universales. Sólo traicionándose a sí mismo se puede creer en la total extirpación de estos sentimientos a impulsos de las cosas internacionales. Lo que en todo hombre sensible al dolor de colectividad opera el interés y el sentimiento de las cosas universales, es el deseo ardiente, atormentado, de trasladar las cosas ópimas, ajenas, al lugar más suyo y más íntimo en que aquéllas faltan. Es el impulso de todo contraste doloroso una

vez impresionado el ánimo por el espectáculo de la injusticia, cuando el espectador se halla en posesión de ideas sobre lo justo e injusto, si sabe qué cosa sea la justicia. La noción de lo justo es suficiente que sea sentimiento para que en este caso sirva. El concepto concreto, extenso, con sus más o menos, hállase circunscripto, en los intelectos avezados a definiciones, deseosos de impulsar la noción científica de las cosas con certidumbres firmes y duraderas.

¿Qué es España? España es lo que está en mí e inmediatamente de mí; es, debe ser, la afirmación. La afirmación supone un desplazamiento de conciencia, un más ser, ámbito mayor en el existir; la cosa que contiene en sí las demás, en que ha de reflejarse el ser subjetivo. La correlación es inmediata, subsiguiente e ineludible. Por esto, España y ser español son dos aspectos de una misma idea. Es más cómodo y más literario, y está más cerca de nuestra idiosincrasia, romper esta correlación, esta contigüidad de sér y cosa, de objeto y sujeto, de punto y círculo, y volar a espacios universales, a lo ilimitado, y, por ende, no sancionado. Pero esta aérea ascensión, sin la sensibilidad de lo próximo, sin la idea de España, es pretexto y excusa u otra fórmula de no ser.

¿Cuál es la huella de esta línea de la «idea» de España? El surco de una poderosa intensificación de la conciencia civilizadora, la concreción de nuevas savias espirituales que sean poderoso motor vital de la raza.

Esto de la idea de España es como si nos propusiéramos, por anticipado, promover y resucitar en nosotros un estado de alma peculiar y familiar a aquellos pueblos que alcanzaron plena conciencia de sí mismos, un grado superior de civilización, y que se hallan hoy en el más crítico período de evolución registrado por la Historia. Va a liquidarse en la sociedad moderna la cuestión económica, la parte subsiguiente de la libertad política, la otra media libertad. En España hállanse los dos problemas involucrados. ¿Cuál es primero? Parece ser que los dos son de urgencia; pero lo más mediato, como experiencia realizada, es

la incorporación de todas aquellas técnicas e ideas que corresponden a la evolución de las demás naciones.

La «idea» de España se enlaza, pues, estrechamente al patriotismo. No lo negaremos. Pero, ¿de qué patriotismo? Hay del patriotismo conceptos distintos. La idea de patria ha evolucionado al compás de otras ideas; evoluciona aún. ¿Quién dudará que la idea de patria se entiende hoy de distinta manera que en la Edad Media o que la entendían los cartagineses o que se entendía bajo el imperio de Napoleón? No se hacen hoy las mismas cosas que en otro tiempo por la patria. El patriotismo es hoy menos patriotismo, aunque presente caracteres involutivos en pueblos de eflorescente y pujante civilización; de modernización, en otros órdenes. Un profesional de la milicia no tiene de la patria el mismo concepto que un obrero o que un comerciante; pero hay una cosa que les es común: el vínculo social, el lazo sentimental, la convivencia, la historia, la geografía, la «idea» de nacionalidad. El patriotismo de evolución más avanzada, da al individuo, contra lo que puede parecer de primera impresión, un concepto más claro de su nacionalidad, a tiempo que lo hace más asequible y propicio a la asimilación de los genérico de otros pueblos. Lo científico va siendo inmaterial y pertenece a todas las colectividades humanas con voluntad y sensibilidad para recogerlo y aprehenderlo. La exportación de espíritu es cosa mas fácil, en el mundo moderno, que la de productos. Al contrario, el sentimiento de patria en el hombre medioeval, por ejemplo, es menos propicio a la comprensión de lo universal; y a ver el interés humano, particular, como menos dependiente del interés general. Sería más exclusivista su patriotismo y más oscura la idea que de su país y el planeta se formara.

La mayor complejidad de visión y compresión de los destinos humanos corresponde, naturalmente, a la idea más fuerte de la propia personalidad. Dar en beneficio de una lo que se sustrae a la otra, no sería sino cambiar, pero no avanzar y progresar. Se es más en el estado de máxima civilización. De lo

contrario, se operaría una evolución incompleta o se desarrollaría la capacidad para una cosa en contra de otra. Parece como si fuera así. No lo es. Cuando después de atenta mirada, nos lo parece, es que hay mínimo desarrollo. No es éste el tipo civilizador por excelencia, sino inhibidor.

El internacionalista francés o alemán tiene, seguramente, una idea más pronunciada de su nacionalidad que su congénere español. Lo que ocurre es que el individuo de estas ideas, alemán, francés o inglés, antepondrá al interés humano su visión más neta, más pronunciada de nación. El imperialista hará lo contrario, precisamente, por la borrosidad de su interpretación del patriotismo. Es el plano lo que hace la superioridad en la tesis y la antítesis.

¿El nexo sentimental? Cada país, cada individuo lo siente con opiniones de grado e intensidad correspondientes a su idiosincrasia y contextura. Es poderoso en todos los hombres y en todos los pueblos, porque es parte del propio ser. Los efluvios sentimentales son las muestras de amor tenaz a las cosas. Es este amor instintivo o más bien espiritual; pero consciente, ardoroso o más laxo.

Por cima de estas partículas de nuestro sér sentimental, cobijado por ella, está el principio práctico de la «idea» de comunión nacional: de nacionalidad. Esta idea es la que hay que intensificar y civilizar en el español, como afirmación de su propio sér, completando así en él su «yo» al «yo» de los demás; es decir, hacerlo apto para considerar como hombres, y no como cosas, a los demás. La «idea» de España será, de realizarse la transfusión, conciencia para sí y para España, en la realización de las cosas universales.

JUAN GUIXÉ

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

INTRODUCCION

En una obra mía precedente tengo observada la escasísima significación política de la mayor parte de las reinas consortes de Inglaterra, país en que, precisamente desde el punto de vista social, se acusa sobremanera la influencia femenina. En España se ha verificado con toda exactitud el fenómeno contrario; en ningún otro país de la cristiandad ha tenido menos parte la mujer para la formación del carácter y de la vida de la nación, y, en cambio, por razones personales o circunstancias de orden diverso, el papel que la mujer ha representado en los destinos políticos de la nación, desde el trono, ha sido más visible que en las demás monarquías de Europa. Las tradiciones orientales, que por muchos siglos pesaron sobre España, propendieron a hacer de la mujer humildes satélites, más bien que compañeras de igual categoría que los maridos; y la galantería exagerada que se tributaba a la mujer, antes de ser esposa se entiende, y cuyo origen arranca de la obsesión caballeresca, mezclada con ideales feudales y muslímicos, contribuyó a excluir a la mujer de los actos más serios de la vida y de los problemas prácticos que ocupaban el espíritu de los varones. Mas si bien estas tradiciones limitaron en general el poder de las españolas, fueron insuficientes para contrarrestar la extraordinaria influencia política de una serie de notabilísimas

personalidades femeninas que, por la debilidad e ineptitud de sus consortes, las más veces, o por ocasión de la minoridad prolongada de los hijos, pudieron, durante el curso de cuatro siglos bien completos, mantener en todo el rigor de la frase la monarquía española. Es cierto que las soberanas reinantes, en Inglaterra como en España, han sido, por lo general y naturalmente, poderosos factores políticos; pero en muchos casos se diferencian más o menos de los soberanos en los procedimientos o en las tendencias. La diferencia entre las reinas de los dos países es más saliente cuando se trata de las reinas consortes, que en España como esposas o viudas regentes han influído en el gobierno incomparablemente más que en Inglaterra. Prescindiendo de circunstancias forzosas o del carácter personal y de otras cualidades influyentes que poseyeran algunas de ellas, puede encontrarse como principal razón de su importancia el haber, por lo común, representado grandes intereses dinásticos o alianzas nacionales, ayudados por la fuerza de partidos poderosos en la misma España o fuera de ella. Para poder entender convenientemente sus destinos y sus vidas, será necesario tener en cuenta los acontecimientos contemporáneos de otras partes de Europa que están con ellas más o menos relacionados; pero el referir la historia de las reinas españolas sometiéndonos a este plan, daría enormes proporciones a este volumen, y pondría demasiado a prueba la paciencia ordinaria de los lectores. Me he propuesto, en consecuencia, elegir para mi estudio solamente algunas de las vidas de reinas españolas que, por su prestancia, su significación política, su atractivo histórico o sus infortunios, se señalan más culminantemente en la historia romántica de su pueblo. Gran deseo me acomete de detenerme algo en no pocas de las soberanas primitivas de los pequeños reinos que constituyeron la nación española antes de verificarse la unión de las coronas; contar la historia heroica de la gran Berenguela, madre de San Fernando, y las de Doña María de Molina y de D.ª Blanca de Borbón; referir los incidentes matrimoniales de Pedro el Cruel; detenernos en los sucesos

a Catalina de Lancaster, cuyo matrimonio con el heredero de Castilla pone la cláusula a la guerra de sucesión que promoviera su padre, Juan de Gante, es, repito, sobrada tentación para el historiador. Especialmente la figura de Catalina de Lancaster, que se destaca con precisión casi fotográfica de las páginas maravillosamente geniales que esculpió las crónicas de su tiempo, atrae nuestra atención. Gigantesca se nos aparece, y más si se pone en contraste con los españoles de su tiempo, de proporciones mediocres. Florida, lozana y bella; gran comedora y valiente bebedora, sus pujantes alientos en las mesas de los festines aturdían de admiración a aquellas gentes sobrias entre quienes vivía; forzuda y varonil, aunque inerte y desprovista de las artes femeniles con que se aumenta la atracción de su sexo; gobernada por sus favoritas, sin que hubiera entre ellas mujer de las condiciones que para el caso importaban, gobernó rectamente a España por espacio de diez años que duró la minoridad de su apocado hijo, Juan II de Castilla.

Mas con todo el interés que ofrecen algunas de estas antiguas princesas, no se las puede en rigor llamar reinas de España, y siendo realmente la primera de ellas la gran Isabel de de Castilla y Aragón, ella es quien debe inaugurar este libro, que contendrá la narración de la vida de otras reinas más amables quizás, más femeninas, más simpáticas; pero no tan espléndidamente activas, de ideales tan nobles ni dotadas de tanto poder como la Reina Católica. Fue su función en el mundo aplastar, ayudada por su marido, las turbulencias de los grandes y conducir a su unidad a España, valiéndose de la exaltación religiosa, acabando por dar a su país una grandeza pasajera y una fuerza febril, aun cuando los métodos de que para ello se sirvió determinaran al fin, en la nación que tanto amaba, una postración fatal, una larga agonía de decadencia que vino a parar en el aniquilamiento. Los problemas que en lo sucesivo habían de abordar los legisladores españoles no se concentraban ya en el de conseguir el desenvolvimiento de un país próspero cristiano, ni aun en el de mantener la suprema-

cía del Mediterráneo a nombre de esta religión. Prefirió la política de los Reyes Católicos hundir a España en el torbellino de las aspiraciones de la Europa central en el preciso momento de la historia del mundo en que se trazan nuevas líneas de demarcación con el corrosivo de los cismas religiosos que borran los antiguos linderos. Cuando se resquebrajaba en infranqueables abismos la sociedad, aislándose así gentes que hasta entonces habían vivido conjuntas, con intereses comunes y amistad tradicional. En aquellos tiempos tormentosos en que violentamente se disputaban todos el centro del dominio del globo, España fue impelida por Fernando e Isabel a una carrera que la constituyó para en adelante en adalid de cierta unidad religiosa imposible, despilfarrando durante siglos la sangre y el oro de sus pueblos en la infructífera contienda de aherrojar los pensamientos y el espíritu humanos. Miriadas de mártires derraman su sangre para cimentar la España sólida que había de servir de instrumento con que operar tan desmesurados propósitos; y la Reina estática, aunque de corazón benigno y misericordioso, no tuvo compasión para sus víctimas, como si sus claros ojos, traspasando la humareda del sacrificio, percibieran la fulgurante gloria de sus ideales. Para ella y para sus descendientes en el trono, el fin que perseguían justificaba todo cuanto hicieron por lograrlo, y el toque de locura mística que en la gran Reina estaba amalgamado con su genio exaltado, se desarrolló en los sucesores de su sangre hasta convertirse en obsesión pertinaz que los cegó, haciéndoles desconocer la naturaleza y magnitud de las fuerzas que se les oponían, y los condujo, por último, a una imbecilidad obtusa, y a su país, a una decadencia inevitable. La pálida figura de D.ª Juana, cuya vida atribulada se continúa en nuestras páginas, somete a nuestra consideración una vez más, el problema espantoso de averiguar si fue realmente una víctima de conspiración infernal tramada en contra suya por quienes más debieron amarla, o una mujer llagada por la mano de Dios; si su larga vida de martirio fue castigo de una herejía o bien consecuen-

cia fatal de su enfermedad. La historia patética de María Tudor, reina consorte de España, exige también particular noticia, toda vez que su matrimonio con Felipe II supone la condición forzosa para la vida de España, de mantener a toda costa la alianza tradicional con Inglaterra en medio de las ásperas luchas religiosas que habían de enseñorear y transformar la Europa; al paso que, corriendo el tiempo, el esfuerzo desesperado de Felipe para formar un nuevo grupo de poderes que permitieran a España deshacerse de la influencia de la heterodoxa Inglaterra, se personifica en la mansa y noble figura de Isabel de Valois, su tercera mujer, cuya vida ya bastante conmovedora en su desnuda realidad, adornaron los poetas con galas variadas y fantásticas. Las princesas austriacas que llegaron a ser consortes de los monarcas católicos, representan todas la persistencia desgraciada de los soberanos españoles en séguir asidos al ensueño espléndido, pero irrealizable que su grande fundador Carlos V legó a su infortunado reino: el de perpetuar la hegemonía española sobre Europa, por instrumento de la uniformidad de un credo impuesto por la fuerza, dictado por Roma y corroborado por Madrid. Y en los intervalos de desaliento y desilusión que la impotencia de los Habsburgos ocasionaba para asegurar tal uniformidad aun dentro de los límites de su mismo imperio, y la imposibilidad manifiesta de la España para oponerse por sí sola a la tarea gigantesca, vemos sucederse reyes y ministros en lucha desigual con el singular enemigo de la casa de Austria, y España, en busca de esposas francesas que proporcionaran católico refuerzo al campeón católico. Cuando, al fin, España exhausta ya no podía vivir engañándose más a sí misma, y su misma debilidad le decía que había recibido muchos golpes en su demanda de detener al tiempo y negar a los hombres el derecho dado por Dios a conservar libre su pensamiento, las alianzas matrimoniales de sus reyes, dejando de ser ahora instrumentos para la realización del primitivo ensueño, siguieron todavía obedeciendo a tradicionales fines políticos que España planeaba unas veces con res-

pecto a Francia, y otras con respecto a Austria. Pero el fin de tales esfuerzos no era ya servir a propósitos nacionales, prudentes o insensatos, sino arrancar alguna ventaja de aquellas aves de rapiña que iban haciendo su nido en el cuerpo de una gran nación agonizante que se disolvía, husmeando una porción de su sustancia al acercarse la hora de su muerte. Por patético y sórdido que ser pueda el cuento de estas intrigas en su aspecto político, la función personal de las reinas consortes, sus procedimientos, éxitos y fracasos aparecen frecuentemente henchidos de intenso interés para el observador de las costumbres. La vida de la nada escrupulosa Mariana de Austria, que en provecho de su casa mantuvo largo tiempo a España en nombre de su imbécil hijo, y a su vez resultó burlada por D. Juan, y por la ambición francesa se nos aparece con actualidad tan pintoresca e íntima, gracias a la plenitud de documentos legados por una época consciente de sí misma, que nos llega a introducir en los más recónditos secretos de la intriga, hasta un extremo que los mismos contemporáneos hubieran juzgado imposible. Y por su parte también, la historia triste, pero muy humana, de la joven princesa semi-británica, brillante y risueña, arrancada del París encantador para servir a los intereses de Francia, como mujer de Carlos II, el hijo semi-idiota de Mariana, sólo para golpearse hasta morir contra los hierros de su dorada y lúgubre jaula y quebrar su corazón con alegría no disimulada de la vieja suegra, difunde a chorros su luz espantosa sobre la sociedad española en su decadencia, y pone de manifiesto el colmo de bajeza a que puede alcanzar la ambición humana. Más repugnante es la carrera de la sucesora alemana, de María Luisa, como consorte del miserable Carlos el Hechizado en sus últimos años, y la relación de la extraordinaria serie de enredos urdidos por los partidos rivales en torno al lecho del Rey cuya muerte se aguardaba con impaciencia, y a quien atormentaron y aterrorizaron en su tumba, a que fue conducido en senil decrepitud a los cuarenta años. Muy a la ligera se estudiarán aquí los sucesos de las reinas del renacimiento bor-

bónico, la apocada María Luisa de Saboya y la vigorosa y turbulenta Isabel de Farnesio, que escogida para servir de humilde instrumento a otros, se apoderó del látigo y de las riendas, y empujó a España por donde se le antojó, durante una vida larga de luchar por el engrandecimiento de sus hijos, en la que Europa se vió envuelta muchos años en revueltas, por la ambición de una mujer.

Estas y otras reinas consortes desfilarán ante nuestra vista por estas páginas, cuáles buenas, algunas (las menos) malas y la mayor parte desgraciadas. Ningún placer nos da el detenernos en los rasgos tristes y sombríos de sus historias ni deseamos representarlas a todas como víctimas; pero no ha de olvidarse, para excusa de los yerros de algunas de ellas, que fueron sacadas de sus hogares, de entre sus parientes, de su país, siendo aún niñas, por lo común, y llevadas a una corte extranjera, lejana, en donde el ceremonial en uso conturbaba con sus austeridades y repelía, sacrificadas en matrimonios sin amor, a hombres a quienes nunca habían visto, tratadas como insensibles fichas en los juegos políticos en que se entretenían cerebros de raposos. No es maravilla, pues, que sus infantiles ánimos se sofocasen, sus corazones juveniles se quebraran de desesperación, o, en otros casos, echaran a rodar toda consideración de honor, deber y dignidad, y buscaran cómo gozar antes que el fin las saltease. Algunas de ellas pasaron triunfadoras por la prueba feroz, y se aparecen a nuestra vista claras y radiantes. La gran Isabel I, después otra Isabel de no tanto relieve, mujer del emperador, y una tercera Isabel de la Paz, la más amada de las reinas españolas, y Ana su sucesora, como solemne cónyuge de Felipe. De ninguna de estas puede decirse, en justicia, la menor palabra de reconvención, ni de Margarita, la consorte austriaca de Felipe III, ni de la animosa Isabel de Borbón, hija del jovial y galante Bearnés y hermana de Enriqueta María de Inglaterra. Estas y otras sostuvieron bravamente su carga hasta el fin, y aun respecto de las pocas que la echaron de sí y se extraviaron entre las flores ponzo-

ñosas del camino, hay que tener en cuenta que las faltas de los otros en contra de ellas fueron mucho más grandes que sus propias trasgresiones. Las narraciones que aquí se expondrán brevemente se presentan con el deseo honrado de alcanzar la exactitud histórica y la imparcialidad en las deducciones que de los hechos puedan sacarse. No se ha pretendido hacer ángeles ni diablos de los personajes descritos. Fueron como el resto de su linaje, criaturas humanas que procedían con arreglo a muy diversos y variados motivos, y se dejaban dominar por influencias políticas y personales, que deben tenerse en la debida cuenta para apreciar sus caracteres o comprender sus acciones. Algunas de estas vidas se conocerán ahora por primera vez, estudiadas a la luz de la investigación moderna, y en los casos que difieren de las doctrinas inglesas, generalmente aceptadas, se han puesto notas en el margen inferior de las páginas, donde se indican las fuentes actuales de que proceden mis afirmaciones. El establecimiento de archivos en muchos países europeos y la reproducción abundante de textos históricos por la imprenta española, en los últimos años, ha proporcionado gran parte del material utilizado en este libro; y los trabajos más recientes de historiadores ingleses, franceses y españoles se han puesto, naturalmente a contribución, en lo que de más nuevo ofrecen. En las notas marginales, cuando la ocasión se presenta, rendimos gustosos la expresión de nuestra gratitud.

MARTÍN HUME

ISABEL LA CATÓLICA

CAPÍTULO PRIMERO

Erguido soberbiamente sobre un peñasco elevado, a la margen del menguado Manzanares, se alzaba el palacio de granito, en que se había ido convirtiendo gradualmente el anti-

guo castillo morisco de Madrid. Como un águila desde su nido, sus menudas ventanas avizoran la hosca llanura que se extiende a lo lejos hasta los nevados y relucientes picachos de Guadarrama, que se destacan claros y aguzados en un cielo de cobalto. El alcázar había sido escenario de muchos acontecimientos extraños en los pasados tiempos, y durante un siglo el esplendor caballeresco había aturdido aquellos patios vastísimos, con sus arcadas de columnas airosas y sus salones revestidos de tapices, cuyos techos artesonados deslumbraban con los reflejos del oro y las pinturas. Frívolo y dado a deleites, Don Juan II de Castilla, nieto de Juan de Gante, había superado, durante un largo reinado de ostentación vana, los poemas épicos y las novelas de caballerías que henchían su cerebro, y él mismo, con su león de Nubia, que mansamente le acompañaba, se pavoneaba por el alcázar de granítica base, con arrogancia más pintoresca que la de Amadís o el Rey Artus. Su hijo Enrique IV, muelle y disipador, había seguido sus pasos y había convertido su palacio de Madrid en una casa de magnificencia disoluta y de humillante libertinaje, sin ejemplo aún en aquella época de general decadencia.

Pero rara vez hubo escenas tan saturadas de infamia, y a la vez tan placenteras en la apariencia, como las que tuvieron lugar en aquel palacio de Madrid el día 17 de Marzo de 1462. La avaricia, el odio y la envidia rugían bajo aquellos mantos de seda y de armiño; y ¿por qué no decirlo? debajo de las pomposas vestiduras de los eclesiásticos que se agrupaban ante el altar de la capilla del Palacio, aunque por una y otra parte se notaban risas y palabras de alborozo. Porque el rey, después de ocho años de matrimonio infecundo, llegaba a tener una heredera, y la corte y el pueblo habían de mostrarse alegres y dar la bienvenida a su futura reina. Corridas de toros, torneos y juegos de cañas, cantos de ministriles y opíparos banquetes habían entretenido por algunos días a un populacho a quien se adormecía con vistosos espectáculos; y ahora las ceremonias sagradas de la Iglesia iban a santificar a aquella criatura

cuyo advenimiento había movido a muchos corazones con extraordinario asombro. El rey, que era un gigante velloso, bermejo, de miembros lánguidos e inertes y cara ruin, con su corona de oro y manto de terciopelo, tenía a su lado a su entenado Alfonso, niño de nueve años. La recién nacida fue llevada bajo un palio a la fuente bautismal por el conde de Alba de Liste, y el atiesado y cejijunto primado de España y arzobispo de Toledo, Alfonso de Carrillo, que con tres obispos auxiliares verificaba la ceremonia, bendecía a la criatura melosamente bajo las miradas linfáticas del rey, aunque por su parte se había propuesto arruinarla. A los lados de la pila estaban los padrinos: una niña de once años y un noble gallardo engalanado esplendidamente, con su mujer. Alrededor los cortesanos dibujaban en sus labios comprimidos fingidas sonrisas que sus entrecejos contradecían, y de vez en cuando sus miradas se fijaban en el grupo de los padrinos y en la figura más noble de toda aquella corte que se empujaba y oprimía; era un joven deslumbrante de joyas, que estaba detrás del rey. Alto casi tanto como Enrique, de oscuros y fulgurantes ojos, de cabello negro lustroso, bello y agradable continente, constituía, con el rey y el grupo que estaba junto al Baptisterio, los elementos de un gran drama que había de terminar con el renacer de España. Porque aquel joven era Beltrán de la Cueva, nuevo conde de Ledesma, quien, según toda la corte susurraba, era realmente el padre de la princesa recién nacida, y entre los testigos, a más del francés Armignac, estaba el soberbio y arrogante favorito del rey, el omnipotente D. Juan Pacheco, marqués de Villena, con su mujer, y la entenada del rey la princesa Isabel de Castilla. Aquella niña no había visto nada de la vida de la corte, porque hasta aquel tiempo, desde su niñez en que quedó sin padre, había vivido con su madre y su hermano más joven, en olvidado retiro, en el lejano castillo de Arévalo, engolfada en sus libros y en las labores que a las doncellas se les solían enseñar; mas a pesar, desempeñaba su papel con toda compostura y digna sencillez. Era ya de alta estatura para

la poca edad que tenía, rostro ovalado, ojos azules brillantes, cabello rubio, en que se perpetuaban los rasgos de los Plantagenet, sus antepasados; si ella, en su inocencia, hubiera adivinado algo de las pasiones tormentosas que calladamente rugían en torno suyo, no hubiera hecho signo ninguno; lo hubiera llevado en calma, como convenía a la hija de una larga serie de reyes (1).

Siete semanas después, día 9 de Mayo, en la gran sala del palacio, los nobles, prelados y diputados de las ciudades francas se reunieron para jurar vasallaje a la nueva heredera de Castilla. Unos se iban adelantando, arrodillándose y besando la mano diminuta de la inocente niña, arrugando el entrecejo y murmurando para sus adentros palabras de menosprecio y de indignación, que no osaban proferir recio, porque por todas partes, y atascadas en las galerías y patios, se veían las lanzas de la guardia morisca del rey, prontas a castigar la primer muestra de desobediencia. Así es, que aunque el apodo insultante de la *Beltraneja,* que se puso a la nueva infanta Juana, pasara de boca en boca mansamente, la protesta pública no valía de nada (2).

Ya antes del nacimiento de la infeliz Beltraneja, el escándalo de la vida de Enrique, su debilidad despreciable y su impotencia sexual reconocida, que había dado lugar al divorcio de su primera mujer, había convertido su corte en un palenque apropiado para ambiciones y rivalidades. Como los reyes precedentes de su Casa, que habían ascendido al trono mediante una revolución fratricida, y rebelde él mismo durante la vida de su padre, Enrique IV había disipado los bienes de la corona en recompensar a los grandes de su facción, hasta el punto de que en la época presente estaba agotado su patrimonio. La justicia se compraba y vendía descaradamente, haciéndose donaciones de por vida con cargo a las rentas públi-

(1) Enrique de Castillo describe la ceremonia en su *Crónica de Enrique IV*, contemporánea.

(2) Hernando de Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos.*

cas, por una fruslería; la ley y el orden no existían fuera del recinto de las ciudades amuralladas o de los castillos fuertes, y todo el país era presa del saqueo de los nobles que, separadamente o en ligas, tiranizaban y robaban a su antojo (1). Nunca el feudalismo había sido potente en los reinos de Castilla, a causa de que los nobles fronterizos que durante siglos habían ido rechazando gradualmente la dominación de los moros, tenían que depender constantemente del subsidio de las ciudades que ocupaban, para que el nuevo orden de cosas fuera por ellas bien recibido y preferido al que cesaba. El germen de las instituciones españolas no ha de buscarse en otra cosa que en la municipalidad, no en el lugarón que circundaba al castillo ni a la abadía, como ocurrió en Inglaterra, y el noble guerrero español, a diferencia del barón inglés o tudesco, tenía que conquistar el favor de los ciudadanos, y no cuidarse de allegar siervos para el cultivo de sus tierras. Pero cuando los moros en España habían sido reducidos a la impotencia, y ocupó el trono una serie de reyes débiles, verdaderos muñecos de los grandes, el feudalismo, que en otras partes agonizaba ya, probó a levantar cabeza en España, apoderándose del gobierno de las ciudades, por una parte, y mendigando el favor del rey o enseñoreándose de él, por otra. En el tiempo a que nos referimos tocaba a su término el proceso; y la única defensa que aún quedaba contra la tiranía absoluta de los nobles, eran su mutua ambición y rivalidad.

Años enteros había gobernado al rey con vara de hierro el marqués de Villena, D. Juan Pacheco. Las concesiones y mercedes que de él había por fuerza conseguido para él y sus amigos le habían constituído en la más fuerte potencia del país. Pero había nobles harto descontentos de su privanza, algunos de ellos superiores a él en linaje y aun en posesiones hereda-

(1) Carta de Diego de Valera a Enrique IV: M. S. citado por Amador de los Ríos. Véanse también los famosos poemas de la época: las coplas de Mingo Revulgo, y las del Provincial, que presentan animados cuadros de la anarquía vigente.

das; y cuando el gallardo paje D. Beltrán de la Cueva entró en la buena gracia del rey y de su liviana consorte portuguesa la reina D.ª Juana, los enemigos de Villena vieron en este astro naciente el instrumento con que podían humillarle. Después del nacimiento y bautizo de la Beltraneja, empezaron a llover honores casi reales sobre Beltrán de la Cueva, y Villena y su tío Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, a experimentar cada vez más descontento e indignación. Quince días después de haber prestado las Cortes juramento de vasallaje a la nueva princesa, protestó Villena en secreto del acto, alegando la ilegitimidad de la niña (1), y sin aguardar mucho tiempo se manifestó oposición abierta entre el rey y su privado.

Nos falta espacio para relatar aquí al pormenor la complicada serie de intrigas y humillaciones que siguieron a esto. El rey, en una ocasión, llegó a verse obligado a ocultarse en su palacio para librarse de la soldadesca de Villena que le atacara. Para comprar la buena voluntad del celoso favorito hacia su hija, hasta convino en un matrimonio entre la Beltraneja y el hijo de Villena (2); y para mayor humillación, en Diciembre de 1464 consintió en que una comisión de clérigos nombrada por Villena y sus amigos, inquiriese la legitimidad de su hija presuntiva. Esta inquisitoria se llevó a cabo con harta mala intención, pero resultó en contradicción evidente respecto a la virilidad del rey, que pareció por muchos testimonios ser muy amigo de la compañía de las damas, suscitándose violentos celos en la reina con este motivo; por más que, a nuestro parecer, no se manifestasen razones válidas para desheredar a la princesa, la comisión se mostró lo suficientemente indecisa en

(1) La protesta se encuentra en los Archivos del descendiente de la casa de Villena, actual duque de Frías, a quien quedo obligado por haberme facilitado extracto de ella.

(2) El tratado original, que no llegó a efecto, está en los Archivos del duque de Frías, y aparece firmado por Luis XI, como una de las partes contrayentes. Lleva fecha del 9 de Mayo de 1463. En ninguna otra parte he visto referencia de este hecho.

el asunto, para recomendar al rey que se mantuviera en los mejores términos con los rebeldes. La princesa Isabel, hermana del rey, que vivía por entonces en la corte, fue también designada por Enrique como instrumento para pacificar la liga conjurada en contra de él. Había sido prometida en matrimonio, siendo aún muy niña, y cuando vivía en Arévalo, al príncipe Carlos de Viana, primogénito del rey de Aragón y heredero legítimo por parte de su madre al reino de Navarra; unión espléndida, que, en el caso de faltar descendientes a Enrique y a su hermano Alfonso, hubiera traído la unión de toda España en un solo reino. Pero Carlos de Viana había ya sucumbido en 1461, víctima del odio y malevolencia de su madrastra Juana Enríquez, hija del prepotente noble castellano D. Fadrique, almirante del reino, representando así entonces Isabel valiosa ayuda diplomática para su hermano. Antes de estallar la tormenta de la guerra, intentó Enrique casar a su hermana con Alfonso V de Portugal, hermano de su mujer, para prevenir así sus reclamaciones a la corona de Castilla, con detrimento de la Beltraneja; pero aquella unión no ofrecía atractivos para aquella prudente niña de trece años; porque el novio era de edad avanzada y deforme, y ya su propio humor, o sus hábiles consejeros, la habían indicado el marido que más conviniera a sus intereses. De esta suerte, hizo recordar a su hermano que ella, como princesa de Castilla, no podía legalmente ser prometida en matrimonio sin la ratificación formal de las Cortes.

En Setiembre de 1464, Beltrán de la Cueva recibió el honorífico nombramiento de Maestre de Santiago, que no iba, es verdad, acompañado de cuantiosas rentas, pero le ponía en disposición de una potencia militar no inferior a ninguna otra del reino, y esta nueva locura del rey fue la señal de la rebelión. Una compañía de nobles se apoderó inmediatamente de Valladolid en contra del rey; y aunque los ciudadanos los rechazaron inmediatamente y proclamaron la lealtad de la ciudad, se produjo entonces la coalición de los partidos rebeldes. Al día siguiente, 16 de Setiembre, tuvo lugar repentinamente

un intento de captura y secuestro del rey mismo junto a Segovia. Era el rey una pobre criatura de ánimo apocado, que aborrecía las luchas y los peligros; y por más que algunos de sus consejeros más poderosos protestaran de su pusilanimidad, consintió en recibir a los nobles revoltosos y satisfacer sus agravios. En Octubre, Villena, el arzobispo de Toledo, el conde de Benavente, el almirante D. Fadrique y el resto de los rebeldes, encontraron a Enrique entre Cabezón y Cigales, y en tres entrevistas que se sucedieron durante su estancia de cinco semanas expusieron al menguado rey sus querellas (1). El rey debiera licenciar su guardia morisca y ser más buen cristiano; no debería exigir más dinero sin el consentimiento de los nobles; debería desposeer al de la Cueva de su Maestrazgo de Santiago; reconocería su impotencia y la bastardía de su hija, y reconocería como su heredero a su entenado Alfonso, que recibiría por tutor a Villena. En 30 de Noviembre, el rey y los nobles prestaron juramento de sostener al niño Alfonso como heredero del reino; con lo que Enrique, convertido así en mero símbolo de soberanía para lo sucesivo, emprendió tristemente su camino para Segovia, donde se hallaba aún la comisión que entendiera en el asunto infamante de su virilidad (2); y Villena y su tío, el belicoso arzobispo, se constituyeron así en los dominadores de España. Pero aunque Enrique consentía en todo, marcadamente esquivaba el espíritu del acuerdo. Desposeyó a Beltrán

(1) Su texto, distribuído en treinta y un capítulos, puede verse en la Colección de Documentos Inéditos, vol. XIV, pág. 369.

(2) La cronología exacta de estos acontecimientos y los que se siguen, no aparece clara en ninguna de las numerosas historias de aquel tiempo, ni tampoco en la de Prescott, debido a que ni Enríquez de Castillo ni Pulgar daban sino muy rara vez las fechas, y Galíndez menciona solamente los años en que acontecieron las cosas de su propio recuerdo. La impresión de la obra contemporánea de aquellos sucesos, titulada *Cronicón de Valladolid* (escrita en parte por el Dr. Toledo, médico de Isabel), en los Documentos Inéditos, nos permite ahora fijar dicha cronología, para la mayor inteligencia de su significación.

de la Cueva del Maestrazgo de Santiago, pero le nombró duque de Alburquerque, para indemnizarle; y la pobre Beltraneja, desheredada, fue en lo sucesivo tratada con más consideración.

Cuando se vió que la guerra civil era inevitable en la primavera de 1465, Enrique llevó a su mujer e hija con su hermana Isabel a Salamanca, mientras el arzobispo de Toledo, en nombre de los nobles rebeldes, se apoderaba de la ciudad amurallada de Avila, a la que a los pocos días llegó Villena y sus parciales, trayendo consigo al infante Alfonso, quien, en conformidad con lo acordado con el rey en Cigales, recibió el juramento de vasallaje como heredero de la corona. Estaba visto que los nobles no podían esperar ya más del rey, porque había llamado a su reino a las armas para hacerles frente; pero de un rey niño, hechura suya, podían prometerse todavía ricas mercedes; que por primera vez desde los últimos tiempos de la monarquía gótica agonizante llegó a ser para los nobles la consagración del ungido soberano de Castilla, objeto de befa y de irrisión. En Abril de 1465 juraron los nobles en Plasencia secretamente sostener en el trono de Castilla a Alfonso; y en 5 de Junio de 1464, sobre un terraplén dentro de los muros de Avila, se representó una escena que llenó de estupor a España por lo sacrílega. En aquel terraplén aparecía una figura vestida de luto, con corona real en la cabeza, una espada delante y en la mano un cetro. Un gran concurso de gente esperaba emocionado que aparecieran en la escena los actores vivos; y bien pronto desembocó por la puerta de la ciudad una brillante cabalgata de nobles y obispos, capitaneados por Villena y escoltando al joven príncipe Alfonso. Al llegar ante el tablado, tras de un saludo de escarnio al muñeco, la mayor parte de los nobles subió a la plataforma, mientras Villena, el Maestre de Alcántara, y el conde Medellín, con un cuerpo de guardia, llevaban al infante a un rincón algo alejado, donde podía tener más seguridad. Luego, en voz alta comenzó a leerse la destitución del monarca, fundada en cuatro razones. Por la primera, se decía, Enrique de Castilla es indigno de gozar de

la dignidad real; al pronunciarse estas tremendas palabras se adelantó el arzobispo de Toledo, y arrancó la corona real de las sienes del inanimado muñeco; por la segunda, es inepto para administrar justicia en el reino; y el conde de Plasencia quitó la espada de donde estaba puesta; por la tercera, no puede confiársele soberanía ni gobierno alguno, y el conde de Benavente arrebató al impotente monigote el cetro que empuñaba; por la cuarta, hásele de privar del trono y de los honores anejos a los reyes; a lo que D. Diego López de Zúñiga derribó de un empujón al fantoche, y lo pisoteó entre las befas y maldiciones de la multitud. Ejecutado esto y despejada la escena, el joven Alfonso fue levantado en brazos de algunos de ellos para que todos lo pudieran ver, y un gran vocerío de *Castilla*, *Castilla por el Rey Don Alfonso*, resonó por todas partes, y luego, asentado en el trono, dió su mano a besar y recibió como nuevo soberano juramento de vasallaje. Como violento incendio por entre los páramos y selvas de Castilla se difundieron velozmente las terribles nuevas, y Enrique en Salamanca se vió rodeado de huestes de vasallos, cuya reverencia por un rey ungido había sido atropellada, en su sentir, impía y sacrílegamente.

Ambas facciones volaron a las armas, y por algunos se enardeció la guerra civil, siendo alternativamente asediadas y tomadas las ciudades fuertes por uno y otro partido. Isabel permaneció al lado del rey como lo hiciera en Segovia o en Madrid, aunque por el conocimiento que puede haberse de su carácter, suponemos que veía con muy poca simpatía la manera de ser de la corte de su hermano. Al mismo tiempo, durante la dilatada contienda de 1466, Enrique trató de atraerse a Villena y a su familia y restarle a la rebelión, prometiendo desposar a su hermana con D. Pedro Girón, Maestre de Calatrava y hermano de Villena. El candidato era un bárbaro disforme, y hubiera sido demasiado empeño sacrificar a una infanta de Castilla, arrogante y ambiciosa, como Isabel, casándola con un nadie, levantado de repente a alta fortuna. Nada

en el mundo, dijo ella, la haría consentir en tal humillación; mas el rey, sin cuidarse de sus protestas, impetraba del Papa la dispensa para D. Pedro, de su voto de celibato como Maestre de una orden religioso-militar. La amiga fiel de D.ª Isabel, D.ª Beatriz de Bobadilla, mujer de Andrés Cabrera, Mayordomo mayor del rey, y gobernador de la fortaleza de Segovia, tuvo tanto afán como su señora en impedir aquel matrimonio, y juró asesinar a D. Pedro, si necesario fuese, para evitarlo. Hallóse camino mejor que el puñal de D.ª Beatriz, pues cuando llegaba la dispensa papal, y el novio en perspectiva llegaba en triunfo a solicitar a su prometida, la ponzoña le cortó su carrera apenas era salido de su casa. Si Isabel fue o no cómplice de este suceso, es cosa que no logrará saberse nunca. Probablemente no hubiera titubeado en aprobarlo, dadas las circunstancias y el sentido moral de la época; pues nunca omitió medio, por doloroso que fuese, como su hermano hacía, si lo creía conducente a sus fines.

En 20 de Agosto de 1467, los principales núcleos de los bandos se reunieron en el histórico campo de Olmedo; el arzobispo belicoso de Toledo, revestido de una armadura cubierta de sobrevesta bordada con símbolos sagrados, conducía con aparato de guerra al pretendiente Alfonso; mientras que el favorito del rey, Beltrán de la Cueva, ahora duque de Alburquerque, se oponía de parte del rey a los arrestos del eclesiástico (1). Hubo considerable quebranto por ambas partes, pero al fin la cobardía del rey hizo que se quedara aquel combate como una derrota suya, y la presa de su fortaleza de Segovia patentizó bien pronto y con tanta claridad su impotencia en las armas, que hubo de llegarse a un *modus vivendi*, mediante el cual, por el espacio de casi un año, hubieron de dictar él y Alfonso (2) decretos, y sólo en apariencia gobernaban territorios en que, en realidad, dominaban sus partidarios.

(1) Enríquez de Castillo: *Crónica de Enrique IV*.

(2) Algunos de los decretos promulgados por Alfonso en aquel tiempo, concediendo a Villena y a sus parciales grandes mercedes y privilegios,

Al fin, en Julio de 1468, el joven príncipe destinado a la corona murió repentina y misteriosamente, a los quince años de edad, en Cardeñosa, junto a Avila, quizá de peste, como se dijo entonces, pero aún es más de creer que emponzoñado (1), con lo que la revolución se hizo general. Isabel se hallaba en el Alcázar de Segovia con sus amigos, el gobernador y su mujer, cuando la ciudad apareció sitiada por los rebeldes, y desde aquel tiempo (1467) había acompañado las fortunas de Alfonso, con quien estuvo hasta su muerte. Con atribulado corazón se retiró al convento de Santa Clara, en Avila, mas no se le pasó inadvertido el gran cambio que se había operado en sus destinos con la muerte prematura de su hermano. Tenía ella a la sazón diez y siete años, y era avisada y precoz, más con mucho de lo que sus pocos años prometían; los sucesos que habían tenido lugar a su vista, durante los seis últimos años, habían madurado su entendimiento, naturalmente poderoso, y no se puede dudar que cuanto aconteció después lo había ya ella hecho entrar en sus cálculos. Había carecido de la cariñosa compañía de que suelen gozar las jóvenes de su edad, pues su desdichada madre viuda, a quien siempre profesara tierno afecto, había sucumbido hacía tiempo, víctima de la calamidad hereditaria que pesaba sobre la Casa de Portugal, a que pertenecía, y vivió desde su viudez en su demencia letárgica en el castillo de Arévalo. Enrique era el único contrario que quedaba a Isabel, no teniendo otros parientes próximos; los eclesiásticos y los nobles que se habían levantado contra Enrique, y ahora estaban al lado de ella, eran, bien le constaba, ambiciosos desalmados que socavaban el poder real en provecho suyo; y a pesar de ser en extremo piadosa, no padecía Isa-

se conservan en los archivos del duque de Frías; y otras cartas, recompensando a la ciudad de Avila por su adhesión al infante, han sido publicadas por el cronista de esta ciudad, Sr. Foronda.

(1) De una trucha envenenada que comió, según afirmaban sus adictos. Da vigor a la sospecha del envenenamiento, el que se anunciara públicamente su muerte cuando vivía en toda salud.

bel chasco ninguno con respecto al arzobispo y los obispos que, al agitarse en rebelión, para nada se fundaban en consideraciones religiosas o morales. Por otra parte, los nobles revoltosos y los eclesiásticos no podían continuar en aquéllas sus revueltas sin tener a la cabeza una persona de la realeza. El joven Alfonso, que más bien podía llamársele un niño, les había sido instrumento cómodo, e, indudablemente, los caudillos de los bandos pensaron que aquella moza circunspecta y callada les sería igualmente fácil de manejar.

No tuvieron que aguardar muchos días para experimentar lo contrario. El arzobispo de Toledo era el verbo de los amotinados. Dentro de los muros venerandos del Real Convento de Avila expuso ante Isabel una pintura animada de los males que había causado la gobernación de su hermano; de su vida vergonzosa, de la disipación insensata de los bienes de la Nación en objetos indignos, y la bastardía, reconocida por todos, de la hija, la convertía a ella en heredera del trono. Acabó su razonamiento el arzobispo, ofreciendo a Isabel, en nombre de los nobles, la corona de Castilla. Los que tal corona habían llevado, luchando penosamente durante siglos contra los infieles invasores, siempre habían sido mirados como personas sagradas. La exaltación religiosa engendrada por la Reconquista hacía aparecer, a los ojos de los fieles, a los reyes cristianos como ungidos con sanción divina y gozando de santo patrocinio. El atacarlos no sólo era deslealtad, sino sacrilegio; así que la deposición de Enrique en Avila había, como hemos dicho, estremecido a España de horror. No entraba en los designios de Isabel hacer nada que menoscabase la veneración que rodeaba al trono, al que se conocía ya claramente destinada. De suerte que su contestación al prelado fue tan firme como avisada. Con muchas reflexiones discretas, tomadas de los libros didácticos que habían sido siempre su afán, le hizo saber que nunca aceptaría una corona que no le correspondía en derecho.

Deseaba que terminara aquella miserable guerra, decía, y reconciliarse con su hermano y soberano. Si los nobles desea-

ban servirla, no intentaran hacerla reina antes de tiempo; antes persuadieran al rey que la reconociese como heredera, si juzgaban que la princesa Juana era fruto del adulterio.

Al principio desmayaron los nobles ante aquella contestación que creían significaría su ruina. Pero el arzobispo Carrillo conocía la debilidad de Enrique, y susurró al oído de Villena, según bajaban las escaleras del convento, que la resolución de Isabel de reclamar su calidad de heredera sería la seguridad y victoria de ellos. Poco pondría el arzobispo de su parte, o el resto de los nobles pronto habían de conocer el grande ánimo y voluntad férrea de la joven con quien querían negociar. Sin pérdida de tiempo fueron a ver al rey. Él se manifestó propicio en todo a trueque de tranquilizar su vida, y Alburquerque y el mismo cardenal Mendoza convinieron con él en que el plan no era de desechar; mas había de pensarse en ello después que los nobles dejaran las armas. Antes de terminar Agosto quedó todo arreglado, y las ciudades de Castilla habían enviado sus diputados a prestar juramento de vasallaje a Isabel como heredera de la corona. Celebróse una entrevista formal entre Enrique y su hermana en el lugar denominado Venta de los Toros de Guisando, famosa por encontrarse en sus cercanías ciertas esculturas prehistóricas en piedra, representando no se sabe qué animales. Todo, en apariencia, se llevó a cabo de amigable manera. Enrique abrazó a su hermana, prometiéndola su estimación en lo sucesivo, y la hizo donación del principado de Asturias, y de las ciudades de Avila, Huete y Medina, con todas sus rentas y jurisdicciones, como antes de comenzar la revuelta (Setiembre 1464) (1).

(1) En una serie de documentos de los archivos de Avila, publicados por el Sr. Foronda, hay una carta curiosísima, firmada por Isabel, en 2 de Setiembre, antes de encaminarse a la entrevista con su hermano. En ella procede ya como soberana de Avila, confirmando los muchos privilegios dados a la ciudad por su hermano Alfonso, a quien llama ella rey, e invalida las concesiones de territorios pertenecientes a la ciudad, que Enrique había otorgado al conde de Alba. De esta manera anulaba las mercedes del rey, aun antes que éste le confiriera la posesión de la ciudad.

Pero el convenio obligaba a Isabel a que no se casara sin consentimiento del rey, y es evidente que con esta condición Enrique y sus parciales aspiraban a hacer inefectivas sus concesiones.

Las intrigas de los dos partidos de Castilla convergían ahora en el asunto del matrimonio de la Princesa. No faltaban a ésta pretendientes. Si hemos de dar crédito a Hall, Eduardo IV, de Inglaterra, antes de su matrimonio con Isabel Grey, había puesto sus miras en España, y es evidente que su hermano Ricardo, duque de Glocester, era, por aquel tiempo, otro aspirante. Uno y otro hubieran convenido a Enrique, porque de esta manera alejaban a Isabel de España. También hubiera sido aceptable un portugués, porque Portugal estaba, naturalmente, del lado de la Beltraneja, y su madre, como portuguesa que era. Pero Isabel tenía otros designios, y los únicos pretendientes a que se daba entrada eran el duque de Guiena, hermano de Luis XI, y el joven Fernando de Aragón, hijo y heredero de Juan II, y sobrino del animoso y ya viejo Almirante de Castilla, que había figurado al lado de los nobles cuando sus turbulencias. No hay duda ninguna respecto al pretendiente, a quien favorecía Isabel. Del francés le hablaron como de una criatura pobre y mezquina de ojos lacrimosos y piernas endebles, al paso que de Fernando, joven de su misma edad, se hacían lenguas, loando su apostura varonil, su bello continente y su destreza, las personas en cuyo juicio más fiaba Isabel. Es imposible asegurar si Isabel sabía claramente lo que tal matrimonio significaba para España; pero es cierto que el taimado Juan II de Aragón se daba cuenta puntual de todas las ventajas que traía aparejado para su reino.

La casa de Aragón con sus dominios de Nápoles y Sicilia, y su ambición de hacía siglos por dominar en Oriente, se había encontrado siempre con que le salía al paso el poder creciente de Francia. El Mediterráneo que por tantos siglos ha sido asiento de la supremacía, no tenía puertos más hermosos que los que regía el cetro de Aragón; pero los catalanes eran

broncos e independientes con relación a sus reyes, y difícilmente aflojaban su dinero para servir a los propósitos de la corona. Un rey de Aragón, reducido a sus pocos recursos, no podía pensar en derrotar a Francia en el golfo de Lyón, y llevar la bandera roja y amarilla de Barcelona por las tierras infieles del Oriente. Pero con los recursos en hombres y dinero a su disposición, con que más abundantemente contaba Castilla, ya era todo posible; y Juan II, que no había tenido escrúpulo en asesinar a su hijo primogénito en provecho del segundo, y separar a sus hijos del reino materno de Navarra, estaba pronto a andar cualquier camino que condujera a la unión que más podría realizar el sueño de Aragón.

Por la parte de Isabel, el matrimonio era también bueno, sin contar con la inclinación personal. No puede dudarse que ella estaba determinada desde muy pronto a aplastar la tiranía de los nobles que habían reducido a Castilla a la anarquía, y convertido la figura del monarca en ludibrio.

Con su gran talento, pronto comprendió que para hacerlo debería disponer de fuerza mayor que la que pudiera prestarle una liga de nobles en Castilla mismo; y miraba en Aragón el punto de donde podría obtener la fuerza complementaria. No dejaron de apreciar este hecho los nobles, especialmente Villena. El turbulento cabecilla de las conspiraciones miraba torvamente a la resuelta y serena doncella que imponía así desde un principio su voluntad sobre sus partidarios, y poniendo ahora su poder de parte del rey, a quien había en otro tiempo depuesto solemnemente, se procuró, en pago, el maestrazgo de Santiago. Espantados a la noticia del enlace con el príncipe aragonés, el rey y Villena trataron de común acuerdo, por segunda vez, de casar a Isabel con el rey de Portugal, siendo Villena y Mendoza sobornados espléndidamente por el portugués para ser de ellos ayudado (1).

(1) El acta original, firmada por el rey de Portugal, lleva fecha 2 de Mayo de 1469, y se halla en los archivos del duque de Frías.

Isabel estaba en la su villa de Ocaña en aquel tiempo, y su situación era en gran manera peligrosa y difícil, cuando los enviados portugueses vinieron a ella con Villena a ofrecerle la mano de su rey. Como Isabel se había prometido secretamente, varias semanas antes, en matrimonio a Fernando de Aragón, su respuesta fue una negativa diplomática a la proposición de los portugueses; y Villena, lleno de rabia, quiso apoderarse de ella en el acto y llevarla prisionera a la corte. Cuando un príncipe o princesa no convenía en algún sitio, era fácil en aquellos tiempos removerle de él, y el peligro de Isabel era grande. Pero tenía ella el dón de atraerse la admiración y el afecto; era tan animosa como león y tan prudente como serpiente, y el pueblo de Ocaña hizo comprender bien a las claras a Villena que no permitiría violencia ninguna contra ella; pero algo había que hacer para prevenir el aumento de poder de Isabel; así que, como último recurso después de aquella negativa, determinaron, para dar cabo a la unión con el rey portugués, apoderarse de ella por la fuerza de las armas. Estaba entonces en Madrigal, y el obispo de Burgos, sobrino de Villena, sobornó a los servidores de Isabel para que la abandonaran cuando llegara el caso; el rey envió órdenes a los ciudadanos para que no hicieran resistencia contra sus oficiales, y el cardenal Mendoza, con un poderoso escuadrón, entró en Madrigal para detener a Isabel. Pero otro arzobispo más belicoso que él, Carrillo de Toledo, le salió al encuentro. Con el almirante D. Fadrique y una compañía de jinetes, salió presuroso de León y llevó a Isabel en seguridad entre los que hubieran muerto por ella, y entró en la gran ciudad de Valladolid, en 31 de Agosto de 1469, después de la puesta del sol. No se perdió tiempo. Enviáronse correos disfrazados a Zaragoza, para dar prisa a que llegara el novio. El empeño era peligroso, porque si Fernando cae entre las manos de los cortesanos, con brevedad lo hubieran despachado. Pero el negocio era de importancia, y ni Juan II ni su hijo reparaban en niñerías. Una dificultad que se presentó fue resuelta de modo curioso.

Como era fama que Isabel aparecía puntillosa en materia de legalidad; y ella y Fernando eran primos segundos, se requería una bula pontificia para verificar el matrimonio. El Papa Paulo II se inclinaba del lado de la corte, y no se podía esperar bula de él; pero Juan II y el arzobispo de Toledo habían amañado una para vencer los escrúpulos de Isabel (1).

Al mismo tiempo que aparecía por el camino real de Castilla una imponente cabalgata aragonesa para atraer la atención del rey y sus guardias, otra modesta compañía de mercaderes franqueaba los pasos montañosos de Soria, después de dejar en Tarazona el territorio aragonés el día 7 de Octubre. El primer día después de entrados en Castilla, caminaron muy bien sus veinticinco leguas; y entrada la noche, dieron con la ciudad amurallada de Osma, donde había de reunírseles Pedro Maurique con una escolta de hombres de guerra. La noche era oscura, y el llamamiento que hicieron a las puertas de la ciudad no fue entendido; corrióse la voz que había llegado un cuerpo de tropas reales a apoderarse de la plaza, y desde las almenas de los muros se mandó una lluvia de proyectiles contra los advenedizos. Una piedra mortífera pasó silbando junto a la cabeza de un apuesto garzón de varonil continente, que como criado acompañaba a los que, por la traza, parecían mercaderes. Era Fernando mismo, que a duras penas escapó así de la muerte. Y tras de una breve explicación y santo y seña, siguió el descender antorchas y el bajarse con estruendo el puente levadizo y abrir las pesadas puertas, con lo que se acabó el peligro (2). Al día siguiente, llegó Fernando con tropas más considerables a Dueñas, en León, junto a Valladolid; y pocos

(1) Isabel llegó a conocer el engaño tiempo después (1471), por la unión proyectada entre la Beltraneja y el duque de Guiena. Después le fue otorgada bula legítima por el Papa Sixto IV.

(2) La relación de la llegada de Fernando y su matrimonio, va referida gráficamente en las Décadas de Alfonso de Palencia, que había sido enviado por Isabel a buscarle y acompañarle en su camino.

días después, ataviado como más convenía a su condición de novio heredero de un trono, porque su padre le había hecho rey de Sicilia, se encaminó, cuando la mayor parte aún dormían, a Valladolid. Era media noche cuando llegó, y las puertas de la ciudad estaban cerradas; pero una poterna del muro daba acceso a la casa en que Isabel se alojaba; y allí, el arzobispo de Toledo le tomó de la mano, en presencia de su prometida, con la que fue desposado solemnemente por el capellán del arzobispo. Fue hecho todo con tanto secreto, que el menor vislumbre de ello se percibió por la ciudad entregada al reposo, y al cabo de dos horas estuvieron de nuevo a caballo y llegaron a Dueñas mucho antes de amanecer (1).

En 18 de Octubre de 1469, cuatro días después, todo estaba preparado para hacer público el casamiento, y Fernando, con gran pompa, entró en aquella ciudad, acompañado de caballeros y hombres de armas, castellanos y aragoneses. Isabel residía en la mejor casa de Valladolid, propiedad de su partidario Juan Vivero; la sala principal estaba aderezada ricamente para aquella ocasión, por cierto de las más solemnes que en materia de matrimonios recuerda la Historia, aunque ninguna supiera entonces que así era. Hizo de oficiante el belicoso arzobispo que tan considerable parte había tenido en todo aquello; y al día siguiente, después de la misa, los recién casados comieron en público, en medio del regocijo de la gente vallisoletana, que siempre les fue fiel. Hubo pocas ceremonias en la boda, porque los tiempos eran apurados, el reino intranquilo, el dinero escaso; pero la imaginación se alborozaba previendo las grandes consecuencias que de la boda sobrevendrían, y los que conocían el asunto, aunque naturalmente sin darse cuenta en toda su extensión de él, comprendían que por mucha que fuera la brillantez con que se solemnizara, nunca llegaría a ser toda la que merecía.

(1) *Crónicón de Valladolid:* diario de esta ciudad, a cargo del doctor Toledo, médico de Isabel. (Doc. Inéd. 14.)

Las nuevas del temido enlace acongojaron en gran manera al rey y a la corte. Villena, estrechamente coligado con Alburquerque y los Mendozas, mantenía ahora la causa de la Beltraneja (1), que fue declarada heredera legítima a la corona y prometida en matrimonio al primer pretendiente de Isabel, el duque de Guiena, en presencia de los nobles, reunidos en el monasterio de *Loyola,* junto a Segovia. Nada importaba, al parecer, que los mismos nobles que ahora juraban fidelidad a D.ª Juana, la pobre Beltraneja, la hubieran antes declarado bastarda; como que necesitaban no más que una muñeca, no una señora, como Isabel les parecía, y estaban prontos a perjurar en provecho propio. Isabel fue desposeída en regla de todas sus mercedes y privilegios, incluso el señorío de Dueñas, junto a Valladolid (2), donde ella y Fernando habían acomodado una pequeña corte y donde les había nacido su primógénita (Octubre 1470), una hija a la que se le dió el nombre de Isabel.

Fernando no pudo permanecer más largo tiempo inactivo, y fue pronto llamado por su padre a ayudarle en una guerra contra Francia, estando ausente de su mujer por espacio de más de un año, cobrando gran crédito y experiencia en la guerra y en los negocios públicos. Mientras tanto, las cosas iban poniéndose otra vez mal para la Beltraneja. Su prometido francés murió en Mayo de 1472, y algunos de los nobles, no pudiendo soportar la ambición de Villena, empezaron a revolverse y a hacer secretas negociaciones de amistad con Isabel. Tenía ésta amigos decididos y valientes en el camarero Cabrera, a quien estaba encomendado el Alcázar de Segovia, y su mujer, Beatriz

(1) En los Archivos de Frías hay un compromiso, de 2 de Octubre de 1470, firmado por el duque de Guiena, de recompensar al cardenal Mendoza, al marqués de Villena, al duque de Arévalo y a otros por la ayuda que le prestaran para sus esponsales con la Beltraneja.

(2) Dueñas fue otorgada en el mismo dia, 21 Octubre 1470, a la princesa D.ª Juana. *(Cronicón de Valladolid.)*

de Bobadilla (1). En las últimas semanas de 1473, D.ª Beatriz y su marido estimularon a Enrique a que perdonara y acogiera a su hermana. Ella, le dijeron, era perseguida por el marqués de Villena, sin que supusiera mal ninguno para él el haberse casado con el hombre a quien amaba. Enrique estuvo perplejo, pero el cardenal Mendoza y el conde de Benavente habían cambiado de modo de pensar otra vez e interpusieron su influencia en favor de Isabel. El rey soltó a regañadientes una promesa, y esto fue bastante para D.ª Beatriz; disfrazóse de labradora, y por un atajo se salió de Segovia, y sola, pisando la nieve, se apresuró a llevar la buena noticia a Isabel a la ciudad de Aranda, que acababa en aquel momento de entregársele por la gente del pueblo. Pocos días después, y a otro aviso de D.ª Beatriz, salió Isabel de noche, escoltada por el arzobispo de Toledo y sus hombres de armas, y antes de amanecer del 28 de Diciembre de 1473 fueron recibidos todos en el Alcázar de Segovia, donde nada, no siendo la traición, podía ofenderla.

El hijo de Villena, que, temiendo ser sorprendido, se había negado a entrar en la ciudad cuando había ido con el rey semanas antes, y se había quedado en las cercanías del famoso monasterio de Jerónimos de El Parral, fundado por su padre, huyó a la noticia. Su padre, con Alburquerque y el condestable de Castilla, conde de Haro, se llegaron al mismo tiempo a Cuéllar, y enviaron una orden insolente a Enrique de que expulsara a su hermana de Segovia. Mas llegó demasiado tarde. El rey ya había encontrado a Isabel, que le había recibido a la puerta del Alcázar, y prometídola amor y respetos. En un

(1) Cuánto estimara Isabel la fidelidad de estos celosos adictos suyos, se vió bien en el último acto de su vida. En su lecho de muerte revocó—y no con beneplácito de muchos, como puede pensarse—todas las mercedes y recompensas que había otorgado de patrimonio de la corona, so pretexto de haberlas hecho más por necesidad que por propia voluntad. La única excepción que hizo fue la del dominio del marquesado de Moya, que con este título había otorgado a Cabrera y su mujer.

razonamiento lleno de discreción varonil (1), le hizo saber que había ido allí para suplicarle que dejara a un lado todo enojo contra ella, porque no procuraba ella en nada su mal; y todo lo que ella le pidió fue que cumpliera su juramento prestado en Toros de Guisando y la reconociera como heredera de Castilla, «porque por ley divina y humana la sucesión le pertenecía».

El débil Enrique se balanceaba de un lado al otro como una caña agitada por el viento, queriendo prestar atención a una y otra parte, hasta que Isabel decidió valientemente enviar a buscar en secreto a Fernando, que precisamente a esta sazón acababa de llegar de Aragón. El peligro era grande; pero Isabel conocía que podía contar con el gobernador del Alcázar de Segovia, y Fernando entró sigilosamente en la fortaleza el 4 de Enero de 1474. Era difícil empresa para Doña Beatriz persuadir al rey que recibiera a su cuñado; pero al cabo triunfó, y cuando Enrique hubo consentido se llevó adelante el negocio con toda perfección, saliendo todos juntos de la ciudad con pompa y grandes muestras de afecto y regocijo de las gentes. Doce días después, D.ª Beatriz y su marido dieron un espléndido banquete (2) a la regia compañía, en el palacio del Obispo, entre la Catedral y el Alcázar. Cuando los ministriles estaban tocando en la estancia después de la comida, el rey cayó repentinamente enfermo. Vómitos violentos y flujos parecían acusar los efectos de un envenenamiento, y la alarma fue grande. Continuáronse día y noche procesiones y rogativas, y el desgraciado pareció reponerse; mas aunque continuó viviendo casi un año, no volvió a encontrarse bien, prosiguiendo la irritación de su estómago incesantemente, hasta que sucumbió debilitado.

---

(1) Recordado en la *Crónica de Enrique IV*, de Enríquez de Castillo.

(2) Se ha de mencionar, de paso, que la desleal consorte de Enrique IV y madre de la Beltraneja vivía separada de él en Madrid. Sucesivamente había tenido varios hijos de distintos hombres.

Mientras tanto, los dos partidos habían guerreado sin tregua por arreglar lo de la sucesión. A veces había prestado ayuda a los amigos de Isabel, otras a Villena y Alburquerque; pero Isabel, por su cuenta, con gran juicio y cautela, había aprendido dónde se encontraba la mayor seguridad, y tuvo cuidado de no moverse del Alcázar de Segovia, con la firme custodia de Cabrera, que a su vez tenía como fuerte amparo a su mujer D.ª Beatriz. Cierto día de aquel verano se había averiguado que el rey, con mala fe, había entrado en arreglos con las fuerzas de Villena para que entraran solapadamente en el Alcázar y se apoderaran de Isabel, bajo pretexto de que ella hubiera dado ponzoña al rey; pero el plan salió fallido, y Enrique, por temor o por vergüenza de haber tenido parte en la conjura, dejó Segovia para colocarse en las manos de Villena, en Cuéllar. Ambicioso hasta el extremo, llevó Villena al rey a Extremadura para conseguir la sumisión de algunas ciudades que codiciaba; pero, con gran aflicción de Enrique y consuelo del país, el insaciable favorito murió inesperadamente de una pústula maligna en la garganta, según iba de camino, y el rey volvió a Madrid, moribundo también. Su vida ignominiosa se acabó antes de la madrugada del 12 de Diciembre de 1474, y sus últimos desiguios fueron en pro de la rehabilitación de la Beltraneja. Se dice que dejó testamento hecho en que la nombraba heredera; pero el cardenal Mendoza, el conde de Benavente y los demás testamentarios, nunca mostraron tal documento, que, por lo demás, hubiera sido rechazado por toda la nación, que era apasionadamente leal, antes como ahora, a Isabel (1).

(1) Galíndez refiere que Enrique, en su lecho de muerte, juró que Juana era realmente su hija, y dice que dejó testamento a su favor, y a Villena como albacea. Habiendo muerto éste antes que el rey, quedó el testamento confiado a Oviedo, secretario del rey, quien a su vez lo confió al cura de Santa Cruz, de Madrid. Éste, temiendo verse comprometido, lo encerró en un cajón con otros papeles, y luego lo enterró en Almeida (Portugal). Años más tarde lo supo Isabel, y cuando en 1504 estaba mor-

Apenas hay bajeza privada o pública de que Enrique no fuese acusado. Desde el soberano Pontífice hasta los más humildes, pero sinceros de sus vasallos, llegaron a él represiones contra la conducta notoriamente escandalosa del rey indigno; y a su muerte, las calamidades, acumuladas y fomentadas por una serie de monarcas frívolos, habían llegado a su apogeo. No había justicia ni orden ni seguridad para la vida o la propiedad, y el fuerte oprimía al débil, sin corrección ni estorbo, quedando no más que una apariencia de ley, mantenida en las ciudades grandes fortificadas por medio de ciertas hermandades ciudadanas armadas. Pero en los disturbios que sucedieran al nacimiento de la Beltraneja, las ciudades mismas se dividieron, y en muchos casos hubo partidos dentro de las mismas murallas, con escenas de sangre y atropellos. La fe y la religión, que hasta entonces habían sido el más firme sostén del trono de Castilla, habían sido vilipendiadas y holladas por un monarca cuyos camaradas y más íntimos servidores procedían de la raza execrada de Mahoma. Los nobles, que en su provecho y en el de sus parciales habían exprimido del rey casi todo lo que tenía que dar, y amenazaban hasta con subyugar las ciudades, estaban exentos de toda otra contribución que no fuera la casi desatendida ya del servicio de las lanzas que el soberano tenía derecho de reclamar en caso de apuro. Hombres como Villena y D. Alvaro de Luna en el anterior reinado, con ejércitos superiores a los del rey y con riquezas más copiosas, eran los soberanos efectivos de Castilla, en alborotado turno, pareciendo ya la desintegración final del reino en pequeños principados, consecuencia natural e inminente del es-

---

talmente enferma, envió al cura y a un letrado a desenterrarlo. Cuando se lo trajeron, estaba tan enferma que no pudo verlo, y continuó en poder del letrado. Éste informó a Fernando después de la muerte de la reina, y el rey mandó que el documento fuese quemado, recompensando espléndidamente al letrado. Otros quieren—prosigue Galíndez—que el papel fuese conservado.

tado de los negocios que existía cuando Enrique IV exhaló su último aliento.

Toda Castilla con León y los demás dominios allegados, suspiraban por el advenimiento de un salvador que les llevara la paz y la tranquilidad; y era de presumir, a primera vista, que tan turbulento Estado, que nunca había sido regido por una mujer, difícilmente confiaría en que una u otra de las princesas que aspiraban al trono, poseyera en tan congojosos trances las cualidades necesarias para proveer a su remedio. La popularidad de Isabel en Valladolid y en Segovia era grande, y en el momento en que murió el rey, los partidarios de la reina se fortalecieron más, pues Villena había muerto, la Beltraneja era una niña de doce años, y la reina madre, desacreditada y tenida en menosprecio, había ido a terminar sus días en un monasterio de Madrid (1). Las ciudades, por la mayor parte, aguardaban, llenas de temor, los acontecimientos, perplejas ante el partido que se debería tomar; hubo como una tregua de respiro a la muerte del rey. Isabel estaba en Segovia, y bajo su influencia y la de Cabrera publicó pronto aquella ciudad sus sentimientos, enarbolando sus pendones por Isabel y por Fernando, a los que en su presencia juró fidelidad y proclamó soberanos de Castilla. Siguió Valladolid el 29 de Diciembre; mientras Madrid, cuya fortaleza estaba en poder del hijo de Villena, se declaró por la Beltraneja. Los nobles se revolvieron de nuevo; movido por interés personal o rivalidad, el arzobispo de Toledo abandonaba a Isabel, a causa de su competencia en el favor con el cardenal Mendoza; mientras Alburquerque, presunto padre de la Beltraneja, se unía a sus contrarios y se organizaba la guerra civil, ayudada por la invasión de los portugueses, para disputar a Isabel y a su marido los derechos a la sucesión.

Por extraña fortuna, los jóvenes consortes, obligados por el destino a luchar por su espléndida herencia, eran los más in-

(1) Murió en Junio de 1475.

signes genios de la gobernación que existía en aquel siglo. Es ya ocasión de decir algo acerca de sus prendas y caracteres. Ambos contaban veintitrés años en aquella sazón, y, como hemos podido ver, la experiencia de la vida era en uno y otro considerable y libre de ilusiones. Isabel gozaba de un talento incomparablemente mayor. La dignidad, combinada con la dulzura de su porte, cautivaban a cuantos a ella se acercaran; al paso que su humildad, ostensiblemente religiosa y su piedad, le ganaron muy poderosas simpatías entre la gente de iglesia, que tan rudamente habían padecido bajo el reinado de Enrique. No hay razón ninguna para dudar de la sinceridad de sus excelentes intenciones, como ocurre también con su nieto Felipe II, carácter, aunque muy inferior, sumamente parecido al suyo. Como él, nunca titubeó en usar tratamientos que ahora llamaríamos de crueldad, si conducían al logro de sus designios. Aunque no gustaba de la crueldad por sí misma, estaba decidida a unificar la España, y la ortodoxia en todo su rigor debería ser la base de esta unidad; los soberanos ungidos de Castilla deberían asumir el señorío de los cuerpos y de las almas, porque su corona era a sus ojos un símbolo de la selección e inspiración divina, y nada de lo que se hiciera en servicio de Dios por su mandatario en el mundo podía ser equivocado, por dolorosas que fueran las consecuencias. Era lo que nuestro tiempo llamaría una mujer fanática; pero el fanatismo en el suyo y en este país era una virtud refulgente y sigue siendo su más preciado título a la consideración de muchos españoles. Era de severidad implacable tratándose de quebrantar desórdenes y rebeliones; mas hemos visto ya en qué situación estaban las cosas en Castilla cuando subió ella al trono, y es evidente que sólo un cetro de hierro y un corazón de hielo podían hacerle frente. Aun cuando terrible era la justicia de Isabel se siguieron de ella menos males de los que hubiera producido la anarquía con que se encontró si hubiese continuado (1). Su actividad y fuerzas corporales se igualaban con sus

(1) Aunque consintió en que un pobre loco fuera atenaceado con hie-

prodigiosas fuerzas mentales, imponiendo la consternación perseverantemente en sus poderosos contrarios con aquella su maravillosa celeridad de movimientos por regiones desoladas del país, sin caminos casi, recorriendo a menudo de noche distancias que nos parecen hoy increíbles.

Fernando era tan despótico y ambicioso como ella, pero sus procedimientos diferían en absoluto. Necesitaba él la fuerza de Castilla para impulsar los intereses de Aragón por Italia y el Mediterráneo; y, como Isabel, vió que la unidad religiosa era indispensable si había de contar con un arma sólida en sus manos. Pero no sentía en lo más mínimo las aspiraciones de exaltación mística que enseñoreaban a Isabel. Era realmente práctico en todo; nunca mantuvo juramento sino en tanto que pudo convenirle, gustando de la vía tortuosa para llegar a su objetivo. Jactábase de haber triunfado en todas las cosas de la vida, curándose muy poco de que la muerte viniera luego a burlarse de sus planes. Su escuela política era puramente italiana; y operaba cínicamente, basándose, como Enrique VII de Inglaterra, en la idea de que la supresión del feudalismo conduciría al soberano a la impotencia, si no se ponía cuidado en aprontar un gran caudal exprimido de los súbditos. Preveía que los reyes se harían temer, no por los señoríos que allegasen, sino en proporción al número de combatientes que les fuera dable pagar con efectivo en caja, y fue más afortunado que los dos Enriques de Tudor en acopiar cuanto dinero le era necesario. Extrajo tesoros a raudales, explotando la ortodoxia religiosa y dividiendo a sus vasallos por espacio de un siglo; y disipó ríos de oro exterminando una minoría heterodoxa, siendo la unificación de España medio con que él contaba para ulteriores

---

rros candentes por haber atentado contra la vida de Fernando, y entregó millares de miserables a las llamas, por simples dudas sobre su ortodoxia, se negó siempre a asistir a una corrida de toros después de haber asistido a una en que murieran dos hombres. Condenaba, en efecto, el sacrificio de vidas humanas, que no conducía a ningún buen objeto.

fines. Fernando e Isabel alcanzarían, pues, la admiración de sus súbditos por su grandeza y altos designios, e impondrían la sumisión leal por sus éxitos de gobernantes, pero no pudieron ser considerados como criaturas humanas dignas de afecto.

Entre caracteres tan fuertes, no podía esperarse en un principio que todo marchara de perfecto acuerdo; y, en efecto, la vida matrimonial de Isabel se inauguró con medianos auspicios en este punto. No se puede dudar que Fernando, de igual modo que su padre, entendía que aquél había de ser el soberano reinante de Castilla, y no simplemente rey consorte; cierto que Fernando, por parte de su abuelo del mismo nombre, era el heredero masculino de la corona de Castilla; y como en Aragón estaba en vigor la ley sálica, presumían que podría tener fuerza en Castilla. Mas esto distaba mucho de los propósitos de Isabel; apoyada en las resoluciones de los eclesiásticos y jurisconsultos de Castilla, se mantuvo firme. Por un momento Fernando puso mal gesto, y amenazó con dejarla para que ella lidiara por cuenta propia; pero predominó en seguida un acuerdo mejor, en virtud del cual, ambos habían de reinar juntos; mas Isabel era la única que podía nombrar jefes, oficiales y administradores en Castilla, y retenerse la jurisdicción de todos los asuntos fiscales en sus reinos.

En 2 de Enero de 1475 se reunió Fernando a su mujer en Segovia, en donde se convocaron unas Cortes para recibir el juramento de fidelidad. Subió al Alcázar, por aquellas calles enmarañadas y pendientes: Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, por una parte, y nobles, obispos y ciudadanos, por otra, concurrieron a rendir homenaje a los nuevos soberanos. Dos meses más tarde, la fiel ciudad de Valladolid recibió a los reales consortes con efusión de contento; y un no breve período de fiestas dió ocasión de atraer y convocar gran número de adictos. Los dos partidos aparejaban fuerzas para el supremo combate, y se requería ánimo vigoroso, tanto en Isabel como en su marido, para hacer cara al porvenir. El arzobispo de Toledo seguía ahora la causa de la Beltraneja, y por ésta

estaban Madrid y algunos de los nobles más poderosos de Andalucía y, lo que era más grave, Alfonso de Portugal, que se había desposado con la Beltraneja, y hasta iba ya juntando tropas para invadir a Castilla y apoderarse de su corona. El 3 de Abril, los nuevos soberanos tuvieron una gran fiesta en Valladolid. Isabel, vestida de brocado carmesí, con corona de oro apretando su dorada y copiosa cabellera, montaba una hacanea blanca, con silla de brocado y gualdrapas, y crin floreada de oro y plata. Seguíanla catorce damas nobles, ataviadas con ropajes, la una mitad de colores vivos, y la otra de brocado verde y terciopelo claro, imitando en el tocado de sus cabezas sendas coronas; y según que iban a caballo hacia su puesto de honor, en un pabellón aderezado en el coso, decían las gentes que nunca se había visto mujer tan bella y majestuosa como la reina de España (1). Nobles e hidalgos se apiñaban en torno suyo para escucharla, mientras que el rey Fernando entraba en el coso cabalgando su corcel de guerra, dispuesto a romper una lanza como el más diestro jinete de España. Al entrar, la multitud quedó asombrada al mirar la extraña cimera que remataba su yelmo, y la aún más extraña divisa que llevaba de empresa en su escudo.—¿Qué significaría?—preguntaban, no sin temor, algunos de los que se tenían por amigos más allegados. La cimera tenía forma de un yunque, y la divisa era ésta:

«Como yunque sufro y callo
Por el tiempo en que me hallo» (2).

Mote que se dice iba enderezado contra aquellos que a su lado le festejaban con aclamaciones y pompas, y en su ausencia hacían causa con sus enemigos.

Fue aquella fiesta alborozada, aunque llena de funestos

(1) Oviedo, que la conoció bien, dice que ninguna mujer podía compararsela en hermosura.

(2) *Cronicón de Valladolid* (Doc. Inéd. 14), y también Alfonso de Palencia.

presagios; pero Isabel no estaba por gastar mucho tiempo en frivolidades semejantes, así que al siguiente día montó su palafrén y tomó el camino de Tordesillas, doce leguas más allá, para visitar los fuertes y tratar de atraerse al arzobispo de Toledo. Con prodigiosa actividad, los jóvenes soberanos viajaron separadamente de castillo en castillo, alentando a sus adictos y previniendo todo para la defensa; y estaba Isabel en la imperial Toledo a últimos de Mayo de 1475, cuando le vinieron noticias de que el rey de Portugal había entrado en España con un considerable ejército, se había casado en toda regla con la Beltraneja y proclamado rey de Castilla (1). Isabel, sin esperar un momento más, partió a caballo hacia su feudo de Avila, treinta leguas más arriba. Tardó menos de dos días en el viaje, y aunque le sobrevino un accidente en Cabezón, no osó detenerse hasta ponerse en salvo dentro de los muros de la ciudad, en la que entró el 28 de Mayo.

Por algunos meses todavía estuvo indecisa la suerte de España. Fernando juntaba todas las fuerzas, pero las que tenía enfrente eran más poderosas que las suyas, y el arzobispo de Toledo, con su riqueza y numerosa parcialidad, había engrosado las del portugués. El ejército invasor pasó el Duero a la vista de Toro, fortaleza robustísima hasta un grado increíble, en la frontera del reino de León, y Fernando, saliendo de Valladolid para hacerle retroceder, fue batido. Todo León, con los llanos de Castilla hasta el mismo Avila, quedó a merced de los invasores. Pero el portugués era flojo en la acción, y en esta crítica coyuntura, el ánimo incomparable de Isabel salvó la situación (2). Convocó Cortes en su ciudad de Medina, cen-

(1) Como ejemplo del carácter mercenario de los nobles castellanos de aquel tiempo, he de mencionar un compromiso firmado por el rey de Portugal, que se conserva en los archivos de Frías, en que se promete al joven Villena el maestrazgo de Santiago, en recompensa de la ayuda que le suministrara.

(2) El rey de Portugal, noticioso de que habían pasado la frontera caballeros castellanos, propuso a Fernando, según se dice, un pacto, en vir-

tro de la fabricación de paños y el mercado más importante de Europa para operaciones de crédito, hizo un llamamiento a su patriotismo, su lealtad y su amor. Votóse dinero sin escasez, abrieron mercaderes y banqueros sus cofres, las iglesias vendieron su argentería y los monasterios desenterraron sus tesoros. Entraron tropas aragonesas, hiciéronse levas en Castilla, obedientes al llamamiento de la reina, y al fin del 1465 se puso Fernando al frente de un poderoso ejército, capaz de oponerse al invasor. Isabel tomó parte activa en las operaciones militares. En 8 de Enero de 1476 salió de Valladolid, a caballo, con un tiempo horrible, dirigiéndose a la región más fría de España a reunirse con Alfonso, entenado de Fernando que se encontraba cerca de Burgos. Caminó la reina durante diez días por entre profundos ventisqueros antes de llegar al campamento; ya la ciudad estaba por ella, y en la última noche de su viaje, en medio de una densa obscuridad, entró en la ciudad del Cid, en donde la recibieron de hinojos los notables de la población vestidos de seda e inclinando sus cabezas para mostrar arrepentimiento por las pasadas faltas. La reina los perdonó generosamente, con cordialidad, con presteza, porque ellos, y otros como ellos, comprendía Isabel que le servirían de instrumentos para poner a España a sus pies.

Mientras tanto, Fernando había marchado a esperar al enemigo, fuerte de 3.000 caballos y diez mil peones, acampados a la orilla del Duero, junto a Toro. Primero sitió a Zamora, que ocupaba posición media entre el ejército portugués y el

---

tud del cual, se sacrificaría a la Beltraneja y se reconocería a Isabel, a condición de ceder a Portugal toda Galicia y las dos plazas de Zamora y Toro, que entonces él ocupaba. Fernando estaba inclinado a acceder, y envió un mensajero con la tal proposición a su mujer. Antes de que el mensajero acabara sus primeras palabras, le atajó Isabel, indignada, prohibiéndole que prosiguiera. Añadió que ella dirigiría la guerra por su cuenta, y no permitiría que se rindiera ni un palmo de su reino. Apresuróse a ir a Medina, y allí convocó Cortes, como dejamos dicho.

suyo, y el rey de Portugal trató ineficazmente de bloquearla. Fracasados en esto los enemigos levantaron el campo el 17 de Febrero y marcharon a Toro de nuevo. Retiráronse calladamente, pero Fernando los persiguió con el ímpetu posible, y los alcanzó a cuatro leguas de Toro, ya bien entrado el oscurecer, en las orillas del Duero. La carga de los aragoneses sobre un ejército desorganizado y en retirada fue irresistible, causando una completa derrota a los contrarios, de los que no menos de trescientos fugitivos perecieron ahogados en el río, desatinados por insuperable pánico. El rey Alfonso de Portugal huyó abandonando su estandarte real, y antes de acabar la noche vió consumada su pérdida, desvaneciéndose para siempre la última esperanza de la Beltraneja.

Un mes más tarde, Zamora, que era la más inexpugnable de las plazas, se rindió a Fernando, y luego marchó el rey a subyugar otras ciudades, mientras Isabel mantenía el asedio de Toro. La reina desdeñaba entregarse a las blanduras, que son privilegio de su sexo, y sufría todas las penalidades y peligros de la vida del soldado. Siempre se la veía a caballo, vigilando las operaciones ordenaba uno y otro asalto, sin resultado, hasta que, por fin, después de un asedio de muchos meses, se rindió también Toro. Isabel entró por entre la agobiada ciudad en triunfo. Entonces era verdadera reina de Castilla, sin que nadie pudiera ya litigar su derecho.

Los que aún vacilaban se apresuraron a colocarse del lado de la victoria; los nobles que habían ayudado a la Beltraneja, y hasta el mismo arzobispo de Toledo, vinieron a rendirse a ella contritos uno a uno, aceptando las condiciones que a ella pluguiera establecer; mientras la Beltraneja, descasada de nuevo por un papa contentadizo, se retiró a un convento portugués, y el rey de Portugal, más tarde, dejó la corona real, y recibió la tonsura y el sayal burdo de fraile franciscano. Jamás se vió victoria más completa, y cuando, tres años más tarde, en 1479, el viejo rey de Aragón pagó el usual tributo a la Naturaleza, Isabel y Fernando, conocidos ya para siempre con el

apelativo de los Reyes Católicos, por concesión del Papa, reinaron mancomunadamente en toda España, desde los Pirineos hasta las Columnas de Hércules, sin que quedara más que el pobre y tributario reino morisco de Granada, manchando con su infidelidad los dominios reunidos bajo la Cruz.

Pero los elementos de la anarquía aristocrática seguían existiendo, especialmente en Galicia y Andalucía, donde ciertas familias nobles se arrogaban la posición de soberanos casi independientes, y hasta en algunas ocasiones pudieron poner en peligro la existencia del Estado. Con la grande ambición de Fernando y el fervor exaltado de Isabel por ensanchar el cristianismo, resultaba clarísimo para entrambos que era cuestión indispensable poseer dominio supremo en el país, si habían de llevar adelante sus miras. Los reinos de Aragón no ofrecieron gran dificultad, pues en ellos imperaba el orden y la rectitud, aunque sus Constituciones, estrictamente parlamentarias, limitaban enojosamente el poder real y daban a los estamentos la dirección de la Hacienda. En Castilla, los nobles, en eterna lid unos contra otros, estaban completamente libres de toda dependencia, y las primeras providencias de Isabel se dirigieron a arrancarlos de un poder tan funesto. Los reyes anteriores de su linaje—el de Trastamara—habían sido no más que monigotes en manos de la nobleza; Isabel estaba determinada a gobernar sola en sus reinos. Su tarea era tremenda, y requería tan extremada diplomacia para dividir a los adversarios, como firmeza para librarse de ellos. Isabel valía por sí misma tanto como una hueste poderosa, y a ella, infinitamente más que a su marido, se debe el honor de convertir la más desenfrenada anarquía en orden y seguridad, y todo en tiempo maravillosamente breve.

La única apariencia de vida arreglada y de respeto por la ley en Castilla se encontraba en las ciudades amuralladas. El Gobierno municipal ha sido siempre la base de la civilidad en España, y como la nobleza gozaba de exención, las Cortes castellanas estaban constituídas únicamente por representan-

tes de la clase media. Con verdadero genio de gobernante se volvió, pues, Isabel hacia estos elementos para robustecer la corona enfrente de la nobleza desaforada. El proyecto de resucitar en nueva forma la vieja institución de la «Santa Hermandad» de las ciudades, le fue sometido en las Cortes de Madrigal (Abril 1476), y fue aceptado inmediatamente. Se convocó en Dueñas una junta de diputados, en Julio, y a los pocos meses quedó establecida la Hermandad. Se organizó una fuerza armada de 2.000 de a caballo y número muy considerable de a pie, pagada con un impuesto sobre las casas (1). Fueron más que una simple guardia rural, aunque ejercía su vigilancia por la comarca e imponía a las gentes a la paz, asegurando sus funciones con una legislación criminal que completaba la tarea del castigo. Nombrábanse magistrados en cada pueblo de treinta vecinos para la jurisdicción sumaria, y en todas las aldeas había miembros de la Santa Hermandad, subordinados a un consejo supremo, compuesto de diputados de cada provincia de Castilla, que juzgaba sin apelación las causas transferidas a él por los magistrados locales. Los castigos que se aplicaban a la menor transgresión eran de terrible severidad, que infundió pavor en las clases turbulentas. En 1480 se reunió en Cobeñas una liga de nobles y prelados, bajo la presidencia del duque del Infantado, para protestar contra la nueva fuerza que la reina había concedido a la burguesía. En contestación a esta querella acreditó ella su poder, diciéndoles altivamente que se mirasen ellos bien y obedeciesen a la ley, e inmediatamente estableció la Santa Hermandad sobre más firme base que antes, para que

(1) Cada grupo de 100 cabezas de familia costeaba lo suficiente para pagar manutención, armas y caballo de un jinete; cuando se tenía noticia de algún crimen, todas las campanas de las iglesias de un distrito daban señal de alarma para convocar a todos los miembros de la socampana a perseguir al malhechor, proponiéndose premio especial para el aprehensor. Hay que tener en cuenta que en España el término de una ciudad alcanzaba una gran extensión de territoro extraurbano; por ende, el impuesto domiciliario, aunque de nombre era urbano, porque lo recogían las municipalidades, provenía también de las aldeas y caseríos rurales.

fuera terror de los malhechores, y todo con afabilidad y sencillez.

Isabel no era una santa dotada de ternura, como frecuentemente se la ha representado. Era demasiado grande, como mujer y como reina, para poder mostrarse así; y aun cuando en los dos o tres primeros años de su reinado usó de la cautela diplomática como arma principal, tan pronto como tuvo divididos a sus adversarios, y sólidamente establecida la Santa Hermandad, cayó el látigo de hierro sobre cuantos la habían estorbado. En Galicia los nobles se habían adueñado prácticamente de las rentas reales, y la firma de la reina no tenía ningún valor. Esto podía consentirlo el débil Enrique, pero Isabel estaba hecha de una madera más recia que su hermano; en 1481 mandó dos funcionarios animosos a convocar a los representantes de las ciudades gallegas en Santiago, para pedirles dinero y hombres con que reducir a la nobleza al orden y rectitud. Los burgueses no confiaban en que pudiera otra cosa que un milagro de Dios poner remedio a las muchas calamidades que sufrían. El milagro divino por que suspiraban llegó, en efecto, siendo Isabel su instrumento. Cuarenta y siete castillos, que eran otras tantas cuevas de ladrones, fueron arrasadas, y muchas cabezas altivas fueron separadas de sobre nobles hombros. La horca y el rollo anduvieron activos, las cárceles y lugares de tortura se hinchieron, y la gente de mala vida, presa de agudo terror, hubo de corregirse o escapar hacia sitios en que la justicia fuera menos rigurosa.

Pero donde más claramente se mostró la acción personal de Isabel, fue en suprimir la anarquía en Sevilla. Durante muchos años había sido la ciudad víctima de sangrientas rivalidades entre dos grandes familias que se habían enseñoreado de la mayor parte de Andalucía, los Guzmanes y los Ponces de León, y esta contienda, al subir Isabel al trono, tenía el carácter de guerra civil con todos sus saqueos consiguientes, de que no podía verse libre ningún ciudadano. Las ciudades del Sur estaban menos acomodadas a la organización cristiana

que las del Norte, y su gobierno municipal no era tan fácil de combinar. Isabel, en 1477, determinó, con su presencia personal en Sevilla, corroborar las duras enseñanzas que había dado en otros de sus reinos. La escolta armada que le acompañaba, no menos que el terror de que iba precedido su nombre, fueron bastante para atemorizar a los espíritus turbulentos de Sevilla. Resucitando la antigua práctica de los reyes castellanos, Isabel, sola o con su marido al lado, se sentaba todos los viernes en el gran patio del Alcázar Morisco, a administrar justicia, sin apelación, a todos los concurrentes. ¡Ay del injusto ofensor que fuera conducido ante ella! El esplendor oriental de que Isabel se rodeaba, conociendo su poderosa eficacia, daba a este famoso Tribunal regio un prestigio que fascinaba las imaginaciones, ya de suyo también semiorientales de Sevilla, al paso que la severidad terrible de sus juicios y la fulminante rapidez de sus ejecuciones, redujeron la población a una obediencia trémula, mientras Isabel permaneció en la ciudad.

No menos de cuatro mil criminales huyeron—la mayor parte más allá de la frontera,—para evitar la ira de la reina, mientras que aquellos que antes habían delinquido, atropellando y maltratando a otros y pudieron ser habidos, experimentaron en propia cabeza los males que ellos habían causado. Fue tal la severidad de Isabel, que, por último, el obispo de Cádiz, acompañado del clero y de los personajes notables de Andalucía, y seguidos por muchedumbres de mujeres llorando, vinieron a suplicar a la reina que templase misericordiosamente el rigor de su justicia. Isabel accedió; pues ella no atormentaba ni hería porque gustara de hacerlo, sino en obsequio de la obediencia. Una vez que lo consiguió, muy contenta aflojó su mano; y antes de dejar la ciudad, concedió una amnistía general para los delitos pasados, exceptuados los gravísimos. Pero dejó en pos suyo una policía organizada y tribunales activos y vigilantes, lo necesario para sofocar, en lo sucesivo, cualquier intento de resucitar la situación antigua.

Más difícil tarea fue para Isabel reformar las costumbres

de su corte y de la sociedad en general. El Alcázar de Enrique IV había sido una sentina de iniquidad, y el desenfreno universal había hecho imposible la práctica de la virtud, imposible estando el clero, singularmente el regular, vergonzosamente corrompido. Isabel era no ya continente con todo rigor en su propia conducta, sino que estaba resuelta a no otorgar consideración ninguna al que fuera relajado en cualquier cosa; y pronto comprendieron cortesanos y eclesiásticos que la única recomendación para progresar en Castilla era el decoro más completo. Podrá ser que algunas de las reformas súbitas que se implantaron se tradujeran en clara hipocresía; mas vivieron lo suficiente para convertirse en tradición fija y ejemplar perpetuo de la vida privada y pública en España.

Isabel condujo adelante su obra de reforma en todas direcciones. Los nobles prepotentes desmayaron al saber que la reina, provista ya de fuerza suficiente para ello, y con el refuerzo de las Cortes de Toledo, había invalidado todas las mercedes inmerecidas que tan profusamente habían prodigado los reyes anteriores sobre ellos. Algunos de aquellos que se habían agitado más activamente en las últimas turbulencias, como los duques de Alburquerque y Alba, y el almirante de Castilla, tío de Fernando por parte de la madre, fueron despojados hasta quedar en cueros vivos. Las rentas de Isabel, al subir al trono, no montaban más de 40.000 ducados, apenas lo preciso para el sustento necesario; pero en muy pocos años se multiplicó más de doce veces esta cantidad y se añadieron 30 millones de maravedís anuales a las rentas de la corona, que antes sustentaban las suprimidas mercedes. A cuantos requerimientos y protestas hicieron los despojados, se mantuvo Isabel firme y digna, aunque afable en sus maneras. Su voz era suave; su porte, varonil; siempre fundó sus medidas, por opresivas que pudieran parecer, en el amor a su pueblo y en sus propósitos de hacerle grande. De esta suerte, no era susceptible de ataque alguno; y se colocaban alrededor de ella los mismos que habían sentido su rigor, pues invocaba ella sus sentimientos patrióticos.

Ya no quedaba, para acrecentar el poder de Isabel, otra cosa que hacer más que arreglar lo de las órdenes religiosas militares. Se sabe que había tres grandes órdenes: Calatrava, Santiago y Alcántara, que habían prosperado grandemente merced a las luchas contra los moros; constituíanlas caballeros fervorosos que habían hecho voto de continencia e iban adquiriendo vastas propiedades de territorios que arrancaban a los infieles. En tiempos de Isabel habían llegado a una prepotencia escandalosa, porque sus grandes maestres disponían de rentas y fuerzas tan considerables como las de la corona, y en realidad eran independientes de ella. La manera que tuvo Isabel para remediar esto, fue tan diplomática y hábil como de costumbre. Cada maestrazgo que vacaba, se le confería a su marido; y así, los tres rivales más peligrosos de la autoridad real se convirtieron en adelante en patrimonios de la corona, a quien en lo sucesivo se adjudicaron sus dominios (1).

La actividad de la reina, no menos que su fuerza corporal y anímica, debieron ser maravillosas. Sabemos de cómo viajaba continuamente, recorriendo enormes distancias, constantemente sobre la silla de su caballo, visitando las partes más

(1) La importancia de tener bajo su jurisdicción las órdenes militares fue comprendida por Isabel desde los mismos comienzos de su reinado, Cuando murió el maestre de Santiago (1476), estaba la reina en Valladolid. Sin perder un instante montó a caballo y se fué a la ciudad de Huete, en que se celebraba cabildo para elegir sucesor. Entró en él, y con enérgico discurso instó a los caballeros a que, en atención a ella, su soberana, eligieran a su marido por maestre. Los caballeros castellanos llevaron muy a mal la idea de que un aragonés los presidiera, y le expusieron esta dificultad. Isabel halló remedio a ésta, prometiendo que, una vez nombrado Fernando, renunciaría sus poderes en un castellano; y así lo hizo, nombrando a Cárdenas, persona de toda su devoción; mas muerto éste, fue ya Fernando el maestre. Desde entonces, las encomiendas fueron dotadas con pensiones provinientes de las rentas de sus señoríos, cuyo total vino a ser absorbido por el tesoro real. Para dar más pormenores acerca de las órdenes y su adjudicación, consúltese la *History of Spain,* de Ulick Burque, editada por Martín Hume.

remotas de los dominios de su marido y de los suyos para asuntos de gobierno, arreglando disensiones, inspeccionando obras militares, animando a las corporaciones civiles y eclesiásticas y reprimiendo todo conato de desorden. Ninguna dificultad la hizo desmayar, ningún obstáculo declinar del exaltado fin que abrigaba su alma. Porque no se ha de suponer que tan infatigable actividad fuera esporádica y no concentrada en algún objeto que inspiraba todas sus obras. En este objeto supremo se ha de buscar la clave de la vida de Isabel. La madre de Isabel era demente; después de la muerte de su marido habia caído en una especie de manía mística y sombría, que se transmitió pasando los años a muchos de sus descendientes; y en los impresionables de la juventud de Isabel, pasada en el castillo solitario de Arévalo, todo el ambiente de su vida había sido de mística exaltación religiosa.

Los cristianos de Castilla habían ido recobrando durante siglos, por la causa de Cristo, su reino perdido, en su perseverante cruzada contra los infieles. La lucha secular los había hecho creyentes firmísimos en su misión divina de restablecer el reino del Crucificado sobre la tierra. A este fin habían llevado al combate algunos santos la brillante armadura, y enarbolando refulgentes cruces, habían ido pregonaudo la victoria de la propia milicia del Eterno; reliquias santas, milagrosamente descubiertas, se empleaban como talismanes que aseguraban el triunfo. El misticismo y el ansia de martirio llenaban el aire que respiraba la joven Isabel, y ella, de santidad neurótica, que había recibido en suerte el genio como reina, participaba de la común obsesión castellana. Las personas que fomentaban el auge de este sentimiento en la joven princesa de Arévalo, se habrían empleado en espolear un ánimo remiso en la devoción; pero inflamar aún más el celo fervoroso innato en Isabel, era innecesario, y uno solo se puso a ello. Era éste un fraile dominico, altivo, indómito, llamado Tomás Torquemada. Los dominicos, siglos antes, habían ganado la confianza del Papa, que los había encargado de la misión especial de mante-

ner la pureza de la fe, y, como custodios suyos, tenían arrogancia y cierta soberbia espiritual, características de esta orden.

Torquemada, como confesor y tutor espiritual de Isabel, tenía ocasiones abundantes de influir sobre ella, y nunca cesaba de recordarle el deber sacrosanto impuesto a los gobernantes de extirpar la herejía, en tronco y raíz, a toda costa. Su hermano Enrique había vivido rodeado de abominables infieles, enemigos de Cristo y de España. Fracasado como rey, arruinado como hombre y miserable en su muerte, tal había sido su destino. Y esta lección retintineaba sin cesar a los oídos de Isabel: que no puede ningún soberano ser dichoso ni próspero si no despedaza a latigazos, por la gloria de Dios, a los herejes, infieles e incrédulos. El moro—le habían dicho—seguía emporcando en Granada el solar sagrado de España, consentido por un rey cristiano indigno de tal nombre, que no se daba prisa a echarlo, merced al mezquino tributo que le pagaba.

Para establecer la ley de Cristo en la tierra, deber que se le había enseñado ser su misión sagrada, veía Isabel que se requería un arma poderosa. Solamente una España unificada y centralizada podía dársela, y así, lo primero fue unificar a España. Con su matrimonio con Fernando quedaba recorrida la mayor parte del camino; la supresión de los nobles y de los maestrazgos de las órdenes era un paso más; la sumisión del país a su ley y voluntad, el tercero; el aumento de sus rentas, el cuarto; pero el paso de más importancia era el de reavivar en los pechos de los españoles todos el sentimiento de exaltación mística y de ambición espiritual que había dado fuerzas a sus brazos contra los moros en los tiempos heroicos del pasado. El carácter del pueblo español y el estado de la opinión pública en aquel tiempo, eran propicios para suscitar el rencor religioso de la mayoría contra una minoría despreciada y desacreditada. Por toda España había numerosas familias de la raza vencida, cristianas en el nombre, que vivían apartadas en barrios separados y sin mezclar su sangre con sus vecinos. Eran, por regla general, industriosos y hábiles negociantes y

agricultores, cuyas tradiciones artísticas y mucha destreza les daban el monopolio en muchos asuntos de provecho y sustancia. Los españoles cristianos, por regla general, no habían desarrollado estas cualidades, y les inspiraba, naturalmente, celos de los llamados cristianos nuevos, que vivían con ellos, pero no eran de los suyos.

Al principio, sin embargo, hubo muy poca enemistad entre estas dos razas de españoles, aunque sí desconfianza y malestar mutuo. Con los judíos era muy distinto el caso. Éstos, durante los siglos de la dominación mahometana, se habían hecho ricos y poderosos por su número, y habían, después, acaparado los negocios bancarios y financieros de toda España, enlazándose muchas veces con familias cristianas de las principales. Como arrendatarios de impuestos y tesoreros reales, se habían hecho muy impopulares, especialmente en Aragón; y, aunque por la mayor parte eran cristianos, se les miraba de reojo, con excesiva celotipia, por casi todo el mundo, y en muchas ocasiones habían sido víctimas de ataques y matanzas en varios sitios (1). Mas con todo, según se ha podido ver, los primeros pasos hacia la persecución religiosa llevada a cabo por Isabel y su marido, no parece haber sido preparada, aunque les haya excitado a ella aquel sentimiento popular. Hacía siglos que existía en Aragón y Sicilia una Inquisición que entendía en investigar casos de herejía. Era institución puramente papal, y sus procedimientos eran muy benignos, aunque excesivamente impopulares. En Castilla la Inquisición papal nunca había sido favorecida por los soberanos, que miraban con malos ojos la intervención de Roma, y, al inaugurar Isabel su reinado, prácticamente no existía ya.

Cuando los reyes tuvieron la Corte en Sevilla (1477), un dominico siciliano fué allí a pedirles la confirmación de un antiguo privilegio, por el que se daba a su Orden en Sicilia un

(1) Como en Jaén, en 1473, donde el condestable de Castilla fue muerto mientras trataba de evitar una matanza.

tercio de la propiedad de todos los herejes condenados allí por la Inquisición. Vinieron en ello Fernando e Isabel, y el dominico, que se llamaba Dei Barbieri; pues ya que la observancia religiosa había ido relajándose durante el último reinado, sería acertado introducir un tribunal semejante en Castilla. La ambición de Fernando era grande. Anhelaba fervientemente obtener para Barcelona el dominio del Mediterráneo y la restauración del Imperio Cristiano de Levante, para lo que le era preciso, ante todo, despejar a España misma de la mancha de la infidelidad agarena en Granada. Comprendió que los tiempos habían cambiado y que el nervio de la guerra no consistía ya en los auxilios de los nobles, sino en concentrar en sus manos dinero abundante de sus súbditos. La gente que más abundantes riquezas poseía era precisamente aquella que podía poner en peligro la ortodoxia; esto le hizo concebir un plan que había de hacerle rico mucho más de lo que pudiera imaginar.

Isabel no era codiciosa como su marido; era demasiado piadosa para ello; mas difundir el reinado de Cristo por la tierra, derrocar a sus enemigos y sublimar su Cruz en las alturas, parecía representar para ella la única gloria de que su alma estaba anhelante. Tenía a su lado al confesor Torquemada, al dominico Ojeda y al nuncio del Papa, que continuamente la instaban a que destruyese la herejía en sus reinos, como era su deber. Así, Isabel tomó la determinación que le aconsejaban, y pidió al Papa una bula por la que se estableciera la Inquisición en Castilla. Tal bula fue concedida en Setiembre de 1478, pero no se empezó a aplicarla hasta pasados dos años.

En 1480 Isabel y su marido fueron otra vez a Sevilla, y los dominicos prosiguieron sin tregua sus exhortaciones para que suprimiera el escándalo, cada vez mayor, del judaísmo obstinado. Las quejas del clero contra los judíos eran de las que hacen más efecto en la plebe. Entre otras cosas, decían que los judíos compraban y comían toda la carne del mercado para su sábado, y no dejaban ninguna a los cristianos para el domin-

go (1); que iban atesorando el numerario que llegaría a faltar en la circulación; que vestían ricas telas y galas propias sólo de magnates, y otras cosas a este jaez (2).

Muchos apologistas modernos de Isabel se han esforzado por reducir al mínimo su participación en el establecimiento del tremendo tribunal que produjo estas acusaciones y otras semejantes. A mi ver, no tienen razón para ello: Isabel, con toda probabilidad, lo consideró un acto muy meritorio y, la única vacilación que tuvo fue causada por su temor a robustecer demasiado el poder papal sobre la Iglesia de Castilla (3). Ni produciría a su espíritu gran repugnancia castigar, aunque fuera severamente, a los que miraba como enemigos de Dios y, por consecuencia, indignos de las consideraciones de la humanidad. Fernando añadió su persuasión a los clamores de los eclesiásticos; Isabel mandó desde Medina del Campo en Setiembre (1480) dos dominicos que actuaran como inquisidores, y establecieran su tribunal en Sevilla.

Los judíos de Sevilla se alarmaron súbitamente, y muchos de ellos huyeron para librarse de nobles que los miraban con desprecio desde que tanto habían ido cambiado las cosas en favor del clero. Un decreto real prohibió en seguida a todos sus súbditos fieles ayudaran contra los sospechosos heréticos a los acusadores, y los judíos fugitivos que pudieron escaparse buscaron su salvación entre los moriscos de Granada. En los primeros días del 1481, la Inquisición se puso a la obra, hiriendo de firme desde un principio, pues antes de acabar el año fueron quemados en sólo Andalucía 2.000 de aquellos misera-

(1) Galíndez y Pérez de Pulgar.

(2) En las cortes de Madrigal, en 1479, y en las de Toledo, en 1480, Isabel y Fernando renovaron todos los antiguos edictos feroces contra el uso de la seda y de las joyas en los vestidos de los judíos, y los ordenaron severamente que se confinaran en las juderías, y a los dos años se abolió toda la tolerancia de que gozaban por decreto papal.

(3) El P. Flores reclama para Isabel y Torquemada solamente lo que él considera el gran honor de haber establecido la Inquisición.

bles (1). Toda España protestó contra esto. De las principales ciudades salieron diputaciones a pedir la abolición de un tribunal extranjero sobre los españoles. Los aragoneses, rudos e independientes como siempre, recurrieron a la violencia, y dieron caza a los inquisidores, mientras en Castilla la Vieja pudo únicamente establecerse el tribunal escoltado por soldados de la reina. Pero el corazón de Isabel estaba inflamado de religioso celo, y Fernando, disponiendo sus arcas, se regodeaba con los chaparrones de oro judío que habían de ir a parar a él, y fue inútil toda resistencia. El Papa mismo se aterrorizó ante la severidad ejercida, y amenazó con retirar su bula; pero Fernando le hizo callar, amenazándole con que haría de la Inquisición un tribunal independiente, como lo fue en realidad después, y desde entonces el horrible negocio prosiguió triunfante hasta que España quedó limpia de punta a punta, y la conciencia libre fue sofocada durante siglos en la sangre y el humo de los sacrificios.

El despiadado y fanático Torquemada, confesor de Isabe , fue nombrado Inquisidor general en 1483, y aquel hombre, que no cedía en insolencia a ningún otro de España, precisamente por provenir de humildísima situación, llegó a ser el mayor poder de la nación, señor de la conciencia de Isabel y proveedor de la bolsa de Fernando. Los biógrafos españoles de Isabel perseveran en afirmar que ella mostró empeño incesante en suavizar los rigores de su propio tribunal, y en interceder por sus queridos castellanos; mas no existe el más mínimo indicio que pruebe esto, y bien lejos estaban de creerlo sus contemporáneos (2).

(1) En los ocho primeros años de su existencia, la Inquisición quemó en Sevilla 700 personas, y envió a prisión perpetua en los calabozos a 5.000 más, confiscando a todos sus bienes.—*Bernáldez.*

(2) Poco después de su muerte, el alcalde de su ciudad de Medina del Campo declaraba que el alma de Isabel había ido al infierno, por haber oprimido tan cruelmente a sus súbditos, y que todo el pueblo de Valladolid y Medina, donde más la conocían, creían lo mismo.—*Spanish State Papers.* Suplem. V. I y II.

Su administración, sin embargo, había sido excelente. Reinaban la paz y el orden; la altivez española, que ella con tanta diligencia fomentara, había llegado a su ápice; la reina misma era personalmente popular, por su dignidad, su actividad y su patriotismo; las poblaciones urbanas, que tanto la habían ayudado, y tan poderosas eran ahora, temían causar ningún disturbio que lanzara al país de nuevo entre las garras de los nobles. Así que con todo lo terrible que era la acción del Santo Oficio, consentida por la reina, había muchas razones para que no se le ofreciera en Castilla oposición combinada, aunque por muchos años su existencia era odiada acervamente.

Durante aquellos primeros años de actividad incansable no tuvo la reina otro hijo que la Infanta Isabel, primer fruto de su matrimonio en 1470. Las constantes jornadas a caballo, las penalidades y riesgos acarreados por su obra, previnieron el nacimiento de un heredero masculino. Pero durante la estancia de Isabel en Sevilla, 30 de Junio de 1478, nació el suspirado príncipe de Asturias, a quien se puso por nombre Juan. Fernando estaba por el Norte en aquel tiempo, pero el nacimiento del príncipe se hubo de anunciar con toda la pompa y esplendor de que Isabel sabía rodear las cosas. El 15 de Julio se encontró lo suficientemente repuesta para encaminarse acompañada de magnífica cabalgata a la catedral desde el alcázar morisco en que vivía, y presentar su primogénito a la Iglesia. Por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad, henchidas de gente, iba Isabel jinete en tostado corcel; su manto de brocado carmesí, rígido con el oro de sus bordados, se deslizaba casi hasta el suelo desde su corpiño cubierto de perlas. La silla, según se dice era de oro, y las gualdrapas de terciopelo negro con mucho lazo y franja. Alfonso, hermano bastardo de Fernando, y su parienta la duquesa de Villahermosa, marchaban inmediatamente en pos de ella, y las riendas del caballo de la reina las llevaba el condestable de Castilla y conde de Benavente. La música alegre de pífanos, tambores y clarines precedían el cortejo real, y detrás iban a pie los nobles y grandes, y las

autoridades de la ciudad. Al reciennacido le llevaba en brazos la nodriza, asentada en una mula engalanada de terciopelo, en que iban bordados los escudos de Castilla, León y Aragón, y conducidos por el almirante de Castilla. En el altar mayor de lo famosa catedral mudéjar consagró con toda solemnidad Isabel a su hijo al servicio de Dios, y luego, haciendo espléndidas larguezas a todos y a cada uno, volvió a Palacio (1).

Isabel no descuidó nunca la práctica de sus deberes religiosos, y dondequiera que se detenía dejaba recuerdo de su visita con donaciones piadosas a la Iglesia. Su humildad y sumisión a los sacerdotes y a las monjas se cita con hiperbólicas alabanzas por muchos de sus panegeristas sacerdotales: ellos cuentan cómo al suceder Talavera a Torquemada en el cargo de confesor, mandó aquél a la reina que se arrodillara a sus pies como un penitente cualquiera. Recordóle ella que los monarcas se sentaban siempre al lado del confesor, y Talavera la reprendió diciéndola que su asiento era el asiento de Dios mismo, ante quien todos deben arrodillarse sin distinción, y entonces Isabel lo hizo así ante aquel sacerdote, a quien en lo sucesivo honró más por un acto que en nuestro tiempo consideraríamos de imperdonable arrogancia.

Poco reposo se permitió Isabel aun después del nacimiento de su hijo. Llegaron nuevas a Sevilla pocos meses después de que el viejo y belicoso arzobispo de Toledo y los Pachecos habían persuadido otra vez a Alfonso de Portugal a que intentase un golpe en pro de su sobrina y mujer la Beltraneja. Allegando cuantas tropas pudo, salió Isabel a caballo, camino de Extremadura, a la cabeza de su ejército, determinada a acabar con buenas razones lo que ya juzgaba no había menester de más disputas. Fernando se hallaba en Aragón, donde acababa de morir su padre, y no podía contarse con su presencia; mas Isabel no desmayó. En vano, sus consejeros la rogaron que desistiese de emprender la campaña en persona.

(1) Flórez: *Reinas Católicas*

Decíanla que el país estaba asolado por el hambre y la guerra; que había peste en las poblaciones, y que las correrías de los portugueses y de los rebeldes la pondría a grave riesgo. «No he llegado hasta aquí —contestaba ella,—para pasar peligro y molestias, ni creo que deba dar a mis enemigos satisfacción y a mis súbditos pesar de verme hacer esto, hasta que haya terminado la guerra que se ha empeñado o conseguido la paz que buscamos» (1). Isabel, al mando de los castellanos, destrozó, finalmente, a los portugueses en la batalla de Albuera; y después de reducir a sumisión las fortalezas de los nobles rebeldes, llevó a cabo una paz con Portugal y Francia en Alcántara, por la que ambos poderes se obligaron a reconocerla como reina de España. Acabando las turbulencias, armonizando las disputas y castigando las transgresiones durante su marcha, se encaminó Isabel a Toledo, donde dió a luz a su tercer hijo Juan, en Noviembre de 1479.

MARTÍN HUME

(1) Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos.*

UNA EXPOSICIÓN DE ANTIGUOS MAESTROS ESPAÑOLES

EN LONDRES

Esta Exposición, abierta de Octubre de 1913 a Enero de 1914, en las *Grafton Galleries* de Londres, ha sido un acontecimiento para todos los amigos del arte español, cada año más numerosos. Reunía unos doscientos cuadros, no todos de primer orden, pero casi todos interesantes, algunos incluso capitales: esto es decir lo bastante para dar a entender su importancia.

Organizada bajo el patronato de S. M. Alfonso XIII, y bajo la presidencia del duque de Wellington—grande de España, al mismo tiempo que miembro de la Cámara de los Lores,—el éxito se debe, en gran parte, al comité director, en el que grandes coleccionistas alternaban con críticos ilustres, y que ténía por secretario a Mr. Maurice W. Brockwell, ayudado por Miss Wolston. Hay que hacerles el honor, en gran parte, del excelente y muy copioso catálogo.

La mayor parte de los cuadros procedía de colecciones inglesas; son éstas muy ricas—sobre todo, desde el último siglo—en pinturas de la escuela española; y no es la primera vez que Londres ve organizarse exposiciones de arte hispánico: recuérdese la *Exhibition of the works of Spanish painters*, abierta en 1911, en la «Corporation of London art Gallery».

Al muy particular éxito de esta última han contribuído, por una parte, las colecciones de Madrid y de la Península, que no han enviado un número considerable de cuadros, pero que no los han enviado sino excelentes.

La reunión excepcional, en un espacio restringido, de tantas obras generalmente dispersas, permite una porción de nuevas comparaciones; cuadros inéditos, de los que algunos llevan firmas y fechas, aparecen y entran también en el terreno de la crítica. En fin, una exposición semejante es de científico provecho para la historia de toda una escuela.

La primera sala está consagrada a lo que se llama—con razón o sin ella—el arte primitivo español. Este arte, que floreció del siglo XIII al XV, ¿fue propiamente nacional? No es aquí el lugar de discutir esta oscura cuestión. El caso es que, durante ese largo período, numerosos artistas, extranjeros unos, autóctonos otros, produjeron en la Península una porción de obras, cuya historia no está aún definitivamente escrita.

La más antigua de estas obras arcaicas es, en la Exposición de Londres, un frontal de altar de mediados del siglo XIII, que el catálogo refiere a la primera escuela catalana (núm. 9), obra curiosa que representa escenas de la vida de San Martín. ¿Es verdaderamente un ejemplar del «primer estilo catalán»? Sería aventurado afirmarlo; pero es, en todo caso, un bonísimo «primitivo español».

El siglo XV ha proporcionado a la Exposición cuadros que autorizan conclusiones más ciertas: una *Coronación de la Virgen* (núm. 30), y una *Virgen reinante* (núm. 32), cuyo origen catalán no me parece dudoso, así como el de las cuatro tablas de una divertida *Leyenda de Santa Ursula*, que datan, aproximadamente de 1420 (números 7, 10, 12 y 15).

A fines del mismo siglo fue pintado el admirable *San Miguel, vencedor de Satán*. Este precioso cuadro lleva una firma absolutamente auténtica: *Bartolomeus Rubens, fec. Rubens* fue traducido por *Bermejo*, y el artista identificado con Bartolo-

meo Bermejo, artista de Córdoba, que pasó de Andalucía a Cataluña, en donde trabajó varios años. El cuadro que se encuentra desde hace algunos años en Inglaterra, en la colección Wernher, es de una belleza tan viva, de una originalidad tan saliente, de una tan rara distinción y de un esplendor tan deslumbrante de colorido, que bastaría para atestiguar el brillante florecimiento del arte español a fines del siglo xv; por lo demás, no faltan otros ejemplos de esto.

Citaré entre ellos las tres tablas (números 14, 17 y 20) que representan seis imágenes de santos, de medio cuerpo, reunidas por parejas, fragmentos de un magnífico retablo procedente de Ciudad-Rodrigo (provincia de Salamanca), y perteneciente a la colección de sir Frederik Cook. Son pinturas de Fernando Gallegos, que datan, aproximadamente, de 1480. Las fisonomías enérgicas, hasta un poco rudas, de estos santos, acusan bien el gusto naturalista y vehemente del artista, uno de los primeros españoles cuyo talento anuncia aquellos vigorosos maestros cuyo realismo había de dar a toda la escuela, en el siglo xvii, su propio sello.

No podríamos citar todos los *primitivos* que figuran en la Exposición. Preciso es mencionar, sin embargo, una bellísima muestra del arte portugués de principios del siglo xvi, cuadro hasta aquí desconocido, y perteneciente igualmente a sir Frederik Cook. Es una *Piedad,* con escenas de la vida de San Francisco, firmada «*Vasco Frz.*», magnífica obra del más grande de los pintores portugueses de aquella época, de una composición emocionante, realzada todavía por el bello paisaje del fondo, desgraciadamente mal conservado.

A principios del siglo xvi, los progresos del arte fueron rápidos en Castilla y en Andalucía. Es lástima que este período se halle mal representado en la Exposición, a pesar de los números 8, 11 y 22, atribuídos a Alejo Fernández, y de algunos otros más secundarios todavía. Tan mal representado está el período siguiente, en el que sobresalieron, en Valencia, el italianizante Juan de Juanes, y, en el centro de la Península, Morales, que

se desprendió de la influencia de Leonardo de Vinci para crear un estilo personal, de un carácter ascético, muy conforme con el espíritu nacional de su tiempo. Los cuadros de estos dos artistas, expuestos aquí, no permiten juzgar su manera.

Por el mismo tiempo, es decir, bajo el reinado de Felipe II, florecía también otro arte: el de los retratistas de la corte, fundado por Antonio Moro, que vino de los Países Bajos a crear en el reino una verdadera escuela, cuyos nombres más famosos son Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz y Bartolomé González. La Exposición de Londres agrupa varios cuadros atribuídos a Sánchez Coello, y de méritos diversos. Los números 95 y 97, falsamente titulados *Carlos Quinto* e *Isabel de Portugal*, son cuadros admirables y que podrían ser del fundador de la escuela, Antonio Moro, puesto que Sánchez Coello le imitó tan sabiamente, que es a menudo difícil o imposible distinguir las obras de ambos. Pero lo cierto es que los personajes representados no son ni Carlos Quinto ni la emperatriz, figuras sobrado conocidas para que se las confunda con estos dos retratos.

El rey de Inglaterra ha prestado a la Exposición tres bellos retratos de archiduques por Sánchez Coello: *Wenceslao de Austria* (núm. 81), *Rodolfo* (núm. 82) y *Ernesto* (núm. 85), preciosos ejemplares de los numerosos retratos de corte ejecutados por el pintor. No lejos de éstos encuéntranse otros, muy típicos también, y entre ellos los hay firmados y fechados. El número 109, titulado *Retrato de joven*, me parece ser una efigie de Alejandro Farnesio: Antonio Moro pintó retratos del duque de Parma que son muy conocidos, y que pueden servir de punto de comparación para comprobar nuestra identificación. Todos estos Sánchez Coello son, como se ve, de primer orden: no se podría decir lo mismo de los Pantoja de la Cruz expuestos.

El orden cronológico nos conduce ahora ante las obras de un maestro que contrasta violentamente con los graves y monótonos retratistas que acabamos de citar. Es ese artista cuyo genio enigmático y singular irradió sobre toda la escuela, y cuya huella no se ha borrado aún, ese Domenico Theotocopou-

li, conocido hoy en el mundo entero por su sobrenombre *el Greco*. Discutido en su tiempo, olvidado después, ha surgido de nuevo con una fuerza irresistible, en el mundo del arte. Más aún que los artistas, los poetas, los críticos refinados, los hombres de extrema cultura sufren su influencia. Y este hecho obedece al poder de emoción y de sugestión de esos inmensos lienzos, al misterio que en ellos flota, a ese no sé qué inexplicable que poseen y que apasiona y subyuga: un soplo espiritual, un alma invisible y presente, que hace no solamente olvidar, sino hasta amar las extravagancias y las desproporciones que llaman la atención en todos esos cuadros.

En cuanto a la técnica del Greco, ha ejercido, a no dudarlo, una influencia profunda sobre la gran escuela española del siglo XVII; Velázquez, el pintor de la serenidad, ha enriquecido ciertamente su paleta con colores de la del Greco, el pintor de la pasión. La gama tan fina de los grises, las armonías del gris plateado, ciertos carmines y ciertos amarillos, que no se ven en los Velázquez de la primera manera, pero que dan tanto encanto a los de la madurez, son otras tantas tomas hechas voluntariamente al Greco, de quien toda la escuela ha heredado, y que prestan a sus obras una distinción muy ostensible.

Vense, en la Exposición, diez y seis cuadros atribuídos al Greco. El más notable, como composición, es la *Comida en casa de Simón*, perteneciente a sir Edgar Vincent—obra completamente personal, maravillosa de técnica y de una materia admirable, que hace pensar en resplandecientes esmaltes. Es una obra de la última manera del pintor, y una obra absolutamente típica.

No lejos de esta obra maestra, se ven dos cuadros, representando ambos a *Jesús arrojando a los mercaderes del templo*, asunto que el Greco trató a menudo. El más bello de color (número 116) es una obra de juventud, ejecutada probablemente en Italia bajo la influencia de los pintores venecianos (colección de sir Frederik Cook). El maestro multiplicó los asuntos de una sola figura, y de ellos se encuentra cierto nú-

mero en la exposición: *Salvator Mundi* (núm. 121), figura bien construída, sin ninguna desproporción (colección de la señora T. de Iturbe); el *Hombre de dolor* (núm. 123), tan expresivo (colección de D. Luis Errazu); el *Cristo llevando su cruz* (número 125); una de las frecuentes réplicas que el Greco pintó de este asunto (colección de M. Archibald Stirling of Keir); *San Pedro* (núm. 117), perteneciente al Museo de Barnard Castle, y *San Francisco* (núm. 138), lienzo luminoso, perteneciente a sir Hugh Lane.

Varios retratos del Greco merecen llamar la atención: el suyo, por él mismo (núm. 127), bien conocido ya; el de Pompe Leoni (núm. 129), y un retrato de una muchacha (número 119), que el Sr. Cossío, en su hermoso libro sobre el gran visionario, titula *La dama de la flor*, encantadora cabeza, obra de la segunda manera del pintor, pertenecientes ambos a M. Archibald Stirling of Keir; dos lienzos, en fin, de la colección de sir John Stirling Maxwell; un retrato de hombre (número 126), y *La hija del artista* (núm. 128). Este, al que el Sr. Cossío ha llamado *La dama del armiño*, me parece ser un bello Tintoreto; la profunda influencia del Tintoreto sobre el Greco, y, por consiguiente, la semejanza de algunas de sus obras, han determinado confusiones que son frecuentes.

La influencia del pintor sobre el arte español no fue inmediata. Nos daremos cuenta de esto ante los cuadros de su tiempo y de los primeros años que siguieron a su muerte, como esas obras de Navarrete, el pintor de Felipe II, durante mucho tiempo empleado en El Escorial, y de Herrera el Viejo, cuyo arte, un poco tosco y mezquino, pero típico, es tan interesante de comparar con el arte que siguió, o como esos retratos de Carducho (núm. 1) y de Caxés (núm. 193), menos interesantes por su ejecución que por los personajes representados. A Rodas se le atribuye un curioso *Santo Tomás de Villanueva* (núm. 168), cuya autenticidad no garantizamos, y a Luis de Tristán un cuadro sin interés. Los ejecutores testamentarios de sir Ch. Robinson han prestado un cuadro atribuído a

Pacheco, *La batalla en la feria* (núm. 43), extraña composición en la que no faltan los buenos trozos. Se ve otro lienzo del mismo maestro, el *Retrato de un caballero de Santiago* (número 40), firmado y fechado en 1626, que ha sugerido a M. Herbert Cook, cuya autoridad es sabida en materia de arte español, un artículo muy interesante, publicado por el *Burlington Magazine*, y en el que analiza la influencia de Pacheco sobre su discípulo Velázquez.

Ribera está insuficientemente representado, y sólo es de citar, de los cinco cuadros que se le atribuyen, un *San Juan Bautista* (núm. 185), de bello carácter; *El Escultor ciego* (núm. 190), más bien que un Ribera auténtico, me parece ser una de aquellas admirables imitaciones del Españoleto, pintadas por Luca Giordano.

Y henos aquí ahora, en el corazón de la Exposición, ante los cuadros expuestos bajo el nombre de Velázquez. ¡El catálogo da veintisiete!, y, evidentemente, hay que descartar las atribuciones demasiado generosas. Pero, aun hecha esta reducción, queda bastante para representar dignamente al más grande de los maestros españoles. Desde el primer tercio del siglo XIX, desde la época en que el pintor inglés, sir David Wilkie, compró en España algunos Velázquez, Inglaterra es el país del mundo en que mayor número se ve de aquéllos—dejando aparte, por supuesto, el Museo del Prado.—Son, además, Velázquez de todos los estilos. Del primero, que se podría denominar el estilo sevillano, anterior al establecimiento del pintor en Madrid, colecciones inglesas poseen los dos mejores ejemplares conocidos, los cuales figuran ambos en la Exposición; la *Vieja friendo huevos*, cuadro que se ha titulado también *La tortilla* (núm. 47), colección de sir Frederik Cook, y el *Aguador de Sevilla* (núm. 49), colección del duque de Wellington—asuntos tomados de la más simple realidad, y que el artista ha traducido con gran carácter, pero sin ninguna infidelidad a ese naturalismo innato, que no deformaran las lecciones de Pacheco, ni las máximas del seudo-clasicismo entonces reinante.

Nada convencional, ningún embellecimiento aportado a los rudos y vivientes modelos populares; el joven Velázquez se ha limitado únicamente a copiarlos rigurosamente, sin atenuación alguna. Aparte estas dos obras capitales, hállanse todavía otros cuadros de juventud en esta Exposición; por ejemplo, *El almuerzo* (núm. 45), y un lienzo tanto más interesante, cuanto que puede pasar por inédito, *La cocinera* (núm. 41), colección de M. Otto Beit, de indiscutible autenticidad, en mi opinión, emparentado por el asunto y la técnica con los cuadros antes citados, obra modesta y sobria, pero en la que se notan ya las cualidades extraordinarias del maestro, gérmenes de su grandeza futura. Es, ciertamente, uno de los primerísimos cuadros de esta época, pintado antes de los veinte años, y que prueba la precocidad del joven discípulo de Pacheco. La aparición de un nuevo Velázquez, hecho tan raro, aun cuando no se trate de un cuadro capital ni de la gran época, bastaría por sí solo para dar a esta Exposición un singular prestigio. Al mismo período de la carrera del maestro pertenecería un cuadro titulado *El concierto* (núm. 39); pero ¿es verdaderamente un original? El Museo de Berlín posee un cuadro idéntico y más vigoroso: ¿es una réplica el lienzo expuesto en Londres, o no será más bien una buena y antigua copia?

Del período que sigue, es decir, de aquel en que se desarrolla el genio del maestro, no hay, en la Exposición, sino una obra de autenticidad indiscutible: el *Retrato de un señor español* (núm. 62), de la colección de Apsley House, tan conocido y tan a menudo publicado, que no nos detendremos en comentarlo. Este retrato parece próximo, por el estilo, a los del rey y de los príncipes, posteriores al primer viaje a Italia, y a las *Lanzas*.

He aquí lo que hay indiscutible en materia de Velázquez en esta Exposición; he aquí las únicas obras en que se manifiestan brillantemente las cualidades personales del pintor: dibujo impecable, grandiosa sencillez, austeridad, y esa autoridad directa y poderosa con la que toda figura se halla estable-

cida. En los otros cuadros expuestos bajo el nombre de Velázquez, y entre los cuales los hay de gran valor, esas cualidades no aparecen tan claramente, y emitimos algunas dudas respecto de ellos. Tal es, por ejemplo, ese *Retrato de Felipe IV* (número 61), en el que, a pesar de la belleza del conjunto, la pincelada, la manera de tratar ciertos trozos y, especialmente, el modelado sin relieve del rostro, acusa una mano menos experta que la del maestro. Es, tal vez, una buena copia de un original perdido. Se ha hecho valer, para sustentar la autenticidad de este lienzo, que en la fecha que hay que asignarle, con arreglo a la edad aparente del rey, sólo Velázquez pudo ejecutarlo, argumento sin valor si se trata de una copia. Emitimos las mismas dudas a propósito del *Retrato de Quevedo* (núm. 42), del *Retrato de Inocente X* (núm. 59), copia de la famosa obra maestra de la galería Doria, y del *Retrato de Isabel de Borbón* (número 52), que me parece copia también, en donde el traje, la gorguera, las perlas, están muy hábilmente tratados, y la cabeza, en cambio, es menos afortunada.

La *Dama de la mantilla* (núm. 53), perteneciente al duque de Devoushire, es un excelente retrato, pero que atribuímos, sin vacilar, a Mazo, discípulo y yerno de Velázquez. Mazo trabajó en el taller de su suegro, unas veces como ayudante, otras por su propia cuenta, pero siempre con los mismos procedimientos y con los mismos modelos. ¿Qué hay, pues, de asombroso si, pasados dos siglos, se confunden las obras de ambos, cuando Palomino dice de las de Mazo, desde el siglo XVII: «Fue tan incomparable copista, sobre todo de la obras de su maestro, que es casi imposible distinguir las copias del original»? Obsérvase aquí un dibujo menos seguro, una línea menos firme, cierta vacilación de pincel que no se observaría en un Velázquez; un estudio atento, no de estrechas semejanzas, sino de pequeñas diferencias entre las obras de Velázquez y de Mazo, corroboraría mi opinión. Encuéntrome aquí en contradicción con el eminente crítico inglés, sir Claude Phillips, que ha visto en este cuadro un Velázquez de particularísimo interés. Puesto

que me ha hecho el honor de citarme, al exponer su juicio, me permito recomendar a su alta competencia una nueva comparación entre esta *Dama de la mantilla* y la *Dama del abanico,* de la colección Wallace, que es un innegable y magnífico Velázquez; las diferencias de técnica que se observan entre estos dos lienzos justifican, en mi sentir, mi manera de ver. Tanto más, cuanto el personaje representado en estos dos retratos es el mismo, a no dudarlo. ¿Cuál es, pues, esa dama, cuya efigie pintaron los dos, Velázquez y Mazo, hacia la misma época y en actitud análoga? Recordemos que ni el uno ni el otro acostumbraban a pintar retratos de lo que llamaríamos hoy «la clase media». Deben ser, por lo tanto, retratos de familia, y, por la edad y ciertos detalles, he adquirido la certeza de que esa «dama de la mantilla» o «del abanico», no es otra que Francisca Velázquez, la mujer de Mazo.

Vuelvo a encontrar la técnica especial de Mazo en el bello *Retrato de la reina doña María* (núm. 64), copia del de Velázquez que se conserva en el Prado, y en los dos pequeños *Paisajes con figuras* (números 56 y 57). Bajo los números 148 y 149, se ven otros dos cuadritos del mismo género, pero harto mal conservados para que se ose emitir sobre ellos un parecer formal. Los lienzos que llevan los números 35, 54, 60, 63, 66 y 67 no son, a mi entender, sino copias de originales conocidos, o cuadros compuestos de elementos tomados de diversas obras del maestro y combinados después por imitadores, por lo demás, de mérito desigual.

La importancia y el insigne valor que han adquirido las obras de Velázquez explican la tentación que experimentan los que ven un cuadro poco conocido de su escuela, de atribuírselo, creyendo prestar así al arte un servicio memorable. Esto es, en mi concepto, un grave error. La serie de las obras de Velázquez ha sido tan largamente estudiada y tan sabiamente perseguida, que la aparición de un nuevo cuadro que emane realmente de este maestro, que ha producido, relativamente, bastante poco, es cosa rara, tan rara, que antes de hacer

una atribución de este género, nunca son bastante rigurosas las precauciones que se tomen. De estas atribuciones aventuradas, la Exposición de Londres nos proporciona algunos ejemplos, tales como el *Muchacho dormido* (núm. 50), el *Retrato de un cirujano* (núm. 51) y el *Muchacho de la capa gris* (núm. 55). Cualquiera que sea el mérito de estas obras; cualquiera que pueda ser su belleza, ¿por cuál característica del maestro, ni aun de sus imitadores, se justificaría semejante atribución? Entre estos cuadros, los hay que ni proceden siquiera de la escuela española.

En puesto de honor, y rodeado de cierto renombre por varios artículos, se ve el *Anuncio a los pastores* (núm. 44), colección de M. M. H. Spielmann, recientemente atribuído a Velázquez. Es, en efecto, un hermoso lienzo, muy interesante, pero en el que no encuentro la mano del maestro. Hubiera querido rebustecer la impresión que aquí consigno con una atribución positiva a otro artista; confieso que no he podido descubrir al pintor que poseyera esa técnica bastante particular. ¿Se trata, en suma, de una obra pintada en España, como parece indicarlo algunos de los tipos que figuran en la composición? ¿O no se tratará más bien de una obra de aquella escuela hispano-napolitana, a la cual la influencia de Ribera dió un aire muy español?

Encontramos después, no con el nombre mismo de Velázquez, sino con esta denominación más prudente: «atribuídos a Velázquez», los números 36 y 37, un *Gladiador moribundo* (colección de M. J. D. Wallen) y un *Mendigo español* (colección de sir Frederik Cook). Sin querer hablar del interés artístico de estos lienzos, me contentaré con notar que las semejanzas señaladas entre tales cuadros y los de Velázquez son únicamente coincidencias fortuitas; los artistas que los pintaron eran evidentemente por completo extraños a las tradiciones técnicas de Velázquez.

Se ha dado el nombre de *Escuela de Madrid* al conjunto de pintores de la segunda mitad del siglo XVII, que trabajaron

primeramente bajo la influencia viviente, después con arreglo a las tradiciones persistentes de Velázquez, antes de que Luca Giordano diese, al final del siglo, un refuerzo al italianismo, y de que la influencia francesa penetrase en la Península con los Borbones, como se vió en el siglo siguiente. Esta Escuela de Madrid fue una floración artística de una originalidad particular, y cuyo interés aumenta a medida que mejor se la conoce. Insuficientemente representada aquí, lo está, sin embargo, de una manera fragmentaria, con algunas bellas obras: citaré, desde luego, el núm. 68, *Retrato de un Corregidor*, que yo atribuyo a Carreño más bien que a Mazo, como hace el catálogo; es en todo caso una obra madrileña impregnada de influencias sevillanas. Inversamente, transferiría de Carreño a Mazo el *Retrato de la reina doña Mariana* (núm. 65), repetición menos importante de un gran retrato de esta reina, debidamente identificado, pintado por Mazo, y del que conozco dos notables réplicas, una en la National Gallery, otra en Toledo, en el Museo del Greco. Carreño está representado por otros lienzos, especialmente un *Retrato de Carlos II* (número 151), colección de D. José Garnelo, el artista español bien conocido, réplica singularmente interesante de otro retrato del rey; pero réplica ejecutada, a lo que creo, ante el modelo vivo, y ese curioso *Festín de Baltasar* (núm. 104), composición original en la que hallo por completo la técnica y la paleta del pintor; de suerte que no veo ninguna razón para sospechar de la autenticidad de la firma *J. Carreño*, que se lee en el suelo.

Hay en la misma serie otros cuadros de importancia artística secundaria, pero que merecen ser señalados por su valor documental o iconográfico: tales, *la Virgen de Montserrat* (número 162), de Fr. Juan Rizi, en el que figura el retrato del autor, como lo demuestra con creces una breve comparación con otros cuadros del mismo pintor; el *San Jerónimo* (número 191), que lleva la firma de Puga; la *Inspiración de San Jerónimo* (núm. 187), que lleva la de Cabezalero, cuadro identifi-

cado por primera vez, y el *Cristo muerto* (núm. 143), firmado por Alonso del Arco. Además de una *Magdalena arrepentida* (número 89), de Pereda, encuéntranse algunos cuadros con la firma de este artista, que no valen lo que éste. Otra *Magdalena* (número 169), es el único cuadro de Cerezo expuesto aquí. El de Antolíñez, sólo, igualmente, de su especie, nos da una justa idea de este pintor. Claudio Coello está representado por dos cuadros: uno es de carácter religioso, el otro es el *Retrato de Don Juan de Alarcón* (núm. 170) (1), ejemplar típico de la pintura madrileña de fines del siglo XVII.

De la escuela andaluza del mismo siglo se ven en la Exposición de Londres diversos cuadros interesantes. Zurbarán es la grande y austera gloria de esa escuela. Contemporáneo de Velázquez, pero sin haber salido de Sevilla en el momento propicio en que maduró el talento, no adquirió, como su compañero, un estilo más amplio, más sintético, más libre de progresar y desarrollarse; pero, en cambio, conservó más celosamente las cualidades propias de su raza y su originalidad íntima, tan expresiva. Los cuadros de él que se ven aquí le caracterizan muy netamente: citaré la *Traslación de San Francisco* (núm. 93), el *Monje en meditación* (núm. 91) y el *Obispo mártir* (núm. 98), pertenecientes estos dos últimos al Dr. Carvallo, cuya colección española, si se juzga por sus envíos a la Exposición, es una de las más variadas y más selectas que haya.

Veintitrés cuadros de la Exposición están atribuídos a Murillo; los hay de todos géneros, la mayor parte religiosos, naturalmente; pero, al lado de ellos, algunos retratos del maestro ofrecen especialísimo interés; rara vez se habrá visto reunido un conjunto más copioso de obras del pintor. De su émulo, Valdés Leal, artista desigual, a menudo incorrecto, pero tan expresivo, tan lleno de pensamiento, y que crece cada vez más, desde que se le ha sacado de la sombra, la Exposición agrupa

(1) Colección Beruete.

seis lienzos pequeños, de caliente colorido, esas escenas vivientes y singulares de la *Historia de la Virgen* (números 87, 88, 90, 92, 94 y 96, colección de Sir Edgar Vincent); una *Asunción* (núm. 102), de un carácter bastante diferente, composición llena de movimiento y pintada con vigor, y un *San Buenaventura* (núm. 111), muy discutido, cuadro enigmático, ciertamente, pero que, a pesar de las objeciones que se han opuesto a la atribución del catálogo, persisto en creer de Valdés Leal.

De los lienzos atribuídos a Alonso Cano, dos solamente ofrecen algún interés: un *Cristo muerto* (núm. 69), prestado por D. Pablo Bosch, de Madrid, cuya colección es justamente reputada, y una *Asunción* (núm. 75), tan poco característica, que varios críticos han propuesto ver en ella un cuadro italiano pintado bajo la influencia de Ribera. En fin, no cito sino como recuerdo, los cuadros insignificantes atribuídos a Herrera el joven Castillo y Tobar. Restaríame hablar de dos obras de gran mérito: el *Oficio* (núm. 6), no ha mucho atribuído a Velázquez, y que figura aquí con la mención más discreta: «Escuela española», y el *Retrato de gentilhombre*, que lleva el núm. 132, y que ciertamente representa a un español. Pero lo que me parece muy dudoso es que estos dos cuadros hayan sido pintados por pintores de España.

El orden cronológico nos lleva al término de la Exposición, es decir, a Goya. Y, sin duda, no es posible representar bien a un artista tan fecundo, tan variado, con un número necesariamente restringido de obras. Pero, de otra parte, no era menos preciso mostrar aquí algunos ejemplares de su arte caprichoso y amargo, aunque no fuese sino para hacernos sentir cómo evolucionó bruscamente la pintura española, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, bajo la influencia de ese maestro singular, innovador, hasta revolucionario (como lo fue en su tiempo); pero que permanece, sin embargo, en comunión íntima y profunda con el alma de su raza. El sugestivo *Retrato de dama española* (núm. 183), de una expresión tan original y de una técnica no menos nueva, bastaría para probar cuántos

artistas modernos, de todos los países, se han inspirado en Goya. De la numerosa serie de retratos realistas, exuberantes de vida y trazados con tanto genio por el maestro, he aquí tres bellas muestras: el *Don Ramón Satua* (núm. 184), el retrato del poeta *Meléndez Valdés* (núm. 179) y el *Retrato de dama*, que lleva el núm. 182. De otro género de asuntos, de esas extravagantes visiones, en las que dió libre curso a su imaginación desbordante e inquieta, hay dos ejemplos: *La casa de locos* (núm. 176) e *Interior de cárcel*. Los otros lienzos que se le atribuyen son o de una autenticidad discutible o de un interés muy secundario.

Júzguese por estas notas rápidas de la importancia de esta Exposición. Ciertamente, hemos tenido que hacer una distinción bastante severa entre las atribuciones demasiado indulgentes y las que se imponen. No por esto es menos verdad que rara vez se ha descubierto una selección más bella de obras nuevas y reveladoras. Los amigos del arte español han de estar, por lo tanto, muy agradecidos a los organizadores de esta bella manifestación, cuyo recuerdo nos ha parecido que debía fijarse.

A. de Beruete y Moret

FELIPE II AMIGO DEL ARTE

No sin razón se ha dicho que el hombre es un mundo en pequeño; pues infinito como el grande, este pequeño mundo se presta, como él, a múltiples y aun contradictorias interpretaciones. Los hombres, sobre todo, que, por el nacimiento o por sus dotes personales, han sido llamados a desempeñar los primeros papeles en el mundanal teatro, se nos suelen mostrar bajo muy distintos aspectos y semblantes, según que los contemplemos desde las butacas, a la luz de las candilejas de su vasto escenario, o que los sorprendamos a la luz del día, entre las cuatro paredes de su hogar. Con intensa emoción nos colocamos frente al tablado en que Felipe II se nos presenta meditando tremendas decisiones contra sus pueblos, y no sólo contra ellos, sino contra su carne y sangre mismas. Los odios nacionales y de religión han hecho de él un modelo acabado de déspotas, algo así como un Anticristo de la humanidad. Pero las crónicas de quienes le conocieron y trataron en vida nos revelan otros rasgos de su personalidad. ¿Fue Felipe II, como hombre, ni mejor ni más malo que sus enemigos? A decir verdad, si como regente se captó desde el principio el afecto de los castellanos, que le hallaban muy de su gusto, a los alemanes, por el contrario, fue su persona de todo punto antipática, desde la vez primera que pisara este suelo: «poco grato a los italianos —anota Soriano,— antipático a los holandeses, pero

repulsivo a los alemanes». Y se podría añadir que también a los ingleses, los cuales tuvieron ocasión de verle más de cerca que todos los demás. El alemán desea hallar en sus príncipes igualdad de carácter, afabilidad, franqueza; el español les pide ante todo dignidad, aquella gravedad apática y encerrada en sí misma, a que llaman «sosiego»; y esta última cualidad habíala hecho tan suya el hijo de Carlos V, que nunca, ni aun en las crisis más pavorosas de su vida, se dejó arrebatar por sus afectos, ni dejó asomar a sus labios más que frases de extremada indiferencia y frialdad. Y aun estas mismas gustábale ahorrárselas, siempre que podía servirse de la pluma, recatando su espíritu hasta hacerlo por completo invisible.

No faltan, con todo, en los retratos de Felipe II rasgos que nos lo presentan más humano, menos alejado de nuestra condición. Aquel perturbador de la paz de Europa, «que gobernaba a sus pueblos con férreo azote»; que jamás hizo uso de la divina prerrogativa de los reyes, la clemencia (Morosini); aquel «Padre del engaño» (Vendramin); aquel entusiasta testigo del espantoso Tribunal de la Fe; aquel «demonio del Sur», en una palabra, tenía esparcidos por su reino algunos palacios de difícil acceso, y estancias en su Alcázar de Madrid, donde se mostraba bajo un aspecto muy distinto. Las fuentes que pueden servir para la historia del regio burócrata que, desde su mesa de escritorio, en su celda, situada al pie de la abrupta sierra, removía el Antiguo y el Nuevo Mundo, son innumerables. Pero pueden ojearse centenares de despachos correspondientes a un mismo año, de los que él mismo dictaba o en los cuales sus más astutos espías diplomáticos llevaban la cuenta de los movimientos todos e incidentes de su política, sin que se ocurra sospechar, por la lectura de una sola siquiera de sus líneas, que la crónica de aquel año contiene otros datos de muy distinta índole, ni se llegue a traslucir que el monarca gobernaba otro Estado, acaso más halagüeño para él que la gran política en cuyas redes tenía cogido al mundo. Apenas transcurre un trimestre sin que los anotadores de aquellos legajos consignen,

no sin cierto dejo de lamentación, cómo nuevamente Su Majestad, de mañanita muy temprano, sin avisar a nadie, montó a caballo, seguido de reducido séquito, y se salió de Madrid o Toledo, para retirarse a alguna quinta de su posesión, cuyo acceso, según el monarca mismo expresara formalmente en 1565, estaba vedado aun para los mismos embajadores. Y no era sólo su misantropía la que a esos retiros le llevaba. En ellos se entraba a esas cosas de las cuales los diplomáticos saben decir poco y pueden decir aún menos: «niñerías», que no deben trascender a los oídos de los jefes de Estado ni a los pueblos interesan. Y, sin embargo, los resultados de esas horas de asueto han tenido consecuencias más duraderas que otros muchos acaecimientos y sucesos, sobre cuyo alcance las gentes más avisadas de Europa emborronaron en aquella época montañas de papel. Aunque pereciesen todos los archivos, quedarían esos frutos visibles de su pensamiento como monumentos conmemorativos, a todos manifiestos, cuya contemplación sugiere la pregunta: ¿qué clase de hombre era quien concibió estos planes?

Felipe II y el Tiziano.

En el año 1550 es cuando por primera vez encontramos al heredero de la corona, joven de veintitrés años en aquella sazón, al lado de un artista. El Nestor de los pintores venecianos, el Tiziano, que por entonces estaba ya entrado en los setenta, había ido a Augsburgo, al Reichstag, a hacer su tercera y última visita a su antiguo protector, el emperador Carlos V, con la intención de consultarle acerca de un gran cuadro, *La Gloria*, que el ya cansado señor de dos mundos debía llevarse consigo al Monasterio de Yuste, donde había de marcar el sitio destinado a guardar sus cenizas. El príncipe había hecho poco antes una brillante jira por el Norte de Italia, y venía ahora de Flandes, Génova y Milán—principalísimas poblaciones de Europa por aquel entonces en lo tocante a las artes suntua-

rias;—le habían dispensado uno de esos recibimientos que sólo son posibles allí donde el buen gusto va acompañado de la riqueza, y a la antigua práctica se unen las dotes de la inspiración.

Los arcos de triunfo que la capital lombarda alzó en sus calles en honor del joven príncipe, formaban una cadena larga de una legua. En los bailes, como diestro danzarín, habíase granjeado la gratitud de las damas milanesas. Las demás distracciones principescas, de la caza y los festines, así como los caballerescos ejercicios de cañas y torneos, sólo le produjeron un regular contento; pero, en cambio, al visitar las hospitalarias moradas de los Doria y los Borromeo, nacieron en su ánimo vivísimos deseos de tener en su sombrío palacio, arreglado conforme al gusto antiguo, aposentos por el estilo de los que en ellos viera.

Al encontrarse ahora con el Tiziano, concertó con él el plan de un ciclo de escenas mitológicas para el adorno de un gabinete («camarín»). Breve fue la entrevista del pintor con el príncipe; pero no había pasado mucho tiempo, cuando aquél se vió sorprendido por una carta de este último, que venía a demostrarle la seriedad de sus proyectos. El Tiziano acogió con vivo gozo la misiva, y desde aquel punto decidió cultivar el favor del príncipe. «Esta carta—decía él en su respuesta—me ha rejuvenecido, y de ahora en adelante, el resto de mi vida no tendrá para mí otro precio que el de poder consagrarlo al servicio de V. A.; no tengo en mis labios otro nombre que el «del gran Felipe mi señor». Desde aquel instante puso el artista manos a la obra, reuniendo en sus diseños las más seductoras figuras, motivos y colores, que su inspiración le sugiriera para halagar el gusto del príncipe. No contento con esto, empieza a imaginar ya nuevas creaciones para cuando hubiese despachado aquel primer encargo; el anciano pintor se propone sorprender al rey, anunciándole, después de un año de trabajo, que tiene casi terminada otra obra maestra. En todo este tiempo, más de una vez, a decir verdad, tu-

vo que implorar la intercesión del rey para cobrar los atrasos de su pensión, que los empleados del Fisco de Milán y Nápoles solían retenerle con sobrada frecuencia, por lo que encarecía el envío de dinero contante y sonante; «por oro—escribe Vargas—se puede obtener de él cuanto se quiera». ¡Flaquezas de la ancianidad, sobre las cuales debe correrse un velo, así como sobre las frases de sumisión que estampaba en sus cartas! Se ha llegado, sin embargo, hasta interpretar como muestra de de servilismo y de bajeza, la consabida fórmula «beso sus pies», que aun hoy se emplea en España en el estilo epistolar, sobre todo dirigiéndose a señoras.

El Tiziano retrató entonces al príncipe dos veces: una revestido de soberbia armadura; la otra, en hábito de corte. Este último había de ser ofrecido como regalo de boda a su prometida, María Tudor. En él aparecía el príncipe, con su figura pequeña, pero proporcionada, y la elegancia de su porte, cualidades ambas que el pincel de Tiziano había hecho resaltar. Quien se haya formado una idea de la figura de Felipe II por las caricaturas con que suelen contentarse los lectores de historias, no podrá menos de maravillarse ante las descripciones que observadores tan sagaces como los embajadores venecianos hacen de su persona. Cierto que sus facciones, comparadas con las de su padre, tan bien delineadas y de tan acusado relieve, podían parecer menos expresivas y hasta como embotadas; pero por sus ojos azules hablaba una afabilidad que os seducía desde el primer momento, y sus maneras, al decir de todos, eran de las más atractivas (1).

(1) Soranzo: Relaz., 1559: «Contribuye a realzar aún su gracia la forma del cuerpo, su viril talante, sus actos y palabras, que por igual respiran majestad y dulzura, y aunque sea pequeño de estatura, es con todo tan bien formado, son tan bien proporcionadas y tan acordes con el todo todas las partes de su cuerpo y viste con tanto primor y acierto, que no es posible le gane nadie en perfección.» En términos análogos se expresan Cavallo (1570), De Mula, Morosine, Contarini (1592). Tiepolo dice: «No se imaginen que le afea aquel poco de mentón que le sale hacia fuera (1567).

El retrato de Madrid (núm. 454), apenas si deja adivinar estas amables cualidades; la etiqueta no permitía ya que el semblante del rey se mostrase a sus vasallos a la luz de aquella su primera gracia; el obligado «sosiego» había impreso en su rostro aquella expresión abotargada y llena de misantropía que, según observación de una dama, se aviene tan mal con su tono de color rubio claro. Y cuenta que Tiziano poseía un sentido finísimo, irresistible, para coger al vuelo lo característico de una fisonomía.

El anciano maestro envió a su protector primeramente una colección de «fábulas», de asunto erótico en su mayoría, y en la que poco había de nuevo, pues esas obras eran muy buscadas, abundaban las copias hechas por él mismo y por sus discípulos, y Rubens mismo las ha copiado todas. Algunas de ellas, sin embargo, habían sido hechas expresamente para el rey de España. A las primeras pertenecen *La Danae*, *El Adonis*, *La hermosa con el tocador de órgano* y *La Europa*. Entre las últimas figuraban el gran paisaje alpestre con la cacería y el *Antiope durmiente*, la *Venus haciendo su tocado*, *Los dos baños de Diana*, que se hallan en Bridgewater House, las más pobladas de figuras y las mejor compuestas de estas «fábulas». ¡Cómo brillan y lucen las esbeltas figuras de las ninfas que juguetean sobre las aguas espumantes, sobre el verde oscuro de los árboles, a la sombra de los arcos rústicos, con las azuladas montañas, de un azul profundo allá en el fondo! Una gracia natural, exenta de toda afectación y artificio; una gracia rarísima en aquel tiempo de amanerado culteranismo, y un colorido cuyo secreto sólo posee el Tiziano, ennoblece esas escenas. La elección de los asuntos respondía al carácter de aquel Felipe que, aun en medio de los más graves negocios de Estado, no podía reprimir su afición a las aventuras nocturnas.

El grabado sacado por W. Unger del busto de la colección de Ambras, reproduce fielmente las facciones de Felipe II en sus primeros años. La cabeza de dicho busto es de plata; el busto (añadido en época posterior), de arcilla.»

A esas «fábulas» vinieron a añadirse en lo sucesivo gran número de cuadros de asuntos religiosos: *El Santo Entierro, La Oración en el Huerto*, y también algunas copias, aunque muy reformadas. Al difundirse en Venecia el anuncio de la fundación del monasterio de San Lorenzo, emprendió Tiziano, de su propia mano, aquel gran cuadro de *La Cena*, que asegura haberle llevado seis años de trabajo. Y a petición del rey hizo luego una copia de aquella pintura del martirio del santo que ya ornaba los muros del Crocifer veneciano, pavoroso nocturno en el que se destacan con vivo realce los diversos fulgores de las parrillas, de la luna, de las antorchas y la celeste claridad de los dos ángeles mensajeros.

En cuánta estima tuviese Felipe II aquellos envíos que le llegaban de la ciudad de las lagunas, puede colegirse de numerosas cartas suyas, escritas de su puño y letra. Como al desembalar el *Adonis*, apareciese éste deslucido por un rasguño transversal, se apresura el rey a escribirle a Vargas y al Tiziano una efusiva carta, recomendándoles asistan con el mayor cuidado al embalaje de los lienzos. El rey llega hasta indicar detalladamente el camino que ha de seguir la expedición, quejándose de lo tarde que llegan los cuadros a sus manos. «Cuanto más pronto hagáis el envío, tanto mayor gozo y servicio me proporcionaréis.» Quiso también tener un retrato del pintor; Tiziano hízose uno teniendo el del rey en la mano; sólo así podía aspirar el artista a ocupar un puesto en el gabinete de Felipe. Al tener noticia de haberse extraviado un *Santo Entierro*, en el camino de Lombardía, no puede reprimir su cólera, y la refleja en las cartas que sobre esto escribe. Cumplidos ya sus ochenta años, aún volvió Tiziano a retratar al rey, de memoria, poco después de la gran batalla naval en que tan señalado triunfo obtuvo, y que coincidió con el anhelado nacimiento del príncipe Fernando. El rey aparece en ese cuadro, erguido entre unas columnas, teniendo en sus brazos al recienacido, y en gallarda y animada apostura eleva al infantito hacia los cielos, de donde desciende el genio de la

fama. El cuadro lleva esta leyenda: «majora tibi» (que Dios te depare aún mayores cosas). Veintiocho años trabajó Tiziano en el servicio de los reyes de España; su última carta a Felipe II lleva la fecha del último año de su vida.

Y a esta circunstancia debemos un grupo característico de obras que marcan una época en la larga carrera artística del Tiziano: la interesante e incomparable colección de obras suyas, que pertenecen en parte al período de su más avanzada ancianidad. El menor interés de esas obras, que tan grande lo tienen, estriba en que muestran la influencia de la edad y las transformaciones internas experimentadas en la inventiva y en la técnica, por un artista de extraordinarias energías, orientadas en las más distintas direcciones. Comparados ese *Santo Entierro,* ese *Dinero del César* y otras de esas obras con las del mismo título, salidas de sus manos en epocas anteriores, y que constituyen verdaderas joyas sin par, no podrán menos de parecer duras, hueras y amaneradas. Pero si apartamos la atención del dibujo flojo e inseguro, y de la pincelada turbia y vacilante que están denunciando una innegable merma de las facultades del maestro; aquellos cálidos tonos de color, que sustituyen allí a las armonías cromáticas finamente calculadas de epocas anteriores; aquellas luces prodigiosas, que ora se atenúan en nocturnos opacos, ora refulgen en radiantes glorias, ¿no están diciendo a voces cómo el artista, a pesar de sus años, se esfuerza aún por descubrir secretos de la técnica pictórica, cuyo hallazgo está reservado al porvenir? Hasta en el ocaso de su vida ha sabido el gran artista crear modelos, en que generaciones enteras de pintores españoles habrán de inspirarse para adquirir estilo propio e infundir al arte nueva vida.

Felipe II en su casa.

Una vez en el trono Felipe II, y cuando trasladada la corte, al poco tiempo, de Toledo a Madrid, arreglóse a su gusto

el regio alcázar, procuró el monarca disponer cierto número de aposentos, en los cuales tuviese siempre un discreto refugio donde sustraerse al tedio de los negocios oficiales y gozar unas horas de asueto. Su residencia predilecta eran las habitaciones altas del ala occidental, que dan al parque. Saliendo de la «galería del Oeste», se pasa a un gabinete saledizo, en forma de hemiciclo, donde, en armarios de nogal, tallados y dorados, guardaba el monarca los planos de sus grandes edificaciones, juntamente con los informes que sobre ellos emitieran los técnicos. Estos aposentos reservados estaban decorados con frescos, según el estilo de la época, llamado grotesco, y en esta labor habían colaborado artistas italianos con aquel Becerra, que sobresalía en el dominio de esta técnica, de poca aplicación en España. Allí había reunidos planos y vistas de todos los palacios, conventos y apeaderos del reino, así como representaciones gráficas de todas las ceremonias religiosas y profanas y de todos los festejos (incluso los autos de fe) que constituían por aquel entonces la parte más importante (la más divertida y costosa) de un español de posición. A esta galería estaba aneja la gran torre del Sur (la Torre dorada), con la sala de la biblioteca, en la cual se guardaban, cómodamente catalogadas, las producciones de la literatura italiana, castellana y francesa de aquel tiempo, las obras científicas sobre arte y antigüedades, geografía y astronomía. Desde allí se tenía acceso a la torre más alta y al mirador, cuya perspectiva la formaban, por un lado, la ciudad de Madrid, y por otro, la apretada arboleda y los estanques del parque, situado al pie mismo del palacio de la Casa de Campo, y allá en la lontananza El Escorial y las cimas, ora azuleantes con tonos profundos de violeta, ora deslumbrantes de inmaculada albura, de la sierra del Guadarrama.

Allí era donde el monarca se retiraba todos los días ciertas horas, y allí donde sus arquitectos le presentaban sus planos, que él examinaba y estudiaba juntamente con ellos. No era, en efecto, el monarca un profano en arquitectura; en los mu-

chos edificios que durante su reinado y por su iniciativa se erigieron, vigiló él hasta el más mínimo detalle, y más de una vez introdujo cambios y modificaciones en los planos, «como un Vitrubio». A él se le atribuye el proyecto de la iglesia madrileña de la Trinidad. Su amor a la arquitectura pruébalo el hecho de haber fundado en Madrid (1582) una Academia de Construcciones civiles y militares. Excusado es decir que era un admirador de la arquitectura romana, y así, con ocasión del viaje que hubo de hacer para tomar posesión de Portugal, detúvose quince días en Mérida, a fin de examinar, con su escrupulosidad acostumbrada, en compañía de Herrera, los restos de aquella ciudad en ruinas, la mayor que de su clase subsiste en la Península. Aún hoy día pueden verse en la Biblioteca de El Escorial todas las planchas en bronce por él allí reunidas, y en las cuales el genio de los Lafreri, Rossi y Cock evocaba a los ojos de Europa la «magnificencia» de los monumentos romanos.

Allí también solía él distraerse con su paleta de pintor, trazando aquellos cuadros y figuras que luego, según dicen las crónicas, no tenía reparo en vender, para repartir entre los pobres, con su propia mano, el precio de la venta; «questa elemosina e fatta dalle mie mani».

También atendía al mismo tiempo el monarca a que las ciudades de su reino estuviesen primorosas y presentasen una espléndida vista. «Así como no toleraba en sus habitaciones ni un hilacho en las paredes ni una mancha en el suelo—dice Sigüenza,—así también lo primero que enseñaba a su reino era decoro y limpieza.» Dos años antes de su muerte, aún escribía al Corregidor de Toledo para hacerle saber que había podido convencerse aquel verano del mal estado en que se hallaba la plaza de Zocodover. «La forma en que se la tiene—decía el Monarca—ofende la vista.» Desde aquella época quedó dispuesto que nadie pudiese edificar allí sin atenerse estrictamente al programa trazado por el arquitecto de Palacio; y cuando los propietarios se resistían a cumplir sus indicaciones, se les ex-

propiaban las casas a beneficio de quien quisiera edificar con arreglo a lo preceptuado. «Lo cual es conforme a la razón y a la justicia, pues se trata de la hermosura de una ciudad tan principal y distinguida.»

Antón Mor y la galería de pinturas.

Desde los tiempos de Felipe el Bueno y Jan Van Eycks, hasta los del pobre Carlos II, desgraciado remate de su raza, fue costumbre fielmente seguida por todos los regentes de la Casa de Burgunda, la de tener pintores en Palacio, a título de funcionarios cortesanos, y admitirlos a su confianza. En la tesorería aneja al Palacio de Madrid se hallaban instalados los estudios de los pintores de cámara, que, por medio de un pasillo secreto revestido de madera, cuya llave sólo tenía el monarca, comunicaba con los regios aposentos. Allí acostumbraba a presentarse Felipe II sin previo aviso, para inspeccionar el trabajo de sus pintores, que en tales ocasiones estaban dispensados de guardar la etiqueta palatina. Probablemente Felipe II experimentaba entonces el placer de «abandonar por una vez los músculos del rostro a su posición natural».

A ninguno de sus pintores tuvo el monarca tanto afecto como al holandés Mor, el primero entre los retratistas holandeses de su época, y uno de los artistas más verdaderos y objetivos de todos los tiempos. Tres veces estuvo Mor en España, y aunque ninguna de ellas permaneció allí mucho tiempo, supo, sin embargo, aprovecharlo para dejar terminados muchos cuadros notables; que los artistas de aquel tiempo poseían el secreto de ser a la vez prolijos y fecundos.

Aquellos tres viajes los hizo Mor para retratar a las tres primeras esposas de Felipe II: María de Portugal, María de Inglaterra e Isabel de Valois. Durante diez y seis años no encontró la Corte en todo el reino quien pudiese competir con Mor, en cuanto a retratar a las prometidas del monarca. Al cabo,

éste quiso guardar a su lado al artista holandés. Mor sabía conducirse bien en la corte, y poseía ese tono «grave y majestuoso» que allí se exigía a los caballeros. A menudo el rey se presentaba de improviso en su estudio, cuando se hallaba trabajando ante su caballete; colocábasele detrás y le daba un golpecito en el hombro, a cuyo saludo contestaba Mor, fingiendo enojo, con otro golpecito discreto administrado con su tiento. Familiaridades como éstas solía tenerlas el emperador con sus flamencos, pero en su hijo eran cosa desacostumbrada, y el favor de que gozaba el holandés concitaba en su contra la envidia y los recelos de los cortesanos. Un noble llegó a advertirle que había llamado sobre su persona la atención del Santo Oficio, pues se decía que tenía embrujado al monarca. Mor no echó en saco roto la advertencia, pidió licencia al soberano y se apresuró a volver a Utrecht, de donde ya no regresó, a pesar de las reiteradas instancias que en este sentido se le hicieron. Es de sospechar que el duque de Alba, que quería retenerle a su lado, no tuviese reparo en interceptar las cartas del monarca.

Felipe II tuvo que resignarse a buscar una compensación a aquella pérdida, y, afortunadamente, la encontró en un portugués, Alonso Sánchez Coello, que se había formado enteramente en la escuela del holandés. El nuevo pintor de cámara, fue, pues, a instalarse con su familia en la Casa del Tesoro, aneja, según hemos dicho, al Palacio, y el monarca volvió a reanudar sus visitas al estudio. Don Carlos y Doña Isabel fueron compañeros de juegos infantiles de los hijos del «amadísimo hijo Alonso». Entre los pintores de Madrid llegó a decirse después que D. Alonso era un personaje de tal viso en la corte, que prelados y grandes le hacían antesala como a un «privado».

Los retratos ejecutados por Coello completan la serie, que Tiziano iniciara y que continuó Mor. Hasta el año 1608 ascendía a 45 el número de cuadros que componían esa incomparable galería de retratos de la corte y de aquel tiempo juntamen-

te, reunidos en la gran sala del Palacio de caza del Pardo, próximo a Madrid, el más majestuoso y rico de cuantos poseía el Rey, al decir de Argote de Molina. En esa galería figuraban las obras maestras que durante aquel siglo produjeran los pinceles de los mejores retratistas de tres naciones. «Los he visto muchas veces—escribe Vicente Carducho,—y cada vez que los recuerdo se me renueva la aflicción, no sólo porque se hayan perdido los retratos de tan altas personas (a consecuencia del incendio de aquel año, del que pudo salvarse el *Antíope*, del Tiziano), sino también porque eran obra de los artistas más grandes que hayan hecho retratos.»

Es probable que se salvasen muchos de aquel incendio, pues al menos, algunos ejemplares de los que actualmente se hallan en el Museo del Prado no parecen ser reproducciones. Entre estos últimos figuran los más primorosos retratos que pintara Mor, y ellos nos dan la medida de sus facultades.

La mayoría de aquéllos, en número de quince, fueron obra de Mor; el pintor de Cadore ejecutó once, y Sánchez Coello nueve. La colección se remonta a la época de Isabel de Valois.

En el centro del testero principal se ve al emperador, con la emperatriz y su hijo, las tres figuras obra del Tiziano; siguen a la derecha la hermana del Emperador Carlos V, Leonor, esposa de Francisco I, y su parentela portuguesa con la otra hermana Catalina; a la izquierda, la parentela austriaca, la tercera hermana María de Hungría, y los hijos e hijas del emperador Fernando, con Maximiliano II a la cabeza. A continuación vienen damas y caballeros de la corte, figurando entre las primeras algunas inglesas, que debieron acaso a su belleza el honor de pasar a los lienzos, así como entre los segundos, aparte el duque de Alba y Ruy Gómez, aparecen también muchos personajes, cuyos nombres apenas han trascendido a la Historia, y que sin duda, están allí por el favor que con el monarca gozaban; rematan la serie retratos de magnates del reino, parientes en su mayoría, y, por último, el príncipe Juan Federico de Sajonia.

La más principal entre las damas de corte, por su belleza y valimiento, era la duquesa de Feria, Juana, hija de Sir William Dormer (n. 1538, 1612), compañera de juegos infantiles de Eduardo VI, e inseparable amiga de María Tudor. En 1558 casóse la duquesa con el entonces conde y después, duque de Feria, que había ido a Londres, formando parte del séquito de Felipe II. Era la duquesa rubia, de aventajada estatura, de carácter vivo y despejado, celosísima protectora de los católicos ingleses, y sostuvo larga correspondencia con cuatro pontífices.

Pero en el centro, frente al retrato del emperador, se destaca un grupo, que para el historiador resulta el más interesante, y que forman el holandés Mor, D. Juan de Austria, D. Carlos, Isabel de Valois, y en último término los archiduques Rodolfo y Ernesto, especialmente caros al rey y al Tiziano (1).

Cuán estimados eran los artistas en la corte, pruébalo la historia de la pintora de Cremona, Sofonisba Anguisciola. También hay en El Pardo un retrato, obra suya: el de la reina Isabel, que la había nombrado su dama de honor. Esta francesa, la única de sus esposas que llegó a inspirar a Felipe II verdadero amor, interrumpía a veces con sus alegres travesuras la rígida etiqueta palatina. La noche de su boda, como el rey hubiese mandado que se bailase la *gagliarda*, y ningún palaciego se atreviese a comenzar el baile, destacóse Farrante Gonzaga, fue en busca de la cremonesa, y con ella dió principio a la danza (2).

Es de notar, que en esta colección falta María de Inglaterra; su retrato que Mor fue a pintar a Inglaterra, nos muestra todos los rasgos característicos de su persona. Sus facciones componen un semblante frío, voluntarioso, Tudor puro, ancha la frente, finos los labios, fuertes las mandíbulas y los cabe-

(1) Argote de Molina: libro de la *Montería*. Sevilla, 1582. F. 20.
(2) Girol Nerli al duque de Mantua, 8 Febrero de 1560.

llos de un rubio que tira a rojo; ¡qué ausencia de gracia se advierte en su actitud, en el gesto con que sostiene la rosa, ofrenda de su prometido! Nunca ha estado una rosa tan fuera de su ambiente. Y sin embargo, ¡cuánto no nos cautiva ese retrato de un carácter endurecido por la herencia y por la suerte, dotado de una fuerza propia de voluntad y de una resuelta decisión, como no es corriente hallarlas ni en los hombres! Mor conocía como pocos el arte de hacer resaltar bajo la suntuosa y pesada armazón de aquellos trajes recamados, bajo aquel cúmulo de gorgueras, collares, cruces de perlas y piedras preciosas, la figura viviente, conservando a los miembros su flexibilidad y gracia naturales. No se reducía Mor a pintar sujetándose estrictamente a los convencionalismos de la época, sino que también dejaba impreso en sus cuadros el temperamento, el carácter, la vida individual de sus modelos.

Ahí está el retrato de Juana, la hermana de Felipe II, viuda a poco de contraer nupcias con el príncipe Juan del Brasil, mujer de duras y severas facciones, a la cual su augusto hermano encomendara la presidencia del Consejo de Estado.

El artista retratóla de pie, toda de negro, con firme mano apoyada en el respaldo de un alto y rígido sillón. Míresela despacio: cada una de sus palabras, aun la más insignificante, ha de ajustarse a ese recato que de consuno piden la diplomacia y la etiqueta. Hay personas a las cuales, el ceremonial, la ostentación, no cuestan el menor sacrificio ni molestia, pues constituyen su ambiente natural. Pero esos seres, impenetrables en el trato social, que miden sus palabras y calculan sus pasos, en los retratos de Mor se diría que están hablando, y que nos van a descubrir los pensamientos y emociones que cubre el sereno semblante. Y hasta la encarnadura, con aquella coloración fría, tierna, de un gris argenteo, que tira a violeta, y tiene el brillo metálico del grafito, sienta a maravilla a aquella pálida y estirada princesa, que los convencionalismos oficiales han vaciado en su rígido molde.

En Setiembre de 1560 celebróse en el patio del Alcázar morisco de la gótica Toledo una fiesta palatina, que fue la última de su clase organizada por la corte. En aquella fiesta, donde se hallaba reunida la flor de la nobleza holandesa, española e italiana, las miradas de toda la asamblea se concentraban en las juveniles figuras de tres príncipes, en los cuales se cifraban grandes esperanzas. Eran éstos un hijo natural y dos nietos del viejo emperador. Estos últimos, que descollaban entre los más cumplidos caballeros de aquel siglo, no eran otros que el hijo de Margarita de Parma, la hija natural de Carlos V y Don Juan de Austria. El tercero era Don Carlos. Gracias a los cuadros de Mor y de Coello, podemos hacernos la ilusión de que asistimos a esa fiesta, que los embajadores venecianos califican de admirable. En la galería de Parma se conserva aún un retrato de Alejandro, vestido a la elegante moda española de aquel tiempo, que el delicado y pálido mancebo sabía llevar con gracia insuperable. Con él compite la esbelta y proporcionada figura acusadora de extraordinaria energía y el bello rostro, lleno de acometividad y franqueza del bastardo que deja en la sombra a su hermano legítimo (1). «D. Juan—dice Tiepolo,—no obstante ser tan joven, combatió con gracia y destreza; pero Alejandro Farnesio llevó el premio, pues rompió las tres picas.» Al lado de ellos se encontraba el heredero del trono, poco aficionado a danzas ni torneos, de innoble traza, raquítico, paliducho, lleno de pesadumbre, consumido por las pasiones, débil de cuerpo y lacerado de espíritu. (Museo del Prado, 1.032.)

El Escorial.

Mientras tanto, el rey Felipe meditaba una empresa, que ocupó su mente durante los cuarenta años de su reinado, cuya

(1) V. Carderera: *Iconografía Española*, II, tav. 79. Despacho de Pablo Tiepolo de 11 de Setiembre de 1560. He visto un hermoso retrato de Don Juan de Austria en el palacio de Riofrío, próximo a San Ildefonso.

ejecución ha legado a la posteridad un monumento perenne de su genio, y en la cual colaboraron, imprimiéndole su sello, sus facultades todas, cuanto en él había de entusiasmo y terca obstinación, de grandeza de miras y de limitación espiritual, de magnificencia y de severa austeridad para producir una obra, sobre la cual se hallan tan divididas las opiniones entre la admiración y la censura, como sobre su autor mismo.

Del edificio de El Escorial, único en su género, no es fácil dar una acabada idea. A un tiempo, iglesia y palacio, convento y mausoleo, biblioteca, museo y relicario, móviles no menos heterogéneos, concurrieron en su edificación. El primer destino que tuviera en la mente de su fundador, fue el de dar cumplimiento a un voto que el rey había hecho cuando el cerco de San Quintín, en 10 de Agosto de 1557, como una especie de reparación y para tranquilizar su conciencia. Había ordenado el rey en aquella ocasión destruir un convento dedicado al Santo, porque ocupaba un punto estratégico importante para el asalto de la plaza, y había sentido luego remordimientos por esta irreverencia. Dato es éste que consta en el libro diario del arquitecto mayor. Que se trataba de un voto religioso formal, lo confirman también un despacho de los venecianos y un documento anónimo dirigido al monarca (1). De ser esto así, el rey quiso dedicar a San Lorenzo, soldado y mártir, de prosapia española, un nuevo monasterio en su país, que testimoniase a un tiempo su gratitud al Santo, por la victoria conseguida, y su rendida sumisión a la Iglesia. De ahí, que aun antes de ponerse la primera piedra del nuevo edificio, llevase ya éste el nombre de San Lorenzo de la Victoria (2).

(1) En el despacho del veneciano Gio. Soranzo, de 27 de Abril de 1562, se lee: «Una iglesia y monasterio, que S. M. manda fabricar y fundar de nueva planta... dedicada a San Lorenzo de la Victoria, que así quiere se la llame, en satisfacción del «voto» que hizo en la jornada de San Quintín. El nombre oficial reza: el sitio de San Lorenzo el Real.»

(2) «La ocasion y primer motibo que tuvo el rey Don Felipe II de este nombre pa haçer este monasterio de San Lorençio fue que, estando sobre

Como al año siguiente muriese el emperador, encomendándole el cuidado de construir un mausoleo para él y para su esposa, la idea de una sepultura familiar vino a combinarse en la mente del rey con el plan primitivo de la obra. La extraña resolución de Carlos V, de abandonar por propio impulso el esplendor del trono para acabar sus días en un convento, acción la más sublime que registra la Historia, había hecho impresión profundísima en la religiosa imaginación de Felipe II, y resolvió construir en el nuevo convento de jerónimos un palacio que, por la severidad de su estilo, armonizase con el monasterio. Amaba el rey la soledad tanto como odiaba las grandes ciudades y gustábale escapar de vez en cuando a la agitación de la vida cortesana con sus audiencias, consejos, recepciones y fiestas. Su residencia favorita, durante la Semana Santa, había sido, hasta allí, el monasterio de Guisando, desde el cual hizo las primeras excursiones al lugar de la nueva edificación.

En el fondo, todos estos móviles no habían hecho otra cosa que dar pábulo a la pasión que el monarca sentía por la arquitectura, incitándole a experimentar y utilizar, para dar cuerpo a sus ideas, todas las fuerzas artísticas de los países que reconocían su autoridad o que podía ganar con su largueza.

Acometiendo aquella empresa de edificar el grandioso monumento por él concebido, pensaba el monarca reunir en un

---

San Quintin por la parte que se avia de batir la muralla, estaba vn monasterio de frayles de San Lorençio, y mandó salir los frayles y sacar el Sachramento y toda la ropa, y acabado esto fue batido el muro y monasterio, y entrada la ciudad y aun si ubo la vitoria del rey Francisco de Françia, y por aber destruydo este monasterio dicho, prometió de haçer otro en España, y con este fundamento se començó este de San Lorençio que está cerca a de la villa de El Escurial, jurisdiçion que era de Segovia.» (Efemérides de mano de Fray Antonio de Villa-Castín, alias F. Antón Moreno, Prefecto de la Fábrica de Sanct Laurentius el Real y su Alcaide y de sus fortaleças y palacios.)

todo completo los temas principales de la gran arquitectura, enriqueciéndola con todos los tesoros del arte, de la ciencia y de la piedad, para de este modo, cual nuevo Salomón, dotar a la monarquía, a la cual había ya impreso un sello de hispanismo (valga la frase), dotarla, repetimos, de un símbolo, de un monumento representativo, que correspondiese a su carácter político-religioso y a su universal grandeza.

Una vez animado de este pensamiento, tuvo la suerte de encontrar dos hombres que, educados en el extranjero y reconocidos como los primeros arquitectos de su época, parecían destinados por la providencia para llevar a feliz término los ideales del monarca.

Juan Bautista de Toledo se hallaba al servicio de aquel virrey de Nápoles, D. Pedro de Toledo, tan dado a las edificaciones, y al cual había secundado en sus grandes empresas. En calidad de director de las obras reales, había presidido a la construcción del (antiguo) palacio regio, de la iglesia de San Jacobo y de la calle de Toledo, habiendo trabajado, además, en la iglesia de San Pedro, en Roma. Estos fueron sus estudios preliminares, su preparación, digámoslo así, para la magna obra de El Escorial. En 1559 mandóle venir Felipe II a Madrid desde Gante, donde se hallaba a la sazón. Sólo cuatro años pudo dirigir las obras del Real Monasterio; su muerte produjo gran trastorno; bien pronto, sin embargo, encontrósele un digno sucesor en la persona de su ayudante, Juan de Herrera. Nacido en Asturias, Herrera había hecho sus estudios de arquitecto en Bruselas, guerreado más tarde en Italia en las filas del emperador y acompañádole, como oficial de sus guardias, a su conventual retiro, donde, hasta la última hora, permaneció a su lado. Espíritu cultivado, conocedor de las matemáticas (en una de las cartas pide las obras de Copérnico), dotado de un arraigadísimo sentimiento de los propios deberes, al par que de una soberbia conciencia de su propio valer y de una gran entereza de carácter. Hasta 1557 estuvo dirigiendo las obras, sin título y con sólo 250 ducados de sueldo.

Felipe II, que solía derrochar el oro a manos llenas con los extranjeros, olvidaba, con no poca frecuencia, recompensar debidamente a sus más allegados y fieles servidores. Herrera soportó largo tiempo en silencio este estado de cosas que menoscababa sus intereses; pero al fin llegó un día en que reclamó lo que se le había ofrecido, recordando al rey su deuda, con el tono de quien hace valer su derecho. En todas las cosas que atañen a la arquitectura había llegado Herrera a ser la mano derecha del monarca. El había edificado el Palacio de Aranjuez, la parte del Alcázar de Toledo que mira al Mediodía, la Lonja de Sevilla y la Catedral de Valladolid, de la que se ha conservado un fragmento. Todo cuanto se edificó bajo el reinado de Felipe II lleva el sello de su severo genio, que salta en seguida a la vista del observador.

El estilo que predomina en esas obras es el adoptado por los cultos arquitectos del Norte de Italia, un estilo que busca su efecto total en la proporción de las partes y reduce la ornamentación a la más estricta sobriedad, al modo de los entablamentos romanos. Ese estilo fue considerado como un retorno a la «pureza de lo antiguo»; pero lo que más contribuyó a difundirlo por Europa fue la reacción que por aquella epoca se operó en el gusto, estragado por la ornamentación pictórica, excesivamente frondosa, del Renacimiento. Y que su mérito era de índole negativa pruébalo la denominación misma de *desornamentado* que se dió a dicho estilo. Para el arte que en el siglo xv despuntara tan lleno de fantasía, bajo el cielo español, al impulso de los elementos góticos y moriscos, no tenían ojos aquellos arquitectos, verdaderos pedantes, que sólo prestaban atención al áspero latín de los Vitrubio y de los Vignolo. Así, en El Escorial, apenas si el genio español puso otra cosa que la piedra, lo que no obsta para que aun hoy día se siga hablando de su estilo *eminentemente español*, sin perjuicio de recurrir al estilo árabe de la Alhambra, cuando se trata de dar una nota típica de españolismo, como ocurrió con la sección española en la Exposición Universal de 1878.

Se adoptaba también el orden dórico, «porque éste, en virtud de su nobleza y robustez, es el más propio para simbolizar la fuerza, y por eso ya los antiguos le consagraron a Marte, Júpiter y Hércules, y nosotros lo hemos dedicado a los campeones de Cristo». Pero este noble estilo dórico no se muestra en parte alguna tan severo y tan frío como en las obras de Herrera. Quizá esto fuera debido en parte a la premura con que rematara esas obras, a la índole del material empleado, el granito (berroqueña), el más duro de todos, y acaso también a resabios adquiridos en la edificación de las numerosas fortalezas con que el monarca había guarnecido el litoral de entrambos continentes.

Colocado el espectador frente al gigantesco edificio, sólo advierte de su mole los paredones grises, de blancuzcos tonos, de un colosal cuadrilátero horadado por múltiples hileras de pequeñas ventanas desprovistas de toda ornamentación, y flanqueado en sus cuatro esquinas por otros tantos torreones, coronados por agudos remates y alumbrados también por múltiples filas de ventanillas, igualmente pequeñitas y escuetas. Se acusa allí el mismo plan seguido en la construcción de los grandes palacios, como El Pardo y el Alcazár de Madrid. Esta cuadrada mole, rígida y pesada, abarca al mismo tiempo la iglesia y el monasterio en el recinto de sus altos muros; el edificio, adáptandose en esto a la tradición oriental, muestra un exterior hermético, como el de una fortaleza, que no responde ni aun deja trascender la animación que sus muros encierran.

Sólo la majestuosa fachada, achatada por cierto a la moda del siglo XV, exenta de profundidad y de claroscuro, con su triple portada de un decorado bien dispuesto en dos órdenes, nos advierte que vamos a contemplar algo grandioso. El Santo se nos muestra allá arriba sosteniendo las áureas parrillas en la mano. Por esa puerta penetramos en un amplio atrio, el zaguán del rey, en cuyo fondo se alza la fachada de la iglesia, con sus seis estatuas del regio constructor del templo de Jerusalem, obra de Monegro. Este vestíbulo hubiera podido ser de

un gran efecto, si aquellos escuetos muros, más propios de una fortaleza, hubiesen sido sustituídos por arcadas, como se observa en el Hospital del Cardenal Tavera en Toledo, construido en 1541 por Bustamante, probablemente, a excitaciones de Felipe II. La iglesia, en un principio, se pensó que tuviese, a semejanza de la primitiva de San Pedro en Roma, la forma de una cruz griega, con una cúpula de 315 pies de alto, dos torres al Oeste y tribunas cuadradas. Por desgracia, el temor de sobrecargar demasiado los pilares de la cúpula hizo que luego se redujese ésta, con perjuicio de la impresión total; pero la idea de un templo semejante, dominando todo el edificio, era grandiosa. En el coro, a ambos lados del altar, entre columnas, se ven las estatuas del Emperador y su consorte, de Felipe II con sus tres esposas, y de D. Carlos, todas de bronce sobredorado. Estas estatuas se nos muestran postradas de hinojos sobre su Panteón: una edificación subterránea, en forma de cúpula, revestida de costosos mármoles, que no quedó terminada hasta el reinado de su nieto. Junto a la iglesia se extiende el amplio claustro, de 140 pies en cuadro; detrás de él, en el eje central, destacándose con gran relieve sobre todo el cuadrilátero, se alza el Palacio Real. A los lados de aquel atrio y de la iglesia, un laberinto de claustros más reducidos, circundados de capillas, salas de estrado y celdas. El plano, en forma de enrejado, debía representar probablemente las parrillas del Santo, cuyo mango lo ocupaba la residencia real. Las dimensiones totales del edificio son 740 pies de largo por 580 de ancho. Cuando se contempla una sola de sus partes, por ejemplo, la iglesia, cuyo examen atento requiere todo un día, no puede menos de pensarse con asombro, que lo que se tiene ante la vista es sólo una parte de todo el edificio. Sólo desde la cumbre de la sierra puede darse uno cuenta de la disposición del conjunto. No cabe siquiera poner en duda lo atrevido del pensamiento, lo bien meditado del plan, la irrepochable simetría y la perfecta acomodación de lo pequeño en torno de lo grande, de todo el conjunto en torno al templo, según en el pro-

yecto estaba calculado. La ejecución, por desgracia, no estuvo aquí a la altura de lo demás.

Aun cuando el autor cuenta en la historia de sus peregrinaciones artísticas la obligada visita a la creación de Felipe II, no será tan temerario que se arroje aquí a hacer la descripción del edificio, según el modelo de los folios de De los Santos, Ximenez, etc. La historia del edificio, por el contrario, tal como la trazara el Prior Sigüenza y se completara hace poco con el diario de Fray Juan, sí tiene derecho a figurar en una historia del arte hispánico.

Tres años nada menos se invirtieron en la elección de sitio, para lo cual se puso en movimiento y recorrió toda Castilla una legión de maestros canteros, naturalistas y arquitectos. Al cabo, escogióse sitio para el emplazamiento en el llamado Real de Manzanares, en un paraje lindando ya con Castilla la Nueva, donde hubo primero unas herrerías. El nombre de Escorial se derivó del de escoria, por alusión a esa circunstancia. El lugar elegido, a 2.700 pies sobre el nivel del mar, a ocho leguas de Madrid, al pie mismo de la sierra, no podía recomendarse ni por la amenidad del sitio ni por ninguna referencia a la historia sagrada ni profana; pero reunía en cambio, tres indispensables condiciones: abundancia de aguas, canteras y salubridad del aire.

Después que el rey hubo declarado su plan—en 1561—al Capítulo general de la Orden de San Jerónimo, el 28 de Marzo del año siguiente, dió ya orden de comenzar las obras. Construyéronse hornos de cal y se marcó sitio para los cimientos. El 23 de Abril de 1563 se colocó la primera piedra del monasterio, y en 20 de Agosto la de la iglesia, esta última por el fundador mismo. En 1581 quedó puesta la cruz sobre el remate de la cúpula.

Instalada la colonia de constructores en las dependencias de las antiguas herrerías, no hubo que preocuparse ya de nada más. El lugar era pobre, no había allí chimeneas ni ventanas; pero el rey no podía reprimir su impaciencia por ver adelan-

tar las obras, y a lo mejor se presentaba con cuatro o cinco caballeros de su corte; en esos casos, el monarca se alojaba con el párroco, y los monjes con los labradores. En la estancia donde se decía la misa hacía de altar un crucifijo pintado con carbón en la pared, y de dosel una mantilla blanca de cama. Su Majestad tomaba asiento en una silla rústica, formada de un tronco de árbol, a manera de sillico de tres pies, que recubrían luego de un paño francés todo agujereado.

Una vez, como llegara demasiado tarde a la sagrada ceremonia, el rey sentóse sin cumplidos en el banco común, al lado de un gañán. El año 1571 pudo ya empezarse a celebrar el servicio divino en la capilla provisional (hoy capilla vieja).

La numerosa legión de trabajadores ocupados en las obras componíanla en su mayor parte, gentes de la montaña, vascos y navarros, nada fáciles de manejar. Como en 1577 hubiese el alcalde encarcelado a uno de ellos, y amenazase con imponerle el castigo del burro y los azotes, los compañeros del detenido dejaron guardia por la noche junto a la prisión, y al ser de día volvieron a ella, golpeando tambores, con bandera desplegada y armando un estruendo insoportable con las campanas que servían para llamarles al trabajo, dispuestos a matar al alcalde y libertar a toda costa al compañero. Ante aquel motín, no hubo otro remedio que parlamentar y poner en libertad al culpable. Eran, según se ve, hombres de hierro, que al fin encontraron la mano férrea que necesitaban. Halláronla en la persona del prefecto de la fábrica, superintendente y jefe de Palacio, Fray Antonio de Villacastín, de la Orden de los jerónimos, toledano, hombre de voluntad enérgica, dotado del dón de mando, de severidad monacal, pero no desprovisto, sin embargo, de un gran conocimiento del carácter del pueblo. Léase a este propósito la descripción de la grotesca mascarada ideada por el reverendo, en la que tomaron parte todos los trabajadores de la colonia, y que venía a ser la acabada parodia de una procesión, con andas, con sagradas alegorías, con caricaturas y chuscadas, al estilo de los cortejos burlescos de

la Edad Media. Ya el día mismo de su llegada a las obras, había echado tal arenga a los trabajadores, acostumbrados a la indolencia española, que desde aquel día nunca dejaron de acudir puntualmente a sus horas. El fue quien puso en conocimiento del monarca el motín que queda referido, sobre lo cual S. M. rió de muy buena gana, suplicándole les perdonase, pues habían faltado a fuer de *hidalgos*, *de honrados y de necios*. Y él fue también quien hizo se le diese al cuadrilátero aquella excesiva altura que no se había calculado en el primitivo proyecto. Su fuerte eran las cuestiones financieras, en las que Herrera no llegaba a igualarle. Al colocar Toledo la primera piedra del edificio, brindóle el honor a Fray Antonio, el cual rehusó aceptar, diciendo: «Coloque usted la primera, que yo me reservo para la última.» Así fue en efecto, y el 13 de Setiembre de 1584, cumpliendo su palabra, colocaba Fray Antonio la última piedra del pórtico. Herrera y Villacastín rivalizaban en la escogitación de métodos que pudieran duplicar y aun cuadruplicar la duración de las obras. Herrera creía haber descubierto que los antiguos trabajaban todas las partes de sus edificios, aun las ornamentales, en la cantera misma, hasta dejarlas acabadas, de modo que no hubiese sino conducirlas al lugar de las obras y elevarlas por medio de una grúa hasta el sitio en que habían de quedar colocadas. Su propósito de imitar en esto a los antiguos suscitó una protesta general, que quedó sofocada por la determinación del rey favorable a su arquitecto. Este, alentado por aquel triunfo, instaló un taller en la misma cantera para trabajar las piedras allí mismo, y llevó las cosas como le vino en gana. Resultó de ahí, que tanto en la iglesia como en el claustro, apenas se oyeron martillazos ni golpes de cincel.

Como en el primer año sólo dos maestros canteros hubiesen sido llamados a trabajar en las obras, por lo que éstas iban con harta lentitud, aconsejó Fray Antonio que se repartiese la iglesia en diez destajos, encargando de cada uno de ellos a un maestro; gracias a esta competencia, no sólo adelantaron los traba-

jos, sino que también salió ganando la calidad de la mano de obra. A este efecto, se convocaron para 1.º de Enero de 1576 sesenta maestros de todas las provincias, eligiéronse los veinte más activos y diestros, y se les dió a cada uno cuarenta picapedreros.

Y de este modo pudo rematarse en seis años lo que se había calculado exigiría veinte. ¡Qué animación y qué bullicio de vida se advertía ahora en aquellos parajes, sobre los que antes se cernía un montaraz silencio! Durante un cuarto de siglo, hubo allí una ciudad industrial por el estilo de las que en nuestro tiempo de actividad febril vemos surgir en un abrir y cerrar de ojos de la tierra misma. Ruido de herramientas, vocerío de obreros, al mismo tiempo que aplicación solitaria y discreta. «Bullia al fin aquí —dice un testigo ocular— un hormigueo concertadísimo, tan sin encontrarse ni embarazarse, que parecian todos uno, o que uno lo hacia todo. Aquel bullicio y aquel ruydo, y aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque a la verdad admirablemente concertada, causaua un como pasmo y admiracion a quantos de nueuo la vian, y aun a los que despacio la estauan considerando.

»Estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos y aun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo; los campos de esta comarca resonavan con los golpes de las almadenas y cuñas y con la fuerza de los martillos, picos y escodas, rebanando el jaspe y el mármol con tanta maña y artificio, que al rendirse parecian de cera y en la blancura de dentro de nieve. Avia en sola la iglesia veinte gruas de a dos ruedas, unas altas, otras bajas; estos davan vozes a aquellos; los de abajo llamavan a los altos, que parecia trabajaban, no solo para ganar de comer, como en otras obras, sino para remate y perfeccion.

»Quien viera la multitud de asserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas, como andamios, gruas, cabrillas, agujas y otros ingenios y vasos, tixeras y maderamientos de tejados, otros de puertas y ventanas, y

otras más primas y delgadas, manos para caxones y sillas, y estantes y todo cuanto toca a ensamblaje, pensara que se hacia alguna ciudad de solo madera. Quien considerara las fraguas y el hierro que se gastava y labrava, pensara que era algun castillo o alcazar de puro hierro. Y lo que se gastava de cal, yeso, estuque, azulejos, ladrillos y cosas de este menester era tan grande, que si se derramara ocupara gran parte desta campaña.

»La multitud de la carreteria, carreteros y bueyes era tambien de consideracion, por la puntualidad con que acudian a sus horas concertadas, para que no parasen las obras. Vehíase cada dia traer pieças grandes, basas, cornijas, capiteles, pedestales, linteles, jambas y otras pieças de tan descomunal grandeza, que no las meneauan menos que siete o nueve pares de bueyes, y hasta se veian procesiones y rosarios de doce, veinte y hasta quarenta de estos pares de bueyes.

»En leuantando las paredes, ya estaua la madera del tejado y el carpintero le cubria, el piçarrero le empiçarraua, acudia el albañir y enluzia las paredes; y si se auia de pintar, assentauan el estuque y le pintauan; el otro tenia hecha la cerradura, y tan presto el solador la solaua de lo que la pieça pedia, mármol, jaspe, piedra, azulejo o ladrillo. Assí se via acabar un monton grande de cosas a la par, con tanta presteza, que parecia auia nacido assí.

»Entre estos maestros públicos que hazian tan acordado bullicio, auia otros más secretos y retirados, como eran pintores, muchos y de gran primor en el arte, que llaman ellos valientes; vnos hazian dibuxos y cartones, y otros executauan; unos lavrauan al olio tableros y lienços, y otros al temple, y otros iluminauan; otros estofauan y dorauan y otros muchos, porque los juntemos con estos, escriuian libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los enquadernauan. Deste género, y de no menos primor, auia gran copia de bordadores, que iuan haciendo ornamentos al culto divino para altares y sacristias, en telas de raso, marañas, terciopelo y brocado.

«Y no solo allí, sino en muchas ciudades de España, de Holanda y de Italia, se hazian obras de canteria y fundicion para el Monasterio. En Florencia o en Milan se fundian grandes figuras de bronze; en Flandes, las campanas, los candelabros, y tambien se traian de allá lienzos pintados para adornar las celdas. Las ciudades de España suministrauan el hierro. Y aun en los monasterios de monjas estauan ocupados en las cosas desta fabrica.» Y por último, América facilitaba la principal palanca de la empresa, el oro; madera de cedro y de ébano, y otros muchos leños de colores.

CARLOS JUSTI

(*Continuará.*)

LA AMÉRICA MODERNA

La emigración europea a América. Reacción en las interpretaciones y en la política de la emigración. El porvenir español en América. Disminución de la personalidad del emigrante. Las pérdidas del país de origen. La información de López de Gomara. La ciudadanía alternativa. La disolución del italianismo en América. Informes de publicistas italianos. Imposibilidad de ejercer la protección del emigrado. Los emigrados en las colonias europeas. Las colonias francesas. Autoritarismo de la administración para el elemento extranjero. Túnez, campo de experimentación. La población española e italiana en las colonias francesas de Africa. La solución imperialista contra la emigración. Crisis de la emigración. Situación de la Argentina, Paraguay, Brasil, Uruguay, y Cuba. Una información portuguesa sobre los emigrados en el Brasil.

La vida de los inmigrados se hace muy difícil por todas partes. No lo sería tanto si en la vida no se persiguiese más que un fin puramente económico; pero aun los emigrados, cuya finalidad suele ser la prosecución de un intento económico, no pueden prescindir de otros aspectos de la vida moral, como son los que aparecen en las aspiraciones de derechos del hombre. La consideración social, la fama, el goce de derechos políticos que hacen del hombre una personalidad y borran toda servidumbre, constituyen una necesidad en la vida moderna. Los emigrados, por regla general, no encuentran tales satisfacciones de orden moral y político en los países en donde se establecen. Allí suelen vivir en perpetua tutela, por más que el oro

fluya a chorros en sus cajas, cosa que no les basta para compensarles de la condición humillante de perpetuos menores. Y esta situación de los inmigrados en un país que cercena sus derechos políticos es tanto más intolerable, cuanto que los inmigrados proceden de países civilizados y están hechos al goce de los derechos inherentes a la plena ciudadanía.

Esta es la realidad, por más que los retóricos que abordan el problema de la emigración en sentido optimista digan lo contrario. Un distinguido periodista español, el Sr. López de Gomara, director del *Diario Español*, de Buenos Aires, al leer estas opiniones mías, me escribe para confirmar mis juicios con su autoridad, basada sobre treinta y cuatro años de experiencia en la Argentina.

Precisa fijar bien la significación de América para la emigración europea, sin dejarnos llevar de motivos puramente sentimentales.

Lo que yo he expuesto con ocasión de algunas manifestaciones políticas hechas en España en són de programa, que afirmaban como porvenir español el desenvolvimiento en América de las fuerzas españolas, y que ha merecido la aprobación de los representantes de los emigrados españoles de la Argentina, es lo siguiente:

Es ya un tópico entre nosotros, que se quiere hacer valer en la política del Estado, la afirmación rotunda que dice: «El porvenir de España está en América.»

El tópico rebota de boca en boca siempre que se trata de la orientación internacional de España y de las posibles expansiones de nuestra vitalidad colectiva; sobre todo, se emplea para combatir la acción española en Marruecos. Como toda frase hecha, se suelta sin razonamiento que la apoye ni hecho que la confirme, en cerrazón dogmática, como hablan los pontífices, en materia de fe. Tiene en su abono la seducción del nombre de América para los españoles, la significación pacifista de tal idea, la al parecer poco costosa realización del programa. ¿Hasta qué punto puede hacerse tal afirmación?

Es verdad que en el inmenso territorio comprendido desde California hasta el cabo de Hornos se realizó la colonización española que afirmó la expansión de la raza ibera, transfigurando la imagen de España y encarnando su espíritu en los nuevos pueblos que se formaron sobre las tierras nuevas; que España llevó al continente colombino toda la cultura latina de su época, y que los países iberoamericanos reciben todavía el tributo de la sangre española, llevada por una emigración persistente. Pero, ¿es esto un porvenir o, como dicen algunos, *el porvenir* para España?

Hay que pensar que toda la población de origen español que se forma en América ha de vivir sometida a soberanías ajenas a España, y produce una riqueza en territorio extraño; si el emigrado español se establece definitivamente en América, la madre Patria pierde todo lo que empleó en formarle y lo que después de formado puede producir; alimenta así, con sangre propia, un cuerpo extraño; si el emigrado vuelve al país de origen, repatría sangre vieja, tal vez alguna riqueza; pero su juventud quedó derramada sobre otros suelos para fecundarles, quedándole a la Patria, como restos del naufragio de una vida, los huesos del repatriado y algún dinero. El momento de vitalidad creadora del hombre que abrió fuentes de riqueza ha sido aprovechado por otras naciones, sobre las cuales jamás llegará el poder de la Patria que les dió el material humano. Ninguna nación europea ha podido indemnizarse de las pérdidas de la emigración con la ganancia que suponen las rentas de los emigrados enviadas al país de origen. He aquí por qué Roscher, el notable economista, consideraba como beneficiosa la emigración a las colonias propias, y como muy desventajosa la que se dirigía a países extraños, a los cuales llamaba colonias negativas. La América española es, en este sentido, una colonia negativa para España, como los Estados Unidos son la colonia negativa para Alemania.

Es desconocer por completo la emigración actual. el creer que la expansión de los súbditos de un Estado en territorio

ajeno no supone sacrificios para el país de origen. La vida de los emigrados es tan humillante como la de los ex-hombres o los sin Patria, cuando su madre Patria no pone a contribución un poder militar, una organización consular y diplomática costosa y una acción cultural, mediante la formación de escuelas y otros medios de influjo, a disposición de los expatriados. Y aun con todo esto siempre resulta que el patriotismo, el carácter nacional brotado de la fuente pristina, se transforma y acaba por ser absorbido por el país nuevo. Todos los esfuerzos de la madre Patria se convierten en beneficios para el país que recibe la emigración. La raza se habrá extendido, perpetuado; pero la madre Patria habrá perdido en fuerzas propias. Sólo los países que no tienen espacio libre para su población excesiva pueden considerar la emigración como un mal menor; para los que, poseyéndole, se les escapa la población, la emigración es la más grave de las heridas.

Antes de afirmar que el porvenir de España está en América, habría que estudiar si todavía quedaba espacio para los españoles en España o fuera de ella, bajo la acción de la soberanía española.

La población española de América puede favorecer la expansión comercial de España; pero no en la medida que algunos esperan, porque el consumidor prefiere los artículos baratos, vengan de donde vinieren; los alemanes no han necesitado de una gran población en Sur-América para hacer crecer su comercio en una intensidad mayor que los demás países. Además, no es el sentimentalismo de raza lo que determina la conclusión de tratados de comercio entre pueblos afines. Las ventajas para los españoles en América son más bien de orden intelectual y moral, cosa que todavía no hemos aprovechado en la medida necesaria. Pero tales ventajas no constituyen el porvenir de España.

La concurrencia de razas y de nacionalidades en América es terrible. Celosos los americanos de su independencia y de su carácter nacional, gobiernan con mano de hierro para no

perder ambas cosas. Reciente está el ejemplo de los españoles en el Congreso de Confederación Española de Buenos Aires, en el cual, para suavizar las asperezas de la vida soportada en territorio extraño, pidieron la ciudadanía argentina más de un millón de ellos, esperando al mismo tiempo no perder la calidad de españoles, y enviar representantes al Parlamento español que hicieran pensar a la madre Patria en los hijos expatriados. Recuérdese también que el Presidente Sáenz Peña consideraba a los emigrados en la Argentina como elemento adventicio, lleno de peligros...

No quiero citar las observaciones de aquellos que, como Clemenceau, no creen en la benevolencia de los americanos para los españoles inmigrados en América; hay americanos ilustres, como el Dr. Zeballos, cuyas campañas a favor de los inmigrados nos deben enorgullecer; pero lo cierto es que el porvenir de España en América no es la tierra de promisión que se nos pinta. El individuo podrá tal vez sacar alguna ventaja de la emigración en las condiciones descritas; el país de origen, bien pocas. Por millones puede contarse la población perdida así para España.

«Hay comerciantes españoles—escribe López de Gomara—o de otros pueblos diseminados por la campiña, que por sí solos dan vida a una zona entera, siendo como el músculo cardíaco que mantiene en ella la circulación vivificante, y muchas veces la inquina o la torpeza de un cacique analfabeto, de un alcalde insolente, de un polizonte coimero, basta para que toda su honrada vida se perturbe; porque en carne de *gallego* o *gringo* creen poder cortar a mansalva, desde que no tiene voto ni voz para hacerse respetar en la legislatura, única que maneja los presupuestos en que aquellas malas autoridades ven todo el ideal de su patrioterismo.

»Si el *gallego* y el *gringo* trabajadores tuviesen derecho de ciudadanos, desaparecería la influencia del cacique, substituída por el voto consciente, supeditado solamente al interés progresista del pueblo; y el juez de paz abusador, reemplazado por el

amistoso componedor de los negocios vecinales, y el polizonte coimero, que ya no tendría campo para el abuso tratándose de ciudadanos que le igualaban en derecho y representación.

»Por lo demás, intervenir en la administración pública, allí en donde se está estable y sinceramente radicado, debe considerarse acto tan elemental de la vida social como la respiración lo es de la vida fisiológica. Lo contrario, resulta una opresión viciosa y enfermiza.

»El sér moral se asfixia si se le deprime y posterga, negándole la expresión de su voto consciente sobre aquello en que actúa y colabora, como el organismo material si se le regatea el aire respirable.

»Dignidad y vida son sinónimos bajo este especial aspecto. Y no se vive con dignidad allí donde al hombre libre se le moteja de esclavo, aunque sea en ridícula pugna con los resultantes de los hechos: hogar, paternidad, propiedad, trabajo.

»Cierto es que hasta este último concepto tan amplio y libre en todo pueblo culto, y, sobre todo, de organización democrática, acaba de ser ofendido de la manera más asombrosa, nada menos que por la Comisión Nacional de Bellas Artes, que debe representar el máximum de la cultura, declarando excluídos de un concurso artístico (¿no será étnico?) a los pintores y dibujantes radicados, y admitiendo sólo a los nativos y naturalizados.

»¡Qué concepto del arte! Pero estos mismos excesos apremian por su remedio, probando que se acerca, porque jamás puede extremarse la opresión del absurdo, sin provocar la explosión de la justicia.

»Reducir la mayoría de la población de este país, que produce y tributa, a ser manejada por una minoría privilegiada (en que no siempre impera la ilustración y buena fe), es mantener un verdadero artificio, precario, como todo lo injusto, y debe trabajarse en su fin como imposición de la lógica.

»La emigración resulta, para nosotros, un *suicidio del ciudadano*, puesto que desaparecemos como tales, desde el mo-

mento en que el emigrado no tiene derechos ni en la patria de origen o de ausencia ni en la de adopción o de presencia.

»Claro es, que en esta no se le persigue ni se le despoja (salvo dolorosas excepciones, generalmente rurales), otorgándole los derechos generales en las leyes escritas (olvidemos benévolamente la *ley de residencia*, que deja a la discreción de un jefe de policía secuestrar y desterrar, sin juicio previo, en veinticuatro horas, que pasa incomunicado, a cualquier *extranjero*, arrancándole a su familia e intereses, porque es tan monstruosa la facultad, que rara vez hay crueldad para cumplirla); pero los derechos que se acuerdan al extranjero en las leyes argentinas que restringen la admirable Constitución, son los universales de humanidad y civilización, no los de comunidad y ciudadanía que, sólo como favor han de mendigarse, y como tal, son muchas veces revocados o echados en cara.

»Nosotros, como emigrados o inmigrantes, no tenemos, pues, ciudadanía efectiva, viviendo entre un ideal de que a cada paso se nos desengaña, y una realidad que nos mortifica a cada instante. Los extranjeros radicados conservan el amor a su patria de origen y prolongan idealmente su vida en ella; pero, en lo real e inmediato, viven en la Argentina, y las limitaciones que se les oponen resultan molestas y depresivas, por lo mismo que son palpables y prácticas.»

El ilustre periodista español, esforzado campeón del españolismo en la Argentina, propone una resolución para regular el estado de los inmigrados, que es de extrema justicia y sería muy viable si en el estadismo pesasen algo los motivos sentimentales. sin despertar el recelo del instinto de conservación de la personalidad del Estado nacional. Así ofrece la solución el Sr. López de Gomara.

No debe, pues, sorprender, que en el caso estudiado, o sea la vida del emigrado español radicado en la Argentina, proponga como solución la doble ciudadanía, o mejor dicho, la *ciudadanía alternativa*, ejercida por legítimo derecho de su

acción, también duplicada en cualquiera de los dos países en que se encuentre.

Es decir, que sin que España nos borre de sus listas de ciudadanos, la Argentina nos incluya en las suyas, ratificando el hecho en el derecho, y permitiéndonos colaborar, con amplia capacidad electoral, a la organización del pueblo de que en realidad formamos parte.

Véase otro ejemplo bien terminante: Italia.

Desde 1891 a 1910, la emigración italiana fue de 4.900.139; de éstos han retornado el 35 por 100. En cuatro lustros ha perdido Italia cerca de tres millones de italianos.

Pero no es esto lo peor. El italianismo se diluye en los países de inmigración. Enrico Corradini, después de recorrer América, cuenta de los italianos las siguientes cosas:

«Hice por mi cuenta una especie de información, dirigiendo a muchos periodistas esta pregunta: ¿Recuerdan haber ejercitado alguna influencia en la voluntad de los poderes indígenas? Invariablemente, la respuesta fue esta:—¡Ninguna, jamás!

»En la Argentina y en el Brasil encontré esto, sin distinción: cultura francesa, desde las ideas de los literatos hasta las modas de las señoras; oro francés e inglés; grandes obras y grandes servicios públicos en manos de los ingleses y de los americanos del Norte; política indígena y trabajo italiano... El emigrante hace pensar en un árbol arrancado del suelo natal y abandonado más allá del Océano con las raíces en el aire. Dejando de ser ciudadano, esto es, de pertenecer a una civilización, se reduce a ser solamente un hombre de trabajo y de producción.

»En Buenos Aires, en dos escuelas italianas, interrogué a unos treinta hijos de italianos, niños y niñas, de seis a diez años:—¿Eres italiano o argentino? Todos me respondían:—¡Argentino! ¡Argentino! ¡Argentino!...—Igualmente cuando interrogué a alemanes y franceses de origen: ¿Sois franceses o argentinos, brasileños o alemanes? Y respondían:—¡Brasile-

ños! ¡Argentinos!...—Para todos la misma *diminutio capitis.*» *(Il volere de Italia.)*

El profesor Lustig hizo en el *Nuovo Giornale* de Florencia las siguientes declaraciones, relatando sus impresiones recogidas en Buenos Aires con ocasión del Congreso Internacional de Medicina celebrado en las fiestas del Centenario:

«En Buenos Aires hay más de 300.000 italianos; pero los habitantes de origen italiano son muchísimos. Hay que ver el trabajo colosal que debe desplegar el Consulado italiano. Resalta en esto nuestra insuficiencia en instalación y medios. El actual consul, el comendador de Gaetani, no puede llenar las necesidades de tan fatigoso oficio ni aun con el sacrificio personal más evidente, ni con toda la laboriosidad de que un hombre puede ser capaz.»

En un artículo publicado por el *Corrière de la Sera*, de su corresponsal en Buenos Aires, en el que se consignaban las manifestaciones de Fernando Martini, se decía lo siguiente:

«Los italianos en la Argentina se encuentran, poco más o menos, en las condiciones del tercer estado en Francia antes del 89: no son nada, mientras lo debieran ser todo.

»Individualmente pueden alcanzar una fácil comodidad, algunos ganar millones y gozar de mucho prestigio; pero como colonia, como masa, no representa ninguna fuerza colectiva. Constituyen la más vasta difusión de gente del mismo origen entre la que vive en este país y el elemento más preciado, no solamente sino indispensable para la prosperidad de la Argentina. Merced al agricultor italiano se han transformado las pampas en poderes, y por consiguiente en riqueza; han convertido las tierras de Mendoza en viñedos de Canaán y los arenales en campos feraces. La valorización de las tierras, y por lo tanto la creación del bienestar nacional, es en su mayor parte obra de los italianos. Pero estos modestos y maravillosos edificadores de la prosperidad del país, los cuales con su esfuerzo multiplican (y a menudo decuplicado) el precio de las propiedades que por regla general no les pertenecen, poseídas

por los latifundistas, no gozan de ninguna autoridad, de ninguna influencia en el consenso de la nación a la que dan las iniciativas, los hijos y la prosperidad.

»Existe tal desproporción entre la multitud de italianos y su escasísima influencia social, que hasta los observadores más circunstanciales se ven sorprendidos. Un escritor español, Blasco Ibáñez, al visitar la Argentina, ha podido decir que en este país la mente era francesa, el capital inglés y el brazo italiano. Lo repiten todos a cada momento, que es el brazo italiano el que hace esto o aquello.

Todo aquel que haya visitado la América del Sur—escribe Corradini (1),—habrá visto que la tutela de los emigrantes no es posible en las tierras de emigración. Lo mismo verán los que hayan visitado la América del Norte. Hay que recordar que en cierta ocasión, Italia exigía del Brasil tratados especiales para la tutela de los emigrantes, tratados que no fueron concedidos, y a los cuales se contestó con el decreto de Prinetti. Pero nadie hizo observar entonces que aun habiendo sido celebrados tales tratados, había sido todo en vano, y no por mala voluntad del Brasil, sino porque esta República tiene un territorio de cerca de 9 millones de kilómetros cuadrados, con una población tan sólo de 16 a 20 millones, sin caminos, policía, guardas ni jueces, ni todas aquellas otras organizaciones materiales y morales necesarias para la tutela del trabajo y de la vida de su misma gente. Véase qué tiene que ocurrir con una gente extranjera encargada de realizar un trabajo servil después de los negros esclavos de Africa. He visitado muchas «fazende» en el Estado de San Pablo. Son feudos, no feudos en el sentido guerrero y novelesco de la Edad Media europea, sino verdaderos y propios feudos, feudos agrícolas del Nuevo Mundo. Las casas de la colonia están encerradas dentro de las plantaciones de la «fazenda», vastas como las provincias en Italia, rodeadas de inmensas soledades.

(1) *Il Volere d'Italia.*

En medio está la quinta del señor, y hasta allí el brazo de la República brasileña no puede llegar para hacer justicia. Deber de equidad es el reconocer que semejantes condiciones, si no iguales, existen en toda la América del Sur. Los que hayan visitado la América del Norte dirán lo mismo. Y hay que reconocer esta verdad: que la emigración por sí misma, por el sólo hecho de serlo, lleva un estado de ínfima civilización, lleva una milicia extranjera desarmada sobre tierras en donde cualquiera organización de vida, material y moral, se encuentra aún en formación.

Por estos dos hechos en sí mismos, por estar en formación la tierra de inmigración, y porque el emigrante es extranjero en ellas, y va a buscar pan y trabajo, la emigración es la peor de las necesidades, después de la necesidad de morir de hambre.

Los emigrados europeos tienen en las colonias europeas, pertenecientes a un país ajeno, la misma suerte que en América. El italiano, por ejemplo, se ve sometido a la misma condición política, en América que en Túnez.

Enrico Corradini comentando la política colonial francesa, cita la frase de un general francés que responde a las reclamaciones de indígenas y de extranjeros en Túnez: «Yo soy el sable, no el Código.» «El Gobierno franco-tunecino—escribe Corradini,—en este momento suramericaniza un tanto. El mismo general Pistor resulta un tanto argentino cuando declara que él es el sable, y no el Código. No está desprovisto de interés el descubrir en esta costa de Africa un pedazo de Sur-América de la Francia republicana. El suramericanismo en los gobiernos significa arbitrio y significa desorden, y en Túnez resulta esto. Según Corradini, las autoridades francesas excitaban a los árabes contra los italianos en Susa. Disculpando toda exageración posible del escritor italiano en gracia al buen nombre de América y de Francia, no se podrá negar que el hecho claro es la situación humillante de todo emigrado en territorio ajeno, que pierde derechos en su patria de origen, y no los encuentra en el país adonde se dirige.

«En oposición a las naciones de voluntad imperialista—escribe Conrradini (1),—Italia es aún la nación de la voluntad opuesta: es la nación que tiene la voluntad de la servidumbre, no tanto porque emigra, como porque celebra su emigración. Hay un criterio que alimenta el optimismo: el criterio del número. ¡Cuántos millones de italianos por todo el mundo! ¡Qué fecundidad tienen las mujeres italianas! ¡Parece un signo de no sé qué celeste predilección, de no sé qué fausta predestinación, esta prodigalidad nocturna y diurna de los lechos matrimoniales!

»Debemos hacer votos para que cambien las opiniones. Podemos enorgullecernos de la fecundidad de nuestras mujeres, no de la dispersión de sus hijos.

»Debemos comprender que la nación es una unidad de fuerzas, cuyo fin natural es dominar. Porque a quien no tiene la voluntad de dominar, le corresponderá la suerte de ser dominado.»

La loba romana tiene jugosas ubres y alimenta hijos audaces y fieros, que comienzan a recorrer las rutas que señalaba el *miliarum aureum* de la antigua Roma, hasta los más remotos confines. El resurgimiento militar de la Roma moderna completa la capacidad expansiva de su pueblo, cuya fecundidad es enormemente superior a la del galo de nuestros días. No necesita Italia dirigir su emigración hacia determinadas comarcas para establecer núcleos de población importantes; le basta con dejar algunos italianos sobre un paraje para que, a semejanza de los renuevos que hacen brotar un nuevo bosque, la célula italiana, de vitalidad pasmosa, se desarrolle como una trepadora de los trópicos, cubriendo toda la tierra.

La costa oriental tunecina, donde se extiende Enfida; la de la tierra verde, Bu Ficha, Reyville, Bu Arkoub, Nabeul, Kelibia, son comarcas colmadas de olivos y viñedos, y habitadas

(1) *II Volere d'Italia*, 1911. Resumen de una conferencia dada antes de la acción de Italia en Trípoli.

por una población casi exclusivamente italiana. Esta gran población no es hija directa de la emigración italiana; procede de unos italianos que habitaban la isleta llamada Pantellería, junto a la costa oriental de Túnez. Cruzaron el brazo de mar que les separaba de la costa, levantaron una casa, y al cabo de algunas docenas de años la raza se había extendido, en proliferación asombrosa, por toda la región costeña. En Bu Ficha la población es italo-árabe, y el elemento francés está representado por cinco o seis empleados de la Administración. La soberanía es francesa allí; la sangre es italiana. En la concurrencia de los dos grupos étnicos se impone y selecciona la sangre del romano.

España muestra un fenómeno más interesante en las colonias francesas, como Argel, y es que aumenta la natalidad en las familias españolas cuando dejan la tierra peninsular y se establecen en Argel. Y lo que más avalora la significación de la población, tanto italiana como española, en su especial fuerza del trabajo, su bajo tenor de vida y la adaptación a las labores de descuaje y de roturación de las tierras incultas. No solamente en Africa, sino también en América, han demostrado los españoles esta capacidad de trabajo, que causó la admiración de los yanquis en el Canal de Panamá.

El porvenir de España en América es muy parecido al que le ha cabido en Argelia, fecundada por la sangre de los españoles y perdida para España; el mismo porvenir que Alemania tiene en los Estados Unidos, en donde los hijos se burlan hasta del idioma de los padres; algo que se recuerda la suerte de Italia en el Brasil, Argentina y Túnez.

Y que conste que esto no es obstáculo para que en España nos preocupemos de América con menos retórica y más acción cultural y económica; pero América es para España el pasado, grande, luminoso, símbolo de mayor esfuerzo humano por la difusión de la cultura; para el presente, un título de orgullo y un país de intercambio. Y mientras la geografía política del planeta no se transforme, el porvenir de España para su gran-

deza en el espacio y en la magnitud propios está en el espacio libre del Continente negro, cuyas zonas se disputan los pueblos de Europa, y en el propio suelo de entraña fecunda, que puede hacer brotar las espigas del pan para mayores masas de iberos que las que hoy viven de él.

*
* *

Los informes oficiales del Consejo de Emigración de España dan a conocer la situación de los emigrados españoles en diversos puntos de América, demostrando los grandes peligros a que están sometidos.

Una gran parte de la Prensa argentina está haciéndose eco de la verdadera situación por que atraviesa, desde hace algún tiempo, aquel país; situación crítica y angustiosa para quien llega creyendo encontrar trabajo y sufre el desengaño de ver a miles de obreros de todas clases que no encuentran ni aun lo necesario para el diario sustento.

Preciso es que los que traten de emigrar sepan claramente:

Que en la Argentina hay en estos momentos más de noventa mil trabajadores que no encuentran trabajo a ningun precio.

Que ese exceso de brazos ha ocasionado una baja grandísima en los jornales.

Que se cuentan por miles los trabajadores que piden, angustiados, la repatriación.

Del Paraguay y del Brasil se dice:

Que causa espanto el trato que se da al trabajador en los *hierbales*, y, refiriéndose a esto, *La Vanguardia*, de Buenos Aires, dice así:

«Los métodos de explotación de Putumayo, que dieron margen a la intervención del Gobierno de Inglaterra, y a raíz de la cual una Comisión investigadora informó a la Cámara de los Comunes de este país, denunciando como «criminales» a los patronos de las Gomeras, que tan inhumanamente trataban a

los trabajadores, no se diferencian en mucho de la inicua explotación de que son víctimas los obreros de los hierbales del alto Paraná, tanto en lo que corresponde al territorio argentino como al brasileño.

»Los patronos, como verdaderos negreros, y bajo promesas de dinero, que nunca alcanzan a ver, cargan a los trabajadores en inmundos barcos, como si fueran fardos, para luego desembarcarlos en sus dominios, donde entran sin saber si podrán salir alguna vez.

»Entre todas, una de las Sociedades, la «Macte Larengeira», se especializa en el mal trato que da a los peones.

»En las diferentes fases de la elaboración de la hierba ocupa esta Sociedad a 1.500 hombres, que se contratan dándoles unas ropas como anticipo, cuyo coste se evalúa en 100 a 200 pesos, aun cuando valen únicamente 20.

»Los obreros así contratados en posadas, llegan al puerto de destino, donde son recibidos por los empleados de la Compañía, encargados especialmente de someterlos a un minucioso registro. Se les despoja de esa manera de toda clase de armas, a fin de evitar la posibilidad de una defensa armada contra los atropellos de que luego han de ser víctimas.

»Al comenzar el trabajo, empieza el *vía crucis* del obrero; allí no valen protestas de ninguna especie.

»Las condiciones del trabajo son brutales bajo todo concepto: jornada de sol a sol; a las ocho se les da una comida, compuesta únicamente de *locro* (maíz, casi siempre podrido), y esta comida se repite a las doce y al anochecer. El peón está obligado a trabajar con cualquier tiempo, aunque llueva a torrentes, y ha de obedecer inmediatamente a las órdenes de los capataces, so pena de ser víctima de sus iras. Hay que tener en cuenta que el capataz que no tiene dos o tres muertes en su haber, no es bien mirado por sus administradores, quienes lo consideran demasiado «benévolo» para la disciplina de la casa.

»Los obreros enfermos quedan entregados a la fuerza de su organismo para resistir las enfermedades, puesto que allí no se

ha conocido nunca a ningún médico, ni existen medicamentos de ninguna especie.»

De la Isla de Cuba no llegan mejores noticias.

El *Diario Español*, el *Diario de la Marina*, *La Independencia* y otros periódicos, y las noticias particulares que llegan de aquella Isla, presentan la situación del obrero como una de las más críticas que se recuerdan. La zafra del pasado año no fue buena, y la presente lleva idéntico camino.

En Cuba hay una corriente emigratoria europea en los momentos actuales muy superior a la que la Isla precisa, aumentada con un contingente de miles de haitianos, jamaicanos y 6.000 obreros que están contratados en Panamá. Todo esto ha creado en la Isla un estado congestivo de brazos, que producirá una baja considerable en los jornales y una dificultad grande para encontrar trabajo aun en los ingenios más apartados de la Isla.

El *Diario Español* dice en uno de sus artículos:

«El corte de caña es la ocupación más dura y más penosa de todas, y, sin embargo, es la peor remunerada. No puede hacerse de este bracero un intento de emigración golondrina; porque además de que el jornal es corto, con él es imposible el ahorro, ni siquiera para los viajes de los emigrantes. Con los cortadores de caña se lucran de una manera despiadada, fiera, brutal, cobrándoles exorbitantemente la bazofia que les suelen servir en las tiendas de los ingenios, para lo cual les pagan en fichas.»

El *Diario de la Marina* dice:

«Hoy el trabajo escasea; hay muchos obreros que desean trabajar, que buscan infatigablemente un lugar en que ser útiles y en que ganarse el pan con su sudor, y que no acaban de encontrarlo. El paro forzoso en Cuba es una plaga continua. Hoy los jornales no resuelven nada; son lo mismo o mayores que los de hace algunos años, pero no guardan relación ninguna con el precio de las cosas, que de día en día se encarecen.»

Montevideo refleja igual malestar.

Toda la Prensa uruguaya se preocupa en estos momentos de la cantidad tan grande de obreros últimamente llegados de Europa, de la Argentina y del Brasil, por la escasez de trabajo que en estos países hay actualmente, y que han producido un exceso tal, que andan por las calles en grupos pidiendo trabajo, sin encontrarlo, y suplicando el que se les facilite la repatriación.

De las islas Hawai las noticias son también pesimistas, hasta el punto de ser muchos los emigrantes que han ido a aquellas islas y han tenido que ser repatriados por no encontrar trabajo.

El *Seculo* de Lisboa (5-2-914) publica una descripción del estado en que se encuentra el Brasil como país de inmigración. Véase el comentario del diario portugués:

«Las tierras brasileñas, que han constituído y continúan constituyendo la ilusión suprema y más bella de una gran parte de la población portuguesa, están atravesando en la actualidad una crisis terrible, en la que el hambre, por la falta trabajo, se yergue como una amenaza negra y permanente. Que esto se divulgue por todo el país, y principalmente por las provincias del Norte, en donde la emigración ha tomado un incremento pavoroso, lo consideramos como una obra de patriotismo y de humanidad, pues de esta manera podrá evitarse acaso que muchos ingenuos, corriendo tras un espejismo engañador, vayan a caer en la miseria más atroz, en el hambre, y, por fin, en la desesperación que precede a la alucinación última.»

Los párrafos que transcribe de la información directamente recibida del Brasil, son como sigue:

»Los emigrantes, generalmente, comienzan por entregarse ciegamente en las manos criminales de los ganchos, los cuales, con promesas de que en el Brasil está la felicidad y la independencia, les arrancan los pocos ochavos que juntaron, Dios sabe a costa de cuántos sacrificios.

»Embarcan después en grandes vapores, en los cuales el lujo es asiático para los pasajeros de primera clase, regular para los de segunda y detestable para los de tercera. Ordinariamente, para los pasajeros de tercera, el agua se acaba y la sed les devora. Con grandes esfuerzos se adquiere una garrafa de agua o de vino, teniendo que pagar el pasajero, de 20 a 50 centavos. Para estos pasajeros, el agua es un lujo...»

Al desembarcar, se recrudecen los padecimientos del emigrante, que no encuentra hospedaje que merezca el nombre de tal por precio modesto. De cinco a seis mil reis les cuesta diariamente el pupilaje, imposible de ser satisfecho por los emigrantes durante muchos días; no pueden lavarse, porque sólo en los buenos hoteles encuentran tal comodidad y aseo. Consumido el poco dinero que llevan, buscan trabajo y no le encuentran.

«...Eça de Quiroz decía: *Sobre a nudez forte da verdade o manto diafano da fantasía*. La fuerte desnudez de la verdad es el dueño del hotel que les dice a los emigrantes que, en vista de que se encuentran atrasados en el pago, se ve obligado a ponerles en la puerta, quedándose en prenda las míseras ropas que trajeran. El manto diáfano de la fantasía desaparece entonces.

»El pobre emigrante sufre el primer golpe y ve acercarse la figura del hambre con todo su cortejo de desgracias. Entonces siente grandes deseos de volver a su tierra; pero no puede, porque tiene que sufrir más y más. Al fin de largos meses de desesperación, de lágrimas y de dolores, si consigue tener la felicidad de emplearse como segador, recibe por largos e interminables meses, de 70 a 80 mil reis, que representan, respectivamente, 20 escudos y 16 centavos, y 23 escudos y 4 centavos, teniendo que pagar con ese dinero, lavandera, cuarto, comida, etc., etc.

Hay aquí empleado en una tienda, haciendo refrescos y vendiendo Paraty, un joven que en Lisboa fue un hábil primer cajista. Vino aquí a procurar fortuna.»

Aquí el corresponsal del Brasil hace una descripción espeluznante de la situación del desdichado emigrante del caso. A muchos emigrados se les ve durmiendo en los bancos de los jardines, por falta de cama, y desesperados se entregan a la bebida, abusando del terrible Paraty. «Enloquecidos por el alcohol, que en organismos débiles rápidamente ejerce sus terribles efectos, terminan esos infelices suicidándose para encontrar el descanso a sus terribles males.

»Las fábricas y las minas están despidiendo personal. Las quiebras se suceden unas a otras...»

Tal cuadro de desolación se extiende por todos los Estados del Brasil, no sólo en Río Janeiro. Como remedio a esta situación se propone la prohibición de la emigración al Brasil.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía: La opinión.=Literatura: El misterio de Shakespeare.=Humorismo: Esta miseria de los zapatos.=Historia: Un favorito de Luis XIV.=Impresiones y notas: *La charme* y otros disparates *ejusdem furfuris.*—Higiene de las comidas.—La instabilidad de las pagodas.—El pensamiento sin imágenes y sin palabras.—Barómetros naturales.

FILOSOFIA

La opinión.—Hace casi tres siglos, llamaba ya Pascal a la opinión «reina del mundo». Esa reina misteriosa es la que, trasformando las civilizaciones, ha creado la Historia. Ha hecho revoluciones, destruído imperios, restaurado reinos, roto ídolos, cambiado sentimientos, e imponiendo la moda, otorgado la gloria y aclamado el éxito. ¿De qué naturaleza es, y de dónde viene ese poder? Hasta ahora no se ha encontrado respuesta satisfactoria. El Dr. Gustavo Lebon ha examinado el problema en su obra *Las opiniones y las creencias*, y Andrés Chaumeix recoge sus conclusiones en la *Revue Hebdomadaire*.

La idea madre del libro de Lebon, es la de que saber es una cosa y creer es otra. La lógica es una gran potencia, diosa de los matemáticos, de los abstractores, de los sabios, y alma del conocimiento; pero no guía nuestra vida; porque para la conducta de la vida y para la historia de los pueblos, tiene más importancia lo que creemos que lo que sabemos. Desde que la humanidad ha descubierto el mundo del conoci-

miento, y la ciencia le ha revelado leyes inflexibles, ha creído que todas las cosas podrían explicarse por los mismos métodos; pero la vida presenta sin cesar lo desconocido. Las realidades más precisas encierran misterios, y esos misterios son, como dice Lebon, el alma ignorada de las cosas.

A fuerza de oír repetir que el hombre es un animal razonable, muchas personas han acabado por creerlo. En teoría, debería obedecer a la razón; pero de hecho se guía por otras consideraciones. No es el calendario el que determina la luna, ni el reloj el que arregla el sol. Ribot ha dicho que es una tesis insostenible la de querer explicarlo todo por la inteligencia; pues así como fisiológicamente la vida vegetativa precede a la vida animal, que se apoya en ella, así psicológicamente la vida afectiva precede a la vida intelectual, que se apoya en ella. Según Lebon, los elementos afectivos, y no los intelectuales, son los que dan al individuo su verdadera personalidad. Lo más nuestro son nuestras tendencias, nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, nuestras pasiones. Somos, ante todo, lo que nos hace nuestra facultad de sentir.

El deseo que lleva en la Mitología el mismo nombre que el amor, Eros, es en las más viejas cosmogonías, la chispa divina que hace brotar la vida, y que, del espacio y la materia, hace nacer el erebo y la luz. El es quien, en la hora marcada por el destino, abandonaba la isla de Chipre para ser regocijo de la tierra. Padre de todo esfuerzo y creador de todo ideal, el deseo no figura, sin embargo, en los panteones antiguos. Sólo Budha comprendió que el deseo es el gran resorte de la actividad, y para librar a la humanidad de sus miserias conduciéndola al perpetuo reposo, intentó suprimir ese gran móvil de nuestros actos; su ley sometió a millones de hombres, pero no logró anular el deseo.

En el mundo, sembrado de apariencias, hay dos nociones absolutas para cada cual: el placer y el dolor; lo que se desea, lo que se quiere, lo que se cree, es lo sugerido por el ansia de dicha y el temor al sufrimiento. La sensibilidad, que es la

trama misma de la vida, es diferente en cada uno, y es la que crea equívocos y antipatías, transformando frecuentemente la existencia en una soledad en compañía. Hay comunicación de ideas; pero hay personas con ideas parecidas que viven como en un destierro, al lado de las demás. Sensibilidades diferentes colorean diferentemente a los seres, y cuando se encuentran las del mismo color, se sienten del mismo reino, y llevan algo así como esos anillos que servían a los viajeros antiguos para reconocerse tras largas ausencias.

Lebon trata con ironía de los hombres que pretenden haberse emancipado de los sentimientos, y que dependen de ellos como todo el mundo. Recuerda a este propósito la historia de los rayos «N», cuyo índice de refracción midieron ilustres físicos, y que fueron descubiertos por un reputado sabio; otros repitieron los experimentos y vieron lo mismo que él; pero al cabo de dos años, se descubrió que había error, y que los rayos «N» no existían. Entonces los mismos físicos repitieron los mismos experimentos, y ya no vieron lo que habían visto; el encanto estaba roto. En medicina, los casos semejantes son innumerables.

Ni la educación del carácter se hace por libros, ni la de una nación por ideas abstractas. La creencia es el gran resorte de los pueblos; la fe venida de Galilea ha transformado pueblos bárbaros, renovado el viejo mundo, implantado una nueva civilización; tribus nómadas, perdidas en el fondo de la Arabia, iluminadas por Mahoma, fundan en cincuenta años un imperio; una nación en plena anarquía crea la epopeya revolucionaria y napoleónica. Se comprende el mártir, para quien la hoguera representa la puerta del cielo. Pero ¿qué saca un legionario romano o un soldado de Napoleón de sus correrías por el mundo? Su ideal colectivo era, sin embargo, bastante fuerte para permitirles resistir todos los sufrimientos. Nación sin ideal, pronto desaparece de la Historia. Por otra parte, el Dr. Lebon asegura que los pueblos sobreviven poco tiempo a la caída de sus dioses.

Esa lógica mística y sentimental contribuye a formar las leyes y las costumbres, transforma lo ideal en real y hace surgir todas las ilusiones; inspira a veces torpezas; pero es una gran creadora de esperanza y de felicidad.

Es posible obrar sobre la opinión y sobre las creencias. Lebon analiza la marcha singular de la opinión, estudiando las pasiones colectivas y procediendo por descripciones, sin formular leyes. El poder de la moda es el ejemplo más sencillo: no reina solamente sobre los trajes, sino gobierna el teatro, el arte y la política; influye en la ciencia y hasta perturba a los filósofos. El romanticismo ha sido una moda; el volapuk, otra; el nietzschismo, otra. Se han necesitado cientos de años para que el arte gótico dejara de parecer bárbaro, y han bastado cincuenta para que las tragedias de Voltaire parecieran ilegibles.

Hay un arte de fabricar opinión y de dirigirla, sin que los gobiernos, por autoritarios que sean, hayan conseguido nunca triunfar de ella. El veleteo de la opinión es prodigioso. Shakespeare lo ha cristalizado en una frase inmortal: después del asesinato de César, un ciudadano exclama: «¡Viva Bruto! ¡Hagámosle César!» Las frases representan en la fabricación de opinión un papel importante; tienen un papel evocador que hace estremecer a las multitudes.

Resumiendo el libro de Lebon, pueden sacarse de él tres nociones principales, según Chaumeix. La primera es que la vida de la razón y la lógica no son sino una parte de nosotros mismos, y que la vida de la sensibilidad tiene mucha más importancia en nuestro destino. La segunda, que esa vida de la sensibilidad no tiene nada que ver con las reglas ordinarias del raciocinio; cambia mucho menos que nuestras ideas a través de los tiempos; es la herencia permanente de la humanidad, y mientras el conocimiento crece y la ciencia trastorna el mundo material, ella apenas cambia. La tercera es que la razón y la sensibilidad, por separadas que puedan estar en sus orígenes y en su esencia, son vecinas en nosotros mismos, y hay que invitarlas a colaborar.

LITERATURA

El misterio de Shakespeare.—En los trescientos años que han pasado desde que Shakespeare ha muerto, no se ha llegado todavía a penetrar el misterio de su existencia ni el enigma de su carácter. El más meticuloso de sus biógrafos, Sidney Lee, no hace más que consignar, como dice en la *Grande Revue* Mauricio Castelain, el lamentable balance de nuestras ignorancias; y el más perspicaz de todos sus críticos, Coleridge, confiesa que «no sabemos absolutamente nada de Shakespeare». Un joven novelista inglés, Mr. Harris, ha venido a despertar con una bomba, *Shakespeare y la historia trágica de su vida*, la apatía en que estábamos sumidos.

El libro de Harris se divide en dos partes: en la primera extrae el carácter del poeta, de su labor; en la segunda desenvuelve la curva de su vida. Todo por medio del libro mismo, leído y releído con amor, desentendiéndose de críticas estériles, y sin retener de los mil y un embadurnadores que han querido hacerse un nombre en torno del gran dramaturgo, tres escritores solamente: Coleridge, Gœthe, Swinburne y el testimonio inmediato de Ben Jonson.

La tesis de Harris descansa en un postulado primordial: que Shakespeare y Hamlet son la misma persona. «En esta obra maestra de psicología, dice, el dramatista nos ha revelado la mayor parte de su carácter.» Esta inducción preliminar está corroborada por el hecho de que, a partir de 1600, Shakespeare, en casi todas sus piezas desliza una serie de máximas pesimistas que parecen sacadas del «cuaderno de Hamlet». Harris plantea el teorema de que si un autor vuelve con persistencia a la pintura del mismo tipo, y con mayor razón si forja otros caracteres sobre el mismo modelo, se puede estar seguro de que aquel carácter responde al suyo propio; es el caso de Shakespeare, que vuelve diez veces a ese tipo de meditativo dolo-

roso, impropio para la acción. El primer bosquejo del personaje se encuentra ya en Romeo (1594). «Romeo—decía Hazlitt—es Hamlet enamorado»; aquel joven soñador, charlatán, siempre dispuesto a filosofar, curioso de las imágenes de muerte, prematuramente harto de la vida, es el príncipe danés, más joven y bajo un cielo más cálido. Lo mismo Jaques, el filósofo silvestre de *Como usted guste* (1600). Es una segunda prueba del soñador melancólico y pesimista, que se contenta con filosofar sobre la vida, puesto que las circunstancias no le obligan a obrar. Tras estos dos esbozos, viene el retrato acabado, Hamlet (1602); pobre príncipe estudiante, hace por vivir pacíficamente en una ciudad universitaria, entre la dulce Ofelia y su fiel colega Horacio; amigo de las ideas y de los libros, se encuentra de pronto con que se le impone un deber cruel, y discute, epiloga, aplaza y tergiversa, sin acertar a aprovechar la ocasión propicia, hasta el día en que el azar le pone en el trance de obrar, y muere por ello. Ni aun esta creación tan completa basta para disipar la obsesión; y al año siguiente vuelve con *Macbeth:* el jefe de tribu bárbaro se convierte en un soñador cortés y humano, siempre dispuesto a meditar sobre la vida y la muerte, a propósito y fuera de propósito, y que necesita para ejecutar los crímenes tradicionales ser espoleado por la voluntad implacable de su mujer o por el miedo, ese valor de los débiles y de los cobardes; en suma, un Hamlet más viejo, más desencantado todavía y de corazón más tierno. Por si esto no bastara, tenemos en otra obra extravagante al duque filósofo Vincencio, otro príncipe amigo de la soledad que lanza aforismos escépticos por docenas, y que abandona el gobierno por hacer experimentos filosóficos: otro Hamlet-Shakespeare, que reaparece, por último, en *Cimbelina* (1609) con el nombre de Póstumo, otro soñador impulsivo, más dispuesto a vengarse de palabra o por escrito que con hechos forzosamente crueles, réplica idealizada, pero debilitada, de Hamlet. Así como Rembrandt se complacía en hacer su retrato en todas las edades, Shakespeare se ha pintado a sí mis-

mo, seis veces por lo menos, con rasgos sensiblemente semejantes, que nos dan las líneas esenciales de su carácter.

Harris nos da la contraprueba de su tesis, mostrando la complacencia y el acierto con que Shakespeare pinta los personajes de voluntad débil y de espíritu meditativo, y la pobreza de imaginación con que trata los hombres de acción. Precisando algunos rasgos, nos muestra que había amado mucho a las mujeres, como el duque Vincencio; que era, como el duque Orsino, un goloso de sensualidad; que sabía atracarse de amor en medio de la decoración más exquisita, y adoraba las flores y la música. El carácter lo acaba de pintar Harris del modo siguiente: «Naturaleza dulce, pero impulsiva, a la vez sensual y meditabunda; semipoeta, semifilósofo, prefiriendo la Naturaleza y la meditación a la acción y a la vida de la corte; teniendo el horror físico y hasta un asco de mujer delicada, a la suciedad, a los malos olores y a las cosas vulgares; idealista, delicadamente sensible a todo lo que es cortés, caballeresco y refinado.»

Hay además en Shakespeare, según Castelain, otra cosa: un dón humorístico que, por decirlo así, le ha salvado de sí mismo. Aquel soñador aristocrático ha mirado con simpatía la vida vulgar y alegre de mil gentes grotescas, y el placer de la observación le ha impedido caer del lado que le arrastraba su naturaleza. Falstaff no lo ha sacado evidentemente de sí mismo, sino de algún modelo viviente; pero el hecho de poder interesarse por una naturaleza tan distinta de la suya, prueba en el poeta un fondo de alegría, de realismo y de bondad que completa y corrige, restableciendo el equilibrio, lo que hubiera de libresco, de demasiado delicado, casi de morboso, en el retrato anterior.

Y llegamos a la vida de Shakespeare, tal como se nos revela en sus obras. Sus primeras piezas, *Penas de amor perdidas* y la *Comedia de los errores*, están llenas de informes sobre sus gustos personales, de alusiones a su situación de joven campesino perdido en la gran ciudad, y al carácter arisco y celoso

de su mujer. En los *Dos veroneses*, Valentín, sentimental y sensual, replegado sobre sí mismo y curioso de la soledad, es ya como un primer bosquejo del duque Orsino. En *El Mercader de Venecia*, aquel Antonio soñador melancólico (otro), tan desdeñoso de la riqueza, tan fácilmente resignado a la muerte, tan sensible y tan cortés, es Shakespeare mismo, tal como es o como querría ser.

Harris estudia luego los *Sonetos*, esos sonetos shakesperianos que tantas olas de tinta han hecho correr, y toma el partido de los que ven en ellos la confesión dramática de una aventura verdadera. Aquellas 152 piezas de tan desigual valor se distribuyen en dos grupos: las dirigidas a un hombre con hipérboles amorosas, y las que revelan el amor doloroso a una mujer mala y fea. La historia que Tyler y Harris leen entre líneas en estos sonetos, puede resumirse en unas líneas: Shakespeare amaba a Mary Fitton, y la envió a su amigo, el joven lord Herver, para hacerse recomendar a la joven; Mary se enamoró de Herver, consiguió seducirle, y Shakespeare se quedó sin querida y sin amigo; la situación es rara; pero aparece tres veces en el teatro de Shakespeare: en *Mucho ruido por nada*, en *La noche de Reyes* y en una escena de los *Dos veroneses*. Por otra parte, se encuentra la impresión hecha en Shakespeare por la dama morena, en la mayor parte de sus piezas: en *Romeo*, es la inútil Rosalina, «la blanca chica de ojos negros y de corazón cruel», que esclavizó a Romeo antes de Julieta; luego, en *Penas de amor perdidas*, es otra Rosalina, descrita por el poeta con precisión fotográfica: «Una blanca coqueta de frente de terciopelo, con dos bolitas de pez, fijas en el rostro a guisa de ojos.» A su paso por la existencia del poeta, hay que atribuir la profunda tristeza, el áspero pesimismo que van obscureciéndose de *Julio César* a *Otelo* y de *El Rey Lear* a *Cleopatra*. A Mary Fitton, concluye Harris, ha debido Shakespeare la mayor parte de su obra.

La principal objeción que puede hacerse a Harris es la del método. Aplicando a otros escritores la teoría de Harris, habrá

que excluir por de pronto a la mayoría de ellos, a todos los que no sean grandes psicólogos; pues sólo éstos pueden preocuparse seriamente de desmontar la máquina invisible de nuestras impresiones y sentimientos. Tomemos, por ejemplo, a Racine: sus caracteres de hombres son muy variados. Orestes y Pirro, Nerón y Británico, Tito y Mitridates, Bayaceto e Hipólito, Mardoqueo y Joar, otros tantos tipos perfectamente diferenciados; el único que se repite de un extremo a otro de su teatro de *La Tebaida* a *Ifigenia*, es el galán joven, doliente, amadamado, dispuesto siempre a dormir por el amor que le consume o por obligar a su amada: ¿era ése Racine? Nadie lo dirá. Donde la genial intuición del poeta se manifiesta es en los caracteres femeninos; en su galería de mujeres, Racine presenta varias veces el mismo tipo: Hermiona, Roxana y Fedra reproducen, con diversos matices, la misma mujer orgullosa, celosa y apasionada. De esto pueden sacarse dos conclusiones: o que Racine ha querido a una mujer de ese carácter, sufriendo por ella y vengándose de su sufrimiento, o que había estrecha afinidad entre ese tipo de mujer y su propio carácter orgulloso, sensible y sensual, más femenino que viril, lo que no está distante de la verdad. El teorema inicial de Harris, satisfactorio lógicamente, tiene la defensa de que se aplica, en condiciones especialmente favorables, al caso escogido para aplicarlo.

Aun admitido el principio, los resultados se prestan a varias objeciones. La maestría impecable de Shakespeare es un dogma en Inglaterra; la mezcla brusca de los géneros que yuxtapone sin transición, las peores groserías con las emociones más punzantes, los *calambours* más torpes a los más sublimes arranques líricos, les parece a los ingleses una imagen sorprendente de la vida, y hasta un procedimiento de arte delicado. Harris no se paga de ídolos, y confiesa que Shakespeare «no era un buen obrero dramático, y concedía poca o ninguna importancia a los incidentes exteriores de sus dramas».

A pesar de todos sus defectos, de las faltas de gusto en sus

versos, de los errores en la concepción de sus piezas y de los desfallecimientos en el desarrollo de varios caracteres, Shakespeare sigue siendo el mayor poeta de la literatura inglesa, y lo mismo puede decirse del hombre: a la imagen convencional que le otorga todas las cualidades, Harris sustituye una figura verosímil, conmovedora; lo ha hecho más claro, si no más grande. Hamlet-Orsino es inatacable; Shakespeare, tal como sale de ese hermoso estudio, habría sido un hombre de salud enfermiza, de temperamento sensual, de carácter impulsivo; pero de voluntad débil, de imaginación ardiente, de espíritu meditativo, de sensibilidad tierna y refinada; le gustaba la soledad, la meditación, la música y la sociedad de las mujeres; estaba mal hecho para la vida activa, no comprendiendo bien a los hombres de acción, destinado a ser vencido por la vida.

HUMORISMO

Esta miseria de los zapatos.—Tal es el título de un curioso artículo de Wells, un escritor que declara haber sentido siempre especial inclinación a mirar los zapatos y a reflexionar sobre ellos. Para él, las cuestiones más vastas podrían resolverse en términos de calzado, y quizá por eso los zapateros son tan frecuentemente filósofos. Wells atribuye a un azar esa convicción: gran parte de su infancia la pasó en una cocina, en sótano, cuya ventana daba a un pasillo delante de la ventana de la tienda de su padre; de modo que, cuando miraba por la ventana, en lugar de ver la cabeza y el cuerpo de las personas, sólo veía la base. Delante de la tienda se detenían botinas y zapatos, finas y coquetonas botitas de mujeres, buenàs o malas, unas nuevas y otras gastadas, compuestas o por componer; calzados de hombres, groseros y finos; chanclos, zapatos de tennis, borceguíes. Los zapatos conferenciaban a la ventana, y el desarrollo emocional de aquellos dúos se expresaba por la agitación continua o por pataditas. Eso puede explicar que Wells se preocupe del calzado.

Wells tenía un amigo para quien «era inútil pensar en los zapatos». Era un novelista realista, abandonado por toda esperanza y tratando de vivir los pocos años que le quedaban de vida en una especie de confort libresco, rodeado de cosas que le parecían pacíficas y bellas. Los dos amigos estuvieron de acuerdo en cuanto a que, para la gran mayoría de las gentes, los zapatos son constantemente fuentes de pena, causa de sufrimientos, de malestar, disgustos e inquietudes. Luego hicieron una clasificación de estos males, dividiéndolos por su origen en dos grupos: los producidos por los zapatos nuevos y los resultantes de los zapatos usados.

Los zapatos nuevos están hechos de malos materiales, impermeables al aire, y «pesan en los pies», como suele decirse. En segundo lugar, no se ajustan bien al pie; hay muchas gentes que compran zapatos hechos porque no pueden comprar otros; y, con la dócil filosofía de la pobreza, los llevan «para hacerse a ellos»; y tenéis el pulgar oprimido, el meñique oprimido, el empeine hinchado, y, como consecuencia, los callos con todas sus miserias y la deformación de los pies. En tercer lugar, los zapatos nuevos chillan y hacen un insolente comentario al paso de las gentes.

Por lo que hace a los zapatos usados, producen tres clases de males. El primero es el de las irritaciones, debidas al rozamiento: la peor es, sin duda, la del talón; luego, la producida por el pliegue del forro interior del zapato, y la resultante de los zapatos hechos cuando forman un pliegue a través de la parte vacía, por ser demasiado largos o anchos. El segundo es el de las miserias que provienen del desgaste de la suela, la torsión de la clavija pór falta de tacón; las jóvenes deberían siempre ser lindas, y el ver estropeada la gracia de su paso, y adivinar una especie de desviación de su columna vertebral, desola a Wells y le pone furioso contra una sociedad que las trata así; luego hay los clavos que se salen, y, por último, la suela desprendida, que es por donde acaban siempre los zapatos de Wells, gastándolos al principio por delante hasta que la

suela se vuelve de adelante a atrás; cuando se anda, se pone a arrastrar el suelo, se dan pasos fantásticos para evitarlo, y está uno horriblemente avergonzado, hasta que, por último, tiene uno que sentarse francamente a orillas de la acera y cortar lo que sale. El tercero es el de las rajas y vías de agua; son, sobre todo, sufrimientos morales; la humillación de verse con aquella horrorosa abertura, enseñando los dedos, por ejemplo; pero hay también que pensar en los constipados, los reumas y otras consecuencias no menos desagradables. —¡Os digo que no hay que pensar en esas cosas!—gemía el amigo de Wells, desesperado.

Y Wells seguía hablando de ellas, pero no por disgustarle, sino porque tiene la convicción de que todos esos males son evitables; pues no todo el mundo sufre por sus zapatos. Uno de sus amigos, que había conocido todas las miserias de sus zapatos, tuvo la fortuna, gracias a su habilidad, de verse elevado desde la clase que se viste y calza por lo que le queda de 25 francos por semana, a la que gasta 1.800 a 2.000 francos al año para calzarse y vestirse. Ora compre zapatos y botinas en muy buenos almacenes, ora se los mande hacer, los coloca en un buen armario y los cuida mucho; de modo que ni le frotan, ni le oprimen, ni chillan, ni le hieren, ni le incomodan, ni le molestan jamás. Sólo sufre pensando en que todos no pueden hacer lo que él.

Habrá quien diga que es imposible que todo el mundo tenga lo mejor que hay; pues de todas las cosas buenas, incluso el buen cuero y los buenos zapatos, no hay bastante en el mundo para todo el mundo. Wells reconoce que está en la naturaleza de las cosas que unos zapatos sean peores que otros, y que es natural que haya personas a quienes les toquen los mejores zapatos. No predica una igualdad infantil que es imposible; pero sostiene que hay bastante buen cuero en el mundo para hacer buen calzado, y zapatos bastantes para todo el que los necesite. Planteando la cuestión de otro modo, presenta, de un lado, las gentes mal calzadas, con zapatos viejos, podridos o

agujereados, y por otro lado, las vastas extensiones de terreno que hay en el mundo que podían estar llenas de ganado y de cuero, y las muchas gentes que, por ricas o por pobres, no tienen nada que hacer. Y pregunta: ¿Por qué no poner allí esas gentes, a la labor de hacer y distribuir zapatos?

Imagínese que tratamos de organizar esa especie de empresa de zapatos gratuitos. ¿Cómo lo haremos? Buscamos, ante todo, cuero, y nos vamos por él a la América del Sur; nos encontramos con uno de los rebaños de las Pampas, y empezamos a matar y a desollar el ganado; y viene el amo y nos interrumpe. Le explicamos que necesitamos cuero para las personas que no tienen buenos zapatos en Inglaterra. Dice, que eso a él no le importa, y que si lo queremos, tenemos que comprarlo. Le preguntamos que cómo se las ha arreglado para poseer aquellas tierras y aquellos rebaños, y como los ganaderos suelen ser de raza violenta, es muy probable que nos suelte un estacazo. Hay, pues, que comprarle el cuero. Lo pagamos, y tenemos que traerlo por tierra y por agua; pero nos encontramos con gentes que no tienen gana ninguna de ayudarnos si no se les retribuye, pues el ferrocarril y los vapores son propiedades privadas. Pagamos, y ya tenemos el cuero en Inglaterra; lo llevamos a un centro de población, instalamos talleres y máquinas en un terreno desocupado e invitamos a los obreros a que vayan a hacer zapatos. ¿No es eso? Pues salta un propietario y reclama una suma enorme por el arriendo, y nos enteramos de que los obreros no tienen casa, como no paguen un alquiler, ni nadie les quiere vestir ni dar de comer si no le pagan vestidos y alimentos. Total, que todo se vuelven dificultades por culpa de esa institución de la propiedad privada. Por eso, cuando Wells ve por la calle zapatos raídos y agujereados, y propietarios de terrenos, propietarios de ganados, propietarios de casas y propietarios de todas clases, se pregunta si no hay otro modo de arreglar las cosas, y ve que hay muchas gentes que entienden que el mundo estaría mucho mejor suprimiendo la propiedad privada para todas las cosas univer-

salmente necesarias, y proponen que el Estado se incaute del suelo, de los ferrocarriles, de los barcos y de muchas otras grandes empresas. Esos son los socialistas.

Pero ¿es posible el socialismo? La idea de que cada cosa sea una propiedad privada es de las edades sombrías de la humanidad, y no sólo es una monstruosa injusticia, según Wells, sino un inconveniente todavía más monstruoso. Es decir, que no ve ninguna imposibilidad en el socialismo: se despoja a los poseedores de su propiedad, como antiguamente se hizo, emancipando a los esclavos de sus amos. Y en último resultado, si se les quiere dar alguna compensación, se les deja su propiedad; pero obligándoles a pagar un impuesto de la mitad o de los dos tercios de su renta; y si para ello hay que hacer una revolución, no hay que asustarse por eso. El socialismo quiere hacer un mundo nuevo del antiguo. Todo tendrá que cambiar; y si eso mete miedo, más vale que sea ahora que después. El que no piense así, es como ese amigo de Wells que no quiere reflexionar sobre los zapatos.

Este modo de resolver las grandes cuestiones sociales, meditando sobre los zapatos, me recuerda la manera de explicar Psicología que tenía un catedrático del Instituto de Toledo. Un día que se trasladaba de casa, me rogó me hiciera cargo de su clase por una semana, pues el auxiliar le inspiraba poca confianza; me presté a ello, y le pregunté cuál era el método que tenía para sus lecciones, a fin de acomodarme a él en lo posible. Y el hombre—D. Antonio Aquino se llamaba, y era un verdadero sabio, aunque *blagueur*, y un tanto desequilibrado—me contestó: «¿Método? Yo empiezo siempre con las sopas de ajo; hablo a mis alumnos de cómo se hacen, y de ahí saco después la materia de la lección.» ¡Hay muchos humoristas en este mundo!

HISTORIA

Un favorito en la corte de Luis XIV.—La historia de Lauzun—dice Nemi en la *Nuova Antologia*—empieza en los

tiempos de Luis XIII, llega a su apogeo bajo Luis XIV y termina en la época de Luis XV, siendo del principio al fin extraordinaria, pues Lauzun es uno de los más interesantes testimonios del gran siglo. La Bruyère ha hecho su retrato con el nombre de Stratón. «Stratón ha nacido bajo dos estrellas: desgraciado, venturoso en el mismo grado. Su vida es una novela; no, le falta la verosimilitud. No ha tenido aventuras; ha tenido hermosos sueños, los ha tenido malos. ¿Qué digo? No se sueña como él ha vivido.»

Mucho se ha escrito sobre Lauzun; pero uno de sus descendientes, el duque de La Force, ha utilizado muchísimos documentos inéditos, existentes en archivos públicos y privados, haciendo la biografía más completa y más fidedigna del famoso cortesano.

Antonio Nompar, hijo de Gabriel de Caumont, conde de Lauzun, nació en 1633. A los catorce años fue enviado a París para educarse como un gentilhombre, y aprender el servicio de las armas al lado de su pariente el mariscal Grammond. En 1658, lo vemos ya coronel de los dragones extranjeros del rey, en la batalla de las Dunas, y en el sitio de Dunkerque, siendo alabado por Turena al final de la campaña. Al año siguiente, es escogido para acompañar a Mazarino en la paz de los Pirineos; capitán de la primera compañía de gentileshombres al servicio del rey, asistió al lado de Luis XIV, a las bodas de éste con la infanta María Teresa el 9 de Junio de 1660, y allí le distinguió ya mucho la *Grande Mademoiselle*, la señorita de Montpensier, prima del rey, que luego se enamoró de él; pero entonces él no pensaba en ella, sino en la princesa de Mónaco, junto a la cual había pasado su juventud. En Agosto de 1661 asistió a la caída del superintendente Fouquet, que debía precederle en la fortaleza de Pignerol.

En 1664 aparece Lauzun en Italia, como mariscal de campo, a las órdenes del marqués de Bellefonts; pasó a Parma, luego a Módena, y allí conoció adolescente a María Beatriz de Este, que luego fue segunda mujer de Jacobo II y reina de

Inglaterra, a quien más tarde prestó señalado servicio. Vuelto a la corte de Versalles, oye habladurías sobre la princesa de Mónaco que parecía agradase al rey, y debiese suceder a La Vallière, y su intervención en el asunto le vale la Bastilla, de la que se ve librado seis meses después. Lauzun no logró desde entonces refrenar su lengua, ni su ingenio extravagante y arriesgado. En un coloquio de Luis XIV llegó a tales audacias de palabra, que el rey abrió la ventana y tiró fuera su bastón «por miedo de tener que echarse en cara el haber golpeado a un gentilhombre». Le enviaron otra vez a la Bastilla; pero en seguida le sacaron y le hicieron capitán de la guardia.

El rey había sustituído a La Vallière por la Montespan. Lauzun la conocía ya, demasiado de cerca, según las crónicas secretas del tiempo, ni hubiera podido perjudicarla con su real amante; de ahí entre la favorita y Lauzun, una sucesión de guerras y paces que explican muchos sucesos.

Lauzun alcanza entonces la reputación de un Don Juan. Tiene treinta y seis años y es amado. Se le ha conocido a la señora de Mónaco; se le han prestado la señorita de La Vallière y la señora de Montespan; dos jóvenes, ardiendo en deseos de casarse con él, lo han echado a la suerte, y han estimado que sólo el claustro podía consolar a la que perdiera; esas jóvenes, María Juana Bautista y María Francisca Isabel de Némur, pasan a ser seis años después, gracias a los desdenes de Lauzun, una, duquesa de Saboya, y otra, reina de Portugal.

Una especie de leyenda amorosa circunda a Lauzun, que sigue siendo el favorito del rey que le ama y le teme. No es, por lo mismo, extraño, que Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier, la Grande Mademoiselle, le admire y sienta palpitaciones cuantas veces le ve; y en aquella vida de sociedad restringida, especie de vida de colegio que se llevaba en Versalles, las ocasiones de verse y encontrarse eran frecuentes. Lauzun se percató de la debilidad de la princesa; pero no amándola no sabe si aprovecharse o no ni cómo; la progresión de aquel amor, de cuarenta y dos años, excitado por Lauzun con finura y habilidad

extraordinaria, resulta conmovedora tal como el duque de La Force la describe; pero, ¿qué piensa el rey? El rey los deja libres y muchos cortesanos que estaban dispuestos a favorecerla. Si Mademoiselle, y, sobre todo, el ambicioso Lauzun, que deseaba celebrar su boda con grandes preparativos y pompas, hubieran modesta y rápidamente puesto al rey y a la corte ante el hecho consumado, todo, probablemente, hubiera tenido buen éxito. Pero dejaron tiempo para que la reina, y los enemigos de Lauzun, entre ellos, y el acérrimo ministro Dubois influyeran en Luis XIV, que se arrepintió de su asentimiento y retiró su palabra. En compensación, el rey pensaba colmar a Lauzun de muchos favores, y en cambio, mientras la pobre Mademoiselle, que de veras le amaba, se encerraba en su dolor; pero el 27 de Noviembre de 1671 Lauzun es arrestado.

¿Qué había sucedido? ¿Se había conjurado contra la Montespan para vengarse de haber sido contraria a su matrimonio? ¿Se había comprometido por excesiva familiaridad con Mademoiselle? ¿Se temía que contrajera matrimonio secreto y diese un heredero a la princesa? No se sabe. Lo cierto es que Lauzun fue preso y encerrado en la fortaleza de Pignerol, sobre la prisión en que gemía Fouquet y donde murió. A los cuatro años de estar encerrado Lauzun, hizo una audacísima tentativa de evasión: una noche, después de escribir dos cartas, que dejó en la mesa, descendió al piso inferior, donde había fijado ya una barra en los hierros de la ventana. De allí pasó al foso con una cuerda formada por las sábanas; entró en una galería que había perforado durante meses, y atravesando la pared, se encontró con una criada, que fue corriendo a contarlo todo.

Entretanto, Mademoiselle no vivía sino por él; por medio de un confidente consiguió estar en correspondencia con Lauzun; sólo ella en la corte no le había olvidado; supo aprovechar todas las circunstancias, hasta seduciendo a la Montespan con donativos de tierras a su hijo; y en 1679, a los ocho años, se permitió a Lauzun hablar libremente con el pobre Fouquet, con quien hacía ya dos años se comunicaba de noche bajando

por una chimenea; los dos prisioneros pudieron sentarse juntos a la mesa del gobernador, y el 22 de Abril de 1681 Lauzun fue puesto en libertad.

Aquí acaba la novela. Tanto amor crecido en la ausencia, se disipa frente a la realidad. Se verifica el matrimonio, pero sólo para aumentar el desengaño de la pobre amante. Lauzun se muestra ávido de enriquecerse con los bienes de la princesa, sin dejar por eso sus aventuras donjuanescas. La princesa, por otra parte, estaba demasiado acostumbrada a la independencia para adaptarse a su nuevo papel, y se produce el rompimiento. La fortuna, sin embargo, sigue sonriendo a Lauzun. Amigo del rey de Inglaterra, pide acudir en auxilio de Jacobo II, amenazado de perder la corona; y después de haber conducido a Francia a la reina, aquella Beatriz de Este que había conocido en Módena, no logra detener la marcha de Guillermo de Orange; pero salva al rey y vuelve a Francia, no sin honor, por lo que Luis XIV le hace duque.

Muerta Mademoiselle en 1685, Lauzun se casó todavía, a los sesenta y dos años, con la señorita de Quentin, con la que pasó todavía treinta años, pues murió en 1723, nonagenario. Sin ser una figura de primer orden en la historia de Francia, Lauzun está mezclado en ella de tal modo, que su biografía es un cuadro interesante de la corte francesa durante todo un siglo.

IMPRESIONES Y NOTAS

La «charme» y otros disparates ejusdem furfuris.—¿Hay en el mundo tipo más cursi que un revistero de salones? Seguramente, no. Lo da la clase. Un escritor que se estima bien equilibrado, de regular cultura y con todos sus sentidos cabales, no acepta el papel de turiferario, ni pone en prensa su cacumen para sacar el zumo de un adjetivo por el que resulte hiperbolizada una cualidad o atenuada otra, so capa de cortesía o de exigencias sociales. Nada de extraño tiene, por consi

guiente, que en una revista de salones sólo encontremos azúcares y brillantes, aunque éstos sean de boro y aquéllos estropeen el estómago, como la sacarina. Enhorabuena, pues, ya que el oficio lo requiere, que el pobre cronista de salones eche mano de todos los inciensos, mirras, pebetes, opoponax y pachulís de su más o menos rico repertorio para aderezar sus crónicas turiferarias; pero, ¡por Dios!, que no se empeñe en hacernos tragar terminachos extranjeros, cuyo valor ignora y cuya ortografía desconoce.

Decimos esto, a propósito de la palabra *charme* con que hemos tropezado en las crónicas de tres revisteros de los de más campanillas y de los mejor cotizados en los salones de la corte. Es seguro que la mayor parte de las señoras y señoritas que lean esas crónicas, por figurar en ellas sus nombres, se burlarán de la ignorancia de los asendereados cronistas que tan mal andan de francés. Los tres hablan de la «charme» con que recibía la señora de la casa. Pero, ¿qué creen esos señores que es *charme*? ¿Qué cosa tan extraña o tan difícil de traducir es *charme* para ensartarlo entre las perlas de su aderezo croniquil? ¿O es que les parece elegante y *chic* la palabreja y quieren *épater* con ella a sus lectores? Esto todavía podía pasar, pues sabido es que en esas crónicas los ajuares son siempre *trousseaux*, y entre ellos no se usa, por vulgar, la palabra *canastilla*, sino *corbeille;* pero ya que se complazcan en despreciar la lengua patria, sepan, al menos, usar la extranjera como Dios manda. *Charme*, señores cronistas, no es femenino, y si sueltan ustedes a una de sus clientes un «tiene usted una charme encantadora», va a reirse de ustedes.

Lo mismo que de *charme*, decimos de otras muchas palabras que a cada paso aparecen en esos artículos, faltas de sintaxis o de ortografía. Una de las manías más frecuentes en todos esos gomosos pseudocultos, es la de duplicar las *ss* dondequiera que se creen en el deber de emplear palabras que sólo tienen una. Así, hablan de *disseuses*, cuando no *disseusses*, *soi dissant*, *lisseuse*, *maisson* y otras de la misma calaña.

Higiene de las comidas.—El Dr. Abrand, en su curso de Higiene de *Le Foyer*, dice que así como hay un mínimo de alimentación, así debe haber un mínimum de tiempo destinado a las comidas. Si se distiende uno bruscamente el estómago echando en él revueltos toda clase de alimentos en cinco minutos, nada hay más desastroso, y es lo peor que puede hacerse; hay que dar tiempo suficiente a las comidas, media hora por lo menos.

Las comidas no deben hacerse de pie; los americanos tienen esa mala costumbre, especialmente para sus *lunchs*; los ingleses, no lo hacen tan frecuentemente, y los franceses y nosotros, menos todavía. Pero hay personas que consideran el comer como una especie de carga, de la que quieren librarse lo más rápidamente posible. Si es una carga, es preciso todavía, por deber, llevarla razonablemente; como el fogonero de la locomotora que se olvidara de echar carbón a su máquina, así nosotros nos encontraríamos agotados pronto, si no nos alimentáramos completamente, sobre todo a medida que la vida se hace más activa. Hay que conceder a la alimentación el tiempo que necesita para cumplir sus fines.

La bebida es otro punto importante. Es indiscutible que hay que beber; pero es preciso beber poco en las comidas. Ningún animal bebe durante sus comidas, sino sólo después. Sin llevar demasiado lejos la asimilación, no puede negarse cierta analogía en el modo como digieren los animales y nosotros; si los animales no necesitan beber comiendo, es probable que nosotros tampoco lo necesitemos, pero hemos tomado la costumbre de hacerlo. Ahora bien; al beber se deslíen los jugos digestivos, y no es dudoso que una comida muy rociada es más difícil de digerir que otra tomada con poco líquido. Después de comer, bébase la cantidad de líquido que se necesite. Ni siquiera es malo beber entre las comidas, especialmente en dos momentos del día particularmente indicados: al despertar, que tiene la ventaja de poner el intestino en movimiento y de favorecer las funciones intestinales, y al acostarse; a esas dos

horas se puede beber un vaso de agua pura o adicionada con un jarabe, limón, etc.; es hasta una buena costumbre que debe recomendarse.

En la ciudad se necesita comer más carne que en el campo, y en el invierno deben consumirse más grasas que en el verano. En cuanto al azúcar, que es en pequeño volumen un alimento perfecto, debe aplaudirse la medida de ciertos jefes que han prescrito cuatro trozos de azúcar en la ración del soldado; el azúcar, además de ser muy digestivo, tiene la propiedad curiosa de calmar el apetito y la sed.

*
* *

La instabilidad de las pagodas.—Sabido es que los temblores de tierra son frecuentísimos en el Japón. En Tokío se habla de ellos como de la lluvia; y ¡cosa asombrosa! esos fenómenos sísmicos, según afirma el Dr. Caze, jamás comprometen la estabilidad de las pagodas, construídas hace cientos de años. Se han investigado los motivos de esa protección excepcional, que los creyentes del budhismo explican, naturalmente, por influencias sobrenaturales, y Miss Lawson, que ha visitado recientemente el archipiélago nipón, estudiando atentamente tan curioso problema, nos ha dado su solución.

Miss Lawson ha observado que las pagodas están edificadas siguiendo un plan uniforme, propio para ponerlas al abrigo de los cataclismos geológicos. Sus picos superpuestos, todos de carpintería de taller, macizos, están dispuestos de modo que contengan en su interior un péndulo suspendido libremente de la cima de la pagoda, y que baja hasta el suelo sin tocarlo. Este péndulo va y viene cuando la tierra tiembla; pero la construcción se sostiene gracias a ese balancín en equilibrio perfecto, y jamás se arruína. Muchas casas japonesas empiezan a edificarse apelando a ese principio.

*
* *

El pensamiento sin imágenes y sin palabras.—Es un problema reciente y muy poco tratado, como dice Ribot en la *Revue Philosophique*. El término *pensamiento* es de la lengua corriente, y, como tal, vago. Se le puede caracterizar por su mecanismo y sus resultados; aquél se reduce a dos operaciones fundamentales: el análisis, fuente de la abstracción, y la síntesis de las relaciones.

Stut es quien ha sostenido más atrevidamente la hipótesis del pensamiento puro. Los experimentos de Binet y Ach son poco concluyentes: donde ellos ven un caso de pensamiento sin imágenes, Ribot ve simplemente ausencia de pensamiento. Lo único que puede ilustrarnos sobre este punto es la *visión intelectual* de los místicos. Escuchemos a Santa Teresa: «A la visión imaginaria—dice—sucede ordinariamente la visión intelectual. Cuando agrada a Dios dar la inteligencia de la aparición sensible, pronto se hace el alma más cautiva que por la misma aparición, y pasa así a la contemplación puramente intelectual.» En otro lugar dice: «He usado diversas comparaciones para hacerme entender, pero me parece que hay pocas que tengan relación con esa especie de visión.» El mismo caso se presenta en Santa Angela de Foligno; siempre hay el esfuerzo de identificarse con lo Absoluto y de pensarse *sub especie æternitatis*.

Esta indagación del pensamiento puro se halla muy caracterizada en la escuela alejandrina, sobre todo en Plotino; más cercano a nosotros, Espinosa ha dicho: «Comprender una cosa, es concebirla por la sola fuerza del espíritu puro, sin palabras y sin imágenes.» Pero las confesiones de los místicos son más instructivas que los escritos de los psicólogos. Nótese, de paso, la distinción entre las voces imaginarias y la *voz intelectual*. El carácter de esta voz es hacerse oír sin el intermedio de los sentidos interiores o exteriores; el entendimiento es inmediato y directo. «El corazón de Dios le hablaba, y no tenía necesidad de palabras», dice la señora Guyón; «la voz de Dios resuena en el silencio del alma, no a través de los oí-

dos del cuerpo, ni por la imaginación, sino por la virtud completamente espiritual del entendimiento», dice el cardenal Bona. El mismo fenómeno se observa en el Swedenborg, que lo llama *lenguaje cogitativo*, el cual «cae en el entendimiento interior».

En suma: la existencia de un pensamiento sin palabras es más difícil de establecer que la de un pensamiento sin imágenes sensoriales. Comparando las declaraciones de los místicos, todas tienen un fondo común. El empleo que hacen de las metáforas y de las comparaciones, no es una prueba suficiente en favor de la ausencia de todo lenguaje. En el caso de Santa Teresa, sin embargo, toda forma de lenguaje parece desaparecer, y se llega al *límite* del aniquilamiento intelectual, y en ese grado, ver y oír se confunden. Sin embargo, ese esfuerzo de los místicos para entrar en el pensamiento puro, no puede admitirse, sino difícilmente, no siendo un conocimiento su contemplación. Pensamiento sin conocimiento, es un estado sin nombre. Luego la hipótesis de un pensamiento puro sin imágenes y sin palabras es muy poco probable, y en todo caso no está probado.

***

Barómetros naturales. — ¿Hará bueno mañana? Para contestar disponemos del barómetro y de la atmósfera, pero también podemos preguntar a los animales y a las plantas: si ha de hacer buen tiempo, las golondrinas y los martinetes vuelan altos, los pinzones lanzan su alegre y brillante canción, y en el corral, pollos, patos y palomas están tranquilos. Las abejas y las avispas madrugan y zumban muy atareadas, y en gran número; las moscas andan volando después de la puesta del sol hasta muy tarde.

Si ha de hacer mal tiempo y amenaza lluvia, la golondrina vuela a ras de la tierra, persiguiendo los insectos de que se alimenta, que han bajado al suelo, y el pinzón anuncia la lluvia con grito ronco. Las abejas renuncian a salir de la colmena, y

si prevén tormenta, quieren picar hasta al paseante inofensivo. Las arañas dejan de tejer y los gusanos se estiran.

En cuanto a las plantas, si los tréboles bajan, hará buen tiempo; si levantan sus tallos, lloverá. La arañuela del campo erguida, señala tiempo fresco, y caída, calor. Si las hojas del oscalis se levantan, tormenta; si las hojas del cucú se cierran mientras las de la lechuga se ábren, señal de lluvia próxima; por lo menos, así lo afirma en *La Nature* Daniel Claude.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

Guía del buen decir, por Juan B. Selva..... 5

Una nueva modalidad literaria, por Luciano de Taxonera..... 29

Los encantos de la novia, por Juan Pérez de Guzmán..... 42

La «idea» de España, por Juan Guixé..... 53

Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume..... 64

Una Exposición de antiguos maestros españoles en Londres, por A. de Beruete y Moret..... 118

Felipe II amigo del arte, por Carlos Justi..... 133

La América Moderna, por Vicente Gay..... 161

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 180

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**—¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**—César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.**— Eugenio Mouton (Merinos)....	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7

N.º del Catál.º		Pesetas
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
558	— Los partidos políticos en los Estados Unidos..	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*.....	10
533-537-542	**Caillaux.** —Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*.....	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución...	4
559	— Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*...	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.....	24
393	— Pasado y presente....	7
189	**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte..	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdeius.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
46	— Novelas del lunes....	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos.....	6
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres...	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50

N.º del Catál.º		Pesetas
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
553	**Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla..	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
534	**Fisher.**—Economía política y geométrica.....	8
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología..... .	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
528	— La Clairon..... ..	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5

N.º del Catál.º		Pesetas
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
502	**Guizot.** — Abelardo y Eloísa.....	7
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
527	— La Sociología y la política.....	4
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Haussonville.**— La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
322	**Kropotkine.** — Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	**Lagerlof.**—El esclavo de su finca.....	3
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
560	**Larcher.**— Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
454	**Larcher y Jullien.**--Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.**— Economía política.....	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7
434	**Lewis-Pattée.** — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
222	**Lombroso.**—La Escuela criminológico-positivista.....	7
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	12
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
224	**Manduca.** — Procedimiento penal.....	5
535	**Marie.**—Misticismo y locura.....	5
504-510-522	**Marshall.**—Tratado de Economía política (tres tomos).....	21
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	—Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. — La Paz y la guerra...	8

AP
60
E8
año 26
no.301-03

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY